

Paula Benás

SERÁ
MEJOR
QUE NO
LO
CUENTES

Dos desconocidas en un avión. Un pacto incómodo. Una confesión.
El pasado ha vuelto.
Y ya no hay nadie en quien confiar.

Será mejor que no lo cuentes

una novela de Paula Benás

SÍGUEME EN:

INSTAGRAM: [benaspaula](#)

TWITTER: [@BenasPaula](#)

FACEBOOK: [Paula Benás](#)

© Paula Benás

1ª edición, 2019

Imagen de Cubierta: foto de Florian Pérennès — www.unsplash.com

Diseño de cubierta: © Paula Benás

A mis padres, que me enseñaron a amar el cine y los libros.

A Mar, my Gilmore Sister.

A Mikel y Jon.

No crezcáis.

Es una trampa.

Y, por supuesto, **a Fabián.**

No retreat, baby and no surrender.

*"Es una pena que se tarde tanto en crecer,
porque seguro que cuando sea mayor me olvidaré
de todo lo que me han hecho y no me acordaré de vengarme".*

Isabel Coixet. Cosas que nunca te dije.

"En la literatura, el crimen es tan antiguo como el amor".

Pierre Lemaitre. Irene.

El vídeo se hizo viral en pocas horas. Aquella noche, todos los informativos del mundo abrirían con las imágenes que habían corrido como la pólvora por redes sociales, convirtiéndose en *trending topic*. En pleno Times Square, turistas y neoyorquinos permanecían inmóviles como estatuas, sin despegar la mirada de las gigantescas pantallas de neón. En breves instantes, todos los aeropuertos del mundo mostrarían en sus pantallas las mismas imágenes sincronizadas, subtituladas en multitud de idiomas.

En los bares de Madrid, Tokio o Estocolmo, la música se apagó y los clientes, cerveza en mano, se arremolinaron frente a los monitores, ansiosos por asistir a la retransmisión global del vídeo del que hablaba todo el mundo. Las cabeceras de los noticiarios dieron paso al fin, al unísono, frente a millones de espectadores, a la declaración más escalofriante televisada jamás.

El rostro de una mujer abatida, con profundos surcos oscuros bajo los ojos, inundó por completo el plano. Flanqueada por dos policías de uniforme, procedió a situarse frente a un pequeño atril, ante lo que parecía ser la puerta de entrada de su domicilio. Un reducido grupo de fotógrafos y periodistas, ajenos a lo que estaba a punto de suceder, se habían congregado en aquel punto, probablemente convocados por la Policía Local. Nada hacía presagiar lo que ocurriría a continuación. A pesar de la expresión demacrada de su rostro, la mujer irradiaba una asombrosa sensación de entereza. La audiencia del planeta contuvo la respiración por unos segundos.

—Buenas tardes, gracias por venir —comenzó a hablar al fin.

—Como ya saben, mi hijo desapareció hace setenta y dos horas. He querido comparecer ante ustedes para agradecerles personalmente su ayuda durante estas horas tan difíciles.

Tras esta breve introducción se quedó en silencio unos instantes, con la mirada perdida en el infinito. Alguno de los presentes temió que, quizás, abrumada por la emoción, le resultara imposible continuar el discurso. Nada más lejos de la realidad. A los pocos segundos, los espectadores evidenciaron que aquella pausa dramática no había sido más que un estudiado prelude al gesto que habría de quedar grabado para siempre en el imaginario colectivo. La mujer aprovechó el receso para sacar una carpeta que había ocultado hasta el momento bajo su chaqueta de punto. Nadie parecía haber

reparado en su existencia. Llevaba la prenda cruzada sobre el pecho, con los brazos entrelazados sobre ella, como si estuviera destemplada o guareciéndose del frío. Tras posar la misteriosa carpeta sobre el atril, los dos policías intercambiaron una mirada de inquietud. Era obvio que aquello no figuraba en el guión —previamente acordado—, sobre lo que era conveniente o no revelar a los medios en semejantes circunstancias. No obstante, guiados tanto por la curiosidad como por la torpeza que supondría protagonizar un episodio violento ante la prensa, optaron tácitamente por permitir que la mujer continuara con su declaración. Conteniendo las lágrimas a duras penas, se dispuso a mostrar al mundo la información que, aparentemente, había ocultado a los investigadores. Decidida, realizó al fin el movimiento que conmocionó al mundo. Estiró ambos brazos y, acercándolos lo máximo posible a los periodistas apostados frente a ella, mostró a las cámaras dos fotos ampliadas, una en cada mano.

—El niño que aparece en la foto de la izquierda —explicó— es mi hijo.

La cámara de televisión realizó un zoom sobre el rostro de un niño de unos dos o tres años que, sentado en el suelo, jugaba con un cochecito mientras sonreía divertido al objetivo.

—La mujer de la foto de la derecha, es la persona que se lo ha llevado —continuó, alzando un poco el tono de voz, subrayando con énfasis cada una de sus palabras. A su alrededor se hizo un impresionante silencio, solo interrumpido por el clic de los flashes que, lentamente, comenzaron a iluminar la escena con su molesto parpadeo. Al cabo de unos segundos, el estupor ante la grave acusación que se acababa de verter dio paso a un murmullo de voces que se fue elevando hasta convertirse en clamor. La mujer, incólume, trató de imponer su voz sobre él:

—¡MÍRENLA BIEN! —rugió, mientras describía con la mano un movimiento panorámico ante los presentes, de derecha a izquierda, asegurándose de que todo el mundo captara la imagen sin dificultad.

—¡Ofrezco una recompensa de veinticinco millones a quien me traiga vivo a mi hijo... y muerta a esta mujer!

Los policías, aturdidos y desconcertados por el cariz que había tomado la comparecencia, se apresuraron a arrancarle las fotos de las manos y, entre una oleada de flashes y el vocerío atropellado de los reporteros —que se desgañitaban por conseguir alguna otra declaración— procedieron a llevársela en volandas de vuelta al interior de la casa, cerrando la puerta bruscamente tras de sí.

En todo el planeta se escuchó el eco de un grito sofocado. La recompensa económica más elevada ofrecida jamás acababa de convertir a cualquier ciudadano de a pie en un sicario en potencia.

CLAUDIA

“Creo que ése es el problema que tengo. Por dentro debo ser el peor perverso que han visto en su vida.

A veces pienso en un montón de cosas raras que no me importaría nada hacer si tuviera la oportunidad”.

J. D. Salinger. *El guardián entre el centeno.*

01

La noche antes del vuelo no pude pegar ojo, como solía ocurrirme siempre antes de un viaje de trabajo. Harta de dar vueltas en la cama me incorporé sigilosamente, tratando de no hacer ruido. Jorge, tendido a mi lado, abrió un ojo.

—¿Te vas ya? —preguntó, medio dormido.

Me incliné para besarle.

—Sí, no te levantes. Nos vemos el viernes.

—No trabajes mucho —respondió y, girándose, se acurrucó de nuevo bajo las sábanas.

Tras una ducha rápida, me vestí y salí de la habitación de puntillas. Había dejado todo preparado la noche anterior. La maleta, el bolso con el portátil y los documentos, los móviles... Incluso me preocupé de sacar el abrigo largo color camel, que descansaba dentro de una funda en el armario de la entrada desde el invierno anterior. Con sus amplias solapas y su cintura entallada, era elegante y profesional al mismo tiempo, sin pecar de sobrio o aburrido. Tenía ganas de ponérmelo de nuevo. Aunque en Madrid el otoño se resistía a hacer su entrada, consulté el pronóstico del tiempo en Nueva York para la semana y constaté que las temperaturas allí rondaban los 10-12 grados centígrados.

Recorrí el pasillo del piso superior y, al pasar junto la puerta entreabierta de la habitación de Laura, me detuve un momento a contemplar a mi hija, que dormía plácidamente. Abrazaba con fuerza a Koko, su oso de peluche, buscando protección para sus frecuentes pesadillas. Días atrás habíamos tenido un pequeño desencuentro a cuenta del muñeco. A mí me parecía que ya era muy mayor para ir con él a todas partes, pero Jorge intercedió por ella guiñándole un ojo. “No creo que se lo lleve a la universidad, ¿verdad?”, bromeó. Me hizo reír, como siempre, y ahí terminó la discusión. Mientras la observaba, me sorprendí a mí misma sintiendo un leve pinchazo de culpabilidad. Por mis ausencias, las largas horas en el trabajo, los viajes... Otra vez esa ingrata sensación de debilidad. Guiada por un acto reflejo, me deshice rápidamente de ella. “No se llega a tener una carrera profesional como la mía haciendo *cupcakes*”, me dije, esbozando una sonrisa. Amaba a Laura con todas mis fuerzas, pero nunca sentí la necesidad de dejar mi trabajo o aparcar mis metas personales por ella. En ese preciso instante, Adriana salió de su habitación, abrochándose la bata. Tal vez la criada malinterpretó la sonrisa y, por

un momento, creyó atisbar un punto de sensiblería en mí. Me hizo gracia pensarlo.

—Señora Claudia, ¿ya se marcha? —susurró, tratando de no despertar a la niña.

—Sí, Adriana. Vuelve a dormir, es muy temprano.

—Deje que le prepare un café —contestó la mujer. Sin darme tiempo a responder, descendió ágilmente las escaleras que conducían al piso inferior, y desapareció por el pasillo rumbo a la cocina.

Permanecí unos instantes más junto a la puerta del dormitorio de mi hija. Era consciente de que últimamente las cosas no iban del todo bien en mi familia. Me vino a la mente otro incidente acaecido unos meses atrás. Una tarde, Laura volvió del colegio con un mordisco marcado en el brazo. Cuando trataba de explicarme lo sucedido, perdí los nervios y reaccioné, furiosa:

—¿Quién te ha hecho esto? —grité.

Laura no se atrevió a levantar la mirada del suelo. Permaneció inmóvil frente a mí, abrazada a Koko, paralizada ante la inesperada reprimenda. Era consciente de que mi ira era del todo desproporcionada, pero no pude contenerme.

—¿Quién ha sido? —pregunté de nuevo, en un tono aún más agresivo que la vez anterior.

La niña trató de musitar una explicación, pero un nudo en la garganta le impidió emitir sonido alguno. Presa de rabia —y sin mediar palabra— le aticé un sonoro bofetón. Acto seguido me incliné ante ella, situándome a su altura. Las lágrimas rodaban por sus mejillas. Era incapaz de mirarme a los ojos, por lo que sujeté su rostro con fuerza entre mis manos y lo levanté, forzándola, hasta que no tuvo más remedio que alzar la mirada.

—Escúchame —ordené—. Si hay algo que no soporto es la debilidad. Si no quieres decirme quién te lo ha hecho, no me lo digas. Pero no puedes permitir que te hagan daño sin defenderte, ¿me has oído?

Laura asintió tímidamente con la cabeza. Adriana observaba la escena desde la esquina del salón, sin atreverse a intervenir. Me percaté de su presencia e, incorporándome, me dirigí esta vez a ella.

—¿Y tú, qué? ¿Ves que la niña sale así del colegio y no haces nada? ¿Quién ha sido, lo sabes?

—Sí, señora... —contestó. Dudó un momento antes de delatar al culpable, pero finalmente confesó—. Ha sido el hijo de la señora Valeria. He hablado con la chica que le cuida, pero no saben qué hacer con él. Está muy desobediente desde que trajeron al nuevo hermanito...

Valeria era mi vecina. Su casa estaba justo enfrente de la nuestra. Era una de esas personas que, solo por el hecho de vivir cerca, da por hecho que sois amigas. La típica que se presenta en tu puerta con una cesta de mini magdalenas para darte la bienvenida al barrio. Tenía tres hijos, los tres adoptados y, aunque contaba con servicio doméstico, estaba absolutamente desbordada, lo que me hacía preguntarme continuamente por qué su marido y ella se empeñaban en seguir ampliando la familia. El más pequeño, un bebé etíope, había llegado hacía apenas un mes. Visitar su casa era lo más parecido a penetrar en territorio de guerra, así que yo lo evitaba a toda costa. Ella, no obstante, buscaba cualquier excusa para llamar a mi puerta. Creo que me admiraba, e incluso tengo la sospecha de que me espiaba discretamente. Era como un dolor de muelas. Hasta llevaba a sus hijos al mismo colegio que Laura.

—Bueno, ya hablaré yo con su madre —resolví. Laura, medio ahogada por el hipo, no lograba controlar el llanto. —Ay hija, ¡ya está bien de llorar! Sube a tu habitación a jugar, tengo mucho trabajo que hacer —le ordené.

La pequeña atravesó el salón a la carrera para refugiarse en el regazo de Adriana y ambas, abrazadas, desaparecieron apresuradamente de la sala, escaleras arriba.

Me gustaría poder decir que me arrepentí inmediatamente de mi brusco comportamiento, pero sería una verdad solo a medias. Si lo hice, a posteriori, fue sobre todo porque aquel incidente dio pie a una fortísima discusión con Jorge, que consideraba que actuaba de manera excesivamente dura con la niña. Odiaba que no me diera la razón. Antes de que Laura naciera, solíamos tener puntos de vista muy parecidos respecto a todo. Me enorgullecía que mi marido me considerara una mujer fuerte, ambiciosa, inteligente. Pero desde que tuvimos a la niña, Jorge quedó embelesado. Totalmente embobado. A mi modo de ver, la paternidad le había transformado en un hombre sobreprotector, relegándome a mí al indeseable papel de poli malo en lo referente a su educación.

Además del tema de la niña, también era consciente de estar atravesando un bache en nuestra relación de pareja, y no tenía ni idea de cómo afrontarlo. Jorge era el gran amor de mi vida. Mi auténtico punto débil. Sentir que no tenía el control sobre nuestra relación me causaba un profundo desasosiego que trataba de obviar del mismo modo que

hacía con el resto de las cosas que me incomodaban: no pensando en ello.

Tras entornar de nuevo la puerta de la habitación de Laura, bajé las escaleras y me dispuse a verificar que no olvidaba nada. La maleta aguardaba junto a la puerta de entrada. Repasé mentalmente todo lo que llevaba en su interior: un par de trajes de chaqueta, dos vestidos y algo de ropa informal. Pijama, aseo, todo en orden. Me resultaba fastidioso tener que facturarla, pero no me quedaba otro remedio, ya que aparte del *trolley* tenía que cargar con el maletín para el portátil y mis documentos, además de un pequeño bolso para los enseres personales que pudiera necesitar durante el vuelo. Comprobé que mi móvil —el personal— tenía suficiente batería y volví a meterlo de nuevo en el bolso. Después saqué del maletín mi nuevo iPhone, el teléfono que me había dado la agencia para cuestiones de trabajo, y pedí un taxi desde una aplicación. No todos en la agencia contábamos con semejante lujo, claro. Pero mi trabajo requería que me pasara los días recorriendo la ciudad, viajando y contactando con clientes, así como con las oficinas de Londres, Nueva York y París. No paré hasta que Alberto accedió a comprármelo (y de paso se agenció otros dos, uno para Mónica y otro para él). Le convencí de que me resultaba imprescindible para compartir y consultar la documentación de mi MacBook y del iPad (presentaciones, mails y demás). Aunque, para ser del todo sincera, lo primordial para mí era mantener mis contactos, mi agenda y mis correos profesionales separados de mi vida personal. No hacía ni una semana que lo tenía, así que me senté en la mesa del comedor a esperar al taxi, y aproveché para curiosear las nuevas prestaciones del teléfono. Me habían comentado que la cámara era una auténtica maravilla, así que esperaba encontrar un hueco para salir a hacer fotos por Central Park que, en otoño —mi estación favorita del año— se teñía de preciosos tonos rojizos y ocres. “Tiembla, Instagram”, pensé, ilusionada.

Adriana apareció con una taza de café humeante y, tras repasar algunas tareas de las que debía ocuparse en mi ausencia, le indiqué que volviera a acostarse.

—Buen viaje, señora —se despidió la mujer, subiendo de nuevo las escaleras.

—Gracias, Adriana.

Sin encender las luces, me dispuse a disfrutar del café mientras aguardaba la llegada del taxi. La casa estaba en calma. Cerré los ojos unos instantes, saboreando la quietud. A pesar no haber dormido, no estaba cansada. Comencé a dejarme invadir por la emoción del viaje. Aunque llevaba ya muchos años visitando las distintas sedes que la agencia poseía por el mundo, no había perdido la ilusión por cada desplazamiento. Abrí los ojos, di un sorbo al café. El momento era absolutamente perfecto. Resolví que en mi vida había altos y bajos, como en la de todo el mundo pero, en general, no tenía motivos para quejarme. Entonces, ¿por qué nunca estaba satisfecha del todo? ¿A qué venía esa eterna inquietud, esa aprensión por tenerlo todo bajo control? Las mil horas de terapia que cargaba a mis espaldas no habían logrado mitigar mi ansiedad, así que había puesto

fin a las sesiones con mi terapeuta un par de meses atrás. Aún no se lo había dicho Jorge. Temía enfrentarme a su mirada de desaprobación, una vez más. Él creía que las sesiones estaban obrando maravillas en mí y es cierto que –al principio– enfoqué el proceso con entusiasmo y traté de seguir a pies juntillas los consejos de la psicóloga. Pero, sesión a sesión, fui perdiendo gradualmente el interés. Las charlas con ella me resultaban aburridas y tediosas, una manida sucesión de frases hechas y lugares comunes. No me estaba ayudando, pero me daba pereza reconocerlo. Así que, durante los últimos meses, dediqué las sesiones a inventar historias acerca de mi vida personal y laboral. Las historias que intuía que ella quería escuchar. Fue divertido durante un tiempo. Siempre me ha fascinado lo sencillo que me resulta manipular a la gente, y lograrlo con una profesional como ella se convirtió en un reto estimulante. Pero al final también me aburrí de la farsa y decidí dejarlo. La terapeuta elogió mis enormes avances, y nos despedimos con la promesa de ponerme de nuevo en contacto con ella siempre que lo necesitara.

Suspiré. Terminé el café mientras contemplaba el jardín, el césped, los árboles. La luz procedente de la piscina aliviaba la oscuridad del salón, cubriéndolo de pequeños destellos que tintineaban sobre las paredes, filtrándose a través de la gran puerta de cristal que daba acceso al porche. Adoraba aquella casa. Jorge había diseñado algunas de las viviendas y edificios más modernos de Madrid de la última década, por lo que no era de extrañar que, como el gran arquitecto que era, hubiera puesto tanto mimo en el que sería su propio hogar. A pesar de que ya estaba construida cuando nos conocimos, me sentí inmediatamente cómoda en ella, desde la primera vez que crucé la enorme puerta de hierro de la entrada. Cada detalle derrochaba lujo y buen gusto. Parecía sacada de una revista de decoración, la casa de una estrella de Hollywood. A pesar de lo que pudiera inferirse a tenor de su enorme reconocimiento y éxito profesional, Jorge no era un hombre con una personalidad arrolladora que digamos. Era un tipo más bien tranquilo, de pocas palabras, afable, y casi siempre estaba de buen humor. Aparte del estudio en la calle Velázquez –donde trabajaba a diario con todo su equipo– Jorge se había reservado un espacio luminoso y diáfano en la planta baja de nuestra casa, con vistas al jardín de la parte trasera, desde el que poder trabajar cuando deseaba estar solo y lejos del barullo y de la gente. Allí, completamente aislado del mundo, era donde había alumbrado sus diseños más ambiciosos e inspirados. Yo solía observarle desde la hamaca del jardín, concentrado sobre el tablero de diseño, con una perenne sonrisa dibujada en el rostro. En secreto, envidiaba aquella serena armonía suya. Se le veía en paz, en total comunión con su profesión, que era a la vez su pasión. Yo también disfrutaba de mi trabajo en la agencia, pero no de la misma manera. Me estimulaba la emoción de encontrar una buena idea, la certeza de haber dado con la clave para una nueva campaña, el halago por parte del cliente, el reconocimiento de mis colegas... Pero no se trataba de una verdadera vocación, sino más bien del vehículo que había encontrado para crecer profesionalmente, para revalidar mi madera de líder. Para no enfrentarme a todas las inseguridades de fondo que me impedían realmente ser feliz, y a las que no deseaba plantar cara por nada del mundo. Mientras la imagen que proyectara fuera de éxito, me sentiría exitosa. Tan simple como eso. Si le hubiera confesado a mi

terapeuta mis verdaderas inquietudes, seguro que habría estado de acuerdo conmigo.

A menudo me preguntaba qué había visto Jorge en mí. No entendía cómo continuaba lidiando con mi carácter y mi mal humor, pese a que él repitiera con una sonrisa que era la mujer más inteligente y más bella del planeta Tierra. Quizás fuera cierto aquello de que los opuestos se atraen, porque en gran medida nos complementábamos. No podía imaginarme compartiendo el día a día con alguien tan temperamental como yo, que no tuviera la paciencia y el aplomo para aportar un punto de vista sosegado cuando afrontábamos algún problema. Sin duda, Jorge también me había ayudado a centrarme, a relajarme un poco y a disfrutar de la vida de una manera de la que no había sido capaz en toda mi infancia, ni en la adolescencia, ni siquiera en los primeros años de mi juventud.

Pero durante la última etapa de nuestro matrimonio, desde que Laura ya no era un bebé y aquel arrebatado de ternura y hormonas se fue desvaneciendo, había comenzado a sentirme angustiada y agobiada en mi propio hogar. La vida familiar se había ido transformando lentamente en una losa cada vez más pesada, que solo conseguía aliviar centrándome en el trabajo en la agencia que, por otro lado, había empezado a complicarse en los últimos meses.

En la oficina solía sentirme fuerte, poderosa. No me temblaba el pulso a la hora de tomar decisiones importantes. Al contrario, era un reto apasionante para mí. Me enorgullecía embarcarme en campañas con clientes cada vez más prestigiosos, asistir a las presentaciones, los festivales, las entregas de premios y todos los eventos sociales aparejados a mi profesión. En esos momentos era cuando me sentía realmente YO, Claudia Vidal, Directora General de ENZO España. La mejor publicista de una de las agencias más importantes del mundo. La sede central estaba ubicada en Nueva York, pero la oficina de Madrid –especialmente en los últimos tiempos– iba como un tiro, con un crecimiento continuo año tras año.

Aquella madrugada, mientras aguardaba al taxi que me habría de llevar al aeropuerto, me invadieron los recuerdos. Crucé por primera vez las puertas de la agencia doce años atrás. ¿Doce ya? Habían pasado en un suspiro... No me avergonzaba reconocer que, en un primer momento, conseguí el puesto gracias a una pequeña “recomendación”. Que mi padre –un prestigioso neurocirujano– hubiese movido algún que otro hilo, no era nada del otro mundo. Así funcionaban las cosas en el entorno en el que crecí. La red de contactos, cuidadosamente cultivada en miles de tardes en el Club de Campo, mercadillos benéficos y otros acontecimientos sociales, siempre acababa dando sus frutos. Así que, a los pocos meses de licenciarme en Publicidad y Relaciones Públicas, ocupaba mi propia mesa en la recién inaugurada oficina de Madrid de una de las agencias más importantes del mundo y, desde luego, no entraría en la empresa para

hacer fotocopias.

En mi primer año tuve como mentora nada menos que a Lola Martín. Lola y su socia –Linda Mancini– se conocieron en Nueva York, y fue allí donde concibieron la idea y decidieron abrir su propia agencia de publicidad, gracias en gran parte al apoyo de sus acaudaladas familias. Yo las admiraba por ser las primeras mujeres al mando de una agencia internacional. Eran muy conocidas en el mundillo, y ya desde mis años de estudiante soñaba con ser como ellas. Cuando comenzó la expansión europea de ENZO, Lola no se lo pensó dos veces y decidió aprovechar la ocasión para regresar a Madrid – su ciudad natal– y seleccionar y formar al equipo de talentos que habría de integrarse en la que sería su primera sucursal europea. Debajo del brazo trajo valiosos contactos relacionados con el mundo latino e hispanoparlante de la Gran Manzana, y la agencia despegó a toda velocidad, superando incluso las expectativas más optimistas. Como Presidenta de la agencia en España no tardó en hacerse un hueco en las reuniones y eventos sociales más destacados de la ciudad, y ahí es donde las redes de amistad de mi familia facilitaron mi entrada en la compañía.

Gracias a mi dedicación, trabajando fines de semana, y todos los días hasta las tantas, no tardé mucho en llamar la atención de Alberto, el Vicepresidente de nuestra delegación. Hermano pequeño de Lola, abiertamente juerguista y mujeriego, Alberto Martín era conocido por organizar algunas de las fiestas y eventos más divertidos de Madrid, en los que confluía gente de todos los ámbitos de la cultura, las artes y el diseño. Pronto quedé deslumbrada por este nuevo ambiente, bohemio y bastante más libertario que aquel en el que había crecido. Mi vida anterior, tremendamente conservadora, estudiando en estrictos colegios de monjas e internados, habían constituido un gris prelude a lo que de verdad creía que estaba destinada a ser mi vida: un glamuroso universo repleto de personas interesantes, poderosas y respetadas. Encajé a la perfección en el mundillo, tanto en lo profesional como en el halo social que rodeaba al trabajo en la agencia.

Un zumbido en el móvil, avisando de que el taxi aguardaba ya en la puerta, me arrancó bruscamente de mis pensamientos. De camino al aeropuerto, cerré los ojos de nuevo y traté de revivir la noche en la que Jorge y yo nos conocimos y nos enamoramos. Aunque no me pegue nada y suene a cliché de película, estuve segura desde el primer momento de que deseaba pasar el resto de mi vida junto a él. Me deleité rememorando los pequeños detalles, como el vestido rojo que llevaba aquella noche, el momento en que Alberto nos presentó, justo antes de la cena, o la manera en que Jorge no me quitaba el ojo de encima desde la otra punta de la mesa, atestada de comensales. Sonreí recordando cómo ambos tratábamos disimuladamente de esquivar nuestras respectivas miradas furtivas, volviendo al juego una y otra vez. Recordé con un dulce escalofrío cómo él me siguió cuando me escabullí a fumar un cigarrillo a la puerta del restaurante.

Sentí de nuevo en mi piel la calidez de la brisa de verano de aquella noche, y casi pude escuchar su voz cuando él, deliciosamente torpe, me propuso abandonar discretamente el lugar para ir a pasear por Madrid. Terminamos la velada besándonos al amanecer en una callejuela, cerca de la Plaza Mayor, con su chaqueta cubriéndome los hombros y las sandalias de tacón en la mano, caminando descalza sobre el suelo empedrado. Aquella fue, sin duda, la mejor época de mi vida. Ahora me atormentaba la distancia que, paulatinamente, se había ido instalando entre los dos. Continuaba profundamente enamorada de él. No quería perderle, ni la familia y la vida que habíamos construido juntos.

Y al mismo tiempo, nada de esto me impedía sentirme terriblemente excitada ante la idea de volver a encontrarme con James en Nueva York.

02

El avión estaba repleto hasta los topes, pese a tratarse de un anodino lunes de noviembre. Antes de embarcar ya había tenido el primer rifirrafe del viaje con Mónica. Digamos que nuestra relación no era del todo “cordial”. Digamos, para ser más exactos, que hacía mucho, mucho tiempo, que no experimentaba una inquina similar hacia nadie. Su llegada a la agencia, tan sorpresivamente, ocupando el puesto por el que llevaba trabajando tantos años... fue, sencillamente, un golpe bajo por parte de Alberto. Era conocido por toda la agencia que eran amantes. Probablemente, hasta la mujer de Alberto lo sabía a esas alturas... En eso yo no me metía, la vida personal de cada uno me traía al paio. Pero poner de segunda de a bordo a aquella mujer, llegada de quién sabe dónde, me pareció –simple y llanamente– un atropello intolerable. Lola –mi mentora, la mujer de la que había aprendido todo– se jubilaba, y todo el mundo –incluida yo– daba por hecho el ascenso. Si Alberto tomaba el relevo de su hermana como Presidente de ENZO España, la sucesión lógica en la Vicepresidencia recaería sobre mí. Era una decisión tan obvia que ni se me había ocurrido cuestionar que las cosas pudieran ser de otra manera. Por eso, tan pronto como llegó a mis oídos el rumor del nuevo “fichaje”, me planté en el despacho de Alberto hecha un basilisco.

—¡Ese puesto era mío! ¡Ya lo habíamos hablado! —exploté, cerrando la puerta de un portazo, sin reparar en si mis gritos podían escucharse desde cualquier rincón de la agencia. Francamente, me importaba un carajo.

—Claudia, tranquilízate —trató de apaciguarme Alberto, sin éxito.

—¿Que me tranquilice? ¿Pero tú te crees que soy tonta? ¡Me lo prometiste! —continué gritando, exasperada.

—¿Qué quieres que te diga...? También se lo prometí a ella... Además, a todos los efectos tú eres aquí la jefa, no hay razón para ponerse así...

Alberto conocía de sobra mi temperamento, y supongo que estaba preparado para el huracán que acababa de estallar en su oficina.

—Relájate. Continúas siendo la Directora General de la agencia en España. Tienes el mejor puesto, el sueldo más alto del equipo —prosiguió, en tono conciliador—. Tú eres la creatividad y el cerebro de la agencia, todo el mundo lo sabe. El de Mónica es un puesto meramente de representación. Será, junto a mí, la cara visible de la agencia ante los clientes, pero nadie pone en duda quién manda aquí...

—¡Vas a nombrarla VI-CE-PRE-SI-DEN-TA! ¡No me digas que los cargos no son importantes, sí que tiene importancia, joder!

No podía ni mirarle a la cara, tal era la ira que sentía en aquel momento.

—¿Sabes que puedo arruinarte la vida, no? —le amenacé, en un arrebato—. Me puedo ir a cualquier otra agencia... Podría hacer una llamada a tu mujer...

Ante mi patético intento de extorsión, Alberto simplemente inclinó la cabeza hacia un lado en un gesto seductor y, mientras me guiñaba un ojo, contestó:

—No creo que desees destruir todo por lo que has luchado, pero qué quieres que te diga... Si te decantas por cualquiera de esas dos opciones, lo mismo hasta me harías un favor...

No daba crédito a lo que estaba oyendo. Abandoné el despacho con otro sonoro portazo, y me encerré en el mío dispuesta a entregarme a un ataque de nervios. Apenas cinco minutos más tarde, la temperamental vibración del móvil sobre mi escritorio me arrancó momentáneamente del bucle de pensamientos coléricos a los que me había abandonado. El nombre de Jorge, como adivinando la tormenta que acaba de estallar, se iluminó en la pantalla del teléfono. Antes de que pudiera comenzar a explicarle lo que había pasado, Jorge dijo:

—Amor, estoy junto a la agencia, justo bajo tu ventana.

Me asomé al ventanal y divisé a mi marido siete pisos más abajo, en la calle, con el móvil pegado a la oreja, y portando un enorme ramo de rosas.

—¡Mierda! —recordé, demasiado tarde. Era nuestro aniversario. No el de la boda, si no nuestro aniversario “de verdad”. El de la noche en que nos conocimos y nos besamos por primera vez. Nos encantaba celebrarlo cada año, pero en aquella ocasión el estrés de las últimas semanas en la agencia había hecho que lo olvidara por completo. Me sentí doblemente miserable.

—¿Bajas? —fue lo único que dijo. Su voz sonaba ilusionada, y algo de ese espíritu suyo se me contagió al escucharle. Tras inspirar profundamente un par de veces, contesté:

—Sí, amor, ya bajo.

Y así, sin proponérselo, Jorge me salvó una vez más de mí misma y de mandarlo todo a la mierda tras un calentón, como habría sido mi primer impulso. Aquella noche se las apañó para convencerme de que lo más gratificante para mí sería, sin ningún lugar a dudas, seguir haciendo lo que más me gustaba: estar al pie del cañón, centrándome en mi labor creativa. Dedicó el resto de la noche a exponer mil argumentos acerca de cómo ocupar el puesto de Mónica solo me aportaría –tal y como él lo veía– mayor estrés y menos satisfacciones. Aunque no compartía en absoluto aquella opinión decidí dejarle hablar, asentir y disfrutar de la cita con mi marido, y aplazar para otro momento la estrategia a seguir si quería quitarme de en medio a la intrusa que estaba a punto de convertir mi vida laboral en una pesadilla.

03

Aquella mañana, en el aeropuerto, mientras Mónica enhebraba una retahíla de cambios que (yo) debía realizar en la presentación, comprendí hasta qué punto mi rabia y amargura estaban relacionadas con su llegada a la agencia. Tanto mi vida personal como mi trabajo –aunque nunca estuvieron exentos de presión y exigencia– se habían cargado de un estrés insoportable desde que se convirtió en la mano derecha de Alberto. Su entrada en la oficina fue memorable. Impecablemente vestida con un traje blanco de Chanel, bolso y zapatos de lujo, dejó a todos, hombres y mujeres, con la boca abierta. Era, por mucho que me repateara admitirlo, lo más parecido a una modelo que había visto en mi vida. Y, para colmo, no solo era espectacular físicamente. También era una mujer extremadamente inteligente. No sabría decir cuál de estos dos atributos me hacía sentir más insegura. Me sentía literalmente amenazada por su presencia. Como si en cualquier momento aquella mujer fuera a abrir su boca perfecta y a engullirme de un bocado. Jamás había experimentado algo así hacia otra persona. Ya en el colegio estaba acostumbrada a destacar. Recordaba a menudo –con orgullo– una conversación que la directora había tenido con mis padres:

—Esta niña es especial. Tiene madera de líder. Todas la respetan. Podrá hacer en su vida todo lo que se proponga.

Mi padre lo relató en la cena ante mis hermanos, henchido de orgullo. Y fue entonces cuando comprendí la fuerza que tiene la imagen que proyectamos en los niños. Si les haces sentir fuertes, lo serán. Por eso me alteraba tanto que Jorge no me apoyara cuando me empeñaba en que nuestra hija también lo fuera. Tenía que inculcarle el instinto de no dejarse pisar. La vida ya es lo suficientemente dura como para no hacerlo.

Sin embargo, me encontraba totalmente desvalida ante el huracán Mónica. Su mera presencia física me imponía. A su lado me veía sosa, vulgar. Discretamente, comencé a tomar notas mentales de su estilismo, adquiriendo ropa y complementos de las mismas marcas que ella, aunque con el suficiente disimulo como para no parecer una fotocopia. Era algo que al mismo tiempo me fastidiaba y me otorgaba confianza en mí misma. Admiraba y repudiaba a aquella mujer a partes iguales. Además, como era de esperar, no se contentó con ser una mera mujer florero. Aprendía rápido y metía mano en todas las campañas. Se colaba en las reuniones de equipo y opinaba sobre cualquier asunto, generalmente lo contrario que yo. Rivalizamos desde el primer momento, y la tensión entre nosotras no dejaba de crecer.

Antes de dirigirse a la sala VIP de la Terminal 4, Mónica dejó caer un sarcástico comentario sobre la mala suerte de que en esta ocasión me tocara padecer las incomodidades del viaje en clase turista. Se regodeó en el hecho de que me correspondiera a mí rehacer la presentación —como si tratara de bajarme los humos y dejar bien claro quién mandaba allí— mientras ella aprovechaba para relajarse en su cómodo asiento en Business Class. Hasta aquel día yo siempre había volado en Business. Sabía que este castigo no era algo casual. Alberto se excusó alegando que “al sacar los billetes a última hora, ya no quedaba más que un asiento en primera clase”. Pude haber protestado con vehemencia pero, por otro lado, la perspectiva de pasar las ocho horas de vuelo aguantando a Mónica era aún más insufrible que la alternativa, así que no repliqué.

Al menos tenía asiento de pasillo. No soportaba la idea de verme sitiada entre la ventanilla y el pasajero contiguo, sin poder siquiera estirar las piernas, y teniendo que pedir permiso cada vez que necesitara ir al baño. "Ojalá me toque al lado uno de esos viajeros que se duermen al despegar y se despiertan al aterrizar", pensé, mientras buscaba mi asiento. Al llegar a mi fila, descubrí que mi compañera de viaje era una mujer más o menos de mi edad y —a primera vista— en una situación similar a la mía, ya que a pesar de que aún faltaban muchos pasajeros por embarcar, se encontraba perfectamente acomodada en su sitio con la mesita desplegada y trabajando concentrada en un portátil.

—No nos dan un respiro, ¿eh? —comenté mientras colocaba mi abrigo en el compartimento superior.

—¿Perdona? —preguntó la mujer alzando la vista, sobresaltada.

—Disculpa, no pretendía asustarte —respondí.

Ambas reímos. Me senté y procedí también a acomodar mi ordenador sobre la mesa plegable.

—Nada, decía que no nos dan un respiro... Yo también voy a tener que trabajar un buen rato —expliqué.

—Aaah... Puff, sí, qué le vamos a hacer... Estoy tan acostumbrada que casi no me doy cuenta. Soy capaz de currar en cualquier sitio: en los aviones, en casa, en una cafetería... ¿Viajas también por trabajo? —me preguntó.

—Sí —respondí. En un gesto mecánico, saqué una tarjeta de visita del maletín y se la tendí—. Mi agencia tiene la oficina central en Nueva York. Voy a menudo.

—ENZO... *wow*... —contestó la mujer, sin ocultar su admiración—. Conozco la agencia, ¡ya lo creo! Encantada, Claudia —dijo, tendiéndome la mano—. Yo soy Berta. Me temo que no tengo tarjeta —bromeó. Su risa era ligera y franca—. Soy freelance, periodista de viajes. Estoy escribiendo una guía independiente de Nueva York, ya sabes, con lugares curiosos, poco conocidos... el rollo hípster que se lleva ahora.

—Qué interesante —respondí, fingiendo curiosidad, mientras la escudriñaba con disimulo.

No habría sido capaz de adivinar su edad. Probablemente rondaría los treinta y tantos, como yo, pero su larga melena pelirroja, el moderno flequillo hacia un lado, sus gafas de pasta negra y la ropa casual le daban un aire mucho más juvenil. Era bastante atractiva, delgada, y exudaba ese aire bohemio tan chic que estaba de moda, como recién salida de una exposición de arte. Se notaba que se cuidaba —a pesar de ese estudiado look despreocupado— y esa conclusión me agradó. No soportaba a los hippies trasnochados que te dan la brasa con el capitalismo, la política y la globalización, pero luego llevan un móvil último modelo y se pasan la vida de postureo en redes sociales. Al menos yo siempre iba de frente. Me encantaba mi estilo de vida, mi estatus. Disfrutaba de mi posición y del dinero, y no me avergonzaba de ello.

Unos minutos antes del despegue, una auxiliar de vuelo se acercó para indicarnos que guardáramos el ordenador y desconectáramos los aparatos electrónicos, que pusiéramos de nuevo la bandeja en posición vertical y bla, bla, bla. Justo detrás de ella apareció Mónica, con una nueva sarta de instrucciones:

—Te acabo de mandar un mail con todas las modificaciones que hay que hacer en la presentación porque, sinceramente, tal y como está ahora no podemos presentarnos en la reunión de mañana. Van a pensar que no le hemos dedicado ni dos minutos...

Sentí que me ardían las mejillas, a medio camino entre la rabia y el bochorno por saberme reprendida y, para colmo, ante una desconocida.

—Mónica, no me jodas. Sabes que llevo semanas con ella. ¡Haberlo dicho antes! A lo mejor el problema es que ni te has molestado en revisarla hasta hace dos minutos, ¿no?

La tensión entre nosotras hubiera seguido escalando de no ser por la insistencia de la auxiliar de vuelo que, muy amablemente, se ofreció a acompañarla de vuelta a su asiento.

—A ver si te hace ya efecto el orfidal... —murmuré entre dientes, suspirando

aliviada al ver a mi jefa desaparecer tras la cortina, y provocando la risa cómplice de Berta.

El avión despegó y, durante la primera parte del trayecto, tanto mi compañera de viaje como yo trabajamos en silencio, ajenas al ir y venir de pasajeros por el pasillo del avión. Una o dos horas más tarde, contemplé por el rabillo del ojo cómo Berta se disponía a ver una película en su ordenador. Tras conectar unos modernos auriculares, pulsó "play" y se recostó en su asiento, dispuesta a disfrutar del film. Reconozco que me sentí celosa por unos instantes. "Ojalá pudiera permitirme el lujo de hacer un paréntesis y relajarme viendo algo entretenido", pensé. Se trataba de una peli clásica, en blanco y negro. Recordé con nostalgia cuánto me gustaba ver películas antiguas con mis padres cuando era joven. Me agradó que no fuera la típica devoradora de series de Netflix. No pude evitar cotillear el título de la peli. Era "*Extraños en un tren*", de Alfred Hitchcock. Me sonaba ligeramente haberla visto. No quise parecer una fisgona, así que me centré de nuevo en mi tarea y las dos horas siguientes transcurrieron en un suspiro, absorta en las modificaciones que me había señalado Mónica.

Coincidiendo casi simultáneamente con el fin de la película, cansada por la postura y la concentración, apagué el portátil. Además de lidiar con el ordenador, tenía que ingeniármelas para consultar los dos móviles, tanto el personal como el del trabajo que, por falta de espacio, metía y sacaba continuamente del maletín, colocado entre mis piernas. Harta de tanto trajín, decidí apagarlos y olvidarme del mundo hasta aterrizar en el JFK. Maldije interiormente la estrechez y la incomodidad del asiento, jurándome a mí misma que la próxima vez me las ingeniaría como fuera para volver a volar en primera.

—Verdaderamente, los aviones no están pensados para trabajar —comenté en voz alta.

Berta asintió con la cabeza y, aprovechando el paso del carrito de bebidas, pedimos sendos cafés. A pesar de que nunca he sido demasiado proclive a entablar conversación con desconocidos, la charla fluyó entre nosotras de manera espontánea.

—Parece que tu jefa está más relajada, ¿no? —afirmó Berta.

—No te fíes. Calculo que me quedan unos diez minutos de paz.

—Yo no sé si podría volver a trabajar con alguien soplándome continuamente detrás de la oreja, la verdad... Es duro trabajar por tu cuenta, pero mi experiencia en empresas ha sido nefasta, así que te comprendo, amiga...

Asentí con la cabeza. Se hizo un momento de silencio antes de animarme a compartir con ella lo que me bullía por la mente.

—Todos los días me despierto pensando lo distinta que sería mi vida si ella no hubiera aparecido, jodiéndolo todo. Créeme, son cosas que no se valoran hasta que te cae una cruz como ésta... He llegado incluso a plantearme cambiar de agencia, montar una por mi cuenta...

—¿Y qué es lo que te detiene? —preguntó.

Exhalé un profundo suspiro.

—El orgullo, supongo. Llevo un montón de años trabajando con mi equipo, mis clientes... Me lo he currado mucho para ganarme su confianza y su respeto. Y no me da la gana de renunciar a todo eso solo por que esta tía se haya cruzado en mi camino. Pero te juro que si encontrara la manera de quitármela de en medio...

Berta soltó una pequeña carcajada. Le dirigí una mirada inquisitiva.

—Me viene al pelo la película que acabo de ver —dijo—. “*Extraños en un tren*”, ¿la conoces?

—Me suena. Solía ver un montón de cine clásico con mis padres, cuando era pequeña. Refréscame la memoria...

—Es genial. Dos desconocidos coinciden en un tren —me explicó—. Entablan una conversación trivial que cada vez se va tornando más personal y, en un momento dado, uno le propone al otro el crimen perfecto: cada uno asesinará a alguien que le hace la vida imposible al otro. Se trata del crimen perfecto porque nadie sabe que se conocen, nadie puede relacionarlos, y los crímenes se cometerán a cientos de kilómetros de sus residencias habituales. El verdadero interesado en hacer desaparecer digamos, por ejemplo, a su jefa —Berta acompañó el razonamiento con un movimiento de cabeza, señalándome—, no podría ser inculpado ni relacionado con el asesinato. Incluso aunque las sospechas recayeran sobre él, sería físicamente imposible que encontrarán ningún rastro suyo en el lugar del crimen, ya que nunca estuvo allí.

Me detuve por un instante a sopesar el razonamiento, con una media sonrisa dibujada en el rostro. Berta continuó:

—Por ejemplo, imagínate que yo me cargo a tu jefa... ¿cómo se llama?

—Mónica —contesté.

—Mónica. Sería como si yo me cargo a Mónica, que te está amargando la vida, y a cambio tú asesinaras, pongamos... yo qué sé... a mi marido, por poner un ejemplo... Incluso aunque dejáramos huellas dactilares por todas partes, resultaría prácticamente imposible identificar a la asesina, a no ser que esté fichada, claro... E incluso así, jamás encontrarían un móvil plausible. ¿Por qué ibas a querer tú asesinar a mi marido...? ¿Qué razón podría tener yo para eliminar a tu jefa, a quien no conozco de nada...? El crimen perfecto, vaya.

Me revolví inquieta en el asiento, disfrutando del juego.

—La idea, desde luego, es potente. Como argumento para una película me parece muy bueno pero, siendo realistas... no creo que sea tan fácil llevarlo a cabo. Quiero decir... ¡Matar a otra persona! No debe resultar tan sencillo como muestran en la tele...

—Supongo que todo es cuestión de planearlo bien. Seguro que hay mil maneras de hacer que parezca un accidente, o un suicidio... Yo creo que, cuando una persona está realmente motivada... No sé, al contrario que tú, opino que no debe ser tan difícil. Estoy convencida de que hay multitud de crímenes que la policía ha sido incapaz de resolver, ¿no crees?

Su razonamiento me hizo gracia y, en un gesto impulsivo, le tendí la mano fingiendo sellar el acuerdo.

—¡Venga! ¡Trato hecho! Puedes deshacerte de ella cuando quieras —exclamé entre risas—. ¿Qué quieres que haga con tu marido...?

Berta me estrechó la mano, estallando en una carcajada.

—Jajajaja... Mujer, ¡era una broma! ¡Si ni siquiera estoy casada! Me temo que te vas a tener que buscar a otra extraña que te ayude con el plan, lo siento...

Nos reíamos tan alto que no reparamos en que Mónica acababa de detenerse junto a nosotras. Al advertir su presencia, tratamos de cambiar bruscamente el semblante, aunque a duras penas logramos contener la risa.

—Ya veo que te lo estás pasando en grande —interrumpió, irritada—. ¿Has terminado ya la presentación? Porque quien tiene que dar la cara mañana soy yo, no lo olvides. Cuando lo acabes mételo en este pincho y me lo pasas, que lo tengo que revisar.

Cogí el *pendrive* que me tendía, y seguí con la mirada el recorrido de mi jefa hasta perderla de vista. De nuevo, ambas reanudamos las carcajadas, como dos niñas a las que la profesora ha pillado copiando en un examen. Por primera vez en mucho tiempo, me estaba divirtiendo. Me di cuenta de que no tenía ninguna amiga, ninguna, con la que poder hablar distendidamente, y me produjo cierta tristeza el hecho de que solo hubiera sido capaz de encontrar algo similar a la empatía en una completa desconocida a la que perdería de vista para siempre en unas cuantas horas.

—O sea, que tú te lo curras y ella se lleva las flores, ¿no? —preguntó Berta.

—Bueno, tampoco es eso —traté de justificar—. Es un trabajo de equipo. Al final yo soy quien dirige las campañas, quien trata con los clientes... Mis compañeros reconocen mi trabajo, pero parece ser que viste mucho tener un look tan imponente como el suyo —agregué, resignada.

—Bah, se nota a la legua que tú tienes mil veces más clase que ella. Esas cosas no se aprenden, se tienen o no. Me apuesto lo que quieras a que el puesto no lo ha conseguido por méritos propios. Ya me entiendes...

Sonreí con amargura, sin confirmar ni desmentir la intuición de Berta, aunque el comentario me reconfortó y halagó a partes iguales. Al menos quedaba claro quién era la profesional en el tándem. Mientras charlábamos, continué estudiando discretamente a mi interlocutora. Me ocurría siempre que conocía a alguien nuevo. Me fascinaba observar el lenguaje corporal propio de cada uno, los gestos, los pequeños tics. Por ejemplo, mientras hablaba, Berta enrollaba y desenrollaba un mechón de pelo entre los dedos de la mano derecha. Yo no poseía ningún gesto propio, al menos ninguno del que fuera consciente. “¿Soy demasiado estirada?”, me pregunté. Me percaté de que el rostro de Berta, semioculto tras sus enormes gafas, casi rozaba la perfección. No se daba uno cuenta —a no ser que observara con detalle— de la suavidad en la curva de la nariz, los pómulos redondeados, la piel tersa del rostro, la delicadeza de sus labios, la dentadura perfectamente alineada... Si hubiéramos tenido más confianza habría compartido con ella algunos truquillos que, sin duda, le ayudarían a sacarse todavía más partido. Por ejemplo, las horribles gafas de pasta. Por muy modernas que fueran le hacían un flaco favor, ya que camuflaban su belleza al cubrirle prácticamente la mitad de la cara. Seguro que con otro modelo, más elegante y discreto, su rostro luciría mucho más, aportando incluso un pequeño toque de sofisticación. Pero estaban de moda. Deduje que seguramente las habría elegido por eso. Admiré de nuevo su larga y cuidada melena pelirroja. Nunca he soportado a esas mujeres que se dejan crecer las canas, y con la excusa de la “naturalidad”, acaban pareciendo hermitañas. No hay excusa para el descuido físico, por no decir para la falta de higiene. Berta exhalaba confianza, personalidad. Y usaba un perfume caro. Reconocí que era el mismo que solía ponerme yo en ocasiones especiales, lo que denotaba un gusto exquisito. Llegué a la conclusión de que probablemente, si hubiéramos tenido la oportunidad de alargar la conversación y

compartir anécdotas y experiencias, habríamos descubierto que teníamos muchas cosas en común. Quizás, de habernos conocido en otras circunstancias, hasta nos habríamos hecho amigas, quién sabe...

Pero la realidad se impuso y volví a enfrascarme en la presentación, que logré concluir a tiempo de echar una pequeña cabezadita antes de llegar a nuestro destino.

El avión aterrizó en Nueva York en el horario previsto. Me despedí de mi compañera de viaje con un breve abrazo, deseándonos buena suerte en nuestros respectivos trabajos.

Tras atravesar los pertinentes controles de seguridad, por fin, entre el bullicio de gente que aguardaba ante las puertas de la terminal de llegadas internacionales, vislumbré a lo lejos el alborotado cabello rubio de James, que nos aguardaba con una sonrisa, sosteniendo en sus manos un cartel con el nombre de la agencia. Según avanzábamos hacia él, mi pulso se aceleró. Tuve que realizar un esfuerzo ímprobo para reprimir el impulso de arrojarme en sus brazos, como tantas parejas a nuestro alrededor hacían en aquel preciso momento. Me las apañé para saludarle con un profesional apretón de manos ya que, por supuesto, ninguno de los dos deseábamos que nuestro discreto *affair* fuera del dominio público.

James Carter –que no llegaba a la cuarentena– era unos de los CEO’s más jóvenes de la agencia. Servicial y sonriente, nos acompañó hasta el coche de empresa que habría de trasladarnos en primer lugar al hotel de Mónica, el Plaza. En nuestras visitas a Nueva York o a Londres, Mónica exigía alojarse invariablemente en el Plaza o el Ritz y Alberto, claro está, no se negaba jamás. Aunque ello supusiera un enorme mordisco en el presupuesto del viaje, lo cual me obligaba a mí a alojarme en un hotel algo más modesto. De cualquier modo, lo prefería así. Hay multitud de hoteles modernos y fabulosos en Manhattan por la mitad de lo que supone alojarse en un hotel tan clásico y rancio como el Plaza. Además, agradecía la libertad de tener las noches para mí. Lo único que me faltaba era tener a Mónica entrando y saliendo de mi habitación. Especialmente ahora, con James.

El conductor salió del coche al vernos llegar y se ocupó de colocar el equipaje en el maletero. James se sentó delante –en el asiento del copiloto– y las dos mujeres nos acomodamos detrás. Durante el trayecto Mónica acaparó toda la conversación en su perfecto inglés, y no pude evitar percibir un cierto flirteo en el modo en que se dirigía a James. No podía culparla, porque el atractivo del muchacho era innegable. Él también estaba casado. Su esposa, Camilla Mathison, era una fotógrafa muy conocida en el mundo de la moda. Su fama de mujer complicada y caprichosa era también vox populi. No obstante, cualquier actor, cantante o artista se moría por ser retratado por ella, y lo cierto es que su trabajo solo podía describirse como una auténtica obra de arte. Mi propia agencia la había contratado para sus campañas en numerosas ocasiones. Por lo que James me había contado, la pareja tenía una relación abierta. Un acuerdo por el cual cada uno de ellos era libre de acostarse con quien quisiera, siempre que no se

convirtiera en una relación habitual que pusiera en peligro su matrimonio, y con una única regla: no compartir los detalles con el otro. Así, Camilla podía desaparecer una semana entera, y James sabía que probablemente se encontraba disfrutando de la compañía de algún famoso actor en Los Ángeles. Y al revés, James no tenía problema en pasar unas cuantas noches fuera de casa, siempre que aquello no interfiriera en su relación de pareja.

A veces fantaseaba con proponerle algo así a Jorge. Pero ¿sería capaz de manejar los celos cuando él no llegara a dormir a casa una noche? Hmm, no lo sé. Tenía la certeza de que yo podía tener sexo sin ataduras con un desconocido, pero conocía a mi marido. Era un romántico, no le creía capaz de separar lo meramente físico de ese “algo más”. Al mismo tiempo, me resultaba tremendamente excitante mantener vivo aquel “*affair*”, ese idilio secreto del que nadie sabía nada. Era algo mío. Una parte de mi vida que me pertenecía solo a mí. Disfrutaba con aquella sensación. Nunca he comprendido por qué algunas personas sienten el irrefrenable impulso de confesar una infidelidad a su pareja. ¿Qué pensarían que iban a conseguir con eso? ¿El perdón inmediato? ¿Se fortalece acaso una relación porque uno decida que, ante todo, hay que ser sincero...? ¿Acaso el engaño no ha sido consumado ya? Yo era perfectamente capaz de separar ambas relaciones sin sentirme culpable en ningún momento, sin remordimientos. No veía la necesidad de sincerarme. Honestamente, a veces el género humano es un completo misterio para mí.

Tras dejar a Mónica instalada, James se sentó en el asiento trasero del coche y dimos rienda suelta a los besos y caricias reprimidos, mientras el conductor nos trasladaba a mi hotel, ubicado a tan solo un par de manzanas de la agencia, en Madison Avenue.

—Te he echado mucho de menos... —susurró James en mi oído.

—Yo también a ti —contesté, besándole de nuevo.

—Después de la última vez, no estaba seguro de si...

—Lo sé, lo siento. No quiero que pienses que estoy jugando contigo. Pero Jorge y yo estamos intentando salvar nuestro matrimonio. Por nosotros, y también por la niña. Lo comprendes, ¿verdad?

—No tienes que darme ninguna explicación, ya lo sabes. Disfrutemos de estos días juntos, tengo muchos planes para estas cuatro noches —concluyó James.

A pesar del estrés de las presentaciones, reuniones y compromisos de negocios, aquellos viajes constituían un auténtico oasis de relax para mí. La rutina del día a día en Madrid me asfixiaba, y últimamente me preguntaba demasiado a menudo si merecía la pena seguir viviendo una vida que me apretaba, anhelando siempre la próxima escapada. Pero por más vueltas que le daba, no hallaba una solución viable. Si decidía romper con todo, separarme, abandonar a Jorge y a Laura... ¿podría perdonarme no ver crecer a mi hija? Los ojos se me empañaban solo de pensarlo. Maldita debilidad. No, no podría soportar alejarme de ella, a pesar de que mi vida se hubiera convertido en una monótona sucesión de pediatras, deberes, reuniones con profesores, actividades extraescolares... La quería mucho, y a Jorge también. Eran mi familia. Aunque hacía ya unos años que contaba con Adriana para aliviar buena parte de la carga, la tediosa rutina en la que se había convertido mi vida no se parecía en nada a lo que tenía en mente cuando decidí formar una familia con Jorge. De algún modo, antes de quedarme embarazada por mi mente solo desfilaban instantáneas –a modo de Polaroid– en las que me retrataba a mí misma sonriente rodeada por mi bebé, mi marido y mis amigos, celebrando divertidas fiestas de cumpleaños, posando en una pradera con mi pequeña vestida de blanco de la cabeza a los pies, o en una playa, descansando en una tumbona bajo una palmera, mientras mi hija construía castillos de arena a mi lado... ¿Cómo había podido ser tan ingenua? ¿En qué momento mi lado racional había sido aniquilado y suplantado por un anuncio de Instagram? La realidad era que hacía ya bastante tiempo que no rehuía trabajar hasta tarde en la oficina, postergando lo máximo posible la hora de regresar a casa. Por otro lado, nuestras últimas vacaciones familiares habían culminado en una sucesión de discusiones y tensión de las que prefería no acordarme.

No obstante, no deseaba el divorcio. Lo que anhelaba con todas mis fuerzas era recuperar la intimidad, la chispa que en los comienzos me producía la mera presencia de Jorge en la habitación. De cuando en cuando volvía a recuperar esa sensación, y en esos momentos todo me parecía posible, hasta la vida de anuncio que había soñado. Pero – más pronto que tarde– el efímero momento se esfumaba y el sentimiento de euforia se desvanecía, sumiéndome de nuevo en la más absoluta melancolía.

Cuando viajaba por trabajo era como si mi vida real quedara en *standby*, suspendida por unos días. No me angustiaba con pensamientos como si a Laura le habrían pegando aquel día en el colegio. No me preocupaba si Adriana habría hecho la cena que había programado con anterioridad, ni si Jorge querría ver un coñazo de documental sobre arquitectura en la tele aquella noche. Todos esos detalles quedaban, por un pequeño período de tiempo, muy, muy lejos de mí.

Disponía de un par de horas para refrescarme en el hotel antes de acercarme a la agencia desde donde, tras los pertinentes saludos, me dirigiría junto a Mónica, James y un par de compañeros más a disfrutar de una comida informal en algún restaurante de moda. Allí nos pondríamos al día de las últimas novedades y cotilleos a ambos lados del Atlántico. Tras dejarnos en la puerta del hotel, el conductor desapareció entre el tráfico de Manhattan. James –muy discreto– fingió ayudarme con el equipaje para así

subir conmigo a la habitación, en la que disfrutaríamos de un apasionado reencuentro.

El comienzo de aquel idilio se remontaba a un año atrás. Obviamente, James y yo habíamos coincidido varias veces con anterioridad en mis viajes de trabajo a Nueva York. Incluso habíamos compartido una maravillosa Nochevieja en Madrid, en una ocasión en que James y Camilla visitaron nuestra agencia y Jorge y yo nos ofrecimos como anfitriones para compartir con ellos la llegada del nuevo año.

Nada hacía presagiar en aquel viaje, doce meses atrás, la posibilidad de un romance entre los dos. Todo comenzó en una aburridísima entrega de premios a la que ambos nos vimos obligados a asistir, aún a sabiendas de que otra agencia se alzaría con el galardón tras comprar descaradamente el voto del jurado. Era un secreto a voces que dicha agencia se había dedicado a regalar a sus miembros artículos de lujo como relojes, bolsos o joyas pero, sin pruebas, no se podía hacer nada al respecto. La agencia tenía reservada una mesa para seis personas en el evento. Mónica y Alberto eran dos de ellos. Linda Mancini –Presidenta de ENZO NY– con su marido, James y yo completábamos el grupo. Mónica disfrutaba observando y dejándose ver por la flor y nata de la cultura neoyorquina, en parte porque era su forma de ser, en parte porque aún no llevaba sobre sus espaldas ni la mitad de eventos que yo. Pasados unos años, la red de intrigas palaciegas, votos comprados e insufrible postureo acababan eclipsando el glamour de estas reuniones, y la mayoría de los invitados aprovechaban la noche para cenar, beber y, bueno... sobre todo para beber.

Aquella noche en concreto ponía el broche de oro a otro día de perros con Mónica. La perspectiva de soportarla además durante toda la velada se me antojaba insufrible por lo que, a mitad de la cena, alegué un terrible dolor de cabeza y me excusé, dispuesta a regresar a mi hotel y dormir hasta la mañana siguiente. Recogí mi abrigo del ropero. Estaba ya en la calle intentando parar un taxi cuando, repentinamente, escuché la voz de James a mi espalda.

—Intentando escapar, ¿eh? —bromeó, exhibiendo su encantadora sonrisa.

Me sonrojé, no solo por el atractivo que derrochaba, sino también por el hecho de haber sido interceptada en mi huida.

—Lo siento, es que...

—Lo sé... la gala es insufrible —interrumpió James.

Soltamos una carcajada al unísono.

—Dios, ¡es insoportable! —admití, riendo—. ¡Pensaba que los americanos erais especialistas en este tipo de eventos!

—Te propongo un plan alternativo... ¿Qué tal si nos vamos a tomar una copa? —dijo James, ofreciéndome galantemente su brazo.

—Sí, por favor... ¡Sácame de aquí! —acepté feliz, tomándole del brazo.

En cuestión de segundos, James había conseguido un taxi. Antes de darme cuenta, nos encontrábamos compartiendo mesa y Cosmopolitans sentados junto a un ventanal del River Café, bajo el puente de Brooklyn. El giro que había dado la noche, combinado con los cocktails, me descolocó. Bajé las defensas y, relajada, me abandoné a la magia del momento. A medida que fue avanzando la velada, la charla se fue volviendo más íntima. El roce casual de la mano de James se tornó en una caricia indisimulada, y de ahí al primer beso no medió mucho más. Yo ya no pensaba. Solo sentía. Solo deseaba dejarme llevar, perder por una vez el control, y así lo hice. Del River Café al puente de Brooklyn, y de allí al hotel, donde pasamos nuestra primera noche juntos, recorrimos la ciudad comiéndonos a besos.

Nuestra relación, dadas las circunstancias, era perfecta. Acordamos desde el principio manejarla con la máxima discreción y prudencia, para evitar cotilleos en la agencia. Éramos conscientes de que aquella información, en manos de según qué personas, podía perjudicarnos seriamente. Pero aquella clandestinidad, lejos de suponer un obstáculo, aportaba aún más morbo al romance, y dotaba a nuestros encuentros furtivos de una pasión con la que yo ya no contaba a esas alturas de mi vida.

Nos enviábamos mensajes cariñosos casi a diario. Yo siempre usaba mi móvil de empresa, nunca el personal. Para ser totalmente sincera, esa fue una de las principales razones para agenciarme un segundo teléfono. Me sentía como una adolescente, escribiéndole a escondidas desde el jardín de mi casa, ruborizándome de emoción al recibir noticias tuyas. Podíamos pasar un par de días sin comunicarnos, y de repente uno de los dos sentía el impulso de reanudar el contacto con un texto divertido, con un romántico mensaje de ánimo para una campaña en la que trabajábamos, o simplemente nos deseábamos buenos días calculando la diferencia horaria.

Aquel día de abril, por tanto, celebrábamos una especie de aniversario, aunque ninguno de los dos deseáramos ponerle una etiqueta formal a nuestra relación. No estábamos enamorados, pero era innegable que nos buscábamos. Nos necesitábamos el uno al otro y nuestros encuentros, aunque espaciados en el tiempo, eran una droga de la

que aún no estábamos planteándonos prescindir. Nada más cerrar la puerta de la habitación, apenas tardamos unos segundos en desnudarnos y hacer el amor allí mismo, sin tiempo siquiera de deshacer la cama.

Tras darnos una ducha juntos, James se despidió con un beso y se marchó a la agencia, a la que yo llegaría unos minutos después. Maldije mi mala suerte al coincidir con Mónica en el *lobby* del edificio.

—¿Por qué no coges el teléfono? Te he llamado veinte veces —me increpó sin detenerse, mientras continuaba decidida su camino hacia el ascensor.

Me percaté de que, con las prisas, tan solo había cogido el bolso de mano y mi móvil personal. Me había dejado en el hotel el maletín con el portátil y el otro teléfono, el que utilizaba para temas de trabajo. No recordaba haber vuelto a conectarlo tras el vuelo. Seguramente por eso no lo escuché sonar en el hotel. Lo cierto es que la excitación del reencuentro con James me había distraído, y di gracias internamente por el despiste. Tener que parar a mitad del tema para atender una llamada de Mónica no era precisamente mi idea del romanticismo.

—No me he dado cuenta, perdona. Como hoy solo tenemos programada la comida... Me lo he dejado en el hotel —me disculpé.

Mónica no pudo completar el rapapolvo porque justo en ese momento las puertas del ascensor se abrieron frente a la entrada acristalada de nuestra oficina, en el piso 23. Como la gran actriz que era, su semblante se transmutó en una amable sonrisa, y la perdí de vista entre los apretones de mano y saludos de nuestros colegas neoyorquinos.

La comida transcurrió con normalidad, aunque aquellas charlas anodinas y repletas de lugares comunes cada vez me resultaban más soporíferas. La mera presencia de James suponía una distracción. Tuve que recordarme a mí misma que debía ser discreta, y me esforcé por participar en la conversación y aportar un toque de humor y profesionalidad a los temas que iban surgiendo. Tras una breve sobremesa, regresamos un rato a la agencia. Una vez allí, repasamos la presentación que “habíamos” preparado para el día siguiente y acordamos que Mónica y yo nos retiraríamos a nuestros hoteles para descansar, superar el *jet lag*, y estar frescas y preparadas a la mañana siguiente, que se prometía intensa.

Nada hacía presagiar cuánto.

Un coche de empresa acompañó a Mónica hasta el Plaza. James y yo teníamos otros

planes. Salimos por separado de la agencia y acordamos reunirnos a las siete y media en el River Café, nuestro rincón favorito de la ciudad, para cenar y dar un paseo romántico más tarde, de vuelta al hotel. No me sentía en absoluto cansada. Muy al contrario, me sentía más despierta que nunca.

05

Aprovechando que Camilla se encontraba en París realizando un reportaje de moda, James había planeado cuidadosamente las noches que pasaríamos juntos. Esto incluía reservas en restaurantes, entradas para el teatro y visitas a los nuevos bares de moda.

La velada fue perfecta. Habíamos alcanzado un dulce equilibrio de complicidad y romanticismo. Me hacía tanta falta una noche así que la disfruté intensamente. Con James perdía la rigidez. No tenía nada que demostrar, ni obligaciones, ni preacuerdos establecidos. Nuestros encuentros rebosaban espontaneidad, no recordaba haberme sentido tan relajada en años. Después de cenar y tomar una copa nos dirigimos de nuevo al hotel, donde hicimos el amor una vez más, con la energía y la pasión de un par de adolescentes.

A la mañana siguiente despertamos abrazados, anhelando poder alargar el momento. Pero habíamos acordado estar a las nueve en la agencia, y prefería llegar temprano para rematar los últimos detalles de mi presentación antes de que la irrupción de Mónica me robara los pocos minutos de paz de los que disfrutaría hasta bien entrada la tarde. James abandonó el hotel en primer lugar. Se detendría a desayunar en su cafetería favorita, y sería también de los primeros en llegar a la agencia aquella mañana.

Cuando se marchó, aproveché para darme una larga ducha y, tras secarme el pelo, vestirme y maquillarme, me dispuse a salir del hotel. Me puse el abrigo camel y procedí a revisar todo lo que debía llevar a la oficina: bolso, portátil, tarjeta de acceso, monedero, los móviles... Fue entonces cuando reparé en que, desde que aterrizamos en Nueva York el día anterior, no había consultado en ningún momento el móvil de trabajo. El nuevo. Había realizado un par de llamadas rápidas la tarde anterior: una a Adriana, para recordarle que Laura tenía que practicar una hora con el violín, y otra más tarde a Jorge, en la que hablé tanto con él como con mi hija, para darles las buenas noches y confirmarles que el vuelo había llegado sin incidencias. Recordé el comentario de Mónica del día anterior, en el *hall* de la agencia: “¿Por qué no coges el teléfono? Te he llamado veinte veces”. Me invadió un molesto presentimiento. ¿Sería posible? ¿Lo habría perdido? Recordé haberlo metido y sacado del maletín varias veces durante el vuelo. Busqué y rebusqué por toda la habitación, en los bolsillos del abrigo, hasta debajo de la cama, pero el móvil no apareció. Definitivamente, lo había perdido.

Temí que, por distracción, el teléfono se hubiera resbalado inadvertidamente fuera

del bolso, quedando oculto bajo el asiento del avión. Así que decidí apresurarme en llegar a la agencia e intentar contactar desde allí con la compañía aérea, por si alguien lo hubiera encontrado y hubiera tenido la decencia de depositarlo en la oficina de objetos perdidos. No contaba con ello, pero era la única opción que me quedaba. También podía haberseme caído en el coche que fue a recogerlos al aeropuerto, pero estaba convencida de no haberlo sacado en ningún momento tras bajar del avión. Por suerte siempre he sido muy precavida y, aunque me daba rabia haber cometido semejante descuido –acababa de estrenar el dichoso teléfono, y era uno de los más potentes del mercado–, tenía copia de seguridad de todos mis contactos, y podría acceder igualmente a mi agenda, documentos y correo electrónico a través del portátil, por lo que la pérdida era relativa. Lo que más me fastidiaba era la perspectiva de tener que facilitarle a Mónica mi número personal, amén de que aquel era el móvil que usaba habitualmente para comunicarme con James, por lo que, conforme cerraba tras de mí la puerta de la habitación, decidí solicitar un teléfono provisional a la mayor brevedad posible. Seguro que la agencia tenía cubierto este tipo de contingencias.

Disfrutaba muchísimo de aquellos paseos matutinos, del hotel al rascacielos que albergaba la oficina central. Caminar sola era un lujo del que rara vez disfrutaba en Madrid. Claro que no era una auténtica neoyorquina, pero tampoco una turista. Confundiéndome entre la gente que subía y bajaba por las amplias aceras de Madison Avenue, me deleité sin prisas en algunos escaparates, y finalmente me detuve en un Starbucks a comprar un café y un croissant. Me comí el bollo por la calle, antes de entrar en el *hall* del edificio donde se ubicaba la oficina. Feliz, contemplé mi reflejo sobre las puertas metálicas del ascensor que ascendía velozmente al piso 23. Allí, con mi vaso de café en una mano y el maletín en la otra, sintiéndome tan profesional como una ejecutiva de revista, me reafirmé en que todos los sacrificios y largas jornadas de trabajo habían merecido la pena. Lo había conseguido. Estaba en la cima de mi carrera profesional –a pesar de las Mónicas del mundo– y me propuse retener esa sensación de euforia durante tanto tiempo como me resultara posible.

Maggie –la encantadora recepcionista– me saludó cariñosamente al cruzar las puertas de cristal, sobre las cuales destacaba el logo de la agencia, elegantemente impreso en grandes letras blancas. Se interesó por saber si había descansado bien la noche anterior y, muy convenientemente, me preguntó si podía hacer algo por mí. Aproveché la oportunidad para resumir brevemente el problema con la pérdida del teléfono, y ella se ofreció de inmediato a contactar con la compañía aérea y averiguar si lo habían encontrado. Se lo agradecí y, tras una rápida ojeada al interior de la agencia, comprobé con alivio que mi jefa no había llegado todavía.

Siempre que viajaba a Nueva York me reservaban una mesa al fondo de la amplia sala común, donde *copys*, diseñadores y directores de cuentas convivían y se

relacionaban como si de una organizada colmena se tratara. Mi mesa se hallaba mágicamente emplazada junto a uno de los grandes ventanales desde los que se admiraban unas increíbles vistas de Manhattan. No me cansaba nunca de ellas. Mónica tenía reservado un espacio en una pequeña sala de reuniones, no muy lejos de donde me sentaba yo. Desde allí podía disfrutar de cierta intimidad para realizar llamadas o reunirse con el equipo, aunque el moderno diseño de paredes semitransparentes tampoco garantizaba total privacidad. El despacho de James, cercado igualmente por tabiques traslúcidos, se ubicaba justo al lado.

Me instalé en mi puesto y me dispuse a revisar por enésima vez la presentación que debíamos realizar unas horas más tarde frente a los directivos neoyorquinos. Alberto tenía por costumbre unirse a nosotras en dichas reuniones y, aunque no había podido viajar a Nueva York el día anterior, confirmó que llegaría a tiempo —a media mañana— procedente de la oficina de Londres. Acordamos esperarle para presentar ante los CEO's de la central las últimas campañas emprendidas desde la agencia de Madrid. Se analizaría el impacto en medios, los nuevos posibles clientes y estrategias de marketing sobre las que se estaba trabajando, etc... Estas reuniones eran importantes para tomar el pulso de las distintas delegaciones a nivel mundial, y me esforzaba mucho porque mis presentaciones fueran impecables, incluso aunque Mónica tratara de robarme el protagonismo. Afortunadamente, Alberto continuaba siendo un fiel aliado en lo profesional. Nunca dejó de recalcar con firmeza ante los directivos mi papel fundamental en las decisiones más importantes de cada campaña. Al menos eso era de agradecer, reflexioné para mí misma, mientras guardaba la versión definitiva de la presentación y se la enviaba a Mónica por correo electrónico.

Como era habitual en mí, no había levantado la vista de la pantalla desde que me senté a trabajar, y no reparé en la hora que era hasta que James, sigilosamente, se acercó hasta mí y preguntó, ligeramente preocupado:

—Claudia, ¿a qué hora quedó Mónica en venir?

Consulté mi reloj de pulsera, y sentí un ligero sobresalto. Eran las diez y media. Habíamos acordado reunirnos allí a las nueve. Aquello, ciertamente, no era propio de ella. ¿Qué podría haberla entretenido? Me preocupó que hubiera surgido algún imprevisto y no hubiera podido localizarme en el móvil extraviado. Consulté mi correo electrónico, por si hubiera decidido contactarme por ese medio. Nada. Saqué mi móvil del bolso, el personal. Nunca había llamado a Mónica desde él, aunque sí que tenía su número anotado en la agenda, por si lo necesitaba en caso de emergencia. Recelosa, decidí descolgar el teléfono fijo que tenía disponible sobre mi mesa y realicé la llamada desde allí. Tras varios tonos, saltó el contestador automático. Dejé un mensaje, explicando que estábamos inquietos por su retraso, y pidiendo que llamara a la agencia cuando lo escuchara.

Tras unos quince minutos, llamé de nuevo. Una vez más, respondió el contestador.

—Esto es muy extraño. Vamos a llamar a su hotel —le dije a James.

Descolgué el teléfono y, al marcar el cero, la voz de Maggie respondió cordialmente:

—Hola Claudia, ¿qué puedo hacer por ti?

—Maggie, estoy un poco preocupada... Por favor, ¿podrías llamar al Plaza y ver si puedes localizar a Mónica en su habitación? No contesta a móvil, es muy raro que no haya llegado todavía...

—Por supuesto, voy a intentar localizarla —contestó Maggie, tranquilizadora.

Pasaron otros quince minutos. James y yo especulábamos sobre lo que podía haber sucedido. James bromeó:

—Quizás Alberto llegó anoche, antes de lo previsto, y se han quedado dormidos.

No se me había ocurrido aquella posibilidad. Me sorprendió que hablara del idilio de mis jefes tan abiertamente, pero me di cuenta de que nadie podía escucharnos, y reí con cierto alivio imaginando que aquella fuera, en efecto, la verdadera causa del retraso de Mónica. Continuamos bromeando. Quizás se emborracharon y se han despertado esta mañana en Las Vegas, disfrazados de Elvis y Marilyn... Desde luego, el encanto de James era capaz de relajar cualquier situación de tensión. Maggie tardaba en dar señales de vida, por lo que decidimos aproximarnos a la recepción y preguntar directamente a la joven si había averiguado algo. Justo cuando llegábamos a su altura, Alberto hizo su entrada a través de las puertas de la oficina, todo sonrisas, arrastrando una pequeña maleta en una mano y un portatrajes en la otra. Era evidente que llegaba directamente desde el aeropuerto. Me apresuré a interceptarle y, asíéndole del brazo, le conduje a un discreto lateral de la recepción. Mientras —por el rabillo del ojo— observaba cómo James hablaba con Maggie, quien, con el teléfono sujeto entre el hombro y la oreja, hacía signos de no tener noticias y continuar a la espera de que el hotel pudiera localizarla.

—Alberto, perdona que te avasalle, tengo que preguntarte una cosa: ¿sabes dónde está Mónica? No ha llegado aún, y estamos un poco preocupados. Habíamos quedado a las nueve, y son más de las once... No es propio de ella.

—Hmmm... No, pues no sé... Hablé con ella ayer por la tarde. Me comentó que se iba al hotel a dormir y quedamos en vernos aquí hoy, no he sabido nada más. ¿Le habéis

llamado al móvil? —preguntó Alberto, inquieto.

—Sí —contesté—. Salta el contestador. Maggie está intentando localizarla en el hotel.

Nos acercamos juntos al mostrador de recepción, justo en el instante en que Maggie colgaba el teléfono, negando con la cabeza.

—No responde. Un camarero ha subido y ha estado llamando a la puerta, pero no contesta nadie. Me han dicho que no pueden entrar en la habitación sin una razón justificada —explicó Maggie, encogiendo los hombros.

—Vamos a hacer una cosa: James, acompáñame al hotel. Le pediremos al director que nos abra la puerta, bajo mi responsabilidad —zanjé.

James asintió con la cabeza.

—Yo también voy —añadió Alberto. Sin más dilación, bajamos los tres a la calle y tomamos un taxi con dirección al Plaza.

—Seguro que hay una explicación lógica —argumentó James, tratando de calmarnos. Me esforcé por seguir el ritmo de Alberto quien, bastante nervioso, subía de dos en dos los peldaños de acceso al lujoso *lobby* del hotel. Una vez le di alcance nos abalanzamos sobre el recepcionista, abrumándole con nuestro angustiado parloteo. Como el joven ya estaba al tanto de la situación, tras haber atendido personalmente la llamada de Maggie, nos acompañó sin perder un momento al despacho del director del hotel.

—¿Están seguros de que la señora no ha abandonado la habitación? —cuestionó éste último amablemente, mientras avanzaba por el elegante pasillo que conducía a la suite de Mónica.

—No estamos seguros de nada, pero tememos que haya sufrido alguna indisposición. No es propio de ella no haber llamado o avisado a la oficina —explicó Alberto.

—Yo sé que toma pastillas para dormir —añadí. —Me preocupa que se tomara más de una y esté teniendo problemas para despertar.

—Tranquilos, no es la primera vez que sucede algo así, y siempre hay una explicación lógica. Seguro que no hay nada de lo que preocuparse —dijo el director mientras, haciendo uso de una llave maestra, abría la puerta de la habitación.

El hombre se hizo a un lado con un ceremonioso gesto, indicándonos que podíamos pasar. Entré en primer lugar, seguida por Alberto y James. A priori no se observaba nada extraño, salvo que allí no había ni rastro de mi jefa. La cama estaba deshecha y, al estar abierta la puerta del armario, pudimos observar la ropa, zapatos y demás prendas de vestir meticulosamente colocados en su interior. Todo tan pulcro y ordenado como la propia Mónica. El vestido negro que llevaba el día anterior colgaba sobre el respaldo de un sillón de la suite, junto al que también se encontraban sus zapatos y sus medias. Nada parecía fuera de lugar. Reparé entonces en su ordenador portátil. Estaba abierto y enchufado a la pared, sobre un escritorio situado cerca del gran ventanal con vistas a Central Park. En ese momento, algo hizo clic en mi cabeza. No me cuadraba que Mónica hubiera salido de la habitación dejando el ordenador encendido. Su teléfono móvil estaba sobre la mesilla de noche, junto a la cama, al lado de una caja de Orfidal. Me dispuse a cruzar la habitación para inspeccionar el teléfono cuando un grito desgarrador me heló la sangre en las venas y me dejó clavada a medio camino. El que gritaba era Alberto, y su voz provenía del baño. Tal y como lo recuerdo, y como relataría más tarde a la policía, a partir de ahí todo sucedió para mí a cámara lenta. Me sentía igual que en uno de esos documentales donde se narran los primeros instantes tras una explosión. El sonido se amortiguó, como si de repente alguien me hubiera sumergido en un tanque de agua. James entró y salió del baño como un resorte, corriendo hacia mí y, abrazándome con todas sus fuerzas, trató de impedir que contemplara la escena que tenía lugar en su interior. Alberto salió del baño tambaleándose. Sin tiempo apenas de atravesar el umbral de la puerta, se inclinó hacia un lado y vomitó sobre la alfombra. El director entró en la habitación al escuchar el alboroto y yo, aún no sé muy bien cómo, conseguí zafarme de los brazos de James y alcanzar el cuarto de baño para contemplar con mis propios ojos una escena que quedaría grabada en mi mente para siempre. Mónica yacía desnuda en la blanca bañera de mármol del hotel, rebosante de agua, con las venas de las muñecas seccionadas, tiñendo todo el contenido de un rojo intenso. Tenía la cabeza ladeada, con los ojos cerrados, como si la muerte le hubiera sorprendido plácidamente dormida. Su expresión no era triste, ni de angustia. Tenía el rostro limpio y desmaquillado, y su media sonrisa convertía toda la escena en algo todavía más inquietante. Aquel escenario no tenía nada que ver con el episodio de un thriller de misterio. Era todo tan real —la humedad, el olor, los gritos, la luz—, que resultaba insoportable.

No recuerdo con claridad cómo se sucedieron los acontecimientos después de aquello. James relató que el director nos apremió a abandonar la estancia sin tocar nada ya que, aunque todo apuntaba a un suicidio, debía avisar a una ambulancia y a la policía para que se personaran en el hotel e intentaran esclarecer los hechos.

Los paramédicos irrumpieron en la habitación con una rapidez espectacular, apenas

unos minutos después de que el director realizara la llamada a los mismos pies de la bañera. La diligencia y velocidad con la que se desplegó todo el dispositivo de emergencias me hizo albergar por unos minutos la esperanza de haberla encontrado aún con vida, pese a lo impactante de la escena. Por desgracia, solo pudieron certificar la muerte y aguardar la llegada de la policía para compartir con ellos los detalles de su intervención.

Cuando llegaron, Alberto, James y yo fuimos escoltados por un par de detectives a distintas habitaciones del hotel, donde varios profesionales trataron de calmar los cuadros de ansiedad que presentábamos, para después proceder a interrogarnos por separado.

Tras lograr serenarme a duras penas, el técnico sanitario que me atendió salió de la habitación, dejándome sola unos instantes. Permanecí sentada en el borde de la cama, rígida como una estatua, con las manos fuertemente apretadas sobre el regazo mientras las lágrimas, fruto del estrés, se deslizaban por mis mejillas sin control. Mi cerebro funcionaba a mil por hora. ¿Un suicidio? Por la puerta entreabierta se colaban frases sueltas de los agentes que iban y venían, pasillo arriba y abajo. “Nota de suicidio en el ordenador”, escuché. “Por eso dejó el ordenador encendido... para asegurarse de que alguien la encontrara”, razoné. “¿Quién es Alberto?”, me llegó entre susurros... “Al parecer, el amante”, contestó una voz femenina. La dueña de dicha voz era una detective latina de mediana edad, como sacada de una película de los Coen. A los pocos segundos, la mujer entró en la habitación en la que me encontraba y cerró la puerta tras de sí. Cogió una silla, la colocó cerca de la cama y se dirigió a mí con un tono firme pero cargado de una estudiada empatía.

—Hola Claudia, ¿cómo se encuentra? —preguntó en un perfecto español. Luego se presentó. ¿Dijo detective Martínez? ¿Rodríguez? Imposible retener más información...

—¿Le importa que le haga algunas preguntas? —inquirió, con una amable sonrisa.

—Claro, por supuesto... —respondí, incapaz aún de controlar el llanto nervioso. Me di cuenta de que estaba realizando un movimiento incontrolado con las piernas, subiendo y bajando las rodillas unos centímetros, despegando los talones del suelo a gran velocidad. Como una niña nerviosa, aguardando un castigo frente a la puerta del despacho del director. En cuanto fui consciente de ello, traté de detenerlo presionando las rodillas con mis manos. Súbitamente, el móvil de la agente bramó, escupiendo su melodía a un volumen excesivamente alto. Me sobresaltó de tal modo que di un respingo sobre la cama. Tenía los nervios a flor de piel.

—Discúlpeme un segundo... —se excusó la detective mientras abandonaba la habitación para atender la llamada.

En los cuatro o cinco minutos que transcurrieron hasta que regresó para interrogarme, un millar de pensamientos me taladraron la mente. Por un lado, nada cuadraba. Conocía a Mónica desde hacía ya un tiempo, trabajaba con ella a diario. Era un bicho, pero nunca dio muestra alguna de angustia o de tristeza. No me cuadraba en absoluto con el perfil de una persona deprimida. Es más, en la última semana se había mostrado hiperactiva, como si quisiera dejar una imagen impecable durante nuestra visita a la central. Por otro lado, ¿quién sabe lo que bulle por la cabeza de cada uno...? ¿Cómo podía yo estar tan segura de que la situación con Alberto no había acabado por pasarle factura, que no estaba atravesando un bache sentimental, o una depresión...? No era del todo imposible. Y sin embargo... ¿por qué habría de elegir acometer el fatal desenlace precisamente allí, en Nueva York, cuando podía disfrutar libremente de unos días con su amante, sin temor a ser descubiertos por algún conocido? Algo se me escapaba y, al mismo tiempo, un presentimiento incómodo comenzaba a acecharme, aunque aún no conseguía darle forma a lo que me inquietaba. Era como intentar recordar una pesadilla de la que acabas de despertar, pero siendo incapaz de recordar los detalles concretos. Al mismo tiempo, me angustiaba la perspectiva del interrogatorio al que estaban a punto de someterme. Repentinamente, una frase del director del hotel se clavó en mi cerebro: “Aunque todo apunta a un suicidio...”. Las palabras flotaban ante mí como un anuncio de neón. ¿Qué había querido decir con eso? ¿Que podía tratarse de un asesinato disfrazado de suicidio? Mi corazón se detuvo. Sentí, literalmente, que el corazón dejaba de latir en mi pecho, que se me empañaba la visión y que estaba a punto de perder el conocimiento. La imagen de Berta, mi simpática compañera de vuelo, apareció, como un holograma, ante mis ojos:

“Sería como si yo me cargo a Mónica, y tu asesinaras, digamos, a mi marido”

“Seguro que hay mil maneras de hacer que parezca un accidente, o un suicidio...”

Estaba en trance, rememorando la escena del avión como una espectadora, fuera de mi cuerpo. Recordé incluso mi ridícula reacción tendiéndole la mano, sellando el trato.

“No, no, no, no, no...” repetí, esta vez en voz alta, balanceando mi cuerpo adelante y atrás en pleno ataque de ansiedad. ¡No podía ser! Por muy descabellada que resultara la idea del suicidio, la teoría del asesinato perfecto tenía menos lógica aún. ¡Pero es que era todo tan surrealista! Lo que me preocupaba de verdad ahora era que la policía

encontrara algún indicio de muerte violenta y, por lo que fuera, alguna sospecha recayera sobre mí. El temblor de las piernas se reanudó. ¿Y si alguien había escuchado la ridícula conversación en el avión? Mi mala relación con Mónica era del dominio público. Fue entonces cuando caí en la cuenta de que me encontraba ante otra grave disyuntiva. La parte positiva del asunto era que tenía una firme coartada. Había pasado la noche con James, y él no mentiría al respecto. Habíamos sido vistos juntos en el restaurante, en el Puente de Brooklyn, y por el personal nocturno del hotel. James no tenía nada que perder, así que estaba convencida de que diría la verdad, lo cual me libraba de toda sospecha. La parte negativa, no obstante, era que aquella maldita situación ponía en peligro la discreción con la que había intentado gestionar mi romance extramatrimonial. No me quedaba más remedio que confesar la verdad, pero debía encontrar por todos los medios la manera de que aquella información no llegara a oídos de Jorge, y en aquellos momentos no creía que tal cosa fuera posible.

La detective reapareció, disculpándose.

—Perdone. Como le iba diciendo, necesito hacerle algunas preguntas, si le parece bien.

Asentí con la cabeza dispuesta a colaborar, al tiempo que volvía a controlar el temblor de piernas y el balanceo del cuerpo.

—De acuerdo. ¿Qué relación tenía con la fallecida?

—Mónica. Su nombre es... era... Mónica Salazar —apunté.

—Por supuesto, Mónica. ¿Cuál era la naturaleza de su relación?

—Era mi jefa. Trabajábamos juntas en la agencia. Llegamos ayer desde Madrid. Hoy tenía que haberse presentado a las nueve en la oficina, y al retrasarse... Ha sido muy raro... Nada de esto es propio de ella...

Mi cerebro continuaba a mil por hora intentando atar cabos, dar con una explicación convincente, pero nada tenía sentido. Excepto, quizás, la alternativa más insólita de todas. La imagen de la maldita desconocida del avión comenzaba a nublar-me la mente.

—¿Cree que Mónica atravesaba un mal momento personal? —continuó indagando la policía.

—Sinceramente, lo desconozco. No éramos lo que se dice amigas. No teníamos una relación muy cordial, si le digo la verdad... Yo no noté nada raro. Mónica tenía mucha fuerza, una gran personalidad. Pero quién sabe...

—¿Le consta si mantenía alguna relación sentimental?

Dudé por unos instantes aunque, por lo que había podido escuchar, en su nota de despedida aparecía el nombre de Alberto.

—Hable sin miedo. Su declaración es confidencial —aclaró la detective.

—Sí —confirmé—. Mantenía una relación con Alberto Martín, el hombre que está ahí fuera. Él está casado, pero lo suyo es un secreto a voces.

—Entiendo —asintió la detective, mientras tomaba notas en una pequeña libreta—. Solo un par de preguntas más. ¿Dónde estuvo usted ayer, entre las nueve de la noche y las dos de la madrugada?

Me mostré dubitativa una vez más. Exponer de repente mi infidelidad ante una completa desconocida no era plato de gusto. Pero no me quedaba otra.

—Estuve cenando y tomando una copa con un compañero de trabajo, James Carter. Ha venido también con nosotros —le expliqué, señalando con la mirada al exterior de la habitación—. Después dimos un paseo hasta mi hotel. Pasamos la noche juntos.

Tuve que hacer una pausa para meditar lo que diría a continuación.

—Escuche —proseguí—. Yo... bueno... James no es mi pareja, ¿comprende? Mi marido está en Madrid y no sabe nada de nuestra... aventura. En la medida de lo posible, le rogaría la mayor discreción en este asunto.

—Tranquila —contestó la agente—. Tenemos la obligación de interrogar a su entorno por si necesitáramos esclarecer algún detalle más antes del levantamiento del cuerpo. Si no hay que abrir una investigación, puede estar tranquila, su declaración se tratará con absoluta confidencialidad.

—Muchas gracias, detective —respondí, aliviada.

—Por último... ¿cree que hay alguien a quien pudiera beneficiar su muerte? —preguntó.

“Obviamente, a mí”, pensé, mientras apretaba los labios con fuerza, como temiendo que mis gestos o miradas dejaran traslucir mis pensamientos. Meforcé por ocultar el temblor de mis manos y mantener la compostura.

—Hmmm... No. Imposible, no se me ocurre nadie... Como le decía antes, era una mujer complicada, pero también muy respetada. Era buena en su trabajo, exigente, pero no se movía en un ambiente violento, ni estaba metida en asuntos turbios... Al menos que yo sepa. Sinceramente, me resulta muy difícil creer en otra teoría distinta al suicidio. Aunque le confieso que jamás, jamás, hubiera imaginado que tuviera planeado quitarse la vida. No obstante, quién sabe el infierno personal que atraviesa cada uno...

Esta reflexión la hice más para mí misma que por aportar algo a la investigación. Por primera vez, probablemente, desde que la conocí, sentí lástima por Mónica. Aquel final... Otro flash de mi extraña compañera de vuelo provocó que un pinchazo me atravesara nuevamente el pecho. Creo que la detective interpretó aquel sobresalto como una señal para dar por terminado el cuestionario.

Un policía de uniforme entró en la habitación e hizo un gesto con la mano, indicando a la agente que su presencia era requerida en la escena del crimen. No conseguía quitarme de la cabeza aquellas palabras: "escena del crimen". La detective salió al pasillo, para regresar al cabo de unos instantes.

—Muy bien, pues eso es todo. Si lo desea puede regresar a su oficina, o a su hotel. Tenemos sus datos, le rogamos que no abandone la ciudad en los próximos tres días, por si necesitáramos contactar de nuevo con usted. Si en ese tiempo no ha sabido nada de nosotros, es libre de viajar o regresar a su país.

Según hablaba, me tendió una tarjeta con su nombre y número de teléfono. Recordé haber hecho el mismo gesto a la mujer del avión, y un escalofrío me recorrió la espalda.

—Si recuerda algún detalle que crea que puede ser importante, no dude en ponerse en contacto con nosotros.

Asentí con la cabeza, al tiempo que recogía la tarjeta y la guardaba en el bolsillo del abrigo.

—¿Qué pasará ahora...? Con Mónica, quiero decir... —pregunté.

—Oh, el juez llegará en breve para decidir sobre el levantamiento del cadáver. Entre usted y yo, creo que en unas horas podrán acudir a la morgue e iniciar todo el papeleo para la repatriación del cuerpo. Las autoridades pertinentes les irán guiando en el proceso, no se preocupe por nada.

Me impactó la naturalidad con la que la detective enumeró los pasos a seguir, como si los términos "morgue", "repatriación del cuerpo" o "levantamiento del cadáver"

formaran parte de su rutina habitual. Probablemente así fuera, pero para mí, que todavía estaba tratando de digerir lo ocurrido, resultaban casi imposibles de asimilar así, en una sola parrafada. Unas horas antes estaba preparando la presentación que habríamos de defender juntas, y ahora me tenía que ocupar de los detalles para devolverla a Madrid en un féretro.

La detective se despidió con un apretón de manos y abandonó la habitación. Salí tras ella y divisé a James al final del pasillo, charlando –visiblemente consternado– con el director del hotel. Deseé con todas mis fuerzas que, en lugar de él, fuera Jorge quien estuviera esperándome allí, para correr a refugiarme en sus brazos. Sentí un enorme deseo de estar con mi marido y mi hija, los tres juntos, y me invadió una angustiada sensación de soledad. Con las pocas fuerzas que me quedaban, recorrí los metros que me separaban de James. En mi camino, atisé por el rabillo del ojo a Alberto, que parecía estar contestando a las preguntas de otro investigador en una especie de sala de reuniones. James se percató de mi presencia y apuró el paso hasta llegar a mi lado. Me rodeó con el brazo y, apoyando mi cabeza sobre su hombro, nos dirigimos a la salida principal del Plaza, donde cogimos un taxi en dirección a mi hotel.

Había perdido la noción del tiempo. Cuando entramos en la habitación, miré por primera vez la hora en mi reloj de pulsera. Eran casi las cinco de la tarde. No habíamos comido –no habría podido probar bocado, por otro lado–, ni tenía malditas las ganas de cenar. Aún en trance, me senté sobre la cama. James iba y venía por la habitación, haciendo llamadas de teléfono. Me pareció que hablaba con Maggie. Más tarde sonó el teléfono, el director de la agencia en Nueva York, más compañeros, más llamadas, James repitiendo la historia una y otra vez... Saqué el móvil del bolso. No era consciente de haberlo oído sonar ni una sola vez. Recordé haberlo silenciado en la agencia, a primera hora de la mañana, para concentrarme en los últimos retoques de la presentación. Consulté la pantalla. Tenía varios *whatsapp*s: de Adriana, de Jorge, de una compañera de Madrid... Todo me resultaba ajeno. Irrelevante. Absurdo. Decidí llamar a Jorge. Entre lágrimas y un hipo que apenas me permitía explicarme con claridad, le conté lo ocurrido. Jorge, alarmado, se ofreció a volar junto a mí aquella misma noche. Decidimos que no era necesario. Probablemente volvería incluso antes de lo planeado. Tan solo deseaba que los tres o cuatro días siguientes pasaran lo más rápido posible, y regresar cuanto antes a mi casa, a mi cama, junto a mi familia.

Los días posteriores a la muerte de Mónica transcurrieron entre una calma escalofriante. Nadie sabía qué decir. La primera mañana me acerqué a la oficina. No tenía ánimos para ponerme a trabajar, pero me sentía incapaz de quedarme sentada de brazos cruzados en la habitación del hotel, viendo pasar las horas. En la agencia se

habían suspendido todas las reuniones. Se realizó un pequeño acto de homenaje a Mónica. Nos consolamos unos a otros, incluso alguien me recomendó buscar un grupo de apoyo para superar este tipo de pérdidas imprevistas. Alberto estaba inconsolable. No recuerdo un instante en aquellos días en que no le viera llorando. James andaba taciturno, aún conmocionado, pero menos afectado, más entero.

Pasadas cuarenta y ocho horas, no pude reprimir el impulso y marqué el número de teléfono de la detective:

—Solo quería saber si han averiguado algo... ¿Han encontrado algún indicio, algo que esclarezca un poco los motivos de la muerte de Mónica?

—Lo cierto es que no. La única prueba contundente es la nota de despedida que dejó, que por otro lado es bastante escueta. Dice que no deseaba seguir viviendo, que llevaba mucho tiempo fingiendo una felicidad inexistente, y que le agradaba la idea de despedirse del mundo en su hotel preferido, con una botella de champagne y contemplando las vistas de Central Park.

—¿Eso es todo? —pregunté, entre el alivio y la incredulidad.

—Me temo que sí. Estamos elaborando el informe final, el caso está cerrado —respondió la detective—. Algunas veces, la gente sencillamente se rinde... —añadió, con el tono de quien ya ha resuelto muchos casos de suicidio a lo largo de su carrera.

—Ya. Bueno, yo me preguntaba si, tal vez, las cámaras de seguridad del hotel habrían revelado si aquella noche recibió alguna visita, quizás alguien que la disgustara o...

—Lo cierto es que no hemos podido revisarlas —interrumpió en seco la agente—. El circuito de vigilancia privada del hotel lleva más de una semana fuera de servicio.

El corazón me dio un brinco en el pecho. Solo había hecho aquella pregunta para descartar de una vez por todas la insólita teoría del crimen perfecto. El hecho de que las cámaras hubieran estado fuera de funcionamiento justamente aquellos días me puso los pelos de punta.

—Por lo visto, han tenido un problema informático con el *software* que las controla, aún están intentando arreglarlo —prosiguió la mujer—. Pero, como le iba diciendo, no parece probable que podamos apoyarnos en ninguna hipótesis distinta al suicidio. No hemos encontrado más huellas que las suyas, en el vaso de agua, en la cuchilla, en el teclado del ordenador... No hay restos de ADN que no coincidan con la víctima, ni signos evidentes de violencia o forcejeos. Comprendo su desazón, créame. Este tipo de

mueres resulta difícil de asimilar. Dése un tiempo para procesarlo. Aún está todo demasiado reciente —concluyó, haciendo gala de una notable empatía.

—Lo haré —me despedí, no del todo convencida—. Muchas gracias, detective.

En las horas siguientes acompañé a Alberto a realizar los trámites para la repatriación del cuerpo, que viajaría con nosotros en el primer avión disponible.

La mañana de mi partida, me despedí de James como una zombie. Llevaba varios días sin pegar ojo y, pese a las palabras de la policía, mi inquietud no había cesado del todo. No hubo besos ni abrazos. Apenas un roce de labios antes de abandonar la habitación. Alberto me esperaba en un coche con conductor, a la puerta del hotel. No intercambiamos ni una palabra en todo el trayecto, ni durante las ocho horas que duró el vuelo a Madrid. Esta vez volaba en Primera Clase, pero aún así no pude evitar la tentación de escudriñar uno por uno los rostros de los pasajeros. Desde que abandoné el Plaza —el día de la muerte de Mónica— tenía la molesta sensación de estar siendo observada. "Estoy totalmente paranoica", pensé. Al despegar el avión, contemplé la puesta de sol desde el cielo, por encima de un mar de nubes anaranjadas. Tras cerciorarme por tercera vez de que la enigmática Berta no se hallaba entre el pasaje, la inquietud comenzó a menguar, muy lentamente. Cerré los ojos y, relajándome al fin, caí en un profundo sueño.

A pesar de ser muy temprano, Jorge fue a recogerme al aeropuerto y pude perderme al fin en aquel ansiado abrazo con mi marido. Al escuchar la puerta de casa, Laura apareció corriendo por el pasillo y trepó a mis brazos de un brinco, como cada vez que regresaba de un viaje. Entonces me derrumbé, abatida por las emociones y el cansancio, de nuevo los ojos bañados en lágrimas. Adriana, con su habitual discreción, recogió la maleta y resto de equipaje y lo subió todo al dormitorio, asegurándose de que no tuviera que preocuparme por las tareas domésticas. Un desayuno completo aguardaba dispuesto sobre la mesa del salón. Jorge y yo nos dispusimos a comer algo mientras la criada ultimaba los preparativos para llevar a la niña al colegio.

—Nos vamos ya, señora. Le he dejado el equipaje en su cuarto. También tiene un paquete y un par de cartas sobre el escritorio, en su despacho.

—Gracias, Adriana —respondí.

Laura y la mujer partieron hacia el colegio, y al fin pude charlar con Jorge sobre la muerte de Mónica, algo más serena. Tratando de ordenar la sucesión de los acontecimientos, logré relatar con detalle cómo había sucedido todo, aunque omití deliberadamente la conversación con la extraña pasajera del avión. Todavía me daba escalofríos recordarla, así que me había propuesto olvidarme del tema antes de que se convirtiera en una absurda obsesión.

—Ojalá hubiera pasado ya todo, estoy agotada. El entierro será mañana.

—Te acompañaré. Hoy deberías tratar de descansar un poco —dijo Jorge.

—Gracias, mi amor. Sí, voy a echarme un rato.

Dormí casi veinte horas seguidas. Lo necesitaba. A la mañana siguiente llamé a Alberto para conocer los detalles del sepelio. A eso de las once salí de casa con Jorge, rumbo al cementerio de la Almudena. Había muchísima gente. Toda la agencia, por supuesto, estaba allí, pero también otros profesionales del sector se acercaron a ofrecer sus condolencias a la familia y compañeros de Mónica. Colegas de las oficinas de Londres, París y Nueva York se desplazaron a Madrid para despedirla. Era innegable que, durante su breve paso por ENZO, había hecho sentir su carisma y su presencia allá donde iba. El sentimiento general era una mezcla de consternación e incredulidad. Al igual que yo, todo el mundo parecía hacerse la misma pregunta: “¿Cómo es posible que

nadie lo viera venir?” “¿Tú sabías que estaba tan mal?”, se preguntaban a unos a otros. Nadie daba crédito a lo ocurrido. Alberto fue de los últimos en llegar, acompañado de su mujer. Ejerció a la perfección el papel de jefe, mucho más sereno que en días anteriores (sin duda, gracias a la ayuda de algún ansiolítico, deduje). El entierro fue breve. Mónica recibió sepultura en un pequeño panteón, junto a sus padres. Como no tenía hermanos, la representación familiar se redujo a un par de tíos y primos. Aparte de eso, todos los congregados éramos compañeros de profesión. Este detalle me entristeció. Sin familia, sin pareja “oficial”... resultaba amargo intuir que, en apenas unas semanas, la desaparición de Mónica no sería llorada por demasiada gente.

Se declaró un día de luto en la agencia por lo que, tras el responso, regresé a casa. A pesar del agotamiento emocional, estaba deseosa de que las horas pasaran lo más rápido posible para volver cuanto antes al trabajo, a la rutina, y alejar así mi mente de aquella pesadilla y de las locas teorías novelescas que aún a floraban en mi imaginación.

No obstante, el regreso a la oficina al día siguiente fue bastante más duro de lo previsto. El despacho de Mónica seguía igual, intacto, tal y como lo había dejado. Nadie se había atrevido a tocar nada. Permaneció así un par de semanas, hasta que fue inevitable abordar la cuestión.

Alberto, algo más resignado, me citó una mañana en su despacho.

—De acuerdo, el tema es éste: necesitamos volver a la normalidad, y creo que no hay nadie mejor que tú para ocupar el puesto de Mónica.

—Gracias, Alberto. Va a ser complicado sustituirla, pero seguro que el tiempo nos ayuda a todos a superarlo. ¿Cómo estás tú?

Alberto no fue capaz de articular palabra. Acerqué una silla y me senté a su lado.

—Nunca la hubiera creído capaz de algo así —dije. Posé una mano sobre su hombro, tratando de consolarle—. Pero no debes culparte de nada. Hay aspectos íntimos de cada uno que nadie llega nunca a conocer.

—Iba a dejar a mi mujer, Claudia —contestó Alberto, levantando al fin la mirada del suelo y clavándola en mí. Me quedé de piedra.

—¿En... en serio? —pregunté, anonadada. Alberto asintió con la cabeza, apesadumbrado, y de nuevo su mirada se perdió en el infinito.

—Había planeado decírselo aquella noche, en Nueva York.

A pesar de la sorpresa que me causó la noticia –unas semanas atrás no habría creído a Alberto capaz de dar aquel paso–, exhalé un suspiro de alivio. Mónica no había llegado a saberlo. La teoría del suicidio cobraba entonces mayor sentido. Estaba enamorada, no albergaba esperanzas de que su amante se decidiera a romper con su esposa, y se quitó la vida. Por lo visto, aquella relación era más que un simple *affair*. La pareja realmente se amaba. La angustia de Alberto era incuestionable, pero tras aquella revelación sentí que me había quitado un enorme peso de encima. Por otro lado, qué ironía... De haber conocido Mónica los planes de Alberto tan solo unas horas antes, seguramente el fatal desenlace no habría tenido lugar.

En las semanas que prosiguieron, Alberto y yo definimos mi nuevo rol en la agencia, y el resto de compañeros lo aceptaron sin reparos, como la sucesión natural que era de prever. Acordamos, eso sí, vaciar y redecorar por completo el despacho de Mónica, eliminando cualquier recuerdo de su antigua inquilina. La mañana en la que me instalé “oficialmente” en mi nuevo puesto, me invadió una inesperada sensación de euforia. Por fin, a pesar del amargo camino que había tenido que recorrer, me encontraba exactamente donde deseaba. Me senté tras mi nuevo (y enorme) escritorio, y contemplé el espacioso despacho, recién amueblado. Tras las paredes de cristal, los compañeros iban y venían de un lado a otro, sumidos como de costumbre en el frenético ritmo de la agencia. Unas chicas bromeaban y reían comentando algún absurdo mensaje en su teléfono móvil. Los diseñadores gráficos trabajaban concentrados frente a gigantescas pantallas de las que brotaban paletas de colores y elegantes pruebas tipográficas. Todo volvía a su cauce. No pude contener la emoción: Mónica había desaparecido de mi vida permanentemente, y el sentimiento que me inundaba no era ya de tristeza. Era una innegable, inmensa e irreprimible sensación de felicidad.

Un par de días después, Jorge y yo salimos a cenar con amigos. Reímos y nos relajamos con un vino espléndido en uno de los restaurantes de moda de la temporada. Llegamos a casa de madrugada, e hicimos el amor por primera vez desde mi regreso. Con ternura, con pasión. Con una entrega que no había sentido en mucho, mucho tiempo. Nada más terminar, como de costumbre, Jorge se quedó profundamente dormido. A mí, sin embargo, me costaba conciliar el sueño tras la excitación del sexo, así que me levanté y bajé a la cocina a por una última copa de vino. Me acordé de que aún tenía sobre mi escritorio una pila de cartas y un paquete por abrir. Adriana lo había comentado el día de mi regreso, pero hasta entonces no había tenido tiempo ni ganas de ocuparme de los pequeños detalles cotidianos, como consultar el correo o salir de compras. Por fin, comenzaba a sentirme de nuevo yo misma. Mientras subía de nuevo las escaleras, copa de vino en mano, planeé acercarme al día siguiente, sábado, a alguna de mis tiendas preferidas, y darme algún capricho. Le tenía echado el ojo a un bolso de Yves Saint Laurent obscenamente caro. Y una chaqueta de Chanel que pudiera combinar con vaqueros, llevaba tiempo detrás de algo así... Se me ocurrió que podría llevarme a Laura, solas las dos, y pasar una tarde madre-hija. Disfruté planeando a qué tiendas la llevaría, y recordé una nueva cafetería donde podríamos merendar después. Entré en mi pequeño despacho, ubicado junto al dormitorio. Me senté frente al escritorio, en mi cómoda butaca reclinable de piel, y saboreé un largo trago de Chardonnay. Decidí abrir primero el paquete. Se trataba de unos libros de arte moderno que encargué en Amazon, de los que me había olvidado por completo. Disfruté con el hallazgo casi tanto como cuando, de niña, descubría los regalos la mañana de Reyes. Proseguí con el pequeño montón de cartas, echando un vistazo por encima a los sobres. Una carta del banco, incluyendo la nueva tarjeta de crédito. “Justo a tiempo, la otra estaba a punto de caducar”, pensé. Una cita del médico, para la revisión anual de Laura. Apunté la fecha en mi agenda. Había tres sobres más con publicidad de unos grandes almacenes, de una clínica dental y, al final del todo, un sobre de tamaño ligeramente mayor que los demás. Lo rescaté del fondo del montón para observarlo de cerca. En la cara delantera solo figuraba mi nombre, escrito a mano en letras mayúsculas y subrayado: CLAUDIA. Le di la vuelta al sobre. Sin remitente. Tampoco tenía matasellos ni ninguna otra marca. Una sonrisa se me dibujó en el rostro. Seguro que era cosa de Jorge. Solía hacerlo a menudo cuando éramos jóvenes; me dejaba mensajes por la casa, *post its* en la puerta de la nevera con un simple “Te quiero”, o deslizaba cartas de amor en mi maletín para que las descubriera al llegar al trabajo. Qué afortunada era... El recuerdo de James se me antojaba ahora un capricho lejano, un error. De manera natural, nuestros mensajes se habían ido espaciando en las últimas semanas. Resultaba difícil saber qué decir. Pero no quería pensar ahora en él. Ilusionada y confiada, abrí el sobre. Exploré el contenido de su interior antes de extraerlo. Se trataba de una hoja de papel, un folio blanco, corriente, doblado por la mitad. En su interior, a modo de libro, parecía que había unas fotos.

Emocionada e intrigada a partes iguales, extraje el contenido con un movimiento rápido, e inmediatamente pude visualizar la impactante primera foto. El *shock* fue tan grande que todo –tanto el folio como las fotos– cayeron al suelo, quedando esparcidos alrededor de la silla y el escritorio. No podía mover un músculo. No podía respirar. La vista se me nubló, todo se tornó borroso. Por un segundo, temí estar a punto de sufrir un paro cardíaco. Traté de serenarme, pero sentía que el aire no me llegaba a los pulmones. Cuando logré enfocar la mirada de nuevo, la imagen de la primera foto se reveló terroríficamente nítida frente a mis ojos. No había ninguna duda. En ella se mostraba el cuerpo de Mónica, desnuda, tendida sobre la cama del hotel Plaza. Un único pensamiento cruzaba mi mente: ¿de dónde había salido aquello? ¿Era algún tipo de broma siniestra? Analicé de nuevo el sobre en busca de información pero no hallé nada. Únicamente mi nombre en el anverso.

Tardé unos segundos en reunir el valor suficiente para desviar la mirada hacia la siguiente foto, que yacía junto a la primera. Era una instantánea tomada desde el punto de vista de alguien que, arrastrando el cuerpo por los pies, parecía estar desplazando a Mónica a lo largo de la habitación, desde la cama al cuarto de baño.

Reparé en ese momento en aquel horror que descansaba allí, esparcido por el suelo, y me apresuré a recogerlo todo, temerosa de que Jorge, Adriana o, peor aún, mi hija, entraran en la habitación en aquel preciso instante y sufrieran un trauma aún mayor del que estaba experimentando yo misma. Mucho tiempo después, recordando aquel momento en que mi vida se jodió para siempre, deseé con todas mis fuerzas que alguien me hubiera descubierto así, paralizada por el miedo, en medio de aquella escena dantesca.

Con las manos temblando como si acabara de sufrir una descarga eléctrica, reuní todos los papeles y los puse sobre el escritorio. Instintivamente, me apresuré a cerrar la puerta del despacho y eché el pestillo por dentro (algo que no recordaba haber hecho jamás, excepto en aquella ocasión en la que Jorge y yo nos emborrachamos durante una fiesta y subimos allí a...). Me horrorizó estar dando cancha al recuerdo de aquel encuentro sexual cuando tenía frente a mí aquella inexplicable monstruosidad. ¿Estaría perdiendo completamente la cabeza?

Me senté de nuevo frente a la mesa. Había cinco fotos en total. Aparte de las que ya había visto, analicé estremecida el contenido de las otras tres. En la siguiente, Mónica yacía inconsciente dentro de la bañera vacía. La mano de su atacante, enfundada en un guante de látex, se disponía a abrir el grifo de agua caliente. La siguiente foto era aún más escalofriante. Ni siquiera comprendía cómo una única persona se las había apañado para tomar las fotos y cometer semejantes atrocidades al mismo tiempo. Pero el ángulo desde el que estaban tomadas las instantáneas no dejaba lugar a dudas de que todo era obra de un único agresor. De haber sido dos, hubiera resultado más sencillo que uno se ocupara de las fotos y el otro del resto de la “puesta en escena”.

Analizando la cuarta foto, tomada desde el punto de vista del asesino o asesina, se deducía que, mientras sacaba la foto con una mano, en la otra empuñaba una cuchilla con la que infligía un profundo corte en la muñeca derecha de una Mónica inconsciente. La muñeca izquierda presentaba asimismo dos cortes profundos, de los cuales manaba un abundante torrente de sangre. El agua de la bañera comenzaba a tintarse de rojo, aunque aún no alcanzaba el tono intenso que presentaba cuando la descubrimos, a la mañana siguiente.

La última foto, no obstante, fue la que verdaderamente me revolvió las tripas, hasta el punto de doblarme por la mitad y obligarme a vomitar en la papelera ubicada junto a la mesa. Sobre un plano general del baño, tomado desde fuera –deduje que el “fotógrafo” se hallaba de pie, a medio camino entre el armario del fondo y la cama– se plasmaba exactamente la misma escena que habríamos de encontrarnos Alberto, James y yo, al descubrirla en el hotel. Mónica, desnuda en la bañera blanca, cubierta hasta el borde de agua teñida de rojo, con las muñecas seccionadas apoyadas a ambos lados de la bañera, descansaba con los ojos cerrados, la cabeza ligeramente inclinada y una plácida sonrisa dibujada en los labios. En una esquina de la foto, alguien había escrito con un rotulador permanente de color rojo las siguientes palabras: “De nada”. Junto a ellas, como si de una broma macabra se tratara, había garabateado una carita sonriente guiñando un ojo.

Me costaba muchísimo respirar. Pude estar allí sentada una, dos horas –imposible saberlo– hiperventilando, tratando de asimilar el espanto. ¿Cómo era posible semejante pesadilla? Y sobre todo... ¿por qué? Reparé entonces en el papel blanco, que había actuado como envoltorio de las fotos. Al desplegarlo, me percaté de que había algo escrito en él. Lo leí tan rápido como pude:

“¡Hola! Al final no ha sido tan difícil, ¿ves? Bueno, yo ya he cumplido mi parte del trato. No te preocupes, me pondré en contacto contigo cuando te toque cumplir con la tuya. Por si te estás planteando acudir a la policía, te recomiendo encarecidamente (por tu propio interés), que no lo hagas. En primer lugar, porque las fotos están tomadas con tu móvil... Lo habrás echado de menos, ¿no? Una pasada, tu teléfono (saca unas fotos estupendas...). ¡Me resultó muy fácil robártelo en el avión! (Un consejo: deberías ser más precavida... ;D). Pues bien, el móvil, con todas las fotos dentro, está a buen recaudo en un sitio seguro. Cualquier día de estos me pondré en contacto contigo para darte algunos detalles sobre el cómo y el porqué de todo lo que está sucediendo. Me apuesto lo que quieras a que a estas alturas te mueres de curiosidad, ¿verdad? Paciencia, todo llegará... No lo hago por ti –lo de darte explicaciones, digo–, sino por mí, no te creas. Me apetece. Como te puedes imaginar, Berta no es mi nombre real. Pero todo a su debido tiempo. Si me entero de que le has ido con el cuento a alguien (y créeme, me enteraré), o si me ocurre algo, ten por seguro que lo tengo todo previsto para que el móvil con todas las fotos llegue a la

policía, con una nota tuya confesando los pormenores del crimen. Si lo piensas bien, eres la única persona a la que beneficiaba su muerte. Y sería bastante creíble que, pasado un tiempo, los remordimientos te llevaran a la desesperada resolución de confesar. Así que, como te comentaba, no te interesa nada descubrirte... Por otro lado, si estabas pensando borrar las fotos de la nube, tampoco pierdas el tiempo con eso. He destruido todas las copias de seguridad y he cambiado las claves de acceso. Así que, por ahora, ¡disfruta de tu nueva vida, de tu nuevo puesto! Te lo has ganado. Seguiremos en contacto”.

Releí la carta un millón de veces. Aquello no tenía ningún sentido. En mitad de un auténtico ataque de ansiedad, me llevé la mano al pecho. Me seguía faltando el aire. Tuve que abrir la ventana de par en par y respirar profundamente para tratar de recobrar el aliento. El sol comenzaba a despuntar. El cielo exhibía una ligera tonalidad anaranjada, después amarilla, conforme el sol se elevaba sobre el horizonte hasta que, finalmente, un cielo azul, sin una nube, anunció el comienzo del fin de semana. Lejos de tranquilizarme, la claridad que inundó la habitación me agitó aún más, como si la llegada de la luz sobre aquel terrible secreto pudiera exponerme peligrosamente... “¿Pero exponerme a qué?!”; razoné, irritada. ¡Yo no había hecho nada! Y aún así, aquella maldita psicópata había elaborado un plan perfecto para cargarme con un crimen... ¡Nada menos que un asesinato! Algo hizo clic en mi interior, y comencé a moverme con rapidez. Lo primero de todo era deshacerme de aquel material.

Sentí ruidos en el piso de abajo. Adriana estaría seguramente ya en la cocina, preparando el desayuno, planchando, o realizando cualquier otra tarea. Reuní la carta y todas las fotos y las metí en un sobre nuevo que saqué de un cajón del escritorio. Tras asegurarme de que el sobre quedaba bien cerrado lo introduje en mi portafolios, el que solía llevarme a la oficina. Sabía que nadie curiosearía en su interior, me pareció el lugar más seguro hasta que decidiera qué hacer con él. Extremando las precauciones, metí el maletín en el armario que hacía las veces de archivador de carpetas y documentos y lo cerré con llave. A continuación, cogí el sobre original en el que había recibido el espeluznante material y bajé a la cocina como una exhalación.

Mi abrupta aparición sobresaltó a Adriana, que preparaba café mientras sacaba los cubiertos y platos del día anterior del lavavajillas.

—Buenos días, señora Clau... —no le dio tiempo a terminar la frase.

—Adriana, ¿tienes idea de quién entregó esta carta? —pregunté con vehemencia, mostrándole el sobre con mi nombre.

Aturdida por la brusquedad de mi entrada, Adriana lo tomó en sus manos para examinarlo.

—Hmm... no lo sé, señora Claudia. Espere... sí, ya me acuerdo de esto, a mí también me extrañó que viniera sin remitente. Creí que serían cosas del señor Jorge, o de Laurita...

—Piensa Adriana, por favor, ¿no recuerdas si pudo traerlo alguien... un mensajero, tal vez?

—No, no, seguro que no. Me acordaría. El único mensajero que vino esos días fue el que trajo el paquete de Amazon. Las cartas las fui recogiendo todas del buzón.

Me aterrorizó imaginar cómo había llegado aquello hasta el buzón de mi casa. Era evidente que la asesina sabía donde vivía y, si tenía esa información, lo más probable es que me vigilara y, por extensión, a mi familia. Se me doblaron las piernas de tal forma que tuve que aferrarme al mostrador de la cocina para no desplomarme.

—¿Le ocurre algo, señora? —preguntó Adriana, alarmada, sosteniéndome casi en el aire.

Recibió el silencio por respuesta. Absorta en mis pensamientos, abandoné la cocina sin responder a su pregunta.

Aquel fin de semana no hubo compras, ni salida madre-hija, ni nada de nada. Con la excusa de tener mucho trabajo atrasado, me encerré en mi despacho y pasé día y noche analizando las fotos y releendo la carta una y otra vez, en busca de cualquier detalle que pudiera resultar mínimamente esclarecedor. Cerrando los ojos, traté de recrear en mi mente la imagen de Berta (o como coño se llamara), con la mayor fidelidad posible. El pelo largo color rojizo, el flequillo, las gafas, la ropa que llevaba... Quería pensar que, si me topaba con ella por la calle, sería capaz de identificarla. Pero también se me ocurrió que, si había tenido la precaución de dar un nombre falso, probablemente tendría también la prudencia de cambiar su color de pelo, su peinado, las gafas... Intenté hacer recuento de todas las personas que podrían tener motivos para hacernos algo así a mí y a Mónica, pero no se me ocurrió que nadie de mi entorno pudiera tener ni los motivos ni los medios para cometer semejante atrocidad. La teoría que cobraba más sentido era precisamente la más obvia, la que Berta había expuesto en el avión: había sido escogida al azar por una perfecta desconocida para ejecutar el crimen perfecto. Siguiendo ese hilo de razonamiento, se me ocurrían varias teorías para justificar el comportamiento de aquella perturbada. Por ejemplo, que se tratara de una escritora de novelas de terror que

había llevado la ficción hasta el extremo. Otra explicación plausible –dentro de la locura– es que se tratara de un reto, de una prueba dentro de un grupo organizado, un macabro juego de rol, o algo por el estilo... Concebí otras mil posibilidades distintas, pero al final todo se reducía a lo mismo: alguien, deliberada y conscientemente, me estaba chantajeando. Y no tenía ni puñetera idea de cómo impedirselo.

Los días se fueron sucediendo, lentos como una condena. Apenas lograba conciliar el sueño. Apenas comía. Me sentía continuamente vigilada, y evitaba ir sola a los sitios. Cada mañana, en lugar de conducir, le pedía a Jorge que me acercara al trabajo y que fuera a recogerme a la salida. Alegué que conducir por Madrid me estresaba demasiado, y mi marido no tuvo inconveniente en complacerme. Insistía asimismo en dejar personalmente a Laura en la puerta del colegio, y en llegar a tiempo para recogerla. En la oficina, rodeada de gente, me sentía un poco más segura, aunque nunca bajaba la guardia del todo. Continué con mi trabajo como una autómatas, pero nada volvió a ser como antes.

Jorge estaba preocupado por mis cambios de humor. De la noche a la mañana, había pasado de ser una apasionada publicista a convertirme en una mujer taciturna, frágil y miedosa, muy distinta a la persona que solía ser. Cada vez que me preguntaba qué me pasaba, contestaba con un apagado: "nada, no te preocupes, solo estoy cansada...". Pero el abatimiento duraba ya demasiado tiempo. Supongo que fue eso lo que, a finales del mes de marzo, le inspiró para sorprendernos con una inesperada propuesta a la hora de la cena:

—¡Nos vamos a Hawai! —exclamó con entusiasmo.

—¡Bieeeeeen! —contestó Laura, corriendo a abrazar a su padre—. ¿Cuándo papi, cuándo nos vamos? —preguntó la pequeña, emocionada.

—¡Pasado mañana! ¿Qué te parece...?

—¡Yupiiiiii! —contestó la niña, que salió corriendo del salón –directa a la cocina– para comunicarle la noticia a Adriana.

Yo me quedé observando la escena como una espectadora, sentada en la silla con un cubierto en cada mano, inmóvil, incapaz de reaccionar. La vida pasaba ante mí como una película. Hacía meses que vivía aterrorizada ante la idea de estar a merced de los caprichos de una psicópata y estaba agotada de estar siempre alerta. Tanto, que comencé a fantasear con la idea de quitarme la vida. No podía contárselo a nadie. ¿Quién iba a creerme...? Jorge tomó mi mano entre las suyas con ternura.

—Venga, ánimo... He pensado que nos sentará bien, un viaje, los tres solos... ¿Qué me dices? O podríamos llevarnos a Adriana. Así tendremos algo de tiempo para nosotros dos.

De pronto, la idea de alejarme de aquella casa, de todos los acontecimientos recientes, se me antojó como la solución perfecta. Un poco de paz, un hotel de lujo, tomar el sol y leer una revista junto a la playa... Qué bien me conocía. Me seguía impresionando su habilidad para dar con el detalle perfecto, la idea adecuada en cada situación. "Sí", asentí con la cabeza. Un torrente de lágrimas se deslizaron por mi rostro, en silencio. Jorge me rodeó con sus brazos.

—Han sido unos meses muy duros, el estrés nos ha pasado factura a todos. Ya verás, descansar y relajarnos nos va a venir muy bien.

Me abracé a mi marido con todas mis fuerzas, y deseé que aquel abrazo no acabara jamás.

En el vuelo a Hawai comencé a ver las cosas de otra manera. Me di cuenta de que en los últimos meses no había pensado en nada –absolutamente nada– que no fueran la maldita carta, las fotos, Mónica o la conversación en el avión. Y al cabo de unas horas de vuelo, en la quietud de mi asiento de lujo, mientras contemplaba cómo mi marido y mi hija dormitaban plácidamente, algo en mi mente dijo: "Hasta aquí". Repentinamente, una nueva teoría cobró fuerza en mi interior. ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Las fotos, el asesinato... por desgracia, aquellas cosas eran reales. De eso no cabía la menor duda. Pero se me ocurrió que, con un poco de suerte, todo podía acabarse ahí. Era terrible, sin duda, que una perturbada hubiera asesinado a mi jefa y hubiera tratado de volverme loca. Pero si quisiera algo más, ¿no lo habría reclamado ya? Habían transcurrido casi seis meses desde la muerte de Mónica. Otra sospecha, de pronto, me colmó de esperanza... ¿Y si a aquella lunática le hubiese sucedido algo? No encontraba otra explicación a tan prolongado silencio, así que sí, había una probabilidad de que, quizás, con un poco de suerte, la mujer estuviera muerta, o ingresada en un psiquiátrico, incluso en la cárcel, por algún otro delito. ¡Era perfectamente plausible! ¿Qué otra explicación había...? Aunque no podía dar la teoría por concluyente, al menos era algo a lo que agarrarme. Una pequeña luz al final del túnel. Un alivio al colosal desasosiego que me asfixiaba.

Nos alojamos en un complejo hotelero de cinco estrellas recién inaugurado, cuyo director era un antiguo amigo de la infancia de Jorge. Nos obsequió con un caluroso recibimiento, y la calidez del reencuentro me hizo sentir que me encontraba de nuevo a salvo, entre amigos. La luz, la brisa del mar, la atmósfera tranquila y relajada, lograron devolverme a un espacio de serenidad que hacía meses que se me escabullía. Ocupamos una de las exclusivas villas del *resort*, reservadas a los clientes VIP. Mi marido y yo nos alojábamos en una espaciosa *suite* con vistas al mar, y Laura dormía con Adriana en la habitación contigua. Poner el pie allí supuso el reencuentro con el mundo en el que estaba acostumbrada a vivir, por el que trabajaba cada día. Respiré, me relajé al fin, y me propuse disfrutar de aquellos días con mi familia, lejos de la pesadilla de Madrid.

Todas las mañanas, mientras Jorge y Laura disfrutaban con Adriana de las piscinas del hotel, yo me dirigía al *spa* para darme un masaje relajante con vistas al océano, seguido de algún tratamiento de belleza. El primer día fue una cobertura de algas. El segundo un *peeling* facial. El tercero un masaje con piedras calientes. Las opciones eran infinitas. Conforme fui relajándome, comencé a sentirme mejor. Por las tardes visitábamos alguna playa o hacíamos una excursión en barco. Por las noches, Laura se quedaba con Adriana en la habitación, y nosotros disfrutábamos de veladas románticas tomando unos *cocktails* frente al mar, en la playa privada del hotel.

El cuarto día me dirigí de nuevo al *spa*, como cada mañana. Tras el masaje de cincuenta minutos, me decidí por relajarme un rato en el *jacuzzi* privado, aderezado con aceites aromáticos, velitas y luz tenue. La encargada dejó una toalla al alcance de mi mano y, tras cerciorarse de que todo quedaba perfecto, salió de la sala, cerrando con delicadeza la puerta tras de sí. Aunque lo había reservado solo para mí, tenía capacidad para dos personas. La atmósfera me pareció tan romántica y sensual que planeé volver otro día con Jorge, antes de que acabaran las vacaciones. Tumbada allí, deleitándome con los aromas y el agradable murmullo del agua, me dejé llevar por la imaginación y comencé a hacer planes.

Durante aquellos días, había llegado a la determinación de realizar algunas modificaciones radicales en mi vida. Aún no había compartido mis proyectos con Jorge —no eran más que un esbozo todavía— pero, sin duda, necesitaba un cambio. Por un lado, estaba barajando la idea de abandonar la agencia. Ya no significaba tanto para mí, y todo allí me recordaba a Mónica. Tampoco sentía ya la misma pasión por mi profesión. Y, desde luego, no necesitábamos el dinero. Incluso aunque ambos decidiéramos dejar de trabajar, disponíamos de recursos suficientes para vivir holgadamente el resto de nuestras vidas, especialmente gracias a los millonarios proyectos del estudio de arquitectura de Jorge. Así que aquellos días en Hawái había dedicado mucho tiempo a reflexionar sobre cómo enfocar mi nueva vida. Por un lado, si lograba que la idea sedujera a Jorge, estaría encantada de abandonar Madrid. Incluso me tentaba la aventura de trasladarnos a otro país. Teníamos amigos en toda Europa, pero me atraía especialmente la fantasía de instalarnos en París o en Roma. Jorge podría abrir un nuevo estudio de arquitectura allí. Disponíamos del dinero y los contactos. Sería un nuevo comienzo. La perspectiva de aquella oportunidad para reinventarme comenzaba a emocionarme cada vez más. Estaba tan relajada y sumida en mis pensamientos que no me percaté del suave ronroneo de la puerta, al abrirse y cerrarse. Hasta que no sentí el roce de una pierna junto a la mía, no fui consciente de que alguien se había instalado junto a mí en el *jacuzzi*. Abrí los ojos despacio y giré el rostro ligeramente hacia la izquierda. A mi lado, con la larga melena pelirroja recogida en un moño alto, la cabeza inclinada hacia atrás y los ojos cerrados, se había instalado por segunda vez en menos de un año la mujer causante de mis peores pesadillas.

Al constatar su presencia, traté instintivamente de salir del *jacuzzi*, en un intento desesperado de alejarme de ella lo más rápidamente posible. La mano firme de Berta me agarró férreamente del brazo, impidiéndome escapar.

—¿De verdad? —preguntó, con una media sonrisa dibujada en el rostro.

Permanecí allí, inmóvil, aterrorizada, sin atreverme a articular palabra.

—¿De verdad quieres marcharte, o prefieres que charlemos un rato...? —prosiguió

—. Estoy segura de que tienes un montón de preguntas.

Con un movimiento brusco, conseguí desasirme de la mano de Berta. No obstante, tenía razón. No podía irme de allí sin respuestas. Sin abandonar el *jacuzzi*, me distancié de ella tanto como pude. Cual dos contrincantes en un *ring* de boxeo, me senté echa un ovillo en la esquina opuesta y me abracé con fuerza las piernas, rodeándolas con mis brazos, plegándolas frente al pecho. No soportaba la idea de que me tocara.

—Estás enferma —solté, al fin—. Eres una puta chiflada. ¡Ya lo creo que tengo preguntas! —grité—. ¿Por qué yo? ¿Me escogiste al azar, o formo parte de un plan...?

Berta, impasible, realizando lentos movimientos que me exasperaban, reclinó nuevamente la cabeza hacia atrás, cerrando los ojos de nuevo. Parecía estar saboreando el momento. Como si fuéramos dos amigas relajándonos, disfrutando juntas de una escapada solo para chicas. Sentí el impulso de arrojarme sobre ella y estrangularla con mis propias manos, allí mismo. La rabia que me brotaba desde la boca del estómago era tan intensa que presentí que podría hacerlo sin esfuerzo, apretando las manos hasta romperle el cuello, o hundiéndola en el agua hasta que dejara de respirar. Aquel violento ataque de ira, súbitamente, me trajo recuerdos de situaciones vividas muchos años atrás, en mi adolescencia. Recuerdos que hasta aquel preciso instante habían permanecido enterrados en el pasado, y sobre los que no había vuelto a meditar. Jamás. Y justo entonces, con aquella emoción revisitándome desde el más recóndito baúl de los recuerdos, comprendí.

Miré fijamente a los ojos de la mujer. Por fin, como si de repente se hubiera descorrido un telón invisible entre nosotras, identifiqué a la persona que tenía delante.

—Te ha costado reconocerme, ¿verdad? —corroboró ella, clavando en mí su mirada.

—No puede ser... —musité. Mi voz, temblorosa, estaba cargada de incredulidad. Tuve la espeluznante sensación de estar viendo un fantasma.

—Claro que sí. Soy Eva. Y he tenido mucho tiempo para planear mi venganza.

Los policías, nerviosos por la imprevista reacción de la mujer ante los periodistas y las cámaras, la arrastraron bruscamente al interior de la casa.

—¿Ha perdido la cabeza? —gritó uno de ellos, agitando las fotografías ante sus ojos.

—¿Se da cuenta de lo que acaba de hacer? ¡Acaba de poner en peligro la vida de su hijo! —prosiguió.

—Por no decir que acaba de lanzar a medio planeta a la caza y captura de una mujer ¡¡QUE NO SABEMOS SI ES CULPABLE!! —remató el segundo.

—No le hará daño. A los niños no —respondió ella, enigmática.

Abatida, se dejó caer sobre el sofá del salón. Su marido, debatiéndose entre el pánico y el desasosiego, se sentó a su lado.

—Cariño, ¿por qué has hecho eso...? No podemos acusar de esa manera, no sabemos con certeza si...

La esposa volvió el rostro hacia él y afirmó, tajante:

—Amor, no tengo ni la más mínima duda de que ha sido ella.

Después se dirigió a los agentes, irritada:

—¡Les di su nombre, todos los datos de los que dispongo, y han sido incapaces de localizarla en las últimas setenta y dos horas!

—Hacemos lo que podemos. No hay ni rastro de ella en los lugares que nos ha indicado. Nada. Desde hace meses.

—¡Pues se habrá mudado, o se habrá escondido! ¿No creerán que les iba a estar esperando con mi niño en brazos para invitarles a un café, verdad? ¡Hagan su trabajo, por el amor de Dios! Si no veo avances en las próximas horas no pienso quedarme aquí

de brazos cruzados, se lo aseguro. ¡No tienen ni idea de lo que es capaz esa mujer!

EVA

“Hay gente que nos crea, que nos convierte en las personas que somos, gente cuyas acciones marcan el resto de nuestras vidas de forma que nunca volveremos a ser como antes, y que, sin embargo, no se responsabilizan de nosotros”.

Lucía Etxebarria. *Amor, curiosidad, Prozac y dudas.*

01

Fui una niña relativamente feliz, a pesar de todo. Ese “a pesar de todo” fue una coletilla que tuve que escuchar muchas veces a lo largo de mi infancia. “Pobre Eva”, murmuraban a menudo las niñas cuando me veían deambular por los pasillos del colegio. Especialmente los primeros años, cuando aún éramos muy pequeñas. Y ese “a pesar de todo” aludía directamente al hecho de haber crecido sin padres, de haber sido criada únicamente por mi abuela. Pero realmente, el drama parecía desarrollarse de puertas afuera, porque yo siempre tuve la extraña sensación de que, de haber tenido una familia “tradicional” como la de algunas de mis compañeras de clase, a lo mejor no habría crecido con la libertad y el amor que siempre sentí mientras mi abuela se ocupó de mí. Por aquel entonces, el divorcio todavía no era una opción socialmente aceptable para muchas familias, en especial para las de mi entorno, cuyas hijas crecíamos y nos educábamos hasta la mayoría de edad en un colegio de monjas. Más de una vez (y más de dos), había escuchado relatar a amigas mías cómo sus padres comentaban delante de ellas que, si no se separaban, era “por el bien de los niños”. “Ojalá se divorcieran de una puta vez...”, suspiraban ellas. Crecer atrapada entre una pareja que no se soporta debía ser una verdadera mierda. Así que nunca me identifiqué con la “pobre Eva” por el hecho haber perdido a mis padres tan pequeña. No les extrañaba. ¿Cómo se puede añorar algo que nunca has tenido? Si acaso, lo que echaba de menos era *la idea* de tener un padre y una madre. Si alguna vez fantaseaba con ello, lo hacía como quien fantasea con tener un pony, o un unicornio. Realidades imposibles, inalcanzables. Sueños que no te hacen daño.

Mi madre se llamaba Nuria. Apenas guardo ningún recuerdo real de ella más allá de los álbumes de fotos, que me encantaba repasar con mi abuela Carmen en los días de lluvia. Por lo que pude averiguar con el paso del tiempo, fue una niña buena y estudiosa que nunca dio a sus padres un solo motivo de preocupación. Vivió toda su vida en el piso del barrio de Argüelles en el que crecí, y estudió en el Santa Cecilia, el mismo colegio al que, años más tarde, asistiría yo también. A los diecisiete años, se enamoró perdidamente de un sinvergüenza que, como era de esperar, salió por patas en cuanto tuvo noticia de su embarazo. Así que, recién cumplidos los dieciocho, mi madre me dio a luz y, apenas un año después, se dispuso a emprender sus estudios de Medicina –su sueño desde niña– con el apoyo de mis abuelos, que se ofrecieron a brindarle toda la ayuda del mundo para criar a su nieta.

Un mes de marzo –yo apenas contaba cuatro años– mi madre tuvo la oportunidad de asistir a un congreso en Pamplona. Mi abuelo pensó que podían aprovechar la ocasión para hacer un viaje en familia, así ella no tendría que preocuparse del transporte ni del alojamiento. A todos les pareció una buena idea desplazarnos hasta allí en coche. Por

una de esas carambolas trágicas del destino, un terrible accidente de tráfico acabó con la vida de padre e hija a pocos kilómetros de nuestro destino. Mi abuela Carmen y yo, que viajábamos en el asiento de atrás, aunque resultamos heridas de consideración, no recibimos con la misma dureza el impacto del coche que chocó frontalmente contra el nuestro.

Abuela y nieta permanecimos un par de semanas hospitalizadas en la capital navarra. Carmen sufrió diversas fracturas que requirieron de un par de intervenciones quirúrgicas, pero se recuperó con una rapidez asombrosa y no tuvo que lamentar secuelas posteriores. Yo, sin embargo, recibí un fuerte impacto en la cabeza que hizo temer por mi vida durante las primeras horas. Afortunadamente, la inflamación interna fue disminuyendo y, finalmente, solo hubo que lamentar una profunda cicatriz en la frente y una desviación en el tabique nasal que, según explicaron los médicos, no revestía ninguna gravedad, más allá del tema estético.

Desde que recibimos el alta, mi abuela se hizo cargo de mí, criándome como una hija. Por eso, para mí la vida con ella era la más feliz posible, la única imaginable.

Carmen era, “a pesar de todo”, una mujer positiva y alegre. Tanto ella como mi abuelo procedían de familias adineradas –aunque nunca intuí durante mi niñez hasta qué punto su situación era “desahogada”–, por lo que nunca tuvo que preocuparse por el tema económico. No obstante, por puro placer, y por tener una ocupación diaria, comenzó a impartir todas las tardes clases particulares de piano en el salón de nuestra casa, a niños y niñas del barrio. Juan, el hermano de mi abuela, vivía en el mismo edificio, justo en el piso de arriba, con su mujer, Clara, y los cuatro formábamos una familia muy bien avenida. Hay que tener en cuenta que, a pesar de ser abuela, Carmen era todavía bastante joven cuando su marido y su hija perdieron la vida.

Gracias a la afición de mi abuela, aprendí a tocar el piano desde muy pequeña. No bien fui capaz de subirme yo solita al taburete, la engatusaba para que se sentara junto a mí, y pronto comencé a reproducir sin esfuerzo las primeras melodías. A los siete años, valorando que la destreza de su nieta desbordaba los conocimientos que ella podía impartir desde casa, me matriculó en el conservatorio. Allí, progresé en poco tiempo de manera espectacular. A decir de todos, me estaba convirtiendo en una pequeña virtuosa. Desde que, a los diez años, dejé boquiabiertos a padres y profesores en mi primera actuación pública, se me anunciaba como la principal atracción del festival estrella del colegio, que se celebraba cada veintidós de noviembre en honor de nuestra patrona, Santa Cecilia. Me sentía como una auténtica estrella subiendo al escenario, buscando los ojos brillantes de emoción de mi abuela entre el público y, con once o doce años, ya empezó a germinar en mi interior la ilusión de convertirme algún día en concertista profesional. Tocar el piano era transportarme a otro mundo. Solo estábamos la música y yo. Las melodías de Bach, Schubert o Liszt lograban emocionarme hasta las lágrimas. No sé si habrá algo de genético en la pasión por el arte, la escritura o la música, pero

me arriesgaría a decir que algo de eso tiene que haber, porque desde la primera vez que escuché tocar a mi abuela, en el salón de casa, supe que deseaba aprender a interpretar aquellas partituras.

La otra gran pasión de mi abuela era viajar. Tenía una curiosidad inmensa por recorrer el mundo, conocer lugares y culturas diferentes. Cuando veíamos algún documental en la tele, solía decir: "No quiero morir sin ver las pirámides". O el Machu Pichu, o el Taj Majal. Así que todos los veranos, ella y yo pasábamos unas semanas en algún lugar de Europa. A veces, Juan y Clara se unían a nosotras. Otras veces, viajábamos las dos solas. Un año fue Italia. Otro, Santorini y las islas griegas. Otro verano, París. Teníamos planeado recorrer el mundo entero, y yo le prometía que lo haríamos, que la llevaría conmigo de gira por todo el planeta. Hasta compramos un mapamundi y lo pusimos en el salón. En él íbamos marcando con chinchetas los destinos que ya habíamos visitado. Muchas noches, planeábamos detalladamente durante la cena interminables rutas por Asia o América del Sur. Tras nuestras escapadas veraniegas, el resto del curso transcurría plácidamente en Madrid entre el colegio, las lecciones de piano, y muchas tardes de teatros, cines y museos. Fue también gracias a ella como descubrí el amor por la novela negra y el cine en blanco y negro. Fue precisamente después de ver "*Al final de la escapada*", cuando decidí cortarme el pelo a lo Jean Seberg, cortito, cortito. Tanto mi madre como Carmen acostumbraban a peinarme con el cabello suelto, evitando los recogidos y coletas. Pronto comprendí —aunque nunca dije nada al respecto—, que aquella manía tenía como objeto ocultar una gran mancha de nacimiento, muy oscura, que asemejaba una isla flotante entre el lóbulo de la oreja izquierda y el comienzo de la clavícula.

—Tu madre tenía un mancha muy parecida en la espalda —me contó un día mi abuela. Así que, lejos de tratar de ocultarla como un defecto, el acto de cortarme el pelo supuso para mí una liberación y un motivo de orgullo, algo que hacía que me sintiera de algún modo unida a la madre a la que apenas llegué a conocer. Como un tatuaje que ambas compartiéramos.

Nunca sentí que me faltara nada. Tenía buenas amigas en el colegio, me iba bien en los estudios y, en general, llevaba más o menos la misma vida que cualquier adolescente de mi privilegiado barrio. A los dieciséis años, era una chica feliz y segura de mí misma, que soñaba con viajar, enamorarme, y completar la carrera de piano. Nada hacía presagiar que mi vida estaba a punto de experimentar un giro de ciento ochenta grados.

02

Claudia se cruzó en mi vida el primer día de curso, un siete de septiembre, a las nueve y cinco de la mañana. Me resulta curioso recordar ese detalle tan tonto: que fueran exactamente las nueve y cinco. Pero estoy segura de ello, porque recuerdo nítidamente haber mirado el reloj que colgaba sobre la pizarra de la clase. Ése en el que los alumnos clavan la mirada con impaciencia cuando faltan tres minutos para que suene el timbre del recreo, y que se contempla de reojo con resignada amargura cuando todavía queda más de media hora para que termine la clase de mates. El primer día de colegio de aquel nuevo curso, a las nueve en punto, con todas las niñas de uniforme sentadas muy formales en nuestros pupitres, la tutora hizo su aparición en el aula. Inmediatamente, como era costumbre, las veinticinco niñas nos pusimos en pie al unísono, levantando un sordo estruendo de sillas deslizándose pesadamente sobre el áspero suelo de loseta gris.

—Buenos días, madre Ángeles —exclamamos las veinticinco voces a la vez.

—Buenos días, niñas —contestó la monja, acompañando sus palabras con un gesto de la mano, indicando que podíamos volver a sentarnos. Tras cerrar la puerta del aula, se dirigió a nosotras ceremoniosamente:

—Antes de nada, quería comentaros que este año tendremos una nueva alumna en clase —anunció. En el aula se produjo un bisbiseo en voz baja. La llegada de una nueva compañera siempre era motivo de curiosidad.

—Su nombre es Claudia Vidal, y quiero pedir os que intentéis darle una cálida acogida —prosiguió—. Llegará en unos minutos, en estos momentos está en el despacho de la directora. Tenéis que saber que Claudia ha pasado un año muy difícil. Una hermanita suya falleció tras una larga enfermedad, y ha sido muy duro tanto para ella como para su familia. Gracias a Dios, la pequeña está ahora disfrutando de la presencia de Nuestro Señor, pero vuestra compañera va a necesitar todo nuestro cariño y apoyo para superar la pérdida, por lo que...

La puerta de la clase se abrió súbitamente, sobresaltando ligeramente al conjunto de alumnas e interrumpiendo el discurso de la madre Ángeles. Y allí, en el umbral de la puerta, acompañada por la directora, fue donde vi a Claudia por primera vez, segundos antes de que le asignaran asiento a mi lado, en el único pupitre vacío del aula. Exactamente cinco minutos después de comenzar el nuevo curso.

Los primeros días se podía palpar una cierta tensión en el ambiente. Ninguna de las

niñas sabíamos muy bien cómo dirigirnos a ella, y Claudia tampoco se mostraba demasiado comunicativa. Sin embargo, con el transcurso de las semanas la muchacha pareció comenzar a sentirse más relajada, y dio muestras de empezar a adaptarse a su nueva escuela. Traté de mostrarme lo más servicial posible con ella durante aquellos primeros días. Como nos sentábamos codo con codo –todas las aulas del colegio estaban dispuestas de la misma manera, con varias filas de pupitres agrupados invariablemente de dos en dos–, aprovechaba cualquier momento durante la clase para ponerle al día sobre ésta o aquella profesora, si a una le gustaba que le trataras de “usted” o no, si con aquella había que redactar los exámenes de una manera determinada, dónde se encontraban la biblioteca, el gimnasio, el comedor... Claudia asentía con una media sonrisa, con educación, pero sin llegar a establecer conmigo una conversación fluida. Su actitud me parecía un tanto distante, pero dado lo que nos explicó la madre Ángeles el primer día comprendí que debía ser paciente con la nueva. Al mismo tiempo, no podía dejar de observarla. Algo en ella me resultaba extrañamente inquietante, aunque no sabía decir qué. Por primera vez en mi vida, tuve una extraña sensación. Tenía el presentimiento de que a Claudia le incomodaba mi mera presencia física. Al cabo de pocos días, mi teoría se vio confirmada. Una mañana, me encontraba sentada en el patio del colegio con unas amigas, a la hora del recreo. Al cabo de un rato, Claudia se acercó al grupo y abrimos un poco el círculo para hacerle sitio entre nosotras. Con un cuaderno abierto sobre el regazo, yo me concentraba en acabar un problema de matemáticas, cuando sentí como un punzón su mirada, clavándose sobre mí. Inmediatamente comprendí a qué correspondía aquella extraña intuición que me rondaba. “Me está mirando la cicatriz. La nariz. La mancha del cuello”, deduje. Nunca se me había ocurrido pensar que, para un desconocido, mi apariencia física pudiera resultar chocante. Mi entorno estaba formado por personas que me conocían de toda la vida, y estaban tan familiarizados con mis rasgos que supongo que habían dejado de llamarles la atención. Solo muy de vez en cuando –especialmente cuando viajábamos– había sentido alguna que otra mirada apurada, huidiza, acompañada de una sonrisa compasiva. Detestaba cuando ocurría eso, pero en general la gente solía mostrarse discreta y educada. Alcé la mirada del cuaderno, convencida de que, al verse descubierta, la muy descarada apartaría sus ojos de mí. Por el contrario, me tropecé directamente con sus pupilas clavadas en las mías, impertérrita. Transcurrieron unos segundos –ambas aguantando ese pequeño *tour de force*–, hasta que Claudia rompió el silencio.

—¿Cómo te hiciste eso? —preguntó.

—Un accidente. De tráfico —contesté. Nunca nadie me había preguntado tan abiertamente. Apuesto a que alguna de las compañeras allí presentes aguzaron el oído para conocer mi versión de los hechos. He de decir que me impactó encontrarme con una confrontación tan directa.

—Ah —dijo Claudia—. Y la nariz, ¿también el mismo accidente? —prosiguió.

Comenzaba a sentirme algo molesta.

—Sí. El mismo —respondí, secamente. Traté de cortar la conversación volviendo a enfascarme en el problema de álgebra.

—Entre eso y la mancha del cuello... Madre mía, si a mí se me hubiera quedado así la cara, me faltaría tiempo para hacerme la cirugía estética —comentó con voz burlona, buscando la mirada de aprobación del resto.

Un par de niñas dejaron escapar una risa nerviosa. Levanté la mirada hacia ellas, dolida. Sentí que la sangre corría hacia mis mejillas, que me ardían con una mezcla de incredulidad y de rabia. Lo peor de todo, temí no poder reprimir las lágrimas, que ya empañaban mis ojos, brillantes y a punto de desbordarse.

—Bueno, a lo mejor es que yo no soy tan superficial. Si no te gusta mi cara no la mires, pero no es muy elegante que digamos ser tan hiriente, ¿no crees? —repliqué, desafiante.

Se hizo un silencio total en el grupo.

—Qué susceptible eres, mujer, no te lo tomes así... —protestó ella.

Volví de nuevo la mirada hacia el cuaderno. Pero, por lo visto, Claudia no podía dejarlo ahí.

—Solo lo decía como un consejo. Es que sé cómo son los chicos, y me preocupo por ti... No te extrañes si comienzan a meterse contigo, o a llamarte Frankenstein. Ya sabes cómo son de perversos los adolescentes. Además, con ese pelo tan corto... En serio, tómatelo como un consejo de amiga; si yo fuera tú —y si tus padres se lo pueden permitir, claro—, les suplicaría que me dejaran operarme... ¡al menos la nariz! Creo firmemente que, si no estás contenta con alguna parte de tu cuerpo, lo mejor es arreglarlo y quitarse complejos. Yo, gracias a Dios, no tengo ningún problema de ese tipo, pero si fuera tú... Incluso una ortodoncia no te vendría mal, ya que te pones... A veces las amigas tenemos que decirnos las verdades, aunque duelan... ¿No crees? —añadió con retintín.

No daba crédito a la crueldad de la nueva. ¿A qué venía aquel ataque tan gratuito? ¿Acaso no había hecho yo otra cosa más que ayudarla desde que llegó? Decidí hacerle lamentar sus palabras.

—¿Te he pedido yo consejo, acaso? Mira, no es que sea asunto tuyo, pero no, mis padres no pueden pagarme la operación, más que nada porque murieron en aquel

accidente, ¿comprendes? —le solté, casi sin respirar. Era consciente de estar mintiendo sobre mi padre, pero tampoco iba a darle el gusto a aquella insolente de tener un arma más con la que atacarme.

—Ooohhh, venga — replicó Claudia, burlona—. ¿Intentas darme pena con esa historia? No soporto a la gente que utiliza sus desgracias para hacer chantaje emocional a los demás. ¿Eres de ese tipo de niñas, Eva...? ¿Eh? ¿Eres una llorona...?

—¡Mira quién habla! —contesté, elevando el tono de voz. Había conseguido sacarme de mis casillas. —Chantaje emocional, dice... ¿Sabes lo que nos pidieron minutos antes de que entraras en clase el primer día...? ¡Que nos esforzáramos en ser amables contigo! Que teníamos que tener mucho tacto y compasión porque tu hermana pequeña murió y tú estabas hecha polvo. ¡Por eso todo el mundo ha sido TAN atento contigo! Está claro que si hubiéramos sabido antes lo bruja que eres...

Me levanté del suelo de un salto sin terminar la frase, recogí mis pertenencias y me dispuse a alejarme de allí tan rápido como me fuera posible. Pero Claudia se las ingenió para retenerme sujetándome por la manga del jersey, impidiéndome marchar. Su mirada destilaba una ira que no recordaba haber visto jamás en otro ser humano.

—¿Cómo has dicho? —me gritó.

—¡Lo que has oído! Nos aleccionaron para que fuéramos pacientes, para que te tratáramos bien, pobrecita... A todas nos dio mucha lástima tu historia, esa es la verdad. No te ayudamos porque nos caigas bien. No has hecho el más mínimo esfuerzo por integrarte, y a pesar de todo te tratamos de manera especial. Porque nos das pena, Claudia.

Súbitamente, me soltó el brazo y salió disparada en dirección al interior del colegio, dejando al grupo boquiabierto e intentando aún asimilar la escena que acabábamos de presenciar.

—Muchas gracias a todas, ¿eh? —dije dirigiéndome a mis compañeras, cuando Claudia se perdió de vista.

—Perdona, Eva —respondió una de ellas—. No sé por qué nos hemos reído, no ha estado bien.

El resto asintió con la cabeza gacha.

—Las chicas así me ponen nerviosa —continuó otra—. Me resulta más fácil seguirles la corriente que arriesgarme a que la tomen conmigo. No te enemistes con ella,

Eva. No tiene pinta de ser de las que les gusta que les dejen en ridículo.

—A nadie le gusta que le dejen en ridículo —concluí, zanjando la conversación.

El timbre anunciando el final del recreo sonó y procedimos a desalojar el patio, regresando a nuestras respectivas aulas. Al llegar al aula Claudia no estaba en su pupitre, y no apareció durante el resto del día, ni tampoco al día siguiente, ni al siguiente. Agradecí el respiro, aunque algo en mi interior me decía que aquello no era nada más que la calma que precede a la tempestad.

Claudia regresó a clase el lunes siguiente, como si tal cosa. La versión oficial fue que había estado enferma. Un virus. El rumor que circulaba por todo el colegio, no obstante, era que tras el incidente del patio había sufrido un ataque de ansiedad y no había sido capaz de volver a clase hasta unos días después, lo cual me pareció mucho más creíble. A su vuelta decidí no interactuar con ella más allá de lo estrictamente necesario, y confiaba en que eso se limitara a ignorarnos mutuamente.

La mañana de su regreso, Claudia tomó asiento junto a mí, en el pupitre de al lado, con la cabeza alta, sin mediar ni un saludo. Yo hice lo propio. Finalizadas las primeras clases del día, sonó el timbre que anunciaba el inicio del recreo.

—¡Eva, vamos saliendo! —gritó una de mis amigas, mientras abandonaban el aula.

—¡Ahora bajo, tengo que ir al baño! —contesté.

Claudia se esfumó antes de que nadie pudiera advertirlo. "Probablemente haya decidido pasar desapercibida por un tiempo", pensé, aliviada.

Al salir de la cabina del wc, pegué un respingo. Allí estaba ella, esperando pacientemente, apoyada en la pared, con los brazos cruzados y una expresión severa en el rostro. Sostenía un cigarrillo humeante en su mano derecha. Aquel detalle me llamó poderosamente la atención, ya que ni que decir tiene que estaba rigurosamente prohibido fumar en el colegio. Miré a mi alrededor, tratando de evaluar la situación. Advertí de un rápido vistazo que una chica alta, de un curso superior, se apostaba junto a la puerta principal. Nadie podría entrar ni salir de los aseos. Se estaba asegurando de que esta vez no hubiera testigos de nuestra conversación.

—¿Qué quieres? —pregunté nerviosa, sorteando a Claudia a mi paso hacia el lavabo.

Avanzó hacia mí lentamente, mientras daba una profunda calada al pitillo. Al llegar a mi altura exhaló el humo directamente sobre mi rostro.

—Mírame a la cara —ordenó.

Su tono de voz, agresivo y autoritario, debo reconocer que me intimidó. Obedecí sumisa, tosiendo y frotándome los ojos llorosos por el humo, tratando de controlar el temblor de manos. A juzgar por su actitud, temí que fuera capaz de agredirme. Deseé que terminara de decir lo antes posible lo que fuera que le rondara por la cabeza, para escapar al patio y sentirme a salvo de aquella situación tan hostil.

—No vuelvas a decir JAMÁS que NADIE siente lástima por mí. ¡NUNCA! ¿Te ha quedado claro? — bramó, aproximando tanto su rostro al mío que no tuve más remedio que bajar la mirada hacia el suelo.

—Lo siento —murmuré. Se me daban fatal las confrontaciones. No quería más líos con ella. No tenía claro si quería provocarme hasta conseguir pelea, o si simplemente era una de esas pobres infelices, inseguras, que tratan de marcar su territorio para hacerse respetar. Decidí que lo mejor era darle lo que quería. Ya pensaría más tarde cómo enfrentarme a aquella abusona de manual. Pero en esos momentos la sangre palpitaba con furia en mis sienes, y mi único afán era encontrar la manera de escapar de aquel cuarto de baño antes de que las cosas se salieran de madre.

—¡A mí nadie tiene por qué compadecerme! ¡Ni por lo de mi hermana, ni por nada!, ¿de acuerdo? Lo único que me importa es que la gente me respete —prosiguió. Según avanzaba el sermón, pareció serenarse un poco. Advertí cuánto parecía disfrutar con el sonido de su propia voz. Como una pequeña dictadora lanzando un discurso.

—Cómo se nota que todavía no me conocéis... ¡Yo no pedí mudarme a Madrid! ¡Ojalá hubiera podido continuar en mi antiguo colegio! He tenido que dejar Barcelona, a mis amigas, un chalet de puta madre... Bueno... a ti qué te importa mi vida... Pero que te vaya quedando una cosa muy clarita: en mi clase siempre he mandado yo. Voy a ser la primera de mi promoción, y a quien trate de hacerme sombra...

Claudia acompañó la amenaza con un gesto de la mano, emulando cortarse (o cortarme a mí) la cabeza.

En el fondo me dio pena. Y también me hizo un poco de gracia. Por fin comprendí el verdadero motivo de la emboscada, y de su ataque verbal el día anterior: me consideraba su principal competidora. El numerito de acoso en el baño del colegio me pareció tan patético que a punto estuvo de escapárseme una pequeña carcajada.

“Menudo cliché. Ésta ha visto muchas series americanas de instituto”, pensé. Conseguí a duras penas reprimir la risa, mordiéndome los labios y transformándola en una ligera mueca, lo cual irritó a Claudia sobremanera.

—¿Se puede saber de qué te ríes? —reaccionó, elevando de nuevo el tono de voz, y agarrándome del cuello de la camisa.

—No me he reído, Claudia —contesté enfrentando su mirada, al tiempo que trataba —con relativo éxito— de adoptar un gesto grave.

—¿Puedo irme ya? —pregunté, zafándome con un movimiento brusco de la mano con la que aferraba mi blusa.

Hizo un ademán a la otra chica para que se apartara de la puerta.

—Lárgate, Frankenstein —ordenó.

Pasé por delante de ella sin desviar mis ojos de los suyos, caminando con calma. Estaba decidida a demostrarle que sus amenazas y su prepotencia no habían conseguido amedrentarme, a pesar de todo. Aprecié cómo se iba calentando por momentos. No tuve tiempo de reaccionar. Cuando estaba a punto de abrir la puerta para salir, su amiga me cortó nuevamente el paso y me agarró con fuerza del brazo. Antes de que pudiera darme cuenta de lo que estaba pasando, la chica lo retorció, inmovilizándolo sobre el lavabo, al tiempo que Claudia, mostrando una sádica sonrisa, apagaba su cigarrillo sobre la palma de mi mano. El dolor, por lo agudo e inesperado, me hizo lanzar un aullido. Claudia, adelantándose, se apresuró a sofocarlo tapándome la boca con una toalla.

Las chicas huyeron del baño a la carrera, dejando la colilla tirada en el suelo. Logrando a duras penas contener las lágrimas, corrí a buscar el refugio de mis compañeras.

—¡Es una psicópata! —sentenció Alicia, mi mejor amiga.

Las cuatro nos encontrábamos agazapadas tras un pequeño almacén de herramientas, al fondo del patio del colegio. En un círculo cerrado, contemplábamos horrorizadas la quemadura. El dolor, lejos de menguar, iba en aumento. Tenía la herida en carne viva.

—Por un momento creí que me iban a dar una paliza entre las dos —dije, tras relatarles el incidente completo.

—¡Tenemos que contárselo a alguien! —exclamó Marta, a lo que Sonia, que había permanecido en silencio hasta entonces, replicó:

—No servirá de nada, ya has visto cómo la tienen aquí, entre algodones. Mi madre me contó ayer la razón. Su padre es el neurocirujano que operó a la directora el año pasado. Vino expresamente desde Barcelona y le salvó la vida, literalmente. Su madre es antigua alumna del colegio. Vamos, que lo tiene todo para ser la protegida de la Superiora.

—Tiene una hermana mayor, en el último curso —añadió Marta—. Está en la misma clase que la mía. Y su hermano estudia aquí al lado, en el San Lorenzo.

—Por eso tiene amigas mayores —comprendí—. Bueno, al menos ahora sabemos una cosa: hay que tener cuidado con ella. Para empezar, tenemos que organizarnos para no ir solas al baño. Si estamos juntas, es más difícil que la tome con nosotras.

—¡Pero mira lo que te ha hecho! ¡Te ha abrasado la piel, no se puede ir de rositas! —dijo Alicia, que sostenía mi mano entre las suyas, incapaz de apartar la vista de la herida.

El timbre segó una vez más nuestra conversación. Taciturnas y preocupadas, nos dirigimos nuevamente al aula. Tener a aquella perturbada sentada a veinte centímetros de mí se me antojó como lo más aterrador que había experimentado jamás.

03

Transcurrieron algunas semanas en calma desde el episodio del cigarrillo. Mis amigas y yo bromeábamos sobre el hecho de que el patio del colegio era lo más parecido del mundo al patio de una prisión. Claudia se relacionaba casi exclusivamente con alumnas mayores, a excepción de un par de chicas de nuestra clase, que la temían – más que respetarla–, y se prestaban servicialmente a atender sus demandas. El rumor de lo que me había sucedido en el cuarto de baño se fue extendiendo adoptando diversas versiones, a cuál más disparatada. Si alguien me preguntaba directamente acerca del tema, yo ni confirmaba ni desmentía.

En clase Claudia se comportaba con normalidad, aunque gradualmente fue evidenciando una clara obsesión por destacar. Se había propuesto ser la primera de la promoción y ahí, por desgracia para ella, yo me posicionaba como el mayor obstáculo a salvar. No sé qué esperaba que hiciera. ¿Suspender los exámenes a propósito? ¿Renunciar a las notas que era de sobra capaz de obtener?

Aunque me aterrorizaba recordarlo, me propuse olvidar el incidente del baño e intenté no darle más vueltas. Decidí no contárselo a mi abuela. No quería preocuparla, aunque desde aquel día comencé a tener pesadillas y no había noche que no me despertara sobresaltada, con el pulso acelerado, empapada en sudor. En las semanas siguientes no volvió a suceder nada tan grave. Pero día sí, día no, Claudia se encargaba de enviarme algún pequeño "recordatorio" de lo que podría pasarme si continuaba eclipsándola. Algunas veces, al llegar a casa me encontraba con que "alguien" se había divertido pintarrajeando mis libros de texto. En otra ocasión, cuando fui a abrir el cuaderno de ciencias –en plena clase– comprobé cómo varias páginas habían sido recortadas con tijeras y reducidas a añicos. Al abrir la libreta, una lluvia de confeti se vertió sobre mi escritorio, para hilaridad de mis compañeras y mosqueo de mi tutora. Los insultos, por supuesto, estaban a la orden del día. En cualquier momento, por los pasillos, al salir de clase, incluso en forma de notas que metía en mi mochila. Lo peor de todo es que ya no se contentaba únicamente conmigo. Había decidido aislarme, y sus burlas se hacían extensivas a cualquier compañera que fuera sospechosa de ser mi amiga. Sonia y Marta, incapaces de soportar la tensión, se fueron distanciando paulatinamente y, al cabo de un tiempo, nuestra relación se vio reducida a un "hola" y "adiós" por los pasillos. Alicia, sin embargo, se resistía a ceder ante el abuso, aunque pronto terminaría también por pagar las consecuencias de su fidelidad.

Cada mañana, cuando caminaba por la cuesta que bajaba al colegio, me sorprendía a mí misma controlando a las personas a mi alrededor. Hasta que no me encontraba con Alicia –unas calles más abajo– no desaparecía el desasosiego. Nuestro itinerario

habitual transcurría inevitablemente por delante de la puerta principal del San Esteban: el colegio de chicos al que acudían la mayoría de hermanos varones de las alumnas del Santa Cecilia. Los muchachos mayores solían demorar la hora de entrar a clase con el objetivo de ver desfilar ante ellos a las niñas de los últimos cursos, que descendían la calle en dirección a nuestro colegio. A menudo se formaban grupitos mixtos, tan solo durante unos minutos. El tiempo suficiente para un breve tonteo, o un beso fugaz, entre las parejitas más atrevidas. Sabían que si los curas o las monjas llegaban a identificar a los participantes de tan indecoroso comportamiento, la penitencia que les impondrían sería memorable. Por eso, seguramente, resultaba tan excitante. Casi todas las mañanas, el primer avistamiento del grupito de Claudia se producía precisamente en ese punto. A tenor de los retazos de conversaciones que pescaba al pasar frente a ellos, pude averiguar que la pequeña pandilla la integraban Pablo y Paula –los hermanos mellizos de Claudia, un año mayores que ella–, y varios de sus amigos y amigas. Conforme fue avanzando el curso, el grupo se amplió con un par de compañeras de mi clase, a las que Claudia parecía haber “captado” con su “arrolladora” personalidad. Se convirtieron en un grupito muy popular tanto dentro como fuera de sus respectivos colegios, ya que sus familias también formaban parte de una cierta élite madrileña.

Comencé a sufrir episodios de ansiedad. Me aterraba que cualquier paso en falso detonara la ira de mi compañera, que además ahora contaba con toda una tropa para secundarla, por lo que intentaba ir con pies de plomo en cada movimiento que realizaba en el colegio.

La tormenta estalló de nuevo un par de semanas después. Todo sucedió en clase de gimnasia. Era la última hora antes de acabar la jornada escolar. La profesora nos dividió por equipos, y otorgó a cada uno diferentes tareas. La mala suerte quiso que Alicia cayera en el mismo grupo que Claudia. Mi amiga siempre había sido una niña con algo de sobrepeso, circunstancia que, con la llegada de la adolescencia, empezaba a traumatizarla. Unos meses antes había comenzado una dieta estricta y, poquito a poco, iba advirtiendo los resultados de tanto sacrificio, aunque se encontraba todavía lejos de su "peso ideal". Trataba de disimular sus anchas caderas con el jersey firmemente atado a la cintura, y se acoplaba el uniforme de la manera más favorecedora para sus curvas. Claudia lo sabía y, por supuesto, no desperdiciaba la oportunidad de humillarla. Eran frecuentes los insultos: "gorda", "vaca" y otras lindezas por el estilo... Por más que tratara de ignorarla, la autoestima de Alicia comenzaba a desmoronarse. Aquel día nos pusieron a hacer carreras de relevos. Cuando Alicia pasó corriendo junto a Claudia, ésta estiró el pie y le puso la zancadilla, lo que provocó que mi amiga se precipitara aparatosamente sobre el suelo.

—¡Terremoto! ¡Terremoto! —gritó Claudia, riendo a carcajadas. Varias chicas se unieron a ella, jaleando al unísono: —¡Terremooooo!

Yo, que había sido testigo de todo el incidente desde la distancia, corrí tan rápido como pude hacia el grupo e, impulsivamente, le propiné un violento empujón a Claudia, que cayó al suelo. Tenía tanta rabia acumulada que supongo que no medí bien mis fuerzas. El empujón fue tan fuerte que se desplomó de costado, con tan mala suerte que se dislocó el hombro al caer. Lloraba y gritaba como una poseída. Lo que más me dolió de todo es que cuando la maestra acudió –al oír el alboroto–, nadie, excepto Alicia, saliera en mi defensa y explicara cuál había sido la verdadera causa que había provocado mi iracunda reacción. Todas le habían visto poner la zancadilla y hacer caer a mi amiga, pero ninguna tuvo el valor de enfrentarse a ella. Menuda panda de cobardes...

El resultado fue una semana de expulsión para mí, acompañada de una falta grave en mi expediente, amén de una bronca de campeonato por parte de la directora.

Nunca había llorado tanto en mi vida como aquella semana. Mi abuela, tras conocer la verdad completa sobre el suceso, concertó una reunión con la Superiora. No sirvió de gran cosa. El padre de Claudia acudió también, informe médico en mano, y ninguna justificación resultó lo suficientemente convincente como para exculparme. La política del colegio era de tolerancia cero ante cualquier forma de agresión, y mi pobre abuela regresó a casa con la advertencia de que, de repetirse algún episodio similar en el futuro, la consecuencia sería la expulsión definitiva. Claudia, como no podía ser de otra manera, explotó de lo lindo su papel de agraviada, luciendo dramáticamente durante varias semanas el brazo en cabestrillo. Así que ahora no solo tenía en contra a la mitad de las alumnas, que no se atreverían por nada del mundo a enfrentarse a Claudia y a su grupo, sino que también el profesorado, la dirección, y la gran mayoría de los padres me señalaban como la alumna violenta que había lesionado a otra en un arrebato de furia.

—¡Es una injusticia, abuela! —me lamenté, con los ojos hinchados de tanto llorar.

—Ya lo sé, cariño —respondió, comprensiva. Me tumbé en el sofá junto a ella y recosté la cabeza sobre su regazo. Mi abuela me acariciaba el pelo como cuando era pequeña, tratando de consolarme—. Ha sido mala suerte. Si no se hubiera lesionado, todo habría quedado en un incidente sin importancia. No lo pienses más, no sirve de nada darle vueltas... Está claro que esa chica no es de fiar. Procura no enemistarte más con ella y, si presencias algún altercado, lo mejor es que avises a alguna profesora para que medie en el conflicto. Tú no te metas, ¿de acuerdo?

Asentí, resignada. Permanecí así largo rato, fuertemente abrazada su cintura. Me sentí agradecida por tenerla a mi lado, y orgullosa por cómo me había defendido sin reparos ante la directora. Al día siguiente debía regresar al colegio, y aquello me generaba tanta ansiedad que pasé la noche en vela, incapaz de conciliar el sueño.

Como era de esperar, Claudia no tenía la más mínima intención de dejar pasar lo ocurrido. No obstante, el percance del gimnasio me brindó una maravillosa e inesperada “recompensa”. Al reincorporarme de nuevo tras la semana de castigo, me encontré con la grata sorpresa de que mi tutora, la Madre Ángeles –por orden expresa de la Madre Superiora–, había decidido separarnos en clase. Nada más poner un pie en el aula se me indicó que tomara asiento en primera fila, junto a mi amiga Alicia, justo delante de la mesa de la profesora. Aunque la medida, evidentemente, respondía al objetivo de tenerme bien vigilada, fue lo más cercano a la seguridad que volvería a sentir en el colegio.

04

Se aproximaba la festividad de Santa Cecilia, y las monjas andaban como vaca sin cencerro preparando el festival que, como todos los años, se convertiría en uno de los eventos más importantes del curso. Las entradas se ponían a la venta un par de semanas antes y la recaudación iba a parar a la comunidad de religiosas. El dinero se usaba para sufragar reparaciones en el edificio, imprevistos y demás. Por eso era tan importante que la organización del evento fuera impecable.

Se escogía cuidadosamente a una representante de cada grupo y se intentaba ofrecer una muestra lo más variada posible de diferentes talentos musicales. Desde hacía ya varios años yo había sido siempre, sin excepción, la elegida para representar a mi clase. Solía interpretar al piano dos o tres melodías que desataban la ovación unánime del salón de actos. Tenían que ser espectaculares, dejar al público boquiabierto, por lo que los meses anteriores me dedicaba a practicar sin descanso. Al mismo tiempo, aquellos recitales alimentaban mi sueño de convertirme algún día en concertista profesional. No lo niego, para mí también era uno de los días más importantes del año. Aquel curso, aparentemente superado ya el drama del empujón, se me ofreció de nuevo la posibilidad de participar en el festival. Acepté encantada. La perspectiva de la actuación reactivó de nuevo la ilusión por lo que deseaba fuera mi futuro. Continuaba soñando con encadenar conciertos en el Teatro Real, el Palau, el Royal Albert Hall, de gira por los mejores escenarios del mundo. Me vendría bien tener algo en lo que concentrarme y que me ayudara a evadirme un poco de mis problemas en el colegio.

Las siguientes semanas las pasé enfrascada en ensayar las piezas que quería interpretar. Los días transcurrieron veloces y la angustia por los acontecimientos pasados se fue desvaneciendo poco a poco. De cuando en cuando, al cruzarme con Claudia por los pasillos, continuaba susurrándome al oído algún insulto o amenaza velada, del tipo: "ándate con cuidado", o "yo que tú no bajaría la guardia". Una vez, en la cola del comedor, una de sus "secuaces" fingió tropezar conmigo en la fila, haciéndome perder el equilibrio. Mi bandeja cayó al suelo con gran estrépito. Todo el contenido quedó derramado por el suelo. Me agaché a recogerlo y, cuando me incorporé, me encontré de bruces con Claudia, parada frente a mí, con la misma expresión amenazante que tan bien conocía. Muy lentamente, aproximó los labios a mi oído y susurró:

—Ya tengo bien el brazo, Frankenstein. Pero no creas ni por asomo que no me las pagarás. Ya encontraré el momento.

La esquivé como pude, y llegué a duras penas a mi mesa antes de que me flaquearan

las piernas.

—¿Qué te ha dicho? —me preguntó Alicia, que lo había observado todo desde lejos.

—Nada, los piropos de siempre. "Frankenstein", "ándate con ojo"... ya sabes...

—A mí también me insultan cada vez que me ven. Ella y sus amigas. Estoy tan harta... —protestó Alicia, decaída.

—Te juro que a veces me dan ganas de planear una buena venganza. Deberíamos hacerle algo tan gordo que se acojonara y le obligara a dejarnos en paz de una vez por todas. Tendríamos que encontrar su punto débil y... —fantaseé en voz alta.

—¿Y qué? —interrumpió Alicia—. ¿Y volvernos como ella, convertirnos en unas matonas? No, gracias. Mira, por suerte solo nos queda un curso más para acabar el puñetero colegio. Después cada una a la universidad y, con un poco de suerte, no volveremos a verle la cara en la vida.

—Tienes razón —asentí—. No merece la pena amargarse. No le demos la oportunidad de hacernos nada, a ver si al final se aburre.

En realidad estaba de acuerdo con aquella actitud solo a medias. A pesar de comprender que la venganza no iba a resolver nada, cada vez me costaba más reprimir las ganas de darle su merecido. Terminé la poca comida que me quedaba en el plato en silencio, abstraída en mis pensamientos. Más tarde advertí con cierta preocupación que, un día más, Alicia abandonaba el comedor sin apenas probar bocado.

La víspera del festival de música, volví a casa dispuesta a practicar unas cuantas horas. Quería bordar la interpretación. No se me ocurría mejor manera de limpiar mi nombre tras el incidente del gimnasio. Anhelaba con todas mis fuerzas que tanto padres como profesoras restaran importancia a lo ocurrido, y volver a recuperar mi buena reputación. No me agradaban en absoluto las miradas de algunas madres que, al ir a recoger a las más pequeñas al colegio, murmuraban en grupos, señalándome con escaso disimulo: "sí, ésa es... la que le rompió el brazo a la otra". Confiaba en que tras escuchar mi interpretación al piano —que destilaría ternura y delicadeza—, llegaran por sí mismos a la conclusión de que una niña que era capaz de interpretar así a Chopin no podía albergar ni una gota de maldad en su organismo. Al menos, ese era el plan.

Nada más abrir la puerta de casa aquella tarde, tuve la extraña intuición de que algo

no iba bien. En mitad del salón, formando una pequeña montaña, me topé de bruces con un revoltijo de libros, fotografías y papeles viejos esparcidos por el suelo sin orden ni concierto. Sobre la mesa del comedor descansaban todavía los platos sucios de la comida, pese a ser más de las cinco de la tarde. Mi abuela era una mujer ordenada y meticulosa. Nunca, desde que tenía uso de razón, había sido testigo de semejante desorden. No era propio de ella. En casa no se me exigía gran cosa, pero me habían inculcado ciertas pautas de conducta, como mantener mi habitación y ropa ordenadas, o ayudar a recoger la cocina después de cada comida. Por eso, la visión del conjunto del salón de la casa me produjo una cierta inquietud.

—¿Abuela? —pregunté, al no verla por allí. Eso también era extraño, porque solía acudir al descansillo a recibirme en cuanto escuchaba el sonido de las llaves en la puerta. Al oír mi voz, mi abuela apareció en el comedor, procedente de la cocina, secándose las manos en el delantal.

—¿Sí?, ¿me has llamado? —contestó, con una gran sonrisa en los labios.

—¿Qué ha pasado, abuela? ¿Por qué está todo revuelto, te encuentras bien? —pregunté.

—¡Pues claro! Anda, no seas tonta y llama a tu abuelo, que vamos a cenar... —respondió.

Me quedé clavada en el sitio. Mi abuelo llevaba muerto más de diez años. ¿Qué estaba ocurriendo?

—Abuela, no te muevas de aquí. Voy a buscar al tío Luis.

Subí las escaleras de dos en dos y aporreé con fuerza la puerta del piso de arriba.

—¿Qué pasa? —fue lo primero que preguntó Luis, intuyendo por mi cara desencajada que algo no iba bien.

—¡La abuela! —fue lo único que acerté a decir. Traté de explicar lo que acababa de suceder, pero la angustia me truncó la voz. Tan solo pude apuntar con el dedo índice en dirección al piso de abajo, y eso fue suficiente para que mi tío descendiera las escaleras a toda velocidad. Mi tía Clara salió al rellano a los pocos segundos, alertada por el alboroto, y me rodeó con sus brazos.

—No te preocupes, vamos a ver qué pasa.

Cuando entramos en casa Luis ya estaba al teléfono, solicitando una ambulancia. Mi abuela se encontraba sentada serenamente en el sofá, contemplando la escena con la mirada ausente. Reparé en que el lado izquierdo de su cara parecía algo caído, como descolgado hacia abajo. Por las palabras de mi tío y lo poco que recordaba haber visto en un reportaje en televisión, deduje que se trataba de un ictus.

Efectivamente, así era. Tras ingresar por Urgencias en el hospital, los médicos nos comunicaron que la única opción de salvarle la vida era entrar a quirófano inmediatamente e intentar contener la hemorragia y reparar el daño en la medida de lo posible. Fueron las cinco horas más largas de mi vida. Nunca había sopesado la posibilidad de que mi abuela muriera. ¿Cómo iba a vivir sin ella? Probablemente tendría que mudarme con mis tíos, la única familia que me quedaba. Pero eran también bastante mayores. Luis le sacaba a mi abuela casi diez años, y Clara era varios años mayor que él. Sentí de repente que me faltaba el aire, me costaba respirar. Luis avisó a una enfermera quien, toda ternura y amabilidad, contribuyó en parte a mitigar mi ataque de pánico. Para hacer la espera más llevadera me proporcionaron un suave ansiolítico, que me sumió en un plácido estado de semiletargo. Por fin, un médico enfundado en una bata verde se acercó a nosotros.

Al quitarse la máscara, dejó su rostro al descubierto. Yo aún no lo sabía, pero el cirujano que acababa de salvar la vida de mi abuela era nada más y nada menos que el padre de Claudia.

—Soy el Doctor Vidal —se presentó, estrechando la mano de mis tíos—. Todo ha salido bien —nos tranquilizó—. Ha sido crucial que haya venido al hospital tan pronto. Si se hubiera quedado dormida, probablemente no habría vuelto a despertar.

Los tres nos abrazamos aliviados, y al fin pude verter todas las lágrimas que había estado conteniendo.

—De todas formas, debemos ser prudentes —continuó explicando el cirujano—. Las próximas horas son delicadas y no se puede descartar un nuevo derrame. Se quedará ingresada el tiempo que haga falta, hasta que estemos seguros de que se encuentra estable.

—¿Cuánto tiempo puede ser eso? —pregunté.

—Es difícil de predecir. Pueden ser días, semanas... iremos viendo.

—Muchas gracias, doctor —concluyó mi tío.

El médico entonces se volvió hacia mí.

—Espero que Claudia y tú hayáis arreglado vuestras diferencias —dijo, guiñándome un ojo—. Me han dicho que eres todo un portento con el piano. Estoy deseando escucharte tocar mañana.

Tras intercambiar unas cuantas palabras más con mis tíos, se alejó por el pasillo. El Doctor Vidal era, por supuesto, el famosísimo padre de Claudia Vidal. Por un lado, fue un gran consuelo saber que mi abuela estaba en tan buenas manos. Me sentí reconfortada por sus palabras, así como por el hecho de que no diera muestras de albergar animosidad alguna contra mí, a pesar del incidente de la clase de gimnasia.

Por otro lado, estaba claro que Claudia explotaría la situación para extorsionarme de algún modo. Su padre había salvado la vida de mi abuela y estaba convencida de que, antes o después, su mente retorcida encontraría la forma de hacerme saber que “le debía algo”. Pero estaba tan cansada que no tenía fuerzas para pensar en ello en esos momentos.

Acordamos que Luis se quedaría a dormir aquella noche en el hospital, y yo pasaría la noche con mi tía. Pasamos por casa a recoger lo imprescindible (un pijama, el cepillo de dientes). Nada más entrar, la imagen del salón —que ya había olvidado— con todo aquel desbarajuste, hizo que me derrumbara por completo. Observé el piano, medio camuflado en un rincón de la habitación tras el jaleo reinante, y recordé de repente el festival de Santa Cecilia. Se celebraría al día siguiente. No me encontraba con ánimos de tocar el piano. De pronto, todo el drama del colegio se me antojó una absurda tontería sin la menor importancia, comparada con el seísmo que estaba atravesando mi familia. Telefoneé a Alicia para contarle lo ocurrido. Mi amiga, conmocionada, se ofreció para ayudarme en todo lo que estuviera en su mano. Al día siguiente, tal y como le había pedido, se encargó de comunicar la situación a nuestra tutora. Por lo que pude averiguar unos días después, bastaron cinco segundos de cortesía para que Claudia, fingiendo una inusitada timidez, levantara la mano:

—Madre Ángeles... Ya sé que es un poco precipitado pero... en fin... quería comentarle que... que yo toco bastante bien el violín... No sé qué tal se me dará, considerando cómo tengo el hombro todavía... pero si no encuentran a nadie para reemplazar a Eva, a lo mejor yo podría intentarlo —se ofreció, victoriosa.

El festival fue un éxito, como cada año. Y la actuación de Claudia, que no desperdició la oportunidad de convertirse una vez más en el centro de atención, fue ovacionada y recordada por el auditorio durante el resto del curso.

Podía considerarme oficialmente destronada.

Decenas de fotógrafos y periodistas rodeaban ya el hogar de la pareja. Alrededor de la casa se erigía un campamento de trípodes, parasoles, cables y unidades móviles, a través del cual los oficiales de policía se esforzaban por abrirse paso en su entrar y salir del domicilio. Todas las cortinas de la casa estaban cerradas a cal y canto, con el fin de impedir que cualquier imagen captada del interior pudiera ser difundida. Agentes armados custodiaban las dos puertas principales de acceso a la vivienda, extremando las medidas de seguridad tras hacerse público el polémico vídeo. Cientos de curiosos se iban añadiendo a la multitud congregada allí, y cada minuto del día se convertía en un espectáculo retransmitido al detalle por las redes sociales.

—Tenemos unas cuantas preguntas que hacerle, señora —declaró un hombre de uniforme recién llegado, a quien el matrimonio no había visto con anterioridad.

Se trataba del Jefe de Policía Estatal quien, en vista de la repercusión mediática que había adquirido el caso, había decidido tomar las riendas de la investigación en persona. El tono de los agentes se había relajado un poco en las últimas horas, en parte gracias al anuncio de su inminente aparición.

La casa era un caos. El teléfono no paraba de sonar, por lo que había sido necesario montar un dispositivo técnico especial con más de diez agentes desviando y atendiendo las llamadas.

El Jefe de Policía, empleando un tono estudiadamente afable y conciliador, se dispuso a interrogar a la mujer que, fumando un cigarrillo tras otro, permanecía sentada junto a su marido en el sofá. Con un gesto de cabeza, indicó a uno de los detectives que pululaban por la sala que se llevara al esposo a una sala aparte. Una vez salieron de la habitación, se acomodó junto a ella en el sillón.

—Adelante —asintió la mujer.

—¿Desde cuándo conoce a la supuesta secuestradora? ¿Cuál es su relación con ella? Y también... ¿cree que el móvil es personal, o económico...?

Con una calma exasperante, como quien va cien pasos por delante de las pesquisas policiales, contestó:

—Eso no tiene ninguna relevancia ahora mismo. Es decir... sí, es importante, pero

no deberían perder el tiempo aquí, con preguntas... deberían estar todos ahí fuera, removiendo cielo y tierra para rescatar a mi pequeño. Está con ella. Se lo garantizo. Ella se lo llevó.

—Le aseguro que tenemos un nutrido grupo de expertos cubriendo todas las líneas de investigación posibles, pero estamos convencidos de que dispone usted de datos de crucial importancia para el avance del caso. Por favor, conteste a mis preguntas, ayúdeme a agilizar el trabajo...

La mujer resopló, a medio camino entre la burla y la extenuación.

—¿De cuánto tiempo dispone, Jefe...?

TODOS SOMOS LO QUE FUIMOS EN EL PATIO DEL COLEGIO

"El veneno estaba en la herida, y la herida permaneció siempre abierta".

Vladimir Nabokov. Lolita.

01

Las luces del salón de actos se apagaron y un haz de luz blanco iluminó mi solitaria silueta, con el violín apoyado sobre el hombro “maltrecho”. Aunque había conseguido alargar el drama lo máximo posible, lo cierto es que hacía semanas que no sentía molestia alguna. Mi padre se había asegurado de que el mejor traumatólogo de su hospital, donde ostentaba el cargo de Jefe de Neurocirugía, se encargara de que el hombro de su hija quedara tan perfecto como si nunca hubiera pasado nada.

Mi familia ocupaba la primera fila del pequeño auditorio. Junto a la directora, en un lugar preferente, se sentaban mi padre y mi madre, seguidos de mis hermanos mellizos. Aquella imagen de grupo, contemplada desde el escenario, segundos antes de arrancar las primeras notas al violín, me desgarró el alma. En la oscuridad, la vista no me alcanzaba para discernir los rostros de los asistentes más allá de la segunda o tercera fila. Pero distinguía con nitidez los de los miembros de mi familia, que fui recorriendo uno a uno. Mi padre, con aire cansado tras una larga cirugía, destilaba no obstante un brillo orgulloso en la mirada. Sentí caer sobre mí el peso de la responsabilidad. No quería defraudarles, especialmente a él. Me había propuesto ser el mayor motivo de alegría para mi familia en esta nueva etapa de nuestras vidas. Sacaría las mejores notas, destacaría por encima de las demás... y tal vez así la tristeza se desvanecería, como una niebla que levanta lentamente, dando paso de nuevo a la luz. Era la primera vez que nos encontrábamos todos juntos fuera de casa desde... desde el entierro de María, para ser exactos. Y fue justamente eso, el recuerdo de mi hermana pequeña, lo que me rompió por dentro. No me permitía pensar en ella casi nunca, especialmente desde que nos trasladamos a Madrid. Pero supongo que la emoción del momento me traicionó y de pronto la imaginé allí, sentada en una butaca, con sus piecitos colgando sin llegar al suelo. O quizás sobre el regazo de alguno de mis hermanos, a los que adoraba. Mi madre, por primera vez en muchos meses, había reunido fuerzas para levantarse de la cama y salir de casa. Unas horas antes, espoleada por Paula –mi hermana mayor– y sin soltarse de su mano, había acudido a la peluquería a teñirse y peinarse. Su cabello – durante muchos meses desgastado y completamente cubierto de canas–, lucía aquella tarde de nuevo brillante, de un negro intenso. Las bolsas oscuras bajo sus ojos no se disimulaban del todo ni siquiera con maquillaje, pero aquel era un paso de gigante, y sentí que me temblaban las piernas bajo la intensa luz del foco.

Logré salir más que airosa de la actuación, aunque poco me importaban los halagos

de la directora o del resto de alumnas. Disfruté de los aplausos, y saboreé las dos caras de mi éxito. Por un lado, había conseguido eclipsar a la dichosa Eva, la única de mis compañeras que podía rivalizar conmigo académicamente, amenazando con arrebatarme el puesto de primera de mi promoción. Por otro, había logrado unir de nuevo a mi familia en un evento feliz, sin las lágrimas ni las discusiones que se habían instalado en nuestro hogar desde que mi hermana pequeña enfermó.

02

María fue una sorpresa. Llegó cuando nadie la esperaba, y se convirtió de inmediato en la muñequita de la casa. Era una niña muy espabilada, muy despierta y precoz. No tardó en dar sus primeros pasos, y al cumplir un año ya correteaba por la casa, volviendo loca a toda la familia. También comenzó a hablar muy temprano, llenando nuevamente nuestro hogar de parloteo y canciones infantiles. Pero súbitamente, al poco de cumplir cinco años, comenzó a enfermar. Se la veía cada vez más apagada, lo cual, en una niña con tanta vitalidad, llamaba enormemente la atención. A mi padre se le dispararon inmediatamente todas las alarmas y, tras un sinfín de pruebas exhaustivas en los mejores especialistas de Barcelona –donde vivíamos por aquel entonces–, el diagnóstico de leucemia cayó sobre todos nosotros como una auténtica ducha de agua fría. Al principio, la esperanza de un novedoso tratamiento mantuvo relativamente alta la moral de la familia. Pero tras varios ciclos de quimioterapia, la única posibilidad real de curación pasaba por un trasplante de médula que, lamentablemente, nunca llegó.

Lo imposible había sucedido, y nuestras vidas ya no volverían nunca a ser como antes. En mi interior se instaló aquella rabia, aquella ira inmanejable que debía tratar de aplacar. La familia, destrozada, se resquebrajó por completo. Durante el día conseguía no derrumbarme, sobre todo por mi madre, que estaba deshecha. Cada tarde, al volver del colegio, me la encontraba metida en la pequeña cama de María, hecha un ovillo en posición fetal, abrazada a alguna de sus prendas de ropa o uno de sus peluches.

Pablo, mi hermano mayor, que siempre había destacado tanto académica como deportivamente, perdió el interés por todo lo que no fuera salir de fiesta y emborracharse. De sacar sobresalientes pasó a suspender casi todas las asignaturas ese año. Paula y yo nos unimos en un frente común, tratando de mediar entre todo aquel caos. Viendo que su esposa y su hijo se hundían cada vez más, mi padre decidió por toda la familia que lo mejor para afrontar el duelo y la pérdida pasaba por un cambio total de aires. Aceptó por fin el puesto que tantas veces había rechazado en el pasado, como Jefe de Neurocirugía de un prestigioso hospital de Madrid. Puso a la venta el chalet de Pedralbes y adquirió un enorme ático en la calle Ferraz, con unas vistas impresionantes al Templo de Debod y la Casa de Campo. Y lo hizo todo sin consultarnos.

Al recibir la noticia del traslado, los tres hermanos protestamos enérgicamente. ¿Además de intentar gestionar el inmenso dolor por la pérdida de nuestra hermana, íbamos a tener que dejar atrás nuestra casa, nuestros amigos de toda la vida, cambiar de colegio..? Personalmente, aquello era más de lo que podía soportar. Una noche estallé, proclamando a voces lo injusto de la decisión, lanzando todo tipo de tacos e improperios en mitad de la cena, lo que provocó la ira de mi padre, que se puso en pie

dando un fuerte puñetazo sobre la mesa.

—¡Ya está bien, Claudia! ¿No ves que lo hago todo por vosotros, por la familia? —gritó, encolerizado.

La pérdida de María le había agriado terriblemente el carácter, aunque hasta aquella noche nunca le había visto perder los nervios así. Había sido siempre un padre estricto, pero no rígido, y mucho menos injusto. Era muy exigente en cuanto a la educación de sus hijos mayores: no toleraba los malos modales ni consentía que en su casa hubiera una palabra más alta que otra. Sin embargo, conservaba un punto de ternura que se acrecentó con la llegada de la más pequeña de la casa, y que desapareció casi por completo tras su muerte.

—¡¿Es que no ves cómo está tu madre, que no es capaz ni de levantarse de la cama para cenar con nosotros?! —continuó bramando, exaltado—. ¡No os lo estoy pidiendo, la decisión está tomada y punto! ¡Tenéis que ser fuertes por ella, y también por mí, qué cojones...! ¡Nos hemos pasado la vida dándoos todos los caprichos, todos los juguetes, la ropa, los viajes! ¡TODO! —prosiguió, con el rostro cada vez más enrojecido. Tras una breve pausa, volvió a sentarse y respiró profundamente varias veces, intentando serenarse.

—En Madrid las cosas serán mucho más fáciles para todos. Mamá tiene allí a su hermanos, a la abuela, a sus antiguas amigas del colegio... Y es importante empezar una nueva etapa en un nuevo hogar... Uno que no nos recuerde a María en cada rincón...

Repentinamente, estalló en un llanto desconsolado. Que yo recordara, solo le había visto llorar una vez en mi vida, en el entierro de María.

—Yo ya no soporto vivir aquí —se derrumbó. —En esa esquina es donde se puso en pie por primera vez, agarrándose a aquella mesita —musitó, señalando un rincón del salón—. Allí, en ese sofá, me sentaba con ella a ver dibujos animados los sábados por la mañana, que se despertaba prontísimo —casi rió al recordarlo, antes de que se le quebrara nuevamente la voz. Ahogado por la emoción, murmuró una excusa en voz baja y abandonó la cena, dejándonos a los tres hermanos abatidos, pero finalmente resignados con la decisión.

03

La mudanza se realizó un fin de semana a primeros del mes de julio, poco tiempo después de terminar el curso escolar. La nueva casa no tenía nada que envidiar a la antigua, ya que había sido remodelada de arriba a abajo y presentaba un aspecto mucho más moderno que la mayoría de los pisos de la zona. Con más de cuatrocientos metros cuadrados, cada uno de los hermanos contábamos con nuestra propia habitación con baño privado, y mucho más espacio que en Barcelona. Por contra, habíamos perdido el jardín y la piscina, lo cual era un enorme fastidio, especialmente ante la inminente llegada del verano. Aquel año ni siquiera se planteó la posibilidad de un viaje o escapada. El verano anterior, con María ya enferma, tampoco habíamos salido como era nuestra costumbre. Lo habitual era pasar al menos un mes –si no más–, toda la familia junta. A mis padres les gustaba alquilar una casa grande, una villa para todos en cualquier lugar del mundo. En ocasiones era algún colega médico de mi padre el que nos prestaba el alojamiento, a menudo a cambio del nuestro en Pedralbes. Un verano nos alojamos en una enorme casa de campo en Suiza, en plena montaña. El siguiente, en una villa a orillas de lago Como. Siempre encontraban el emplazamiento perfecto para toda la familia donde poder disfrutar del sol, la comida, descansar, hacer turismo y, en definitiva, cambiar de aires. Mientras contemplaba la puesta de sol desde la terraza de mi nueva habitación, tuve el amargo presentimiento de que aquellos viajes habían pasado a la historia.

Al contrario que mis hermanos, que trataron de adaptarse y hacer nuevos amigos desde nuestra llegada a la capital, yo me negué en redondo a salir de mi cuarto. Instalé allí el equipo de música, mi tele, un arsenal de libros y me construí un fuerte en el que refugiarme. Paula trataba infructuosamente de convencerme para que la acompañara al cine o al Club de Campo, del que mi padre se había hecho socio nada más llegar. Pero fue en vano. No tenía fuerzas para socializar. Pasaba las horas encerrada. Lloré todo lo que no había llorado en Barcelona, todas mis pérdidas, incapaz de asimilar mi nueva situación. No dormía bien por la noche, y pasaba horas en la cama durante el día. Superada la fase de las lágrimas, me sumergí en una etapa oscura en la que lo único que lograba sentir era de nuevo aquella ira, la de los primeros momentos tras la muerte de María. La rabia y la angustia parecían mantener a raya a la tristeza, por lo que decidí aprovecharlas en mi beneficio. Me propuse, ante todo y sobre todo, mantenerme fuerte. Las palabras de mi padre durante aquella cena no habían dejado de atormentarme. Tenía razón en todo. Por eso, aquel verano, antes del inicio del nuevo curso, me prometí a mí misma que haría cualquier cosa por ayudar a mi familia a superar aquel terrible bache. Y lo haría a mi manera. No tenía más ganas de llorar. Quería mirar hacia delante, convertirme en la persona más fuerte de la casa. Conseguiría que mi padre se sintiera orgulloso de mí, y mi madre lograría recordar que aún tenía otros tres hijos que la querían y la necesitaban. Costase lo que costase, iba a conseguir sacarla de la sima en la

que se hallaba sumergida.

Una calurosa tarde de finales de agosto, descubrí semioculto al fondo de un armario mi antiguo violín. Llevaba más de dos años sin tocarlo. De repente me invadieron unas ganas locas de sacarlo de la funda y comprobar si era capaz de recordar alguna melodía. Para mi sorpresa, mis dedos se deslizaron por las cuerdas con destreza, y desde aquel día se convirtió en un aliado al que acudir de tarde en tarde, cuando me sentía de humor para tocar. Me ayudaba mucho volcar en él mis emociones, trasladando toda mi furia –unas veces–, o mi melancolía –las más–, al instrumento. Uno de aquellos días, me sobresalté al encontrarme a mi madre escuchándome, apoyada en el quicio de la puerta de mi habitación.

—Perdona mamá, ¿te he despertado? —pregunté, temiendo haberla molestado.

—No cariño... me ha encantado oírte tocar de nuevo... ¿Puedes seguir un ratito más? —preguntó, sentándose en el borde de mi cama.

—Claro que sí—fue lo único que contesté.

Y, por unos minutos, la vida se tornó más llevadera para las dos.

El curso comenzó un siete de septiembre. A Pablo le matricularon en el San Esteban, un colegio de curas situado apenas a dos manzanas del Santa Cecilia, donde estudiaríamos Paula y yo. En Barcelona cogíamos la ruta para ir al colegio, que estaba en las afueras. En Madrid podíamos ir andando desde casa, lo cual me producía una enorme sensación de libertad. Me imaginaba que era una ejecutiva, con mi portafolios en una mano y un café humeante en la otra, camino de mi oficina. En vez de atravesar la calle Ferraz, me visualizaba recorriendo la Quinta Avenida, camino de la redacción de una revista de moda, o una importante agencia de publicidad. Algún día, así sería. Mis hermanos mayores habían aprovechado bien el verano para entablar amistades en el Club de Campo, creando lazos con alumnos de ambos centros, por lo que en su primer día de clase ya contaban con bastantes conocidos para acompañarles durante el período de adaptación. Por el contrario, yo me dispuse a afrontar el comienzo de curso con aparente indiferencia, aunque por dentro sentía que aún no estaba del todo preparada para volver a la rutina escolar.

La primera impresión que tuve al entrar al centro, comparado con mi antiguo colegio de Barcelona, fue la de estar viajando hacia atrás en el tiempo. Se trataba de un edificio muy antiguo, con años de historia y tradiciones a sus espaldas. Podía imaginarme perfectamente a mi madre, con un uniforme idéntico al mío, recorriendo los pasillos brillantes y encerados de aquella especie de castillo por el que no había hecho mella el paso del tiempo. Pero algo me decía asimismo que aquel no era mi sitio, que no encajaba del todo allí. No me agradaba nada la sensación de ser “la nueva”. El primer choque fue la inmersión, con todo lo que ello suponía, en una institución dirigida por monjas. Mi familia no era especialmente religiosa. No íbamos a misa todos los domingos ni mucho menos, aunque sí conservábamos la tradición de acercarnos a la iglesia en ocasiones especiales como Navidad, Semana Santa, o al acudir a bautizos, bodas... En fin, como la mayoría de nuestros conocidos. A pesar de no ser una familia fervientemente creyente, la ilusión de mi madre siempre fue que sus hijas estudiaran en su antiguo colegio. De no haber conocido a mi padre y haber trasladado su vida a Barcelona, no hay duda de que ambas habríamos comenzado y terminado nuestros años de educación obligatoria en Santa Cecilia. Las monjas le inspiraban una gran confianza como educadoras. También era importante para ella el tema de la segregación: los chicos por un lado y las chicas por otro. Especialmente a estas edades, la terrible e imprevisible adolescencia.

El primer día, la directora nos hizo pasar a Paula y a mí a su despacho. Tras la soporífera charla de bienvenida, no dudó en deshacerse en elogios hacia nuestro padre. Fue la red de antiguas alumnas la que propició que llegara a oídos de mi madre la noticia de la grave enfermedad de la Superiora, que había sido profesora suya de joven. Mi padre movió todos los hilos necesarios para realizar él mismo la intervención, así que supongo que se sentía en deuda con la familia. Nos pidió que acudiéramos a ella directamente si teníamos cualquier duda o problema, y nos garantizó que se encargaría personalmente de que nos sintiéramos como en casa. Después nos dio el pésame por la muerte de María. Yo estaba ya tan asqueada de tanta adulación que deseé con todas mis fuerzas que la charla terminara cuanto antes. No me sentía capaz de hablar de mi hermana con una extraña, y tanto peloteo y servilismo empezaba a ponerme de los nervios. Me habría encantado aclararle que no tenía la más mínima intención de que mis compañeras me tomaran por la protegida de la directora. Mi plan era demostrar por mí misma mi valía, sin ayuda de nadie.

Las primeras semanas fueron bastante duras para mí. No conocía absolutamente a nadie, y entre mis compañeras se palpaba la complicidad que quienes llevan estudiando juntas toda la vida. Aún así, las cosas como son, se esforzaban por ser amables conmigo.

Mi compañera de pupitre, Eva, destacaba claramente entre las demás. Sería, sin duda, la persona a batir si quería lograr mi objetivo de posicionarme como primera de la promoción. Supe que lo tendría fácil para minar su autoestima. Con el pelo corto a lo chico, la nariz deformada y una cicatriz marcada en el rostro, no tardaría en hacer aflorar todas sus inseguridades. Sus amigas tampoco eran un grupo de *top models*, precisamente. Echaba de menos ponerme mi propia ropa a diario. Sentía como si me hubieran robado la mitad de mi personalidad al obligarme a ir de uniforme, aunque trataba de customizarlo a mi gusto. Mis compañeras, en su mayoría, vestían como auténticas mojoneras. Mini monjas de falda larga hasta los tobillos, camisa abotonada hasta arriba y zapatos ortopédicos. Otra cosa que se me hacía tremendamente cuesta arriba era el tema de las misas y las confesiones. Dentro del horario lectivo semanal, cada grupo tenía asignada una hora –en nuestro caso, los martes de nueve a diez de la mañana– durante la cual, en lugar de asistir a una clase normal, nos dirigíamos a una pequeña capilla en el piso superior, y allí se celebraba una eucaristía. El enorme edificio que albergaba el colegio ocupaba una manzana entera. Adosado a un lateral, se alzaba –por encima de los tejados del edificio– un gran templo de techos altos, sillas de coro de madera labrada, un imponente órgano y vidrieras de colores. La iglesia principal, con capacidad para más de doscientas personas, se utilizaba solo en las grandes ocasiones, como la misa solemne del día de Santa Cecilia, la celebración de comuniones y confirmaciones de alumnas e incluso, esporádicamente, albergaba de manera privada la celebración de bodas de antiguas alumnas. Previo pago, claro está. Para el resto de celebraciones nos dirigíamos en grupos reducidos a la capilla pequeña, que propiciaba una atmósfera de mayor “recogimiento”. Aparte de la misa semanal, teníamos asignada una hora el día anterior –los lunes de tres a cuatro de la tarde–, que pasábamos congregadas en la misma capilla, en silencio absoluto, y durante la cual se nos conminaba a realizar los siguientes pasos:

- 1) Examen de conciencia
- 2) Dolor de los pecados y contrición del corazón
- 3) Confesión de los pecados
- 4) Propósito de enmienda
- 5) Cumplir la penitencia

Si recuerdo los cinco pasos con tanta claridad es porque de una de las paredes, la que quedaba más cerca de donde acostumbraba a sentarme, colgaba un cuadro enmarcado. Bajo el título “*El sacramento de la Confesión*”, se enumeraban los cinco mandamientos anteriores. Pasé muchas horas ese curso analizando aquellas palabras, pulcramente bordadas en punto de cruz, tratando de encontrar un sentido concreto en mi vida al concepto de “pecado”. Supongo que las monjas programaban las confesiones así,

el día inmediatamente anterior a la misa, para que no nos diera mucho tiempo a pecar y llegáramos con el alma razonablemente limpia a la mañana siguiente, para poder comulgar en estado de pureza. Verifiqué también, a los pocos días de comenzar mis estudios en Santa Cecilia, que en aquel microcosmos debía acostumbrarme a escuchar a mis profesoras manejar el 90% del tiempo conceptos como “estoicismo”, “deber”, “contrición”, “austeridad”, “sacrificio”, “tentación”... Lo cual me hacía mucha gracia. ¿Acaso pensaban las monjas que sus alumnas, en aquel colegio privado, carísimo, vivían frugalmente con sus familias en humildes pisos de cincuenta metros cuadrados? La hipocresía era máxima, habida cuenta de que mis propios padres habían contribuido con una generosa “donación” a la reparación del altar de la iglesia grande (a cambio de una admisión *in extremis* fuera de plazo).

Ni que decir tiene que no me había confesado en mi vida. Paula, Pablo y yo hicimos la primera comunión en Barcelona el mismo día, de la mano de un cura amigo de mis padres, que lo organizó todo para reunir a los hijos de varias familias amigas en una misma ceremonia. No tuve que asistir a catequesis ni nada por el estilo, tan solo a una breve charla la semana anterior. El verdadero evento para nosotras fue comprar los preciosos vestidos, ir a la peluquería por la mañana, y flipar con la cantidad de juguetes y regalos que nos cayeron ese día. Pero en el Santa Cecilia parecían tomarse esas cosas muy en serio. La primera sesión de confesiones me pilló por sorpresa. Asumí que no había escapatoria posible así que, tras observar detenidamente el comportamiento de mis compañeras, cuando llegó mi turno me dirigí con actitud sumisa y recogida a una pequeña salita contigua a la capilla. Una puerta de madera comunicaba directamente con la sacristía, que el cura utilizaba para cambiarse de ropa antes y después de cada misa. Esperaba encontrarme un confesionario con un reclinatorio donde arrodillarme, como los que había observado tantas veces en las iglesias. Mi sorpresa fue mayúscula al encontrarme a un hombre de pelo canoso vestido con casulla que, instalado en una cómoda butaca, me indicó que me sentara en la sencilla silla de madera y enea que había colocada frente a él. Tras unos instantes de duda –en los que contemplé fugazmente la posibilidad de fingir una indisposición para escapar de tan inusual coyuntura–, decidí no montar un numerito y someterme a la pantomima. Algo intimidada, me senté frente al cura. Éste, con expresión serena, tomó –sin previo aviso– mis manos entre las suyas, posándolas sobre sus rodillas. Recuerdo aquello como si hubiera sucedido ayer, porque fue una de las situaciones más incómodas que he vivido jamás. ¿Era necesario aquel contacto físico? Todos los músculos de mi cuerpo estaban tensos como el acero.

—Ave María Purísima —musité.

—Sin pecado concebida —respondió él—. Tranquila, relájate... —dijo el sacerdote, agitando ligeramente mis brazos—. Estamos en presencia del Señor —continuó sonriente, adoptando un tono tranquilizador. Mientras hablaba, acariciaba suavemente mis manos con sus dedos. Comencé a acelerarme, aunque no tenía muy clara la razón de mi repentina ansiedad. Algo indeterminado en la atmósfera de aquella pequeña habitación me resultaba irritablemente inquietante. “No te pongas nerviosa”,

razoné. “Todas las niñas pasan por aquí a diario”. Me dije que la falta de costumbre me estaba jugando una mala pasada. Por nada del mundo quería que mis nervios fueran interpretados como una muestra de debilidad. Al cabo del rato me di cuenta de que lo que me incomodaba era precisamente lo forzado de la intimidad entre aquel desconocido y yo. Se suponía que debía abrir mi alma ante él, exponer hasta el último de mis actos, pensamientos y palabras más oscuros y vergonzantes. ¿Quién es capaz de desnudarse así ante un extraño?

—Cuéntame hija... ¿has hecho un buen examen de conciencia? —preguntó.

—Sí, padre —contesté en un susurro—. Pero, realmente... creo que no tengo ningún pecado que confesar.

Las manos del cura pasaron de las caricias a sujetar las mías con fuerza. Su mirada se tornó severa.

—Pues eso, hija mía, es el pecado más grave de todos. ¡Nada menos que la soberbia! —dictaminó. Su tono de voz era grave. Iracundo, incluso.

Disimulé las lágrimas que amenazaban con delatar la rabia que sentí ante la humillación a la que estaba siendo sometida. De alguna manera, logré contenerlas y retiré la mirada, fijándola en mis manos, enlazadas entre las suyas. Su mero contacto me producía tal repulsa que me urgía a buscar una rápida salida. Aposté por la táctica más sencilla. Mentir. Tras una breve pausa —en la que fingí una meditación profunda—, di rienda suelta al llanto y, mediante una actuación digna de Meryl Streep, confesé pecados inexistentes de los que me mostré terriblemente arrepentida (aunque, por supuesto, ninguno tan grave como para permitirle formarse una opinión negativa de mí). Mi confesión abarcó todo tipo de pequeñas situaciones en las que, debido a mi inocencia —acompañada por el lógico deseo de encajar en mi nueva vida—, me había visto obligada a cometer terribles infracciones, tales como fumar en los baños del colegio, encubrir la mentira de una compañera que había copiado en un examen, y un largo etcétera de mini delitos que lograron conmover al hombre hasta el extremo de acabar dándome la absolución con los ojos humedecidos ante tan sincero acto de contrición. Abandoné la habitación temblando por los nervios, y no pude evitar tomar una enorme bocanada de aire al regresar a mi banco donde, imitando la rutina del resto de alumnas, me arrodillé durante más de veinte minutos, con el rostro oculto entre mis manos, fingiendo rezar.

Al día siguiente, en el patio del colegio, hice mi primera amiga. Aún no me sentía muy cómoda con mis compañeras de clase, así que en el recreo solía juntarme con Paula y su pandilla. Eran todas tan paraditas y buenazas como mi hermana, pero al menos entre ellas podía pasar desapercibida. Me incluyeron rápidamente en el grupo solo por ser la hermana pequeña, y de momento aquella situación me venía bien. Las de mi clase no me molestaban porque iba “con las mayores” y, a esas edades, un simple curso de diferencia

constituye un abismo prácticamente insalvable. Pero lo cierto es que en aquel grupo me aburría como una ostra. Entonces reparé en una chica que estaba sola, sentada en una esquina del patio, leyendo un pequeño libro de bolsillo. Intuí que no se trataba de una de las lecturas obligatorias del colegio, porque había tenido la precaución de disimular la portada, forrándola con papel de periódico.

—¿Quién es esa chica? —pregunté.

—Ah, sí. Es Ana. Tiene como diecinueve años o por ahí. Es tripitidora, por lo menos —contestó Paula, provocando las risas del resto del grupo.

—Va un poco de rebelde incomprendida —añadió otra de las chicas—. A mí me ha dado un par de malas contestaciones, así que paso de ella.

—Se relaciona poco, siempre está por ahí sola, leyendo —agregó mi hermana.

El tema no daba más de sí, así que cambiaron de conversación. Aprovechando que apenas reparaban en mi presencia, me escabullí discretamente del grupo y me acerqué a ella.

—Hola —me presenté—. Soy Claudia.

Sin esperar respuesta, me senté a su lado.

—Sí, ya lo sé. La hermana de Paula. Yo soy Ana —respondió.

—¿Qué lees? —pregunté.

—“*El guardián entre el centeno*”.

—¿Es bueno?

—Muy bueno. El año pasado las monjas enviaron a los padres una lista con libros “desaconsejables” para nuestra edad. Los estoy leyendo todos —me explicó, guiñándome un ojo. Hizo una pausa como intentando zanjar la conversación pero, viendo mi interés, prosiguió—. Holden, el protagonista me recuerda mucho a mí. Está hasta los huevos del colegio, de su familia, y toda la hipocresía que le rodea. No tiene pelos en la lengua. Pero a la vez es muy sensible... En realidad creo que está bastante deprimido desde que su hermano pequeño...

Ana se detuvo súbitamente.

—Desde que su hermano... ¿qué? —pregunté.

Se mordió el labio inferior y dudó un momento antes de continuar.

—Desde que su hermano... murió. De leucemia —contestó.

Se hizo un silencio incómodo entre las dos. Me sentí muy rara, como si me hubieran obligado a quitarme la ropa en medio del patio, de improviso. Ana fue la primera persona en el colegio que pronunció la palabra “maldita” ante mí: leucemia. Me miró a los ojos. No había compasión en su mirada. Era otra cosa. Empatía. Y, por primera vez, me sentí en paz con el tema. Me juré ir a comprar el libro aquella misma tarde.

—Oye —dijo, cambiando de conversación—. ¿Te apetece un piti?

Se levantó discretamente el jersey y dejó entrever una cajetilla de tabaco escondida en la cintura de la falda. Hacía mucho que no pensaba en fumar. Había empezado a tontear con el tema en Barcelona, con mis amigas, más como un acto de rebeldía que como un hábito. A veces nos escapábamos a la playa y nos ventilábamos un paquete entre todas. La idea de romper las normas allí, en el colegio, tras el angustioso episodio de la confesión, me resultó de lo más apetecible.

Nos levantamos y, discretamente, me condujo hasta el pequeño hueco que se formaba detrás de una caseta de herramientas, semioculta tras unos árboles en una esquina del patio. Allí, compartiendo un cigarro y tratando de que el humo no ascendiera por encima del tejadillo de la caseta, le conté el mal trago que había pasado la tarde anterior, con el cura interrogándome.

—Fue tan humillante... no sé qué sentido tiene contarle a un desconocido lo que hago o dejo de hacer, para que me juzgue y me imponga una penitencia. Solo de pensar que hay que pasar por eso todas las semanas... —simulé un escalofrío de repelús. Ana rió a carcajadas.

—¡Pero no seas tonta, no es obligatorio! —exclamó.

Abrí los ojos como platos.

—Ah, ¿no? —pregunté.

—¡Pues claro que no! —me aclaró tras dar una larga calada al pitillo—. Es obligatorio ESTAR allí, pero no te pueden forzar a confesarte. Yo paso. Para mí es la

hora más aburrida de la semana. Aprovecho para repasar lo que hice el fin de semana, pensar en el siguiente... Al menos es un rato en el que no hay que soportar la puta tensión de las clases... Si alguien te pregunta, di que prefieres confesarte los domingos en tu parroquia, que tienes un cura de confianza y que siempre vas allí con tu madre, o con tu abuela, o lo que se te ocurra...

—Joder Ana, acabas de salvarme la vida... —respondí.

Desde aquel día, nos hicimos inseparables. Supongo que ella necesitaba tanto como yo una compañera con la que escaparse a fumar en el recreo, para desahogarnos un poco sobre el colegio, las compañeras y las monjas.

—La mayoría son unas pijas aborregadas —solía decir ella—. Te alucinaría lo adoctrinadas que están. A veces creo que son incapaces de pensar por sí mismas...

—Yo tengo a una metida entre ceja y ceja. Eva, esa de ahí —dije, señalándola. Estaba sentada en el suelo, concentrada en sus deberes, junto a un grupo de alumnas de mi curso.

—Todas estamos intrigadas por saber cómo se hizo esas cicatrices —dijo Ana.

—¿No se lo habéis preguntado?

—Tía, es que es un poco palo, ¿no...? ¿Tú tendrías valor para acercarte y preguntarle directamente?

Sin mediar palabra, me levanté y me dirigí al grupo que, todo sonrisas y amabilidad, abrieron el círculo inmediatamente para hacerme un hueco entre ellas. Recuerdo haberle preguntado por las cicatrices. La vacilé un poco, la llamé Frankenstein o algo así, pero no creí haberla pinchado tanto como para reaccionar como lo hizo. Me confesó, a gritos delante de todas —incluso de Ana, que contemplaba la escena a tan solo unos metros de distancia—, que la directora les había exhortado a compadecerse de mí. A sentir lástima y ser “piadosas” conmigo por lo de la muerte de mi hermana. Como si yo fuera una pusilánime, como si necesitara un trato de favor. Por eso se mostraban tan amables, incluso serviciales. Me dijo que les daba pena. ¡Pena! Puto grupo de falsas, mentirosas... Me hervía la sangre. Sentí de nuevo esa ira que me cegaba. Antes de perder los papeles decidí desaparecer, salir disparada de allí. Corrí por los pasillos apretando los puños con rabia, y conseguí llegar a la enfermería justo a tiempo de vomitar el contenido del estómago en el suelo de la pequeña consulta. La monja-enfermera acudió rauda a mi lado, ayudándome a recostarme en la camilla. La habitación me daba vueltas y comencé a respirar con dificultad. Estaba teniendo un ataque de ansiedad en toda regla. Tras unos minutos, me comunicaron que habían llamado a mi

casa para que vinieran a recogerme.

Fingí una gastroenteritis para alargar el teatro unos días, hasta que me sintiera preparada para volver al colegio. El lunes siguiente, con un plan bajo el brazo, decidí pedirle ayuda a Ana para amedrentar a la estúpida de Eva. Le dimos una buena lección en el cuarto de baño. Al terminar, corrimos a refugiarnos en la biblioteca. Nos sentamos en una mesa al fondo del todo a recobrar la serenidad, tratando de no llamar la atención. Tras comprobar que nadie nos había visto, acordamos que nos cubriríamos las espaldas. Si a Eva se le ocurría delatarnos, sería su palabra contra la nuestra. Un par de chicas entraron en la biblioteca unos minutos después. Podrían ser nuestra coartada si llegaran a cuestionarnos. Cuando nos hubimos serenado, tras el subidón de la escapada, Ana pareció mostrarse un tanto arrepentida.

—Igual nos hemos pasado un poco, ¿no? —susurró—. No dijiste nada de quemarla con el cigarro...

—Le he dado su merecido. ¡Me humilló delante de todas! —respondí, justificando mi comportamiento—. Esa ya no se vuelve a meter conmigo.

Ana no replicó. No obstante, comprendí que no tenía ningún derecho a arrastrar a mi amiga en mis ajustes de cuentas personales. No volvimos a hablar del tema y decidí que, en adelante, evitaría hacerle cómplice de cómo decidiera resolver mis problemas. Cada una teníamos los nuestros. Aunque andábamos siempre juntas, no “necesitaba” una amiga íntima. Me bastaba con tener a alguien con quien charlar y salir de marcha. No quería depender de nadie que pudiera desaparecer más tarde de mi vida. Lo había aprendido de la manera más dura durante el año anterior, cuando lo había perdido todo.

Proseguí el curso lo mejor que pude. La forma de enseñar de las monjas era tediosa y anticuada. Eva sobresalía entre el grupo (bastante mediocre, por otro lado). Le dejé claro en varias ocasiones que haría todo lo que fuera necesario para convertirme en la primera de nuestra promoción. De vez en cuando le dejaba “recordatorios”, en forma de notitas, o el tipo de tonterías que una suele hacer cuando es adolescente. Ella solía reaccionar devolviéndome una mirada desafiante, como queriendo plantarme cara. Y eso sí que no lo iba a permitir. Decidí minarla atacando por otro frente: sus amigas. Con cuentagotas, intimidadas –cobardes–, fueron alejándose de ella. Todas menos una gordita cuyo nombre ni siquiera recuerdo. Solo sé que un día, en clase de gimnasia, por hacerle alguna broma a aquella chica me encontré de repente con Eva golpeándome con tanta fuerza que me disloqué el hombro. Me enviaron directamente a urgencias. Menos mal que la maestra y mis compañeras fueron testigos del ataque. La expulsaron unos días, claro. Tras aquel “incidente”, conseguí que la mayoría de las alumnas se pusieran de mi parte. Volví al día siguiente con el brazo en cabestrillo y la cabeza bien alta. Ya nadie me miraba con pena ni lástima. Al fin comenzaba a ganarme el respeto que andaba buscando.

Si los días en el colegio eran una pesadilla de monjas, oraciones y misas, las tardes en casa no eran mucho mejores. No obstante, con el transcurso de los meses mi madre parecía empezar a salir del túnel, especialmente después del recital del día de Santa Cecilia. Allí se reencontró con muchas antiguas compañeras, ahora madres de alumnas. Algunas tardes se animaba a salir a tomar un café con ellas, o recibía a sus amigas en casa. Mi padre, al ver su mejoría, volvió también a sonreír. Sin embargo, lejos de relajarse, comenzó a apretarnos cada vez más a mis hermanos y a mí.

—Mamá está mucho mejor, ¿veis? Al final yo tenía razón, ha sido buena idea cambiar de aires —nos decía—. Así que ahora no voy a consentir que le deis ningún disgusto, ¿entendido? Espero de vosotros que saquéis las mejores notas posibles, y no quiero más tonterías —esto último lo dijo mirando directamente a Pablo.

Día sí, día también, entraba en nuestros cuartos por las tardes para supervisar si estábamos estudiando. Llevaba un control exhaustivo de nuestras evaluaciones y, si alguno flojeaba, las broncas eran de órdago.

Paula era la que mejor se había adaptado a su nueva vida en Madrid. Parecía además haber encontrado cierto consuelo en la religión. La idea de Dios, la vida eterna y la promesa de que su hermana pequeña se encontraba en un lugar mejor, le ayudaron en gran medida a superar la muerte de María.

Yo, sencillamente, reprimía todo recuerdo de ella. Si me sobrevenía la tristeza, ponía la música a toda pastilla o tocaba el violín hasta que se me entumecían los dedos. Estudiaba como nunca, me ayudaba estar ocupada y tener algo en lo que concentrarme. Las dos sacamos notas brillantes aquel curso. Lo de Pablo ya era otra historia...

Mi hermano fue, desde el primer momento, el que peor asimiló la enfermedad de María. Una tarde, en Barcelona, al volver del colegio, nos encontramos a nuestros padres abrazados en el sofá, deshechos en lágrimas, mientras María dormitaba a su lado, tapada con una mantita. Nos sentamos en otro sofá, frente a ellos, y nos comunicaron el temido diagnóstico: leucemia linfoblástica aguda. Paula y yo nos echamos a llorar. Pablo se quedó de piedra. Comenzó a palidecer hasta quedarse blanco como el papel, y mi padre tuvo que correr para sostenerle justo a tiempo de evitar que cayera al suelo desplomado. No le vi verter ni una lágrima, ni siquiera en el entierro, pero no volvió a ser el mismo de antes. Nunca más. Se fue apagando poco a poco, como una vela a la que quitan el oxígeno. Paulatinamente, fue perdiendo el interés por todas las actividades que antes le apasionaban. No quiso volver a sus entrenamientos y abandonó el equipo de fútbol con el que llevaba desde niño. Dejó de ir los fines de semana a jugar al tenis con sus amigos. Suspendió tres asignaturas, que aprobó “milagrosamente” en Septiembre, pasando por los pelos al curso siguiente. No tengo ni idea de qué influencia ejercieron mi padre y su chequera sobre el resultado de dichos exámenes, porque Pablo se pasó todo el verano en Madrid de fiesta en fiesta con sus nuevos amigos del Club de Campo, bebiendo, fumando porros, y tirándose a todas las atontadas que se le pusieron a tiro. No le resultaba difícil ligar, era de largo el más guapo de los tres hermanos. Había heredado el pelo azabache de mi madre y los profundos ojos azules de mi padre. Supongo que, además, ese aire de adolescente torturado le daba un toque irresistible para las pobres infelices que caían en sus redes como moscas, una detrás de otra.

Cuando comenzó el curso, a pesar de las constantes broncas y presiones de mi padre, su actitud no cambió. Los sábados solíamos coincidir con chicos y chicas de ambos colegios en el *Blue Bird*, un bar/discoteca para adolescentes. La mayoría de las chicas teníamos que estar en casa sobre las diez u once de la noche. Sin embargo, con los chicos siempre hubo otra vara de medir. El hecho de que un tío no tuviera tantas probabilidades como nosotras de ser violado o atracado en plena calle, supongo que alargaba un poco más el toque de queda para ellos... En cualquier caso, mis padres nunca nos habían impuesto una hora de llegada. Normalmente mi madre se quedaba K.O. sobre las diez y media –cuando se tomaba su pastilla para dormir–, y ya podía caer un obús en el salón que ella no se enteraba de nada hasta la mañana siguiente. Mi padre estaba de guardia muchas noches. O fuera. Vete tú a saber.

El *Blue* –como lo llamábamos para abreviar– era el lugar de moda entre los adolescentes de la zona. Allí era más fácil charlar, coquetear y enrollarse con los chicos que en la puerta del colegio por las mañanas, obviamente. Aunque debía estar prohibido

por ley servían alcohol a cualquiera, a no ser que tuviera pinta de tener menos de doce años. Al principio de la noche los chicos permanecían juntos, en grupillos, "oteando el panorama". Las chicas hacíamos lo mismo pero desde la pista de baile, lanzando miradas a aquel que nos hiciera gracia. Mi hermana Paula y sus amigas se refugiaban con las más tímoras en una esquina del local, sorbiendo sus refrescos con una pajita. Ana y yo bailábamos como locas, fumando y probando algún combinado nuevo cada noche. La mayoría de las veces tonteábamos largo rato con el pesado de turno –hasta que nos invitaba a una copa–, y después le despedíamos con medio beso y un calentón, para retirarnos a casa a una hora prudente. Mi hermano y su pandilla, sin embargo, solían acabar la fiesta en Joy o en Pachá, colándose entre algún grupo de chicos mayores, desparramando hasta la madrugada.

Una de aquellas noches, en plenas vacaciones de Navidad –tras haberse pasado con Dios sabe qué tipo de sustancias–, la policía acompañó a Pablo a casa, donde se organizó un cisco monumental a eso de las cinco de la madrugada. Mi padre gritó que le echaría de casa, mi madre se despertó zombie, alucinando entre tanto alboroto, y Paula y yo, sin haber hecho nada, nos comimos un mes de castigo sin salir, para no hacer diferencia entre unos y otros.

A la mañana siguiente entré en la habitación de Pablo, dispuesta a ponerle los puntos sobre las íes.

— ¿Tú de qué vas, niño? —grité.

Moviéndose a la velocidad de un oso perezoso, Pablo se llevó las manos a los oídos. La resaca debía ser de campeonato aquel día.

—Shhhh... —susurró—. ¿Qué pasa?, ¿a qué viene esta bronca...? —dijo, asomando apenas la cabeza entre las sábanas, sin poder abrir los ojos del todo.

—¿Que qué pasa? —proseguí, mientras atravesaba su habitación como un rayo, descorriendo las tupidas cortinas y levantando las persianas, tratando de hacer el mayor ruido posible—. ¿Que qué pasa? —repetí—. ¡Pasa que, por tu puta culpa, Paula y yo estamos castigadas un mes sin salir, eso pasa! ¡Tengo entradas para un concierto, y me ha dicho papá que me olvide! Este mes, de casa al colegio y del colegio a casa, para que se nos quiten las ganas de montar la que TÚ montaste ayer...

Pablo, con gesto aburrido, volvió a meterse entre las sábanas, cubriéndose la cabeza con la almohada.

—¿Me estás escuchando? —grité de nuevo, sentándome sobre la cama y arrancándole bruscamente la almohada—. ¡Reacciona de una vez, que estás

descontrolado! ¿No ves que te va a dar algo?

—¡Que me dejes en paz, loca! —chilló, incorporándose hacia mí con una rabia que no había visto nunca en él. Tenía los ojos hinchados, y el rostro enrojecido y desencajado—. ¡Que me dan igual tus problemas!, ¿te enteras? ¿Acaso a ti te importan los míos? ¿Acaso me has preguntado alguna vez cómo estoy, cómo me siento? ¡No, claro que no! Pero ahora, como te han castigado, de repente entras en mi cuarto a cantarme las cuarenta... —su voz se fue apagando gradualmente, como si perdiera fuerzas según hablaba.

Y entonces —confieso que me pilló totalmente de sorpresa—, Pablo se derrumbó. Me abrazó y se echó a llorar desconsoladamente. Yo me limité a quedarme ahí, inmóvil, sin saber qué hacer. Ni tan siquiera fui capaz de rodearle con mis brazos. Intuí que, de alguna manera, había tocado fondo aquella noche... o eso creía yo. “Es cierto”, medité, mientras dejaba que diera rienda suelta al berrinche. Todo lo que había dicho era cierto. Apenas conocía a aquel muchacho que, medio niño, medio adolescente, estaba tan perdido como todos los demás. Me percaté de que los tres hermanos no habíamos hablado nunca sobre *el tema*. En casa nunca, jamás, se volvió a hablar de ello desde que nos mudamos a Madrid. E incluso en Barcelona cada uno llevó el luto de la mejor manera que pudo, pero siempre en soledad. Los hermanos nunca nos reunimos para hablar de ello. No nos consolamos, no nos preguntamos cómo estarían los otros. Ahora, pasado ya casi un año, la sensación que flotaba en el aire era la de pretender que María nunca hubiera existido.

Tímidamente, muy despacio, me levanté de la cama.

—No te vayas, por favor... —me suplicó con un hilo de voz, aún entre lágrimas.

Pero yo no tenía nada que ofrecerle. No podía soportar estar cerca de todo aquel dolor. Salí despacio de la habitación, cerrando la puerta suavemente tras de mí. Supe que estaba haciendo lo peor que podía hacer. Abandoné a mi hermano en el único momento de su vida en que se atrevió a pedir ayuda. Y no me lo perdonaría jamás.

En febrero se cumplió un año de la muerte de María. Aquella mañana de lunes, todos los miembros de la familia parecíamos haber llegado al acuerdo tácito de evitarnos. Los tres hermanos solíamos salir juntos de casa y caminar hasta el colegio. Generalmente, Paula y yo dos pasos por delante, charlando, y Pablo algo rezagado, en silencio y con cara de dormido. Ese día, como si lo hubiéramos orquestado con anterioridad, nos las arreglamos para salir de casa cada uno por su lado. Mi madre dormía cuando nos marchamos, y no salió de su habitación en todo el día. Mi padre no vino a cenar. La cocinera, ajena a lo delicado de la fecha, nos dejó preparados varios platos, como era su costumbre. Debió alucinar al día siguiente, al ver que nadie había tocado ni una miga.

Pasado el negro aniversario, la rutina volvió a restablecerse, lentamente. Pablo se aplicó un poco. No conseguía unas notas brillantes, pero iba aprobando sus exámenes a trancas y barrancas. Transcurrido el mes de castigo, se nos permitió de nuevo salir los fines de semana, esta vez con un estricto horario de llegada que todos respetábamos. Paula se divertía, o eso parecía. Se la veía más alegre, más centrada que al resto de la familia. A mediados de marzo me confesó que había comenzado a salir con Marcos, un alumno del San Esteban, tan formalito y buen chico como ella. Un rollo de tío, vaya, pero perfecto para mi hermana. Aunque no era para nada mi tipo, me daban envidia sus citas para ir al cine, verles agarrados de la mano por la calle, o besándose en los sillones del fondo del Blue, donde las parejitas se refugiaban para hacerse carantoñas... Por muy ñoña que se me antojara su relación, al menos era algo... Y ese "algo", después de tanta tristeza y tantos días grises, era mucho.

Pablo, por el contrario, se mostraba más ausente y distante que nunca. Le observaba al dejarle en la puerta de su colegio. Tan solo unas semanas antes del incidente con la policía y nuestra no-charla, alucinaba viendo cómo se convertía en el alma del grupo de amigos nada más llegar, bromeando y haciéndoles reír. Ahora, sin embargo, se limitaba a confundirse entre el grupo, asintiendo o negando con la cabeza cuando se dirigían a él. Era la viva imagen de la apatía. Sus amigos tenían la costumbre de fumarse un porro entre todos en la parte más alejada de la puerta principal, justo antes de entrar a clase. Alguna vez uno de ellos, Nacho, me había animado a dar una calada y yo había accedido –por aquello de hacerme la enrollada ante el chico más popular de la pandilla–, para pasarme el resto de la mañana más mareada que otra cosa. Paula ya no hacía con nosotros el recorrido al colegio. Todas las mañanas, Marcos la esperaba en el portal de casa y se marchaban juntos, cogiditos de la mano, alargando el trayecto por las calles aledañas. Así que yo caminaba en silencio junto a Pablo hasta dejarle con sus amigos en la puerta del San Esteban. Al menos así me aseguraba de que no faltara a clase ni se

metiera en líos antes de las nueve de la mañana. Lo cierto es que algo había cambiado en él. Parecía poco proclive a meterse de nuevo en follones. Viéndolo ahora, con perspectiva, supongo que lo que ocurría en realidad no es que hubiese cambiado, sino que estaba atravesando una depresión de caballo.

Con la llegada del buen tiempo, cada vez parecía que había más parejitas pululando a mi alrededor. Incluso Ana, tan pasota como había sido siempre, comenzó a salir de manera un poco más "formal" con Bosco, otro de la pandilla de mi hermano. Así fue como comencé a prestarle más atención a Nacho. Era guapísimo, muy popular, hijo de un conocido empresario de Madrid. Todas las chicas del colegio estaban locas por él, pero no parecía tener ganas de emparejarse con ninguna. Era también muy conocido por todos su espíritu fiestero, y su aparentemente enorme resistencia al alcohol. Seguramente por eso mi hermano había hecho tan buenas migas con él desde el principio. En un par de ocasiones había flirteado conmigo en el Blue, pero yo, absorta en mis propias preocupaciones, no le había dado mucha cancha. Tampoco había tenido ganas de ocuparme de un novio. Bastante tenía ya con cuidar de mí misma. Aquella noche de sábado a primeros de abril, impregnada del ambiente romántico-primaveral que me rodeaba, salí de casa con otro espíritu... Más arreglada que nunca, me dispuse a dejarme llevar por lo que surgiera.

Me encontré en la puerta del local con Ana, tal y como habíamos acordado. Al cabo de unos minutos aparecieron Pablo, Nacho y Bosco, que se unieron a nosotras, ofreciéndonos un cigarrillo a cada una. Llevábamos un rato allí, fumando y charlando, cuando de repente Pablo me dio un par de toquécillos en el hombro.

—¿Quién es esa? —preguntó curioso, señalando discretamente a una chica que se acercaba con paso firme, acompañada de una amiga, hacia la entrada de la discoteca.

“La que faltaba”, pensé, mientras observaba cómo Eva, irreconocible sin el uniforme del colegio y con un maquillaje impecable, se disponía a guardar la cola para acceder al Blue.

—Ni se te ocurra —contesté—. Es Eva, la hija de puta que me rompió el brazo.

La cara de Pablo se iluminó.

—¿En serio? ¿Ese bombón es la chica que se atrevió a plantarte cara...? ¿Y cómo es que no la había visto nunca por aquí...?

Me jodió reconocer que estaba guapa, muy distinta al colegio. El maquillaje le ayudaba a disimular bastante bien las cicatrices. Le había crecido un poco el pelo, tenía un look más femenino, y llevaba una falda y un top que le favorecían mucho. Su amiga,

con la que solía meterme por su peso, había perdido al menos quince kilos a lo largo del curso, parecía otra persona. Varios chicos –habituales del local–, se giraron al verlas pasar.

—La verdad es que no sé por qué. Creo que es la primera vez que vienen. Ella no tiene padres, y su abuela murió en Navidad... algo escuché en el colegio. Así que me imagino que ahora es libre para salir cuando le dé la gana... —contesté, fingiendo indiferencia—. Voy a decirles que se piren, solo me faltaba tener que verle el careto a ésta también los sábados.

Ya me encaminaba hacia ella cuando Ana me retuvo, sujetándome por el brazo.

—Venga, Claudia... déjala en paz... Tiene el mismo derecho que tú a estar aquí —intercedió.

—¡De eso nada! ¡Que se busque otro sitio para salir! —repliqué, indignada.

Pablo, en una rápida maniobra, me adelantó, impidiendo que llegara hasta ellas.

—Eres una bruja, ¿lo sabías? —me susurró al oído al pasar.

Boquiabierta, contemplé cómo mi hermano –todo encanto y sonrisas–, convencía al portero de la discoteca para dejarlas pasar con él.

—¡Esto es el colmo! —exclamé, atónita.

Ana y Bosco, dubitativos, optaron por entrar también al local, dejándome a solas con Nacho.

—Vale, no te cae bien esa chica, lo pillo.... pero dime que una pringada como ella no te va a arruinar la noche. ¿Se lo vas a permitir?

Poniendo cara de perrito abandonado me ofreció su brazo, invitándome a entrar con él.

—Además, basta que le digas a Pablo que no haga algo para que lo haga —prosiguió—. Déjale. En cuanto vea que no te molesta perderá el interés.

El argumento de Nacho me pareció lo más razonable que había escuchado en toda la noche. Así que acepté su oferta con una sonrisa, y me perdí con él entre el humo y la música. Bebimos, bailamos, y acabamos la noche besándonos en el portal de mi casa.

Antes de marcharse me confesó que llevaba meses enamorado de mí, intentando sin éxito llamar mi atención. Me preguntó si estaría dispuesto a darle la oportunidad de ser su novia. Me pareció tierno y encantador y, aunque mis sentimientos hacia él no fueran tan intensos, decidí acceder a dejarme querer, por una vez.

El Jefe de Policía no parecía convencido con las vagas explicaciones que la madre del niño desaparecido, con desgana, iba desgranando ante las preguntas concretas que le hacía. Estaba completamente ida, con la mente en otra parte, lo cual tampoco era de extrañar, dado que llevaba ya más de tres días sin dormir, sin comer apenas, tan solo encadenando un cigarrillo tras otro. Estaba a punto de cuestionarla una vez más cuando, repentinamente, un gran revuelo proveniente del rincón del salón donde habían establecido el complejo dispositivo de recepción de llamadas les hizo a ambos girar la cabeza en aquella dirección.

—¿Qué ocurre? —preguntó el Jefe.

—Tenemos una llamada que podría... ha dado algunos datos muy concretos, señor... creo que es ella. La tenemos en espera. Voy a ponerla en altavoz —respondió una de sus ayudantes.

La madre, nerviosa, apagó el cigarrillo a medio acabar sobre el cenicero, rebosante de colillas. La agente trajo un pequeño dispositivo inalámbrico y lo situó en mitad de la mesita baja, frente al sofá. El marido entró apresuradamente en la habitación y se sentó junto a su esposa. Se cogieron de la mano con fuerza, hasta que sus nudillos se volvieron blancos.

—Una advertencia antes de que hablen con ella —interrumpió el Jefe, antes de quitar el silenciador que muteaba el micrófono integrado en el altavoz—. Sean prudentes, no metan la pata. No queremos ponerla más nerviosa. Dudo que podamos localizarla, se habrá asegurado de hacer la llamada imposible de rastrear, pero traten de alargar la conversación lo máximo posible. Eso nos permitirá analizar después cualquier ruido de fondo, además de su voz, entonación, y cualquier dato que nos pueda ayudar a saber dónde se esconde. Intenten negociar para que vuelva a ponerse en contacto con ustedes más adelante, no pretendan resolverlo todo en una sola llamada, ¿de acuerdo? Tenemos que averiguar qué quiere.

La pareja asintió con la cabeza. Se palpaba tal tensión en el ambiente que parecía que todo el oxígeno hubiera abandonado la habitación. El hombre y la mujer permanecían sentados al borde del sofá, casi al límite, inclinados hacia delante. Los policías, en pie, se arremolinaban en torno a ellos. Todos tenían la mirada clavada en el pequeño dispositivo negro, como si se tratara de una bomba a punto de explotar. El Jefe hizo un gesto a la pareja, que asintió como diciendo: “adelante, estamos preparados”. El

policía presionó entonces el botón que activaba el altavoz, y un denso silencio se apoderó de la sala. Nadie movía ni un músculo. En toda la habitación no se oía ni el vuelo de una mosca.

—¿Hola? —dijo al fin la madre, rompiendo el silencio.

—Hola —respondió al otro lado, seca, fría, la voz de otra mujer.

—Eres tú, ¿verdad? —preguntó sin despegar la vista del altavoz—. ¿Tienes a nuestro hijo? Por favor, tan solo dime si está bien... —la voz de la mujer se quebró.

—Claro que está bien. No te preocupes por eso. Dijimos que nunca haríamos daño a los niños, ¿recuerdas?

—Entonces, ¿qué es lo que quieres? Por favor, no le hagas sufrir... es muy pequeño... Él no tiene la culpa de nada.

—Ya lo sé. El niño está bien atendido, tienes mi palabra. Al menos de momento. El problema es que ahora, con tu vídeo en internet, en televisión, con tu afán de protagonismo, me temo que lo has complicado todo innecesariamente... ¿De verdad te pareció una buena idea difundir una foto mía por todo el planeta...? —La secuestradora chasqueó la lengua como muestra de desaprobación. —Me temo que ahí has metido la pata hasta el fondo... Lo único que has conseguido con eso es prolongar tu agonía. Si yo no quiero, no me encontrarás nunca. Solo llamo para decirte que, aunque pienses que entre y tú y yo ya está todo zanjado, no podrías estar más equivocada... Como ya me dijiste una vez, entre tú y yo, nunca habrá paz. Nunca. En eso tenías razón. Han sido demasiadas cosas... Demasiado sufrimiento. Después de la última vez que nos vimos creí que podría empezar una nueva vida, hacer borrón y cuenta nueva... Pero no. Tú sí que parecías muy feliz, ¿no crees? Con tu marido, con tu pequeño... Pues lo siento. Me resulta insoportable. No lo puedo permitir. Me has destrozado la vida, y cada día que pasa es un recordatorio de lo que me has hecho sufrir, de las cosas que me has obligado a hacer... Dios, cómo pudiste obligarme a...

La voz al otro lado de la línea pareció romperse por un instante. Se escuchó un suave carraspeo. Después de un breve instante, la mujer prosiguió, tajante:

—Así que lo siento mucho. El juego continúa.

—¿Qué juego, puta loca? ¿De qué juego estás hablando?

—¡Devuélveme a mi hijo! —estalló el marido, que hasta el momento no había intervenido en la conversación. Poniéndose bruscamente en pie, agarró con fuerza el

dispositivo entre sus manos, como si pudiera, con ese gesto, arrancar a su hijo de los brazos de la secuestradora.

A pesar de los insistentes gestos de los oficiales de policía, instando a la pareja a serenarse, ambos estaban ya fuera de control, incapaces de contener el dolor y la rabia.

—Vale, tienes razón. Esto ya no es un juego... —prosiguió la secuestradora con voz serena—. Porque no tienes ni una sola oportunidad de ganar. Así que te diré cómo están las cosas: me voy a quedar con tu hijo un tiempo. No le encontrarás. No le verás crecer. Esa será mi venganza. Cuando sea mayor de edad le contaré la verdad. TODA la verdad. No sé cómo reaccionará... Si quiere volver contigo, será libre para marcharse. Si prefiere quedarse con la mujer que le ha criado como a un hijo en lugar de correr a los brazos de la psicópata de su madre biológica... bien, ¿qué puedo hacer yo entonces? Mientras tanto, si quieres asegurarte de que el niño no sufra ni el más mínimo rasguño, mantente alejada de mí y de los míos. Si me entero de que te acercas aunque sea a un kilómetro de mí, nuestro trato se rompe. Y, créeme... eso es algo que no queremos ninguna de las dos.

—Eres un monstruo.

—Sí, claro. Y tú eres la Madre Teresa...

Se escuchó una amarga carcajada.

—Una última cosa. Quiero que publiques inmediatamente otro vídeo disculpándote, diciendo que te equivocaste señalándome como la culpable de la desaparición de tu hijo. Di que la investigación ha dado serios indicios que apuntan en otra dirección. Me pedirás perdón en directo, mirando a cámara. Si lo haces, de vez en cuando te haré llegar una foto o un vídeo que demuestren que tu hijo está vivo. Si no, no volverás a tener noticias tuyas en mucho, mucho tiempo.

El inequívoco sonido metálico que marcaba el final de la llamada dejó de nuevo la casa sumida en el silencio.

—¡De ninguna manera pienso pedirle perdón! —gritó la madre mirando a su esposo, sin levantarse del sillón.

—¡Escúchame bien! —dijo el marido, arrodillándose frente a ella—. ¡Vamos a hacer absolutamente cualquier cosa que nos pida! Porque si le pasa algo a nuestro hijo por tu culpa, no te lo perdonaré jamás.

EN CUALQUIER OTRO LUGAR

"Nada es justo. A lo máximo que se puede aspirar es a que sea lógico".

Carlos Ruiz Zafón. *El juego del ángel.*

01

Todos los recuerdos de aquel año en el colegio parecieron volver de repente a la memoria de Claudia. Desde donde yo estaba, casi podía ver pasar las diapositivas por su mente. Permanecía inmóvil, encogida, tratando de procesar la información, atando cabos. Allí, juntas de nuevo las dos, dentro un *jacuzzi* en un *resort* de lujo en Hawai, podía oler su miedo al encontrarse de nuevo conmigo. Cómo habían cambiado las tornas. Ahora era ella la que se mostraba aterrorizada en mi presencia. Reviví el pánico que me había causado, día tras día, al levantarme cada mañana, al bajar la cuesta de camino al colegio, al verla con sus amigos junto a la puerta del San Esteban. Me acordé de su hermano Pablo. Sacudí el recuerdo con un movimiento de cabeza.

—Te diré lo que vamos a hacer —le expliqué, tratando de mostrarme fría y relajada—. Tú y yo tenemos muchas cosas de que hablar, así que, en unos minutos, vas a salir del spa y te reunirás con tu familia, como cada mañana. Les dirás que estás emocionada, ¡te acabas de reencontrar con una antigua compañera del colegio! Les vas a pedir que te excusen por un par de horas, y te reunirás conmigo en la playa privada del hotel. Yo te estaré esperando allí con una pequeña embarcación. Iremos a dar una vuelta sin que nadie nos moleste.

—No pienso ir contigo a ninguna parte —respondió Claudia, tiritando dentro del agua.

—Ya lo creo que sí —repliqué, serena—. Tú y yo tenemos cuentas que saldar. Y me imagino que no querrás pasarte la vida vigilando tus espaldas, temiendo el momento en que vuelva a aparecer, ¿verdad...? Jorge, Laura, e incluso Adriana se alegrarán por ti. Seguro que les emociona la idea de que tengas una amiga con quien charlar.

—¿Cómo sabes sus nombres...? ¿Quién...? —balbuceó, asustada.

—Sé muchas cosas de ti —le interrumpí—. Por eso te conviene reunirte conmigo. Te veo en la playa dentro de media hora. No lloves bolso, ni toalla, ni el móvil. Dame diez minutos antes de salir del spa.

Abandoné la estancia sin darle tiempo a reaccionar. Envuelta en un albornoz, recorrí lo más rápidamente posible los metros que me separaban de las escaleras, cerciorándome de que no me seguía. Accedí a mi habitación del tercer piso, y cerré la puerta. Permanecí pegada a la mirilla durante unos segundos. Nada. A pesar de mi aparente templanza, el corazón amenazaba con salirse del pecho. El edificio del hotel

tenía una disposición semicircular, garantizando de esa manera que todas las habitaciones ofrecieran unas espectaculares vistas al océano. Desde las ventanas se abarcaba además toda la zona de piscinas —cuatro en total—, cada una con su barra de bar y numerosas tumbonas alrededor. Discretamente oculta tras la cortina, contemplé a Claudia dirigirse hacia su familia, que en aquel preciso momento disfrutaba de un baño en la zona infantil. Caminaba apresuradamente, esforzándose en escudriñar cada ventana del complejo, seguramente intentando ubicarme. Temí que se desviara del plan e hiciera cualquier tontería, así que decidí salir a su encuentro de inmediato. Me puse un bañador seco, un pantalón corto y las gafas de sol. Bajé las escaleras de dos en dos y, en menos de cinco minutos, la alcancé. Casi le da un infarto al escuchar de nuevo mi voz a su espalda.

—¿Así que ésta es tu encantadora familia? —exclamé, según me aproximaba al borde de la piscina.

Claudia se giró de golpe. La expresión desencajada de su rostro amenazaba con delatarla, así que me adelanté y, haciendo gala de una apabullante verborrea, procedí a neutralizar cualquier amago de fuga por su parte.

—¡Hola! Soy Eva, ¡todavía no puedo creérmelo! ¡Casi veinte años sin vernos y vamos a encontrarnos en Hawai! ¡Estoy tan emocionada! ¿No os importa que os la robe un par de horitas, verdad? ¡Es que tenemos que ponernos al día! —dije, mirando alternativamente a Jorge y a Laura. Adriana se retiró discretamente a un lateral, respetando la intimidad de la familia.

—¡Por supuesto! —contestó Jorge—. Justamente ahora nos estaba comentando Claudia que acabáis de veros en el spa, ¡qué maravillosa coincidencia!

El marido salió de un brinco de la piscina, seguido de su hija. Tras secarse rápidamente con la toalla que le tendió Adriana, se apresuró a saludarme con dos besos.

—Soy Jorge, encantado —se presentó.

—¡Madre mía! ¿Jorge Loyola, el arquitecto? —exclamé, fingiendo sorpresa—. ¡Qué calladito te lo tenías!

Jorge se ruborizó levemente.

—Y esta de aquí es Laura. Hija, ven a darle dos besos a Eva, ¡es una amiga del colegio de mamá! —prosiguió. Estoy casi convencida de que era la primera vez que conocían a una “amiga” de Claudia.

La pequeña se acercó corriendo por el borde de la piscina.

—¡Hola! —exclamó, mostrando una luminosa sonrisa, al tiempo que me tendía la mano—. ¡Encantada!

Todos, excepto Claudia —que ni siquiera parpadeaba—, reímos ante el desparpajo de la niña. No quería perder más tiempo, así que me apresuré a continuar con mis planes.

—Bueno, pues si no os parece mal, os la secuestro un ratito... —dije, a la vez que me abrazaba a Claudia, fingiendo una intensa complicidad. Ella no movió un músculo. Como era de esperar, intentó musitar una excusa.

—Pero Jorge, ¿vas a poder tú solo con...?

—¡Qué tontería! Anda, ¡ve, ve con tu amiga! —contestó Jorge, visiblemente emocionado ante la perspectiva de que su mujer pudiera disfrutar de unos momentos de felicidad, que era precisamente el propósito de aquel viaje—. No te preocupes por nada —prosiguió, acercándose cariñosamente a su esposa y dándole un beso antes de alejarnos.

—¡Que lo paséis muy bien! —concluyó, mientras yo tiraba discretamente del brazo de Claudia, forzándola a encaminarse conmigo hacia la playa.

02

Estaba pálida como la luna, pero no rechistó mientras subíamos a la embarcación que nos aguardaba en la orilla. Se trataba de un pequeño bote a motor, cubierto por un toldillo de lona para mitigar las inclemencias del sol. Un amabilísimo trabajador del hotel nos ayudó a acomodarnos, para después colocarse al timón y emprender el recorrido que había pactado con él de antemano. Le había pagado el triple del precio habitual, por lo que se mostró más que dispuesto a prolongar la duración de la excursión todo el tiempo que hiciera falta.

—No habla ni una palabra de nuestro idioma, no te preocupes —le expliqué a Claudia—. Tenemos total garantía de confidencialidad. Nos va a dejar un rato en un pequeño islote desierto, para nosotras solas. Ya verás qué bonito... —proseguí, consciente de lo irritante que debía resultarle mi forzada naturalidad.

—¿Cómo sé que no me vas a matar y a dejarme tirada en cualquier lado? —preguntó al fin, temblando de miedo.

—¿Eso es lo que piensas? —pregunté, soltando una carcajada—. Relájate, mujer. No tengo ninguna intención de matarte... Si ese fuera el plan, créeme, oportunidades he tenido. ¿No sería un poco torpe por mi parte hacerlo aquí, ahora, cuando todo el mundo me ha visto contigo...?

—Entonces... ¿qué quieres de mí?

Suspiré, guardando unos segundos de premeditado silencio.

—¿Que qué quiero de ti...? Bueno... la respuesta a eso no es tan sencilla. Querría tantas cosas...

Mi deliberada vaguedad comenzaba a transformar el terror inicial de Claudia en exasperación e impaciencia.

—Digamos que... en primer lugar, quiero que escuches de mi boca las cosas tan terribles que me hiciste. Quiero que me mires a los ojos y que respondas por ellas... Quiero que comprendas cómo me jodiste la vida... y así entenderás por qué estoy aquí, y qué es lo que quiero de ti.

Claudia bajó la mirada. Por primera vez desde que la conocí, creí intuir en sus ojos un atisbo de arrepentimiento.

—Tienes razón —confesó—. Hace muchos años que no pensaba en ti. Pero reconozco que no me porté bien. Si te causé algún daño, te pido perdón.

Me pareció estar hablando con un autómata. Su tono de voz no expresaba sentimiento alguno, más allá de un claro intento de salir indemne de aquella encerrona.

—¿Si me causaste algún daño? —exclamé. Extendí mi mano derecha hacia ella. Moví los cinco dedos ante su cara. Ella la observó incrédula, boquiabierta.

—Está... está perfecta... —reconoció, asombrada—. ¿Cómo has...?

—Tecnología biónica —expliqué—. He tenido que someterme a catorce operaciones en total, las tres últimas en Japón. Al final, todo es cuestión de dinero...

Claudia me analizaba minuciosamente. Sabía perfectamente lo que estaba pensando.

—¿Buscas mi cicatriz? —me adelanté—. Esa operación me la hicieron en Suiza. Un trabajo maravilloso, ¿verdad? Ni el más mínimo rastro, al igual que la nariz. La dentadura también, perfecta —añadí, mostrando una amplia y forzada sonrisa de anuncio—. Como ves, ya solo me conformo con lo mejor.

Me retiré el la melena hacía un lado.

—La mancha, sin embargo, no me la quitaré nunca del todo. Basta un poco de maquillaje para disimularla, si no quiero delatarme.

Claudia parecía aturdida.

—La prueba de fuego la pasé en el avión, camino de Nueva York. ¡Estaba segura de que me ibas a reconocer en cualquier momento! Pero qué va... estabas tan ensimismada con tus grandes problemas. Tu jefa. Tu marido. Tu amante americano.

—¿Por qué tuviste que matar a Mónica? —me interrumpió. Estaba claro que aquello la estaba carcomiendo desde hacía meses.

—Todo a su debido tiempo —contesté—. Por si no te has dado cuenta, aquí las normas ya no las pones tú.

Llegamos al pequeño islote, donde no había ni un alma. Dejamos el barco y a nuestro guía descansando en un pequeño embarcadero, y nos dispusimos a continuar nuestra charla mientras caminábamos por la orilla de la playa desierta.

—Volviendo al tema de la mano. ¿Lo recuerdas, verdad? —pregunté.

Llevaba años imaginando aquella conversación en mi mente. Lo que diría yo. Lo que contestaría ella. ¿Cuál sería su versión de los hechos?

Caminábamos despacio, una junto a otra. Claudia no levantaba la mirada del suelo. Parecía que tuviera las piernas de plomo.

—¿Podemos sentarnos? —dijo al fin, señalando un pequeño rincón en sombra bajo un par de palmeras.

Asentí con la cabeza y nos acomodamos allí, sentadas frente a frente con las piernas cruzadas a lo indio. Como dos niñas charlando en el recreo. Dejé que Claudia ordenara sus pensamientos. Tras unos minutos en silencio, se animó a hablar.

—Lo reconozco. Fui una auténtica hija de puta —confirmó, mirándome a los ojos—. Lo que te hice fue tan miserable que no tiene explicación. Hacía mucho tiempo que no pensaba en ello... Me atormentó durante años, pero pasado un tiempo me obligué a bloquear aquel recuerdo. Lo enterré, como si fuera parte de una vida anterior, ¿lo comprendes? Toda aquella etapa de mi vida, tras la muerte de mi hermana... no te imaginas el infierno que pasé, no sabes cómo era el día a día en mi casa... no tienes ni idea. Me convertí en una olla a presión.

—¿Y por eso decidiste volcar toda tu rabia sobre mí?

Claudia asintió con la cabeza. Las lágrimas se desbordaron por su rostro. Las limpió al instante con un rápido movimiento de su mano. Lejos de sentir compasión, su llanto me encendió violentamente.

—¿Creías que eras la única persona del planeta con problemas? ¡No me vengas con esa mierda de excusa! —grité, explotando de rabia. Escudriñé en silencio el rostro cansado de Claudia, tan distinto al de aquella chica de instituto. El brillo orgulloso de sus ojos se había apagado. La sonrisa burlona, triunfal, había desaparecido, dejando paso a una perenne mueca de angustia. Unos profundos surcos oscuros marcaban la parte

inferior de sus párpados, sin duda por la falta de sueño. Traté de serenarme. Teníamos una larga charla por delante y no podía permitirme el lujo de perder los papeles. Volví a mostrarle mi mano derecha.

—Cuéntame, con tus palabras, lo que recuerdas del “incidente” de mi mano. Me lo debes. Necesito saber por qué.

—Ya te lo he dicho. Estaba completamente fuera de mí. Te tenía envidia, auténtica rabia. Y, para colmo...

—Para colmo... Pablo, ¿verdad?

—Sí —asintió, avergonzada—. Lo de Pablo fue la gota que colmó el vaso. No podía consentirlo. Me sacaba de quicio imaginarte en mi casa, casada con mi hermano, qué sé yo... Si éramos todos unos críos... —suspiró—. Al principio Nacho me convenció de que, si ignoraba el tema, Pablo acabaría pasando de ti. Pero al cabo de unas semanas me di cuenta de que no. Iba en serio contigo. Se estaba enamorando de verdad, y no podía soportarlo. Por un lado, porque eras mi “enemiga”. Qué tontería...

Claudia parecía hablar más consigo misma que conmigo.

—Pero en realidad creo que lo que más me dolía de todo era que yo, cuando tuve la oportunidad de ayudar a mi hermano, fui incapaz de hacerlo. Y sin embargo llegaste tú, que no tenías nada, ni familia siquiera, y amenazaste con eclipsarme no solo en clase, sino también erigiéndote en la única persona capaz de ayudarlo... Te convertiste en una heroína para toda mi familia, y eso fue demasiado para mí. Sencillamente, no podía permitirlo.

—¿Pero por qué, Claudia? ¿Qué hubiera pasado, tan terrible...? —pregunté.

—Nada —reconoció—. Por supuesto que no habría pasado nada... Si yo no hubiera estado tan obcecada, tan obsesionada conmigo misma, habría sabido verlo. Pero se convirtió en un juego de poder. Yo lo empecé, y no supe cómo pararlo. Se me fue de las manos, Eva...

—¿Sabías que tu padre salvó la vida de mi abuela?

Claudia asintió con la cabeza.

—Aquella noche, de vuelta a casa del hospital, me hice el propósito de arreglar las cosas contigo. Pensé, “hablaremos, y todo se solucionará. Su padre es una buena

persona, su trabajo consiste en salvar la vida de la gente. Ella no puede ser tan mala”. Pero mi abuela empeoró. Yo me negaba a dejarla sola, así que dejé de ir a clase. A pesar de sobrevivir a la operación, el daño que sufrió su cerebro fue irreparable. Falleció apenas un mes después, el dieciocho de diciembre, justo antes de Navidad.

Claudia asintió de nuevo.

—Lo sé. Nos lo dijeron en el colegio. Rezamos por ti en la misa semanal. Sinceramente, en aquel momento no significó nada para mí. Mi hermana también había muerto. Era incapaz de sentir empatía o compasión por nadie. Si acaso, ante mis ojos, su pérdida te hacía aún más vulnerable —me explicó.

Habían pasado casi veinte años, y aún me impactaba su frialdad.

—Durante el entierro pensé que aquello sería lo más duro que tendría que enfrentar en mucho tiempo. Qué equivocada estaba... Aún no había cumplido diecisiete años y ya había perdido a mi madre y a mi abuela, la mujer que me había criado. Me fui a vivir con mis tíos. El colegio, gracias a ti, era un infierno. Así que, por las tardes, me concentré en la única actividad que me hacía recuperar las ganas de vivir: el piano. Me pasaba todas las horas que podía en el conservatorio. Tocaba y tocaba, horas y horas. Los fines de semana bajaba a casa de mi abuela, me sentaba frente al piano en el que ella me había enseñado a interpretar mis primeras melodías, y practicaba. Así lograba evadirme de todo. Y entonces, por fin, una buena noticia. Me presenté a unas pruebas y fui seleccionada entre todos los jóvenes del conservatorio para realizar un recital en solitario en el Teatro Real. ¡Mi abuela habría estado tan orgullosa...! Era la pianista más joven de España en conseguir algo así. Salió en los informativos y en los periódicos. Hasta vinieron a grabar parte de un reportaje en el colegio. Podía sentir cómo me observabas. Supe que aquel inesperado protagonismo iba a encender tu ira, que te corroía la envidia, pero nunca imaginé que fueras capaz de.... No creo que lo sepas, pero la directora del conservatorio escribió una carta de recomendación para mí. Gracias a eso, me concedieron una beca completa para cursar la carrera superior de piano en la escuela Juilliard de Nueva York. Me habría marchado a vivir allí al curso siguiente.

Claudia, que continuaba llorando en silencio, me interrumpió de repente:

—No lo sabía. Solo recuerdo que después de todas las entrevistas, tu éxito, el concierto en el Real... ya nadie me consideraba la mejor de la clase. Peor aún, también comenzabas a eclipsarme en mi propia casa. No había una puñetera noche en que no se hablara de ti en la cena. A Pablo le brillaban los ojos, parecía otro... Mi padre también elogiaba tu talento. Mi madre se emocionaba con cada noticia tuya, se la veía ilusionada cada vez que alguien mencionaba tu nombre. Eras la chica perfecta. La que había sacado a Pablo del pozo en el que se hundía y, además, destilabas talento y confianza en ti

misma. Todo un ejemplo de superación, puesto que también, como nosotros, habías sufrido el dolor y la pérdida. Consiguieron entradas y fueron todos a ver tu actuación en el Teatro Real. Yo fingí un dolor de cabeza y me quedé en casa, enferma de envidia y de rabia. Aquella noche, tendida sobre la cama en la oscuridad, mientras tú arrancabas ovaciones al público, planeé mi venganza. Iba a lograr como fuera que rompieras con mi hermano. Ese era mi principal objetivo, si quería dejar de tenerte hasta en la sopa. Además, ante mi familia quedarías como la bruja que le rompió el corazón. Entonces entraría yo en escena, para animarle y consolarle. Para recordarles que no eras más que la animal que me dislocó el hombro en clase de gimnasia (ya que todo el mundo parecía haber olvidado aquel “incidente”). A Pablo no le quedaría más remedio que reconocer que yo tenía razón al advertirle contra ti. Era el plan perfecto.

Unos días más tarde, en el patio del colegio, te arrinconé de nuevo en una esquina. Sabía el miedo que me tenías, así que supuse que no me costaría convencerte. Te ordené que rompieras con mi hermano. Que te alejaras de mi familia y de mí. Te confieso que no esperaba tu reacción. Contra todo pronóstico, me plantaste cara. Me dijiste que no tenías nada que perder, que te daba igual lo que te hiciera, pero que Pablo y tú estabais enamorados y que nada ni nadie podría separaros. Extendiste la mano hacia mí, desafiándome a quemarte de nuevo con un cigarrillo. Me pillaste completamente desprevenida. Creía que bastaría una leve amenaza para amedrentarte, pero entonces te miré a los ojos, desconcertada, y comprendí que tenías razón. Lo supe con certeza, porque yo también me había sentido así. Cuando crees que no tienes nada que perder, ya nada te da miedo... Te defiendes como una leona. Defiendes lo que te importa.

Comprendí que no podía impedirte estar con Pablo. No iba a poder obligarte a renunciar a él. Así que me propuse arrebatarte lo único que te hacía más especial que yo a los ojos de la gente. No fue premeditado. Fue un pronto. Ni por un momento me paré a calibrar la posible magnitud de lo que estaba a punto de hacer. Tenía decidido no involucrar a Ana en mis problemas contigo, pero recordé de repente algo que solíamos hacer juntas de cuando en cuando. Sin que nadie nos viera, algunas mañanas –a la hora del recreo–, Ana y yo nos colábamos por la puerta trasera de la cocina del colegio y robábamos un par de botellines de Coca-Cola para bebérnoslas en el patio. Las monjas tenían por costumbre ofrecerlas como algo extraordinario en las comidas, coincidiendo con días señalados como Santa Cecilia, el día de fin de curso, o celebraciones similares. A sabiendas de que no se daban cuenta de si había uno de más o de menos, me dirigí a la despensa. Sin pensarlo dos veces, cogí un botellín y un trapo de cocina. Vacíé el contenido en un arbusto, y corrí escaleras arriba, hacia nuestro aula. Todas las alumnas estaban en el patio –aún no había finalizado la pausa del recreo–, así que nadie me vio. Envolví la botella vacía con el paño, lo puse en el suelo y lo pisoteé hasta hacerlo añicos. Me dirigí hacia tu escritorio. Tenías la mochila colgada en el respaldo de la silla, como todas las demás. Abrí la cremallera y, con mucho cuidado, introduje los cristales rotos en su interior. Volví a cerrarla y tiré el trapo en una papelera del

patio.

Claudia tuvo que hacer una pausa para serenarse, consciente de la atrocidad que estaba a punto de relatar.

—Entonces... —el llanto no le permitía hablar con fluidez—. Entonces... Te juro, Eva, que no creí que unos cristales pudieran producir semejante carnicería...

—¿Qué pasó? ¡Continúa! —ordené.

—Subimos todas a clase. Te sentaste en tu pupitre, y te giraste para sacar algo de la mochila. El aullido de dolor hizo que todas nos girásemos hacia ti. Cuando sacaste la mano... Aquello no era una mano... Solo se veía sangre, tiras de piel... Tu amiga, la anoréxica, se desmayó...

—Alicia. Mi amiga Alicia —puntalicé—. Me seccioné varios tendones, y perdí dos falanges —añadí—. ¿¡Pero qué coño pensaste que iba a ocurrir!? —grité, sacando la rabia tantos años acumulada en mi interior—. ¿¡A qué mente enferma se le puede ocurrir maquinar semejante atrocidad contra una compañera de clase!?

Tuve que ponerme en pie y alejarme unos pasos para apaciguar el dolor y la rabia que me suponía revivir aquel momento. No anticipé que sería tan duro. Claudia permaneció en el suelo, inmóvil, llorando y cubriéndose el rostro con las manos.

Respiré hondo y volví a sentarme junto a ella.

—Hace tan solo unos años que he recobrado la movilidad total en la mano. El procedimiento completo de reconstrucción ha llevado más de quince años, catorce operaciones en total. Aunque ahora ya da igual. Perdí la beca. No logré tocar el piano de manera profesional, mi gran sueño... Así que sí, tengo que darte la enhorabuena. Conseguiste tu objetivo: me arrebataste lo que más quería. Me jodiste la vida.

—No sé ni cómo pedirte perdón... Lo que hice no tiene excusa. Solo quería darte un escarmiento, que los arañazos te impidieran tocar unos meses, nada más... ¡Era un cría estúpida! ¡Tienes que perdonarme, Eva, por favor...! Entiendo muy bien tu rencor, ¿cómo no ibas a querer vengarte de mí...? Pero ¿por qué has esperado todo este tiempo...? ¿Por qué ahora...? Y, sobre todo... ¿qué tenía que ver Mónica en todo esto...? ¿Por qué ella?

—Bueno... digamos que ha sido un daño colateral. Tú también los ocasionaste, por si no lo sabes... Por tu culpa, por tus burlas continuas, tus insultos, mi amiga Alicia padecerá un trastorno alimenticio durante el resto de su vida. Aquel verano, poco antes

de la maldita fiesta de fin de curso, sus padres decidieron ingresarla. Aquella vez en clase no fue la primera que perdía el conocimiento. Apenas comía, algunos días solo una manzana o un yogur en todo el día. Otros, nada de nada. En el comedor del colegio era fácil pasar desapercibida, incluso yo al principio no le di mayor importancia. Hasta que me di cuenta de lo rápidamente que estaba perdiendo peso. Se desvaneció brevemente un par de veces estando conmigo, aunque se recuperó en seguida. Me suplicó que no dijera nada. Argumentó que estaba a punto de alcanzar su peso ideal y que, cuando lo lograra, empezaría a comer mejor. Me confesó que, cuando sus padres le obligaban a cenar más de la cuenta, corría al baño a vomitar. Pero una tarde, volviendo a casa después del colegio, me rogó que me sentara con ella un momento en un banco. Debía estar al límite de sus fuerzas, porque antes de tocar el asiento cayó desmayada y se golpeó fuertemente la cabeza contra el respaldo. Nunca olvidaré la imagen de mi mejor amiga, tendida en el suelo inconsciente, con una herida abierta que no paraba de sangrar. Por aquel entonces no había teléfonos móviles. Me entró el pánico, ¡no sabía qué hacer! Pensé que se moría allí, desangrada, si es que el fortísimo golpe en la cabeza no la había matado ya. Por suerte, una señora que pasaba por allí reaccionó rápidamente. Se metió en una cafetería y pidió que llamaran a una ambulancia. Ese día comprendí la gravedad de lo que le estaba ocurriendo a Alicia. Por aquel entonces no se hablaba mucho acerca de la anorexia o la bulimia, yo no tenía la más remota idea de que una persona pudiera llegar a forzar su cuerpo de tal modo. Me asusté muchísimo, así que a la mañana siguiente me presenté en su casa y hablé con su madre. No podía continuar encubriéndola. Prefería arriesgarme a perder su amistad antes que dejarla morir... A ti estas cosas te deben sonar a chino, ¿verdad? Sacrificarte por otra persona... No creo que se te haya pasado esa idea por la cabeza ni en tu peor borrachera, ¿a que no?

Claudia no contestó. ¿Qué podía decir? Así que continué hablando. Tenía que hacerle escuchar todo lo que había venido a decirle.

—Al tema de Mónica, ya que te angustia tanto, llegaremos pronto. Pero primero tenemos que hablar de otro asunto mucho más importante. La verdadera razón por la que estamos aquí, y por lo que no podré perdonarte nunca. No imaginé que fueras capaz de mayor maldad que la que cometiste llenando mi mochila de cristales rotos. Pero, una vez más, estaba equivocada.

Claudia levantó la vista del suelo, desconcertada.

—¿A qué te refieres? ¡Eso fue lo peor que he hecho en mi vida, lo peor! Después de aquello te dejé en paz, ¡lo sabes muy bien! —protestó.

—¿Me estás diciendo que no tienes ninguna responsabilidad sobre lo que ocurrió en la fiesta de fin de curso? ¿En serio?

—Pero ¿qué dices? ¡No sé de qué me hablas! —replicó.

—¡No me mientas, Claudia, no me insultes! ¡No te lo voy a permitir!

—¡Por favor, Eva, créeme, no sé de qué me estás hablando!

—Pues te lo voy a contar. ¡Vas a tener que escucharlo con todo lujo de detalles! —
proseguí.

Consciente de que se avecinaba la parte más dolorosa de mi relato, cerré los ojos y tomé aire, recabando fuerzas para continuar.

03

—Después de lo que me hiciste —cuando salí del hospital tras la primera intervención en la mano, con unos dolores insoportables—, me dije que no quería tener ninguna relación contigo ni con tu familia. Os quería a todos lo más lejos posible. Mi tío me instigaba a confesar quién había sido la culpable de la agresión, quería poner una denuncia, pero yo no tenía pruebas, así que le dije que no lo sabía. No obstante, al día siguiente de salir del hospital, me planté en el despacho de la directora:

—Quiero decirle que sé quién me ha hecho esto. No puedo probarlo, pero no tengo ninguna duda de que fue Claudia Vidal quien metió los cristales en mi mochila. Todo el mundo sabe que tenemos muy mala relación, desde que empezó el curso. Lo que me decepciona es que usted me conoce de siempre, desde pequeña. Sabe cómo soy, conocía a mi abuela... Siempre he sido una alumna excelente, jamás me he metido en problemas, me he dedicado siempre a estudiar y a tocar el piano. ¿No le parece extraño que, nada más entrar Claudia en el colegio, comenzaran los conflictos? ¿Por qué no se ha puesto ni una sola vez de mi parte...? —solté de un tirón, casi sin respirar.

La Superiora me escuchó atentamente, sin parpadear.

—Como muy bien has dicho, no puedes probarlo. Aunque te voy a decir una cosa, en confianza... Yo te creo.

Su franqueza me dejó de piedra.

—Creo a esa chica capaz de hacer algo así —prosiguió, sin darme tiempo a reaccionar—. En varias ocasiones, en este mismo despacho, he mantenido acaloradas discusiones con ella. Es, sin ningún lugar a dudas, la alumna más difícil que hemos tenido en el colegio. Pero verás, hija mía... su padre me salvó la vida. A veces los hijos no son el fiel reflejo de sus padres, pero no puedo obviar que su familia ha contribuido muy generosamente con esta institución. Gracias a una donación muy importante, se han podido llevar a cabo las obras de reparación del tejado de la iglesia y la restauración del altar. El Señor puso a la familia Vidal en mi camino y en el del Santa Cecilia justo en el momento en que necesitábamos más ayuda. ¿No has escuchado nunca decir que “Cuando Dios cierra una puerta, abre una ventana”? ¿Cómo voy a recriminar a su padre, o a su madre, con lo que han sufrido, que su hija haya tenido un mal comportamiento en el colegio...? Mi trabajo, creo, es trabajar con ella, tratar de orientar a esa pobre criatura, intentar dirigirla por el buen camino, en la medida de mis posibilidades. Con la guía del Señor, que a veces nos enfrenta a duras pruebas. Saber confrontarlas con

resignación y estoicismo es parte de nuestra tarea como buenas cristianas.

"Claro", pensé. Por supuesto. Dios nos libre de no tener en cuenta el sufrimiento de SU familia. El de la familia de pasta. La del médico que salva vidas, que compra la admisión de sus hijas en el colegio, saltándose la lista de espera a golpe de talonario. Pero ¿qué había de MI sufrimiento? Aquel curso perdí a mi abuela. Perdí la mano. ¿No se consideraba aquello suficiente sufrimiento como para decir "basta"? Aparentemente no. No obstante, la charla no terminó ahí.

—Querida —siguió justificando la Madre Superiora—, tal vez no he sabido ayudar a esa muchacha como me habría gustado. No soy infalible. Pero lo que de verdad me llenaría de tristeza sería comprobar que, tras tantos años como llevas bajo nuestra tutela, tampoco hayamos sido capaces de inculcar en ti valores que para nosotras son tan fundamentales como la abnegación, o el espíritu de sacrificio.

“Tras tantos años como llevaba bajo su tutela...” En seguida intuí por qué derroteros iba a discurrir aquella conversación.

—Jesucristo murió en la cruz, sufrió por todos nosotros. Para salvarnos. Te propongo un pequeño ejercicio, un acto de valor y de ofrenda para ayudarte a fortalecer el carácter. Eres muy joven, creo que estas pequeñas prácticas pueden servirte de apoyo para no derrumbarte ante los obstáculos de la vida. Durante las próximas semanas, ¿qué te parecería comenzar el día con una ofrenda al Señor? Por ejemplo, una ducha de agua fría, en lugar de agua caliente. Ofrécelo como un sacrificio a nuestro Padre o, mejor aún, a la Virgen María. Me consta que muchas compañeras tuyas lo hacen. Si no te ves capaz, comienza con privaciones más sencillas, como el ayuno, por ejemplo. Nadie se ha muerto por pasar uno o dos días sin comer. Debes practicar la renuncia, la fuerza de voluntad, la entrega. Solo así lograrás sentirte verdaderamente cerca de la obra de Dios. Solo así lograrás aceptar con resignación y humildad los golpes de la vida, como lo que te ha pasado en la mano.

“Lo que me ha pasado en la mano”. Como si aquello fuera el fruto de un accidente inevitable, en lugar de una agresión premeditada.

La conversación me trajo *flashbacks* de las tardes de catequesis de los últimos años, preparándonos para la Confirmación. Las tardes de los viernes, después de las clases, las alumnas del último curso nos quedábamos en el colegio una o dos horas más, charlando sobre la Biblia y lo que significaba recibir aquel sacramento. Nos separaban en grupos de diez o doce niñas, sentadas alrededor de una mesa. Para dotarlo de una atmósfera más “cercana”, se invitaba a antiguas alumnas a dirigir las charlas. Conversar así, de tú a tú, con catequistas que apenas nos sacaban dos o tres años, nos animaba a participar en los debates (si es que a asentir a todo con devoción y sin cuestionarnos nada se le puede llamar “debatir”). La imagen de Olga, una de aquellas chicas que

estudiaba Magisterio en la universidad, se nos quedó grabada a todas. En una de nuestras primeras sesiones, abordó precisamente el mismo tema al que la Directora hacía referencia en aquel momento. Entonces no me di cuenta, pero ahora, mientras soportaba el discurso de la Madre Superiora, recordé cuánta vehemencia había puesto Olga al mostrarnos algo que nos puso a (casi) todas los pelos de punta. Tras exhortarnos a practicar el mismo tipo de ofrendas rituales, se quitó los zapatos y dejó al descubierto las plantas de sus pies. La mayoría tuvimos que apartar la mirada de aquellas terribles heridas –algunas recientes y aún sangrando–, que lucía con orgullo. Sospecho que algunas de nuestras compañeras –las que apenas se inmutaron–, llevaban ya un tiempo “disfrutando” de semejantes torturas medievales, probablemente inducidas por sus propias familias.

—Todas las mañanas, antes de ponerme los zapatos, introduzco dos piedrecitas en cada uno de ellos —nos explicó—. Así me recuerdo constantemente, a cada paso, que mi dolor no es nada comparado con el martirio de Nuestro Señor, camino del Calvario. Este sufrimiento me hace feliz. Me fortalece. Me hace comprender que, si consigo estar por encima de la tentación de quitarme las piedras de los zapatos, podré lograr cualquier cosa que me proponga en la vida —afirmó—. Lo confieso: a veces he sido débil y las he sacado. Más veces de las que desearía, pero reconocerlo es un acto de verdad y humildad. Quitar las piedras me ha hecho sentir todavía peor –débil, una deshora para Dios– y eso me ha dado energías renovadas para volver a intentarlo al día siguiente.

Había borrado de mi mente aquella charla. No había vuelto a pensar en ella, ni había hablado de aquello con nadie. Sinceramente, me pareció que la chica estaba chalada. Ni loca me iba a destrozar yo los pies de aquella manera. No sentía, de ningún modo, que Dios me fuera a querer menos por no hacer ese tipo de locuras, y sencillamente no volví a pensar en ello. Pero, por lo visto, de acuerdo al sermón de la directora, lo que me había ocurrido en la mano, perder la beca, olvidarme de mi sueño... no era lícito achacar todo aquello únicamente al sadismo enfermizo de mi compañera de curso. No. En un oscuro y retorcido universo paralelo, aquello no era sino una penitencia por todos los sacrificios que YO había dejado de hacer por el Señor. Una especie de cura de humildad. Y, si me apuras, hasta lo tendría merecido, y debería correr a confesarme por haberme planteado tan siquiera quejarme por ello.

Hay algo morboso en la sangre. Donde yo veía dolor y agresión, ella veía sacrificio y ofrenda. No me extraña que, en la antigüedad, se ofrecieran sacrificios humanos o de animales a los dioses. La sangre de una virgen (o de una gallina, o de un pato, qué más da...). Comprendí que, desde niñas, habíamos sido aleccionadas para vivir un eterno conflicto entre dos posturas irreconciliables. Mejor dicho, para doblegarnos, para ceder y aceptar las humillaciones, agresiones e injusticias, presentando la otra mejilla. Me pregunté si también instarían a los chicos y, más adelante, a los hombres, a ser así de sumisos. Pero, llegados a este punto de la charla, carecía ya de fuerzas suficientes para exponer mis reflexiones. Ni fuerzas, ni ganas de tratar de razonar con quien ya hacía tiempo que había tomado partido, así que decidí dar por concluida la conversación.

—Resignación y estoicismo. Gracias, Madre. Me ha servido de muchísima ayuda — fue lo único que contesté, antes de levantarme y abandonar el despacho.

—No sé ni cómo logré superar el curso. Solo me quedaba una cosa por hacer. Me rompía el alma, pero era necesario, si quería sobrevivir a tu locura. Unos días después Pablo vino a verme a casa, como cada tarde. Había sido un gran apoyo para mí en los días que pasé en el hospital, agonizando de dolor. Aparecía siempre cargado con flores, bombones, peluches... Intentó sonsacarme quién había sido la responsable de mis heridas, pero me cuidé muy mucho de delatarte. Solo serviría para empeorar las cosas. Así que, por más que insistió, le dije que no tenía ni idea. Me preguntó directamente si sospechaba de ti. Le convencí de que no. Mentí, alegando que las cosas estaban tranquilas contigo, y me inventé que había varias chicas que me tenían envidia desde el recital de piano en el Real. En mi clase había un par de alumnas que también estudiaban piano en el conservatorio, así que le dije que presentía que podía haber sido cualquiera de ellas, pero que era incapaz de probarlo. Supongo que prefirió no continuar indagando, por lo que pudiera descubrir. Aquella misma tarde rompí con él. Lo justifiqué alegando que no tenía fuerzas para involucrarme en una relación, que necesitaba estar sola un tiempo. Pensar en mí, centrarme en la recuperación y hacer planes de futuro. Mi inesperada resolución le pilló completamente desprevenido. Lloró como un niño. Me suplicó, me imploró que le diera una oportunidad. No entendía nada. Me rogó que le permitiese ayudarme a superarlo, igual que yo le había ayudado a él. Argumenté que no tenía ganas de salir, ni de beber, ni de bailar, ni de ir al cine, ni de nada. Y era verdad. Le quería, pero había llegado a un punto en el que sentía que lo mejor era estar sola. Se marchó destrozado, incapaz de entender mi decisión de dejarle.

Pasaron unas semanas. Pablo me llamaba a diario, pero yo rehusaba ponerme al teléfono, dejando a mis tíos con la ingrata tarea de pedirle que dejara de atosigarme. A principios de los noventa aún no teníamos teléfonos móviles, ni existían las redes sociales, así que no le resultaba nada sencillo contactarme. Un día, desesperado, se presentó en mi casa, loco de angustia. Estuvo a punto de fundir el timbre, de tanto hacerlo sonar. Finalmente mi tío abrió la puerta, hecho una furia. Se montó un cirio de cuidado. Le amenazó con llamar a la policía si continuaba acosándome. Yo le escuchaba llorar y gritar desde mi habitación, chillando que me quería, que necesitaba hablar conmigo, suplicándome que le dejara pasar. Los vecinos comenzaron a arremolinarse en el rellano. Para evitar un escándalo mayor, accedí a hablar con él. Nos metimos en mi cuarto, y rompió a llorar de nuevo. Me abrazaba, me besaba... Estaba destrozado. Se puso de rodillas, me rogó que le diera otra oportunidad. Me dio tanta pena... Aún sentía algo por él. Habíamos compartido momentos muy bonitos juntos, pero estaba

completamente resuelta a alejarme para siempre de todos los miembros de la familia Vidal. Le dejé claro que no había nada que hacer. Mi decisión era firme. Al cabo de unos minutos se serenó. Dejó de llorar, y me sugirió un último plan. Con la excusa de devolverme unos discos de música clásica que le había prestado, me propuso vernos el sábado siguiente en la fiesta de fin de curso que organizaba su amigo Nacho, aprovechando la ausencia de sus padres. La mitad de las chicas de mi clase estarían allí, al igual que un montón de chicos del San Esteban. Sabía que tendría que volver a verte a ti —dije, señalando a Claudia— acompañada de tu pandilla, y eso me repateaba el hígado, pero me pareció la ocasión perfecta para despedirme de él.

Claudia escuchaba atentamente mi historia, jugando con un puñado de arena de playa entre sus manos.

—Al menos —pensé—, no montará un escándalo delante de todos. Me prometió que, si no conseguía volver a seducirme durante el transcurso de la fiesta, me dejaría en paz para siempre. Yo deseaba que las cosas acabaran bien entre nosotros, tener un buen recuerdo de nuestra breve relación, a pesar de todo. Al fin y al cabo, había sido mi primer novio. Así que acepté su propuesta, accedí a encontrarme con él allí. Se inclinó para darme un beso antes de salir y yo se lo permití, consciente de que sería el último. Cabizbajo, se marchó de casa, escoltado por mi tío hasta el portal.

Aquel sábado me arreglé para acudir a la fiesta. No había motivo para no acabar bien las cosas, civilizadamente, y disfrutar un rato de la música y de mis compañeras de clase. Pablo sugirió venir a recogerme a casa, pero yo insistí en reunirnos allí. Llegué tarde, deliberadamente. Mi intención era quedarme poco tiempo, y marcharme discretamente en cuanto la fiesta comenzara a decaer. Me puse un vestido negro de tirantes y unas sandalias de tacón. Hacía muy buen tiempo y decidí dar un paseo hasta la casa de Nacho, que estaba a unos diez minutos de la mía. Todos los alumnos del San Esteban y el Santa Cecilia vivíamos en un radio de menos de un kilómetro de sendos colegios, así que no necesitaba tomar ni siquiera un autobús. Fui caminando sin prisas, disfrutando de la brisa de primavera. Contemplé mi mano, todavía vendada. Era un continuo recordatorio de lo que me hiciste, así como del hecho demoledor de que no volvería a tocar el piano nunca más. Cuando me encontraba a menos de una manzana, tuve un mal presentimiento. ¿Por qué había accedido a acudir a aquella fiesta? Aunque irían muchas compañeras de clase, me sentiría muy sola sin Alicia. Había hablado con ella por teléfono aquella misma mañana. Aún no le permitían recibir visitas en el centro, pero por su tono de voz la noté algo más animada que en ocasiones anteriores. Decidí no comentarle nada de la fiesta. Se preocuparía. Tras la agresión con los cristales rotos me había suplicado que me alejara de vosotros. Se alegró de que rompiera al fin con Pablo y me prometió que aquel verano, cuando le dieran el alta, lo pasaríamos en grande ella y yo, olvidándonos de aquel curso de mierda que estaba a punto de llegar a su fin. Los exámenes habían terminado ya, solo quedaba una semana de clase. Las profesoras cubrirían los últimos flecos del temario, recogeríamos las notas, asistiríamos a un par de misas y, por fin... tres meses de vacaciones para alejarnos de todo. Aunque aún no había tenido el valor de comentárselo a Alicia, estaba acariciando la idea de solicitar plaza en otro colegio para el curso siguiente. Hasta hacía solo unos días, el plan –el sueño hecho realidad–, era trasladarme a Nueva York y cursar allí el último año, disfrutando de mi beca. Pero tras verme obligada a renunciar a ella, mi única opción era valorar con mis tíos la posibilidad de cambiar de centro. Sin duda, no sobreviviría a otro año a tu lado. Camino de la fiesta, de repente se me vino encima toda la angustia, como un bofetón de realidad. Hasta ese instante no había procesado de verdad, honestamente, la magnitud real de mi pérdida. No volvería a tocar el piano. Nunca. No estudiaría en Nueva York. La beca en Juilliard que llevaba mi nombre sería para otra persona... Comprendí entonces por qué mi tía me había sugerido hablar con un psicólogo, para que me ayudara a gestionar y asimilar todo lo que me había sucedido ese año. Cuando me lo comentó, unos días antes, decliné la oferta, que se me antojó desproporcionada. Pero aquella noche, parada junto al portal de Nacho, decidí que tal vez no fuera mala idea buscar apoyo profesional para mitigar la infinita tristeza que acababa de apoderarse de mí. Permanecí largo rato en la calle, dubitativa, sin animarme a llamar al telefonillo. Ya estaba a punto de darme la vuelta y regresar a casa cuando Sonia y Marta –dos de mis

antiguas amigas—, aparecieron doblando la esquina y me convencieron para subir con ellas. Habían bajado a comprar tabaco. Charlamos unos instantes en el portal antes de entrar. Se disculparon por haberse distanciado de mí aquel curso. Reconocieron que las tenías acojonadas. Les daba mucho miedo que las relacionaras conmigo y te cebaras con ellas, igual que hacías con Alicia. No podía culparlas. Quizás si yo hubiera sido un poco más inteligente... no sé... igual hubiera podido manejar la situación de otra manera... incluso haber cambiado antes de colegio. Es muy fácil hablar así a toro pasado, claro, pero cómo iba yo a imaginar hasta dónde eras capaz de llegar con tus amenazas... El caso es que nos dimos un largo abrazo y nos reconciamos. Al menos algo bueno había salido de aquella noche. Subimos juntas en el ascensor. El piso debía estar perfectamente aislado acústicamente, ya que desde el exterior no se oía una mosca. Llamamos el timbre y, a los pocos segundos, un sonriente Nacho abrió la puerta, con una copa en una mano y un cigarrillo en la otra.

—¡Adelante, bellezas! —gritó, intentando hacer su voz audible sobre el estruendo de la música que estalló sobre nosotras, proveniente del salón—. ¡Pasad y divertíos! —continuó, mientras nos mostraba del camino desde el amplio *hall* hasta el inmenso salón principal de la casa, cuya entrada se hallaba semioculta tras unos pesados cortinajes. Era uno de esos enormes pisos antiguos de parquet crujiente, jalonado de lámparas de araña, carísimos muebles de estilo clásico y tapices colgando de las paredes. Nos abrió paso como quien descorre el telón de un teatro, y debo confesar que la imagen de la fiesta que estaba teniendo lugar allí era mucho más salvaje de lo que Pablo me había pintado el día anterior. Yo había imaginado una reunión tranquila, con algo de música y gente bailando y charlando, pero obviamente aquellos chicos y chicas habían comenzado la juerga muchas horas antes. El tuyo fue el primer rostro que reconocí —dije, señalando a Claudia.

Estabas de pie justo al lado de la puerta, así que no me quedó más remedio que pasar a tu lado. Tenías una copa medio acabada en la mano, y el rímel corrido alrededor de los ojos. Daba la impresión de que habías bebido bastante, y era evidente que habías llorado. Nacho pasó detrás de mí y continuó su camino hasta el fondo de la sala, sin dirigirte ni una simple mirada. No había que ser un lince para adivinar que habíais discutido. Probablemente habíais roto —pensé—. Me alegré, no te lo voy a negar. Ya era hora de que tú también sufieras un poco. Me interné en el salón, mezclándome con la gente, mientras iba saludando a algunas compañeras. La fiesta estaba descontrolada. Todo el mundo había bebido mucho, me arrepentí de no haber llegado un poco antes. Al fin, localicé a Pablo al fondo de la sala. Nacho acababa de informarle de mi llegada, y los dos cruzaron juntos la habitación sorteando a los grupos y parejitas que poblaban el salón, tan atestado de gente que parecía una discoteca. Alguien atenuó las luces. El ambiente estaba cargado de humo, y comenzó a sonar música lenta.

—¡Aquí está tu chica! —exclamó Nacho, cuando ambos se detuvieron frente a mí. Los dos amigos, en evidente estado de embriaguez, se apoyaban el uno en el otro, abrazados por el hombro. Pablo se abalanzó torpemente sobre mí, apretándome con

fuerza contra su pecho y besándome o, más bien, apresándome entre sus labios. No fue un beso tierno. Fue un gesto violento, posesivo. No me gustó nada. Le apestaba el aliento a alcohol, y a duras penas se sostenía en pie.

—¿Por qué has tardado tanto, mi amor...? —balbuceó—. Creí que ya no vendrías, estaba a punto de volverme loco...

Me agarró firmemente entre sus brazos y comenzó a moverse al ritmo de la música. Más que iniciar un baile romántico me apresó, aplastándome contra él. Me agobié tanto que tuve que hacer fuerza con los brazos para separar su cuerpo del mío. No me agradaba nada la situación, aquello no era lo que yo tenía en mente. Toda la atmósfera de la fiesta, y especialmente su estado, no eran los más idóneos para poner fin a nuestra relación de forma cariñosa y madura. Decidí marcharme e intentar hablar con él otro día, cuando se le pasara la borrachera.

—Has bebido mucho, Pablo —dije—. Mejor me voy... Ya hablaremos otro día, solos tú y yo... Me parece que...

—¡No, por favor! —me interrumpió—. ¡Por favor, por favor, no te vayas! —suplicó—. Tienes razón, he bebido más de la cuenta... Pero es que creí que ya no vendrías... ¡Estaba desesperado! Por favor... —continuó, relajando un poco el tono—. Al menos concédeme un baile...

Accedí, tratando de rebajar la tensión. Más sereno, me abrazó con ternura. Bailamos un par de canciones y yo me relajé también, dejándome llevar por la música lenta y el vaivén sosegado de nuestros cuerpos. Según avanzaba la velada, las parejas comenzaron a desaparecer. Algunas se besaban, repartidas por los rincones del salón, recostadas en los sillones. Otras se despedían y comenzaban a abandonar la fiesta. Te vi de nuevo por el rabillo del ojo. Discutías acaloradamente con Nacho. Más tarde averiguaría el motivo. Pablo me cogió de la mano y me acompañó a un lugar apartado, junto a un enorme ventanal desde el que se veía el *skyline* de Madrid iluminado. Las vistas eran espectaculares.

—Por favor Eva, dame una oportunidad —insistió, una vez más—. Recuerda los planes que teníamos para este verano. Podemos escaparnos unos días a Barcelona, bañarnos en la playa... Hacer el amor... Mi vida, me muero de ganas de hacer el amor contigo... —prosiguió.

Habíamos hablado muchas veces sobre cómo sería cuándo lo hiciéramos. Sabía de sobra que él no era virgen, pero yo deseaba que mi primera vez fuera especial, planearla y disfrutarla sin prisas. No quería hacerlo deprisa y corriendo en casa de mis tíos, temerosa de que abrieran la puerta en cualquier momento, y ciertamente descarté que

fuera en vuestra casa, contigo en la habitación de al lado. Así que, cuando las cosas iban bien entre nosotros, habíamos planeado una escapada romántica a casa de unos amigos vuestros, en la Costa Brava. Me aseguró que conseguiría que se la prestaran unos días. Habría sido precioso, sin duda, pero aquella noche ya tenía tomada la decisión, y su comportamiento durante la fiesta no acababa de trasmitirme demasiada confianza. Me dio la impresión de que, tras la ruptura, Pablo estaba pasando de un enamoramiento real a algo un poco más turbio, obsesivo. Con toda la delicadeza de la que fui capaz, le reiteré mi deseo de poner fin a la relación, así como mi sincera voluntad de que pudiéramos despedirnos como amigos que han compartido una bonita historia, sin rencores, conservando los buenos recuerdos. Pablo no insistió más. Bajó la cabeza, resignado. Tenía la mirada vidriosa, más por el efecto del ron que por la tristeza de días anteriores.

—Está bien —dijo, tras un prolongado silencio—. No te molestaré más.

Se alejó de mí despacio, tambaleándose. La música lenta continuaba sonando. Las parejas se comían a besos por los rincones. Todos los chicos y chicas que no habían venido acompañados o no habían ligado esa noche se habían marchado ya. Desvié la mirada hacia una pareja que gesticulaba aparatosamente en un rincón. Érais Nacho y tú, confirmando mis sospechas de que la fiesta entre vosotros había sido movida. Me disponía a marcharme discretamente cuando Pablo volvió de nuevo a mi lado, tendiéndome una copa. La rechacé amablemente.

—No gracias, Pablo. No tengo ganas de beber.

—Tranquila, es una Coca-Cola. Tómate algo, por ahí hay comida, sandwiches, tortilla... Voy a buscar los discos que me prestaste. ¿Para eso has venido, no? Ahora mismo vuelvo —dijo mientras se alejaba en dirección al interior de la casa.

Me di cuenta de que era muy tarde, y no había cenado nada. Me sobrevino un apetito feroz, tras liberar un poco de la tensión acumulada. Me dirigí hacia una gran mesa que, apoyada contra una pared, acogía un semiarrasado *buffet* libre. Cogí un par de canapés y di un largo trago a la Coca-Cola. Tenía un regusto un poco amargo, lo que me hizo intuir que Pablo había puesto algo de ron o vodka en ella. No me importó. Después de aquella noche tan intensa, tampoco me vendría mal coger un puntillo. Hacía mucho calor, el ambiente estaba cargadísimo. Abrí un poco uno de los ventanales del salón y aspiré con fuerza la cálida brisa que llegaba de la calle. Me senté en una silla a descansar un poco de las sandalias. No estaba acostumbrada a llevar tacones, y agradecí enormemente poder quitármelas un rato. Me fijé de nuevo en ti y en Nacho. La discusión parecía haber terminado, dando paso a las lágrimas. Las tuyas, porque Nacho se limitaba a permanecer de pie junto a ti, con cara de nada, sujetando la enésima copa en la mano. Al cabo de unos segundos vi cómo te sentabas, sola, abatida, en un pequeño sillón, en la esquina opuesta de la sala. Casi me dio pena verte así, vulnerable, por primera vez. Justo

entonces, Pablo reapareció en el salón. Se dirigió directamente a Nacho, y estuvieron hablando un rato entre ellos. Pablo dirigía su mirada en mi dirección de cuando en cuando, por lo que deduje que estaba compartiendo con su amigo los detalles de nuestra ruptura. Eché de menos a Alicia, una vez más. Ojalá estuviera allí conmigo. Yo también tenía ganas de contarle a alguien cómo me sentía. Tenía muchísima sed, el calor en la sala era insoportable. Apuré el refresco de un trago. Evité establecer contacto ocular con Pablo, no quería enviarle la señal equívoca de que podía realizar un último intento de reconciliación. Los dos amigos continuaban charlando y me observaban, cada vez con menos disimulo. Estaba cansada de esperar. Me dio por pensar que en realidad Pablo no había ido a buscar mis discos, porque ya hacía mucho rato desde que, supuestamente, había ido a por ellos, y lo único que había hecho desde entonces era estar allí parado, con Nacho. Volví de nuevo la mirada hacia ellos. Ya no hablaban. Simplemente me miraban fijamente y sonreían. Tuve la impresión de que estaban haciendo tiempo para algo. Me dio muy mala espina, así que decidí marcharme, sin esperar a que Pablo se decidiera a traerme los vinilos. Un enorme reloj de pared marcaba las dos de la madrugada. Había perdido la noción del tiempo. La atmósfera de la sala, de repente, comenzó a adquirir un aire surrealista. Pensé que eran los efectos del alcohol, pero no era la primera vez que bebía y la sensación era totalmente distinta esta vez. Es difícil de explicar... —proseguí, reparando de nuevo en la presencia de Claudia. Estaba tan inmersa en mis recuerdos que casi había olvidado que estaba allí. Advertí que había dejado de jugar con la arena. Podía sentir su mirada expectante clavada sobre mí.

Tanteé el suelo con los pies, tratando de recuperar mis sandalias, sin acertar a encontrarlas. Ya no estaba tan angustiada como unos segundos antes. Me sentía relajada o, más bien, diría que todo me daba igual. Era como estar fuera de mi cuerpo, contemplándolo todo desde el exterior, sin poder interactuar con el escenario que tenía ante mí. Recuperé las sandalias, pero no conseguía atinar a abrochar las pequeñas hebillas que unían las tiras sobre mis tobillos. Me entró la risa. Justo en ese momento, Pablo y Nacho aparecieron junto a mí, como de la nada, sobresaltándome.

—Anda, ven, te ayudamos —dijo Pablo, agarrándome de un brazo y obligándome a ponerme en pie. Nacho me agarraba del otro brazo y así, medio en volandas, atravesé el salón escoltada por los dos amigos. En nuestro recorrido pasamos a escasos cinco centímetros por delante de ti. Recuerdo claramente cómo levantaste la mirada, incrédula, al verme caminar abrazada a ellos, en dirección a la habitación de tu novio. Yo simplemente me dejaba llevar, incapaz de intuir en aquel momento lo que estaba a punto de suceder. Me costaba un poco mantenerme en pie, como si tuviera las piernas de lana. Pablo me sujetó por la cintura para evitar que cayera, mientras Nacho cerraba la puerta del dormitorio tras de sí. Estaba confusa, algo mareada. Recuerdo un pensamiento fugaz: ¿Qué estaba haciendo de repente allí, sola, con los dos? Me costó un poco acostumbrar la vista a la penumbra de la habitación, tan solo iluminada por un pequeño flexo sobre el escritorio, que se encontraba a unos cuantos metros de la cama. El dormitorio era bastante amplio, decorado con pósters de fútbol y baloncesto, y plagado de estanterías repletas de libros y trofeos deportivos. Reparé en varias botellas y vasos vacíos

esparcidos por el suelo. De repente, un pequeño ruido a mi espalda me produjo un escalofrío. Nacho acababa de echar el pestillo de la puerta. Ese pequeño chasquido, aterrador, bastó para comprender. Mi primera reacción fue tratar de salir de la habitación. Mi cabeza me dictaba claramente lo que estaba a punto de ocurrir pero, por alguna extraña razón, no era capaz de hacer ni decir nada. Era como si estuviera completamente anulada. Como en un flash, recordé las historias que a veces nos contaban en el colegio para asustarnos. Historias sobre chicas a las que metían drogas en la bebida para después aprovecharse de ellas. En el patio nos burlábamos de aquellas charlas que nos daban, convencidas de que eran cuentos inventados por las monjas y nuestras madres para evitar que perdiéramos la virginidad antes de casarnos. Comprendí que eso era exactamente lo que estaba ocurriendo. El extraño sabor de la Coca-Cola no era vodka... Pablo continuaba abrazado a mi cintura, como si bailara conmigo. Por el rabillo del ojo observé a Nacho. Inclinado sobre su mesilla de noche, le vi esnifar una raya de coca, perfectamente alineada junto a otra sobre un libro de texto. Se incorporó bruscamente, frotándose enérgicamente la nariz. Entonces se intercambiaron. Nacho, con su asqueroso aliento apestando a whisky, me agarró con fuerza mientras Pablo procedía a meterse la otra raya.

—Lo vamos a pasar muy bien los tres, ya verás —me dijo. A continuación se abalanzó sobre mí y comenzó a besarme, metiéndome la lengua hasta la garganta. Me resulta casi imposible explicarte cómo me sentía... Creí que me ahogaba. No quería estar allí, no era voluntad mía formar parte de aquello, pero al mismo tiempo no lograba encontrar la manera de zafarme de ellos. No podía gritar, no podía resistirme... Apenas podía moverme. Era como cuando estás en medio de una pesadilla, y de repente caes en la cuenta, aún dentro del sueño, de que aquello no es real. Eres consciente de que puedes despertarte cuando quieras, que está en tu mano poner fin al mal sueño, pero aún así tardas todavía un rato en despertar. Era más o menos esa sensación. Como si mi papel, más que el de víctima indefensa, fuera el de espectadora de una desagradable película... Lo recuerdo todo, hasta el más mínimo detalle.

—¡Para, por favor! —me interrumpió Claudia súbitamente, tapándose los oídos con las manos, encogida sobre sus rodillas.

Me detuve unos segundos para retomar fuerzas, antes de inclinarme sobre ella. Tuve que forcejear con ella para obligarle a separar las manos de las orejas, forzándola a escuchar el resto del relato:

—Pablo me arrancó de los brazos de Nacho y me lanzó sobre la cama. Me quitó el vestido y la ropa interior, dejándome completamente desnuda sobre la colcha. Entonces, por un instante, creí poder escapar de aquella encerrona. Alguien comenzó a aporrear la puerta violentamente, desde fuera. Reconocí la voz al instante. Eras tú, gritando a pleno

pulmón:

—¡Abre la puerta, Nacho! ¡Abre inmediatamente o la tiro abajo!

Nacho abrió la puerta bruscamente, pleno de energía tras el subidón de la coca.

—¡Vete a casa de una puta vez! —chilló—. ¡Aquí ya no pintas nada! ¿no lo ves?

Por unas décimas de segundo, tu mirada y la mía se cruzaron. Me viste ahí, tirada sobre la cama como un pelele, desnuda, con los brazos y las piernas colgados a los lados, inertes. Te supliqué con los ojos que hicieras algo, o al menos lo intenté... Fue tan humillante. Era incapaz de reaccionar. No conseguía hablar, ni moverme. Nacho te cerró la puerta en la cara, y de nuevo escuché el terrible sonido del pestillo al bloquear la salida. Eso es lo que nunca te perdonaré. Que hubieras podido pararlo, y no hicieras nada.

Claudia me miraba como un perrillo abandonado en la carretera en plena noche, deslumbrado por los faros de un coche.

—Te juro, Eva... cómo iba yo a pensar... Si hubiera sabido... —balbuceó—. ¡Estaba convencida de que te habías ido con ellos voluntariamente! —estalló, abrumada por la angustia. Se puso en pie y comenzó a dar vueltas en círculo mientras hablaba.

—Nacho y yo discutimos porque él quería follar aquella noche, pero estaba tan pasado que me negué. ¡Ya estaban los dos borrachos antes de que empezara la fiesta, llevaban bebiendo desde las cinco de la tarde! Habíamos acordado hacerlo aquella noche, y mi negativa le sentó como un tiro. Comenzó a insultarme, a llamarme de todo. Me dijo que no era más que una calienta braguetas y una estrecha, y que si no quería acostarme con él se tiraría a cualquier otra, que tenía todo un arsenal de chicas haciendo cola para chupársela. Nos pasamos toda la noche discutiendo. Vino un par de veces a pedirme perdón, pero estaba tan ciego que acababa volviendo de nuevo al tema, y otra vez terminábamos gritándonos. Hacia el final de la noche me dijo que habíamos terminado, que me fuera a casa, que no quería volver a verme. Fue entonces cuando te vi entrar con ellos en la habitación y pensé que te lo ibas a montar con los dos, solo para joderme. ¡Si lo piensas, tenía mucho sentido! Tu plan era montarte un trío con mi hermano y con mi novio y disfrutar viendo cómo a mí me daban, literalmente, con la puerta en las narices. Me largué de allí escopetada, y ¿sabes lo que pensé por el camino...? Que me estaba bien merecido. Acepté que aquella fuera tu venganza por destrozarte la mano, y decidí lo mismo que tú. No volver a molestarte en adelante. Estaba agotada, exhausta de aquella lucha absurda entre nosotras. Me metí en la cama y dormí como un tronco, doce horas seguidas.

Me aproximé a ella, enfrentándola cara a cara.

—No me creo ni una palabra de lo que dices —repliqué—. ¡Me viste! ¡No podía moverme, estaba totalmente drogada! —no estaba dispuesta a darle ni siquiera el beneficio de la duda—. Quiero que escuches el relato completo —continué, obligándola a sentarse de nuevo.

—Pablo se quitó los pantalones y los calzoncillos y comenzó a sobarme, a tocarme las tetas, a besarme. Yo no reaccionaba. Es más, hacía todo lo que me decía. No forcejeé con él, no dije que no en ningún momento. No cerré las piernas, no grité, no lloré... No podía hacerlo, y no entendía por qué. Mi cuerpo simplemente obedecía sus órdenes, mi mente no era capaz de ayudarme a oponer resistencia alguna. Pero sentí tanta repugnancia entonces como siento ahora, al revivirlo. ¡Tu hermano me violó! ¡Borracho, drogado, salvaje! Entró en mí a lo bestia... Yo era virgen y le costó penetrarme... el dolor que sentí es indescriptible. Mientras tanto, Nacho hablaba y hablaba, jaleaba, se jactaba de lo bien que iba a acabar la noche a pesar de la estrecha de Claudia... Cuando Pablo terminó, él tomó el relevo.

La voz comenzó a quebrármeme al llegar a este punto. No me vi capaz de adentrarme en los detalles más escabrosos, después de todo.

—Solo te diré que no se conformaron con hacerlo una sola vez, aunque no puedo concretar cuántas fueron. Al final ya no dolía tanto, solo deseaba que terminaran y me dejaran marcharme de allí de una vez. Me pareció interminable, una pesadilla que no acababa nunca. Al fin, se cansaron y me dejaron un rato allí, tirada sobre la cama, mientras se vestían. Pasado un rato Pablo se dio cuenta de que no me movía, así que me ordenó: "¡Vístete de una vez!". Como una automática, me puse la ropa interior, el vestido y las sandalias. Nacho abrió la puerta. Salimos los tres al salón. La música había parado y solo quedaban un par de parejas medio dormidas en los sofás. Ni rastro de ti. Nacho nos acompañó hasta la puerta. Para mi sorpresa, Pablo se empeñó en acompañarme a casa.

Recuerdo que me llevaba cogida de la mano, como una niña pequeña a la que han de ayudar a cruzar la calle. Una vez llegamos a mi portal, se inclinó de nuevo sobre mí. Acercando sus labios a mi rostro, me susurró al oído:

—Será mejor que no lo cuentes.

Separando un poco su rostro del mío, mirándome a los ojos, añadió con frialdad:

—De todos modos, nadie te creería.

Me dio un beso en la mejilla y comenzó a alejarse, calle abajo. Apenas había

recorrido un par de metros cuando se volvió y, dirigiéndose a mí por última vez, dijo:

—Ahora sí que hemos terminado definitivamente.

Me lanzó un último beso con la mano y sopló. Yo lo sentí como una bala que me atravesaba el cuerpo y el alma. Se giró y continuó su camino. Al doblar la esquina de la calle, le perdí de vista para siempre.

Claudia continuaba mirándome inmóvil, como si, sentada en el cine, asistiera a la proyección de una película de terror.

—Ya sé que no fuiste tú quien me violó. Pero pudiste evitarlo. ¡Eran dos contra mí, joder! Pudiste haber llamado a la policía, avisar a algún amigo para que lo impidiera... Tuviste la oportunidad y decidiste no hacer nada. Te marchaste a casa. Mientras tú dormías a pierna suelta, tu hermano y tu novio me violaban durante horas. Y eso, Claudia, es algo que no voy a perdonar jamás.

Hice una pausa para recuperarme. Emocionalmente, resultaba devastador tener que volver a revivir toda aquella mierda. Los años que había pasado intentando olvidar y perdonar parecían haberme abandonado súbitamente. Recuperé todo el miedo, la angustia, la humillación... Esa sensación era la más ingrata de todas.

—Creo que no le denuncié por pura vergüenza —proseguí, al hilo de mis pensamientos—. No quería que nadie supiera lo que me habían hecho, me daba pánico que la historia estuviera en boca de todos. Especialmente, porque las últimas palabras que me dirigió tu hermano, por desgracia, estaban cargadas de razón. ¿Quién iba a creerme? Entré sigilosamente en casa de mis tíos. Aún no había amanecido y temía despertarles. Intenté meterme en la cama, pero me sentía asqueada. El cuerpo me apestaba a sexo, sudor, tabaco y alcohol. Me metí en la ducha. No sé cuánto tiempo pasé allí, llorando bajo la cascada de agua caliente, frotando frenéticamente con la esponja cada milímetro de mi cuerpo y de mi pelo, tratando de arrancar de mi piel todo recuerdo de la agresión. El efecto de la droga se fue desvaneciendo gradualmente, y mi mente comenzó a procesar la información con detenimiento. Ya no tenía dudas de que Pablo había puesto algún tipo de sustancia en mi bebida. De haber estado en plenas facultades mentales —razoné—, habría gritado al verte en la puerta, al menos. Habría opuesto algún tipo de resistencia. O quizás no —pensé más tarde—, quién sabe... Eran dos chicos, más altos y fuertes que yo, contra una, en una habitación cerrada. Con toda seguridad el miedo me habría paralizado igualmente —concluí—. No tenía ninguna posibilidad de escapatoria. Incluso puede que las cosas hubieran terminado todavía peor... Pasé todo el domingo encerrada en mi cuarto, en estado de *shock*. Las imágenes volvían a mi mente una y otra vez. Pensaba en todas las ocasiones que tuve de marcharme, incluso de no acudir a la fiesta. Podría haberme dado la vuelta en el portal, antes de encontrarme con mis amigos. Hubiera podido marcharme al ver lo borrachos

que estaban, poniendo cualquier excusa. Habría podido escabullirme sin peligro en el momento en que Pablo fingió marcharse a por los discos... Pero, por encima de todo, recordaba tu rostro, contemplándome impasible, en el momento crítico antes de que todo fuera inevitable. El segundo exacto en que tuviste la oportunidad de irrumpir en la habitación y sacarme de allí no ha dejado de atormentarme durante estos más de veinte años. Tenías el carácter y el arrojo suficiente como para enfrentarte a ellos, y está claro que tu hermano y tu novio no habrían podido violarte a ti también. Estoy convencida de que sabías lo que estaba a punto de pasar, y lo permitiste. Para mí, siempre tendrás tanta culpa como ellos en lo que me hicieron.

05

El lunes siguiente a la maldita fiesta comenzaba la última semana de clase. Decidí levantarme de la cama, ponerme el uniforme, y continuar con mi rutina como si no hubiese pasado nada. Si me quedaba en casa encerrada un día más mis tíos comenzarían a sospechar y temía que, si trataban de sonsacarme, acabara derrumbándome y contándoselo todo. ¿Y qué sentido podía tener ya? ¿Para qué causarles tanto dolor a ellos, cuando ya no se podía hacer nada al respecto? Según pasaban las horas del fin de semana, me daba cuenta de que las probabilidades de que la policía me creyera, si decidía denunciarles, decrecía minuto a minuto. Tendría que haber ido a la comisaría directamente desde la fiesta. Justo después de que Pablo me dejara en mi portal. Pero algunos compañeros nos habían visto salir de casa de Nacho, agarrados de la mano. ¿Quién iba a creer mi versión de los hechos? ¿Qué les impediría pensar que me había convertido en una ex novia despechada, capaz de difundir la peor posible de las calumnias...?

Bajé de nuevo la cuesta del colegio. Pude haber dado un rodeo, pero me dije a mí misma que si lo que había pasado interfería de tal modo en mi vida que tuviera que andar escondiéndome, entonces sí que me habrían derrotado del todo. Tuve que hacer todo el trayecto sola, ya que Alicia continuaba ingresada. Avisté vuestro grupito desde lejos, y seguí caminando con paso firme, agarrando férreamente mi carpeta sobre el pecho, como si de un escudo protector se tratara. Pablo fue el primero en verme llegar, desde lejos. Rápidamente, apagó contra el suelo el cigarrillo y se metió en el colegio, musitando una rápida excusa a su cuadrilla. Nacho y sus amigos se quedaron charlando como si tal cosa, ignorándome al pasar a su lado. Reparé en que tú no estabas con ellos. Me imaginé que, después de vuestra ruptura, no te apetecería pasar mucho tiempo con tu ex.

Entré en el aula temerosa, sin tener muy claro cómo enfrentarme a ti. Valoré la posibilidad de pedirte explicaciones, recriminarte directamente tu falta de ayuda durante la fiesta, pero la experiencia me decía que cualquier intento de razonar o dialogar con los miembros de tu familia solía acarrear consecuencias catastróficas para mí. Era obvio que no te ibas a poner de mi parte, así que carecía de sentido intentarlo siquiera. Me senté en mi pupitre, como cada mañana, y me dejé llevar por la rutina de las clases. No me enteré de nada, como te puedes imaginar. Las imágenes de la noche del sábado me atormentaban y volvía a ellas en bucle una y otra vez, una y otra vez. Con el paso del tiempo he dado gracias porque en aquel momento no tuviéramos aún teléfonos móviles, ni existieran las redes sociales. En manos de gente como Pablo, como Nacho, o como tú, no quiero ni pensar cuál hubiera sido el alcance de mi tortura. Por otro lado, a veces me lamento, porque también intuyo que no me hubiera resultado difícil aportar como prueba

el vídeo que, sin duda, habrían grabado durante la agresión.

Claudia parecía derrotada, sin fuerzas para defenderse ni contradecir mi versión de los hechos. Proseguí. Aún tenía mucho que contarle antes de regresar al hotel:

—Sin darme cuenta, dieron las tres de la tarde. Había olvidado por completo que a esa hora, todos los lunes, nos dirigíamos a la capilla pequeña para la confesión semanal. De repente, sentí que aquel era un espacio seguro, el único lugar posible donde relatar lo que me habían hecho, y decidí —sin pararme un segundo a meditar sobre ello— que el Padre Tomás era la única persona en el mundo que entendería lo que me había pasado. Además, sabía muy bien que los curas tenían la obligación de saltarse el secreto de confesión en caso de tener conocimiento de algún crimen o delito. Tomé un par de respiraciones profundas mientras trataba de tranquilizarme, atisbando un hilo de esperanza. Me puse tan nerviosa que incluso traté de saltarme el orden habitual de la fila, con el objetivo de colocarme la primera en el orden de entrada a la sacristía. Siempre procedíamos de la misma manera: la primera alumna en entrar se situaba en la esquina derecha del primer banco, y a partir de ahí se seguía el orden hasta la última fila, recorriendo los asientos en zigzag. Por desgracia, varias de las “asiduas” al Padre Tomás tomaron asiento antes que yo. Calculé que me tocaría esperar al menos media hora antes de que llegara mi turno para entrar. Lo habitual era que no pasáramos todas ante el cura, bien porque alguna se recreaba más de la cuenta en los detalles de su narración, bien porque muchas de nosotras decidíamos que aquel día teníamos poco que contar, o por el simple hecho de que algunas de las compañeras no deseaban confesarse regularmente con el padre Tomás (por las razones que fueran). Yo, personalmente, lo hacía cada dos o tres semanas como un hábito, un gesto mecánico. No se nos enseñaba a cuestionarnos si esto o aquello nos “apetecía” o nos dejaba de apetecer. “La fe no se explica, se tiene o no se tiene”, solían argumentar las monjas. Por lo visto, si no tenías fe, lo mejor era que te enviaran a un colegio público, donde daban esa cosa alternativa llamada “ética”. Al parecer, para ellas la ética y la religión no tenían demasiado que ver, cosa que yo siempre cuestioné y que me granjeó más de una bronca con algunas compañeras. De adulta siempre me he identificado con un chiste que me contó un amigo:

Dos niños están charlando en el parque, y uno le pregunta a otro:

—Oye, ¿a ti que te enseñan en clase de religión?

El chaval contesta:

—A arrepentirme y a pedir perdón después de liarla. Y a ti, ¿qué te enseñan en clase de ética?

—A no liarla.

Los días en que decidía que era hora de volver a pasar por el confesionario, siempre le contaba al cura las mismas pequeñas faltas: alguna mentirijilla, algún acto guiado por la envidia o la pereza... La verdad es que me consideraba una niña bastante buena. No tenía conciencia de tener gran cosa de la que arrepentirme, así que en ocasiones, por no decepcionarle, incluso me inventaba alguna maldad extravagante. En realidad, cosas que me habría encantado hacer, pero no me había atrevido. Y luego añadía el consabido “he dicho alguna mentira” y así se cerraba el círculo. La mentira y el inmediato arrepentimiento en un mismo pack. Excepto el día que me vi obligada por las circunstancias a "arrepentirme" por romperte la clavícula... (por cierto, para que conste, nunca me arrepentí de eso...) —dije, guiñando un ojo a Claudia— lo cierto es que pasaba por aquella sala más por inercia que por un auténtico sentimiento religioso. Aproveché aquellos largos minutos de espera para poner en orden mis pensamientos, y esboqué un guión mental sobre cómo debía exponer al cura lo acontecido la noche del sábado. Al fin, la chica que me precedía salió de la sacristía. Había llegado mi turno. Respiré hondo, me puse en pie y, alisando los laterales de la falda y arreglándome el pelo —como quien trata de dar buena impresión en una entrevista de trabajo—, entré en la pequeña habitación y tomé asiento frente al sacerdote. Como de costumbre, quiso enlazar mis manos con las suyas, en un gesto que nos incomodaba terriblemente a todas. Pero aquella vez, nerviosa como estaba, retiré las mías bruscamente y las recogí sobre mi regazo, entrelazando los dedos y apretando los puños. Me di cuenta de que tras la reciente agresión mi cuerpo acusaba una tensión permanente, no soportaba el mero contacto físico. El Padre Tomás, sorprendido por aquel inesperado gesto de rechazo, me preguntó directamente:

—Hija, ¿qué te ocurre?

—Padre, no sé ni cómo empezar —musité, olvidando por completo el discurso que había preparado unos minutos antes. Me desmoroné, rompí a llorar. El sacerdote mantuvo la compostura, aguardando pacientemente a que estuviera lista para hablar. No se alarmó, ni trató de forzarme a continuar. Probablemente habría sido testigo mudo de muchas lágrimas entre aquellas cuatro paredes. Su templanza me reconfortó, de alguna manera, y me animó a comenzar mi relato.

—Padre, lo que necesito contarle es muy grave... No tengo a nadie a quien acudir... No sé qué hacer... el caso es que el sábado estuve en una fiesta...

—Madre mía con la fiesta... —interrumpió el cura—. Tranquila hija... varias

compañeras tuyas me han contado ya algún detalle de la famosa fiesta... No te angusties, te garantizo que no hay nada que el Señor en su infinita bondad no pueda perdonar... —prosiguió.

—Me temo que esto es distinto... No he venido a confesar algo que haya hecho yo... Necesito contarle a alguien lo que me hicieron a mí en esa fiesta —dije, escudriñando el rostro del sacerdote. Éste, removiéndose incómodo en la silla, me animó a seguir hablando. Tomé aire y, armándome de valor, le conté casi sin respirar lo que tu hermano y Nacho me habían hecho, y esa vez no escatimé detalles. Reproduje toda la brutalidad, la indefensión, cómo me habían drogado, cómo pudiste ayudarme y no lo hiciste... Sí. Por supuesto que hablé de ti. Volqué todo mi dolor y toda mi rabia en la intimidad de aquella salita. Cuando hube terminado, se hizo un pesadísimo silencio en la habitación. El ambiente estaba cargado con todas las palabras y acusaciones allí vertidas, flotando en el aire como copos de nieve suspendidos por el viento, tratando de posarse suavemente en el suelo.

—¿Te das cuenta de la gravedad de lo que acabas de contarme, hija mía...? —dijo, por fin.

—Sí, Padre, claro que...

El sacerdote se puso en pie bruscamente, arrastrando la pesada silla de madera sobre el suelo, interrumpiendo mi discurso.

—¡Esas acusaciones son terribles! ¡Infames! ¿No te da vergüenza tratar de camuflar tu actitud desvergonzada y... no sé ni cómo calificarla... tras una acusación como ésta? —el rostro del hombre había alcanzado un tono rojizo que no había visto jamás en otro ser humano. La vena que le cruzaba la frente estaba a punto de estallar.

—¡Estás hablando de dos críos de diecisiete años, por el amor de Dios! No toleraré semejantes mentiras en la casa del Señor... ¡Conozco a sus familias desde hace años! He estado en sus casas, en celebraciones familiares con ellos... ¡Lo que dices es, sencillamente, la mentira más espantosa que he tenido la desgracia de escuchar! Qué pena, jovencita, qué pena y qué vergüenza me da tu comportamiento...

La habitación comenzó a dar vueltas a mi alrededor. De repente todo se tornó borroso. El pulso se me aceleró y comencé a sudar. Las mejillas me ardían, mi rostro enrojecía por segundos a causa de la ira y el descrédito. Durante los minutos previos a mi confesión, había anticipado todo tipo de escenarios, visualizando lo que ocurriría después. Me imaginé al Padre Tomás abrazándome con fuerza, asegurándome que había hecho lo correcto, consolándome. Me vi incluso saliendo escoltada por él del colegio, acompañándome en el primer taxi a la comisaría más cercana. Me había hecho a la idea

de afrontar lo que viniera después, pero aquella reacción... No la habría intuido ni en la peor de mis pesadillas.

Me dirigí de nuevo a Claudia:

—Por si lo que me había ocurrido no fuese ya suficiente tortura, el Padre Tomás no me creyó. Por suerte para tu familia y para ti, aquel sacerdote me acusó de levantar injurias y calumnias contra muchachos inocentes, de haberme inventado aquella aberración. Me llamó “buscona”. Debía gustarle especialmente esa palabra porque me la escupió a la cara varias veces... Dijo que estaba claro que aquello no era más que un burdo intento de venganza hacia un chico que me había abandonado después de entregarme a él. Lo cual incluso justificó porque, ante sus ojos —y por lo visto también ante los ojos de Dios—, ya no era una mujer “pura”. Ya no era virgen para entregarme a mi marido en el momento del matrimonio y, por lo tanto, merecía todo desprecio por parte de los hombres que aspiraran en algún momento a desposarme. Estaba manchada, y nadie sino yo tenía la culpa de lo que me había pasado. Había bebido, me había drogado. Me interrogó sobre la ropa que llevaba. Me acusó de no tener ni una sola marca de violencia visible en el cuerpo. ¿Acaso no me defendí? Nadie me obligó a ir a esa fiesta. Con mi novio. Para rematar, tuve que soportar que me dijera que podía dar gracias por habérselo contado a él, en secreto de confesión, ya que si hubiera llegado a ir a la policía, o a cualquier otra persona, mi atrevimiento no habría quedado impune. “Las mentiras como esa” —me dijo—, “merecen un castigo ejemplar. Pero no seré yo quien te dé el escarmiento. El Señor, algún día, te hará comprender lo mal que has obrado”.

El resto de compañeras habían vuelto a clase, así que nadie escuchó mis gritos y llantos. Estaba tan indignada que ni me planteé convencerle de que no mentía. Toda la rabia que aún no había sido capaz de vomitar, la arrojé sobre él sin preocuparme lo más mínimo en medir mis palabras. Le contesté que esperaba que se pudriera en el infierno por lo que estaba haciendo. Le dije que, defendiéndoles, cometía también un delito, que podría denunciarle por encubrimiento, pero aquello solo sirvió para enervarle aún más. Concluyó apiadándose de mí de la peor manera posible. Apurado por perderme de vista cuanto antes, me dio rápidamente la absolución acompañada de las siguientes palabras: “Dios, en su infinita misericordia, te perdona por tu terrible acción. Dios, en su infinita sabiduría, comprende también que nada de esto habría ocurrido si, al contrario que los chicos a los que tan cruelmente acusas, hubieras crecido en una familia normal. Es una desgracia que perdieras a tus padres tan joven. Resulta obvio que has crecido salvaje, abandonada por tu padre, en un hogar sin disciplina, ni orden, ni fe, ni moral... En este centro intentamos educaros a todas en la pureza y la virtud pero, sin una buena base de casa... ¿Crees que no sé que tu madre, antigua alumna nuestra, fue madre soltera?”

Aquella acusación me dejó clavada en la silla.

Me soltó el consabido “*ego te absolvo*” y salió disparado de allí, dejándome sola en aquella fría sala. Incapaz de reaccionar, repasé con la mirada los detalles de la habitación. El omnipresente crucifijo, colgado en una de las paredes. Un cuadro de la Virgen y otro de Santa Cecilia, en el muro más cercano a mí. Abandoné la sacristía arrastrando los pies, y bajé medio en trance las escaleras que conducían al primer piso, caminando muy lentamente. Al pasar junto al aula que había sido mi clase durante todo aquel curso, el timbre que anunciaba el final de la jornada escolar zumbó estruendosamente, proseguido en cuestión de segundos por una avalancha de alumnas que, con sus mochilas a la espalda y cargando sus carpetas en la mano, salían en estampida por cada una de las puertas del larguísimo pasillo. Confundiéndome entre la multitud, atravesé las puertas del colegio para no volver a cruzarlas jamás.

El sol de mediodía caía a plomo sobre la playa, y el calor comenzaba a apretar. Por un momento temí que Claudia se desvaneciera por la temperatura y la tensión, así que saqué de mi mochila una botella de agua y, tras dar un sorbo, se la tendí. Ella la aceptó, agradeciéndomelo con un casi imperceptible gesto de la cabeza.

—Hay algo muy importante que aún no te he contado, pero que es relevante para entender la mayoría de los acontecimientos que tuvieron lugar después de aquel día y, por ende, para que comprendas la situación tan jodida en la que te encuentras ahora — proseguí.

—Unos meses antes de la fiesta, tras el fallecimiento de mi abuela, mi tío Luis me reveló una información que habría de cambiarlo todo. En mi familia, a pesar de no tener padres que trabajaran y no contar con ingresos “aparentes” —las clases de piano de mi abuela eran más un *hobbie* que otra cosa—, tanto mis tíos como mi abuela siempre me decían que “no debía preocuparme” por el tema económico. Evidentemente, de niña nunca lo hice. No cuestionaba de dónde salía el dinero para nuestros viajes, los teatros, la ropa, el piso... La verdad es que nunca pensé en ello. Por eso, a la sacudida emocional que me produjo su pérdida tuve que añadir, unas semanas más tarde —cuando se realizó la lectura del testamento—, la noticia de que me había convertido en la única heredera de una considerable fortuna. Por lo visto, mi tío y mi abuela procedían de una familia adinerada, y contaban desde siempre con una cuenta corriente más que saneada. Ambos pisos, en una de las mejores zonas de Madrid, alcanzaban de por sí un valor económico considerable. Aparte de eso, unas cuantas herencias familiares habían convertido la venta de otras propiedades repartidas por la geografía española en millones contantes y sonantes, a repartir entre los dos hermanos. Por si eso fuera poco, resulta que mi abuelo era el propietario y director general de una pequeña pero lucrativa empresa, cuya jugosa participación mi abuela vendió a su socio tras la muerte de su marido. El estilo de vida de mi familia, teniendo en cuenta la fortuna que guardaban en el banco, adolecía de cualquier tipo de ostentación o jactancia. Siempre fueron gente sencilla, vivieron toda su vida sin derrochar ni caer en excesos. Simplemente, no iba con su forma de ser. Comprender aquello me hizo admirar a mi abuela todavía más. Entendí que, a excepción de los gastos en viajes y cultura, el colegio, y algún otro pequeño capricho excepcional, intentó educarme en la responsabilidad, y nunca malgastó el dinero en extravagancias o antojos innecesarios. Por otro lado, creo que fue su manera de asegurarse de que no me faltara de nada cuando ella ya no estuviera. En total, al cumplir los dieciocho años me convertiría en la única heredera de una suma que rondaba

los cinco millones de euros, más o menos. A eso se unía el usufructo del piso en el que crecí, que también pasaría a ser de mi exclusiva propiedad. Te confieso que, en el momento en que recibí la noticia, no la valoré especialmente. La pérdida de la mujer que me había criado y que había sido mi todo eclipsó por completo la sorpresa de la herencia millonaria. Supongo que mi cerebro decidió por mí guardar aquella información en un rincón, hasta que mi estado emocional me permitiera procesar correctamente la noticia. Si te cuento esto es porque quiero que comprendas que no busco extorsionarte económicamente, ni podrás comprar de ningún modo una salida a lo que te espera. Puede que escucharme hablar de dinero, a ti que siempre lo has tenido, te resulte vulgar.

Claudia esbozó una mueca burlona de asentimiento.

—En fin, no pienso aburrirte con detalles personales de mi vida... Solo creo que es importante que sepas que, durante todos estos años, he aprendido a manejar muy bien mis inversiones. He multiplicado mi herencia por diez, y continúa creciendo mientras hablamos. Así que ya ves, he dispuesto del lujo de contar con todo el tiempo y todo el dinero del mundo para planificar mi venganza que, por cierto, no ha hecho más que empezar... Por eso, te repito, tu acaudalada cuenta corriente tampoco va a salvarte esta vez.

—¡Pero Eva, no lo entiendo...! ¿¡¡Qué esperas conseguir de mí a estas alturas!!? — interrumpió Claudia, histérica.

—Shhhhhhh.... Aún no he terminado mi relato:

Aquel último día de curso, subiendo por última vez la cuesta del colegio, de regreso a casa, tomé varias decisiones. La primera, no volver a poner un pie en Santa Cecilia. Me quedaba todavía un año para graduarme. Esfumado el sueño de perseguir un futuro profesional como pianista, tenía varias opciones. Si quería, podía abandonar por completo los estudios. Total, tenía la vida solucionada desde el punto de vista económico. Por otro lado, podía realizar un pequeño esfuerzo y conseguir mi titulación, por si en el futuro decidiera continuar formándome en otra área, aunque fuera meramente por placer.

La segunda decisión que tomé fue fruto de un impulso repentino. Al pasar por la puerta del San Esteban, me vi obligada a revivir de nuevo el calvario de desfilas ante el maldito grupo formado por tu hermano y compañía. Esta vez Pablo no se ocultó. Evitando mostrar la más mínima emoción, no me desvié ni un milímetro en mi trayectoria. Pasé apenas a cincuenta centímetros de él. El muy capullo me dedicó una sonrisa y me guiñó un ojo. Una náusea, brotando de la boca del estómago, se convirtió en arcada justo en el momento en que le di la espalda. Por suerte, todo quedó ahí. Proseguí mi camino con un amargo sabor a bilis en la boca, pero sin mirar atrás. Fue

justo entonces cuando lo decidí. Marcharme lo más lejos posible. Viajar, aprovechar el dinero para construirme una nueva vida lo más lejos posible de Madrid.

Al llegar al portal de mi edificio ya había tomado las dos decisiones más importantes de mi vida. En lugar de subir directamente a casa de mis tíos, me dirigí sin pensarlo dos veces a mi antiguo hogar, la casa de mi abuela. Cuando falleció, supliqué a mi tío Luis que me permitiera quedarme allí, en mi casa, rodeada de mis recuerdos. Me convenció de que mi hogar estaría siempre allí, esperándome, pero comprendí que lo más práctico –al menos hasta que acabara mis estudios–, era trasladar mis escasas pertenencias –mis libros, discos, ropa– a mi propia habitación en su piso, con ellos.

Sin duda fue una decisión acertada, ya que desde que me destrozaste la mano no había sido capaz de reunir fuerzas para entrar de nuevo en aquella casa. Ahora más que nunca, MI casa. Cada tarde, al volver del colegio, subía las escaleras a pie y, al llegar al segundo piso, me detenía un instante frente a la puerta. “Mejor mañana”, pensaba. Y continuaba arrastrando mis pasos hasta el tercero. Sin embargo, aquel día ascendí los escalones con decisión, con las llaves en la mano, preparadas desde el portal. Atravesé el umbral de la puerta sin vacilar. Entré en el salón, subí las persianas y abrí de par en par las ventanas para que la cálida brisa de la calle templara la estancia, llenándolo todo de luz.

Me senté junto al piano, acariciando sus teclas. No me atreví a hacerlas sonar. Tan solo deseaba sentir por última vez su tacto suave y nacarado bajo las yemas de mis dedos. La decisión estaba tomada. Con mucho cuidado, descolgué de la pared del salón el mapa sobre el que mi abuela y yo solíamos clavar chinchetas, al tiempo que soñábamos con nuevos países que descubrir. Tenía el mundo entero ante mí. Tenía dinero, tiempo... mi futuro estaba en mis manos, aguardando. Me sentí libre y entusiasmada. Hacía menos de una hora, un cura casi había conseguido destrozarme pero, una vez más, una fuerza interior tiró de mí hacia fuera, sin permitir que me hundiera. Sobre el piano, en un marco de plata, descansaba la única foto en la que aparecía mi familia al completo. Mis abuelos, mis tíos, y mi madre, conmigo en brazos, en el Parque del Retiro. Yo debía tener unos dos años. Saqué la foto del marco y, mirando a mi alrededor, decidí que no necesitaba llevarme nada más de mi antiguo hogar.

Aquella noche, durante la cena, comenté mis planes con mis tíos. Les planteé que necesitaba un cambio de aires, respirar por mí misma, y les pregunté si estarían de acuerdo en que estudiara mi último curso en el extranjero. Era la única forma "legal" de comenzar mi nueva vida, ya que no podría disponer de mi herencia libremente hasta mayo del año siguiente, cuando cumpliera los dieciocho.

No pusieron ninguna objeción. Al contrario, mi tío Luis se ofreció a ayudarme con todo el papeleo, trámites y autorizaciones pertinentes. Como administrador de mi herencia, me facilitaría todo el dinero necesario hasta que alcanzara la mayoría de edad. Mi tía Clara añadió que seguro que a mi abuela le habría gustado mucho la idea de enviarme a estudiar fuera. Tuve más claro que nunca que ella, desde donde quiera que estuviera, estaba guiando mis pasos y dándome seguridad para emprender mi camino. Aquella noche, con el mapa desplegado sobre la cama, sopesé diversos destinos. Mi nivel de inglés era bueno, así que pensé en Reino Unido, Irlanda, Estados Unidos y Canadá como primeras opciones. Pero un rato más tarde, abriendo aún más el radio, me decidí por poner la mayor distancia posible entre mi nueva vida y aquel último año de mierda. Clavé la vista en aquel enorme país en la esquina inferior derecha del mapa. El vértigo hizo que el estómago me diera un vuelco en el preciso instante en que posaba el dedo índice sobre el destino elegido: Australia.

Por primera vez en mucho tiempo, aquella noche dormí a pierna suelta, y soñé con un inmenso desierto dorado y atardeceres en playas donde, tumbada al sol, me relajaba acunada por el rumor de las olas.

Reparé entonces en que me había propuesto no darle a Claudia más información de la estrictamente necesaria. No era asunto de su incumbencia mi vida después de abandonar Madrid y el colegio, ni a lo que me había dedicado, ni quería darle ningún detalle sobre las personas importantes en mi vida. No podía permitirme el lujo de exponer de nuevo mis puntos vulnerables ante ella, porque esta vez era yo la que tenía un plan para vengarme del pasado que, a pesar de mis mayores esfuerzos, no había conseguido dejar atrás.

—Estudié en Melbourne mi último curso, por si te lo estabas preguntando.

—Me alegro mucho por ti —dijo Claudia, fingiendo indiferencia.

—No te preocupes, te ahorraré los detalles innecesarios. Pero aún hay otra cosa que debes saber, si es que quieres comprender por qué he vuelto a aparecer en tu vida, y la magnitud del daño que me causasteis tanto tu familia como tú.

—No sé de qué más tenemos que hablar, la verdad... Tú y yo no hemos vuelto a vernos desde entonces, ¡hace ya dieciocho años de aquello!

—Por si no te has dado cuenta todavía, ya no eres tú la que decide de qué hablamos o dejamos de hablar... —reliqué—. Echa un vistazo a tu alrededor —proseguí, describiendo con un movimiento de cabeza toda la panorámica frente a nosotras—. ¿Acaso te parece que tengas alguna forma de salir de aquí? Tranquila, ya queda menos... El caso es que, como te contaba, comencé el verano de lo más ilusionada. El mes de julio se pasó en un suspiro entre gestionar el permiso de estudios, el visado, el pasaporte, buscar colegio y alojamiento... a principios de agosto ya tenía todos los cabos atados, el billete de avión comprado, y todo dispuesto para marcharme. Estaba loca de alegría. Esperanzada. Hasta mi mano, a pesar de seguir destrozada, parecía dolerme un poco menos.

Pero el destino todavía me tenía reservada una mala jugada. Una mañana, pocos días antes de mi partida, me puse a repasar el calendario y a anotar en una pequeña agenda — que me había regalado mi tía Clara— todos los datos importantes que debía recordar: la fecha y hora del vuelo de salida, la escala, el tiempo entre los vuelos, el nombre y teléfono de la persona de contacto en la residencia de estudiantes, etc... Hice también

una lista de todo lo que necesitaba llevar en mi equipaje. A pesar de que traté de reducir éste al mínimo, había ciertos objetos de los que no podía prescindir: ropa, diccionario, paraguas, objetos de aseo, compresas... De pronto, sin previo aviso, tuve un terrible presentimiento. Consulté la primera página de la libreta, donde figuraba un calendario con los doce meses del año en una sola vista. Empecé a contar fechas, hacia atrás. El estrés de los últimos acontecimientos había hecho que olvidara por completo cuándo había tenido el periodo por última vez. No acostumbraba a llevar un registro exacto del tema pero llegué a la conclusión de que, como mínimo, tenía un retraso de dos semanas, si no más... El pulso se me disparó. Me quedé sentada frente al escritorio, en mi cuarto, sin saber qué hacer. Me dije mil cosas antes de coger el bolso y salir disparada por la puerta. Me dije que a veces, tras una situación traumática, se pueden sufrir alteraciones en el ciclo menstrual, que no era nada infrecuente, a pesar de que yo siempre había sido muy regular. Pero lo había leído en una revista en el dentista, así que tenía que ser cierto, ¿no? Traté de tranquilizarme también con el pensamiento de que últimamente había perdido el apetito y, por consiguiente, unos cuantos kilos. Alicia me contó en la última visita que le hice que ella llevaba meses sin tener la regla, así que también podía ser eso... Pero el ataque de pánico que estaba a punto de sufrir no se iba a mitigar aguardando pacientemente a que me viniera de nuevo. La ansiedad por la espera me acabaría matando. Tenía que saberlo YA. Bajé las escaleras de tres en tres y entré en la farmacia a la que solía ir con mi familia, en la misma calle en que vivía. Las puertas automáticas se abrieron cuando el sensor de movimiento detectó mi llegada, y las atravesé con determinación hasta que el *ding dong* que anunciaba mi presencia me detuvo en seco en medio del local. El farmacéutico, un amable anciano que debería haberse jubilado al menos diez años antes, salió de la rebotica y me reconoció al instante.

—Hola Eva, bonita, ¿en qué puedo ayudarte?

Comprendí que no podía comprar allí un test de embarazo. Si alguien entrara en ese momento por la puerta, todo el barrio lo sabría en cinco minutos. Improvisé lo primero que se pasó por la cabeza:

—Buenos días, Antonio. Quería una bolsa de caramelos de miel, para la garganta — dije, con un hilito de voz.

—Uy, sí, parece que te estás quedando afónica... Estos aires acondicionados...

Salí de la farmacia a toda velocidad y descendí con la cabeza gacha las escaleras del metro, como quien se esconde en una cueva, huyendo de un peligro inminente. Desorientada, compré un billete en la máquina y subí al primer tren. Hice todo el trayecto hasta el final de la línea, donde nadie me reconocería. Una vez allí salí a la

calle, a un barrio que nunca había pisado. Todo a mi alrededor tenía una atmósfera irreal. Entrecerrando los ojos para enfocar mejor a lo lejos, hice un recorrido visual a mi alrededor hasta que localicé lo que buscaba. El luminoso con la cruz verde que señalaba la localización de otra farmacia al final de la calle me guió como una polilla hacia la luz. Me puse las gafas de sol y compré el maldito test de embarazo. La farmacéutica, que sin duda me echó más edad de la que realmente tenía, me tendió la compra en una pequeña bolsita acompañada de una sonrisa y un “Buena suerte”. Pensé que aquella frase podía encajar tanto con un resultado positivo como con uno negativo. Me cayó bien de inmediato.

Cuando salí de la farmacia, con la cabeza un poco más despejada que unas horas antes, tracé un plan para realizarme la prueba. No quería hacerlo en casa. No podía soportar la idea de hacerlo allí. Así que, ni corta ni perezosa, me planté en el *lobby* del Hotel Palace. No hay nada como destilar confianza en una misma para que nadie haga preguntas. Atravesé el *hall* con determinación, sin detenerme, y me senté en una de las mesitas bajas de la cafetería, bajo la maravillosa cúpula de vidriera. Pedí un refresco. Me costó diez euros, pero algo tenía que beber para que me entraran ganas de hacer pis. Hice tiempo leyendo una elegante revista de decoración que yacía abandonada en otra mesa. Llevaba puesto un vestido de verano de florecitas, unas sandalias y un elegante bolsito en bandolera que había sido de mi abuela. Me convencí a mí misma de que podía pasar perfectamente por una niña pija alojada en el hotel. Aún así, me entró la paranoia de que todo el mundo a mi alrededor era capaz de leer mis pensamientos, que todo el mundo iba a averiguar que llevaba un predictor escondido en el bolso y que tenía la intención de hacerme la prueba en los elegantes aseos del hotel. Solo había entrado allí una vez, de pequeña. Mi abuela había quedado allí con una antigua amiga, y me llevó con ella. Me pasé toda la tarde admirando embobada aquella bóveda espectacular, mientras un pianista interpretaba en directo música clásica. Si el cielo existía, tenía que ser muy parecido a aquel sitio. Por eso, por la paz que me infundía, y porque sabía que era muy poco probable encontrarme con algún conocido, me pareció el enclave perfecto para averiguar si, en efecto, estaba o no embarazada. Media hora después de terminar mi bebida, me encaminé al servicio y, tras asegurarme de que el pestillo de la cabina cerraba correctamente, extraje el test de la caja y leí detalladamente las instrucciones. No pude evitar sentirme como en un telefilm americano, solo que el mío tenía más tintes de drama que de comedia. Tras contener la respiración apenas unos segundos, el resultado apareció en el visor. Fue tan rápido que el impacto fue aún mayor. No sé por qué, pero pensé que las líneas paralelas se irían dibujando muy lentamente sobre el stick. Pero no, la confirmación de aquel embarazo no deseado se mostró ante mis ojos con la misma virulencia que el día en que fue concebido. Sentí un fuerte mareo que me nubló momentáneamente la vista, pero me recuperé a los pocos instantes. El palito blanco y rosa de plástico amenazaba con caerse de mis manos temblorosas. Tras un último vistazo y la enésima comprobación del folleto de instrucciones, lo deposité en la papelera que había junto al inodoro, entre un mar de compresas y tampones desechados. No se me escapó la ironía de aquello.

Claudia clavó en mí su mirada, entre incrédula y espantada.

—¿Qué podía hacer...? —proseguí. Aún no había cumplido los dieciocho años, no podía fugarme a Londres, aunque todas sabíamos de compañeras que habían realizado aquel viaje "exprés", ¿verdad?

Claudia no contestó. En aquella época, el tema del aborto era tan tabú que ni siquiera entonces, tantos años después, nos atrevimos a pronunciar en voz alta el nombre de aquellas antiguas compañeras bajo sospecha.

—No quería darles ni un disgusto más a mis tíos. Decidí que debía resolver aquella situación yo solita, y por eso acudí a la única persona capaz de ayudarme. Tu padre.

Claudia se incorporó de un respingo. Estaba claro que aquello sí que no se lo esperaba.

—A la mañana siguiente me dirigí hacia el hospital donde trabajaba. El mismo donde, meses atrás, realizó la operación a mi abuela, y donde falleció poco después. El mero olor del edificio —tan característico a alcohol y desinfectante— me revolvió tanto el estómago que no supe si achacarlo al embarazo o a las náuseas por lo que estaba a punto de hacer. Tuve que sentarme un momento en un banco del *hall* de entrada para intentar serenarme y sobreponerme al malestar. Toda mi educación, todos los sermones que había recibido en mi vida, me gritaban que abortar estaba mal, que era un pecado atroz. Pero imaginarme a mí misma dando a luz y criando a aquella criatura, fruto del ataque salvaje de dos violadores, era más de lo que, en conciencia, me veía capaz de soportar.

Cuando logré recomponerme y reunir fuerzas suficientes, me levanté y me dirigí directamente a la consulta de tu padre, cuya ubicación conocía de sobra tras las semanas que atendió a mi abuela. Aguardé pacientemente en la sala de espera hasta que todos los pacientes finalizaron su turno y, antes de que le diera tiempo a reaccionar, me colé en su despacho, cerrando la puerta tras de mí.

—Oh, creí que ya habían pasado todos —dijo, mirándome algo confundido—. ¡Pero bueno, qué alegría verte! —exclamó al reconocerme. Se levantó y rodeó la mesa para obsequiarme con un caluroso abrazo.

—Madre mía, ¡cuánto tiempo! Pensábamos que Pablo y tú habíais regañado... ¿Qué tal? ¿Ya habéis hecho las paces? —prosiguió en tono alegre, volviendo a sentarse de nuevo tras el escritorio.

A pesar de todo el sufrimiento de los meses anteriores —o, tal vez, precisamente por eso—, me resultó muy duro ponerme en el lugar de tu padre, anticipando el dolor que le causarían los hechos que estaba a punto de relatarle. No puedo ni imaginar el impacto que debe sentir un hombre al descubrir que su hijo ha sido capaz de hacer algo tan repugnante como drogar y violar a una mujer, de manera premeditada, y sin ningún resquicio de arrepentimiento. Pero no podía permitirme el lujo de evitarle ese mal trago. Reprimiendo las lágrimas como pude, tratando de no perder la compostura, relaté el crudo episodio de ambos ataques. El tuyo, cuando me destrozaste la mano, y el de tu hermano, cuando me destrozó la vida. Me parece estar viendo ahora mismo el rostro de tu padre. Desencajado, asqueado... Fue incapaz de interrumpirme durante la hora larga que estuve hablando sin parar. En el fondo de sus ojos, comprendí que no ponía en duda la veracidad de mi historia. No obstante, cuando acabé de hablar, tras una larga pausa preguntó:

—No entiendo a santo de qué has venido aquí a contarme esas cosas... ¿Cómo sé siquiera si es cierto?

Levanté la mano vendada, elevándola hasta situarla justo a la altura de sus ojos.

—¿Cree usted que yo podría haberme auto lesionado de esta manera...? ¡Ya no podré tocar el piano nunca más! Usted me vio, estuvo en el concierto en el Real... ¿Es consciente de la gravedad de lo que ha hecho su hija...? Ha destruido mi futuro, la mayor oportunidad de mi vida. He perdido una beca para estudiar en Nueva York. Claudia me odia. Se auto proclamó mi rival desde el primer día, y mi relación con Pablo acabó de desquiciarla del todo. Me amenazó repetidamente, me ordenó que rompiera con él. Le estaba robando protagonismo y devolviendo algo de alegría a su familia... y no se imagina lo competitiva que puede llegar a ser. Al principio me negué, y por eso se vengó de la manera más cruel posible. Pero después de lo de la mano me asusté de verdad. Me derrumbé. No tuve fuerzas para continuar la guerra. Decidí que ningún chico, ni siquiera Pablo, merecía tanto la pena como para soportar la angustia de lo que Claudia pudiera idear para mí después. Así que por eso rompí mi relación con él, aunque no pude revelarle mis verdaderos motivos. Y supongo que va en la familia el hecho de no tomarse el rechazo nada bien, porque su reacción fue la que le he contado.

—Aún así... incluso si todo sucedió tal y como dices... ¿Por qué no acudiste a la policía? ¿Qué quieres que haga yo ahora con esa información, dime...? ¡¿Qué quieres que haga yo?!

—No he venido para pedirle que haga nada con sus hijos. He venido a pedirle un favor para mí. Es algo en lo que nadie más que usted puede ayudarme.

Hice una pausa antes de lanzar la noticia bomba, consciente del impacto que iba a producir en él.

—Estoy embarazada y, como se puede imaginar, no deseo tener este hijo. Necesito su ayuda para abortar.

Tu padre se cubrió el rostro con las manos, horrorizado. Cuando se atrevió a mirarme de nuevo, sus ojos estaban cubiertos en lágrimas.

—No puedo hacer lo que me pides, Eva... Compréndelo, ¡no puedo hacerlo!

—Si no me ayuda, no me dejaré otra opción que ir a la policía y contarlo todo. Puedo achacar la demora en denunciar la violación al trauma sufrido... Me da igual si no me creen. Habrá una investigación, la sombra de la duda siempre recaerá sobre él... Podría tener el bebé, y esperar a los resultados de ADN... entonces sí que no habrá duda de quién es el padre.

—No le conté que Nacho también había participado en la violación —dije, dirigiéndome a Claudia, que hacía un rato que tenía la mirada perdida en el horizonte, más allá del océano—. Sabía que debía jugármelo todo a la carta de Pablo si quería lograr que me ayudase.

Sin esperar ninguna reacción por su parte, continué mi relato:

—¿Quiere arriesgarse a exponerse usted —y toda su familia—, a semejante escándalo...? Su mujer acabaría destrozada. Porque le aseguro que no habrá un alma en esta ciudad que no se entere de lo que me hizo su hijo. Se lo puedo jurar.

—Lo que estás haciendo se llama extorsión —dijo, con una expresión amenazadora. Aquello me enervó de verdad.

—No, no se confunda. Le estoy dando la oportunidad de salvarle el culo al mierda de su hijo y evitarle la cárcel, cosa que ya de por sí me supone un terrible dilema ético, créame... Pero necesito pasar página, seguir adelante con mis planes de vida para el año que viene si no quiero volverme completamente loca o quitarme la vida. ¿Comprende el límite del abismo al que me han empujado sus hijos?

Tu padre se desmoronó. Me resultó muy doloroso verle así. A pesar de todo, le apreciaba. Me consta que hizo todo lo que pudo por salvar la vida de mi abuela. Aunque

no lo lograra, al menos nos regaló unos días para despedirnos de ella. Eso siempre se lo agradecería.

—No sé a quién más puedo acudir... Créame, no deseo torturarlo, lamento mucho ponerle en esta situación. Usted no es como ellos, lo sé. Usted no me ha hecho ningún daño. Pero ésta es la única oportunidad que le voy a dar de salvar a sus hijos, ayudándome ahora. Tengo que solucionar este problema, que también es su problema. En unas semanas me marcharé a finalizar mis estudios en el extranjero. No volverán a saber de mí. Ni usted, ni ningún otro miembro de su familia.

Tras una leve pausa, se levantó de la silla.

—Espérame aquí —dijo de repente, antes de abandonar la consulta. Al cabo de lo que me pareció una eternidad, tu padre volvió a entrar por la puerta y ocupó de nuevo su asiento.

—De acuerdo. Mañana por la mañana, muy temprano, a las seis y media, te vienes al hospital, en ayunas. Me esperas en el aparcamiento de la parte de atrás hasta que yo llegue. Procura no llamar la atención.

—Muchas gracias —fue lo único que alcancé a responder, antes de levantarme y marcharme de allí.

Según lo acordado, a la mañana siguiente me presenté en el aparcamiento, a la hora señalada. Tu padre ya estaba allí cuando llegué, fumando en el interior de su coche, convenientemente apostado en una esquina solitaria. En cuanto me vio, salió del vehículo con un movimiento rápido. Apagó el pitillo contra el suelo y me hizo señas con la mano para que me acercara hasta él. A pesar de hallarnos en pleno verano, la brisa fresca del amanecer hizo que empezara a temblar ligeramente. Me había confiado y no supe prever que, tan temprano, la temperatura sería drásticamente inferior que en las horas centrales del día, por lo que tan solo llevaba unos vaqueros y una camisa ligera de manga corta. Me abracé, frotando vigorosamente los brazos desnudos con mis manos para intentar entrar en calor, y llegué a su altura. Él, sin decir siquiera "Buenos días", echó a andar apresuradamente hacia una discreta puerta que conectaba el aparcamiento con la parte trasera y menos transitada del edificio principal. Sus zancadas eran tan largas que tuve que apretar el paso para seguirle el ritmo. Deduje que nos encontrábamos en el *parking* de los trabajadores del hospital. Crucé tras él la pequeña entrada, que conducía a través de un angosto pasillo a unas escaleras que descendían a una especie de sótano. Durante todo el trayecto, volvió tres o cuatro veces la vista atrás, asegurándose de que nadie nos hubiera visto entrar allí. Recorrí detrás suyo un laberinto de escalerillas, corredores e intrincados recodos, hasta que de repente se detuvo ante una puerta, que golpeó suavemente con los nudillos. Al cabo de unos segundos ésta se abrió, dejando entrever el rostro de un doctor algo más joven, de aspecto somnoliento, ataviado con bata blanca y el típico estetoscopio alrededor del cuello. Sin mediar palabra, tu padre extrajo un sobre cerrado del bolsillo interior de su chaqueta y se lo entregó. El doctor lo cogió sin hacer comentario alguno, me miró, y dijo secamente:

—Acompáñame, por favor.

Tu padre se volvió hacia mí y, adoptando un tono sereno, intentó aplacar mi evidente ansiedad:

—Tranquila. Todo irá bien.

Dicho esto, dudó un segundo sobre qué movimiento realizar a continuación. Finalmente, tras un torpe amago de abrazo, posó su mano sobre mi hombro durante un par de segundos, dio media vuelta y desapareció por donde habíamos venido.

Quien crea que someterse a un aborto es un acto trivial para una mujer, está claro que no sabe de lo que habla. Como si el frescor del alba se hubiera instalado bajo mi piel, no lograba dejar de temblar. No conseguía entrar en calor. El doctor me acompañó hasta una salita interior. En ella no había ni una sola ventana, ni un resquicio de luz natural. Me indicó que me tumbara sobre una camilla y, tras pedirme que me subiera un poco la camisa, aplicó un frío gel sobre mi vientre y procedió a realizar una ecografía. Desvié la mirada hacia el lado opuesto de la habitación. Si cierro los ojos, aún puedo recordar nítidamente el anodino cuadro al óleo en el que decidí concentrar toda mi atención, como si de un Van Gogh se tratara. Reflejaba un apacible paisaje marino, con un barco de vela alejándose hacia el atardecer, rematado por un horrible marco dorado pasado de moda. Se me antojó la pintura más detestable que había visto hasta la fecha, pero resolví perderme en sus desvaídos colores, imaginándome a mí misma en cualquier otro lugar. Lo que fuera con tal de ausentarme de todo aquel maldito proceso. Odié más que nunca a tu hermano por hacerme pasar por eso, tanto o más que por la agresión en sí. Todo formaba parte de la misma mierda que yo no había pedido, una brutal invasión de mi cuerpo ante la que no había tenido ninguna posibilidad de defenderme. Tras deslizar el aparato sobre mi abdomen durante unos minutos, pareció estar satisfecho con lo que quiera que estuviera mirando y, tendiéndome un rollo de papel desechable, me indicó que me limpiara. Después me guió a una salita contigua. Ésta no era más que un cubículo de unos dos por dos metros, similar al vestuario de un gimnasio. Una bata verde, de un material tan fino que parecía papel, colgaba de un gancho en la puerta.

—Quítate toda la ropa y ponte esta bata. Cuando estés lista, sal de nuevo a la sala y te acompañaremos al quirófano.

Me impactó escuchar la palabra "quirófano", no sé por qué... Mientras me desnudaba pensé en mi madre. Pensé también en mi abuela. No en lo que me dirían, ni en nada que tuviera que ver con la situación en que me encontraba. Sencillamente, pensé en ellas. Sentí que me acompañaban. Que me comprendían. Que no era una aterrorizada niña de diecisiete años a punto de someterme, completamente sola, a una intervención quirúrgica. Luego pensé en Pablo y en ti. En que, con toda probabilidad, estaríais durmiendo plácidamente en vuestras camas en aquel preciso instante, disfrutando de vuestras vacaciones de verano con total despreocupación. Respiré hondo. Una vez, dos, tres. Me recordé a mí misma que en unos días estaría rumbo a Australia, muy lejos de aquel sórdido sótano de hospital. Despejé mi cabeza de todo pensamiento y entré de nuevo en la sala. Contrastando drásticamente con la atmósfera anterior, me sorprendió la presencia de una sonriente enfermera que, con aire distendido y dicharachero, le contaba no sé qué historia del turno de noche al taciturno doctor, mientras se enfundaba unos guantes de látex y andaba de aquí para allá preparando el material quirúrgico. Cuando reparó en mi presencia, se dirigió hacia mí con paso alegre y, tomándome del brazo, me acompañó al quirófano.

—¿Qué tal, bonita? Soy la enfermera y anestesista. No estés nerviosa ni te preocupes por nada, ya verás cómo pasa todo en un pis-pas.

Hablaba a toda velocidad, sin respirar. Casi me hizo reír pensar en aquella extraña pareja compuesta por el lúgubre doctor y la pizpireta enfermera. He de confesar que su mera presencia allí consiguió hacer el resto del proceso más llevadero. Me pregunté cuánto dinero habría en el sobre que les había entregado tu padre, y cómo se lo repartirían entre ellos... *¿Fifty-fifty?* Algo me decía que la pobre mujer se llevaría bastante menos porción del pastel. ¿Cuántas chicas pasarían por allí cada semana, cada mes, cada año...? Si lo piensas, probablemente era aquella una actividad tremendamente lucrativa. No solo se compraba la intervención en sí –con toda la seguridad que daba ser asistida en un hospital, a manos de profesionales– sino que se garantizaba el total anonimato, al no constar ningún registro sobre del tema. Cuando acudí a tu padre en busca de ayuda ni siquiera me planteé el tema del dinero, pero no me cabía duda de que aquello le habría costado al buen doctor un pellizco importante. Él nunca me pidió ni un euro.

A juzgar por los horribles carteles que colgaban de las paredes, deduje que en aquel área del hospital se realizaban cirugías maxilofaciales, o algo similar. Todo eran espantosos diagramas de dientes, terminaciones nerviosas, glándulas tiroideas y cosas por el estilo. En menos de dos minutos me encontré entrando de la mano de la enfermera en un quirófano semi en penumbra, presidido por una camilla –en el centro de la estancia– sobre la cual pendía una gran lámpara con focos de luz opaca. A los pies de la camilla se encontraban los estribos. La enfermera me ayudó a acomodarme y poner los pies sobre ellos. Ni que decir tiene que no había ido al ginecólogo en mi vida, claro. Al cabo de pocos minutos el médico hizo su aparición, con el rostro medio oculto por una mascarilla. Tras cogerme una vía en el brazo y chequear unas cuantas cosas, la enfermera, tomándome de la mano, se situó a mi lado.

—Ahora te voy a poner esta máscara sobre la nariz y la boca. Quiero que estés tranquila y cuentes hacia atrás desde diez, ¿de acuerdo?

Asentí con la cabeza. Mientras me colocaba la máscara, fijé la vista en un reloj de pared. Marcaba las 7:05.

—Diez, nueve, ocho, siete...

Cuando desperté, el reloj marcaba las 8:13. Apenas una hora había sido suficiente para realizar la intervención. Permanecí aún casi una hora más allí tumbada, mientras la enfermera comprobaba que el efecto de la anestesia había pasado y que el proceso de reanimación se desarrollaba sin ninguna incidencia. No volví a ver al doctor. Cuando consideró que todo estaba en orden y que podía marcharme, la enfermera me acompañó hasta el pequeño vestuario, donde me puse de nuevo mi ropa. Tras asegurarse de que me encontraba recuperada del todo, me dio unas breves instrucciones a seguir durante los días siguientes y me acompañó a la salida principal del hospital por un camino mucho

más corto del que había recorrido para entrar. Se despidió de mí con un ligero apretón de manos, y me vi de nuevo en la calle, sola, con una desagradable sensación de desasosiego oprimiéndome el pecho. Ya había amanecido del todo. Los rayos del sol comenzaban a calentar débilmente las calles de Madrid, aún medio desiertas. Eché a andar sin rumbo fijo, con la mirada fija en el horizonte, sin volver la vista atrás. Caminé y caminé, atravesando los barrios más bonitos de mi ciudad, despidiéndome de ella. Acabé en el Parque del Retiro, sentada frente al Palacio de Cristal, mi rincón favorito del planeta. El único recuerdo que conservo de mi madre tiene que ver con el día que nos hicimos la foto que llevo siempre conmigo, en la que aparezco en sus brazos, rodeada por el resto de mi maltrecha familia, justo en aquel lugar, frente a ese maravilloso edificio. Pero no sé si es un recuerdo real o lo he ido construyendo yo con los años, por tener algo de ella a lo que aferrarme. En realidad da igual. El caso es que ése era mi lugar en el mundo: justo enfrente del Palacio de Cristal, en la orilla opuesta del pequeño lago cuyo reflejo multiplica su traslúcida y decadente elegancia. Allí, sentada en un banco, completamente sola, recargué mi cuerpo de energía bajo los rayos de sol del mes de agosto, que comenzaba a apretar con la llegada del mediodía. Por fin logré entrar en calor.

—Ahora entiendo... —susurró Claudia, interrumpiendo mi recuerdo.

—¿El qué?

—Claro... —continuó, hablando para sí misma—. Ahora tiene sentido. Un día, aquel verano —prosiguió, esta vez dirigiéndose a mí —mi padre volvió del trabajo hecho un basilisco. Pablo y yo estábamos en casa. Paula había salido a dar un paseo con Marcos. Mi padre nos sentó a los dos en el sofá del salón y nos echó una bronca de cuidado. Pablo había suspendido casi todo, tendría que repetir. Ahora entiendo por qué. Mi padre le comunicó, sin posibilidad alguna de discusión, que estudiaría el siguiente curso en un estricto internado británico. De nada sirvieron las airadas protestas de mi hermano. El curso empezaría en apenas dos semanas, y no había más que hablar. Reconozco que aquello no me sorprendió, pero sí que me dejó de piedra cuando, a continuación, se dirigió a mí y me espetó que tampoco estaba en absoluto orgulloso de mi comportamiento y que, siguiendo la misma línea que Pablo, habían decidido enviarme a mí también a un internado, en Irlanda. Estaba tan agotada tras aquel curso que, al contrario que Pablo, no puse ninguna objeción. De hecho, me pareció que lo más indicado para la salud mental de toda la familia era pasar unos meses separados. Al cabo de unos días, preparé mi equipaje sin rechistar y cogí resignada el avión a Dublín.

—Bien por tu padre —respondí.

—Eva, de verdad, lamento muchísimo todo el daño que te hicimos... no hay excusa posible... pero tienes que mirar las cosas con perspectiva... ¡Éramos unos adolescentes! Nuestras acciones fueron imperdonables, sí, pero dime... ¿Qué podrías hacerme ahora

que logre borrar nuestros errores del pasado? ¿Acaso matar a Mónica te ha devuelto la felicidad? ¿Es eso, disfrutas matando? ¿Te has convertido en una asesina, vas a eliminarme a mí también como venganza...?

—Ya te dije antes que, si hubiera querido acabar contigo, habría tenido la oportunidad hace mucho tiempo. No... Eso sería demasiado sencillo y no me proporcionaría una especial satisfacción. Para que te quede claro —ahora que conoces casi toda la historia— mi anhelo es mucho más profundo. Lo que deseo, por lo que estamos hoy aquí, es para decirte en persona que, a partir de ahora, mi único objetivo en la vida es lograr que sufras tanto como yo he sufrido. Solo que con dieciocho años de intereses acumulados.

Una de las cosas que más he lamentado durante todos estos años es no haber denunciado tu agresión y, sobre todo, la de tu hermano y su amigo. Mi silencio me ha torturado todos los días de mi vida. No hice nada para, al menos, tratar de evitar que alguna otra mujer en el futuro pudiera sufrir lo que yo he sufrido. Entonces no pensé en ello, pero ahora estoy segura de que no soy la única persona a la que habéis maltratado, de una forma u otra. Tu hermano también va a pagar, puedes estar segura de ello. Pero ahora estoy hablando contigo, así que me centraré en ti. Quiero que, a partir de hoy, no vuelvas a descansar jamás. Cuando te levantes cada mañana, lo harás con la angustia de saber que en cualquier momento reapareceré en tu vida con la única intención de hacerte daño. Igual que me ocurría a mí a los diecisiete años, cuando me levantaba para ir al colegio y tenía que afrontar la jornada sin saber si me partirías una pierna, me tirarías por las escaleras o me torturarías de cualquier otro modo. Te creía capaz de cualquier cosa. Te SABÍA capaz de cualquier cosa. ¿Te imaginas lo que es vivir con ese miedo día tras día? Y lo peor de todo es que el terror nunca desaparece del todo. ¿Sabes lo que es el estrés post-traumático? Es algo que te acompaña el resto de tu vida. Cada vez que salgo a la calle, estoy alerta. Cada vez que tengo relaciones íntimas con alguien, vuelvo a la fiesta de fin de curso. No se supera nunca. Sé que jamás, jamás, volveré a estar bien del todo. Por eso quiero que cada noche, antes de irte a dormir, te cerciores de que todas las puertas y ventanas de tu casa están cerradas, y de que tu marido y tu hija están a salvo. Me voy a asegurar de que tus días transcurran sumidos en la paranoia perenne de que puedo enviar a algún matón a esperarte en la oscuridad de un *parking*. Vas a vivir bajo la amenaza permanente de que, si un día de estos se me cruza un cable, enviaré a la policía tu móvil "extraviado" y, con él, todas las pruebas que te incriminarían —sin dejar lugar alguno para la duda razonable— en el asesinato de la pobre Mónica... Y ahí es donde entra ella en juego, ya que tanto te inquieta su muerte. Compréndelo. Para llegar a la Reina, a veces hay que sacrificar otras piezas del tablero... Lo que más me sorprende es que, con lo competitiva y lo inteligente que eres, no indagaras un poco acerca de ella. ¿No te resultó extraña su llegada a la agencia, así, de repente...?

Claudia me dirigió una mirada enigmática. Obviamente, no tenía la menor idea de a dónde quería ir a parar. Una oleada de orgullo me recorrió el cuerpo.

—Reconozco que no estaba del todo segura sobre esa parte del plan, pero funcionó como un reloj suizo. ¿Aún no lo entiendes? Mujer, ¡Mónica era una actriz! Yo la contraté.

Por un momento creí que a Claudia se le iban a salir los ojos de las órbitas.

—No puede ser... —musitó, en un tono casi inaudible.

—Ya lo creo que sí. Fue tan divertido planearlo... Alquilé una oficina y me hice pasar por agente de casting. Puse un anuncio en internet, y al día siguiente tenía como treinta mails de posibles candidatas. Hice pruebas a todas y tuve suerte, porque Mónica era exactamente lo que estaba buscando. Elegante, con clase, educada, súper atractiva... ¡Hasta con ciertos conocimientos en Publicidad y Relaciones Públicas! Volví a reunirme con ella al día siguiente y le expliqué que, en realidad, no se trataba de un casting para una serie o una película, sino que necesitaba contratarla para que interpretara el mejor papel de su vida. Al principio dudó, pero se avino enseguida a ayudarme con mi plan tras ofrecerle una cantidad de dinero que —obviamente— no pudo rechazar. El "contrato" incluía además ropa de lujo, un apartamento en el centro, viajes... Su misión sería seducir a Alberto —aquello fue pan comido— e infiltrarse en la agencia, robándole la vicepresidencia. Reconozco que hasta a mí me impresionó la naturalidad con la que desempeñó su interpretación. Al principio no entraba en mis planes el asesinato, créeme, pero al cabo de unos meses comenzó a acusar la tensión y me pidió abandonar el papel. Intenté convencerla de que aguantara un poco más, pero se negó. Como te puedes imaginar, no habíamos firmado precisamente un contrato oficial que la retuviera legalmente en el "puesto". Al presionarla, amenazó con revelar la verdad si no la dejaba marchar. ¡Quiso extorsionarme! ¿Te lo puedes creer? Trató de darle la vuelta a la tortilla, ¡me pidió medio millón de euros a cambio de su silencio! Así que no me quedó más remedio que "negociar" con ella. Acordamos que, tras un último viaje a Nueva York —las estancias allí eran su perdición—, le permitiría marcharse para siempre. Así que ya ves... Tuve que quitarla de en medio. No podía arriesgarme a que cualquier día decidiera volver a chantajearme y, de paso, comprendí que utilizar su muerte contra ti convertía mi problema en una jugada perfecta. De todos modos, tú y yo sabemos que el mundo está mejor sin ella. Estoy convencida de que tampoco fue un angelito en el patio del colegio. Ahora, también espero que asumas que si está muerta es por tu culpa. Todas las malas decisiones que has tomado hasta ahora te han traído hasta aquí, hasta este preciso lugar en el espacio y en el tiempo. Así que no me siento responsable. Tú empezaste esta guerra, y en todas las guerras hay víctimas inocentes. Tienes que reconocer, además, que era el blanco ideal para tenerte pillada como te tengo. Si finalmente decido hacer llegar las pruebas a la policía, el móvil resultará evidente. Tú eres la única y gran beneficiada con su muerte. Todo el mundo sabe que teníais una relación tóxica y competitiva, y que ella era el único obstáculo que se interponía entre la vicepresidencia de la empresa y tú. Si me apuras, hasta yo podría aparecer y declarar

por sorpresa en el juicio, recordando la tensión que hubo entre vosotras durante todo el vuelo... Puede incluso que la cámara de mi ordenador grabara "por casualidad" partes de nuestra conversación. En fin, que espero que no olvides nunca que, si intentas hacer cualquier tontería como ir a por mí, alguien hará llegar el teléfono con las pruebas a la policía.

—¡Estás enferma! —replicó poniéndose en pie de un salto—. ¡Ya estoy harta, quiero volver al hotel!

Claudia echó a correr por la orilla y se apresuró a sentarse en el bote, disimulando a duras penas su nerviosismo, aunque se esforzara por mantener una actitud estoica ante nuestro sorprendido guía. Comprendiendo que me resultaría imposible retenerla en la isla por más tiempo, me dirigí tras ella a la embarcación e indiqué al muchacho con un gesto que había llegado el momento de regresar.

Emprendimos el camino de vuelta al hotel en silencio, sentadas cada una en una punta de la barca. Al cabo de una media hora, se levantó y se acomodó frente a mí, clavándome su fría mirada una vez más.

—¿Por qué ahora? —preguntó—. Has tenido muchos años para vengarte... ¿Por qué no has hecho nada hasta este momento? Si estás tan decidida a arruinarme la vida, ¿qué sentido ha tenido aguantar semejante sufrimiento, como dices, a lo largo de tantos años, pudiendo haber vuelto para resolver las deudas del pasado mucho antes?

—Tal vez no me creas, pero hace apenas un año creí haber logrado finalmente encontrar algo de paz. Lo cierto es que, hasta hace relativamente poco, a pesar del dolor, en mis planes no entraba la venganza. Rehice mi vida lejos de España y me fui convenciendo de que, con el paso del tiempo, lograría convivir con el pasado. Pero sucedieron dos cosas que me hicieron cambiar de opinión. No pienso compartir contigo detalles de mi vida pero puedo contarte que, hace unos años, intenté formar una familia. Me enamoré, y decidí quedarme embarazada. Tras varios intentos fallidos, decidimos buscar ayuda profesional y, en una de las primeras revisiones rutinarias, mi ginecóloga me reveló que era prácticamente imposible que me quedara embarazada. Me preguntó si no me habían informado, cuando me hicieron la ligadura de trompas, de que aquel proceso era difícilmente reversible. Me quedé de piedra. Me he sometido a muchas intervenciones quirúrgicas a lo largo de estos años, pero ninguna que me impidiera tener hijos. ¿Comprendes lo que quiero decir?

Claudia se cubrió la boca con las manos, ahogando un grito de sorpresa.

—Exacto. No sé si la orden vino directamente de tu padre, o si aquellas dos personas que realizaron la intervención decidieron unilateralmente que el mejor castigo para las adolescentes promiscuas era la esterilización. Tuve una crisis de ansiedad tan grave que tuvieron que ingresarme. Pude adivinar el pánico en los ojos de mi chico. Él nunca me había visto así. Desde que me marché de España con diecisiete años —cuando tomé la determinación de dejar el pasado atrás e iniciar una nueva vida— nadie ha sabido toda la verdad sobre lo que me ocurrió aquel curso maldito. Mi partida marcó un nuevo comienzo, el nacimiento de una nueva yo. Hasta me cambié el nombre. A raíz de aquella crisis pasé dos semanas en el hospital, en estado de *shock*. No podía hablar, ni moverme. Me alimentaban a través de una sonda. Todavía no sé muy bien cómo, logré

recomponerme y, puesto que no requería de más atención estrictamente hospitalaria, me dieron el alta. Mi chico me demostró, a pesar de que me empeñara en mantenerle en la más absoluta ignorancia acerca de lo que había desencadenado mi colapso nervioso, que hay personas maravillosas en el mundo, capaces de un amor incondicional. Un amor que no había conocido hasta que nuestros destinos se cruzaron.

Por desgracia, el retorno al pasado no acabó ahí.

A las pocas semanas de obtener el alta del hospital, recibí una llamada de Madrid. Un familiar –el último que me quedaba– había fallecido, y debía ocuparme de varios asuntos legales. La sola idea de embarcarme en un avión con destino a Madrid me producía tanto vértigo que temí volver a descompensarme de nuevo. No obstante, no podía eludir mi responsabilidad y, además, algo en mi interior me empujó a intentar superar mis miedos y despedirme del hombre que había sido como un padre para mí. Nerviosa, pero tratando de ser valiente, cogí el maldito vuelo hace aproximadamente un año. Sin entrar en detalles, al final mi estancia en Madrid se prolongó más de lo previsto, por complicaciones burocráticas y problemas con el testamento. Viendo que no me quedaba más remedio que adaptarme a las circunstancias, me propuse relajarme e intentar reconciliarme con la ciudad que me vio nacer y que, en primavera, lucía más hermosa de lo que recordaba.

Y entonces es cuando tuvo lugar el segundo incidente. El que, para tu desgracia, activó el detonador de mi plan de venganza.

Una mañana, tras varias reuniones frustrantes con abogados y testaferros, cogí la moto que había comprado para desplazarme libremente por Madrid durante mi estancia y me propuse acercarme al Retiro, a relajarme en mi rincón favorito, como solía hacer de joven. Mi chico me inculcó la pasión por las motos cuando... —me mordí la lengua, comprendiendo que estaba nuevamente a punto de revelar más información de la que quería que Claudia tuviera. Por nada del mundo le daría la oportunidad de seguirme la pista una vez abandonáramos Hawai, ni pondría en peligro la integridad física de cualquier persona importante para mí, aunque nos separaran miles de kilómetros y una identidad falsa imposible de rastrear. Retomé el relato tratando de ser selectiva con la información que compartía con ella:

—De camino al Retiro, bajando por la calle Velázquez, me detuve un momento a comer algo rápido en una cafetería. Aparqué la moto en la puerta, pedí un café y un sandwich en la barra y me senté en una mesa libre, al fondo del local. Llámalo casualidad, llámalo mala suerte... Lo único cierto es que, cuando estaba a punto de marcharme, el destino se cruzó de nuevo conmigo para recordarme que, por mucho que tratemos de esquivarlo, el pasado siempre nos alcanza. Justo cuando me ponía en pie, tu pequeña e idílica familia hizo acto de aparición en la cafetería. *"Of all the gin joints in all the towns in all the world..."* pensé, rememorando la célebre cita de *"Casablanca"*. ¿Cuántas cafeterías puede haber en Madrid? ¿Cientos? ¿Miles? Y a pesar de eso, ¿por qué nunca me encuentro con Sabina...? —suspiré. Claudia no estaba para ironías.

—No, tenías que ser tú. De nuevo tú. Por un instante, sentí que se me cortaba la respiración. No sé ni cómo atiné a sentarme de nuevo sin caerme de la silla. Lo que, inconscientemente, más había temido antes y durante mi regreso a Madrid, acababa de suceder. Mi mente comenzó a librar una lucha interna entre la necesidad imperiosa de huir y el apabullante deseo de quedarme y observar. Sorprendentemente, la segunda opción se impuso sobre el instinto de supervivencia, que me ordenaba a veces escapar antes de que alguna nueva tragedia se abatiera sobre mí. O tal vez es que el miedo, una vez más, me paralizó de tal forma que volví a ser de nuevo Eva, la adolescente aterrorizada e indefensa, escondida en una esquina del patio del colegio.

La disposición del local jugaba a mi favor, ya que mi mesa quedaba semioculta tras una columna y resultaba difícil que, desde el rincón donde tomaste asiento con Jorge y tu hijita, pudieras reparar en mi presencia. Al mismo tiempo, confiaba en que todos mis cambios físicos me hicieran pasar desapercibida si me lo proponía pero, por prudencia, saqué del bolso mis grandes gafas de sol y me las puse, dispuesta a espiar por unos minutos a la feliz madre de familia en que —aparentemente— te habías convertido. Me

dolía el pecho al mirarte. La vida parecía haberte tratado muy bien. Reconocí inmediatamente a tu marido, Jorge Loyola, el famoso arquitecto. Recordaba haberle visto no hacía demasiado tiempo en un reportaje en televisión, pero desconocía el dato de que estuvieras casada con él. Me parecísteis una pareja perfecta. Él te miraba embelesado y pensé... pensé que tal vez habrías cambiado. Luego, tu hija se dirigió a ti. No pude escuchar lo que te decía, pero debió ser algo que no te gustó. Se me pusieron los pelos de punta al volver a ver en tus ojos aquella mirada llena de rabia, de ira... aquella mirada frustrada cuando no conseguías lo que querías, o sacabas menos nota en un examen de la que creías merecer. La misma mirada aterradora que clavaste en mí segundos antes de apagar un cigarrillo sobre la palma de mi mano. La misma que me dirigiste la primera vez que me viste de la mano con Pablo... Un carrusel de imágenes y tortuosos recuerdos desfilaron ante mí tan vívidamente que temí perder el conocimiento. Se me empañaron los ojos, comencé a sudar sin control, tenía el pulso disparado... Los mismos síntomas físicos que me infundías en la adolescencia, recorrían de nuevo mi cuerpo como si no hubiera pasado el tiempo. Laura te miraba con ojitos de cordero degollado. Me vi totalmente reflejada en ella. No sé qué desencadenó el conflicto, pero me tranquilizó contemplar cómo Jorge se entrepuso hábilmente entre vosotras, con la soltura de quien lo ha hecho ya mil veces, mediando en la discusión, y consiguiendo rebajar la tensión entre vosotras. “Pobre hija”, pensé. La primera impresión de armonía que envidié al veros entrar se vio eclipsada al momento por la realidad. No habías cambiado nada. Seguías siendo la misma mujer fría, controladora e iracunda, solo que ahora al menos habías encontrado en tu marido a alguien que te ayudara a frenar tus impulsos. No obstante, me inquietó el presentimiento de que aquella niña pequeña se hubiera convertido en tu nueva *punching ball*, el objetivo sobre el que descargar tus golpes. Transcurridos unos segundos, encandilada por el tono meloso de Jorge, tu expresión se relajó de nuevo. Una sonrisa volvió a dibujarse en tu rostro, e incluso te inclinaste cariñosamente sobre la pequeña, besándola en la mejilla.

Decidí que no tenía ningún sentido continuar exponiéndome a tan innecesaria tortura, y me dispuse a salir de allí sin ser vista. Duplicando la prudencia, me puse el casco antes de abandonar la cafetería, con la intención de subirme a la moto y continuar con mis planes para el día. Pero a medio camino entre mi mesa y la puerta de la calle, a punto estuvo de darme de nuevo un ataque. Todo sucedió en décimas de segundo: Jorge, que se pone en pie y agita la mano en el aire, saludando a alguien que, desde fuera, le devuelve asimismo el saludo. Laura y tú que os giráis, sonrientes, hacia la puerta. Y la pequeña que sale corriendo y se abraza al hombre que acaba de llegar, mientras grita: “Tío Pablo, ¡llegas tarde!”.

Llegados a este punto de la narración, el rostro de Claudia era todo un poema.

—El espacio para salir a la calle era escaso, y me vi obligada a pasar tan cerca de Pablo que nuestras cinturas se rozaron levemente al deslizarme a su lado. Sin mirarme a la cara, esbozó un discreto “Disculpa”, y se unió a vosotros, tomando asiento a tu lado, al tiempo que acomodaba a Laura sobre su regazo y le tendía un paquete envuelto con

papel de regalo.

Hice una pequeña pausa. El mar estaba en calma y la brisa en el rostro me ayudó a mantener la serenidad. A lo lejos se adivinaba ya el desdibujado contorno del complejo hotelero. Calculé que quedarían alrededor de veinte o veinticinco minutos para llegar, y decidí apresurarme en terminar mi relato.

—Aquel encuentro inesperado supuso un impacto demasiado fuerte para mí. Parada allí, en la calle, junto a mi moto, no lograba decidirme a marcharme. No podía apartar la vista de vosotros, charlando animadamente, disfrutando de una agradable tarde familiar, como si las atroces agresiones que habíais perpetrado nunca hubieran tenido lugar... ¿Quién podría creer, viéndoos allí, tan civilizados, tan elegantes, que aquellos dos hermanos, unos cuantos años atrás, hubieran sido capaces de torturar y destrozarse la vida de una compañera de colegio? La vibración del móvil, bramando desde el interior del bolso, me sobresaltó. Me vi obligada a contestar para resolver unas cuestiones con mi abogado, y tuve que quitarme el casco. No dejé de vigilaros durante todo el tiempo que duró la llamada. Debimos estar hablando bastante rato porque, antes de que la conversación terminara, observé cómo os levantabais de la mesa, dispuestos a abandonar la cafetería. Comenzaba a anochecer. Las farolas de la calle Velázquez se encendieron y yo, temerosa de ser descubierta, me apresuré a despedirme de mi interlocutor, enfundarme de nuevo el casco y subirme a la moto con la intención de huir antes de que alguno de los dos reparaseis en mi presencia. Sin embargo, algo me impedía alejarme sin más. Fue un impulso, algo instintivo. Subida a la moto, con el motor en marcha, decidí aguantar unos segundos más. No sé qué esperaba. Una señal, una indicación que me dijera “ahora, ya puedes marcharte, déjalo estar”. Ya en la calle, os despedisteis de Pablo. Él se aproximó a la calzada y, levantando un brazo, paró un taxi y se perdió entre el tráfico del barrio de Salamanca. Vosotros, para mi sorpresa —y tu mala suerte, supongo—, os metisteis en el imponente coche que estaba aparcado justo en la acera de enfrente. La tentación era demasiado fuerte como para resistirme. Sin meditarlo un segundo, me dejé guiar por mi instinto y os seguí hasta vuestra casa.

El gesto de Claudia era toda una oda a la cólera y la indignación. Lo disfruté tanto... Mi plan estaba dando exactamente el resultado esperado. Después de tantos años, tenía ante mí a una Claudia aterrorizada, descolocada, muerta de miedo.

—A partir de ese momento, ya no hubo marcha atrás —proseguí, envalentonada—. Descubrí dónde vivís, en una de las urbanizaciones más lujosas de Madrid. Una vez que di ese paso, fue inevitable querer averiguar más cosas. Apuesto a que nunca reparaste en la moto que te seguía a todas partes, ¿verdad? Así fui recopilando toda la información

que necesitaba: dónde trabajas, cómo es tu vida, a qué colegio va tu hija... Con dinero y discreción, se pueden averiguar muchas cosas... o pagar a gente para que las averigüe por ti.

Claudia parecía a punto de desmoronarse, pero logró mantener la serenidad espoleada –supongo– por la necesidad de saber hasta qué punto su vida y su felicidad estaban ahora en mis manos.

—Lenta y progresivamente, fue creciendo en mí la semilla de la venganza. No pude pararlo. O no quise. Germinó en mi interior con tal virulencia que me abandoné a ella deleitándome con lo que, a partir de aquel momento, desde mi nueva y aventajada posición, estaba a punto de convertirse en el objetivo que daría sentido a mi vida. Lo confieso: no había estado tan centrada en una meta desde que me vi obligada a abandonar la carrera de piano. De yacer en estado catatónico en una cama de hospital pasé, en poco tiempo, a tener una motivación para levantarme todos los días de la cama. Emocionada. Ilusionada, incluso. Todo lo demás pasó a un segundo plano. No tengo nada que perder y, sobre todo, no tengo miedo. A diferencia de a mis diecisiete años, tengo una fortuna y todo el tiempo del mundo para invertirlo en esta misión. Ha sido estremecedoramente sencillo acceder a tus llamadas, tu emails, indagar en tus relaciones familiares y profesionales... Tramar el plan para implicarte en la muerte de Mónica fue un juego de niños. No voy a decirte que disfruté quitándole la vida, pero sí poniendo la tuya en el atolladero en el que te encuentras ahora. También sé que tu padre se jubiló, y tras eso se mudaron a un chalet en la sierra. Tu padre está delicado del corazón. Sin embargo, ¡tu madre está estupenda para su edad! Salen juntos a pasear por el campo, y ella disfruta cuidando el jardín. Tu hermana Paula se casó con Marcos. No pueden tener hijos, lo cual, para una pareja tan religiosa me consta que es todo un trauma. Sí, ya ves, lo sé todo. Y por supuesto, está Pablo... Se casó también, hace cinco años. Su mujer, Leticia, es guapísima, una *influencer* bastante popular gracias a su blog de moda. Tienen un bebé de seis meses, Mateo. Y, por supuesto, sé que Pablo fundó una empresa con Nacho, su amigo del alma. ¡Son socios! Los dos violadores son socios, claro, como no podía ser de otra manera... Empresarios, cocainómanos, puteros... No me ha sorprendido comprobar que tampoco ellos han cambiado demasiado.

No pude avanzar más en mi relato porque la embarcación alcanzó finalmente la orilla de la playa. Claudia se apresuró a saltar de la barca. Antes de alejarse de mí, guiada por lo que solo puedo interpretar como un repentino arranque de soberbia, susurró en mi oído: “Si piensas que vas a salirte con la tuya y que voy a rendirme sin luchar, estás muy equivocada”. Su voz trataba de destilar seguridad, pero sus ojos temblorosos delataban un profundo desasosiego. Dando nuestro encuentro por zanjado, puso rumbo hacia el caminito formado por travesaños de madera que conducía hasta el edificio principal. No había recorrido ni diez metros cuando, en perfecta sincronía con

mis planes, Jorge hizo su aparición en la playa, corriendo a toda la velocidad de la que era capaz, en un evidente estado de agitación.

—¡Claudia! ¡Claudia! —le escuchamos gritar—. ¡Por fin estas aquí! ¡Ha ocurrido algo terrible!

Yo caminaba serenamente detrás de ella, con la dificultad que supone andar sobre la parte más arenosa de la playa, cuando los pies se hundían tanto que resulta imposible correr y parece que uno se desplace a cámara lenta, o sobre arenas movedizas. Claudia, asustada por los gritos de Jorge, trató infructuosamente de acelerar el paso, hasta que la densidad de la arena le permitió avanzar más deprisa y alcanzar a su angustiada marido. Fingiendo cierta inquietud, aceleré también el paso y llegué a su altura tan solo unos segundos después:

—Leticia te ha estado llamando al móvil... —explicaba Jorge con la respiración entrecortada, tratando de recuperar el aliento.

—¿Qué ha pasado? Jorge, dime... ¿Qué?! —preguntó Claudia, histérica.

—La policía les encontró ayer... a los dos... no saben bien... una sobredosis, parece...

—¿Qué dices, Jorge, a quién encontró la policía? ¡No entiendo nada!

—A Pablo y a Nacho...

Claudia enmudeció. Se giró bruscamente hacia mí, tratando de reprimir un grito.

—Por Dios, ¿qué ha ocurrido? —pregunté, simulando sorpresa.

—Discúlpalos Eva, tenemos que irnos —se excusó Jorge mientras rodeaba a Claudia con sus brazos y emprendía el camino hacia el hotel. Laura irrumpió de repente en la playa, corriendo hacia sus padres con expresión angustiada, seguida de lejos por una Adriana sofocada por la carrera. La aparición de la niña propició que Jorge se separara momentáneamente de su esposa y se apresurara a consolar a la pequeña que, seguramente, intuía a aquellas alturas que algo espantoso acababa de suceder. Con Jorge fuera de nuestro campo de escucha, susurré en el oído de Claudia:

—Las drogas son terribles. Terribles. Lo peor de todo es que, por mucho que uno crea que está comprando un producto de calidad, nunca se sabe si lo que se mete está adulterado con alguna porquería... y muchas de esas mierdas son un veneno mortal.

Claudia no contestó. Las piernas le fallaron y se derrumbó, cayendo de rodillas sobre la arena. Encogida sobre sí misma, rompió a llorar desconsoladamente. Al cabo de unos segundos percibí de nuevo su voz, un hilillo prácticamente inaudible que repetía quedamente, como una letanía:

—Por favor, perdóname... te lo suplico, te lo ruego, perdóname, perdóname...

Me incliné junto a ella.

—No. No hay perdón. Todos tenemos elección. Hace años, en el colegio, pudiste elegir cómo ser. Y elegiste. Éstas son las consecuencias.

Tan pronto como Adriana fue capaz de alejar a la niña de aquella escena, Jorge corrió de nuevo junto a su mujer, arrodillándose a su lado y abrazándola con fuerza, facilitando que diera rienda suelta al dolor, cubriéndola de besos y palabras de consuelo. Me alejé discretamente de la pareja, otorgándoles el respetuoso espacio que requería la situación. Permanecer más tiempo allí en medio hubiera resultado sin duda incómodo para Jorge, y era importante para mis planes no despertar suspicacias en él. Se despidió de mí con la mirada mientras me distanciaba, agradeciendo con un gesto sutil mi “delicadeza” en aquellos momentos. Por primera vez en mi vida, envidié a mi acérrima enemiga. Cómo un ser humano tan despreciable y tóxico como ella había conquistado el corazón de un hombre tan dulce y cariñoso se me antojaba un misterio insondable. Me reafirmé en que la siguiente etapa de mi plan para acabar con ella tenía que pasar, sin duda alguna, por socavar aquella relación ideal. Y tenía bastante claros ya los pasos a seguir.

Me dirigí rápidamente a mi habitación. Al cabo de un par de horas, escuché el sordo *toc-toc* de unos nudillos, llamando tímidamente a mi puerta. Tal y como habíamos acordado: dos golpes rápidos, un silencio, y otros tres golpes a continuación. Abrí la puerta sin necesidad de comprobar por la mirilla quién era.

—Pasa, deprisa —invité, abriendo y cerrando la puerta rápidamente tras de mí—. ¿Te han seguido?

—No, señorita Eva —contestó Adriana con seguridad—. He tenido mucho cuidado, como siempre.

Entablé contacto con Adriana por primera vez pocas semanas después de aquel “reencuentro” en la cafetería con Claudia, tras tomar la firme resolución de aparcar mi vida hasta lograr el objetivo que me había marcado.

Aquella noche, después del subidón del seguimiento en moto, regresé al piso de Argüelles con la adrenalina corriendo por mis venas. Clara había fallecido de cáncer un par de años antes, y fue una enfermedad coronaria la que habría de terminar con la vida de mi tío. Él era la única persona en España con la que aún mantenía el contacto, si bien cada vez más espaciado a lo largo de los años. Con buen criterio, supongo que facilitó a su albacea la única forma de localizarme de la que disponía, a través de un móvil que usaba exclusivamente para comunicarme con él y de quien nadie –absolutamente nadie– tenía conocimiento. Mi regreso a España tenía por objeto, esencialmente, despedirme de mi tío y hacerme cargo –por segunda vez en mi vida– de una jugosa herencia. Yo era su única familiar directa y, por lo tanto, beneficiaria de todos sus bienes. Apenas un año después de abandonar Madrid, nada más cumplir los dieciocho años, desde la otra punta del mundo le encargué a Luis que se ocupara por mí de la venta del piso de mi abuela. No tenía ninguna intención de volver y, si alguna vez lo hacía, no me veía con fuerzas de enfrentarme a los duros recuerdos asociados a aquella casa. De paso, el rédito de la venta de la vivienda contribuiría a engrosar mi ya de por sí flamante cuenta corriente. A mi regreso, hasta que decidiera cómo iba a enfocar mis futuros pasos, me instalé en casa de mi tío de manera temporal.

A la mañana siguiente de seguir a Claudia hasta su casa, me aposté muy temprano frente al chalet, fingiendo de nuevo hablar por teléfono, con el motor en marcha. Mi intuición no falló, y a eso de las ocho de la mañana la puerta de acceso al garaje se abrió, dejando paso libre al coche de Jorge, que se perdió en dirección norte, seguido por el de Claudia, que enfiló en dirección contraria, dirigiéndose hacia la salida sur de la urbanización. Disfrutando nuevamente de mi anonimato y de la agilidad que me proporcionaba desplazarme en moto, la seguí hasta su oficina –en un moderno edificio de la Castellana– cerca del Bernabéu. Su coche desapareció engullido por la oscura rampa del *parking*, y tuve el tiempo justo para aparcar la moto en la calle y entrar en el *hall* del inmueble. La recepcionista discutía con un operario que parecía estar teniendo problemas para reparar los tornos de acceso, circunstancia que aproveché para, girando por un recodo a mano derecha, camuflarme convenientemente frente a la puerta de los ascensores. Había tres. Uno descansaba en lo más alto del edificio, en el piso doce. Otro descendía desde el cuarto piso, y el tercero –bingo– se encontraba detenido en el nivel -1. Sin duda, la planta donde se encontraba el aparcamiento. El corazón me dio un vuelco al ver la luz indicadora apagarse, dejando el -1 a oscuras, para iluminar la letra

“B” –correspondiente al piso bajo– donde me encontraba apostada en aquellos momentos. Sin darme tiempo reaccionar, las puertas del ascensor se abrieron ante mí. En su interior, Claudia conversaba animadamente con un hombre, al que más adelante identificaría como su jefe, Alberto. Al detenerse el ascensor ni siquiera levantó la vista del móvil, donde parecía consultar sus correos electrónicos.

—¿Subes? —preguntó él, al ver mi indecisión.

—No gracias. Bajo —respondí.

Sin prestarme más atención, prosiguieron su charla según las puertas del ascensor se cerraban ante mi cara. Contemplé mi reflejo ante las brillantes puertas de metal. Confiaba en que todas las operaciones estéticas a las que me había sometido a lo largo de los años hubieran modificado lo suficiente mi apariencia física como para hacerme difícilmente reconocible, pero la cercanía a la que nos habíamos encontrado hacía tan solo unos segundos, hizo que el pulso se me disparara de nuevo. Ya solo tuve que esperar unos instantes para averiguar en qué piso se detenía el ascensor y, posteriormente, cotejar en el directorio de empresas del portal que el piso 7 acogía las oficinas de la famosa agencia de publicidad ENZO en España.

Al día siguiente seguí a Jorge hasta su estudio de arquitectura, usando la misma táctica.

El tercer día, tras comprobar que ambos miembros de la pareja abandonaban el domicilio rumbo a sus respectivos trabajos, esperé un poco más hasta ver salir a pie a la pequeña Laura, acompañada de su inseparable Adriana. Pasaron caminando a pocos metros de mí, y no me fue difícil reconocer en el uniforme de la niña el logo de un conocidísimo colegio privado de élite. La mujer dominicana llamaba la atención con su oscuro tono de piel y oronda figura, ofreciendo un pintoresco contraste con la pequeña, tan pálida y menuda. Adriana charlaba con la niña en un tono dulce y lleno de complicidad. La pequeña caminaba de su mano, buscando continuamente su abrazo protector. Me resultaba complicado seguirlas con discreción sin que repararan en una moto que se desplazaba tras ellas a paso de tortuga, así que esperé a que me adelantaran y se alejaran rumbo a la parada de autobús, situada a escasos cien metros de la casa. Mientras simulaba una vez más haberme detenido a hablar por teléfono, aguardé a que llegara el autocar de línea y conduje tras él hasta que se bajaron. El trayecto duró apenas diez minutos. Tan solo tres paradas después me encontraba ante el imponente edificio que albergaba el colegio de Laura. Desde fuera se podía adivinar que el centro ocupaba una enorme extensión de terreno. A simple vista pude discernir tres grandes edificios, uno de los cuales –de una altura inferior a los otros– dejaba entrever tras sus grandes cristaleras una piscina cubierta. Tras ellos se intuían varios campos deportivos cubiertos de césped, aparte de una cancha de tenis y otra de baloncesto. Laura se despidió de Adriana con un fuerte abrazo y un beso, y corrió a reunirse con un grupo de niños y niñas

que ya caminaban en dirección al edificio principal. La mujer permaneció unos instantes junto a la entrada, asegurándose –con una tierna sonrisa en los labios– de que la niña desaparecía tras la puerta de acceso a las aulas. Tras perderla de vista, se dirigió hacia un pequeño grupo de cuidadoras que, como ella, acompañaban a los hijos de lo más granado de la jet set madrileña. Aparqué la moto a una distancia prudencial y, fingiendo nuevamente estar enfrascada en una llamada, me situé cerca del grupo. Una de ellas consultó su reloj de pulsera y preguntó: “¿Tenéis tiempo para desayunar?”. Dos de las mujeres se excusaron, desgranando la (ingente) cantidad de tareas que debían llevar a cabo antes de recoger de nuevo a los niños por la tarde. Para mi alegría, Adriana y una mujer ecuatoriana –dato que pude adivinar después– asintieron con la cabeza, y las tres cruzaron la calle y se dispusieron a disfrutar de un café con churros en un coqueto y diminuto bar situado en la acera de enfrente. Deseando recabar la mayor cantidad de información sensible sobre la familia de Claudia, tuve el pálpito de que la charla entre aquellas tres mujeres no me decepcionaría. Sin necesidad de ocultarme como otras veces, pedí en la barra un café y un croissant y me senté en la mesa de al lado, desde la que podía observar a Adriana con discreción. Tal como imaginaba, las confidencias entre ellas no tardaron en aflorar. En un momento dado de la conversación, el hasta entonces apacible y alegre semblante de Adriana se tornó taciturno y, sorprendiendo incluso a sus amigas, rompió a llorar amargamente, ocultando su rostro entre las manos. Ante la preocupación de sus compañeras, decidió al fin explicar el motivo de sus lágrimas:

—Es la señora Claudia... no sé cómo explicarlo... Es mala —afirmó tajantemente, tratando de serenarse.

Confieso que tuve que hacer un enorme esfuerzo para no sentarme a su lado y corroborar tan certera apreciación.

—¿Pero, cómo, m'hija...? ¿A qué te refieres? —preguntó una de las amigas.

—Pues eso... Que no es buena... Trata muy mal a la niña... No digo que no la quiera, no es eso, pero no me gusta nada cómo le habla, cómo la mira... El otro día le pegó. Laura volvió del colegio con un mordisco en el brazo y la madre, en lugar de consolarla, le arreó un guantazo. El señor y ella tuvieron tremenda bronca, la cría está aterrorizada, le tiene miedo a la madre... Bueno, y aparte de eso... ya hablé con ella... Me ha dicho que ni hablar de hacerme los papeles.

Adriana rompió a llorar de nuevo. Las otras dos mujeres suspiraron.

—Ay, mi amor, ya sabes cómo es esto... Les valemos para limpiar, para fregar, para cuidar a sus niños, pero en el fondo les importamos un pito.

—Llevo ya tres años en la casa, no les he dado ningún problema, ¿pero qué pasa si me pongo enferma, si me hago daño trabajando...? No tengo ni siquiera un seguro que me cubra... Y mi madre, mi niño.... ay, ¡no voy a poder traerles nunca conmigo!

Las tres mujeres continuaron compartiendo experiencias y desventuras durante un buen rato. Terminaron el desayuno medio riendo, intercambiando palabras de ánimo hasta que, resignadas, se despidieron en la puerta del local, poniendo rumbo a sus respectivos quehaceres.... Seguí a pie a Adriana hasta la parada de autobús, mientras daba forma a una idea que, de funcionar, constituiría una formidable ventaja para mí a la hora de desarrollar mi plan de venganza. Supe que la oportunidad estaba ante mis ojos, era ahora o nunca. Así que, sin pensarlo demasiado, me senté junto a ella en la parada del autobús que, a esa hora de la mañana, estaba desierta.

—Buenos días —saludé.

—Buenos días, señora —respondió ella, cortésmente.

—Uy no... Señorita, por favor... —contesté.

Ambas reímos

—Perdone, señorita...

—Disculpa, no quisiera parecer indiscreta pero... lo cierto es que no he podido evitar escuchar la conversación con tus amigas antes, en la cafetería...

Adriana no pareció en absoluto ofendida por mi atrevimiento, aunque sí algo azorada al haber sido sorprendida hablando mal de su “señora”.

—Perdón, señorita... no he querido decir nada malo...

—No, por favor, no me malinterpretes —traté de tranquilizarla—. Verás... si me he decidido a acercarme a hablar contigo es porque... bueno... digamos que tu “señora” y yo somos algo así como viejas amigas... Bueno, quizás “amigas” no es la palabra... Si tienes un rato libre, me gustaría charlar contigo. Tengo una oferta que creo que te puede interesar. ¿Damos un paseo?

Dudó unos instantes pero después, intrigada, la mujer aceptó con un movimiento afirmativo de cabeza.

Nos dirigimos a un parque cercano, ajeno a las miradas de los transeúntes. Una vez

allí, nos sentamos en un banco de madera, en la zona más discreta del recinto.

—Verás...—comencé a exponer la propuesta que había ido elaborando sobre la marcha—. Te propongo lo siguiente: digamos que yo necesitaría... obtener cierta información sobre Claudia. Y creo que nadie mejor que tú, desde dentro, para ayudarme. Si accedes a hacerme una serie de favores —nada complicado, no te preocupes— yo puedo ofrecerte todo lo que desees. Lo cierto es que dispongo del dinero y los medios para hacer tus sueños realidad. En primer lugar, sin que Claudia se entere, te arreglaría los papeles para regularizar tu situación en España.

Adriana, sorprendida, abrió los ojos de par en par.

—En unas semanas, si me ayudas, podrías tener a tu madre y a tu hijo aquí, a tu lado, en Madrid. He creído entender que viven en Santo Domingo, ¿verdad?

—Así es —contestó la mujer mientras se llevaba una mano al pecho, tratando de contener la taquicardia que, sin duda, le estaban provocando mis palabras.

—Se me ocurre que podríamos firmar un contrato privado entre tú y yo, como si fueras mi empleada de hogar. A partir de ahí, me comprometo a gestionar los papeles que necesites para vivir aquí y poder traer a tu familia de forma legal. Cotizarías tu sueldo a la Seguridad Social y tendrías los mismos derechos y obligaciones que cualquier ciudadano de este país. Mi única condición sería que ni Claudia, ni su familia, ni tus amigas deben enterarse nunca de nuestro acuerdo. Deberías continuar trabajando en su casa, como hasta ahora, consiguiéndome la información que te pida y haciéndome pequeños favores de vez en cuando, ¿comprendes? Nadie debe saber nada de nuestro acuerdo.

Adriana, con los ojos humedecidos e incapaz de pronunciar una sola palabra, asintió con la cabeza.

—¿Cuánto te pagan en esa casa? —pregunté.

—Seiscientos euros al mes. No tengo muchos gastos porque estoy interna. Trato de enviar todo lo que puedo a mi familia.

—De acuerdo. Yo te pagaría, aparte de eso, dos mil euros mensuales más.

La mujer se cubrió la boca con las dos manos, sofocando la impresión.

—Además te proporcionaría un piso con todos los gastos cubiertos, por supuesto,

para alojar a tu madre y a tu hijo.

Las lágrimas comenzaron a rodar sin control sobre las mejillas de Adriana, que se debatía entre el desconcierto, la desconfianza y la esperanza.

—Pero señorita... ¿cómo va usted a...?

—Verás, Adriana... Tengo una importante cuenta pendiente con ella. En el pasado, Claudia me hizo mucho, mucho daño, y jamás pagaré por ello. Necesito tu ayuda para resarcirme. Te prometo que nunca te verás involucrada en ningún asunto turbio y, si eres discreta, no correrás ningún peligro en absoluto.

Adriana parecía abrumada, por lo que decidí hacer una ligera pausa para ayudarle a procesar tanta información.

—Piénsatelo —proseguí después de un rato en silencio, en el que la mirada perdida de la mujer dejaba entrever la lucha interna que se libraba en su mente. Al fin y al cabo yo era una completa desconocida, con una propuesta de lo más descabellada—. Pero ten en cuenta lo siguiente: oportunidades como ésta solo se presentan una vez en la vida. Prometo ocuparme, mientras viva, de ti y de tu familia. Me ocuparé de que tu hijo vaya a los mejores colegios, a la universidad... No tendrás que volver a preocuparte jamás por el tema económico. Si aceptas, dentro de unos días podrías estar conmigo recogiendo a tu familia en el aeropuerto, camino de su nuevo hogar. Una casa con la nevera llena, los armarios repletos de ropa, televisión, ordenador, internet... Los mejores médicos, vacaciones pagadas... Todo lo que necesiten, lo tendrán.

Le di un tiempo para asimilar la magnitud de la propuesta, y los riesgos y beneficios que conllevaría aceptarla.

—Créeme, Adriana. Si he aprendido algo en los últimos años, es que la felicidad es una opción. Cuestión de buenas o malas decisiones. De sacarle el mayor jugo posible a las oportunidades que nos brinda la vida.

Un tenso silencio, cargado de electricidad, se erigió entre nosotras. Supe que me había arriesgado con ella, pero no podía dejar pasar una oportunidad como aquella para infiltrarme en la vida de Claudia. La ventaja que conseguiría sobre ella me situaría en una posición de superioridad inmejorable. Durante aquellos segundos eternos, no obstante, temí que la balanza se inclinara de nuevo hacia su lado, dejando mis intenciones al descubierto ante mi enemiga. Como tratando de convencerse de que podía confiar en mi palabra, la mujer sostuvo su mirada clavada en la mía durante largo rato, intentando encontrar en la profundidad de mis pupilas la certeza de que todo aquello no era ningún engaño. Finalmente, con determinación absoluta, contestó:

—De acuerdo. Si usted cumple su palabra, haré lo que me pida.

Sellamos el pacto con un apretón de manos, y así fue como Adriana y yo nos convertimos en aliadas y cómplices.

Conforme a lo pactado, realizamos todo el papeleo con la mayor rapidez que fue posible. Alquilé un piso a su nombre en una discreta callecita cerca de Plaza de España, y en poco más de un mes Adriana hizo realidad el sueño inalcanzable de reunirse de nuevo con su familia. Abrí una cuenta corriente a su nombre, matriculé al niño en un buen colegio cercano, y la mujer lograba así disfrutar de su compañía durante su día libre, los domingos, y en alguna que otra escapada esporádica entre semana. A cambio, le di un teléfono móvil que debía mantener oculto ante su jefa, con el que comunicarnos de manera segura.

Con la connivencia de Adriana, me infiltré por primera vez en casa de Claudia un fin de semana que el matrimonio y la niña se fueron a su casa del País Vasco. Resulta terroríficamente sencillo conseguir todo tipo de material de espionaje en la red. Me hice con el *software* y los componentes más sofisticados del mercado, tan discretos que ni un profesional sería capaz de advertirlos. Una vez dentro, instalé algunos micros en lugares estratégicos como el salón, el dormitorio, el despacho de Claudia y su maletín de trabajo. Tenían el tamaño de una lenteja, imposibles de detectar si no se buscaban con ahínco. Instalé en casa de mi tío un pequeño control central, con cuatro pantallas emitiendo vídeo las veinticuatro horas del día. Era casi como seguir un *reality show*, solo que mucho más interesante para mí.

Un jovencísimo informático –al que pagué una buena suma de dinero– no tuvo reparos en explicarme lo fácil que es hacer este tipo de cosas si sabes cómo. De él aprendí también a borrar mi rastro en internet, a instalar un pequeño *spyware* en los móviles que me permitiría duplicar en el mío absolutamente cualquier gestión, movimiento o comunicación que Claudia realizara e incluso, a través de la geolocalización, a saber dónde se encontraba en cualquier momento del día. Una vez más, me sorprendió lo asequible que resulta convertirse en la perfecta espía cuando uno dispone del presupuesto, la motivación y los contactos adecuados. Le enseñé a Adriana todo lo que necesitaba saber para instalar aquel *software* en el móvil de Claudia, así como en su ordenador portátil. Bastó con verter sendos orfidales en las copas de vino de la pareja una noche, para entrar en su dormitorio a hurtadillas, coger el móvil, y volver a dejarlo sobre la mesilla de noche mientras ellos dormían como troncos.

Ahora ya tenía acceso a su ordenador personal, y de ese modo logré *hackear* su cuenta de correo, cámara, micrófono, así como todos sus documentos, fotos e información sensible, al igual que sus cuentas bancarias. La muy incauta tan solo disponía de dos, ambas en la misma entidad, y manejaba todas las operaciones por internet. Una cuenta la compartía con su marido, y en ella tenían domiciliados todos los

recibos y gastos comunes de la pareja. La cantidad acumulada en ella era bastante sustanciosa. La otra estaba a su nombre, parecía estar destinada exclusivamente a sus gastos personales, y repasándola era fácil hacerse una idea muy concreta del ritmo de vida que llevaba. Sus gustos caros en ropa, complementos, restaurantes y tratamientos de belleza le dejaban poco margen disponible a fin de mes, lo que me hizo comprender que la mayor parte de los ingresos de la pareja procedían del trabajo de Jorge.

Poco a poco fui dibujando una foto completa de la vida de Claudia. Identifiqué a sus compañeros de trabajo, las relaciones entre ellos, y así fue como se me ocurrió la idea de contratar a Mónica. Pasé casi un año espiándola, planeando cuidadosamente mi estrategia. Analicé sus rutinas e identifiqué sus puntos débiles. Decidí que podía atacarla por tres frentes: su marido, su hija, o su trabajo. Descarté inmediatamente utilizar a la niña, y así reduje mi campo de acción. En uno de los viajes en que la seguí a Nueva York descubrí su *affair* con James, y conseguí tomarles varias fotos comprometedoras para usarlas si llegaba el momento. Tenía a Adriana infiltrada en su hogar y a Mónica en la agencia pero, aún así, no lograba dar con un plan lo suficientemente contundente como para lograr que su vida se desmoronara como un castillo de naipes. Para colmo, Mónica comenzaba a acusar el desgaste y amenazaba con irse de la lengua si no accedía a sus nuevas exigencias económicas.

Pasé horas analizando sus correos electrónicos, escuchando cada una de sus llamadas, y no quitaba ojo de las pantallas instaladas en el salón de casa de mis tíos, que había convertido en mi cuartel general. A veces pasaba días enteros sin salir de casa, obsesionada por encontrar el flanco perfecto desde donde atacarla. Desde allí era testigo de las discusiones de pareja, las reconciliaciones, las manías y defectos de cada miembro de la familia. Una tarde, me encontraba absorta en una pelea entre Claudia y su hija a cuenta de las notas de la niña que, por lo visto, no eran todo lo perfectas que la madre exigía. Laura lloraba desconsoladamente –para variar–mientras Adriana observaba la escena compungida desde un rincón del salón, sin atreverse a meter baza. Jorge entró por la puerta, procedente de su estudio, y trató de consolar a su hija al tiempo que intentaba razonar con Claudia, que se negaba a dar su brazo a torcer. En estas estábamos, cuando el sonido del timbre de la puerta me hizo dar un respingo en el sofá que casi me hace caer al suelo del susto. ¿Quién podía ser? Ya no tenía relación con nadie en mi edificio. Todos los vecinos de la época en que vivía allí eran muy mayores y, o bien habían fallecido, o pasaban sus últimos años en alguna residencia. Los nuevos inquilinos de los pisos de aquel inmueble eran en su mayoría parejas jóvenes con niños pequeños, probablemente herederos de los antiguos propietarios. Eché un vistazo a mi alrededor. Aquello parecía más la guarida de un delincuente que el piso de una mujer “normal” de treinta y cinco años, con tantas pantallas, cables, ordenadores y móviles repartidos por todas partes. El timbre volvió a sonar de nuevo, con cierta insistencia. En un acto reflejo, apagué los cuatro monitores y me apresuré a guardar el resto de dispositivos en el primer cajón que encontré a mano. Me asomé a la mirilla y casi me desmayo al ver, al otro lado de la puerta, a una policía nacional uniformada, aguardando pacientemente. Dudé por unos instantes si debía fingir que no había nadie en casa. La

mujer se agachó un momento, comprobando que salía luz por debajo de la puerta. Pegó la oreja a la puerta, como tratando de detectar movimiento en el interior del piso. Volvió a pulsar el timbre una vez más y, cuando se incorporó y miró directamente a la mirilla, fue cuando me di cuenta. La impresión casi me hizo perder el equilibrio. Abrí la puerta a la velocidad del rayo.

—Buenas tardes —dijo, tímidamente—. No se asuste por el uniforme, perdone que la moleste. Hubiera venido antes, pero he sabido hace poco del fallecimiento de don Luis Acosta, el antiguo propietario de este piso. Soy una vieja amiga de la familia y quería saber si...

Dijo todo esto del tirón, mirándome a la cara. No podía creer que no me reconociera. Pero estaba claro que mi cambio físico era ya tan radical que, de no saberlo, resultaba imposible identificarme como Eva Acosta.

—Alicia... —dije, sonriendo—. ¿De verdad no me reconoces?

Alicia, mi antigua amiga del colegio, de la que ni siquiera pude despedirme antes de marcharme de España, se hallaba parada frente a mí, convertida —quién lo hubiera imaginado— en una agente de policía. Me miró fijamente a la cara, escrutando mis facciones, sin saber qué decir. Entonces, para ayudarle un poco, retiré la larga melena pelirroja que caía en cascada sobre mis hombros, dejando al descubierto la mancha de nacimiento de mi cuello. Su reacción, entre alucinada y emocionada, fue abrir la boca de par en par al tiempo que sus ojos se empañaban, al borde de las lágrimas.

—No me lo puedo creer... ¡Eva! ¿Eres tú? —dijo al fin, estudiando mi rostro con detenimiento. Sin esperar respuesta, nos fundimos en un fuerte abrazo en mitad del descansillo. A pesar de mis reticencias a permitir que nadie entrara en casa, la invité a pasar. Aún no me había recuperado de la sorpresa. Me di cuenta de que, desde mi regreso a España, mi obsesión por trazar el plan de venganza perfecto lo había eclipsado todo de tal modo que ni se me ocurrió la posibilidad de intentar ponerme de nuevo en contacto con ella. Sentadas en el sofá, nos pusimos al día. Me contó que estuvo cerca de un año ingresada en el centro para superar su desorden alimenticio. Me confesó que tuvo un par de recaídas en los años posteriores, pero que en aquel momento se encontraba estable, consciente de la gravedad del tema, y se esforzaba a diario por cuidar su alimentación y mantenerse en forma. Comenzamos a hablar y a sincerarnos. Le pedí perdón por haberme ido de aquella manera, sin despedirme. Sentí que le debía una explicación y, por primera vez en mi vida, fui capaz de narrarle a alguien los detalles completos de la violación, cómo me afectó, el tema del aborto, y algunos de los lugares que había visitado en los años posteriores a mi marcha. Aún bastante recelosa de mi intimidad, no entré en detalles sobre mi nueva vida. No quería implicarla en algunas de las actividades de dudosa legalidad en que me había embarcado para escapar del pasado. Alicia me escuchó atentamente, sin interrumpirme, sentada a mi lado en el sofá,

tomándome de la mano. Cuando hube terminado me abrazó de nuevo, con la misma complicidad y cercanía de años atrás. Entonces me contó que, tras recibir el alta y graduarse en el último curso, fue consciente de cuánto daño le habían hecho también a ella los continuos insultos y vejaciones por parte de Claudia y su pandilla. Tras barajar diferentes opciones, decidió probar suerte y, siguiendo los pasos de su padre, se preparó para convertirse en agente de policía.

—Decidí que quería dedicar mi vida a perseguir a las personas que actúan con violencia, que abusan de los demás. Tenía que hacer algo por aquellos que, como nos ocurrió a nosotras de niñas, no tienen los medios ni la capacidad para defenderse del acoso y el maltrato —me explicó.

—Reconozco que jamás te habría imaginado vistiendo ese uniforme, pero ahora que te veo con él tiene todo el sentido del mundo. Estoy convencida de que eres una policía increíble. ¿En qué trabajas, concretamente?

—Ahora mismo estoy en una unidad en la que tratamos de desmontar redes de prostitución. Es muy duro, no te puedes hacer una idea... Pero ahí estamos. ¿Y tú? Cuéntame... ¿a qué te dedicas?

Aquella era una pregunta para la que no tenía preparada la respuesta. No sé por qué, por pudor, tal vez, había omitido el tema de la herencia millonaria. Aunque pueda parecer extraño, me resultó violento hacer ostentación de mi situación económica ante mi mejor amiga de la infancia. Se hizo un silencio entre nosotras, mientras mi mente trataba de hilar una contestación mínimamente coherente. Por primera vez, Alicia echó un vistazo a su alrededor.

—Oye, cuántas teles... ¿Trabajas aquí, editando vídeos o algo así? —preguntó. Mientras decía esto, sin que yo pudiera hacer nada por evitarlo, cogió con la naturalidad de quien se encuentra en casa de su mejor amiga un mando a distancia que estaba sobre la mesita, frente al sofá, y encendió uno de los monitores. La imagen en blanco y negro de Claudia, gesticulando en el salón de su casa, apareció nítidamente en la pantalla. La expresión relajada en el rostro de Alicia se transformó súbitamente en una mueca de extrañeza. Sin mediar palabra, cogió un segundo mando y conectó otro de los monitores. Un plano de la cocina del chalet nos mostró la imagen en directo de Adriana, haciendo la cena. Cuando se dispuso a encender las pantallas restantes, no traté de impedirselo. Permanecimos un rato allí las dos, observando a la familia ir y venir de una habitación a otra, antes de que me atreviera a romper el silencio.

—Entiéndelo, Alicia. Tengo que hacer algo.

Mi amiga se volvió hacia mí y me sostuvo la mirada, seria, sin pronunciar palabra.

—Por favor, no me delates —le supliqué—. Solo quiero recopilar la suficiente información sobre ella como para ponerla en algún apuro. De alguna manera tiene que pagar por lo que nos hizo.

El pulso se me aceleró, tratando de adivinar qué pensamientos estarían rondando por su mente. Comprendí que acababa de ponerla en una situación imposible y que, en aquellos precisos instantes, mi amiga libraba una lucha interna entre lo que se supone que debía hacer, y lo que su corazón le dictaba. Yo no podía hacer nada más que aguardar, conteniendo la respiración.

Tras contemplar las pantallas unos minutos más, Alicia sacó algo de su bolsillo. Era su tarjeta.

Haz lo que tengas que hacer con Claudia —dijo, al tiempo que se ponía en pie y se encaminaba hacia la puerta—. Pero sé inteligente. No dejes que te cojan.

Me puse en pie y la acompañé hasta el rellano. Con una expresión todavía seria en el rostro, se inclinó hacia mí, y de nuevo nos fundimos en un fuerte abrazo. Antes de cerrar la puerta al salir, se dirigió a mí de nuevo:

—De los cabrones que te violaron me encargo yo.

Aquella noche fui incapaz de dormir. Intentando aún superar la conmoción que me había producido la inesperada visita de Alicia —y agobiada por la falta de avances— encendí la televisión en un canal al azar. El destino quiso que estuvieran emitiendo la película que prendería la chispa que habría de dar comienzo a mi plan de venganza: *“Extraños en un tren”*. Fascinada por el argumento, antes de que en la pantalla apareciese *“The End”* ya tenía una idea bastante clara de cómo iba a conseguir, en no mucho tiempo, transformar definitivamente la vida de Claudia en un infierno.

Necesitaba algo muy gordo para extorsionarla, y la peli me dio la idea perfecta. ¿Acaso hay algo más terrorífico que la posibilidad de cumplir condena por un delito que no has cometido...? Necesitaba aislarla en un entorno menos familiar, abordarla simulando ser una completa desconocida, y entonces... Sí. Podía funcionar.

—Se lo advierto —amenazó el policía, cansado de los subterfugios que la mujer parecía utilizar para no revelar ningún dato importante sobre su relación con la "presunta" secuestradora—. Cualquier intento de obstrucción a la justicia puede ser considerado un delito.

—¿Me está acusando de algo, inspector? —contestó ella, mientras encendía un cigarrillo con el anterior.

Extenuada por la tensión y las horas sin dormir, parecía estar a punto de desvanecerse en cualquier momento. No obstante, los años de experiencia le decían que había mucha, muchísima información que aquella madre estaba ocultando de manera premeditada. El Jefe de Policía se acercó un poco más, tratando de intimidarla. Acomodó su cuerpo tan cerca del de ella en el sofá que la mujer quedó literalmente apesada entre el agente y el brazo del sillón.

—Verá... Parece usted una mujer muy inteligente. Pero le diré una cosa. En casos como éste, el culpable —en el 90% de los casos— resulta ser una persona del entorno más cercano a la familia. En no pocas ocasiones alguno de los padres, por accidente —o intencionadamente, ya he visto de todo en mi vida...— provoca la muerte del pequeño y, con tal de alejar las sospechas de ellos, son capaces de involucrar a cualquiera. ¿Entiende lo que le quiero decir?

—Le entiendo perfectamente... —contestó ella con frialdad—. Pero en este caso, si usted estuviera haciendo bien su trabajo sabría que la desaparición de mi hijo se produjo frente al supermercado, a plena luz del día, con gente alrededor... ¿Ha interrogado ya a todas las personas que estaban allí? Le he dado una lista con nombres, ¡alguien tuvo que ver algo! Hay cámaras de seguridad en la tienda, en las calles... ¿Cómo es posible que nadie haya visto a la persona que se lo llevó, cómo lo hizo, a dónde se dirigió después?

El tono de voz de la madre fue creciendo en intensidad hasta convertirse casi en un grito, fruto de la desesperación.

—Lamentablemente, tengo que confesarle que las cámaras no van a resultar de gran ayuda... Al parecer, alguien ha tenido acceso a las grabaciones y varias horas han sido borradas, justo antes y después de la desaparición del pequeño.

La mujer esbozó una amarga sonrisa.

—Entonces, se lo aseguro, ahí tiene una prueba más de que ha sido premeditado y cuidadosamente planeado. ¿Es que a usted aún le queda alguna duda, después de la llamada? ¡Ha sido ella!

—De acuerdo. Entonces creo que lo más prudente, por la seguridad de su hijo, es atender a su petición. Vamos a preparar un vídeo en el que le pedirá perdón por haberla señalado públicamente. Eso NO quiere decir que vayamos a dejar de buscarla, ahora mismo es nuestra sospechosa número uno. Pero necesitamos que se relaje, que piense que tiene el control, que no haga ninguna tontería.

—Creo que no me ha oído bien, Jefe. De ninguna manera voy a rectificar mi declaración. Tengo miles de personas en el mundo buscándola. 25 millones de recompensa son un aliciente muy potente. ¿Alguno de sus policías gana ese sueldo?

El policía negó con la cabeza e intentó razonar de nuevo con ella, sin éxito.

—Cariño —interrumpió el marido—. Creo que tenemos que hablar. A solas.

DONDE SE ALOJA EL MIEDO

"No hay ningún terror en un disparo, solo la anticipación a él".

Alfred Hitchcock.

01

El viaje de regreso a Madrid desde Hawai fue el peor de mi vida. Gracias a Dios, no tuve que encargarme de darles a mis padres la noticia de la muerte de mi hermano. Mi cuñada Leticia, haciendo gala de una admirable entereza, realizó la llamada telefónica que les anunciaría de nuevo la pérdida de un hijo. Temí que mi padre, estando tan delicado como estaba, sufriera un infarto que lo dejara fulminado en el sitio. Por suerte, fue mi madre la que contestó al teléfono. Supongo que ella supo dosificar la cantidad de información. No sé cómo lo haría, la verdad... Yo, por mi parte, tuve que tomar un ansiolítico nada más embarcar en el avión. Laura estaba muy impresionada. Creo que nunca me había visto así, tan alterada. Di gracias por tener cerca a Adriana. Valoré más que nunca su posición en la familia, y me di cuenta de la gran labor de apoyo que realizaba cada día, en sigilo, para mantenernos a todos a flote. Algunas veces había envidiado su relación con Laura, tan cálida y natural. Pero claro, ella no era su madre. Podía mimarla, no era su obligación ponerle límites, aunque también había discutido con ella más de una vez a cuenta de eso. Lo cierto es que durante aquellas malditas vacaciones agradecí inmensamente su compañía, ya que yo me sentía absolutamente incapaz de pensar en algo que no fuera la muerte de Pablo. O, más bien, su ejecución a manos de la peligrosa demente en que se había convertido Eva. Pablo. Mi hermano mayor. Asesinado. Mónica. Asesinada. ¿Estaba ocurriendo todo aquello en realidad? La sensación de que pronto despertaría de la pesadilla que me acongojaba desde hacía meses iba y venía, y mi humor oscilaba entre la desesperación, la rabia y la impotencia. Ya no tenía claro ni qué se suponía que debía sentir.

Resultó imposible mantener la discreción acerca de los detalles de la muerte de Pablo y Nacho. La policía los encontró muertos, semidesnudos, en el suelo de un apartamento de lujo por la zona de Azca. La coincidencia de la muerte de los dos amigos, al mismo tiempo, en un mismo lugar, era difícilmente justificable. Fue una de sus "acompañantes" quien, aterrorizada al ver los espasmos y espumarajos que les causó la droga adulterada, se apresuró a llamar a una ambulancia. Por desgracia, ambos fallecieron en pocos minutos, tras ingerir el veneno que les provocó un paro cardíaco irreversible. Los médicos del SAMUR solo pudieron certificar los fallecimientos y facilitar a la policía el levantamiento de los cuerpos para su posterior traslado al Instituto Anatómico Forense. La autopsia confirmó que los restos de cocaína hallados en ambos cuerpos habían sido mezclados con otras drogas. Un procedimiento habitual practicado por algunos traficantes, que lograban así "estirar" el cargamento de coca, adulterando las dosis y multiplicando de este modo el número de ventas. En ocasiones, incluso, se despachaban por un precio superior al habitual, alegando una mayor

"calidad" o vendiendo el producto como una nueva y más potente experiencia. Los médicos nos explicaron que, en este caso concreto, se había usado más de una sustancia en la mezcla y que, si bien el consumo por separado resultaba tolerable por el cuerpo humano, la combinación de todas ellas sin la debida cautela daba lugar a un cóctel letal.

Si yo hubiera sido Leticia, creo que ni tan siquiera hubiera hecho acto de presencia en el tanatorio. La tensión que se mascaba en el ambiente era tan densa que se hubiera podido cortar con un cuchillo. Aunque, por supuesto, ninguno de los presentes tuvo la osadía de preguntar directamente sobre las causas de lo ocurrido, los corrillos se sucedían por los pasillos de la funeraria y la verdad de los hechos corrió como reguero de pólvora entre amigos y familiares.

— ... con unas prostitutas...

— ... y cocaína... en el suelo, desnudos...

Fui captando retazos de conversaciones según avanzaba entre la gente –aferrada con todas mis fuerzas a la mano de Jorge– mientras trataba de localizar a mis padres y mi hermana.

Las dos capillas ardientes se instalaron la una al lado de la otra. Leticia y Virginia – la mujer de Nacho– permanecieron casi todo el tiempo sentadas juntas, con las espaldas bien estiradas y la cabeza erguida, en un sofá alejado de ambas salas, cogidas de la mano e incapaces de llorar. De cuando en cuando, alguien se acercaba hasta ellas y las mujeres se levantaban, daban dos besos, asentían con la cabeza sin mediar palabra, y se sentaban de nuevo. Descubrir de aquella manera que cuando sus respectivos esposos volvían a casa a las tantas, con la excusa de un exceso de trabajo o una cena de negocios con clientes, lo que hacían en realidad era escaparse a un prostíbulo de lujo para ejecutivos, fue un mazazo tan grande o peor que su propia muerte. La rabia y la vergüenza eran casi más fuertes que el dolor de la pérdida. Se les debió hacer interminable aquel humillante desfile de allegados. Yo, por mi parte, tampoco pensaba extenderme en detalles. Por suerte, nadie me lo pidió. Alberto, su esposa, y algunos compañeros de la agencia se acercaron a dar el pésame. Permanecieron allí los minutos justos para que su presencia constara en acta y –tal como habría hecho yo en su lugar– pusieron pies en polvorosa al cabo de un tiempo prudencial, aliviados al poder esfumarse de tan incómodo escenario.

Ambos cuerpos fueron incinerados. Le preguntamos a Leticia qué quería hacer con las cenizas, y nos contestó que nos las podíamos quedar y hacer con ellas lo que nos viniera en gana. Su relación con Pablo finalizó de la misma manera que un divorcio traumático, solo que un poco más rápido. A los pocos días nos comunicó su intención de vender la casa y trasladarse con el niño a Sevilla –su ciudad natal– junto a sus padres y hermanas, lejos de todas las amistades y conocidos de Madrid. Nos prometió que

podríamos ver al pequeño siempre que quisiéramos pero, en el fondo, cuando nos despedimos de Mateo tras cerrar la casa y repartir los últimos enseres personales de mi hermano, sabíamos que lo más probable es que el contacto con él terminara allí, aquel mismo día.

Fue Jorge quien tuvo la idea de esparcir las cenizas de Pablo en Jaizkibel, donde habíamos disfrutado de tantos veranos en familia. El primer año de casados, Jorge recibió como herencia de su abuelo un ruinoso caserío en la ladera del monte Jaizkibel – a las afueras de Hondarribia–, de donde procedía casi toda su familia. Los padres de Jorge vivían en San Sebastián, en un impresionante ático situado en Miraconcha. Jorge, hijo único, creció y vivió en la ciudad hasta trasladarse a Madrid para cursar sus estudios de arquitectura. No obstante, siempre tuvo querencia por la enorme casona de campo de sus aïtonas, a pesar de que el abandono y el desuso la habían ido convirtiendo con el paso del tiempo en un peligro como residencia habitual, y había hecho necesario el traslado de sus reticentes abuelos a la capital durante sus últimos años de vida. Tras leerse el testamento, decidimos viajar juntos un fin de semana a visitar lo que quedaba del edificio. Una vez allí, casi podía leer la mente de Jorge, tomando medidas mentales y diseñando en su imaginación la reforma que devolvería de nuevo a la vida al caserón, con un esplendor renovado.

Tardó cinco años en completar las obras de reconstrucción. No quiero ni pensar en el dinero que costó, pero no creo que fueran menos de dos o tres millones de euros. Yo no quise ver nada hasta que estuviese completamente terminada. Me hacía ilusión descubrir de golpe la magnitud de la transformación. El resultado fue espectacular. Jorge conservó la estructura básica, reforzando las vigas de madera y los cimientos, y añadió dos plantas, la última de ellas abuhardillada, rematada por un imponente nuevo tejado a dos aguas. La fachada principal estaba presidida por una amplia balconada –común a las tres habitaciones principales–, bordeada por una barandilla de madera labrada. De las ventanas y el balcón prendían maceteros rústicos con cientos de flores de colores. El antiguo sótano, reconvertido en elegante bodega y sala de juegos, era la joya mejor guardada de la casa. En los años venideros, gracias a su chimenea, la mesa de billar y la larguísima mesa con bancos corridos, habría de convertirse en la estancia ideal para acoger grandes cenas y reuniones con familiares y amigos. Podías perderte en la inmensa finca, en la que también había levantado una pequeña casa de invitados anexa a la principal. Discretamente situada en un lateral de la casa, mandó construir una piscina artesanal diseñada por él, que se integraba armónicamente en el conjunto y la naturaleza. La parte trasera del caserío daba acceso a las faldas del monte, cuyo terreno se elevaba suavemente formando una alfombra verde infinita, que terminaba donde comenzaba el cielo. El primer verano que pasamos allí organizamos una gran fiesta de inauguración que congregó a la familia al completo, además de numerosos conocidos y amigos –tantos como pudimos alojar en las diez habitaciones de las que disponía en total la finca–. Pablo se enamoró de la casa al instante. A aquel primer verano prosiguieron muchos

más. Alguna vez incluso –desafiando al mal tiempo–, celebramos en ella la Navidad o algún evento familiar especial, como la fiesta de jubilación de mi padre. A Jorge le encantaba escaparse al caserío siempre que podía, así como compartirlo con quien quisiera acercarse a Hondarribia. A menudo, cuando se bloqueaba a mitad de un proyecto importante, le bastaba con recluirse a trabajar allí unos días para recuperar la inspiración y la confianza. Yo, por mi parte, contribuí en lo que pude en la decoración, aportando alguno de los cuadros y obras de arte que había ido coleccionando con los años, o visitando las tiendas de antigüedades de Donosti a la busca y captura de algún objeto exclusivo para nuestro refugio.

Me conmovió que Jorge propusiera enterrar allí a mi hermano. Pablo había disfrutado enormemente de aquel entorno que emanaba paz y sosiego, así que era bonito pensar que pudiera descansar en aquel paraje eternamente. Visto desde fuera, la idea era maravillosa. Pero por dentro no podía evitar pensar: "Si supierais todo lo que yo sé ahora..." Mi corazón se debatía entre el dolor por la pérdida del hermano al que siempre había amado, y la repulsa por todo lo que Eva me había contado en la isla.

Al sepelio solo asistimos los familiares cercanos. Mi madre fue, curiosamente, quien se mantuvo más entera. Paula estaba destrozada, y mi padre apenas reaccionaba. Permaneció allí, con la mirada perdida, vacía. No dejé de observarle. ¿Qué estaría pensando? Estaba convencida de que, incluso no estando presente, Eva se había materializado de alguna manera en el entierro, apoderándose de los recuerdos y secretos más oscuros que guardaba sobre su hijo. ¿Cómo habría asimilado, con el paso de los años, todo lo que sabía sobre él? ¿Y sobre mí?

Con la avalancha de emociones que supuso la muerte de Pablo, aún no había tenido tiempo de asimilar por completo el encuentro con Eva en Hawai. A ratos, abrumada por la tristeza, me olvidaba incluso de que la verdadera razón de que los restos de mi hermano estuvieran enterrados a la sombra de un roble del monte Jaizkibel no era una sobredosis "accidental", sino un ASESINATO, así, con todas las letras. Por otro lado, el relato de la violación durante la fiesta de fin de curso, tan crudo y repugnante, me atormentaba prácticamente a cada hora del día. A pesar de la evidente falta de cordura de Eva, sabía, en el fondo de mi alma, que no mintió acerca de aquello.

02

Tras la fugaz visita al caserío, regresamos a Madrid. La vuelta a la rutina tomó para todos un cariz de irrealidad. Obviamente, el viaje a Hawai no había logrado el objetivo inicial planteado por Jorge. Lejos de marcar para nuestra familia el punto de partida de una nueva etapa, más relajada y feliz, constituyó el principio del fin. Estábamos todos tan desubicados como un pulpo en un garaje.

Por si no hubiéramos tenido bastante, la situación familiar habría de complicarse aún más en poco tiempo. Mi padre falleció apenas dos semanas después de enterrar a mi hermano. Su débil corazón no resistió el envite y, una mañana, sencillamente no se despertó. En cierto modo fue reconfortante la certeza de saber que no sufrió. Al fin, un miembro de la familia se despedía de nosotros sin dramas, sin hacer ruido. Mientras mi madre, Paula, e incluso Jorge, arrastraban un duelo intenso, profundo, yo sabía que algo en mí se había roto y me había cambiado para siempre. En el peor de los sentidos. No recuerdo sentir apenas un atisbo de tristeza durante las semanas siguientes. Nada. Porque todos mis sentimientos y emociones habían sido reemplazados por un miedo atroz, voraz, que me paralizaba. Dejé de ser yo. Disfrazando mi desasosiego con el velo figurado del luto, regresé al trabajo y a mi rutina, como una autómatas. Pero no estaba presente. Yo ya no estaba allí. Tal como vaticinó Eva en la isla, me volví completamente paranoica. Todas las noches, antes de acostarnos, revisaba una a una todas las puertas y ventanas de la casa. Ponía la alarma, chequeaba que Laura estuviera a salvo en su cuarto, me metía en la cama, y a los diez minutos me levantaba de nuevo y recorría la casa una vez más. Por las mañanas, nada más despertar –cuando lograba dormir algo–, estiraba el brazo para comprobar que Jorge continuaba tumbado a mi lado, que su cuerpo estaba caliente y respiraba, y después corría de nuevo al cuarto de Laura. Me sentaba en su cama mientras ella aún dormía y la observaba, posponiendo el momento de despertarla. De camino a la agencia mantenía una vigilancia continua a mi alrededor. Me sobresaltaba con cada movimiento extraño, con cada ruido imprevisto. Los peores momentos del día eran al subir y bajar del *parking*, por lo que comencé a desplazarme en taxi a todas partes. Vivía cada minuto al borde de un ataque de pánico. Jorge, temeroso de que en cualquier momento sufriera una crisis nerviosa, sugirió que regresara –aunque fueran solo unas cuantas sesiones– a la consulta de mi antigua terapeuta. En respuesta a su sugerencia, estallé con un ataque de risa histérico, incontrolable. ¿Qué podía contarle yo a esa mujer?, pensé para mis adentros. ¿Que una psicópata había jurado no dejarme respirar durante el resto de mi vida? ¿Que yo la había mutilado, mi hermano la había violado, y mi padre la había dejado estéril y que, en el fondo, la comprendía...? Las carcajadas dieron paso en cuestión de un segundo a un llanto tan intenso que la mirada en los ojos de Jorge a duras penas lograba disimular su preocupación por mi salud mental.

Las siguientes semanas transcurrieron en una calma tensa. Consultaba mi teléfono cada cinco minutos, convencida de que en cualquier momento recibiría un mensaje de Eva, una notificación del colegio, o una llamada para comunicarme que Jorge estaba en el hospital. Todo tipo de pensamientos catastróficos me asaltaban noche y día. No había rabia, tenía anulada la capacidad de reacción. La antigua Claudia, con toda seguridad, habría trazado ya un minucioso plan de ataque para deshacerse de Eva. Yo también tenía dinero. Podía contratar a un detective privado, a un sicario, comprar un arma... Pero sus amenazas –y lo que había sido capaz de hacer con mi hermano y con Mónica– eran argumentos lo suficientemente poderosos como para no arriesgarme a provocarla. Por un lado, cualquier paso en falso la empujaría sin contemplaciones a implicarme en el asesinato de mi antigua jefa. La perspectiva de pasarme el resto de mi vida en la cárcel me aterrorizaba de tal manera que no era capaz ni de pensar en hacer cualquier cosa que despertara su ira. Además, ¿qué pensarían Jorge y Laura? Todas las pruebas me incriminarían, me condenarían sin dudarlos un momento. Ni siquiera estaba segura de si podría utilizar a James como coartada fiable, ya que no estaba registrado en el hotel. No tenía ninguna posibilidad. Podía intentar contraatacar, ir a por ella, pero sabía que, de alguna manera, me tenía vigilada. Parecía ir siempre un paso por delante de mí. Los días pasaban, y la tensión era cada vez más insoportable. Así, un buen día decidí que, si no podía actuar, al menos debía hacer todo lo que estuviera en mi mano por mantener a mi familia a salvo. Una mañana, en la agencia, pedí un móvil prestado a un becario, y desde allí contraté un discreto dispositivo de seguridad privado. Me cercioré de que me lo facturaran directamente en mi cuenta corriente, para que Jorge no sospechara nada. El servicio no era lo que se dice barato, pero me compensaba con tal de tener algo a qué agarrarme. Ese mismo día, al volver a casa, atisé a unos metros de la entrada el coche en el que se guarecían los dos vigilantes encargados de velar por nuestra protección. A la vez que respiré, algo aliviada, sentí un pinchazo de responsabilidad hacia aquellas dos personas –a las que ni tan siquiera ponía cara– porque sabía que, si fuera necesario, Eva encontraría la manera de quitárselos de en medio. Pero en fin, ése era su trabajo, razón para mí. Por eso les pagaba tanto.

Aquella noche dormí un poco más tranquila, a pesar de que la cena –el único momento del día que compartíamos en familia– se había convertido, desde que regresamos del viaje, en un intrincado campo de minas. El humor de Jorge también estaba cambiando. Se mostraba irritable y a la defensiva conmigo, y no podía culparle por ello. Mi actitud era imposible, insoportable. Lo mismo reía que lloraba, que montaba una discusión monumental por el detalle más nimio. Siempre nos acostábamos enfadados, espalda con espalda. Eso, cuando no acababa marchándose a dormir al sofá de su estudio, agotado de tanta tensión. Tuve que claudicar ante la realidad. Eva había logrado alcanzar su principal objetivo: mi vida era, oficialmente, un infierno.

03

A la mañana siguiente, sentada en el taxi que me llevaba a la oficina, recordé el trayecto que, tantos meses atrás, realicé a primera hora de la mañana, camino al aeropuerto, en mi último viaje a Nueva York. Qué feliz había sido anticipando mi nuevo encuentro con James, el otoño en la Gran Manzana... Aquel era el último momento de plena felicidad que podía recordar. Una hora más tarde, mi vida cambió para siempre, y ya nada volvió a ser igual. Entré en la oficina, como cada mañana. Asistí a reuniones, comí con Alberto en un restaurante y, como no tenía mucho trabajo pendiente, regresé a casa un poco antes.

Un par de calles antes de llegar a mi hogar, desde el asiento trasero del taxi contemplé, atónita, cómo nos cruzábamos con el coche de vigilancia que debía estar apostado cerca de mi casa. Los agentes de seguridad, al darse cuenta de mi presencia, esquivaron disimuladamente la mirada haciendo ver que no me habían visto, y prosiguieron su camino en dirección opuesta, rumbo a la salida de la urbanización. Giré el cuerpo 180 grados para contemplar por la ventanilla de atrás cómo desaparecían en la distancia, y un escalofrío me recorrió la nuca.

Mis peores temores se acrecentaron al reparar en la presencia de un coche policial, aparcado frente a la entrada principal del chalet.

Me temblaban tanto las manos que me costó atinar para abrir la puerta de entrada. Una vez en el *hall* me quedé inmóvil, con las llaves en la mano, sin animarme a entrar o salir. Sentadas en el sofá de mi casa, como si tal cosa, me encontré de bruces con Eva y una oficial de policía, tomando un café y charlando animadamente con mi marido. Al escuchar el sonido familiar de la puerta de entrada, Jorge se levantó y se dirigió hacia mí con una sonrisa de oreja a oreja, mientras las dos mujeres permanecían sentadas, observándome desde la distancia. Una terrorífica mueca de satisfacción se dibujaba en el rostro de Eva.

—Claudia, ¡mira quién está aquí! —dijo, animándome a entrar y haciendo imposible mi huida, mientras cerraba la puerta tras de mí y me ayudaba a colgar el bolso y la chaqueta en el perchero de la entrada.

—Vaya... Qué sorpresa —fue todo lo que alcancé a decir, en el tono más apagado que mi garganta fue capaz de emitir. Instintivamente, recorrí la habitación con la mirada, activando todas las alertas posibles y oteando posibles salidas de emergencia, por si la situación se tornara peligrosa. Con paso lento, como quien avanza por el corredor de la

muerte, recorrí detrás de Jorge —o, mejor dicho, pegada a él— los metros que separaban el *hall* de entrada del salón. Eva, sin levantarse ni hacer ademán de dejar sobre la mesita la taza que sostenía sobre su regazo, estiró imperceptiblemente el cuello hacia mí, ofreciéndome la mejilla, a lo que me vi obligada a responder con un gélido beso. La otra mujer se puso en pie al verme llegar.

—Claudia, te acuerdas de Alicia, ¿verdad? —dijo Eva, mientras yo luchaba por comprender qué hacía una agente de policía en el salón de mi casa. Volví la mirada hacia la mujer, tratando de identificar el rostro que tenía delante. ¿Se suponía que nos habíamos visto antes? Estaba totalmente desconcertada.

—¿No? Normal, ella también ha cambiado bastante en los últimos años. Sobre todo, ha perdido mucho peso y, claro... ¡el uniforme! —rió Eva, secundada por Jorge.

—Soy Alicia Muñoz... fuimos juntas al colegio —se presentó al fin, tendiéndome educadamente la mano.

La estreché dubitativa, al tiempo que los recuerdos comenzaron a aflorar. Al cabo de unos segundos, fui capaz por fin de encajar el nombre y los rasgos de aquella mujer con la amiga regordeta de Eva, la que siempre la seguía a todas partes. Estaba casi tan cambiada como ella. No es que hubiera adelgazado, es que se había quedado en los huesos. Tenía los pómulos profundamente marcados, y unas gruesas bolsas oscuras bajo los ojos enmarcaban su mirada, profunda y oscura. Aunque esbozó una sonrisa, el conjunto de su rostro devolvía un cansancio y tristeza infinitos. Al igual que me sucedió con Eva, jamás la habría reconocido de haberme cruzado con ella por la calle.

Jorge estaba encantado. Al fin parecía que una pizca de normalidad hubiera entrado en la casa, puesto que allí estábamos, como viejos amigos que se reencuentran y se reconfortan unos a otros alrededor de unas tazas de café.

—Me he quedado de piedra al verlas en la puerta, qué detalle acercarse a ver cómo estamos, ¿verdad, Claudia?

—Sí. Qué detalle —contesté, con la frialdad de un robot.

—Perdona que nos hayamos presentado así, sin avisar, pero una llamada de teléfono, en estos casos... No sé, llámame anticuada, pero a veces creo que las nuevas tecnologías nos distancian, más que unirnos.

—Tienes toda la razón, justamente ayer comentábamos...

—Y ¿cómo has sabido dónde vivíamos? —interrumpí bruscamente, dejando a Jorge

a mitad de frase.

—Mira, ¡pues para eso reconozco que sí que me han ayudado las redes sociales!

Jorge, Eva y Alicia rieron al unísono, provocándome un escalofrío. La mera idea de que Jorge llegara, en un momento dado, a considerar a Eva como una amiga de la familia, me ponía el estómago del revés.

—Contacté con antiguas compañeras de clase y me facilitaron tu dirección. No me preguntes quién fue, la verdad, tengo tan mala memoria para los nombres...

—Qué curioso, porque lo cierto es que no tengo contacto con nadie del colegio desde hace tiempo...

Eva me dirigió una mirada que, de haber sido un arma cargada, me habría dejado tiesa en el sitio. Alicia, que permanecía sentada a su lado —en silencio—, clavó asimismo sobre mí una expresión de advertencia.

—Aunque ahora que lo pienso... —rectifiqué, asustada— puede que haya coincidido con alguna de ellas durante estos años, tienes razón... Yo también tengo muy mala memoria para estas cosas.

—Me encontré con Eva hace unos días —explicó al fin Alicia—. Me contó que habíais coincidido en Hawai y lo del fallecimiento de tu hermano, y he querido acompañarla para transmitir mi más sincero pésame. Me quedé impresionada con la noticia, la verdad. Las drogas son terribles. Terribles —añadió.

Aquellas palabras me golpearon en la boca del estómago con la fuerza de un puñetazo. Eva y Alicia clavaron sus ojos en mí, asegurándose de que captaba el mensaje. Aquella fue, literalmente, la misma expresión que utilizó Eva en la playa del hotel, nada más conocer la muerte de Pablo. "Las drogas son terribles". Enfatizando después el "terribles". Tenía aquella frase grabada a fuego en mi memoria. Volvía a mí despierta y en sueños como la evidencia más clara de que aquello, lejos de ser un comentario trivial, era una confesión en toda regla. Ahora comprendía cómo pudo Eva ocuparse del asesinato de mi hermano, aún estando a miles de kilómetros de distancia. Otro de sus crímenes perfectos. Desvié mi mirada repetidamente de una a la otra, incrédula.

—¿Trabajas en la brigada anti droga? —pregunté con un hilillo de voz, tratando de confirmar mis sospechas.

—No. Desarticulando redes de prostitución. Aunque ambos mundos están

estrechamente relacionados, como sabrás —dijo, sin parpadear apenas—. Es un trabajo duro. Hace poco tuve que infiltrarme en una red de "acompañantes" de lujo.

En ese momento se abrió de nuevo la puerta de entrada. Adriana y Laura regresaban de la academia de ballet, donde la niña asistía a clases un par de veces por semana. Por un instante, Adriana se quedó inmóvil en la puerta, sin duda extrañada por la presencia de las inesperadas visitantes. Jorge se apresuró a abrazar a Laura, para a continuación recordarles que ya habían conocido a Eva en Hawai.

—Adriana, Laura, venid, no sé si os acordáis de la amiga de mamá...

—¡Sí! —gritó Laura con júbilo —¡Mami, tu amiga del cole!

—Sí, hija —asentí, sin entonación—. Mi amiga del cole.

—Y la agente es Alicia, también iba a clase con mamá y con Eva—explicó Jorge, entusiasmado.

—¡Halaaa, una policía! —exclamó Laura con los ojos abiertos de par en par, llena de admiración.

—Ven, cariño —intervino Adriana, con su habitual discreción—. Vamos a prepararte la merienda y a dejar a los mayores que charlen tranquilamente.

Agradecí en el alma ver a Laura salir de la habitación. El mero hecho de saberla cerca de Eva me ponía de los nervios. Las dos mujeres se embarcaron con Jorge en una conversación distendida plagada de divertidas anécdotas de la infancia, en la que yo solo intervenía para asentir o negar con la cabeza, o para responder con monosílabos cuando no me quedaba más remedio. Tras lo que pareció una tarde interminable, al fin Eva se excusó y se dispusieron a marcharse, prometiendo volver a retomar el contacto y planear alguna actividad juntos a la mayor brevedad posible.

—Os acompaño —me adelanté, antes de que Jorge se ofreciera.

Una vez en la puerta del jardín —la que daba acceso a la calle—, y tras asegurarse de que nadie nos escuchaba, Eva acercó peligrosamente su rostro al mío y susurró:

—Ha sido muy poco inteligente por tu parte contratar a esos dos gorilas.

Dirigió una veloz y sutil mirada de reojo al lugar donde debería estar apostado el coche de la empresa de seguridad.

—Les he pedido "amablemente" que desaparecieran de aquí —agregó Alicia—. Les he explicado que los vecinos estaban inquietos por la presencia del vehículo.

Giré el cuello instintivamente hacia el chalet de enfrente. Mi vecina, Valeria, observaba toda la escena desde la ventana de su salón, sin preocuparse siquiera por ser descubierta. Ya me olía la visita al día siguiente.

—Así que ya estás rescindiendo el contrato, si no quieres que volvamos por aquí —continuó Alicia.

Haciendo gala de una actitud agresiva que no había mostrado hasta el momento, acorraló mi cuerpo contra la valla que bordeaba el jardín del chalet. Era obvio que ya no me encontraba ante la niña tímida y rechoncha cuyo mero nombre había olvidado hasta hacía escasamente unas horas.

—No me costó nada deshacerme de tu hermano —admitió, finalmente—. Te aconsejo que no pongas a prueba nuestra paciencia.

Acobardada, asentí. Cualquier cosa con tal de alejarlas de mi familia.

Alicia se despidió con un gesto de cabeza y se metió en el coche patrulla.

—Me parece que no te has dado cuenta todavía... No puedes dar un paso sin que yo me entere. Esta pequeña osadía te va a costar muy cara —continuó Eva, amenazante.

—Por favor, te lo suplico, no le hagas daño a mi hija —fue lo único que atiné a decir.

Justo antes de meterse en el coche con su amiga, respondió:

—Es la única concesión que voy a hacerte. No la mataré, los niños no deben pagar por los errores de sus padres. Ella no te ha elegido, no tiene la culpa de nada.

Abrió la puerta y se sentó en el asiento del copiloto. Antes de arrancar, bajó la ventanilla y concluyó:

—Pero un solo paso más en falso, y puedo encargarme de que no vuelvas a verla jamás.

Sin mediar una sola palabra más, Alicia arrancó el coche y se esfumaron.

Regresé temblando a la casa. Jorge charlaba animadamente con Laura y Adriana en la cocina, mientras ésta preparaba la cena.

—Qué pena que no se hayan podido quedar a cenar, ¿verdad, Claudia? —dijo Jorge, según me vio entrar.

—Sí. Una pena.

—Mira, Alicia me ha dejado una tarjeta con su número personal, por si algún día la necesitamos. ¡A mí esto de que tengas una amiga policía me hace sentir muy seguro! — exclamó, emocionado.

No podía ni hablar. Estaba en *shock*. Ahora no me enfrentaba a una única asesina, sino a dos. Si antes me encontraba en inferioridad de condiciones, la situación no hacía más que empeorar.

—¿Qué te ocurre, cariño? Has estado toda la tarde muy seria. ¿No te alegras de volver a ver a tus amigas? — preguntó Jorge, extrañado ante mi falta de entusiasmo.

—Verás... —dudé un momento antes de continuar—. No sé si se podría decir que éramos "amigas", exactamente... Lo cierto es que me ha sorprendido mucho verlas aquí. No éramos tan íntimas como Eva parece querer dar a entender...

—Bueno, pero supongo que después de reencontraros en Hawai, no sé... a lo mejor ella te aprecia más de lo que tú crees... A mí me ha parecido encantadora. Alicia es quizás un poco más seria...

—¡Pues no entiendo qué puñetas hacía en nuestra casa, vale? —exploté. Los tres interrumpieron lo que estaban haciendo, sobresaltados por tan repentino estallido.

—¡¡Yo no la invité a venir, no me parece lógico que alguien se presente así, sin avisar, a molestar a mi familia, no es normal!!

Laura, asustada por la virulencia de mi voz, comenzó a hacer pucheros. Adriana, rápida como un rayo —anticipándose a mi reacción— se la llevó en volandas de la sala.

—Pero Claudia... ¿tú te estás escuchando? —Jorge se acercó a mí, haciendo gala de su proverbial espíritu conciliador—. Estás alterada... No te culpo, después de todo lo que hemos pasado, pero...

—¡¿Pero qué?!!, ¿eh?, ¡¿pero qué?!! ¡¿Qué sabrás tú de ella, de mí, de lo que estoy pasando?! ¡No tienes ni puta idea!

Le di un empujón, apartándole violentamente de mi lado. Nunca antes habíamos llegado a tener una discusión tan acalorada como para acabar agrediéndonos físicamente en modo alguno. Salí de la cocina hecha una furia, con mi marido corriendo detrás de mí por toda la casa, hasta llegar a nuestro dormitorio. Jorge cerró la puerta tras de sí de un portazo y, al girarme y mirarle a los ojos, comprendí que había tensado la cuerda hasta arrastrarle al límite de su resistencia.

—¡Ya no puedo más, Claudia! ¡NO-PUEDO-MÁS! —gritó, desesperado, recalcando cada una de las palabras. El muro que se había ido levantando gradualmente entre nosotros, amenazaba con convertirse en un bloque de hormigón—. ¡Nosotros también estamos sufriendo! ¿No te das cuenta? ¡Tu hija pequeña ha perdido a su tío y a su abuelo, y pasa más tiempo con la criada que con su madre! ¡Tienes que hacer algo YA! ¡Tienes que volver a terapia, necesitas ayuda profesional!

Me senté en el borde de la cama, incapaz de hacer otra cosa que contemplar el desastre que había provocado a mi alrededor. Mientras Jorge continuaba gritando y gesticulando con las manos, dando vueltas en círculo alrededor de la habitación, yo solo podía pensar en que todo lo que tocaba se convertía en barro, en odio, en dolor. Estaba destruyendo lo que más quería: mi propia familia. Estaba permitiendo que el pasado volviera para saldar cuentas y no me veía capaz de hacer nada para impedirlo porque, en el fondo, algo en mi interior me gritaba que merecía el castigo. Ya no me quedaban fuerzas. Pasé junto a Jorge como si no le viera, como quien traspasa un fantasma. Sin decir una palabra, me quité la ropa y me metí en la cama, haciéndome un ovillo entre las sábanas y tapándome los oídos con las manos. Jorge, sin dar crédito a aquella forma de ignorarle, interrumpió en seco su discurso y, observándome unos segundos boquiabierto, optó por salir de la habitación del mismo modo en que había entrado, rubricando su marcha con un estruendoso golpe de puerta.

Creo que pasé toda una semana sin salir de la cama, en posición fetal. Al menos debajo de las sábanas nadie me molestaba. Esperaba allí, inmóvil, a que ocurriera algo. Algo terrible. Disparos, un asalto violento en plena noche... qué sé yo. Estaba perdiendo la cordura. Adriana subía de cuando en cuando con comida, para volver a llevarse la bandeja prácticamente llena. Escuchaba a Laura llorar, a lo lejos. Jorge paseaba por el piso de abajo. Podía oír sus pasos inquietos, susurros, medias luces por debajo de la puerta. Así un día, tras otro, tras otro. Dormitaba casi todo el tiempo, para despertarme invariablemente envuelta en sudor, en mitad de una pesadilla. Al fin, una noche –tras haber perdido por completo la noción del tiempo–, me levanté y llené la bañera de agua caliente. Encendí unas velas, esparcí sales de baño, y me dejé embriagar por el relajante olor que emanaba de ellas. Abrí el armarito situado sobre el lavabo y saqué una de las cuchillas de afeitar de Jorge. El filo metálico de la hoja emitía unos preciosos destellos a la luz de las velas. Pausadamente, como en trance, me sumergí en el agua, y cerré los ojos, completamente relajada. Comencé a jugar con la cuchilla. Sentí el frío tacto de la hoja afilada deslizándose sobre la piel de mis muñecas, de mis brazos. La aproximé a mi cuello. Continué lentamente el recorrido dibujando una línea de un lado a otro de la garganta, deleitándome con la posibilidad de terminar en cualquier momento con mi vida, con mi sufrimiento, prolongando la caricia sin decidirme a apretar demasiado. La sensación de poder –de tener en ese momento un control absoluto sobre mi vida o mi muerte– era tan placentera que continué jugueteando con ella largo rato, recreándome en el momento. Las fotos de Mónica se sucedían ante mí como un pase de diapositivas, tan nítidas como si las tuviera delante. Al cabo de un rato, sentí cómo la temperatura del agua comenzaba a descender. Sin meditarlo demasiado, dejé la cuchilla sobre un lateral de la bañera. Guiada por un impulso interior, salí del agua, me sequé ligeramente y descendí despacio, desnuda, las escaleras que conducían al piso inferior. Sigilosamente, abrí la puerta del estudio de Jorge y me acurruqué junto a él en el sofá cama donde dormía. Su cuerpo también desnudo, cálido, somnoliento, reaccionó con ternura al contacto con el mío. Nos abrazamos dulcemente, nos acariciamos, nos miramos como si hiciera años que no nos viéramos. Hicimos el amor despacio, intensamente, como dos adolescentes perdiendo la virginidad. Aquella noche dormí profundamente, abrazada a él, casi casi en paz.

A la mañana siguiente tomé la decisión de regresar a la agencia, continuar con mi vida, con mi rutina. Una vez había comprobado que tenía el valor suficiente como para ponerle fin a todo en cualquier momento, mi estado de ánimo, curiosamente, mejoró de manera notable. Es extraño cómo funciona la psique. Estaba preparada mentalmente para

recibir una violenta sacudida en cualquier momento, como quien vive sobre una zona sísmica y acaba acostumbrándose a golpe de sustos a vivir a expensas de los terremotos. Así que lo hice. Crucé de nuevo las puertas de la agencia y retomé las reuniones, la agenda y la rutina del día al día como si no tuviera nada que perder.

Unos días más tarde, recibí una llamada de mi hermana.

—¿A qué hora quedamos mañana? —dijo, secamente.

Su cortante tono de voz me hizo reflexionar. Realmente, había muy poca comunicación entre nosotras. Supongo que nuestro verdadero nexo de unión siempre fue Pablo. Su hermano mellizo. Mi hermano mayor. Mi padre y él siempre habían llevado las riendas de los asuntos familiares. A decir verdad, desde que me casé con Jorge hice de mi hogar mi refugio. No necesitaba económicamente a nadie y, emocionalmente, nunca llegué a desarrollar lazos profundos con ellos. Me resulta complicado poner estos pensamientos en palabras. Cuando iba a terapia, cada vez que la psicóloga trataba de indagar en mi relación con mi familia, o bien desviaba el tema hacia otro asunto, o bien mentía y dibujaba un panorama cálido y funcional. Desde la muerte de la pequeña María, aunque disfrutaba compartiendo con ellos algunos días en vacaciones, o celebrando las fechas señaladas, la verdad es que no sentí jamás la necesidad de buscar su apoyo, su aprobación, o tan siquiera su compañía. Podían transcurrir meses sin que se me ocurriera llamar a mis padres. Generalmente era Jorge quien, de cuando en cuando, me lo recordaba: "Cariño, ¿por qué no llamas luego a tu madre, a ver qué tal andan...?". También era él quien organizaba las escapadas a la casa de Hondarribia, las cenas de Navidad, etc. En mi defensa diré que mi familia se comportaba del mismo modo conmigo, e incluso entre ellos. Es difícil de entender, pero desde que acabó el ciclo escolar y cada uno nos marchamos a estudiar a países distintos, la relación entre nosotros se enfrió y nunca fuimos capaces de reconstruirla del todo.

—Puedo estar en la notaría a las diez, ¿te viene bien esa hora? —respondí.

—Perfecto —contestó—. Claudia, hay otro tema del que tenemos que hablar... Se trata de mamá.

—¿Qué pasa con mamá?

Al otro lado de la línea, Paula emitió un profundo suspiro de resignación.

—Claro... No creo que lo sepas... Bueno, el caso es que, desde hace unos meses, papá andaba preocupado. Me llamó y fuimos a verla. Lo cierto es que no está bien. Empezó con pequeñas pérdidas de memoria, pero en las últimas semanas ha empeorado bastante. Ayer fui con ella al médico, tenía un cita programada desde antes de que

papá... —la voz se le entrecortaba. La muerte de mi padre aún estaba muy reciente.

—Nos confirmaron el diagnóstico de Alzheimer. Está avanzando muy deprisa.

Se hizo un largo y tenso silencio. Supongo que Paula esperaba algún tipo de reacción por mi parte, pero la noticia me cogió tan de sorpresa que no supe qué contestar.

—En fin... —continuó ella—. Quería que supieras que Marcos y yo estamos pensando en que se venga a vivir con nosotros. Pero bueno, deberíamos hablarlo. Creo que quizás podríamos organizarnos, y que pase una temporada en nuestra casa y otra en la vuestra... No sé, pero está claro que sola no puede estar. Tenemos que debatirlo con calma. Pero no mañana, delante de ella. Está bastante alterada y confundida con el tema del notario.

—De acuerdo —asentí, todavía aturdida por la información—. Claro, sí, hablamos esta semana. Cuando quieras.

Nos despedimos hasta el día siguiente, en que estaba programada la lectura del testamento de mi padre. Reconozco que ése fue un capítulo para el que tampoco estaba preparada. Al parecer, hacía ya varios años que mis padres atravesaban serios apuros económicos. Por lo que descubrí aquella mañana, la forma que tenía mi padre de mantener nuestro elevado ritmo de vida (las magníficas casas, los viajes, los colegios privados, etc), había consistido siempre en obtener un préstamo bancario sobre otro, una hipoteca tras otra, amén de fundir las pequeñas herencias que fueron recibiendo con los años. Nunca se me ocurrió pensar que su puesto en el hospital no estuviera tan bien remunerado como él nos hacía creer. O quizás nunca me paré a pensar en ello. Cuando eres niño, no te planteas de dónde sale el dinero de tu familia. Simplemente, se tiene o no se tiene, y se vive de acuerdo a lo que hay, supongo... Además, por lo que pudimos comprobar a tenor del análisis de las cuentas que pudimos cotejar aquel día con el notario, la administración de bienes no era el punto fuerte de mi padre, que digamos. Cuando Pablo y Nacho montaron la empresa, mi padre se endeudó de nuevo para ayudarles. Por supuesto, jamás recuperó la inversión, dada la trayectoria ruinosa del negocio, que mi hermano tampoco supo manejar con destreza. Total, que la venta del piso de Madrid sirvió para cubrir más o menos aquella deuda, y su traslado al chalet de la sierra fue más forzoso de lo que dieron a entender en su momento. Asimismo, descubrimos que dicha vivienda no era de su propiedad. Un íntimo amigo de mi padre, antiguo paciente suyo, apiadado por la penosa situación económica por la que atravesaban, se lo había prestado sin cobrarles alquiler alguno, en agradecimiento por haberle salvado la vida en el pasado. Total, que nuestra herencia se reducía, en resumidas cuentas, a unos cuantos muebles viejos y cuadros sin valor que se acumulaban cogiendo polvo en un trastero. A mí realmente no me preocupaba salir de aquel despacho con las manos vacías. Tenía ya bastantes problemas con los que lidiar, pero

por fortuna el económico –gracias a mi trabajo y al de Jorge– no era uno de ellos. Sin embargo, a juzgar por la expresión en el rostro de Paula, comprendí que ella sí que albergaba esperanzas de abandonar la notaría con la promesa de un buen pellizco. Mis sospechas se confirmaron cuando nada más salir a la calle se derrumbó sobre el banco más cercano, con los ojos cubiertos de lágrimas. Les pedí a Jorge y a Marcos que se adelantaran con mi madre, y quedaron en esperarnos tomando algo en una cafetería cercana. La mirada desconfiada de Marcos, mientras me sentaba al lado de mi hermana para tratar de calmarla, me produjo un ligero escalofrío.

—¿Qué ocurre, Paula? ¿Te encuentras mal? —pregunté.

Le costó un rato recomponerse, pero al fin dejó de llorar y me miró dubitativa, como preguntándose si –a pesar de ser prácticamente unas desconocidas– podía permitirse el desahogo de confiar en mí.

—Necesito hablar con alguien —dijo, al fin—. Vamos a dar un paseo.

Señalando con la mano en la dirección contraria a la que se habían dirigido nuestros maridos, comenzamos a caminar lentamente.

—Está todo mal, Claudia. Todo mal. ¿Tú tenías idea de esto, de que papá y mamá estuvieran arruinados...?

—Pues no... no tenía ni idea... pero, en fin... Paula, ¿necesitas ayuda? ¿Tenéis problemas económicos?

—Si solo fuera eso... Estoy pasando un infierno, Claudia. Ni te lo imaginas.

Me miró de arriba a abajo, haciendo un repaso mental a mi vestido de Versace, mi bolso de Carolina Herrera, mis Jimmy Choos... Por un instante, me sentí un poco avergonzada. No era mi intención restregarle nada por la cara a mi hermana. Aquella era mi forma habitual de vestir, ¿qué culpa tenía yo?

—Qué vas a saber tú — prosiguió— con tu vida perfecta, tu chalet, tu trabajo importante...

—No entiendo nada Paula, ¿qué quieres decir?

—Sabes que no puedo tener hijos, ¿verdad?

—Sí. Ya sé que no podéis. Pablo me lo contó —contesté—. Lo lamento. ¿Es por

eso? ¿Necesitas dinero para un tratamiento?

—No es que no podamos. Soy yo. YO no puedo tenerlos. Y desde que las últimas pruebas revelaron que la “culpable” era yo... todo se ha ido a la mierda. Bueno, no sé por qué digo eso, las cosas llevan mal entre nosotros desde hace años. Pero, tonta de mí, creí que si intentaba complacerle, ejercer de la perfecta esposa, si teníamos hijos... ¿Sabías que dejé de trabajar porque Marcos me lo pidió? Quería que me dedicara en exclusiva a la casa, a formar una familia, y a mí me pareció bien. Pensé, ¿qué necesidad tengo yo de madrugar, de vivir agobiada por un empleo de mierda, si mi marido puede ocuparse de la parte económica?

No pude evitar soltar un bufido de desavenencia, aunque lo lamenté al instante. No era el momento más indicado para hacerle saber a mi hermana lo que opinaba sobre su falta de ambición, y esa actitud de sumisión que siempre había sido el rasgo más destacado de su personalidad. Hacía ya mucho tiempo que tenía asumido que no podíamos ser más distintas.

—Estoy harta, Claudia. Harta. Ya no estoy enamorada. No hacemos nada más que discutir, día y noche. No nos soportamos... pero ¿qué puedo hacer? Además, es un putito fanático religioso. Ya sabes su familia cómo es...

Asentí con la cabeza. Me sorprendió escuchar hablar así a mi hermana. Creo que no le había oído decir un taco en mi vida.

—Quiero divorciarme, pero él se niega. Dice que estamos casados ante Dios, y que eso no se puede deshacer. Dice que si me marcho de casa me denunciará por abandono de hogar. Que soy un fracaso como mujer por no poder tener hijos... No sabes las barbaridades que tengo que soportar. Le he propuesto adoptar, me encantaría proporcionar un hogar a un niño que no lo tenga, ¿no crees que es algo maravilloso, poder hacer algo así...?

Asentí de nuevo. Por supuesto, me parecía una opción fantástica tanto para ella, que tenía tanto amor que dar, como para el niño o la niña a la que pudieran dar una nueva vida.

—Pues tanto él como su familia se niegan en redondo. Dice que no va a gastar un duro en el proceso de adopción, ni a cuidar de un niño que no sea suyo...

Aquella serie de revelaciones me estaban dejando con la boca abierta. Jamás se me habría pasado por la cabeza que alguien pudiera considerar la opción de adoptar como algo negativo. Especialmente, una familia como la de Marcos... ¡pues anda que no había tenido yo que escuchar charlas sobre sus dos tías monjas, misioneras, y su labor con los

niños africanos huerfanitos!

—Mi única posibilidad es conseguir la nulidad eclesiástica —prosiguió Paula, interrumpiendo el hilo de mis pensamientos—, pero es muy difícil de obtener... Aunque ya sabes, con dinero se puede conseguir todo... He pensado incluso hacer las maletas y desaparecer, ¿pero dónde voy a ir? ¡Si no tengo ni una cuenta corriente a mi nombre! Por eso me habría venido bien algún ingreso extra... No me entiendas mal, ojalá papá estuviera vivo, nunca le habría deseado ningún mal... —explicó Paula, medio arrepentida por este último ataque de sinceridad.

—Paula, si es cuestión de dinero... —le ofrecí de nuevo. La inesperada revelación de mi hermana me había dejado completamente noqueada... Me sentí ligeramente culpable. ¿Cómo es posible que supiera tan poco acerca de mi propia familia?

—Te lo agradezco —contestó, devolviéndome una sincera mirada de gratitud—. Pero ahora no sé... todo se ha complicado mucho, especialmente con lo de mamá.

—No sé qué podríamos hacer... Yo no puedo ofrecerme a cuidar de mamá en casa. En fin, ya sabes cómo es nuestra vida... Yo viajo mucho, y Adriana bastante tiene con ocuparse de Laura. Quizás debamos pensar en una residencia... — sugerí.

—¡De eso nada! —replicó Paula, tajante—. Ya me imaginaba que dirías eso... Mira Claudia, mientras yo viva, mamá no va a ir a una residencia. ¡Por encima de mi cadáver!

—Pero Paula...

Sin dejarme terminar la frase, dio media vuelta y —dando la conversación por zanjada— se encaminó a paso ligero hacia la cafetería donde habíamos quedado con nuestros maridos.

El final de nuestra charla, como si nos hubiera golpeado un guante de boxeo en la cara, nos devolvió a cada una a nuestra posición inicial. A ella, a su casilla de salida. La de hija/esposa perfecta. Y a mí, al papel de bruja egoísta que solo piensa en sí misma. Como había sido siempre.

Al cabo de un par de semanas, Alberto entró en mi despacho y me comentó, tras lo que me pareció un interminable circunloquio, que no podíamos continuar posponiendo los viajes a las oficinas de París, Londres y Nueva York. Especialmente éste último, ya que varios clientes de habla hispana aguardaban una serie de decisiones críticas que no se podían continuar postergando mucho más. Ambos nos miramos en silencio unos instantes, calibrando lo duro que sabíamos que iba a resultar regresar a aquella ciudad. Acordamos una fecha. Decidimos que cuanto antes mejor. Partiríamos un par de días después, y nos quedaríamos allí al menos dos o tres semanas, tratando de recuperar el tiempo perdido. Hicimos personalmente las reservas de los billetes de avión y tomamos dos habitaciones en un discreto hotel recién renovado de la Quinta Avenida, lo suficientemente alejado del Plaza como para no tener que pasar por sus inmediaciones en ningún momento de nuestra estancia en la ciudad. Organizamos una agenda de reuniones con clientes y miembros de la agencia de NY, y en una mañana lo dejamos todo planificado. Fue inmediatamente después de abandonar Alberto mi despacho cuando reparé en algo. Llevaba meses sin abrir la cuenta de correo que solo compartía con James. Entre temerosa y avergonzada por mi falta de interés, tecleé pausadamente en mi ordenador las claves de entrada. Tal y como imaginaba, tenía unos veinte mensajes sin leer. Los fui recorriendo lentamente, uno a uno. Sus palabras desbordaban ternura, empatía, un cariño sincero, más propio de un buen amigo que de un amante interesado. Decidí responder, y traté de explicar en aquel mensaje –de la forma más sincera posible– los duros momentos que había atravesado tras la muerte de mi hermano y de mi padre. Le agradecí su apoyo y discreción durante los últimos meses y le pedí perdón por mi silencio, aunque sabía que contaba con su comprensión. La perspectiva de volver a verle me resultaba un tanto inquietante. Sinceramente, no tenía ni idea de cómo me sentiría al encontrarnos de nuevo.

James vino a recogernos al JFK con un coche de empresa, como tantas otras veces en el pasado. La conversación de camino a nuestro hotel estuvo plagada de lugares comunes acerca del tiempo, los aviones y los aeropuertos, intercalados con incómodos silencios. El gran elefante en mitad de la habitación, de quien nadie se atrevía a hablar, llevaba el nombre de Mónica tatuado en la frente. Alberto y yo descendimos del vehículo al llegar al hotel, y James continuó su camino hasta la agencia, a la que nosotros nos acercaríamos un par de horas más tarde. A nuestra llegada hubo cierta tensión, abrazos y algunas lágrimas. Tuvieron la extrema delicadeza de reservarme una sala distinta a la que solía utilizar Mónica, ahora que yo la sustituía en la Vicepresidencia. Al fin, James se acercó a saludarme en privado. Charlamos

distendidamente, con franqueza, comprendiendo que, lo que sea que hubiese habido entre nosotros en el pasado, se había ido desvaneciendo en los últimos meses. Aún así, se ofreció a invitarme a cenar aquella noche, los dos solos, simplemente para charlar, para compartir unas horas juntos y relajarnos un poco. Acepté, y acordamos reunirnos discretamente en un restaurante de moda del Village.

En un primer momento –a las pocas horas de regresar a aquella oficina– me pareció que las cosas, a pesar de todo, se desarrollaban con bastante naturalidad. Sin embargo, al cabo de un rato trabajando a solas en mi despacho comencé a experimentar una sensación extraña. Tenía el cuerpo revuelto. Me sentía un poco mareada, hasta el punto de tener que excusarme y retrasar unos minutos el comienzo de una reunión. Bajé a la calle a tomar un poco de aire y, nada más pisar la acera de Madison Avenue, el olor proveniente de una cafetería cercana me produjo una náusea que me recorrió el cuerpo desde el estómago a la garganta. Logré alcanzar a duras penas los aseos de la planta baja del edificio, justo a tiempo de vomitar en una de las cabinas libres lo poco que había comido. De vuelta a la agencia, en el ascensor, me preocupó que el regreso a la ciudad donde habían comenzado todas mis pesadillas fuera más de lo que mi cuerpo y mi mente estuvieran preparados para soportar. No obstante, tardé poco en averiguar la verdadera causa de mi malestar. Sentada de nuevo ante mi mesa, reparé en un calendario de papel colocado sobre el escritorio. Pasé a la página del mes anterior, y me apresuré a contar los días... 38, 39, 40... Me dio un vuelco el corazón. ¿Cómo no me había dado cuenta? Llevaba un retraso de varias semanas. Yo, que con el período había sido siempre como un reloj. No fui capaz de esperar a llegar al hotel –ni mucho menos de volver a España– para confirmar o desechar aquella intuición. Necesitaba saberlo cuanto antes. Procurando pasar desapercibida, bajé de nuevo a la calle y compré un test de embarazo en el primer *Duane Reade* que encontré. Acto seguido subí de nuevo a la agencia y, escondida en el lavabo, realicé la prueba. En menos de un minuto el resultado positivo confirmó mis sospechas en el visor del stick. Estaba embarazada. En contra de todo pronóstico, de lo que sería lo razonable –dado el caos en que se había convertido mi vida–, me sentí tan feliz que comencé a llorar de alegría, aún incrédula, incapaz de despegar los ojos de aquellas dos rayitas azules. El día en que fantaseé con quitarme la vida en la bañera fue el mismo día en el que, tras hacer el amor con Jorge en su estudio, engendré una nueva vida en mi interior.

Aquella noche, durante la cena con James, apenas podía pensar en otra cosa que no fuera compartir la noticia con mi marido. Pero decidí esperar a regresar a Madrid. Por fin, después de tanto tiempo, al fin teníamos la oportunidad de celebrar algo realmente maravilloso, y preferí aguardar para contárselo en persona. A pesar de todo, me resultó más complicado de lo que anticipé mantener la compostura con mi ex amante. La atracción entre los dos no había desaparecido por completo. En algunos momentos fue imposible evitar el roce de sus dedos sobre mi mano, alguna pequeña caricia o mirada de complicidad. Sus ojos, su voz y su piel aún me hacían estremecer de deseo. Pero me

mantuve firme en mi propósito. Al menos debía intentar no complicarme más la vida, especialmente al hilo de mi recién descubierta nueva maternidad. Tras una velada agradable y distendida, me acompañó de vuelta al hotel. Solo en ese instante tuve un momento de duda. Al despedirnos, James se inclinó hacia mí y me besó en los labios, por última vez. Fue un impulso natural y se lo permití, sabiendo que se trataba de nuestro beso de despedida. Aparté un mechón de cabello de su frente, con ese gesto que a los dos nos hacía reír, recordando la peli "*Tal como éramos*". Solo que esta vez no reímos. Igual que en el film, fue un inequívoco y melancólico signo de adiós.

El resto de mi estancia en Nueva York transcurrió intenso y veloz, entre mil reuniones, con la única dificultad añadida de tratar de mitigar las náuseas, que cada mañana amenazaban con desvelar mi pequeño secreto. Por las tardes aprovechaba para pasear por Central Park o dar largas caminatas, perdiéndome entre el barullo de Manhattan. La primavera había eclosionado en la ciudad, cubriendo los parques y terrazas de gente, ávida por capturar los primeros rayos de sol tras un invierno particularmente duro. Yo también me sentía como un oso emergiendo de su guarida, tras un largo periodo de hibernación. Durante aquellas semanas, mi cuerpo y mi mente – aunque siempre alerta ante cualquier eventual sorpresa– despertaron al fin. Tuve mucho tiempo para mí misma, para pensar. Aunque no sabía con certeza cómo iba a enfrentarme a la espada de Damocles que pendía constantemente sobre mi cabeza, sí que tuve claro una cosa: no iba a dejarme derrotar sin luchar. Si fuera necesario, plantaría cara a aquella psicópata con toda la fuerza que hiciera falta para protegernos a mi familia y a mí. Estaba dispuesta a traspasar cualquier límite. Si se diera el caso, hasta el asesinato.

Al fin, tres semanas y media después, regresamos a Madrid. Algo más relajados por haber superado el trámite de volver a pisar la ciudad donde tuvo lugar –de acuerdo a la versión “oficial”– el "suicidio" de nuestra compañera de trabajo, y contentos por la cantidad de trabajo que habíamos logrado sacar adelante con profesionalidad.

Llegué a mi casa a media tarde, anticipando con una sonrisa la felicidad que estaba a punto de producir en nuestra familia la noticia de mi embarazo. Abrí la puerta, dejé la maleta y el resto de mis pertenencias en el vestíbulo y recorrí la casa a paso acelerado, buscando a Jorge y a Laura. Todo se encontraba inusualmente en calma. No había ningún televisor encendido, ni música, ni Laura surgió repentinamente de cualquier habitación corriendo para arrojarse en mis brazos, a pesar de llamarla repetidamente en voz alta. Por unos instantes, barajé la posibilidad de que no hubiera nadie en casa. Desacelerando el paso, me dirigí hacia el estudio de Jorge. Le encontré allí, sentado en silencio tras su tablero de dibujo, con el cuerpo girado hacia el jardín y la mirada perdida en el infinito.

—¡Mi amor, ya estoy aquí! —grité de alegría al encontrarle por fin. Corrí hacia él y le rodeé con mis brazos. Me quedé helada al sentir cómo, sin mediar palabra, separó

bruscamente su cuerpo del mío, tratando de evitar todo contacto físico. Parecía como si mi mera presencia le repugnara. Su aliento apestaba a alcohol, algo completamente inusual en él. Estaba borracho, pero no lo suficiente como para evitar la tormenta que se avecinaba.

—Qué contenta te veo... —dijo Jorge, tras rechazar violentamente mi intento de abrazarle. No entendía nada. ¿Por qué Laura y Adriana no estaban en casa, aguardando mi regreso? Llevaba casi un mes en Nueva York, aguantando a duras penas la noticia de mi recién descubierto embarazo, y la escena que me encontré al volver a ver a mi marido en nada se parecía a la que había recreado en mi mente unas horas antes, mientras el avión aterrizaba en el aeropuerto de Madrid. Ya me resultó extraño que, después de tan larga ausencia, nadie hubiera venido a recogerme a la terminal, pero lo achaqué a cualquier imprevisto de última hora. Quizás el hecho de que en los dos días anteriores a mi regreso no hubiera sido capaz de localizar a Jorge en el móvil debería haber sido indicio suficiente como para despertar en mí las sospechas de una nueva emboscada por parte de Eva, pero la maravillosa e inesperada noticia que traía conmigo había eclipsado por completo cualquier otra consideración.

—¿Qué ocurre, amor...? ¿No te alegras de verme...? —pregunté, tratando de acercarme de nuevo a mi marido. A cada paso que daba hacia él, Jorge retrocedía, esquivando cualquier amago de contacto físico.

—Tengo algo importante que contarte... Al fin, una buena noticia —continué, confiando en que la información que estaba a punto de revelar ablandara la extraña actitud de mi esposo.

—¿Estoy embarazada! —dije, sin poder reprimir mi emoción. Por toda respuesta, Jorge exhaló un profundo suspiro, cargado de angustia. Tras unos minutos en silencio, durante los cuales clavó como un puñal su mirada de repulsa sobre mí, sacó un sobre marrón del primer cajón de su escritorio. Con un gesto de desdén, extrajo de su interior unas fotografías ampliadas y las esparció sobre la mesa, para que yo pudiera verlas.

—¿Y de quién es el niño, lo sabes? ¿Es mío...? ¿O quizás de James...? —respondió, antes de salir de la habitación y dejarme sola en el despacho, contemplando la nueva jugada de mi adversaria. Siguiendo su modus operandi, las fotos parecían haber llegado en un sobre sin remitente, en cuyo anverso solo figuraba el nombre de mi marido: Jorge Loyola. En las fotos se nos veía a James y a mí durante nuestro último encuentro en el restaurante del Village, cogidos de la mano, mirándonos con ternura. Desde luego, las instantáneas estaban bien escogidas. También, por supuesto, encontré un primerísimo primer plano de nuestro beso de despedida a las puertas del hotel. Otra de mi gesto cómplice, apartándole el flequillo. Pero no solo había fotografías de mi último viaje. Cada una de ellas tenía sobreimpresa en la esquina inferior derecha la hora y la fecha en las que habían sido tomadas, y se nos podía ver juntos en cada una de mis

visitas a lo largo del último año, siempre en actitud inequívocamente cariñosa. En el River Café, paseando cogidos de la mano sobre el Puente de Brooklyn y, lo más sorprendente de todo, había varias fotos tomadas desde dentro de una habitación de hotel, donde se me veía desnuda, sobre él, mientras hacíamos el amor. No sé cómo se la había ingeniado para infiltrarse de esa manera en mi vida, pero estaba claro que se había empleado a fondo. El mayor de mis temores, que Jorge llegara a descubrir mi aventura con James, había quedado al descubierto. Debí haberlo visto venir.

Corrí tras él y logré darle alcance junto a la puerta del *hall*, justo cuando se disponía a abandonar la casa. Tenía las llaves del coche en la mano. Me dio pánico que pudiera conducir en este estado, así que hice todo lo posible por retenerle.

—¡Lo siento, amor! ¡Por favor, perdóname, ha sido un error! ¡Tienes que perdonarme!

Jorge me miraba con una expresión vacía en el rostro. Estaba roto de dolor.

—¡Te juro que se ha acabado, no le volveré a ver más! Escúchame... ¡Estoy embarazada! El hijo es nuestro, tuyo y mío... Estoy segura de que lo concebimos aquella noche, en tu estudio... No sé quién quiere atacarnos de esta manera, pero te prometo...

—Está muy claro quién ha sido, ¿no? —contestó Jorge, tajante.

Por unos segundos, me quedé en blanco. ¿Habría averiguado algo sobre Eva...? Casi me habría alegrado de que así fuera.

—Tu amigo... Perdón... Tu amante, James... Está claro que te la ha jugado. A no ser que fueras tú misma la que te hiciste las fotos desnuda, vete tú a saber...

—Pero Jorge, ¿qué dices...? ¿Cómo iba yo a...? Y además... ¿qué gana James con todo esto...?

—Pues a ti. Y ahora, a su hijo, supongo... Es una razón de peso, ¿no crees? Por tu parte, desde luego, no se puede caer más bajo. Intentar colocarme al hijo de tu amante como si fuera mío... Claudía, yo ya no te conozco — continuó, con lágrimas en los ojos —. Lo nuestro ya no tiene arreglo. Quiero el divorcio. Quiero que te marches de aquí.

Justo en ese instante, Laura y Adriana hicieron su aparición por la puerta principal.

—¡Mami, mami! ¡Ya has vuelto! —gritó Laura, feliz al verme de nuevo. Se abrazó a mi cintura y yo, sin saber muy bien qué hacer, rodeé su cuerpo con mis brazos con todas

mis fuerzas. No sé qué se apoderó de mí en aquel momento. Cuando lo recuerdo, lo hago como si alguien me lo hubiera contado pero yo no estuviera allí. Como si hubiese salido de mi cuerpo. Sé que mi único empeño era no soltar a mi hija por nada del mundo. La cogí de la mano y la arrastré hacia el interior de la casa. Atravesé con ella en volandas el salón y, al pasar por la cocina, agarré sin pensarlo dos veces el cuchillo más largo y afilado que descansaba sobre la encimera. Adriana y Jorge corrieron tras de mí, vociferando para que lo soltara. Sin detenerme, subí con la niña escaleras arriba y me encerré en mi despacho con ella, bloqueando la puerta por dentro con el pestillo.

No sé qué pensaba que iba a lograr con aquello. Estaba completamente obnubilada. Solo sé que abracé a Laura con fuerza, obligándola a sentarse conmigo en el suelo, sobre mi regazo, mientras gritaba y agitaba el cuchillo en el aire. Amenacé con matarme delante de ella. Laura lloraba, histérica, a la vez que trataba con todas sus fuerzas de desasirse de mí. De entre todas las barbaridades que he hecho en mi vida, creo que nunca podré perdonarme el miedo que le hice sentir aquella noche. A mi propia hija.

Jorge y Adriana chillaban al otro lado de la puerta. Jorge asestaba violentas patadas, tratando de derribarla. Al cabo de un rato cesaron los golpes. Dejé de escuchar la voz de Jorge y sentí sus pasos acelerados escaleras abajo. Adriana continuaba al otro lado de la puerta, intentando convencerme –con un tono nervioso pero conciliador– de que dejara salir a la niña de allí antes de que ocurriera alguna desgracia. No pasaron muchos minutos antes de que el destello de las luces rojas y azules del coche patrulla se colara por las ventanas de la habitación. Me quedé allí unos instantes, inmóvil, abrazada a Laura, contemplando los reflejos de colores sobre las paredes, el techo, los muebles. Comprendí que la situación podría volverse verdaderamente peligrosa para mi hija, por lo que, con movimientos lentos y pesados, como si tuviera los músculos forrados de plomo, me puse en pie y abrí la puerta del despacho, al tiempo que tiraba el cuchillo al suelo y permitía que Laura corriera a refugiarse en los brazos de Adriana. Casi de manera instantánea, Alicia subió las escaleras a toda velocidad, seguida a escasos centímetros por Jorge. Claro. Cómo no. Había olvidado que tenía su tarjeta. En el fondo, yo habría hecho lo mismo en su lugar. Corrió a llamar a la policía amiga de la familia, confiando en su habilidad para resolver el conflicto de la mejor manera posible. A pesar de no oponer ninguna resistencia, Alicia se abalanzó sobre mí, inmovilizándome sobre el suelo. Tras obligarme a poner las manos a la espalda, me esposó y procedió a registrarme, asegurándose que no ocultara algún otro tipo de arma. Seguidamente se acercó a Laura y, usando un tono de voz tranquilizador, le explicó que ya había pasado todo, e indicó a Adriana que se la llevara al piso de abajo. Tras asegurarse de que la niña no estaba herida, se retiró con Jorge a nuestro dormitorio, donde estuvieron hablando en voz baja durante unos minutos. Finalmente, Alicia salió de la habitación con paso firme y determinado y me ayudó a ponerme en pie, sin quitarme las esposas. Jorge, desolado y aún con el teléfono móvil en la mano, realizó un gesto de asentimiento con la cabeza, tras lo cual Alicia procedió a leerme mis derechos al tiempo que me obligaba a bajar con ella las escaleras.

—¿No irás a detenerme, verdad? —pregunté, aterrorizada.

—Tu marido no ha decidido aún si va a presentar una denuncia, pero de momento te vienes conmigo porque no estás en condiciones de pasar aquí la noche —respondió ella, secamente.

—¡No! ¡Jorge! ¡¡Por favor!! —grité desconsolada, tratando de liberarme de la mano regia de Alicia, que apresaba mi brazo como una pinza de hierro mientras tiraba de mí hacia la puerta.

—¡Estate quieta! —chilló con todas sus fuerzas—. ¡Haz el favor de venir conmigo y no empeorar más las cosas, si no quieres que te denuncie por resistencia a la autoridad! ¡Al coche!

Lo último que vi desde la ventanilla del coche patrulla fue el rostro desencajado de Laura observando la escena desde la ventana del salón, antes de que el abrazo de Adriana la obligara a retirarse y corriera las tupidas cortinas tras de sí.

07

Llegamos a la comisaría en menos de diez minutos. Una vez allí, me tomaron los datos y las huellas dactilares y me hicieron pasar a una sala que, como en las películas cutres, solo tenía una mesa con una silla a cada lado y un dispensador de agua con vasos desechables en un rincón. Me decepcionó un poco no encontrar el falso espejo tras el que los peces gordos escuchan los interrogatorios. Las paredes, pintadas de un sufrido tono beige, tan solo estaban adornadas por algún que otro cartel relacionado con el teléfono de atención al menor, el de víctimas de la violencia de género y asuntos por el estilo. Me quitaron las esposas, pero Alicia no se separó de mí en ningún momento. Fue ella quien realizó los trámites iniciales, y también quien me "acompañó" hasta la sala para, en teoría, tomarme declaración. Tras aclararle a un agente que éramos amigas del colegio, éste le dio vía libre para ocuparse de mí. A pesar de lo inaudito de la situación —cómo iba a imaginar, horas antes, al bajar del avión, que la noche acabaría así—, me encontraba bastante más serena y lúcida de lo que cabía esperar. Una vez nos dejaron solas en la habitación, Alicia me indicó que tomara asiento y se colocó en la silla frente a mí.

—Quiero un abogado —dije, sin esperar a que ella tuviera tiempo de abrir la boca.

Alicia sonrió divertida, como si lo que acababa de decir tuviera muchísima gracia.

—¿Un abogado para qué? —preguntó.

—Dímelo tú. ¿Estoy detenida?

—Por supuesto que no. Estás aquí por tu propia voluntad, para aclarar lo que acaba de suceder en tu domicilio. Da gracias porque tu marido haya decidido no presentar cargos ni pedir una orden de alejamiento... por el momento.

—Pues entonces, si no estoy detenida, me marcho ya —dije, haciendo ademán de levantarme.

Alicia me retuvo, sujetando mi mano contra la mesa.

—De aquí no se mueve nadie hasta que yo lo diga, ¿entendido?

Me senté de nuevo, con una sonrisa burlona. Aquello comenzaba a divertirme un

poco.

—Entonces quiero un abogado. YA.

Alicia rompió a reír.

—Vale, ¿te llamo a uno de oficio? —preguntó.

—Qué coño a uno de oficio... Conozco buenos abogados. Te va a caer un puro que lo vas a flipar —contesté.

Alicia rió de nuevo.

—¿Y se puede saber con qué dinero vas a pagarlo?

—Con el mío, claro está.

Alicia se levantó y sacó un móvil del bolsillo trasero de su pantalón. Tras teclear algo, se acercó hasta mí y me mostró la pantalla. Se trataba de la página web de mi banco. Una vez más, me di cuenta de lo inocente que estaba siendo respecto al alcance de los planes de Eva.

—Mira —me dijo, señalando el extracto bancario—. Me parece que no has consultado tu cuenta en las últimas horas, ¿verdad? Pues resulta que has realizado una donación de lo más generosa a una ONG dedicada a la rehabilitación de adolescentes con problemas de drogas. Sin duda, la gente pensará que estás volcada en la causa, después de lo del pobre Pablo...

Casi más que el tema del dinero, fue escuchar de nuevo a aquella mujer nombrar a mi hermano lo que hizo que me hirviera la sangre en las venas. Me daba igual que hubiera vaciado mi cuenta. En cuanto las aguas volvieran a su cauce, mi vida con Jorge volvería a ser la misma de antes. Poco me importaba perder unos pocos miles de euros.

—Como ves, me da a mí que con lo que te queda no pagas ni la primera consulta a esos abogados amigos tuyos.

—Pues si no estoy detenida, entonces dime qué estamos haciendo aquí —pregunté, harta ya de tanto teatro.

—Lo primero, bajarte un poco los humos. Amén de asegurarme de que no le vuelves a poner la mano encima a tu hija.

—Yo no le he puesto...

—¡Cállate! —gritó Alicia de repente, dando un golpe sobre la mesa. Parecía realmente alterada con el tema. —Te voy a decir lo que vas a hacer. No es un consejo. No es una recomendación. Esto es exactamente lo que vas a hacer: primero, vas a abandonar esa casa. Mañana por la mañana te acompañaré allí mientras tu hija está en el colegio, vas a hacer las maletas, y te vas a ir a vivir a otro sitio. Donde te dé la gana, pero lejos de tu familia. Segundo, vas a concederle a Jorge el divorcio por la vía express. En quince días dejaréis de estar legalmente casados.

—No... —murmuré, negando con la cabeza, más para mí que para ella. En el fondo de mi alma, sabía que no había nada que pudiera hacer para detener los planes de Eva, y que Alicia no era nada más que el brazo ejecutor de la venganza que llevaba tiempo planeando para mí. Tenían la sartén por el mango.

—Por último —continuó—, vas a concederle a Jorge la custodia exclusiva de la niña, sin poner ninguna objeción.

Sentí una opresión tan fuerte en el pecho que tuve que dar una profunda bocanada para permitir que el aire llenara de nuevo de oxígeno mis pulmones. Con los brazos cruzados sobre el vientre, me incliné sobre la mesa. El dolor me doblaba el cuerpo por la mitad. Sin capacidad de reacción ni nada a lo que agarrarme, comencé a llorar en silencio, con la cabeza gacha y la melena despeinada cubriéndome el rostro.

—¿Te ha quedado todo claro? —preguntó, sin una pizca de compasión.

Ni siquiera fui capaz de mirarla a los ojos. Tan solo pude asentir con la cabeza, deseando que aquella pesadilla terminara cuanto antes.

—De acuerdo. Pues ahora vamos a bajar un ratito al calabozo —dijo, pasando a mi lado y abriendo la puerta, invitándome a salir de la sala. Descendimos en fila por una escalera angosta y, al llegar al final, sacó de su bolsillo una llave con la que abrió una puerta compuesta por barrotes de hierro. Me hizo un gesto con la cabeza para que entrara, cosa que hice a regañadientes.

—Te quedarás aquí un rato, mientras arreglo el papeleo para tu salida —añadió, mientras cerraba por fuera la puerta de aquel cuartucho—. Ponte cómoda. Cuando digo un rato, puede ser un rato largo —concluyó, guiñándome un ojo antes de desaparecer escaleras arriba.

Tumbada sobre el camastro, lloré todo lo que no había sido capaz de llorar en los

últimos meses. Lloré la muerte de mi hermano, la de mi padre, así como la inminente pérdida de mi familia. Hecha un ovillo, abracé mi vientre con los brazos, tratando de sentir el calor de la nueva vida que crecía en su interior. "Al menos esto no me lo podrán quitar", pensé. "Aún tengo a mi hermana, a mi madre, y mi trabajo en la agencia. No sé cómo, pero saldremos adelante", le prometí a mi bebé.

Tal y como había anunciado, Alicia vino a buscarme poco después de la salida del sol. Me hizo esperar hasta asegurarse de que toda la familia hubiera abandonado la casa y entonces me acompañó al interior, siguiéndome como una sombra en todo momento. Como una zombie, metí toda la ropa que pude en dos maletas. Cuando hube guardado en un bolso mi ordenador y lo básico imprescindible, me apuré para abandonar la casa. No quería correr el riesgo de encontrarnos con Adriana a la vuelta del colegio, aunque intuí que había coordinado toda la operación de antemano con Jorge.

—No te preocupes, me encargaré de que te envíen el resto de tus cosas. Ahora necesito saber dónde te vas a alojar —preguntó Alicia, una vez estuvimos fuera.

—Llévame a casa de mi hermana, por favor —respondí.

A pesar de la tensión de nuestro último encuentro, Paula se mostró increíblemente comprensiva con la situación y me acogió en su hogar con los brazos abiertos. No estoy segura de que Marcos estuviera igual de conforme con el acuerdo, pero para mi hermana era el escenario perfecto. Mi presencia ayudaría a aplacar el carácter de su marido, poco dado a montar escenas en público, y entre las dos compartiríamos el cuidado de mi madre, que ya estaba instalada con ellos. La pequeña habitación de invitados me pareció un lujo comparada con el nauseabundo calabozo en el que había pasado la noche. Tras colocar mis escasas pertenencias en el armario, llamé a la oficina para decir que necesitaba tomarme el día libre. Paula y yo nos sentamos a charlar en la cocina. Compartí con ella la noticia del embarazo, me sinceré sobre mi relación con James y las suspicacias que había despertado en Jorge respecto a su paternidad, e intenté justificar así mi histriónica actuación del día anterior.

—Por Dios, Claudia... ¿Cómo pudiste hacerle algo así a Laura? —preguntó, horrorizada—. ¿Pero en qué estabas pensando?

Me derrumbé. ¿Cómo podía justificar el monumental desastre en el que se había convertido mi vida? No tenía fuerzas para continuar mintiendo. Aunque me dolía en el alma exponer a Paula al mismo sufrimiento por el que yo estaba pasando, en ese preciso instante comprendí que necesitaba desesperadamente a alguien en quien confiar. Por primera vez en mi vida, necesitaba una amiga, una confidente. Alguien en quien

apoyarme. Así que aquella mañana, mientras Marcos estaba en la oficina, y mi madre ausente viendo un programa de cocina en la tele, vomité toda la verdad sobre mí. Mis terribles acciones del pasado. Todo lo que le hice a Eva, lo que ella me contó sobre Pablo, sobre nuestro padre... El encuentro con ella en el avión, el asesinato de Mónica, la extorsión con las fotos. Todo. Paula me escuchaba atentamente, sin respirar. Una vez hube terminado de hablar, me miró con la expresión de un gato abandonado.

—Y ahora... ¿qué vas a hacer? —fue todo lo que alcanzó a decir.

Suspiré profundamente.

—Solo puedo hacer una cosa. Obedecer. Tratar de atajar esta lucha de la mejor manera posible para mi familia y para mí. Si eso implica concederle a Jorge el divorcio y la custodia de Laura, que así sea. De todos modos, nunca he sido una buena madre para ella. Espero hacerlo mejor con este bebé, aunque tenga que hacerlo sola.

Paula me miró con tristeza. Asintió con la cabeza, comprendiendo que tenía razón.

—Puedes quedarte aquí todo el tiempo que quieras —me dijo—. De hecho, quédate para siempre. Estaré más que encantada de ayudarte a criar a tu pequeño.

—¿Y Marcos? —pregunté.

—Me importa un rábano lo que opine Marcos. Si en esta casa sobra alguien, en todo caso sería él. Vosotras sois mi familia. Y esa criatura también.

A la mañana siguiente me presenté en la agencia a primera hora, dispuesta a retomar las riendas de mi vida. Madrugué tanto que llegué la primera. La oficina estaba completamente desierta a esa hora, y agradecí la calma reinante. Me metí en mi despacho y cerré la puerta. No tenía pensado dar explicaciones a nadie sobre mi vida personal. Aunque resultaría inevitable que acabaran enterándose tanto del embarazo como del divorcio, confiaba en mi propia discreción y la de Jorge para evitar que los detalles escabrosos del proceso salieran a la luz. Solo tardé cinco minutos en darme cuenta de lo equivocada que estaba. Como todos los días, lo primero que hice fue colocar el portátil sobre mi escritorio y proceder a revisar el correo electrónico. Aparte de unos diez o doce emails del día anterior, reparé en el asunto –en llamativas letras mayúsculas– del que ocupaba el primer lugar de la bandeja de entrada. Eran las 7:35 de la mañana. La hora de entrada del correo eran las 7:30. El asunto era el siguiente: "URGENTE — VÍDEO DE CLAUDIA VIDAL". A través de las paredes acristaladas de mi despacho, contemplé cómo los primeros compañeros entraban en la oficina, charlando distendidamente mientras se acomodaban en sus puestos y encendían sus respectivos ordenadores. Hice clic en el correo y abrí el mensaje. Comprobé, con un escalofrío, que procedía de un remitente anónimo, y estaba dirigido a todos y cada uno de los trabajadores de la agencia, incluidos los miembros de las oficinas de Londres, París y Nueva York, amén de decenas de importantes clientes. Temblando como una hoja –al borde del colapso– procedí a reproducir el archivo de vídeo adjunto. No sé cómo lo hizo. Comprendí que Eva tuvo que poner cámaras dentro de mi casa, micrófonos, o tal vez lo grabó todo *hackeando* la cámara de mi ordenador. No lo sé. El caso es que el vídeo mostraba en toda su crudeza el violento episodio que tuvo lugar dos días atrás en mi casa, en mi despacho. Se me veía entrando en la habitación con Laura, cuchillo en mano. Se escuchaban los gritos, las amenazas, los golpes en la puerta. No podía reconocerme. La mujer que vi en aquel vídeo no podía ser yo. Tuve que bajar el volumen, el sonido me resultaba casi más insoportable que las imágenes. Sobre todo el llanto... el llanto de mi niña, aterrada, luchando por huir de mí. Me vi al fin derrotada, soltando el cuchillo, liberando a mi hija tras unos minutos interminables. Para ella debió ser eterno. A través de la puerta abierta, se mostraba el momento en que Alicia me reducía y me dejaba esposada en el suelo largo rato. El vídeo terminaba con un zoom de mi rostro descompuesto, mientras forcejeaba por zafarme de las esposas. Lentamente, levanté la vista de la pantalla. Un grupo de unas diez o quince personas se arremolinaban ante un solo ordenador. Varias chicas se tapaban la boca con ambas manos, tratando de reprimir los gritos, mientras el resto miraban alternativamente hacia la pantalla y hacia mí, sin saber cómo reaccionar. Todos mis colegas verían ese vídeo en menos de una hora. Todo el mundo, incluso James y Alberto, tendrían asiento de primera fila para presenciar el tiro de gracia que ponía la guinda en el pastel de la venganza de Eva. Su jugada maestra. El golpe final que me despojaría de todo lo que me importaba,

todo aquello por lo que había luchado. Casi me dieron ganas de hacerle una reverencia. En lugar de eso cogí mi ordenador y, antes de que el resto del equipo llegara a la oficina, desaparecí para siempre de allí, escabulléndome por la puerta de atrás como un delincuente.

Efectivamente, la reacción de Alberto no se hizo esperar. Ni siquiera tuve que volver a verle. Una llamada furibunda en el móvil me comunicó mi cese fulminante como Vicepresidenta de ENZO España. Era consciente de que aquello iba a costarles una fortuna en pérdida de clientes y en estrategias de marketing para evitar el menoscabo de la imagen de la agencia.

Regresé a casa de mi hermana andando, vagando sin rumbo fijo por las calles de Madrid. Tardé varias horas, durante las cuales me perdí innumerables veces, pero no me importó. Necesitaba sentir el aire en la cara y los pies en el suelo. Necesitaba cansarme, inundarme de un agotamiento real, para desplomarme sobre la cama y dormir una eternidad. En mi recorrido pasé por la Plaza de Oriente, crucé la explanada del Palacio Real, atestada por un animado ir y venir de turistas completamente ajenos a mi drama personal, y llegué sin saber muy bien cómo al Viaducto, el puente más alto e impresionante de la ciudad. "El puente de los suicidas", lo llamaba mi padre. Hacía mucho tiempo que no pasaba por allí. Al llegar a la mitad del puente, comprendí a lo que se refería. Nadie podría sobrevivir a semejante caída. La tentación fue tan fuerte que tuve que agarrarme a la barandilla con ambas manos para no desplomarme hacia el vacío. Habría sido increíblemente fácil. Pero pensé de nuevo en mi hija. Probablemente con Jorge todo estaba roto, sin posibilidad de reconstruir lo que tuvimos tiempo atrás, pero Laura... Laura aún era una niña. Crecería. Yo tendría tiempo para recuperarme y mejorar. Aún estaba a tiempo de convertirme en una buena madre para ella, y también para mi nuevo hijo. La guerra con Eva no duraría eternamente. Ese fue el pensamiento que me ayudó a llegar al otro lado del Viaducto y, unas horas más tarde, a refugiarme en mi nuevo hogar.

Las semanas siguientes me ocupé diligentemente, como quien va tachando artículos de la lista de la compra, de todos los asuntos pendientes. Los abogados de Jorge se ocuparon de todo el papeleo del divorcio. Le concedí la custodia exclusiva de Laura, sin reparos. Paula contactó con Adriana, y entre las dos fueron vaciando mi antigua casa de mis pertenencias, hasta que en ella no quedó apenas rastro de mí. Acordamos que pasaría un tiempo antes de comenzar a organizar las visitas supervisadas con mi hija. Estuve de acuerdo en la necesidad de darle algo de margen para superar todos los acontecimientos a los que estaba teniendo que hacer frente en tan poco tiempo.

El bebé fue creciendo en mi interior. A los pocos meses supe que sería un niño.

Nacería a finales de año. Desde que supe que sería un varón, decidí llamarle Jorge. Nunca barajé otra opción, a pesar de que Paula opinaba que aquello era echar más leña al fuego. Pero yo me había propuesto que a mi hijo no le quedara la menor duda de quién era su padre. Una vez naciera el bebé, mi intención era visitar a mi ex marido con el niño, amparándome en el derecho de Laura a conocer a su hermano, y convencida al mismo tiempo de que Jorge acabaría cediendo a realizarse las pruebas de paternidad. Al fin y al cabo, si él no era el padre aquello despejaría todas sus dudas. Pero como no había otro padre posible y yo lo sabía, necesitaba convencerle como fuera de someterse al test de ADN. Aún era pronto para pensar en ello, pero para mí era el único atisbo de luz al final del túnel, la única posibilidad –aunque fuera remota– de recomponer mi familia en el futuro.

Una mañana de octubre, sorprendentemente, recibí una llamada de Jorge. No había vuelto a verle a él desde que firmamos los papeles del divorcio, ni a la niña desde el episodio con el cuchillo. Había hablado en varias ocasiones por teléfono con Laura, pero era obvio por su tono de voz que aún no había superado el temor y la inquietud por todo lo que había sucedido, por lo que decidí no tensar la cuerda y dejar que pasara un tiempo prudencial antes de proponer una visita. Aquella llamada me llenó de alegría y de esperanza. Jorge me proponía acercarme a mi antigua casa para pasar la tarde juntos, e intentar ver cómo iban las cosas con la niña. Tras colgar el teléfono estaba tan nerviosa e ilusionada como si fuera mi primera cita. Aún mejor, porque mi hija estaría allí. Había cumplido doce años un par de semanas atrás, así que salí con Paula de compras. Yo ya estaba casi de siete meses. Me compré un bonito vestido premamá y un regalo para Laura. A pesar de que mi cuenta bancaria se estaba vaciando peligrosamente, decidí que la ocasión era lo suficientemente importante como para permitirme hacer una excepción. Había vendido mi coche y algunos artículos de lujo como bolsos, ropa de marca y zapatos casi sin usar, lo cual me había proporcionado suficientes ingresos como para mantenerme un tiempo a flote. Aún no había pensado en cómo retomaría mi carrera profesional después del nacimiento de mi hijo, pero confiaba en que la generosidad de mi hermana me ayudara a salir adelante hasta que yo pudiera volver a valerme por mí misma.

Paula se ofreció a acompañarme aquella tarde –en parte porque yo ya no tenía coche, y en parte como apoyo moral–, y me pareció una excelente idea. Nuestra relación se había fortalecido en aquellos últimos meses de convivencia. Diría, incluso, que teníamos una verdadera relación de hermanas, por primera vez en la vida. Para ella, mi presencia en su casa había contribuido a limar asperezas y tensiones con Marcos quien, por otra parte, mostraba una absoluta indiferencia ante mi madre y ante mí. La relación con mi cuñado nunca había sido demasiado estrecha, por lo que no sabría decir si él era de natural así de distante, o si la desafección con la que nos trataba a todas, incluida su esposa, había sobrevenido al irrumpir nosotras en su vida matrimonial y en su hogar. Por mi parte, estaba tremendamente agradecida por el modo en que Paula me había apoyado

incondicionalmente, tanto en lo material como en lo emocional, incluso después de confesarle los miedos y vergüenzas que llevaba ocultando tanto tiempo. Así que aquella tarde nos presentamos juntas en mi antigua casa. La puerta de acceso al jardín estaba abierta, así que le indiqué que podía aparcar en el garaje, que tenía espacio suficiente para dos vehículos grandes. Sin embargo fue imposible hacerlo porque, al llegar a la puerta de la cochera, descubrimos una potente moto aparcada junto al coche de Jorge, ocupando en diagonal la que antes era mi plaza.

—Parece que tu ex se ha dado un capricho —dijo Paula, señalándola.

Aunque me resultó algo extraño —Jorge nunca había mostrado interés alguno por comprar o conducir una moto—, encogí los hombros por toda respuesta. "Quién sabe. A lo mejor tras el divorcio está viviendo nuevas experiencias" —pensé, sin darle más importancia al asunto.

Me resultó un tanto incómodo llamar al timbre de mi antigua casa y aguardar un rato en la puerta, hasta que Adriana acudió a recibirnos. Sentí cierta tensión en aquel reencuentro, y no pude culparla. Tuvo que ser muy duro para ella también presenciar mi ataque de locura, poniendo en peligro la vida de la niña que cuidaba como si fuera su propia hija. Recordé que había mencionado en alguna ocasión que tenía un hijo en Santo Domingo, pero no habló nunca demasiado de ello —probablemente porque yo no había demostrado el más mínimo interés en el tema—. No sabía qué edad tenía, ni cuál era la situación de su familia. Nunca había reparado en ello, para ser honesta. Viéndola allí de nuevo, en la puerta, reconociendo la labor que realizaba cuidando de mi niña, sentí un profundo pinchazo de culpabilidad. Mi vida había girado siempre en torno a mí. Mis necesidades. Mis prioridades. Mis sueños. Cargándome de un plumazo a todo el que se atreviera a importunarme. ¿Qué clase de monstruo había sido? El hilo de mis pensamientos se truncó de raíz al ver a Laura aparecer, tímidamente, al fondo del salón. La emoción fue tan intensa que incluso el pequeño Jorge dio un brinco en mi interior, obligándome a sujetar mi abultada barriga entre las manos. El gesto pareció enternecer a Laura, que se acercó hasta mí.

—¿Puedo tocarlo? —preguntó.

—Claro, mi amor —contesté, poniendo su mano sobre mi vientre.

Laura sonrió, y entonces hizo algo que me estremeció aún más. Me cogió de la mano y me animó a cruzar el umbral sin soltarla, invitándome a entrar de nuevo en su casa. De nuevo en su vida. Tratando de contener las lágrimas, Paula y yo caminamos con ella hasta el salón, donde nos esperaba Jorge sentado en uno de los sofás. Se le notaba incómodo. Era fácil leer en su lenguaje corporal que estaba realizando un enorme esfuerzo por mostrarse cordial y sereno. Nos saludamos con un beso en la mejilla y me acomodé con Paula en el sofá adyacente. Me habría resultado un tanto violento sentarme

a su lado. Esquivó conscientemente cualquier referencia a mi avanzado estado de gestación, aunque inició una conversación trivial interesándose por cómo estaba, qué tal mi madre, etc. Llevaríamos unos cinco o diez minutos charlando cuando escuché una voz, procedente del piso de arriba. Paula y yo levantamos la vista al unísono. Y entonces la vimos. Después de tantas artimañas, tal vez lo lógico habría sido estar preparada para todo... Pero no, esto tampoco lo vi venir. Como no podía ser de otra forma, allí estaba ella. La maldita Eva, irrumpiendo en mi vida una vez más. Descendía las escaleras mientras charlaba animadamente por el móvil, reía, y se movía por allí como si aquella fuera su casa. Paula me miró, confusa. Yo miré a Jorge, incrédula. Y él se limitó a esquivar la incómoda situación dirigiendo su mirada hacia ella. Fue entonces cuando lo comprendí todo. La moto en la puerta. El brillo en los ojos de Jorge. La serenidad de Laura. Aquella arpía se había infiltrado en mi casa, en mi familia. Probablemente, hasta en mi cama. La confirmación llegó tan solo unos instantes después.

—Bueno guapa, te dejo —dijo Eva a su interlocutora, antes de colgar el teléfono y dirigirse hacia nosotras con la naturalidad de quien recibe a un par de invitadas en su casa.

—¿Qué tal estás? —dijo, dándome dos besos. Sin esperar mi respuesta, se acercó a mi hermana y la besó también.

—Hola Paula, cuánto tiempo.

Dicho esto, tomó asiento junto a Jorge. Sin miramientos, sin ningún disimulo, como quien ocupa por derecho su lugar en el trono. Estaba tan aturdida que no podía articular palabra. Laura, que continuaba sentada a mi lado, se puso entonces en pie y, tras darme un beso cariñoso en la mejilla, desapareció escaleras arriba y se metió en su cuarto. No sé qué pensaría Paula en aquel momento, pero yo tuve la impresión de estar asistiendo a una escena teatral perfectamente coreografiada. La serenidad de mi hija me había infundido tanta tranquilidad como inquietud me producía el posible desenlace de todo aquel numerito.

— Seguramente te estarás preguntando qué hago yo aquí —dijo Eva al fin, rompiendo el silencio.

—La verdad es que sí —contesté—. No tengo muy claro que haces en esta casa.

—Por favor Claudia, te ruego que estés tranquila —intervino Jorge, por primera vez desde que Eva hizo su aparición triunfal. No hacía falta ser un genio para entender lo que estaba ocurriendo, pero no estaba dispuesta a ahorrarle a mi ex marido el trago de explicarme, mirándome a los ojos, lo que fuera que quisieran contarme.

—Estoy muy tranquila Jorge, ya me ves. Muy tranquila —respondí. Pero en el fondo, mi corazón se estaba quebrando por dentro. Seguía locamente enamorada del hombre que tenía delante. Era el padre de mis hijos. El amor de mi vida.

—Verás, una de las razones por la que he querido que vinieras hoy aquí, como sabes, es porque Laura ha comenzado a preguntar por ti. Tenía muchas ganas de verte y, sobre todo, quiere formar parte de la vida de su hermano. Como es lógico, todos queremos lo mejor para ella. Así que confío en que, entre todos, podamos lograr una convivencia pacífica y relajada. Por el bien de nuestra hija.

—Por supuesto, Jorge. No hay nadie más interesada que yo en que Laura sea feliz y esté bien. Lo que ocurrió aquella noche... Eso es algo que no me perdonaré jamás, pero trabajaré toda mi vida si hace falta para lograr que ella me perdone.

Jorge asintió con la cabeza, aliviado por mi reacción y mi actitud dialogante y sosegada.

—¿Y bien? —añadí—. Has dicho que Laura es una de las razones por las que estoy hoy aquí. ¿Cuál es la otra?

Jorge cogió un vaso de whisky de encima de la mesa, y le dio un profundo trago. Me preocupó que estuviera tomando la bebida como un hábito, ya que en todos nuestros años de matrimonio no le había visto beber más que un par de copas de vino en las cenas importantes. No era un hombre que soliera disfrutar del alcohol, más allá de una cerveza de vez en cuando. Entonces Eva realizó el gesto que lo cambiaría todo para siempre. Acercándose aún más a mi ex marido, le tomó cariñosamente de la mano. No era necesario nada más para confirmar mis sospechas. Aunque no abrió la boca en ningún momento, la cara de mi hermana era todo un poema. Agradecí tenerla a mi lado en esos momentos. De lo contrario, no sé si hubiera sido capaz de contenerme.

—La segunda razón por la que hemos querido que vinieras, era para darte la noticia en persona —prosiguió Eva. Él ni siquiera era capaz de mirarme a los ojos—. Verás... Jorge y yo hemos estado viéndonos últimamente y... bueno, no tiene sentido ocultar que ha surgido algo entre nosotros. Queríamos decírtelo personalmente. Vamos a casarnos.

Jaque Mate. Si aquella escena hubiera pertenecido a Juego de Tronos, mi cabeza estaría en aquel preciso instante rodando por la alfombra, hasta caer a sus pies.

El Jefe de Policía entró en la comisaría tan rápido como pudo, empapado por la impenitente lluvia que desde hacía una semana lo cubría todo de una pátina brillante y resbaladiza. Para ello tuvo que abrirse paso entre el pasillo de reporteros y medios de comunicación –nacionales y extranjeros– que ahora rodeaban también el edificio de la Policía Local. A pesar de las inclemencias del tiempo, fotógrafos y periodistas se afanaban con persistente empeño en conseguir cualquier información sobre los avances del caso que continuaba manteniendo en vilo al planeta. Sin duda, era la noticia del momento. Una vez dentro se limpió el barro de las botas en el felpudo, se sacudió el agua del pelo y dejó su impermeable colgado en el perchero de la entrada. Antes de que le diera tiempo a acercarse siquiera a la máquina de café para despejarse y entrar en calor, una de las detectives asignadas al caso le interceptó:

—Jefe, necesito que vea un par de cosas —dijo, antes de darle tiempo a reaccionar—. Es importante.

—¿De qué se trata? —preguntó el policía, cruzando la sala y cerrando tras de sí la puerta de su despacho.

—Mire.

La detective le tendió un informe de varias hojas.

—Hemos tenido acceso a las cuentas bancarias del matrimonio. Esta pareja no tiene, ni por asomo, veinticinco millones para ofrecer como recompensa.

—Eso que nosotros sepamos. ¡Buscad cuentas secretas, excavad en el jardín de la casa si hace falta, joder!

—Hay algo más. Hemos rastreado también las comunicaciones de ambos, durante los días previos y posteriores a la desaparición del niño. No hay nada fuera de lo común, pero la torre de telecomunicaciones más cercana sí que señala mensajes y llamadas desde un móvil en la zona que aún no hemos podido localizar. Podría ser un teléfono prepago.

—¿Cuándo se produjeron esas llamadas?

—El mismo día que recibimos la llamada de la secuestradora.

—Espera un momento... ¿Me estás diciendo que nuestra compungida madre está en contacto con la secuestradora...?

—No, no es eso. No podemos dar por hecho que haya sido ella. También puede haber sido el padre. Lo único cierto es que alguno de los dos ha estado realizando llamadas, probablemente al país en el que creen que tienen retenido al niño. No sé qué tecnología usan pero es muy avanzada para nuestros equipos, imposible de rastrear. Estamos en contacto con la Interpol, pero la información que nos dio la madre no ha conducido a nada. Ni rastro de la presunta secuestradora, ni de nadie que la conozca. Sin embargo, mi instinto me dice que no miente. Nos oculta algo, eso está claro, pero creo que lo hace por precaución. Tiene miedo de empeorar la situación y poner en peligro la vida del niño.

—¿Sabe lo que pienso yo? —dijo el policía tras una larga pausa—. Creo que, o bien están implicados, o tienen ya a alguien investigando por su cuenta. Id a buscarlos. Quiero interrogarlos aquí, por separado. ¡Ya estoy harto de tanto secreto y tantas medias verdades! Si no colaboran por las buenas, no me va a quedar otra opción que arrestarles a los dos como presuntos cómplices, o encubridores.

—Demasiado tarde, Jefe —dijo una voz a su espalda.

El hombre se volvió para comprobar a quién pertenecía aquella voz.

—Mi esposa ha desaparecido.

MÁS ALLÁ DE TODOS LOS MARES

“Al fin y al cabo, somos lo que hacemos para cambiar lo que somos”.

Eduardo Galeano. *El libro de los abrazos.*

01

El suave aterrizaje del avión que me llevó por primera vez a Melbourne, con diecisiete años recién cumplidos, marcó el inicio de una nueva vida. Como una línea trazada con pintura indeleble en el suelo, que delimita con rotundidad una frontera psicológica que no se ha de volver a traspasar. Fui consciente de ello mientras aguardaba para recoger mis maletas en la cinta transportadora del aeropuerto, cuando me reunía con el conductor que me esperaba con un cartel en la mano con mi nombre escrito en grandes letras mayúsculas, y mientras escudriñaba aquellos nuevos y desconocidos paisajes a través de la ventanilla del coche que me llevaba a la residencia de estudiantes. La luz, los sonidos, los sabores, los olores... Todo era tan distinto que, al contrario de lo que les suele ocurrir a los expatriados, me sentí inmediatamente cómoda y segura en aquel país, en la otra punta del mundo. Como condición *sine qua non*, para mi último año de colegio busqué a conciencia un centro laico, mixto, en el que no hubiera ni un solo español o española. La remota posibilidad de encontrarme allí a alguien que, de un modo u otro, pudiera tener la más mínima relación con todo aquello de lo que estaba huyendo, me producía escalofríos. Una vez corroboré personalmente que, en efecto, no había un alma en todo mi entorno que hablara mi idioma, me relajé y me dispuse a disfrutar al máximo de aquel nuevo comienzo, totalmente convencida de que, a partir de ese preciso momento, nadie sino yo determinaría en modo alguno el rumbo de mi vida.

El curso escolar como tal no comenzaba hasta el mes de enero, pero tomé la decisión desde España de aprovechar esos meses de diferencia para regalarme a mí misma unas largas vacaciones y aclimatarme poco a poco al país. Al cabo de una semana me matriculé en una academia de inglés, me decidí a sacarme el carnet de conducir y aproveché para viajar por la zona y empaparme de la cultura y costumbres australianas.

El curso transcurrió en un abrir y cerrar de ojos. Debo confesar que no hice demasiadas amistades, algo que ahora, con el paso del tiempo, lamento. Mis experiencias durante el terrible año anterior en Madrid me habían vuelto tremendamente desconfiada, pero conocí gente amable y educada, más centrados en lograr su admisión en una buena universidad que en organizar fiestas desmadradas. Congenié con Kaori, una encantadora chica japonesa, y de cuando en cuando salía con ella y su grupo de amigos al cine, de excursión, o a dar una vuelta por la ciudad. También solía pasar el rato con Marianne, una chica suiza que vivía en mi residencia, y con la que me unió en seguida la afición por el cine negro. Ella era la responsable de los cine *forums* que se organizaban los viernes por la noche, y soñaba con ser algún día guionista, o dirigir películas. En general fue un año tranquilo, sin sobresaltos. Un año de curación, de descanso, de

encuentro conmigo misma y de largas caminatas frente al océano. De vez en cuando alquilaba un coche y conducía hasta vaciar el depósito. Me quedaba un par de días donde me hubiera llevado el azar, y regresaba a Melbourne con la cabeza despejada y cientos de fotos acumuladas en mi nueva cámara réflex. La soledad me sanó. Australia me reconcilió con el mundo.

Una noche de noviembre, casi a final de curso, durante el transcurso de una conversación casual con Marianne salió a colación el dato de que un tío suyo era un prestigioso cirujano plástico en su país. Imagino que, con el mayor tacto y disimulo de los que fue capaz, quiso poner sobre la mesa su disponibilidad a ponerme en contacto con él por si —aunque ella no podía estar segura— su experiencia en lesiones graves como la mía pudiera ayudarme a recuperar la movilidad de mi destrozada mano. A decir verdad, hasta que ella lo sugirió no se me había pasado por la cabeza la idea de que aquello pudiera tener arreglo. Me había resignado a prescindir de ella, como tantas otras personas que, tras un accidente o enfermedad, deben hacer frente a la pérdida de un miembro, o aprenden a manejarse en una silla de ruedas.

Un año y medio después de mi llegada, tras superar con éxito los exámenes de fin de curso y lograr el diploma de graduado escolar, se presentó de nuevo ante mí un universo lleno de posibilidades. Había cumplido dieciocho años y ya estaba, oficialmente, en posesión de mi fortuna y fuera de la tutela legal de mi tío Luis, al haber alcanzado la mayoría de edad. Mi primera decisión fue pedir a mis tíos que se hicieran cargo por mí de la venta del piso de mi abuela.

—¿Estás segura? —preguntó Luis, al teléfono—. Hija, ¿por qué no vienes unos días, pasamos juntos las vacaciones de Navidad, y hablamos del tema?

—No, tío Luis. Lo he pensado mucho y la decisión está tomada. No creo que vuelva a pisar España en mucho tiempo. Si alguna vez decido instalarme allí de nuevo, lo haré en una nueva casa. No podría soportar los recuerdos.

—De acuerdo Eva, lo comprendo. Como tú quieras —contestó, transigente.

El verano comenzaba en Melbourne. Ya eran mis segundas Navidades en aquella ciudad y, sinceramente, no echaba nada de menos las tradiciones españolas. La religión se había convertido ya para mí en un conjunto de rituales que ahora se me antojaban absurdos y ajenos, a pesar de haber comulgado con ellos sin rechistar durante toda mi infancia. Pero ya no tenían ningún sentido para mí. Este descubrimiento me ayudó a liberarme gradualmente de algunas angustias impuestas por mi educación religiosa, tales como la culpa, la vergüenza, la falta de libertad o el pensamiento único. Aprendí que

estaba bien dudar, cuestionarme las cosas que hasta entonces había acatado con ciega fe, pero nulo convencimiento. Al fin comenzaba a ponerle nombre a mis sentimientos por mí misma, y a hacerme responsable de ellos sin el temor de un Dios que premia o castiga. Sin desechar del todo la idea de su existencia, supe que no volvería a pisar una iglesia en mucho tiempo. Por eso, la llegada de la Navidad no significaba para mí mucho más que el paso de un ligero vendaval. Algo que viene y va sin dejar ninguna huella. Además, desde la muerte de mi abuela –un dieciocho de diciembre– odiaba la alegría impostada de aquellas fiestas. No era una época especialmente feliz para mí. Ella era la única persona a la que extrañaba terriblemente. Algunos días su recuerdo me hacía sonreír, porque sabía que le habría encantado verme así, viajera, independiente, buscándome la vida en el otro extremo del globo. Otras veces, sin embargo, su ausencia pesaba como una losa.

Aquel año, me regalé por Nochebuena un maratón de pelis clásicas en un cine antiguo del centro. El día de Navidad alquilé un coche y viajé hasta la cercana localidad de Breamlea. Visité los acantilados de los doce apóstoles –con sus impresionantes formaciones rocosas que se elevan como tótems desde el mar–, y pasé el resto del día en la playa de Buckley’s Bay, bajo una sombrilla, leyendo “*El talento de Mr. Ripley*” y contemplando el océano. Estar allí, sola por primera vez en mi vida, era aterrador y al mismo tiempo emocionante. Australia me hizo atisbar una posibilidad de recuperación, lejos de las personas que me habían destrozado, por dentro y por fuera. Aunque ahora, siendo del todo honesta conmigo misma, sé que nunca llegué a superar del todo la rabia, el dolor, y la ira que, al mínimo choque con el pasado, a mi regreso a Madrid, muchos años después, harían arder como una tea la mecha de la venganza.

02

El curso había terminado, y con él todos mis planes a corto plazo. No había querido adelantarme a nada, tan solo dejarme llevar por los meses que pasara en Melbourne, dejando que las cosas fluyeran. Sin saber muy bien qué paso dar a continuación, decidí aceptar la invitación de Marianne y, entrado ya el mes de febrero, cambié la calurosa Australia por la nevada postal de Suiza. Gracias a aquel inesperado "enchufe" logré que su tío –el prestigioso doctor Müller, una eminencia en el campo de la cirugía plástica–, me diera cita saltándome la lista de espera. No esperaba grandes milagros de aquella visita, pero no tenía nada que perder, así que decidí tomarlo como una escala más en mi viaje por el mundo, sin proyectar demasiadas ilusiones en ello. Pese a la insistencia de Marianne por alojarme en su casa familiar de Zúrich, opté por reservar una habitación en un hotel cercano a la clínica privada donde el médico tenía su consulta. Recuerdo la primera vez que atravesé sus discretas puertas de cristal y me dispuse a esperar en una salita elegantemente moderna y minimalista. Por unos instantes, sentí el impulso de huir corriendo de allí. Era la primera vez en mi vida que entraba en contacto con aquel universo paralelo del lujo –reservado solo para los más privilegiados–, y me sentí completamente fuera de lugar. Como una pequeña impostora que comienza a jugar un juego para adultos, cuando aún no ha terminado de superar la adolescencia. Porque eso era lo que ocurría, en realidad. Si bien por fuera todavía era una niña, al mismo tiempo, a mi edad había tenido que hacer frente a más de lo que algunas personas se ven obligadas a enfrentar en toda una vida, y aquello me había hecho madurar a pasos forzados.

Una mujer deliciosamente amable –que más tarde identificaría como la secretaria del doctor Müller– me hizo pasar a la consulta apenas unos minutos después de mi llegada. En aquel momento no podía imaginarlo, pero aquel despacho habría de convertirse, durante los meses siguientes, en una especie de segundo hogar para mí (tantas fueron las horas que pasé en ella, charlando con el doctor y con Irene, pues así se llamaba su ayudante). Mientras me acomodaba en un confortable sillón blanco de piel observé las fotografías que, discreta pero eficazmente, poblaban las paredes de la consulta. En ellas pude reconocer a no pocos actores, actrices, cantantes y personajes muy populares, tanto europeos como norteamericanos. En todas ellas, el famoso o famosa en cuestión aparecía muy sonriente mirando a cámara, junto al eminente cirujano que tenía frente a mí. Todas las fotos habían sido tomadas en aquella misma consulta y constituían, sin ningún lugar a dudas, la mejor y más impactante carta de presentación para los nuevos pacientes.

El doctor, elegante y discreto, no cuestionó ni realizó preguntas incómodas sobre mi solvencia económica. Únicamente quiso confirmar que era mayor de edad y, a pesar de

mi juventud, me trató desde el primer día con el mismo respeto y consideración que a cualquiera de sus pacientes. Nunca usó conmigo un tono paternalista o condescendiente. Tampoco me pidió detalles escabrosos sobre el accidente, aunque me sentí tan a gusto que le conté en detalle cómo sucedió todo. Una vez hubo recabado la información necesaria, Müller procedió a examinarme la mano. A pesar de los años de experiencia – y de suponer que aquel hombre habría visto ya de todo–, no se me escapó un leve estremecimiento de su cuerpo –seguido de un atisbo de gravedad en su mirada– cuando me quitó el guante y dejé al desnudo la magnitud de mis heridas. Tras las curas de urgencia en el hospital de Madrid no había vuelto a consultar con ningún otro cirujano. Mi mano había quedado, por explicarlo de algún modo, enganchada, medio cerrada sobre sí misma, asemejando una especie de garfio inservible. Me faltaban varias falanges, tenía numerosos tendones completamente destrozados, y la piel había cicatrizado adquiriendo formas caprichosas y extrañas. El dedo meñique casi había desaparecido por completo. Yo misma no me había acostumbrado del todo a su apariencia, por lo que no era ajena al impacto que producía en los extraños cada vez que la exponía a la luz. Casi siempre la llevaba cubierta por un guante –tanto en invierno como en verano– lo cual generaba cierta curiosidad, pero al menos evitaba así provocar en mis interlocutores aquel incómodo escalofrío que les obligaba a apartar la mirada con una leve mueca de culpabilidad.

—Voy a ser franco contigo —dijo tras un buen rato examinándola—. Vamos a realizar una serie de pruebas, radiografías y demás, pero no sé si seremos capaces de ayudarte a recuperar la movilidad. Sinceramente, lo veo muy difícil. Lo lamento. Debo decir que es una de las lesiones más graves que han pasado por aquí. No obstante, si quieres, podemos fabricarte una prótesis a medida que, al menos estéticamente, te ayude a normalizar la apariencia de la mano.

—De acuerdo —contesté—. Hagan lo que puedan. Confío completamente en su criterio.

—En Japón se está avanzando a pasos agigantados en materia de tecnología biónica —me explicó—. De momento no se ha conseguido imitar del todo el funcionamiento de las extremidades humanas, pero estoy convencido de que, aunque no será barato, dentro de no muchos años casos como el tuyo tendrán una reparación con la que ahora mismo solo podemos soñar.

Durante los meses siguientes, conforme el equipo de la clínica avanzaba en la construcción de una prótesis razonablemente realista, me dejé asesorar por ellos y, aunque no entraba en mis planes iniciales, su insistencia –al fin y al cabo aquel era su negocio– y la relación de confianza que establecí con los médicos me animaron a abordar algunos retoques estéticos más. Irene me enseñó, tras firmar un riguroso acuerdo de confidencialidad, las fotografías del “antes y después” de algunas de las celebridades –así como de gente no tan conocida– que habían pasado por las manos del equipo de

Müller. Los resultados eran espectaculares. El trabajo que realizaban en la clínica era de tal calidad que los pacientes no parecían en absoluto “operados” ni “retocados”. La profesionalidad del centro bien valía el precio que costaba. Visto que mi estancia en Zúrich se iba a prolongar considerablemente, opté por alquilar un apartamento en el tranquilo barrio de Seefeld –en el distrito 8– con unas maravillosas vistas al lago. El invierno fue dando paso a la primavera. La ciudad se transformó, y yo con ella. Una vez los doctores me mostraron las maravillas que podían obrar con mi nariz desviada, la cicatriz que recorría mi frente o mi maltrecha dentadura, no hubo marcha atrás. Fueron casi nueve meses de cirugías, que precedieron a años posteriores de suaves retoques, y de los que saldría con un rostro tan cambiado, que el doctor Müller temía que yo misma no me reconociera frente al espejo. Ciertamente, comparando una foto que me hicieron el primer día con la que tomaron en mi visita un año después, se diría que se trataba de dos mujeres completamente distintas.

Como por arte de magia, la cicatriz que atravesaba mi frente desapareció. Como si nunca hubiera estado allí. El tratamiento fue progresivo hasta que un día, después de varias sesiones de láser y algunos micro injertos de piel, ya no quedaba el mínimo rastro de ella. La operación de nariz fue quizás la más laboriosa. Tuve que pasar tres veces por el quirófano pero, tras bajar la hinchazón, no podía creer la maravilla que obraron con ella. La curva, perfecta, se veía tan natural que quien no me conociera jamás sospecharía que fuera fruto de la cirugía estética. Siguiendo las sugerencias del doctor me realicé también pequeños retoques en los pómulos, la barbilla y los párpados. Asimismo, me procuré unos labios algo más carnosos y una dentadura perfecta, ésta última resultado de un largo proceso de implantes. Lo único que no consentí en eliminar fue la mancha de mi cuello, la herencia que me unía a mi madre. Simplemente, mediante la acción de algunas cremas combinadas con unas máquinas especializadas, rebajamos el tono oscuro de la piel, dejándola sutilmente presente, pero fácil de disimular con el pelo o algo de maquillaje.

—Estoy convencida de que hemos tenido pacientes que han pasado por aquí con el único objetivo de cambiar de identidad —me comentó un día Irene, medio bromeando, mientras aguardaba al doctor Müller para una de mis últimas revisiones.

—¿En serio? —pregunté. Aquello era algo que ya se me había pasado por la cabeza. Reinventarme, convertirme en otra persona. Y si se me había ocurrido a mí, seguro que a algún prófugo de la justicia le habría parecido la mejor táctica para eludir la cárcel, por ejemplo. Quién sabe si algún hombre o alguna mujer se habrían visto en la misma situación en la que me encontraba yo, o incluso más grave, tratando de huir de un país o un pasado violento. Cambiar de rostro, de nombre, de identidad, para que los fantasmas de mi vida anterior nunca pudieran alcanzarme era tan solo una fantasía pero... ¿y si el dinero también pudiera comprarme una nueva “yo”, con todos los documentos necesarios para hacerlo “legal”?

—Claro. Estoy segura de que en esta ciudad hay toda una red de profesionales dedicados a ello —susurró, más en actitud de compartir un cotilleo que confirmando una realidad conocida por ella—. Ya sabes, maestros en el arte de la falsificación.

—¿Y tú conoces a alguno? —pregunté, dubitativa... —Quiero decir... si alguien quisiera cambiar de identidad, como en una novela de espías... ¿tú sabrías decirle a dónde dirigirse, con quién hablar...?

A sabiendas de que el tema del que estábamos hablando era del todo ilegal, empleé un tono ingenuo, como dos colegialas que se cuestionan si tales cosas suceden en la vida real o si son solo argumentos locos de películas. Irene soltó una carcajada.

—Ayy... Pues sí, solo me faltaba a mí meterme en esos líos... —dijo mientras se alejaba por el pasillo con un montón de expedientes en los brazos, dejándome sumida en la duda.

03

Un par de días después de aquella conversación, me disponía a salir de mi apartamento cuando reparé en un sobre que alguien había deslizado por debajo de la puerta. La mera presencia de aquel objeto que, por sí mismo, no era más que un trozo de papel inanimado, hizo que se me dispararan todas las alarmas. Sentada en una silla, pasé más de una hora mirándolo fijamente, sin atreverme a acercarme a cogerlo y poner fin de una vez por todas a la incógnita. Ése es uno de los terribles efectos secundarios en las víctimas de violencia. El estrés post-traumático, tal y como había leído ya en una decena de libros y artículos especializados, hace que la más mínima situación inesperada te devuelva de golpe a un estado de máxima alerta y ansiedad. Cuando menos te lo esperas, cuando más relajado estés, ¡bam! Te sacude con un golpe seco. Fue el primer ataque de pánico que tenía en casi dos años, pero me costó cerca de una hora volver a respirar con normalidad y convencerme a mí misma de que, fuera lo que fuera lo que ocultara aquel sobre, mi única opción era abrirlo y descubrir su contenido. Con los movimientos lentos y calculados de quien está a punto de desactivar una bomba, me acerqué hasta el lugar exacto donde descansaba la carta. Sentada a su lado en el suelo respiré hondo y, armándome de valor, lo abrí con la rapidez de quien se arranca una tirita y extraje la nota de su interior. Ésta contenía un escueto mensaje:

“Puedo ayudarte a conseguir una nueva identidad. Si estás interesada, espérame esta tarde en el Café Schober, a las cuatro”. Sin firma.

El Schober estaba convenientemente situado en Napfgasse 4, una discreta plazoleta detrás de la concurrida Münstergrasse. Una vez hube verificado que la nota no era un paquete bomba ni contenía ninguna amenaza de muerte ni nada por el estilo, mi estado de ánimo dio un giro de 180 grados, pasando del terror a la fascinación. Invasión por la emoción de verme inmersa en aquella trama –digna del mejor libro de John le Carré– llegué media hora antes de la cita. Ataviada con una gabardina beige y unas grandes gafas de sol, pedí una infusión y un trozo de appelstrudel y me senté en una mesita para dos junto al ventanal de la plaza, desde donde podía controlar fácilmente la entrada y salida de los clientes. A las cuatro en punto, por fin, el misterioso remitente de la misiva hizo su aparición en el café. Jamás habría sospechado que Hans, el hijo del doctor Müller –que trabajaba en la clínica administrando las cuentas y el personal– pudiera estar mezclado en asuntos ilegales. Su apariencia de tipo corriente, con una edad indeterminada entre los 30 y los 45 años, constitución menuda y pequeñas gafas de montura negras, desde luego le convertían en el candidato perfecto para ejercer con discreción su lucrativa tarea de enlace entre los clientes de la clínica y la organización

de falsificadores a los que ponía en contacto.

—Perdona mi atrevimiento. El otro día te escuché hablar con Irene y, bueno... No serías la primera cliente a la que he ayudado... ya sabes... —me explicó—. Eres una de las pacientes que más ha... cambiado, digámoslo así. Hace tiempo que sospecho que, tal vez, estás buscando un cambio algo más... radical.

—Te confieso que hace ya un par de años que fantaseo con la idea de convertirme en otra persona. Aún no he cumplido los veinte, pero hay gente en mi pasado a la que me aterrorizaría volver a encontrar... o que me encontraran. ¿De verdad es posible? ¿Me ayudarías a conseguir una nueva identidad? —pregunté.

—Puedo conseguirte cualquier cosa que necesites. Desde un pasaporte temporal, pasando por un visado, un certificado de nacimiento, de defunción... Hasta el pack completo.

—¿El pack completo?

—Una identidad totalmente nueva. Un pasaporte del país que quieras, documentación, registros oficiales... Todo depende del precio que cada uno esté dispuesto a pagar.

Sin pensármelo un segundo, respondí:

—En ese caso, lo quiero todo. ¿Cuánto me costaría?

Hans dudó un instante antes de contestar. En lugar de hacerlo en voz alta —y, supongo, para que no hubiera la más mínima confusión con las cifras—, escribió una cantidad en una servilleta y me la pasó, boca abajo, arrastrándola sobre la mesita de mármol.

Por la nada despreciable cantidad de 250.000 euros, me ofrecía la posibilidad de reinventarme a mí misma, volver a nacer con un nuevo rostro, un nuevo nombre, sin pasado. Tan solo el futuro por delante. La pista de Eva Acosta, si alguien tratara de rastrearne, se diluiría para siempre tras mi paso por Zúrich... Sellamos el acuerdo con un apretón de manos, y acordamos volver a vernos al día siguiente para ultimar los detalles en su despacho, en la clínica de su padre.

—Las fotos para los documentos oficiales te las puedo hacer yo mismo en la oficina. Pero necesito que vayas pensando algunos detalles.

—¿Como cuáles?

—Nacionalidad, nombre y apellido, datos que quieras agregar a tu pasado, ese tipo de cosas.

Sacó de su mochila una carpeta, y me la tendió.

—Esto es para ti. Aquí encontrarás sugerencias que te pueden orientar a la hora de tomar estas decisiones. Listado de los nombres más frecuentes según el país, por ejemplo. Es más fácil pasar desapercibido con un nombre corriente que con uno poco común, ¿me comprendes? ¿Te imaginas la cantidad de “Martas García” que hay en España? Si se levantara alguna sospecha, resulta mucho más sencillo encontrar a una persona entre cien, que a una entre un millón...

—Comprendo —asentí.

—Hay muchos más detalles en la carpeta. Estúdialos con calma esta noche, y mañana aclaramos cualquier duda que surja, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Muchas gracias por todo, Hans.

—¿Hay algún otro tema en el que pueda ayudarte?

—La verdad es que sí —contesté—. Y creo que tú podrías ser también la persona idónea. Necesito cierta orientación para gestionar mi capital. Me gustaría abrir una cuenta bancaria aquí, en Suiza, analizar mis mejores opciones de inversión... Quiero optimizar y aprender a gestionar por mí misma mi dinero, ahora que no voy a depender de nadie. ¿Puedo confiar en ti? Te pagaría por tu asesoramiento, claro está.

—Por supuesto. Estaré encantado de ayudarte —respondió Hans, sonriente.

Aquella tarde, de vuelta en mi apartamento, volví a desplegar sobre la mesa del salón el mapamundi de mi abuela. Tras echar un vistazo rápido a los continentes —que se exhibían ante mí repletos de posibilidades— cerré los ojos y respiré hondo. Me dije: “la primera imagen que cruce por mi mente me mostrará el lugar al que realmente quiero ir”. Una sucesión de montañas nevadas, grandes lagos y bosques frondosos inundaron la pantalla en blanco de mi imaginación. La pegadiza melodía de una serie de televisión, brotando desde el fondo del subconsciente, me hizo sonreír. La imagen de un alce, cruzando parsimoniosamente por delante de una pared de ladrillo que anunciaba “Roslyn

Café, An Oasis”, fue todo lo que necesité para impregnarme del espíritu de mi siguiente aventura. Acababa de decidir la próxima escala de mi viaje: Alaska.

Un par de meses más tarde, coincidiendo con la llegada del nuevo año, celebré el nacimiento de Amanda Scott, mi nueva yo. Hans me hizo entrega en el café Schober de un grueso expediente que contenía mucho más de lo que podía imaginar. El dinero que había pagado por mi nueva identidad no solo incluía un pasaporte de nacionalidad estadounidense, sino toda la documentación que una persona pudiera acumular a lo largo de su vida. Haciendo inventario, Hans fue enumerando:

—Amanda Scott, éste es tu pasaporte. Lo obtuviste en Chicago, la ciudad donde naciste y has vivido toda tu vida. Hija única, tus padres fallecieron. No tienes familia cercana. Ahí tienes también el certificado de graduado escolar. Estudiaste en Lincoln Park High School y... bueno, está todo ahí. Carnet de conducir, número de la Seguridad Social, etcétera, etcétera, etcétera. Tómate tu tiempo. Estúdialo y memoriza bien todos los detalles para no caer en incoherencias. En esta otra carpeta tienes todos los datos de la cuenta bancaria que abrimos en el banco suizo que me indicaste, junto con las tarjetas de crédito. También tienes una cuenta corriente abierta en un banco estadounidense, para que puedas operar con libertad cuando llegues allí. Recuerda todo lo que te he explicado. Si inviertes con prudencia, sin llamar demasiado la atención, podrás multiplicar tu dinero en unos años sin levantar sospechas.

—Muchas gracias Hans. Por todo.

Hans sonrió.

Todavía admiro su prudencia, y la elegancia con la que se tomó lo que no llegó a ocurrir entre nosotros.

Confiaba plenamente en él. Sabía que jamás me delataría. Nunca revelaría que Eva Acosta y Amanda Scott eran la misma persona. En parte, porque reconocerlo implicaría admitir su participación en un acto ilícito, ya que fue él quien me consiguió toda la documentación necesaria para construir mi nueva identidad. Pero, sobre todo, porque sabía que estaba mucho más enamorado de mí de lo que se atrevía a reconocer, incluso a sí mismo. En las semanas anteriores, Hans me había propuesto varias veces vernos fuera de la consulta y yo, que no tenía ningún amigo desde que Marianne se marchó a estudiar a Alemania, a mediados de año, accedí a tener una especie de "cita". Si bien no podía decir que me sintiera atraída físicamente por él, supongo que su compañía me agradaba, al no considerarla peligrosa. Pero, como era de esperar, a la primera cita sucedió una segunda, y después una tercera. A pesar de que su timidez rallaba en lo patológico, tras

nuestra tercera cita, mientras dábamos un romántico paseo junto a la orilla del lago, se atrevió por fin a cogerme de la mano. Después de un rato nos sentamos a descansar en un banco y, sin mediar demasiada conversación, Hans se lanzó por fin y me besó. Fue un beso tierno, dulce y cariñoso. Me hizo sentir serena, en un lugar seguro. Por ello –y probablemente también por ponerme a mí misma a prueba–, encaminé nuestros pasos hacia mi apartamento, y le invité a subir. Una vez en el dormitorio, a pesar de el respeto y la ternura con la que Hans me acariciaba y me tocaba... a pesar de su mirada inocente y entregada... no pude soportarlo. La imagen de Pablo, de aquella noche, la violencia, la peste a alcohol, mi indefensión... todo volvió de golpe a aquella pequeña habitación en Zurich, a más de mil kilómetros de Madrid. Mortificada por revivir el trauma, pero también por rechazar a un hombre bueno y decente, rompí a llorar desconsoladamente. Hans se detuvo al instante. Sin necesidad de hablar de ello, el temblor de mi cuerpo le reveló silenciosamente una de las principales razones que se escondían tras mi plan de convertirme en una mujer totalmente distinta. Solo puedo tener palabras de gratitud por su actitud aquella noche. Con suma delicadeza, me abrazó durante unos instantes, los necesarios para alejar de mí los recuerdos tortuosos y ayudarme a volver a la seguridad de mi dormitorio en Seefeld. Luego, muy lentamente, cubrió nuestros cuerpos desnudos con la sábana y se quedó así toda la noche, su cuerpo pegado al mío, sin hablar, sin moverse, hasta que nos quedamos dormidos. Cuando desperté a la mañana siguiente, Hans se había marchado. Nunca volvimos a hablar acerca de aquella noche.

El día que me hizo entrega de mi nueva identidad en el Café Schober fue el último día que vi a Hans, pero no el fin de nuestra amistad. Tras asegurarse de que tenía en mis manos toda la documentación necesaria para continuar con mi vida, con la misma discreción con la que había obrado desde la primera vez que nos reunimos en aquel café, Hans se despidió de mí con un beso en la mejilla. Se levantó y desapareció, perdiéndose entre el barullo de la gente que iba y venía por las calles, aún adornadas con la decoración navideña. Y yo, apurando mi chocolate y el último trozo de pastel de manzana, me dispuse a prepararlo todo para embarcarme en la siguiente etapa de mi viaje.

Tenía tan solo 21 años cuando pisé por primera vez la tierra que habría de convertirse en mi hogar. Superé con nota la prueba de fuego de mi nuevo pasaporte al pasar los controles del JFK, procedente de Suiza. Ningún problema. Mi nuevo nombre, Amanda, encajaba con mis rasgos hispanos. Mi apellido, Scott no levantaba sospechas. Según los archivos proporcionados por Hans, mi padre –Henry Scott, nacido en Chicago– se había casado con una joven estudiante española, lo que hacía que todo cuadrara para los agentes de aduanas. Fue un inmenso alivio verificar sobre el terreno que los documentos de identidad que Hans me había procurado eran absolutamente fiables. Inmediatamente enlacé con el siguiente vuelo: Nueva York - Seattle. Desde allí cogería el tercer avión, que aterrizaría en Anchorage –una de las ciudades más pobladas de Alaska– unas tres horas después. No tenía ningún plan preestablecido. Decidí llevarme por el espíritu aventurero y, con el fin de descansar un poco, me registré en uno de los hoteles más lujosos de la ciudad. Pasé allí una semana haciendo algo de turismo por la ciudad y estudiando mis guías de viaje, analizando posibles rutas, hasta que finalmente decidí agenciarme una autocaravana para explorar el territorio más salvaje de América. Fue una de las experiencias más maravillosas de mi vida. No puedo describir con palabras la absoluta sensación de libertad. La magnitud de aquellos paisajes, los ríos (inmensos), las montañas y bosques cubiertos de nieve, el cielo estrellado... La primera vez que contemplé la aurora boreal, caí presa de un brutal Síndrome de Stendhal, si es que eso puede aplicarse a la naturaleza. Mi abuela me explicó el significado del término cuando me narraba la arrebatadora sensación que le produjo la primera vez que visitó en Florencia, de joven, la Galería de los Uffizzi. Creyó estar a punto de perder el conocimiento, tal fue la impresión que le produjo sentirse rodeada de tanta belleza. Es algo realmente estremecedor.

Era tal la hermosura de aquel firmamento infinito, de aquellas luces y colores imposibles que amenazaban con desplomarse sobre mí, envolviéndome, que el ritmo cardíaco se me disparó. Estaba completamente sola, tumbada en un saco de dormir sobre el techo de mi autocaravana y, por primera vez en mucho, mucho tiempo, no sentía ningún miedo. Ni angustia. Ni dolor. Solo una extraordinaria conexión con esa abrumadora belleza que danzaba ante mis ojos, solo para mí. Fue aquella noche, envuelta en lágrimas de emoción, cuando tuve la total certeza de haber comenzado una vida nueva.

Alaska es como otro planeta. Un pequeño universo donde la naturaleza hace explosión de la forma más intensa que se pueda imaginar. Después de más de tres meses

viajando, decidí volver a visitar una de las localidades costeras que más me habían gustado. Se trataba de un tranquilo pueblecito llamado Shelter Bay, de unos 500 habitantes, aunque en verano su población se multiplicaba por tres. La pequeña ciudad se hallaba mágicamente emplazada en una bahía cerrada en forma de concha, resguardada por dos altas montañas. Su puerto registraba un par de veces por semana la visita de una ruta privada de ferrys que efectuaba travesías por la costa de Alaska. Los turistas solían quedarse tres o cuatro días, degustar la comida local, y aprovechar para visitar alguna de las reservas indias que rodeaban la zona o realizar excursiones a los glaciares con la esperanza de avistar por el camino algún alce o pescar algún salmón.

Me sentí inmediatamente como en casa. Una casa que no había pisado nunca antes, pero a la que hacía mucho tiempo que ansiaba regresar. Para ser tan pequeño, Shelter Bay contaba con buenas infraestructuras. Un pequeño hotel, una iglesia, una tienda de comestibles, una escuela a la que acudían niños de las localidades cercanas, un ayuntamiento que hacía las veces de cine/teatro/sala de reuniones (y todo lo que fuera necesario). También disponía de consultorio médico, oficina de correos, e incluso un pequeño polideportivo con todo lo necesario para la celebración de campeonatos locales de distintas disciplinas. La mayoría de las viviendas se agrupaban en torno a Oak Street, la calle principal. Aparqué la autocaravana a la entrada del pueblo y me dispuse a registrarme en el pintoresco hotelito (el único en Shelter Bay). Linda, la encantadora recepcionista, acudió a recibirme al escuchar el tintineo de la campana, que repiqueteaba alegre cada vez que se abría o cerraba la puerta principal. Parecía sorprendida por recibir una visitante solitaria al día siguiente de marcharse los turistas. No obstante, toda sonrisas y amabilidad, se apresuró a facilitarme la llave de la mejor habitación de que disponía: la suite del piso superior.

—¿Cuánto tiempo planea quedarse, querida? —preguntó.

—Eehh.. pues no sabría decirle, aún no lo tengo decidido. De momento, regístrame un par de semanas — respondí.

Linda abrió los ojos de par en par. Era evidente que el hotel no había registrado una estancia tan larga en toda su existencia...

—¡Por supuesto! —exclamó, entusiasmada—. Encantada de tenerla con nosotros, señorita...

—Scott. Amanda Scott.

Tras formalizar el registro e instalarme en mi habitación, eché la mochila sobre la cama y me tumbé sobre la mullida colcha de *patchwork* con los brazos extendidos, rebosante de felicidad. Durante las siguientes semanas, como era de esperar, me convertí

en la atracción principal del pueblo, cuyos habitantes habían recibido con curiosidad la noticia de la nueva y joven huésped del hotel. Me enamoré de inmediato de aquella gente, del ritmo pausado y natural con que transcurría allí la vida, sin estrés, en armonía absoluta con la naturaleza. Entablé relación rápidamente con Cristine y Michael, los propietarios del pequeño supermercado/farmacia/quiosco de prensa situado en el centro de la ciudad. También hice amistad con Martha y Richard, que regentaban la tienda de souvenirs, el local más visitado cuando desembarcaban los turistas. Peter, un escocés de setenta y pico años —que llevaba más de cincuenta en el pueblo—, dirigía uno de los dos restaurantes con los que contaba la ciudad, y donde servían el salmón más delicioso que he probado jamás. Casi todas las casas estaban construidas siguiendo el mismo patrón: pequeñas edificaciones de madera de dos o tres alturas cuyo piso bajo solía utilizarse para el negocio familiar, ya fuera una peluquería, una tienda, o cualquier otro servicio. Algunos de los locales se hallaban vacíos o en desuso, pero en general la localidad se mantenía viva gracias al turismo y al hecho de ofrecer servicios básicos a diversos pueblecitos aún más pequeños, desperdigados en un radio de veinte o treinta millas.

Lo que habría de ser una estancia de un par de semanas se convirtió en un mes, y luego dos, y luego tres. Un día el reverendo Harris, con quien había llegado a trabar también una buena relación —a pesar de haberle hecho saber que mi sentimiento religioso se había evaporado mucho tiempo atrás—, me invitó a visitar una antigua propiedad semiabandonada a las afueras del pueblo. Se trataba de una imponente cabaña de madera medio derruida a la que se accedía por un pequeño sendero que partía de un lateral de la iglesia, justo a las afueras del pueblo. El camino concluía en un pequeño claro, semioculto tras un frondoso bosquecillo de coníferas. A pesar de las condiciones en las que se encontraba la casa, me quedé inmediatamente prendada de aquella finca y de las posibilidades que ofrecía.

—Heredé esta propiedad hace más de 10 años —me explicó el reverendo—, pero yo no tengo dinero ni interés en reformarla y, sinceramente, se me parte el corazón de ver la casa así, completamente abandonada. Te he traído hasta aquí para que la vieras, porque me preguntaba si quizás estarías interesada en ella. Todos en el pueblo nos preguntamos si tu estancia aquí será limitada, o si estás planteándote instalarte en Shelter Bay de una manera más... permanente —preguntó, con cautela.

—No sé qué decirle, padre —contesté—. El sitio, desde luego, es espectacular. No tengo ningún plan, pero no le niego que empieza a rondarme por la cabeza la idea de encontrar un lugar donde establecerme. No tengo planes a largo plazo, excepto quizás viajar. Como sabe, perdí a mi familia recientemente —medio mentí—. No sería mala idea emplear el dinero que he heredado en construir mi propio hogar.

No quería dar demasiados detalles acerca de mi verdadera situación económica. No me sentía del todo cómoda presumiendo de mi fortuna ante mis nuevos vecinos, gente humilde y trabajadora. Pero si estaba planteándome seriamente establecerme en el

pueblo, sabía que tenía que proporcionarles alguna explicación medianamente decente.

—Piénsatelo, hija. No hay ninguna prisa. Si te decides, estoy seguro de que podríamos llegar a un acuerdo sobre el precio. ¡Necesitamos gente joven! —dijo, con una sonrisa.

No me hizo falta nada más. Al cabo de un par de semanas, la cabaña era mía. Fue apasionante reformarla, prácticamente la reconstruí a mi gusto. Contacté con el mejor estudio de arquitectura de Anchorage, y me puse completamente en sus manos. Las obras duraron casi un año. Era muy laborioso conseguir llevar hasta allí los materiales de construcción y las máquinas pero, pasito a pasito, la casa fue tomando forma. Empléé también mucho mimo (y dinero) en la decoración interior, que en esta ocasión corrió a cargo de una joven diseñadora de Juneau, cuyo trabajo había descubierto en una prestigiosa revista. Su estilo, práctico y minimalista pero muy cálido, transformó por completo cada una de las estancias. Para mí, esa cabaña es lo más parecido al paraíso. La planta principal de la vivienda se asienta sobre robustos pilares de madera que la elevan sobre el terreno, dejando hueco debajo para controlar el desnivel sin perjudicar el entorno. Para aprovechar al máximo las posibilidades que nos brindaba, ese espacio se cerró y se pudo aprovechar para el almacenaje de leña durante el invierno, así como para alojar vehículos, la autocaravana, bicis, motos, y todo tipo de herramientas. Una pequeña escalinata de madera da acceso a la puerta principal. El piso inferior cuenta con enormes ventanales que van prácticamente del suelo al techo y desde los que, gracias a su posición elevada y alejada del centro del pueblo, se contempla una vista privilegiada de la bahía y las montañas que la rodean. En el piso superior hay tres grandes habitaciones y dos cuartos de baño. La más grande se convirtió en mi dormitorio. La otra, en un estudio donde leer, escribir, dibujar, o simplemente relajarme mirando por la ventana, dejando la mente en blanco. La tercera la reservé como habitación de invitados. En ocasiones, tras una cena con mis nuevos amigos, les animaba a quedarse a pasar la noche en lugar de regresar a su hogar a través de la nieve. El salón y la cocina abierta ocupan todo el espacio de la planta inferior, proporcionándome un inmenso espacio y sensación de desahogo. Esta casa en Alaska, me repito una y otra vez, es mi verdadero hogar, el lugar al que siempre querré volver.

05

Conocí a Daniel un par de años después. Tras residir más de un año en el hotel, Linda, su marido Jack y yo nos hicimos grandes amigos. El alojamiento carecía de servicio de restaurante, pero la planta baja cobijaba un coqueto bar ambientado con luz tenue, mesas con velitas y música suave. Como norma general solía permanecer cerrado entre semana, pero las noches de los viernes y sábados se convertía en el local perfecto donde tomar unas copas tranquilas, o acabar una cita romántica con tu pareja. Vecinos de los pueblos y fincas cercanas solían escogerlo para pasar una noche especial o, simplemente, como alternativa al bullicioso bar de Jimmy, más frecuentado para ver eventos deportivos en pantalla grande, jugar a los dardos o desfogarse en la pista de baile. En una esquina del pequeño local, camuflado en la penumbra y cautivando silenciosamente mi atención cada vez que me acercaba a tomar una copa, descansaba un sencillo piano. Linda me explicó que llevaba varias generaciones en su familia y, aunque ya nadie sabía tocarlo, le daba pena deshacerse de él. Yo le expliqué a grandes rasgos mi antigua pasión por la música y que, tras lo que decidí justificar como un "desafortunado accidente" con mi mano –sin entrar en muchos detalles–, no había podido volver a practicar.

Una noche de finales de primavera en que había quedado con mi amiga para tomar algo, la música procedente del interior me forzó a detenerme en la ventana, antes de entrar. No se trataba del habitual hilo musical del local. Distinguí las inconfundibles notas del piano, los pequeños golpes en la madera, aquel sonido que tanto echaba de menos. Un hombre con pelo alborotado y una poblada barba castaña –al que solo podía ver de perfil– trataba de arrancar una romántica melodía al desafinado instrumento. No le había visto nunca por allí. Ante la puerta del hotel se apostaba una flamante Harley Davidson que tampoco me resultaba familiar.

Atraída por la música como una polilla hacia la luz, me acerqué y tomé asiento en la silla más cercana al misterioso joven. Su mirada descansaba suavemente sobre las teclas. Tocaba, pero su mente parecía estar muy lejos. Al percatarse de mi presencia interrumpió su improvisada actuación con una sonrisa, sin brusquedad.

—Qué vergüenza —dijo tímidamente, al tiempo que cerraba con cuidado la tapa del piano.

Todos sus movimientos tenían una cadencia lenta. Transmitían una melancolía y un cansancio infinitos. Conocía perfectamente la sensación.

—Pensaba que no había nadie escuchando.

—Vamos, no te cortes... Continúa, por favor —le pedí.

—Tienes que perdonarme, ahora me da un poco de apuro... —se excusó—. Si me he animado a tocar es porque el local estaba vacío.

Efectivamente, a pesar de tratarse de una noche de viernes, no había ni un alma en el bar. Linda, que se encargaba tanto de la recepción del hotel como de las consumiciones, se acercó hasta nosotros y, guiñándome un ojo discretamente, preguntó:

—¿Qué os traigo, chicos?

—Pues yo me tomaría una cerveza, gracias Linda —respondí.

—Otra para mí —pidió él.

—Que te cuente los kilómetros que lleva encima de la moto —dijo mi amiga cuando se marchaba, tras dirigir una sonrisa cómplice al desconocido. Era evidente que ya le había hecho la ficha de rigor al chico que, amén de romper la monotonía del pueblo con su mera presencia, resulta que era escandalosamente atractivo. Comprendí al instante que mi amiga estaba allanando el terreno para mí. La última vez que había sentido algún tipo de interés romántico por un chico tenía diecisiete años, y había acabado siendo violada por él. La perspectiva de volver a intimar con alguien continuaba generándome ansiedad, pero ya hacía más de cinco años de aquello y, en el fondo de mi alma, sabía que la única forma de intentar superarlo era dejar de pensar que todo el mundo quería hacerme daño. “No todos los hombres son malos. No todos son violentos”, me dije, mientras me propuse disfrutar —como probablemente hacían cientos de mujeres en todo el mundo en aquel preciso instante— de una cerveza y una charla trivial con un chico, un viernes cualquiera.

—Bueno, cuéntame... Ahora me ha entrado la curiosidad. ¿Cuál es la historia de la moto? —pregunté para romper el hielo.

Un grupo compuesto por varias parejas hizo su aparición en el local, al tiempo que la música de fondo se reanudaba. Linda regresó con nuestras bebidas y se esfumó rápidamente para atender a los nuevos clientes, dejándonos de nuevo a solas.

—La historia de una huida, supongo —respondió él, tras dar un largo trago a su cerveza.

Hice un gesto con la cabeza como queriendo indicar "sé de lo que me hablas", tras lo cual chocamos nuestras botellas, brindando tácitamente por los nuevos comienzos.

—¿No eres de aquí? —preguntó entonces, interesado—. Perdona, he dado por hecho que sí.

—Bueno, digamos que ahora lo soy —sonreí—. Llegué a Shelter Bay hace dos años, y me atrapó. Decidí quedarme.

—Parece que estemos muy, muy lejos del mundo, ¿verdad? —confirmó.

Asentí con la cabeza.

—Creo que ese el encanto de este lugar. No sé si es para todos. Pero a mí me relaja la sensación de aislamiento.

—Por desconectar de todo —dijo él sonriente, volviendo a brindar de nuevo—. Por cierto, me llamo Daniel —añadió.

—Amanda —respondí, mientras estrechaba la mano que me tendía.

La noche fue avanzando mientras charlábamos, compartiendo a grandes rasgos los detalles que nos habían conducido hasta aquel lugar, hasta aquella noche en Alaska. Me sorprendió la facilidad con la que comenzaron a surgir anécdotas de toda índole, temas realmente personales, arropados por esa inesperada intimidad que se crea a veces con los desconocidos a los que crees que no volverás a ver. Fue la primera vez en la que tuve verdadera consciencia que estar dejando a Eva atrás. Me pareció que con cada una de mis palabras iba construyendo, ladrillo a ladrillo, una vida mucho más real que la anterior. Desde que decidí establecerme en Shelter Bay había ido tejiendo una versión "oficial" sobre mi vida antes de Alaska, en la que realidad y fantasía se entremezclaban. Por ejemplo, le conté que mi mano destrozada había quedado así un par de años atrás, cuando sobreviví a un accidente de tráfico que acabó con la vida de mis padres y de mi abuela. Le expliqué que había heredado un dinero —no una fortuna— pero lo suficiente como para buscar un lugar donde construir un hogar a mi medida y comenzar una nueva vida. Dejé intuir que había escapado de una relación amorosa algo violenta y abusiva y él, respetuoso, no trató de hurgar en la herida. Animado por la atmósfera que se había creado entre nosotros —y las dos cervezas de nueve grados que Jack fabricaba en su "almacén"— Daniel venció su carácter reservado y comenzó a contarme su historia:

—Hasta hace unos meses llevaba una vida muy distinta, en los Ángeles. Soy... era... productor musical.

—¿Eras? —pregunté.

—Sí. Ocurrió algo y... bueno, decidí dejar esa vida atrás.

—Perdona, no tienes por qué contármelo... —dije, temiendo estar entrometiéndome en algo muy íntimo.

—No te preocupes... —contestó él—. Me gustaría hablar de ello con alguien. Ya ha pasado un tiempo... Creo que me vendrá bien.

—Tengo una idea —le interrumpí.

Dan me miró, sorprendido por el cambio de tercio.

—Te propongo una cosa. ¿Sabes que nunca he montado en moto? Esa maravilla no hace más que llamarme a gritos desde el otro lado de la ventana —dije, señalando la Harley que descansaba sobre la acera. Era verdad. No podía dejar de fantasear con la idea de subirme al asiento de atrás y viajar abrazada a él, aunque solo fuera una vez. ¿Pero qué me estaba pasando?

—Si me llevas a dar una vuelta —continué, sin pensármelo dos veces—, te enseñaré uno de los paisajes más hermosos que has visto jamás. Si te apetece, podemos seguir hablando cuando lleguemos allí. Si no, me alegraré de haber podido compartir con alguien ese lugar.

Daniel asintió. Su semblante serio se transmutó en una expresión ilusionada y expectante. Salimos del local acompañados por las miradas indisimuladas de los vecinos presentes, y la sonrisa de oreja a oreja de mi amiga Linda. No me había puesto un casco en mi vida. El roce de su mano al ayudarme a abrochar la tira de sujeción bajo mi barbilla, me hizo comprender cuán alejada había estado durante los últimos años de cualquier contacto físico con los demás. Pero, al contrario que en ocasiones anteriores, aquella vez no me hizo estremecer de miedo. No sentí ninguna incomodidad. Más bien al contrario, deseaba con todas mis fuerzas que aquel atractivo desconocido se quedara a mi lado algunas horas más.

Agarrada a su cintura, le fui guiando a través del pueblo. Pasamos junto a mi casa, en la que me detuve para coger un par de mantas. Después tomamos el sendero que se adentraba más y más en el bosque, iluminados únicamente por los faros de la moto y los destellos de la luna llena, que se colaban entre las copas de los árboles. Se trataba de una pista forestal frecuentada por los guardas de la zona durante las horas de luz, pero a esas horas era muy poco probable cruzarse con otro ser humano. Al fin, tras unos quince minutos, llegamos a un claro del bosque que albergaba un pequeño lago. En los meses de

invierno la superficie se congelaba, pero hacía ya unas cuantas semanas que el agua se había transformado en un espejo donde el reflejo del cielo y las estrellas otorgaban al paisaje una atmósfera casi irreal. Algunas noches, cuando me costaba conciliar el sueño, conducía hasta allí con mi autocaravana y pasaba la noche tendida sobre la hierba. Cuando me vencía el sueño me refugiaba en el interior de la roulotte y amanecía allí horas después, saboreando un café calentito con los primeros rayos del sol, completamente en paz, deleitándome con aquella maravilla que me ofrecía la naturaleza.

Tal y como había imaginado, el lugar impresionó tanto a Dan que apenas fue capaz de articular palabra.

—Ven —le dije, tomándole de la mano, cuando descendimos de la moto.

Caminamos unos metros hasta el borde del lago. Extendí una de las mantas y nos sentamos en la orilla, en silencio. Nos resguardamos de la brisa nocturna con la otra. El verano se adivinaba ya, puesto que no hacía demasiado frío. El olor de la hierba era casi tan abrumador como los infinitos sonidos que emanaban de las hojas de los árboles, mecidas por el viento. El ulular de un búho en la distancia, los grillos que parecían conversar entre ellos, el batir de las alas de algún pájaro cerca nuestro... si hay algún lugar más romántico para una primera cita, desde luego yo no lo he descubierto aún.

Daniel se giró y clavó sus ojos azules en mí.

—¿De dónde has salido tú? —preguntó.

—Yo podría hacerte la misma pregunta —respondí.

Tomando una enorme bocanada de aire, Daniel cerró los ojos y se tumbó de espaldas sobre la cálida manta de cuadros. Yo le imité y nos quedamos largo rato así, tendidos el uno al lado del otro, bajo las estrellas y las primeras luces de la aurora boreal. Dan estiró su mano, buscando la mía bajo la manta. El contacto cálido de su piel me produjo un escalofrío que me erizó la piel, en el mejor de los sentidos.

—Siempre he soñado con conocer este lugar. ¿Por qué habré perdido tantos años en...? —Daniel se detuvo a mitad de la frase.

—No es nada fácil romper con todo, ¿verdad? —dije—. Pero a veces es la única manera de continuar. Para mí, Alaska ha sido un punto y aparte, pero también el más inesperado de los comienzos.

—Tal día como hoy, hace catorce meses, mi novia murió ante mis ojos —soltó Dan, de repente—. Para ser exactos, catorce meses, dos semanas y cuatro días.

La frase me dejó tan impactada que mi primer impulso fue levantarme del suelo como un resorte. Sin embargo, una fuerza interior me obligó a permanecer inmóvil junto a él, sin desviar la mirada, casi sin respirar, por miedo a interrumpir su relato.

—Nací y crecí en Bennington, un pueblecito del estado de Vermont. Siempre me encantó la música, así que mis padres, con mucho esfuerzo, consiguieron enviarme a estudiar a Nueva York. Supongo que el factor suerte también es importante. En seguida me adapté al ritmo de vida de la ciudad. Supe instintivamente por qué ambientes moverme, qué locales frecuentar, con qué gente debía contactar, y en un par de años logré hacer buenas amistades y aprendí muchísimo. Me las ingenié para que un estudio importante me aceptara como aprendiz, sin cobrar ni un dólar, y aquella fue la gran oportunidad de mi vida. Con veinticuatro años me ofrecieron un contrato, y a partir de ahí todo fue hacia arriba. Me dejé atrapar por la vorágine de codearme con modelos, cantantes y artistas famosos. Empecé a trabajar con gente influyente y a ganar mucho dinero. Así, acabé llamando la atención del director de un gran estudio ubicado en Los Ángeles, y cuando me ofreció dar el salto y dirigir el nuevo sello discográfico que estaba a punto de lanzar, no me lo pensé. La vida en Los Ángeles puede ser aún más salvaje que en Nueva York. Había semanas en las que no veía la luz del sol. O bien pasaba casi todo el día trabajando en el estudio, o encadenaba fiestas y eventos nocturnos, de una punta a otra de la ciudad.

Por la pausa que Daniel realizó en ese momento, intuí que se avecinaba la parte más peliaguda del relato.

—Conocí a Bianca en una de esas fiestas. Ella tenía diecinueve años. Yo veinticinco. Me quedé prendado de ella al instante —prosiguió.

—Bianca era italiana. Acababa de mudarse a la ciudad, fichada por una agencia de modelos muy prestigiosa. Recuerdo perfectamente aquella primera noche... El vestido que llevaba, su peinado, su perfume... todo. Me llamó la atención porque, aparte de su innegable belleza, parecía estar un poco asustada. O, más bien, abrumada entre tanto personaje famoso. Después de unos minutos reuní el valor para acercarme a ella. Comenzamos a charlar y descubrí que era una chica muy divertida e inteligente. Compaginaba la carrera de modelo con sus estudios de cine y creo que, en realidad, ella era la primera sorprendida al haber sido reclutada por aquella conocida agencia y haber cambiado Milán —su ciudad natal— por la loca aventura americana. En sus planes iniciales no entraba ganarse la vida como modelo, pero comprendió que hay oportunidades que no se pueden dejar escapar y decidió darle una oportunidad a aquello. Le apasionaba el cine, y ¿qué mejor ciudad que Los Ángeles para conocer la industria de cerca? Una de las cosas que más me gustó de ella —me confesó— fue que su aspecto no era el de una modelo "al uso". Sus curvas recordaban más a una joven Sofía Loren que a una Kate Moss, aunque sus ojos verdes y su melena rubia pudieran

generar dudas sobre su origen mediterráneo. Para mí, era simplemente perfecta. Pero, como ocurre casi siempre, no me di cuenta de nada de lo que estaba pasando hasta que fue demasiado tarde.

Daniel se detuvo de nuevo, abrumado por los recuerdos. Permanecimos un rato en silencio, mirando al cielo, antes de que se decidiera a reanudar su relato.

—Como te decía, yo trabajaba un montón de horas al día. A cabo de unos meses, Bianca se mudó a mi casa en las colinas de Hollywood, pero apenas coincidíamos allí. Se diría que pasábamos más tiempo juntos en fiestas y cenas de amigos que en nuestro propio hogar. Una noche regresamos a casa al amanecer. La fiesta había sido divertida, yo lo había pasado muy bien, por eso me sorprendió la reacción de Bianca al preguntarle: "¿Te has divertido?". Me miró con los ojos huecos, y se echó a llorar. No era capaz de articular palabra. Yo no tenía ni idea de lo que le pasaba. Habíamos estado casi todo el rato juntos, excepto en breves momentos en los que nos habíamos separado para charlar con algún amigo y nos habíamos perdido de vista por unos instantes. Lo habitual en todas las fiestas. Al fin, cuando se serenó, me dijo:

—No sabes la suerte que tienes de ser hombre.

Asustado, pensando que tal vez algún tío hubiera intentado propasarse con ella, no paré hasta que logré que me contara el motivo de aquel llanto. Me dijo que una fotógrafa de moda, Camilla *nosequé*, se había acercado a hablar con ella y le había asegurado que, o perdía peso, o dudaba que ninguna marca quisiera contar de nuevo con ella para sus campañas. Le dijo que ella, desde luego, no estaba dispuesta a aplicar Photoshop a sus fotos para estrechar sus caderas o sus muslos. Bianca estaba desolada. A mí, en aquel momento, me pareció una tontería de chicas. Sinceramente, era tan bella que no podía dar cabida en mi mente al pensamiento de que alguien pudiera hacerla sentir insegura de su físico. Traté de calmarla y la consolé, pero te confieso que no le di mayor importancia. Creí que, con el paso de los días, se olvidaría de aquella fotógrafa endiosada y continuaría pisando con paso firme tanto sobre la pasarela como en sus estudios. Pero no podía estar más equivocado.

—Estuvimos juntos tres años —me contó, girándose hacia mí, mirándome a los ojos—. Y durante todo ese tiempo fui incapaz de ver lo que Bianca se estaba haciendo a sí misma. Supongo que porque no fue algo que sucediera de la noche a la mañana. Comenzó poniendo excusas cada vez que nos invitaban a una comida o a una cena. Yo siempre creía sus argumentos, como "estoy cansada", o "tengo que recuperarme del *jet lag*", y cosas por el estilo. Si se trataba de eventos donde no se viera forzada a sentarse físicamente a la mesa, como una fiesta, un coctel o unas copas en un bar, entonces acudía encantada, aferrada toda la noche a su botella de agua. No fui consciente de la gravedad del asunto hasta mucho más tarde. Fui recordando aquellos detalles y atando hilos cuando, tras su muerte, nuestros amigos, sus padres y otros familiares no paraban de

atormentarme. “¿Pero cómo no hiciste nada?”, me decían. “Tú vivías con ella, ¿es que no te dabas cuenta de cómo estaba?”.

—Si te sirve de consuelo —aunque no lo creo— una de mis mejores amigas pasó por lo mismo —dije, refiriéndome a Alicia—. Es uno de los males más perversos del primer mundo.

No quise recrearme más tiempo en mis recuerdos porque sabía que, si me abandona a a ellos, la sensación de culpa me invadiría por haberla dejado sin decir adiós. Tenía que centrarme en el presente y el futuro. Volver la vista hacia el pasado era un lujo que no me podía permitir.

—Durante el último año que pasamos juntos apenas hubo sexo ni intimidad entre nosotros. Más tarde, sus amigas me hicieron comprender que la razón era que se veía gorda, cada vez más a disgusto con su propio cuerpo, y no soportaba la idea de que la viera desnuda. Cuando hacíamos el amor, se las ingeniaba para estar completamente a oscuras. Y yo... no sé... trabajaba mucho, viajaba, estaba siempre tan cansado que me bastaba con sentir su cuerpo a mi lado en la cama para quedarme dormido, feliz, completamente ajeno a su tortura. Un par de días antes de su muerte, tras mucho insistir, logré convencerla para pasar una tarde solos los dos en la playa. Al principio nos encantaba coger el coche y conducir hasta Santa Mónica. Llegábamos bien entrada la tarde, nos dábamos un baño y disfrutábamos de la puesta de sol con unas cervezas. Me enfadé por lo mucho que tuve que insistirle para que cogiera el bañador y la toalla y pasar una tarde juntos. Al final accedió, a regañadientes. Fue esa tarde, al verla en bikini por primera vez después de casi un año, cuando me di cuenta —horrorizado— del cambio tan dramático que había sufrido su hermoso cuerpo. Sus piernas eran dos alambres. Me impresionó el detalle de sus rodillas, tan huesudas que no parecían reales. Tenía el vientre hundido y las costillas tan marcadas que se podría meter el dedo entre ellas. Cada una de las vértebras de su espalda sobresalían de su cuerpo como un acordeón. No quedaba ni rastro de aquellas preciosas curvas, de sus pechos y caderas redondeadas. Nada. Fue allí, en aquella playa, cuando me hice por primera vez la pregunta con la que todos se sintieron con derecho a bombardearme en el funeral de Bianca. ¿Cómo no me había dado cuenta?

Tuvimos una gran discusión, seguida de llantos, abrazos, y la promesa de buscar ayuda profesional lo antes posible. “Después de los desfiles”, me suplicó. Al día siguiente viajábamos a Nueva York para la Fashion Week, y me juró que a la vuelta se tomaría un descanso en su carrera y se centraría en recuperarse, tanto física como emocionalmente. No debí permitirselo. Debí haberla obligado a ingresar aquella misma noche. De camino a casa estaba pálida y débil, desgastada por la intensidad de las últimas horas. Solo fui capaz de convencerla para comer algo de fruta. Nos acostamos tarde, tras mucha charla, promesas y besos. Al día siguiente nos levantamos temprano y tomamos el dichoso avión a Nueva York. A mitad del trayecto, Bianca comenzó a

sentirse realmente mal. Un tripulante de cabina localizó un médico a bordo que la examinó. Me dijo que tenía la tensión tan débil que lo más prudente era avisar a una ambulancia para que estuviera preparada al llegar al JFK y trasladarla rápidamente a un hospital. Fueron las horas más largas de mi vida. Desde el avión pude ver la ambulancia con las luces encendidas, esperándonos a pie de pista. A pesar de haber pasado casi todo el vuelo adormilada, Bianca pareció espabilarse tras el aterrizaje e insistió en bajar las escalerillas por su propio pie. Yo iba detrás de ella. Tras poner un pie en la pista dio tres o cuatro pasos y, de repente, se desplomó. La observé caer lentamente, como una hoja sostenida por el viento, pero no llegué a tiempo de sujetarla. Los paramédicos corrieron hacia ella tratando de reanimarla. Primero, aplicando compresiones rítmicas sobre su pecho y después, al no obtener respuesta, realizando descargas con un desfibrilador. Pese a todos los esfuerzos, fue imposible reanimarla. En el informe escribieron "fallo cardíaco", pero lo cierto es que Bianca se mató de hambre. Así de duro. El *shock* fue tan fuerte que no fui capaz de llorar ni acabé de creérmelo hasta un mes después. Una mañana salí de casa camino del trabajo y, al llegar a la puerta del estudio, la consciencia de la pérdida me golpeó. Me di cuenta de que no quería continuar con esa vida ni un minuto más. Volví a casa, hice una pequeña maleta y cogí un avión a casa de mis padres. Y fue precisamente mi padre el que mejor me comprendió. Dimos largos paseos, charlamos durante horas y, tras unos meses en Bennington, tomé la decisión de romper con todo. Necesitaba tomarme un tiempo para mí, en soledad. Y aquí estoy, seis meses después de volar de nuevo del nido paterno, recorriendo el mundo con mi moto e intentando convencerme de que la muerte de Bianca fue una señal de que había emprendido un camino equivocado. Me deslumbré, y acabé rodeado de gente que no me importaba, viviendo una vida artificial. Ya no podría volver a soportar ese ritmo, el estrés, el postureo. Sigo amando la música, pero odio esa industria y todo lo que la rodea. Lo odio con todas mis fuerzas.

Su historia me conmovió profundamente.

—Creo que tú y yo, cada uno a su manera, estamos pasando por un proceso muy parecido. Y ¿sabes qué? Acabo de llegar a la conclusión de que no, esto no es una huida. Es la siguiente etapa en el camino. Y tengo cada vez más claro que empezar de nuevo no es ni mucho menos un acto escapista. Es un acto de valentía.

Sin mediar más palabras, me dejé guiar por un impulso y le besé. No esperé como una tonta a que él me hiciera una señal. No dudé. Fue un gesto espontáneo, y él me correspondió. Sus labios, cálidos y dulces, envolvieron los míos con ternura. Sin prisas, sin urgencias. Con la extraña naturalidad de dos desconocidos que se entregan plenamente el uno al otro. Hicimos el amor sobre la hierba, bajo las estrellas y sé que, por muchos años que pasen, nada podrá igualar la magia de aquella primera noche juntos.

06

Daniel se quedó cinco días más conmigo.

Ni siquiera tuvimos que hablarlo. Nos dejamos llevar por el momento y lo disfrutamos intensamente, aún sabiendo que, más pronto que tarde, él reanudaría su viaje y yo continuaría con mi nueva vida en Shelter Bay. Fueron los mejores cinco días de mi vida. Aprendí a montar en moto, cocinamos, vimos películas antiguas y lo hicimos en todas las habitaciones de la casa. La mañana en que bajó al salón con su mochila preparada, no hice ninguna pregunta. Nos despedimos con un beso, pero sin un adiós.

—Ven a verme cuando vuelvas por Alaska —le dije, antes de besarle.

—Lo haré —respondió.

Mientras contemplaba cómo su silueta desaparecía al llegar al final del camino, tomé la decisión de comprar mi primera motocicleta.

Daniel se convirtió al instante en un maravilloso recuerdo, pero nunca albergué ni alimenté esperanza alguna de volver a verle. Hacía ya mucho tiempo que había aceptado tácitamente que eso del amor no era algo que fuera a ocurrirme a mí. Estaba en paz con ello. Simplemente, era algo que no me iba a pasar. Como la certeza de que jamás te va a tocar la lotería, que es muy improbable que te caiga un rayo en la cabeza, y que casi seguro que nunca llegarás a cenar con George Clooney. Alguien que estuviera ahí, cuidándome, esperándome al final del día, acompañándome... Lo tenía bastante asumido: eso no estaba reservado para mí, y lo cierto es que no me torturaba en absoluto la idea de la soledad. La sensación de autosuficiencia me llenaba de orgullo, me daba mucha seguridad en mí misma. Había encontrado mi lugar en el mundo, y eso me hacía inmensamente feliz. No había un día igual al anterior. Dedicué un par de años a seguir viajando, casi sin descanso. Hice cientos, miles de fotos, mi nueva gran afición. No tenía ningún otro plan más que dejarme llevar. Lo cierto es que fue una época muy feliz. Durante más de tres meses recorrí el sudeste asiático, y aproveché el viaje de regreso para realizar una "parada técnica" en Japón. En Tokio visité a un especialista que me había recomendado el Dr. Müller durante mi última visita a Suiza. Este médico era mundialmente conocido por haber tratado con éxito casos extremos como el mío, incluso por haber llevado a cabo una reconstrucción facial completa a una mujer, víctima de un ataque con ácido. Así, comencé un proceso que, a lo largo de los diez años siguientes,

concluiría con la implantación de una mano biónica que me ha permitido incluso volver a sentarme de nuevo frente a las teclas de un piano. Increíble pero cierto. Hasta el revestimiento, la piel que la recubre, es tan perfecto que nadie podría adivinar que se trata de una mano "de mentira". Durante esos primeros años también me propuse comenzar algún proyecto vital, algo que me ilusionara al levantarme cada mañana. Aunque en aquellos momentos no pudiera tocar, echaba muchísimo de menos la música. Quería encontrar el modo de devolver aquella emoción a mi vida. Y así es como se me ocurrió la idea.

Una mañana, paseando con Linda por Shelter Bay, reparé en un edificio semiabandonado en Oak Street. La fachada y el tejado parecían mantenerse en buenas condiciones, pero por lo poco que dejaban traslucir los polvorientos cristales, el interior se encontraba en un lamentable estado de dejadez.

—Lleva años así —me explicó Linda—. Habría que invertir un poco para repararlo, pero Mike y Cristine no le han encontrado ninguna utilidad de momento.

—¿Son ellos los propietarios? —pregunté, justo cuando pasábamos a la altura de la pequeña tienda de comestibles que regentaban.

—Sí. ¿Por qué? ¿Te interesaría? No tienes más que decírselo, están como locos por deshacerse de él.

—Hmm... no lo sé... Le estoy dando vueltas a un proyecto, pero aún tengo que madurarlo bien. Ya veremos...

Sin embargo, una vez que la idea se instaló en mi cabeza, ya no me abandonó. Pasé la noche dando vueltas en la cama, dándole forma. Al día siguiente me planté en la tienda, que hacía también las veces de farmacia y quiosco de prensa. Acordamos reunirnos por la noche en el bar de Linda, y allí les expuse mi idea. Convertir el desvencijado edificio en una pequeña escuela de música, para alumnos de todas las edades. Estaba convencida de que muchos habitantes del pueblo, y probablemente también de las localidades cercanas, se animarían a aprender a tocar un instrumento. ¿Por qué no?

La idea les entusiasmó. Accedieron a venderme el edificio y rehabilitarlo se convirtió, durante los meses siguientes, en un proyecto común para los habitantes del pueblo.

Niños y mayores se repartían las tareas y entre todos pintamos, cambiamos suelos, y acondicionamos las aulas, que se convertirían en un hervidero de actividad desde el mismo día de su inauguración. Gasté todo el dinero que fue necesario en aislamiento

acústico, en comprar partituras e instrumentos, e incluso me encargué personalmente de seleccionar a un par de profesores que –contagiados por la emoción del nuevo proyecto– se mudaron a Shelter Bay, provenientes de Anchorage. Conocí a May, una tímida pianista, cuando me encontraba en la ciudad comprando un par de guitarras y violines. La joven hablaba con el encargado de la tienda, le pedía permiso para anunciarse en el tablón de anuncios como profesora particular. Charlamos, congeniamos, y en un par de semanas ella y su novio, Tom, se convertían oficialmente en los primeros maestros de la "*Carmen Academy of Music*". Pensé que a mi abuela le encantaría ver su nombre en el cartel, y todos estuvieron de acuerdo en que era un bonito homenaje, además de un nombre genial. Como directora del centro, mis días se llenaron de repente de música y amigos. Tuve tal demanda de solicitudes que hubo que organizar varios grupos, por edades, por nivel, por instrumentos... Mi alumno más pequeño tenía cuatro años, y el más anciano era Richard, el abuelo de Linda, que a sus noventa años vio al fin realizado su sueño de aprender un par de melodías para interpretar en el viejo piano.

Una tarde, al regresar a mi casa tras una divertida tarde de ensayos con la banda infantil, encontré una nota pegada en la puerta principal. Todavía la conservo. Decía lo siguiente:

"Tras todos estos meses viajando por el mundo he conocido lugares increíbles, pero ninguno como éste. He besado a otras mujeres, pero ninguna como tú. Te esperaré en el lago hasta medianoche. Ojalá vengas".

Me quedé paralizada allí, en el porche, con la nota en la mano y una sonrisa en los labios que tardó varios días en desaparecer. Habían pasado dos años desde que contemplé a Daniel alejarse con su moto y perderse rumbo a su aventura. Nunca pensé que aquel viaje le traería de nuevo hasta mí. Sostuve la carta en la mano y, por cursi que parezca, supe instantáneamente –con esa clase de certeza que se tiene pocas veces en la vida– que quería a aquel hombre a mi lado. En mi casa. En mi cama. En mi vida. Sin perder un instante, subí de nuevo a mi moto –la que compré apenas una semana después de su marcha– y recorrí el camino que me separaba del amor de mi vida. Allí estaba, tendido sobre la hierba, aún más guapo de lo que recordaba. Llevaba el pelo algo más corto y la barba más cuidada, aunque conservaba ese aspecto algo desaliñado que me encantaba. Su expresión había cambiado ostensiblemente. El rictus de tristeza en sus ojos había desaparecido. Estaba, al fin, en paz. Todo su cuerpo desprendía una energía diferente, relajada. Me tumbé a su lado. Nos miramos y nos echamos a reír, llorando de pura felicidad. Nos besamos, nos abrazamos, y aquel fue el comienzo de la relación que había de traer a mi vida todo el amor, la confianza y la serenidad que me faltaban desde la muerte de mi abuela.

Aquella misma noche Daniel se instaló en mi casa, que desde aquel día se convirtió en NUESTRA, y se emocionó cuando le conté todo acerca de la escuela de música. Creo que aquello fue para él la guinda del pastel. La señal definitiva que andaba buscando para encontrar también él su lugar en el mundo. Pronto se implicó al cien por cien en las tareas de la academia, y se convirtió en profesor, coordinador, y todo lo que hiciera falta. Descubrió que le encantaba enseñar, algo que jamás había pasado por su mente. Tan solo un año después nos casamos en una sencilla ceremonia en el Ayuntamiento, que culminó con una fiesta llena de música en el jardín de nuestra casa, a la que asistió todo el pueblo. Y así fue como dos forasteros pasaron a convertirse sencillamente en Amanda y Dan, la pareja que trajo la música a Shelter Bay.

Aunque me partía el corazón tener secretos con él, nunca le revelé a Daniel toda la red verdad sobre mi pasado. Por razones obvias, no podía confesarle que mi verdadero nombre no era Amanda Scott, sino Eva Acosta, y que una fortuna millonaria se repartía en varias cuentas entre Estados Unidos y Suiza. Saberlo le habría convertido en cómplice de más de un delito. Me preocupé de armar un pasado convincente, en el que ciertos detalles confundían realidad y ficción. Le conté que aún tenía algún algún familiar lejano en Chicago –la que se suponía que era mi ciudad natal– y también en España, aunque fui deliberadamente vaga en los detalles. Admití que tenía algo más de dinero del que había querido reconocer en un primer momento, pero nunca le confesé la cantidad real. Por aquel entonces Dan también disfrutaba de una posición económica más o menos desahogada, aunque los dos años que había pasado viajando sin rumbo fijo se habían comido una buena parte de lo ahorrado durante su etapa como productor en Los Ángeles.

Cada año realizábamos un viaje a Bennington, donde residían sus padres y hermanos, y ellos también venían a Alaska a visitarnos en ocasiones. Aparte de eso, nuestra verdadera familia eran los vecinos de Shelter Bay y alrededores, de cuya comunidad nos sentíamos ya miembros de pleno derecho.

En los meses más duros de invierno, Dan y yo cerrábamos la escuela y nos dábamos el capricho de disfrutar de largos viajes juntos. Así, durante los años siguientes conocimos los espectaculares paisajes de África, recorrimos América del Sur a lo largo de varias escapadas, y fuimos señalando sobre el mapa de mi abuela lugares tan lejanos como la India o los fiordos noruegos.

Pasados unos años –sin poder atisbar ni por lo más remoto que el pasado volvería en breve para alcanzarme– Daniel y yo decidimos afrontar el nuevo proyecto de formar una familia. Nos sentíamos ilusionados y preparados. El contacto diario con los niños del pueblo, los hijos de nuestros amigos, a los que enseñábamos música en la escuela, fue despertando paulatinamente en nosotros el deseo de ser padres. Soñaba con un pequeño Daniel, con su sonrisa y sus ojos despiertos. Lamentablemente, el proceso no resultó tan sencillo como esperábamos. Tras más de un año intentando sin éxito quedarme embarazada, decidimos al fin consultar a un especialista. Nos recomendaron una prestigiosa experta en fertilidad en Juneau, la capital.

Ahora me doy cuenta de que, aquel día, en aquella consulta, comenzó el principio del fin.

Daniel y yo aguardábamos el resultado de las pruebas cogidos de la mano, al otro lado de la mesa. Debo confesar que, tras haberme quedado embarazada a los diecisiete años, estaba más que convencida de que el problema de fertilidad no era mío, pero no quise revelarle a Daniel mis sospechas. Más que nada, porque entonces habría tenido que contarle que el embarazo no deseado fue fruto de una violación, que tuve que interrumpirlo clandestinamente y, en fin, porque hablar de ello sería abrir una caja de Pandora que prefería mantener cerrada. Cuando la doctora se sentó frente a nosotros con los informes médicos en la mano, estaba preparada para cualquier dictamen, excepto para la información que tenía que darnos.

—Amanda, ¿no te explicaron al hacerte la ligadura de trompas que ese procedimiento tiene como finalidad evitar que se produzca el embarazo? —me preguntó la doctora, extrañada.

Daniel me miró sorprendido. Yo no tenía ni idea de a qué se refería aquella mujer.

—Tiene que haber un error —contesté—. Yo nunca...

—En la ecografía se ve con toda claridad —me interrumpió, tajante, mostrándome unas incomprensibles imágenes en blanco y negro.

Me quedé totalmente en blanco por unos instantes. De repente, como un fogonazo, las imágenes de aquel sótano, el horrible cuadro en la pared, el quirófano donde me practicaron el aborto, todo volvió a resurgir desde el rincón más oscuro de mi memoria. En cuestión de segundos, repasé los recuerdos de aquella mañana. El padre de Claudia, tendiendo un sobre al lúgubre doctor. La bata verde de papel. La simpática enfermera. No me había sometido a ninguna cirugía ginecológica después de aquello, ni en Suiza, ni en Japón, ni en ningún otro lugar. Así que solo podían haber sido ellos. No sé si sería el procedimiento estándar de aquel equipo en particular, o si fue orden directa del padre de Claudia. Pero... ¿por qué? ¿La esterilización era su forma de imponer un castigo ejemplar a jóvenes promiscuas? ¿O era más bien una misión divina? No se me ocurría otra explicación plausible, pero me resultaba tan difícil procesar tamaña maldad que no sabía cómo justificarlo. Obviamente, jamás podría probarlo. Al igual que no podía denunciar que me había realizado un aborto ilegal siendo menor de edad, ya que el acto en sí me convertía en cómplice de un delito. No había registro alguno de la intervención, no tenía ni idea del nombre de aquel doctor ni de la enfermera y, evidentemente, el padre de Claudia nunca reconocería su participación en el tema. Una vez más, estaba sola y totalmente desprotegida ante la violencia que la familia Vidal había ejercido sobre mi cuerpo y mi mente tantos años atrás. Sentada en aquella consulta, junto a mi marido,

retrocedí de nuevo a los diecisiete años. Toda la paz, la serenidad que había logrado alcanzar en mi nueva vida, se desvanecieron en un segundo, con aquella frase demoledora.

—No soy consciente de haberme sometido a dicha intervención —respondí—. Durante mi juventud fui víctima de abusos, y hay momentos traumáticos de mi vida que no soy capaz de recordar —continué, sincerándome a medias ante la doctora y mi marido quien, sin dejar de sostener mi mano, me escuchaba al borde de las lágrimas—. Yo...

No pude terminar la frase. Lo único que recuerdo después de aquel momento es una terrible opresión en el pecho, unida a la falta de aire. Desperté en una cama de hospital horas después, cuando lograron reanimarme. Después de eso, por lo que me contó Daniel, pasé casi una semana en estado catatónico, incapaz de hablar o reaccionar a estímulos. Yo no me acuerdo de nada. Él estaba destrozado, y terriblemente asustado. Cuando lograron estabilizarme y me dieron el alta volvimos a casa, pero yo ya no era la misma de antes. Amanda se desvanecía, y la Eva herida y aterrorizada comenzaba a resurgir de las profundidades de la cueva donde la había enterrado.

08

A mi regreso pasé largas horas en silencio, pensando, tendida sobre la cama. Miraba por la ventana, contemplando el paisaje que tanto amaba, tratando desesperadamente de recuperar la calidez y la serenidad que solía despertar en mí. Me asusté de verdad, porque no era capaz de sentir absolutamente nada. Ni tristeza, ni dolor, ni vacío. Nada.

Dan volvió al trabajo. Alguien tenía que ocuparse de la academia, pero a mí me costó varias semanas ponerme de nuevo en marcha y retomar algo así como "una vida normal". La idea de tener un hijo se había convertido en una gran ilusión, un proyecto vital, y darme cuenta de que hasta eso me habían arrebatado fue un golpe muy difícil de encajar. Cuando logré recomponerme un poco y aceptar que esa era la situación a la que me enfrentaba –tanto si me gustaba como si no–, decidí buscar el mejor médico para tratar de revertir el proceso de esterilización al que me habían sometido. Me puse en contacto con Hans y, gracias una vez más a sus contactos, conseguí cita con un especialista en Nueva York. No podría atenderme hasta un par de meses más tarde, pero al menos había conseguido que me hiciera un hueco en su agenda.

Poco a poco fui recobrando la esperanza. No todo estaba perdido. Pero poco podía imaginar yo, en aquel momento, que mi vida estaba a punto de volver a ponerse patas arriba.

Desde que se generalizó el uso de teléfonos móviles, y una vez que la cobertura de las compañías operadoras alcanzó Shelter Bay, decidí agenciarme un teléfono sencillo que mantenía oculto en un altillo del armario de mi dormitorio. Lo compré para contactar exclusivamente con mi tío Luis, y que él pudiera localizarme en caso de emergencia. Hasta aquel momento, cualquier comunicación con España la realizaba mediante el anónimo apartado de correos que tenía contratado en una discreta oficina de Anchorage, al que acudía una o dos veces al mes, y a donde mi tío solía dirigir sus cartas.

Un par de semanas después de mi regreso a casa consulté mi teléfono secreto, tal y como hacía cada mañana cuando Daniel se metía en la ducha o salía al jardín. Raramente recibía noticias, pero me había acostumbrado a mantener ese ritual, por si acaso. De cuando en cuando encontraba algún SMS de mi tío, aunque lo habitual era que fuera yo quien le llamara. Así se lo pedí expresamente. Lo cierto es que nuestra comunicación se había ido espaciando cada vez más, de manera natural. Aquella

mañana, me sobresalté al ver en la pantalla un mensaje que indicaba: "4 llamadas perdidas". Tenía que ser algo urgente. Mi tía Clara había fallecido un par de años atrás, así que esas tres palabras me hicieron temer lo peor. El número me era desconocido. Según apretaba el botón de rellamada advertí los latidos cada vez más fuertes de mi corazón, galopando por la anticipación y la incertidumbre. Tardé poco en confirmar mis peores sospechas. La persona al otro lado de la línea se identificó como el albacea nombrado por mi tío para contactar conmigo tras su fallecimiento. La noticia de su muerte me produjo un nudo en la garganta, aunque lo cierto es que la distancia —tanto geográfica como emocional— contribuyó a que el golpe no fuera tan duro. Estaba tan abstraída en la conversación que no escuché a Dan subir las escaleras y entrar en la habitación. Logré ocultar el móvil —un modelo distinto al que solía utilizar— camuflándolo con la manga de mi chaqueta, pero su sorpresa quedó patente al escucharme hablar en español, probablemente por primera vez en su vida. Di gracias mentalmente por el hecho de que mi marido no entendiera ni una palabra de mi idioma, y traté de atajar la charla lo más rápido posible.

—De acuerdo, muchas gracias por llamar. Si necesita algo, no dude el volver a ponerse en contacto conmigo —dije, intentando dar por zanjada la conversación.

—Espere, ¿no va a venir usted al entierro? Es mañana por la mañana —dijo el albacea, extrañado—. Es de vital importancia que esté usted aquí, hay varios asuntos legales que debemos tratar —continuó.

—Lo siento, me temo que va a ser imposible. Llámeme si necesita algo, pero renuncio a cualquier herencia o lo que sea que me haya dejado. No quiero nada, le pido por favor que lo gestione usted desde allí.

—Hmm... de acuerdo. Pero me temo que su tío tenía prevista una reacción así. Me pidió que le dijera tan solo una cosa.

—¿El qué?

—Que si usted renunciaba a su herencia, lo legaría todo a las religiosas de su antiguo colegio. Estamos hablando de un piso que, hoy por hoy, está valorado en una pequeña fortuna, amén de algunos terrenos y todo el dinero del que disponía a la hora de fallecer. También tenía algunas acciones, y...

—Maldito cabrón... —murmuré.

—Disculpe, ¿cómo dice?

Qué listo había sido. Sabía que yo no permitiría bajo ningún concepto que las

monjas que habían contribuido a arruinarme la adolescencia se quedaran con un solo euro de mi familia. No me quedaba más remedio que viajar a Madrid y ocuparme de todos los asuntos legales de mi tío. Él quería que todo lo suyo fuera para mí, y aquella era la única manera que tenía de asegurarse. Al fin y al cabo, había sido casi el padre que nunca tuve.

—Nada. Perdona. De acuerdo, saldré inmediatamente hacia allí. Mándeme un mensaje con los detalles del entierro. Nos vemos mañana.

Colgué el teléfono medio temblando y lo guardé en el bolsillo de mi chaqueta. La sola idea de coger un avión con destino a Madrid me había dejado el cuerpo cortado. Me senté sobre la cama tratando de asimilar lo que se me venía encima, al tiempo que trataba de improvisar una explicación creíble para Daniel, que me miraba expectante, curioso por saber con quién hablaba en mi perfecto español.

—Ha muerto un tío mío, el hermano de mi abuela. Es el último familiar directo que me quedaba. Apenas teníamos contacto —mentí—, pero me temo que debo viajar mañana a Chicago —mentí de nuevo— para ocuparme de algunos temas. Papeleo legal, básicamente.

—Vaya... lo siento mucho, amor. ¿Quieres que te acompañe?

Ni se me había pasado por la cabeza la idea de que Dan se ofreciera a venir conmigo. Noté las gotas de sudor bajar por la curva de mi espalda, mientras intentaba encontrar una excusa que no resultara demasiado inverosímil.

—No hace falta, mi vida. Además, el recital es dentro de una semana —recordé. Coincidiendo con la llegada de la primavera, todos los grupos de la escuela solían ofrecer un concierto en el salón de actos del Ayuntamiento de Shelter Bay. Comenzamos aquella tradición el año que abrí la academia, y con el paso del tiempo el acontecimiento se había convertido en un ritual anual que congregaba a todo el pueblo. Habíamos vendido todas las entradas. El dinero recaudado se donaba cada año a una ONG elegida por votación entre los alumnos. Por amistad con el Padre Harris —quien me vendió la cabaña—, también nos hacíamos cargo del festival de Navidad. Estos dos grandes acontecimientos nos tenían ocupados con ensayos la mayor parte del año. Al principio sentí cierta reticencia a involucrarme en el festival navideño, pero finalmente decidí acceder por amistad y respeto a Harris, quien se había portado conmigo como un auténtico ángel desde que llegué. Solíamos dar largos paseos por los bosques y charlábamos de todo, de lo divino y de lo humano. Él nunca trataba de convencerme de nada, y yo también evitaba incomodarle con mis dudas existenciales. Se convirtió, no en

un confesor, pero sí en una especie de guía espiritual para mí y, en cierto modo, me reconcilió con una percepción más humana de la religión. Había estudiado Teología y Filosofía, por lo que sus argumentos siempre me resultaban tremendamente enriquecedores. Algunos de sus consejos me servían y otros no. Me gustaba comprobar que mis opiniones también eran importantes para él, que le conectaban con la realidad, fuera de las estrictas normas de la Iglesia. Nuestras conversaciones giraban casi siempre en torno a la música y al amor. Los dos coincidíamos en una cosa: la religión debería ser tan solo eso: Amor. Un amor respetuoso en las distintas creencias y en la diversidad del ser humano. El sacerdote se convirtió en un buen amigo, un hombre al que admiro y respeto, aunque sea incapaz de compartir sus creencias en un ser místico e intangible. Pero ése es otro debate, me decía siempre él, concluyendo nuestras charlas entre risas.

—Si los niños no te tienen cerca en los ensayos va a ser un desastre —le dije a Dan—. Pídele al Padre Harris que te eche una mano estos días, seguro que lo hará encantado.

—De acuerdo, tienes razón. Bueno, deja al menos que te lleve al aeropuerto.

—No te preocupes —traté de disuadirle.

—Insisto. Ve reservando el billete y yo te ayudo a hacer el equipaje.

— De verdad, amor, no hace fal...

—No se hable más —zanjó Dan, besándome en los labios. Voy al trastero a por una maleta.

Me despedí de Daniel en el aeropuerto, convencida de que regresaría a Alaska, mi hogar, en apenas unas semanas. Tras asegurarse de que embarcaba con destino a Chicago, le dejé con una pequeña mueca de tristeza en el rostro, tratando de reprimir las lágrimas.

—Seré tonto... —dijo, besándome con ternura mientras me atraía hacia sí, rodeando con sus brazos mi cintura—. Si nos vamos a ver dentro de unos días...

—Espero que no se alargue mucho la cosa. No me gustaría perderme el festival —respondí—. ¿Te das cuenta de que es la primera vez que nos separamos en...?

—¡En trece años! —respondió, tan sorprendido como yo por el dato.

Nos besamos de nuevo. Un beso largo, para retener el calor de sus labios y recordarlo más tarde, por la noche, cuando cada uno estuviéramos en una parte del mundo. Me sentí culpable por no contarle que, según desembarcara en Chicago, tomaría otro avión que me dejaría en Madrid al amanecer del día siguiente. Había decidido no contarle nada. No quería que me relacionara con Madrid, ni que mi pasado le tocara. Ni que le rozara siquiera. Debía proteger mi nueva vida a toda costa, y si eso significaba fingir que me encontraba en Chicago por unos días, así sería. Cómo iba yo a imaginar, en aquel momento, que tardaría tanto tiempo en besarle de nuevo. Nunca, ni en la peor de mis pesadillas, habría podido anticipar que el regreso a la ciudad en la que crecí me tendría reservada una nueva vuelta de tuerca en mi relación con Claudia Vidal. Aunque, de alguna manera, la sombra de su nombre ya planeaba como un buitre sobre los recuerdos de mi último año en España.

Lo cierto es que la excusa del viaje a Chicago fue fundamental para dar credibilidad a mi historia y viajar de un continente a otro sin despertar sospechas. Volé de Anchorage a Chicago como Amanda Scott, y de allí a Madrid como Eva Acosta. Para las autoridades norteamericanas, Amanda Scott no había abandonado el país, y Eva Acosta—cuyo rastro se perdía en Suiza muchos años atrás—, no despertaba ninguna sospecha al aterrizar en España con su pasaporte español. Durante los vuelos apenas pude pegar ojo pero, en los escasos momentos en que el sueño me vencía, las pesadillas me devolvieron a un estado de desasosiego del que creí haber escapado años atrás. Cristales rotos, sangre y lágrimas se mezclaban con los gritos lejanos de un patio de colegio y el ambiente cargado de una fiesta repleta de humo y alcohol. Nunca he sentido tanto miedo como después de aquel aterrizaje perfecto en la pista del aeropuerto de Barajas.

09

Alquilar una moto para moverme por Madrid fue lo más parecido a estar en casa que encontré a mi regreso a España. A los pocos días, todo se complicó. El papeleo de la herencia parecía no tener fin, había muchos cabos que atar, acciones, más propiedades que vender de las que yo no sabía nada...

El inesperado encuentro con Claudia y su familia tuvo lugar aproximadamente una semana después del entierro. La vorágine de abogados, albaceas y trámites burocráticos estaba demorando mi regreso a Alaska más de lo previsto, y Daniel y yo lo llevábamos como podíamos. Le echaba tanto de menos que solía calcular la diferencia horaria para "acompañarle" mentalmente desde el otro lado del mundo. "Ahora estará desayunando", "ahora estará en la clase de piano con el pequeño David", me repetía mientras me desplazaba de un lado a otro de la ciudad. Pero el día que Claudia y su maldito hermano irrumpieron de nuevo en mi vida, todo se detuvo. Como si alguien hubiera pulsado el botón de pausa, seguido del de rebobinar hacia atrás. Perdí la conexión que me ataba a Daniel, a mi hogar, a Alaska, desde el momento en que decidí seguirla hasta su casa. Pasó más de un mes antes de que pudiera hacer una breve escapada a Shelter Bay. Para aquel entonces yo ya tenía a Adriana como cómplice, y todo un estudio de espionaje instalado en casa de mi tío. Me quedé un par de semanas con Daniel, pero mi mente estaba en Madrid. Tan pronto como pude, con la excusa de nuevos trámites que reclamaban mi presencia, viajé de nuevo a España. A mi regreso tuvo lugar la visita de Alicia, y mi nueva alianza con ella. Me quedé un mes más, tiempo durante el cual contraté a Mónica y continué dando forma a mi plan. Mi idea, ya por aquel entonces, era tratar de llevar a cabo mi venganza en el plazo de tiempo más breve posible, y continuar con mi vida junto a mi marido cuanto antes, con la satisfacción de haberle arrebatado a Claudia las cosas que más quería. Pero no lograba dar con un plan perfecto. Mis estancias en Madrid –Chicago, para Daniel– se fueron haciendo cada vez más largas, y las visitas a Shelter Bay cada vez más cortas. Dan comenzó a inquietarse. Tuve que inventarme que, por el momento, me había visto obligada a hacerme cargo de la gestión de un par de pequeñas empresas, propiedad de mi tío. Le dije que estaba en trámites de venderlas, pero que quería obrar con cuidado, ya que los puestos de trabajo de varias familias dependían de cómo se gestionaran las operaciones, y no quería que nadie se quedara en la calle por culpa de una mala operación o de falta de interés por mi parte. Me sentía como una auténtica mentirosa –lo era, en realidad–, pero aquella explicación pareció satisfacer a Dan, así que me atuve a ella y le rogué paciencia, al tiempo que le prometía estar haciendo todo lo posible por solucionar el tema.

La primera vez que seguí a Claudia a Nueva York, Mónica ya llevaba unos meses infiltrada en la agencia. Logré hacer coincidir el viaje con la visita al especialista que

podía ayudarnos con nuestros problemas de fertilidad así que, por sorpresa, le envié a Daniel un billete de avión para Nueva York. Aquella pequeña escapada nos dio un poco de oxígeno. Por un lado, la consulta nos dio grandes esperanzas. Había posibilidad de realizar una operación quirúrgica para revertir la ligadura de trompas y, tras un carísimo tratamiento de fertilidad de unos meses, podría intentar de nuevo quedarme embarazada.

Por otro lado, aquel fin de semana fue el que marcó el comienzo del *affair* entre Claudia y James. Daniel y yo estábamos cenando –celebrando las buenas noticias en un restaurante del Soho–, cuando Mónica me envió un mensaje al móvil. Se encontraban en un acto de entrega de premios y, por lo visto, mi cómplice había observado cómo ambos se escabullían de la fiesta y se metían en un taxi. Gracias al dispositivo que Adriana había instalado en el teléfono de Claudia pude obtener su localización exacta: el River Café, al otro lado del Puente de Brooklyn. Como si se me hubiera ocurrido de repente, le propuse a Daniel desplazarnos hasta allí a tomar una copa, alegando que siempre había querido conocer el famoso local. Sabía que Claudia no sería capaz de reconocerme. Nos sentamos en una mesa discreta y, al tiempo que disfrutaba de la velada con mi marido, tomé con mi móvil algunas fotos de la pareja, que flirteaba ya sin disimulo. Sin que Dan sospechara en ningún momento de mi actividad de espionaje, caminamos tras ellos por el puente. Mientras fingía fotografiar el *skyline* de Manhattan immortalicé sus primeros besos, a sabiendas de que aquellas imágenes podían ser material de oro para mis planes de venganza.

Pasé casi un año así, entre Madrid/Chicago y Alaska. La impaciencia y el intento de extorsión de Mónica fueron el detonante que me llevó a dar el paso que marcaría el pistoletazo de salida a toda la locura posterior.

Aún me produce escalofríos poner este pensamiento en palabras, pero lo cierto es que el día que asesiné a Mónica fue uno de los más excitantes de mi vida.

10

Lo tenía todo cuidadosamente planeado. Una vez más, hice coincidir el viaje con una consulta a nuestro médico, por lo que durante aquellos días Daniel estuvo conmigo prácticamente todo el tiempo. A pesar de tenerlo todo planificado al milímetro, siempre cabía la posibilidad de que algo saliera mal. El más mínimo detalle podría incriminarme, pero si mi coartada era sólida sería más difícil que me pillaran.

El vuelo Madrid/Nueva York, charlando por primera vez con Claudia fingiendo ser una completa desconocida, me infundió una gran confianza en la viabilidad del plan. Hice todo el teatro de poner "*Extraños en un tren*" en mi portátil y usarlo como coartada para engatusarla. Estaba tan metida en el papel que llegó un momento en que ya no sabía quién era. No era ni Eva, la niña atemorizada, ni Amanda, la forastera instalada en un pequeño pueblo de Alaska. Tampoco era Berta, un personaje inventado para la ocasión. Quizás era realmente yo. Aunque eso significara dejar salir a la luz la parte más animal de mi persona. Aquella que era capaz de matar, de hacer cualquier cosa con tal de obtener la justicia que se me había negado en el pasado. En eso me había convertido. En eso ME HABÍAN convertido.

Durante un par de días, no tuve conciencia ni moral. Solo un plan perfecto, y una voluntad férrea de no alejarme de él. Cuando miro hacia atrás y pienso en las cosas que he hecho desde entonces, llego a la conclusión de que aquella noche marcó un nuevo punto de inflexión en mi trayectoria. Una de esas decisiones que tomas y lo cambian todo. Para siempre. Sin posibilidad de redención. Quizás aquella fue la noche en la que perdí para siempre la capacidad de discernimiento entre el bien y el mal. Mi mente borró la línea que los separa. Aquella noche le arrebaté la vida a otro ser humano. Y todavía no he logrado arrepentirme de ello.

El vuelo de Daniel aterrizaba en el JFK una hora después del mío, así que le esperé tomando un café en el aeropuerto. Cuando llegó cogimos un taxi en dirección a vuestro hotel: El Plaza. Me había ocupado de reservar para nosotros una suite en el ala opuesta a donde se alojaba Mónica, de tal modo que nadie pudiera relacionarnos.

Mi cómplice –e inminente víctima– sabía que yo estaba en la ciudad, por supuesto. Había cumplido a la perfección con su papel durante todo el vuelo, asegurándose de que Claudia no pudiera conseguir un billete junto a ella en Business Class, y fingiendo como una auténtica estrella que no nos conocíamos de nada, al verme sentada a su lado en el

avión. Desde luego, la chica tenía madera de actriz.

Dan y yo nos instalamos. Pasamos un par de horas en nuestra habitación haciendo el amor, charlando, recuperando el tiempo perdido... Comimos algo rápido en el restaurante del hotel y nos dirigimos a la consulta del Dr Brown, que señaló una fecha para la cirugía reconstructiva, y nos explicó con detalle el tratamiento que deberíamos seguir a posteriori.

Todo aquel día transcurrió exactamente como lo había planeado, con la precisión de un reloj. Tras abandonar la consulta, decidimos dar un paseo por la High Line. Acabamos cenando temprano en un pequeño restaurante cerca del Chelsea Market, en la calle 18. Cuando terminamos de cenar, alegando cierto cansancio por el viaje y el ajetreo del doctor, convencí a Daniel para regresar al hotel y acostarnos temprano.

Dan se dio una ducha nada más llegar, momento que aproveché para sacar de mi neceser de viaje un botecito –menos de 100ml, tal y como dictan las normas de seguridad de los aviones–, que contenía un líquido transparente. Lo metí en mi bolso y lo dejé colgado de una silla, como habría hecho normalmente antes de dormir. Rápidamente, temiendo que mi marido saliese de la ducha y me pillara *in fraganti*, saqué un par de pequeñas botellas de champagne del minibar. Había cuatro en total, de unos 33ml cada una. Un detalle de exclusividad muy propio de un hotel tan lujoso. Descorché las dos botellas e introduje un par de pastillas para dormir en la de mi marido. Sin dudas ni remordimientos. Hice lo que tenía que hacer para poder llevar a cabo mi plan sin preocuparme de dejar ningún cabo suelto.

Serví el contenido de las botellas en sendas copas alargadas de cristal. Cada botellita equivalía más o menos a un par de copas. Acto seguido, me desnudé y me tumbé sobre la cama con una copa en cada mano, justo al tiempo que Daniel –también desnudo y aún medio mojado–, salía del cuarto de baño. Se detuvo y me lanzó una de sus sonrisas irresistibles. Sin cruzar palabra, le tendí la copa que contenía los narcóticos. Brindamos, bebimos, y se tumbó a mi lado en la cama. Temiendo que una sola copa no fuera suficiente, le rellené la suya de nuevo.

—Un día es un día —alegué, seductora.

Daniel se bebió el champagne de un trago y dejó la copa sobre la mesilla de noche, dispuesto a besarme de nuevo.

—Un segundo —le detuve, poniendo mi dedo índice sobre sus labios—. Voy un momento al baño.

Esperé dentro unos veinte minutos y, como era de esperar, cuando regresé a la

habitación Daniel dormía como un tronco. Esperé otros quince minutos a su lado por precaución, para asegurarme de que había entrado en un sueño profundo. Ya no se despertaría hasta la mañana siguiente, lo cual me proporcionaba la coartada perfecta en caso de necesitarla, y también toda la tranquilidad del mundo para abordar la tarea que tenía por delante.

Me vestí sigilosamente, cogí las otras dos botellas de champagne de la nevera, el bolso, y me metí de nuevo en el baño. Saqué del bolso una jeringuilla e inyecté el líquido transparente en una de las botellas, atravesando el corcho con la aguja. Hice una pequeña marca a la botella “infectada”, para no confundirme llegado el momento. Salí con cautela de la habitación, asegurándome de no cruzarme con nadie por el pasillo. Un *hacker* se había encargado –unos días atrás, para no levantar sospechas aquella noche en concreto– de destrozarse con un troyano el *software* que controlaba y almacenaba las grabaciones de seguridad del hotel. “Estamos vendidos a la tecnología” me dijo entre risas, cuando le entregué el sobre con la cantidad acordada. Me aseguró que tardarían unas cuantas semanas en resolver el problema.

Extremando las precauciones, decidí usar las escaleras en lugar del ascensor, a sabiendas de que nadie las utilizaría y reduciendo así las posibilidades de cruzarme con alguien. No vi ni un alma en todo el trayecto que separaba mi habitación de la suya, y cinco minutos después me encontraba frente a la habitación de Mónica. Ya no había marcha atrás.

Llamé a la puerta suavemente con los nudillos. Dos golpes, una pausa, y otros dos, la señal que habíamos acordado. Mónica abrió la puerta descalza, enfundada en uno de los mullidos albornoces cortesía del hotel.

—Hola —dijo, algo extrañada—. Creí que no debíamos encontrarnos más durante este viaje.

Con una sonrisa pícaro, saqué del bolso las dos botellitas de champagne.

—Deja que te invite a un trago. Tenemos mucho que celebrar —respondí, entrando en la habitación sin darle tiempo a reaccionar.

Puse mucho cuidado en no tocar prácticamente nada con las manos. Tan solo las dos botellas y las copas, que tenía la firme intención de volver a llevarme conmigo antes de marcharme. Ignoraba si el líquido que había inyectado en su bebida podía dejar algún trazo rastreable en ellas –a pesar de su color transparente–, así que preferí asegurarme eliminándolas de la escena del crimen. Reconozco que estaba perversamente ávida de

comprobar con mis propios ojos los efectos de aquella droga en otra persona. Por lo que había podido averiguar en internet —antes de adquirirla en un locutorio infecto de las calles traseras a la Gran Vía—, se trataba de la misma sustancia que, años atrás, Nacho y Pablo habían usado conmigo para anular mi voluntad y conseguir que, sumisamente, accediera a todas y cada una de sus peticiones, sin posibilidad ninguna de reaccionar u ofrecer resistencia. Desde que comencé a planear la manera de quitarme a Mónica de en medio, supe que aquella sería la fórmula más sencilla.

—Estaba a punto de darme un baño —dijo Mónica, cerrando la puerta tras de mí. El vestido negro que había llevado aquel día colgaba pulcramente sobre el respaldo del sillón principal de la suite. Sus medias y zapatos yacían en el suelo y pude comprobar, a través de la puerta entreabierta del armario, que toda su ropa estaba cuidadosamente colgada y ordenada por colores en su interior. La cama estaba algo deshecha. Debía haber estado descansando sobre ella antes de mi llegada.

—Unas horas más y nuestro acuerdo habrá terminado —dije, tratando de disfrazar mi visita con un halo de ritual de clausura. El fin (definitivo) de nuestra “relación comercial”—. Tengo que felicitarte Mónica, de todo corazón. Has cumplido tu papel como una auténtica profesional y, a pesar de nuestras pequeñas diferencias en el pasado, comprendo que ha llegado tu hora de abandonar la escena. No te preocupes, lo haremos de la forma más discreta posible. En unos días podrás reemprender tu vida, ¡y con un buen pellizco en tu cuenta corriente!

Ambas reímos. Mónica aceptó la copa que le ofrecía y, tras brindar, apuró su contenido con un par de largos sorbos.

—Este champagne es delicioso... No me canso nunca de él —dijo, tendiéndome la copa para que se la rellenara de nuevo.

Yo me mojé los labios con el líquido vertido de mi propia botella, teniendo mucho cuidado de no confundir las copas.

—Perdona si las últimas semanas me he mostrado un poco nerviosa. Tengo que darte las gracias por esta magnífica oportunidad. ¡Ha sido una experiencia increíble para mí! No creo que hubiera podido aprender tanto en una escuela de interpretación, ¡ha sido el papel de mi vida! Por no hablar de los viajes, los hoteles, la ropa...

—¿Cuáles son tus planes de futuro? —pregunté, haciendo tiempo para que la droga que acababa de ingerir llegara a su torrente sanguíneo. No tuve que esperar mucho. Al cabo de unos minutos de charla intrascendente, Mónica esbozó un cambio de semblante casi imperceptible. Una relajación en las comisuras de los labios, en los vértices de los ojos... Nada que se pudiera advertir a simple vista a no ser que, como yo, estuvieras

muy, muy atento. Continuó hablando, pero su cuerpo comenzó a delatar una cierta laxitud. Su discurso fue desvaneciéndose de manera gradual, muy lentamente, hasta que la voz la abandonó a mitad de una frase.

—¿Quieres sentarte un rato? —pregunté, tratando de comprobar si la droga, efectivamente, había comenzado a hacerle efecto. Se giró imperceptiblemente hacia mí, esbozó una sonrisa y se sentó sobre la cama. Se quedó allí mirándome, con una sonrisa bobalicona, momento que aproveché para sacar un par de guantes de látex del bolso y enfundármelos. Aquello no pareció sorprenderle. Sin dejar de sostener su mirada, recogí las botellas y las copas de champagne que había traído conmigo y las guardé en una bolsa transparente con cierre zip que había traído en el bolso. La expresión anodina no desapareció de su rostro, como si lo que acababa de hacer resultara lo más normal del mundo. Me senté entonces junto a ella.

—Mónica, vas a hacer una cosa por mí. Quiero que cojas esa caja de pastillas — señalé con la mirada la tableta de Orfidal que se encontraba en su mesilla de noche, junto a su cama. Obedeciendo sin rechistar, la tomó entre sus manos.

—Ahora saca tres o cuatro pastillas y trágatelas con el agua que tienes ahí.

Sin mediar palabra, Mónica sacó las pastillas del *blíster*, se las metió en la boca y las empujó hacia su estómago con un profundo trago del vaso que descansaba junto a ellas.

Una vez hecho esto, me miró de nuevo, con una expresión neutra en el rostro. Casi podía leer sus pensamientos: “¿Qué quiere esta?”. “¿Por qué me ha pedido que me tome las pastillas?”. Sin darle tiempo a reaccionar, proseguí con mi plan.

—Ven conmigo —ordené.

Mónica se puso en pie y, como una autómatas, me acompañó hasta el escritorio que, junto a un imponente ventanal con vistas de película a un Central Park casi desierto a aquellas horas, servía de soporte a su ordenador portátil, que estaba apagado y cerrado.

—Por favor, enciende el ordenador.

Lo hizo sin mediar palabra.

—Ahora, introduce tu usuario y contraseña y abre la aplicación del bloc de notas.

Yo observaba atentamente sus movimientos, poniendo el máximo cuidado en no

dejar ni el más mínimo rastro de mi estancia en la habitación. Extraje un papel de mi bolso y lo puse sobre la mesa, a la derecha del ordenador.

—Copia este texto.

Mónica tecleó diligentemente su “nota de suicidio” —previamente redactada por mí—, en la que exponía que la razón que la había llevado a acabar con todo era su imposible historia de amor con Alberto, bla, bla, bla... Era la jugada perfecta. La policía no tendría por qué dudar de su veracidad, especialmente cuando corroboraran que las únicas huellas sobre el teclado del ordenador eran las suyas. Alberto probablemente sufriría un gran *shock*, pero no era más que otra ficha prescindible del tablero, cuyos sentimientos me importaban menos que cero. Sabía que Mónica no tenía mucha familia ni una gran cantidad de amigos cercanos que pudieran ponerse pesados con la investigación. Pero a Claudia le iba a estallar la cabeza. La conmoción, las sospechas y la duda no la dejarían tranquila, y sus peores miedos se verían confirmados unos días después, cuando encontrara en un sobre —en su propia casa— mi carta y las fotos que confirmarían el asesinato y el monumental lío en el que acababa de meterse. Tan solo por charlar con una “desconocida” en un avión. Una loca, pensaría. Una psicópata.

Una vez terminó de escribir, recogí la nota de papel y la guardé de nuevo cuidadosamente en mi bolso.

—Quítate el albornoz y déjalo en el baño. Luego vuelve aquí.

Mónica hizo lo que le decía y regresó a mi lado, desnuda, en apenas unos segundos.

—Tumbate en la cama, por favor.

Lo hizo sin poner ninguna objeción. Entonces saqué de mi bolso el móvil que le había robado a Claudia en el avión. Fue muy sencillo sustraerlo. Aproveché un momento en que se levantó para ir al baño, lo silencié y lo escondí en un doble fondo oculto en mi pequeña mochila de viaje. Coser y cantar. Me pregunté si ya lo estaría echando de menos. Había cambiado todas sus contraseñas y acceso a la nube, por si acaso, y había introducido una nueva tarjeta SIM, previamente redireccionada a un punto muy lejano a Nueva York. Concretamente, a algún barrio superpoblado de Tokio. Pedí a Mónica que fingiera estar dormida, y tomé la primera foto que habría de enviarle a Claudia unos días más tarde.

—Ahora —le indiqué —quiero que te tiendas aquí, en el suelo.

Una vez la tuve allí, inmóvil sobre el suelo alfombrado, me dispuse a sacar la segunda fotografía. Tomando a Mónica por un brazo, me posicioné fingiendo arrastrar su

cuerpo inerte hacia el cuarto de baño. Mónica me observaba sin expresión alguna, con los ojos ya medio entornados por el efecto de los narcóticos. Comprendí que debía apresurarme si quería lograr que se metiera en la bañera por su propio pie. Con mi fuerza y mi menuda complexión física, me resultaría imposible meterla dentro por mis propios medios. Le ordené que se levantara y, antes de introducirse en la bañera —todavía vacía—, le pedí que extrajera ella misma la hoja de la cuchilla de afeitar que ofrecía el hotel como una “*ammenitie*” más. Una vez hecho esto, le pedí que se tumbara en la bañera.

—Así, muy bien —la fui guiando con voz cálida. Mónica reaccionó al cambio en mi tono de voz con una plácida sonrisa que ya no abandonó su rostro. Se fue dejando llevar por el efecto de las drogas y los somníferos hasta caer en un profundo sueño, y todo su cuerpo alcanzó un estado de serena languidez. Tan solo me quedaban un par de cosas por hacer. Saqué la tercera foto desde los pies de la bañera, ofreciendo un plano medio de Mónica, su sonrisa, su cabeza semirecostada hacia un lado. Tuve que hacer malabarismos para encajar en el plano el detalle de mi mano, enfundada en el guante de látex, abriendo el grifo de agua caliente. Cuando aquellas imágenes llegaran a manos de Claudia, quería que tuviera la absoluta certeza de que no se trataba de una muerte accidental. Aunque no le quedaría la menor duda tras leer la carta que pensaba adjuntar en el sobre anónimo, acompañando a las fotos.

La cuarta instantánea fue la más difícil de tomar, porque cuando rasgué las muñecas de Mónica con la hoja de afeitar, impregnada con sus huellas dactilares, supe que ya no había vuelta atrás. De las drogas, los narcóticos y la mezcla de alcohol podría haberse recuperado sin mayor problema que una estupenda jaqueca al día siguiente. Pero sabía lo que estaba haciendo. Iba a matarla. Iba a permitir que se desangrara poco a poco a lo largo de la noche. Lo hice rápido y sin pensar, como quien se arranca una tirita. Saqué la foto.

Por último, salí del baño. Tras echar un último vistazo y comprobar que no dejaba ningún cabo suelto, me dispuse a realizar la última fotografía. De repente, el zumbido del timbre de la habitación me sacó abruptamente del trance en el que me encontraba desde que había comenzado a ejecutar, meticulosamente y sin interrupciones, cada uno de los pasos de mi plan. El móvil resbaló de entre mis manos del susto, cayendo al suelo con gran estrépito. Me habrían oído, seguro. No serviría de nada fingir que no había nadie en la suite.

—¿Quién es? —grité, sin moverme ni un milímetro del sitio.

—Servicio de habitaciones. La cena que ha pedido —contestó una joven voz femenina al otro lado de la puerta.

—Hmm... —tenía que improvisar algo, rápido—. Por favor, déjelo ahí fuera, si es

tan amable... Me disponía a darme un baño, disculpe que no le abra la puerta en estos momentos.

—De acuerdo señora, no hay ningún problema. Buenas noches —se despidió educadamente la voz, probablemente más que acostumbrada a los caprichos y extravagancias de los huéspedes del hotel.

Me acerqué sigilosamente a la puerta y contemplé por la mirilla cómo la camarera se alejaba por el pasillo, desapareciendo de mi campo de visión al girar a la derecha, camino del ascensor de servicio.

El corazón me latía a toda velocidad. Descansé un par de minutos para recomponerme y, tras verificar de nuevo que todo quedaba dispuesto conforme a lo planificado, hice la última foto del macabro reportaje. Quería tomarla desde fuera del baño, asegurándome de cubrir un plano general completo de la bañera, el cuerpo de Mónica y el agua teñida por la sangre. Aguardé unos instantes —hasta que el líquido llegó hasta el borde— y saqué la foto. Acto seguido cerré el grifo. No quería que una gotera en la suite del piso de abajo alertara antes de tiempo de lo que se cocía en ese cuarto de baño. Tenía que ser ella, Claudia, la que lo descubriera al día siguiente. Acababa de filmar el primer fotograma de la pesadilla en la que iba a convertir su vida, y una oleada de excitación me recorrió el estómago hasta dejarme casi sin respiración.

Tras echar un último vistazo, abandoné la habitación extremando las precauciones al límite. Por suerte, a esas horas de la noche los pasillos del hotel estaban desiertos. Regresé junto a mi marido, que dormía plácidamente en su lado de la cama, tumbado sobre el costado derecho, como siempre, con el cuerpo girado hacia la ventana. La cortina no estaba corrida, y las luces de Manhattan se colaban a través de la gran cristalera. Sigilosamente, dejé el bolso con todas las pruebas del delito colgado junto a la puerta, me desnudé y me tumbé junto a Daniel. Abrazada a su espalda, presioné mi pecho contra él. Estaba profundamente dormido. Confié en no haberme excedido con la cantidad de somníferos que le había administrado. Al sentir mi cuerpo, ronroneó suavemente y posó su mano izquierda en mi cadera, sumiéndose de nuevo en un sueño apacible. Abandonándome al bajón tras el estrés de la noche, fui acompasando mi respiración a la suya, sosegada y serena, y no tardé más de diez minutos en caer rendida.

A la mañana siguiente nos levantamos temprano. Hicimos el equipaje y nos marchamos del hotel antes de que Claudia y toda la *troupe* hicieran su aparición y descubrieran el cuerpo sin vida de Mónica. Reconozco que mi parte más morbosa habría deseado con todas sus fuerzas ver su cara por un agujerito, pero no podía arriesgarme ni un milímetro. Daniel y yo pusimos rumbo a casa. Después de aquel golpe de efecto, había decidido pasar al menos un par de meses lejos de Madrid. La primera mañana, cuando Dan salió a correr –como solía hacer cada día– me apresuré a imprimir las fotos y la carta en mi despacho. Lo metí todo en un sobre en que tan solo escribí el nombre: CLAUDIA. Sin remitente, por supuesto. Metí ese sobre en otro más grande y cogí el coche justo cuando Daniel volvía de su jogging matutino.

—¿Dónde vas? —preguntó sudoroso y jadeante, tratando de recuperar el aliento tras el esfuerzo físico.

—Voy a comprar un par de cosas al pueblo, no tardo.

Le di un beso a través de la ventanilla y emprendí el rumbo hacia la pequeña oficina de mensajería de Oak Street, desde donde envié la carta certificada con carácter de urgencia. Debido a la localización tan remota del pueblo, los vecinos se dieron cuenta de que el servicio postal nacional a menudo no cubría las necesidades más urgentes del día a día, por lo que la llegada de la empresa de mensajería fue recibida con gran júbilo entre los habitantes de Shelter Bay. La carta –a nombre de Adriana– llegaría en dos días, antes de que Claudia tuviera tiempo de volver a Madrid, con todo el ajetreo del traslado del cadáver. En ella le daba instrucciones a mi cómplice de deshacerse del sobre exterior y dejar el sobre sin remitente junto al resto de cartas y correo de Claudia, para que lo viera a su regreso. Si le preguntaba, ella no sabía nada. Debía mantener que la había encontrado así, tal cual, en el buzón de la casa. Si surgía cualquier imprevisto, debía enviarme un email a una dirección que solo compartíamos ella y yo.

Conforme a lo previsto, al cabo de un par de días recibí un correo electrónico de Adriana confirmándome que había recibido el sobre y había procedido con lo acordado. Claudia había anunciado que su regreso se demoraría aún unos días. Había oído lo de la muerte de Mónica, pero Adriana no podía sospechar ni por lo más remoto que aquella carta o yo misma tuviéramos nada que ver en el asunto. Supongo que la mujer intuía que mi plan consistiría en chantajearla con dinero o algo así, pero no creo que llegara nunca a pensar que fuera capaz de meterme en algo tan gordo como una extorsión con un asesinato de por medio. Su ayuda era muy valiosa para mí. Cuanto menos supiera, mejor.

Pasé casi seis meses en Alaska, fingiendo compaginar mis obligaciones de negocios vía Skype o email, sin dejar de observar en remoto todo lo que acontecía en la vida de Claudia. Sabía que había leído la carta, Adriana me contó que había preguntado por la persona que había dejado el sobre en su casa durante su ausencia. Debía estar volviéndose loca tras ver las fotos y leer mi carta. Me divertía mucho que aún no supiera quién era yo realmente. Para ella, se trataba simplemente de una chiflada a la que conoció en un avión. Una tal “Berta”. Me la podía imaginar tratando de buscar cualquier información sobre mí en Google, sin encontrar ni rastro de mi falsa identidad.

Tal y como me prometió la última vez que nos vimos, Alicia se tomó muy en serio el tema de la venganza. Estaba completamente decidida (obsesionada, incluso) a que Pablo y Nacho pagaran muy caro lo que me habían hecho, y comenzó a investigarles en secreto, utilizando todas las herramientas de las que pudo echar mano gracias a su trabajo como policía. Tardó poco en averiguar los detalles más escabrosos de sus vidas como ejecutivos de pacotilla, entre los que se encontraban su afición a las drogas y sus frecuentes escapadas a un burdel de lujo de la capital. Ella sola, sin compartir conmigo los pormenores de su plan hasta unos días antes del final, se encargó de organizar la que habría de ser su orgía final.

Unos meses más tarde, Adriana me escribió contándome los detalles del viaje que la familia tenía pensado realizar a Hawai. Una vez tuve todos los datos –número de vuelo, hotel, fechas, etc–, me despedí de Daniel alegando algún asunto que requería mi presencia en Chicago. Volé una vez más hasta mi ciudad “comodín” (en la que, curiosamente, aún no había puesto un pie), para proseguir el viaje rumbo a Hawai. Mi marido y yo acordamos reencontrarnos en Nueva York una semana después para someterme a la cirugía ginecológica que teníamos programada desde hacía ya varios meses.

Llegué al lujoso *resort* un día antes que Claudia y su familia. Me instalé en una habitación discreta, ni de lejos tan ostentosa como la exclusiva villa en la que se alojarían ellos, y me dediqué a estudiar discretamente cada recoveco del hotel. Había llegado el momento de poner las cartas sobre la mesa. Continuar con la mascarada de la extraña del avión ya no tenía ningún sentido. Quería que Claudia supiera quién, cómo y por qué había decidido reducir su vida a cenizas, para cobrarse una venganza con intereses acumulados tras todos aquellos años de pérdida, angustia y sufrimiento. Lo admito: disfruté como una niña al contemplar su rostro desencajado, cuando me reconoció al fin en el *jacuzzi*. Por lo visto, existen cuatro químicos naturales en nuestros cuerpos que suelen ser definidos como el “cuarteto de la felicidad”: la endorfina,

serotonina, dopamina y oxitocina. Un cóctel brutal de las cuatro drogas me provocó en aquel instante un subidón tan intenso que supe que quería más. Quería verla hundida, destrozada. Arrebatarle todo lo que más quisiera en la vida se había convertido en mi único objetivo. Eclipsaba todo lo demás. Mi vida en Alaska, mi relación con Dan, incluso mis anhelos de maternidad. Todo palidecía a la luz de aquella poderosa motivación. Acabar por completo con Claudia y volver a sentir el chute final de satisfacción era ya lo único en lo que podía pensar al cabo del día, desde que me levantaba hasta que me acostaba.

Así que allí, en una pequeña isla desierta, vomité al fin todos los fantasmas del pasado ante una Claudia completamente sobrepasada por los acontecimientos. Pidió perdón, se sinceró, reconoció todo el mal causado, y se horrorizó ante las barbaridades infligidas en mí por su hermano y, posteriormente, su padre. Las horas que pasé allí, junto a ella, palpando su pánico, fueron las que terminaron por convertirme en la persona que soy ahora. Lo confieso, ni yo misma me reconozco. Disfruté hasta el último segundo de angustia que generé en ella y, lejos de dar mi plan por zanjado, le hice saber que aquello no había hecho más que empezar.

En perfecta armonía y sincronización, Alicia –a más de doce mil kilómetros de allí–, ejecutó su parte del plan. La noticia de la “muerte accidental” de Pablo llegó justo a tiempo de poder presenciar su colapso total en la playa. Todo estaba saliendo tan bien que me marché del hotel con la sensación de triunfo de una atleta olímpica tras recibir una medalla de oro.

Me reuní con Dan en Nueva York al día siguiente. La cirugía reconstructiva tendría lugar aquella misma semana en un prestigioso hospital del centro de la ciudad. Si bien los doctores no podían garantizarnos un 100% de éxito, las posibilidades de concebir un hijo de forma natural aumentarían considerablemente tras la intervención. En menos de una semana estábamos de vuelta en Alaska. Mientras, Adriana y Alicia –cada una por su lado, cada una con su cuota de información–, me mantenían al tanto de los acontecimientos que tenían lugar en Madrid. Supe que el padre de Claudia falleció poco después, que su madre se encontraba en un estado cada vez más avanzado de Alzheimer, y que su hermana Paula se la había llevado a vivir con ella. Me podía la ansiedad por estar allí, en el centro de la acción, así que no tardé en viajar de nuevo a España con una excusa de trabajo. La visita que Alicia y yo realizamos a Claudia en su casa fue memorable. Le bastaron cinco minutos para dar de baja el sistema de seguridad personal que había contratado para amedrentarme. Descubrir que no estaba sola en mi cometido, sino que ahora una nueva amenaza en forma de Policía Nacional se cernía sobre ella, debió causarle un impacto importante. Máxime cuando le dejamos “entrever” que la muerte de su hermano no había tenido nada de “accidental”. Supongo que, en algún momento, lo lógico por mi parte habría sido sentir miedo. Pensar que podría jugármela,

que de algún modo Claudia podría encontrar la manera de destapar la extorsión y hacerme vulnerable de nuevo. Pero lo tenía todo tan bien atado, y ella estaba tan acojonada ante la idea de ir a la cárcel por el asesinato de Mónica, que creo que su cerebro entró en estado de hibernación por un tiempo. El mío, por el contrario, funcionaba como nunca, a pleno rendimiento.

Regresé de nuevo a casa. Daniel cada vez se mostraba más impaciente con el tema de mis viajes.

—¿Cuándo acabará todo esto, Amanda? —me preguntó aquella noche.

—Ya te dije que es complicado. Hay personas que dependen de mí. Hay muchas decisiones que tomar. Compromisos firmados con anterioridad que hay que respetar, y pueden pasar meses antes de que pueda desvincularme del todo. Tienes que tener un poco de paciencia —le rogué.

Resignado, Daniel asintió.

—Perdona. Ya sé que haces lo que crees mejor. Es solo que te echo de menos...

—Y yo a ti, mi amor... No te preocupes. Dentro de poco todo volverá a ser como antes. Te lo prometo.

Moraleja: No prometas cosas que no puedas cumplir.

12

Alicia me llamó una noche desde Madrid. En Shelter Bay era de día. Por fortuna, me pilló a bordo del transbordador que me llevaba hacia Anchorage, donde me disponía a hacer algunas compras. Daniel se había quedado aquella mañana al frente de la academia.

—No te lo vas a creer —susurró—. Tengo a Claudia aquí, en comisaría. Detenida. Se le ha ido la pinza, ha amenazado a la niña con un cuchillo.

—Seguramente Jorge le ha enseñado ya las fotos que le mandé... Se ha descubierto el *affair* con James —le expliqué.

—No he hecho preguntas. Solo sé que esta mujer está completamente desquiciada. El marido no ha querido presentar cargos de momento, pero está claro que la relación entre ellos está tocada y hundida. ¿Qué quieres que haga con ella?

—Déjame a mí. Voy a vaciarle la cuenta corriente. Dile que todo ha sido “donado” a una ONG. Sin dinero, sin poder acercarse a su hija, me imagino que se marchará a vivir con su hermana. Voy a ver si se ha grabado algo de lo de la niña, tengo muchas cámaras en la casa. Si hay algo “potable”, sus colegas van a recibir en breve un vídeo que les va a poner los pelos de punta. Adiós también a la agencia —sonreí, anticipando todo lo que se le venía encima—. Gracias por todo, Alicia. En unos días estoy por allí.

—De nada. Voy a dejarla un par de horas más en la celda. Por la mañana la suelto.

Las dos reímos y colgamos. Una nueva batalla ganada. Estaba temblando, desbordada por la emoción. Aquella misión se había convertido en una auténtica droga. Cuanto más destrozada veía a Claudia, más subidón de adrenalina.

Traté de serenarme asomándome a la barandilla del ferry. Cerré los ojos, dejando que el viento frío de primavera me acariciara el rostro. La parte final de mi venganza se aproximaba. La más delicada. No tenía ni idea de cómo iba a hacer para seducir a Jorge y casarme con él sin que Daniel se enterara. Pero ya tenía decidido que ése sería el golpe de gracia final. Ya no había obstáculos lo suficientemente altos para mí. Todo formaba parte del mismo gran reto. Encontraría el modo.

—¿Cómo que ha desaparecido? —preguntó el Jefe de Policía, inquieto por el cariz que estaban tomando los acontecimientos.

—Ayer discutimos. Intenté hacerla entrar en razón, convencerla para que grabe el dichoso vídeo retractándose. Pero se negó en redondo y se encerró en su despacho. No ha salido en toda la noche de allí. Por la mañana me fui a la academia, tenía que resolver unos asuntos, y al volver a casa hace una hora he visto que se había llevado una mochila y algo de ropa. Ha debido salir precipitadamente, estaba todo desordenado.

—¡Enviad una orden de detención a todos los aeropuertos y estaciones de tren! —ordenó el jefe a su ayudante, sin perder ni un minuto en debatir con el marido.

—Por favor Jefe... ¿qué es lo que está pasando...? Esto no es propio de Amanda... Y mi niño... nuestro hijo...

Daniel se derrumbó, dejando brotar las lágrimas que había sido incapaz de verter durante los últimos días. Quería mantenerse fuerte frente a su esposa, pero la tensión era ya demasiada. ¿Quién era aquella mujer cuya foto había mostrado tan segura a la cámara? ¿Y por qué diablos se había llevado a su pequeño?

—Daniel, necesito hablar con usted, y me alegro de que su mujer no esté ahora aquí, porque tengo la impresión de que nos oculta algo. Tras la llamada telefónica no cabe duda de que Amanda decía la verdad. La secuestradora no desmintió en ningún momento su identidad, únicamente ha pedido una disculpa pública para alejar a los sicarios de su entorno. Pero necesitamos más información, tiene que contarnos todo lo que sepa sobre Claudia Vidal ¿La conoce personalmente? ¿Qué relación tienen ustedes con ella?

—Le juro que la primera vez que escuché el nombre de Claudia Vidal fue a raíz de la información que publicaron los medios de comunicación. Yo a esa mujer no la he visto en mi vida. Amanda no me ha hablado jamás de ella. Solo puedo decirle que hay cosas de su pasado que no ha querido contarme. Sé que sufrió algún tipo de abusos en su adolescencia, pero siempre ha sido muy reticente a hablar de ello. Su madre era española, puede que pasara temporadas allí, no sé... No habla mucho de su infancia y, además, no tenía ni idea de que conociera a gente fuera de Chicago. Si le digo la verdad, últimamente tengo la impresión de que no la conozco en absoluto.

El Jefe Clarkson hizo una larga pausa, meditando sobre la información que acababa de recibir. Acto seguido, descolgó el teléfono.

—Bob, da la orden de que la identifiquen por la fotografía, aunque puede que haya cambiado su aspecto, su pelo, que lleve gafas... Creo que será inútil rastrear el nombre de Amanda Scott. Es posible que viaje con otra identidad.

—¿Otra identidad? —preguntó Daniel, sin dar crédito a lo que estaba escuchando.

—Centraos en los vuelos directos o con escala a Madrid —prosiguió el Jefe Clarkson—. Aeropuertos de Anchorage, Juneau o Fairbanks.

—¿Cree usted que es allí donde está Samuel, en Madrid? —preguntó Dan, una vez el policía colgó el teléfono.

—Allí es donde insiste Amanda que tienen retenido a su hijo, pero creemos que es poco probable que la secuestradora siga en la ciudad. Nuestra hipótesis es que, después de los vídeos, es posible incluso que haya huido del país. ¿De verdad que su esposa no le ha contado nada?

Daniel negó con la cabeza una vez más, entre abatido y avergonzado por no poder aportar nada a la investigación.

—Tenemos que adelantarnos a ella antes de que haga cualquier tontería —dijo el policía, antes de abandonar apresuradamente su despacho.

LA PROMESA DE UN FINAL

“Si la muerte era ese negro vacío del que acababa de despertarse, entonces no había nada de lo que preocuparse. Nunca notaría la diferencia”.

Stieg Larsson. *La reina en el palacio de las corrientes de aire.*

01

Claudia dio a luz al pequeño Jorge la mañana del 24 de diciembre. Aquella casualidad amortiguó en parte la tristeza de pasar sus primeras Navidades lejos de su ex marido y de Laura. Contra todo pronóstico, fue una de las noches más cálidas y hermosas de su vida, en el hospital, sintiendo piel con piel a su hijo recién nacido. Su hermana Paula estuvo junto a ella todo el tiempo. Sostuvo su mano durante el parto, la acompañó en las respiraciones, cortó el cordón umbilical y vivió aquel nacimiento con la misma intensidad que si hubiera sido su propio hijo. Se diría que había disfrutado del embarazo casi más que la propia Claudia. Secretamente, todas las noches rezaba para que Claudia y el pequeño Jorge –no hubo forma de convencerla para ponerle otro nombre– se quedaran en su casa, con ella, para siempre. Así podría imaginar que el niño, más que su sobrino, era también un poco hijo suyo. Que ella era un poco también su madre. A juzgar por el rumbo que iban tomando los acontecimientos, lo cierto es que el sueño de Paula tenía todos los visos de convertirse en realidad.

Jorge y Eva se casaron la mañana del 31 de diciembre y celebraron en su casa una fiesta de boda/Nochevieja para amigos y familiares que logró que Jorge recuperara temporalmente la alegría. Al mismo tiempo, supuso la excusa perfecta para emborracharse una noche más sin sentir sobre él las miradas de reproche de su hija, de su nueva esposa, e incluso de Adriana. Cuando Eva se percató –alrededor de las tres de la madrugada– de que su recién estrenado marido apenas lograba mantenerse en pie, le acostó en el dormitorio con la ayuda de Adriana y bajó de nuevo al salón para seguir disfrutando de la música y el baile con su nuevo círculo de amistades madrileñas. Hasta eso le había arrebatado a Claudia. Muchos de ellos, que comenzaban a tomar confianza con Eva, se aventuraron aquella noche a comentar el escabroso episodio de la ex mujer, el del día que amenazó a la pequeña Laura con el cuchillo. El vídeo había corrido como la pólvora, de mail en mail, de móvil a móvil... El consenso general parecía ser que Jorge había ganado mucho con el cambio. Eva caía bien a todo el mundo. Su carácter abierto y afable no tenía nada que ver con la elegante pero siempre distante actitud de Claudia. Mientras Eva bailaba y cantaba al son de la música, no obstante, su mente estaba a miles de kilómetros de allí. Con los ojos cerrados, imaginaba que la fiesta tenía lugar en el salón de su casa, en Alaska, y que las personas que le rodeaban eran su verdadero amor, Daniel, y sus amigos de Shelter Bay. El precio que estaba teniendo que pagar por atizar la estocada final a la vida de ensueño de Claudia había sido alto, pero se consoló pensando en lo mucho que debía estar sufriendo ella en aquel preciso momento. La imaginó sola, llorando, tratando de amamantar a un bebé sin padre, en mitad de la noche. Cómo debía estar echando de menos a su pequeña Laura, que en aquel

preciso instante bailaba animadamente con Adriana, con un sombrero de papel en la cabeza y un matasuegras en la boca. Pero, sobre todo, disfrutó imaginando el terrible dolor de saber que su ex marido, el amor de su vida, estaba rehaciendo su vida y recuperando la ilusión al lado de su peor enemiga. Sintió un escalofrío de satisfacción, y apuró de un trago su enésima copa de cava.

No fue fácil justificar ante Daniel el hecho de pasar las vacaciones de Navidad fuera de casa. Llevar una doble vida no resultaba nada sencillo de cara a ninguno de sus dos maridos, pero se las ingeniaba lo mejor que podía. Ambos estaban convencidos de que Eva/Amanda tenía negocios que atender fuera del país, y así sus intermitentes ausencias quedaban más o menos exculpidas.

Fue pasando el tiempo, al principio veloz, casi sin tiempo para pensar. Pero con el transcurso de los días, las semanas, los meses, a Eva le fue invadiendo una sensación inquietante. Todo se estaba asentando. Tras el inmenso subidón que le había supuesto destrozar por completo la felicidad de Claudia, se dio cuenta de que las vidas de todos se iban acomodando a sus nuevas rutinas. El dolor, hasta el más intenso, se va desvaneciendo paulatinamente. La resiliencia, esa capacidad que tienen los seres humanos para adaptarse a la adversidad y volver a levantarse, era un factor con el que Eva no había contado. A escondidas de Jorge, Adriana facilitaba encuentros furtivos de Laura con su nuevo hermanito y con su madre. Al mismo tiempo, la niña comenzó a establecer una tierna relación con su madrastra. Eva tampoco pudo prever, mientras tramaba los sórdidos detalles de su plan de venganza, que ella misma llegaría a encariñarse tanto con la hija de la mujer que más odiaba en el mundo. A la búsqueda del amor maternal que a Laura se le había escabullido de entre las manos desde pequeña se unió el intenso deseo de maternidad de Eva. Aquello se fue convirtiendo, sin haberlo planeado, en un cóctel difícil de manejar para Eva, cuya intención inicial siempre fue romper aquella farsa matrimonial pasado un (breve) tiempo prudencial.

Su relación con Jorge era, cuanto menos, complicada. A ella no le costaba fingir en los momentos de intimidad. Era un hombre atractivo, al fin y al cabo. No le importaba tener sexo con él, no sentía mayor remordimiento que por el resto de engaños y mentiras que debía ocultar a Daniel. Pero echaba de menos cada vez más su vida en Alaska, y a su marido. No pasaba más de dos o tres semanas en Madrid antes de escaparse de nuevo a casa, a Shelter Bay. Y, cuando estaba allí, comenzó a darse cuenta de que echaba terriblemente de menos a Laura. No era justo lo que estaba haciendo con la niña. Los remordimientos comenzaron a pasarle factura y, sin embargo, no se decidía a ponerle fin

a aquel teatro.

La situación se prolongó durante algo más de dos años. En ese tiempo, la tensión generada por los supuestos viajes de negocios, las mentiras y la sensación de alerta permanente en la que debía mantenerse para no delatarse, arrastraron a Eva a un estado de ansiedad generalizado que fue destrozando progresivamente la aparente estabilidad de Jorge. Éste acusó cómo su nueva esposa se mostraba cada vez más fría, más distante con él. Dada la traumática experiencia de su anterior matrimonio, Jorge comenzó a obsesionarse con la posibilidad de que Eva también le estuviera siendo infiel. En los últimos meses habían dejado de hacer el amor, de besarse, de buscarse... A ninguno de los dos les apetecía, y le mosqueaba reparar en que Eva regresara extrañamente feliz de cada uno de sus "viajes de trabajo". Pero, lejos de tratar de confrontarla directamente —o tal vez espiar su móvil y sus movimientos para averiguar si sus sospechas eran o no infundadas—, el arquitecto cayó en una decadente espiral de auto destrucción. Incapaz de enfrentarse al fracaso de su relación, se abandonó por completo a la bebida, su único refugio en los últimos años.

A Eva, por su parte, cada vez se le hacían más insoportables las despedidas de Daniel, y más cuesta arriba las continuas borracheras y desagradables discusiones con Jorge. Ni siquiera el cariño hacia Laura compensaba ya continuar con aquel teatro. Una cosa era llevar hasta el final su plan de destruir la felicidad de Claudia, y otra muy distinta arruinar la suya propia.

La gota que colmó el vaso llegó una mañana a finales de enero, tras haber logrado engañar a Jorge y pasar las fiestas navideñas en Alaska, con Daniel. Aquello había enfurecido sobremanera a Jorge, que había amenazado con echarla de casa si continuaba poniendo su trabajo por delante de su familia. Eva contestó altiva, por puro orgullo, que le haría la vida imposible si trataba de deshacerse de ella. Laura había cumplido ya catorce años, no era una niña, y la insufrible hostilidad que se respiraba en su hogar le había llevado a estrechar los lazos con Claudia, a la que continuaba visitando a espaldas de su padre. Aquella mañana de enero, Eva se despertó con una extraña sensación de debilidad en el cuerpo. Al levantarse de la cama se dirigió al baño, como hacía cada día, pero esta vez el olor del café proveniente del piso de abajo le revolvió el estómago hasta el punto de hacerle vomitar sobre el lavabo. Las náuseas fueron tan repentinas e intensas que no tuvo tiempo siquiera de levantar la taza del váter. Cuando logró reponerse, un pensamiento fugaz le dibujó una inmensa sonrisa en el rostro. ¿Sería posible? Corrió a sacar un test de embarazo que guardaba oculto hacía meses y se hizo la prueba. Menos de dos minutos después, el resultado positivo confirmó sus sospechas. Estaba embarazada, y sabía que el padre solo podía ser Daniel. Jorge y ella llevaban muchos meses sin acostarse. Por contra, durante su reciente escapada a Shelter Bay Dan y ella habían follado como conejos, a pesar de que ya habían abandonado casi por

completo la fe en los pesados tratamientos de fertilidad que habían seguido durante los últimos años, tras la operación. Eva permaneció largo rato sentada allí, en el baño, con la prueba de embarazo en la mano. Aquel fue el momento decisivo. Tuvo la certeza de que su plan de venganza, aquí y ahora, debía llegar a su fin. Había llegado el momento de hacer borrón y cuenta nueva y despedirse para siempre de aquella pesadilla, de Claudia, y de su absurda vida en Madrid.

02

La sorpresa de Claudia, al abrir la puerta de su casa, fue mayúscula. El pequeño Jorge, de dos años, corrió también hacia el descansillo y preguntó con su lengua de trapo:

—¿Quién es, mami?

Al contemplar la imagen de Eva en el rellano, con un ojo morado, el labio partido y aspecto lloroso y demacrado, el niño se echó a llorar y corrió de vuelta hacia el interior del piso. Reapareció a los pocos segundos en brazos de su tía Paula, quien, al verla, se detuvo en seco detrás de su hermana, sin reaccionar.

—¿Puedo pasar? —preguntó Eva.

Claudia la escrutó de arriba a abajo. Tras una larga pausa, se hizo un lado para permitirle el paso, y cerró la puerta con cuidado una vez Eva hubo atravesado el umbral.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —preguntó Claudia, con la voz temblorosa.

—Sé que Adriana viene a verte a menudo con Laura. Tranquila, no se lo he contado a Jorge. ¿Está tu marido en casa? —preguntó, dirigiéndose a Paula.

Esta dudó un segundo antes de contestar.

—No. Está trabajando.

Eva emitió un profundo suspiro.

—Necesito hablar con Claudia. A solas.

Paula abrazó con fuerza al pequeño, que seguía aferrado a sus brazos. Miró a su hermana, en busca de una señal. Claudia asintió con la cabeza.

—Jorge, vamos a ponernos el abrigo. Bajamos un rato al parque —dijo Paula. Tras abrigar al niño y coger las llaves de casa, se dispusieron a dejarlas a solas—. Media hora —concedió Paula, intranquila, antes de salir.

Una vez se hubieron marchado, Claudia invitó a Eva con un gesto a sentarse en una silla junto a la mesa del comedor. Un segundo más tarde ella hizo lo propio, distanciándose algo más de un metro de su antigua compañera de colegio.

—¿Qué te ha pasado?

La curiosidad fue más fuerte, Claudia no pudo evitar querer saber a qué se debía el lamentable aspecto de Eva.

—Jorge me ha dado una paliza.

Claudia permaneció inmóvil, tratando de dilucidar si aquella acusación era verdadera o falsa. Podía esperar cualquier cosa de esa mujer.

—Si no me crees, pregúntaselo tú misma. O pregúntale a Laura si su padre se pasa todo el día borracho. Si le ha visto gritarme, o agredirme físicamente alguna vez. Se lo puedes preguntar también a Adriana —dijo Eva.

Aunque Claudia no tenía posibilidad de confirmar dicha información en aquel momento, intuía que lo que le contaba Eva era cierto. Hacía mucho tiempo que Jorge había dejado de ser el hombre atento y delicado del que se enamoró. Los últimos años de su matrimonio habían sido tormentosos, un agitado vaivén sentimental, y Jorge solo había sido capaz de enfrentarse a su mujer buscando valor en el alcohol. Al principio, le bastaba tomar una copa de vino antes de que Claudia volviera del trabajo para que todo adoptara un aire despreocupado y ligero en su cabeza. No llegaba a emborracharse, tan solo a alcanzar ese punto simpático donde era fácil aligerar el ambiente con una broma, y provocar la sonrisa de su ex mujer y de su hija. Día tras día, la tensión en su hogar se fue haciendo tan invivible que una copa se convirtió en un par, y esas dos fueron sustituidas por algo más fuerte, como un gin-tonic, al principio, o uno (o dos) whiskys solos con hielo, conforme pasaban los meses y la situación se hacía cada vez más insoportable. Después, cada vez fue necesitando una dosis más grande. Así que se tomaba una copa después de comer, otras dos al llegar a casa, una antes de cenar, un vino con la cena... Alguna vez, durante su matrimonio con Claudia, había sentido el irresistible impulso de agredirla, darle un empujón, un puñetazo, pero había logrado contenerse a tiempo. Sin embargo ahora, desde que estaba casado con Eva, a pesar de que su nueva esposa hacía gala de un carácter mucho menos explosivo que la anterior, la rabia que llevaba acumulada dentro amenazaba con desbordarse ante la menor provocación. El detonante había tenido lugar la noche anterior. Eva se sentó junto a él en el sofá, después de la cena, tras asegurarse de que Laura y Adriana ya estaban acostadas.

— Jorge, tenemos que hablar —dijo, en tono neutro.

Jorge posó el grueso vaso de cristal de bohemia con su enésimo whisky del día sobre la mesita de café.

—Esa frase nunca antecede a nada bueno —respondió él, esforzándose por parecer tranquilo. Por dentro, las palabras habían caído como un mazazo. Estaba seguro de lo que vendría a continuación.

—Creo que debemos ser sinceros el uno con el otro —prosiguió Eva.

Esta era la única oportunidad que iba a darle a aquella familia de alejarse de su vida sin causar más destrozos. Pero claro, Jorge no sabía nada de eso. Tan solo veía ante sí a una mujer a punto de humillarle de nuevo.

—Tú y yo nos precipitamos al casarnos, ¿no crees? —continuó, empleando un tono sereno, como tratando de repartir la responsabilidad de manera equitativa entre ellos.

Jorge la cogió de la mano y se acercó un poco más a ella, conciliador.

—No, cariño. Yo no lo veo así. Me enamoré de ti. Puede que estemos pasando nuestro primer bache, como todas las parejas. Sé que últimamente he estado un poco distante. Y que bebo demasiado. Pero no te rindas todavía conmigo, por favor... No estoy orgulloso de mi comportamiento últimamente. He estado reflexionando mucho, y te pido perdón por ello... te prometo que todo eso va a cambiar.

Jorge parecía realmente compungido, pero Eva no podía permitirse el lujo de dejarse llevar por el sentimentalismo. Estaba esperando un hijo de otro hombre, su verdadero amor, y no podía esperar ni un minuto más para ponerle fin a toda esa farsa y retomar de nuevo las riendas de su vida, lejos de allí. Solo deseaba verse de nuevo en un avión, rumbo a Alaska.

—Lo siento, Jorge. Yo ya no estoy enamorada. No sé si realmente lo estuve alguna vez —le espetó—. Perdona que sea tan sincera, pero así es como lo siento.

La expresión del rostro de Jorge se transmutó. Su mirada dulce, suplicante incluso, se tornó turbia, iracunda. La agarró de los brazos con fuerza, acercando violentamente su rostro al de ella. Los ojos de ambos quedaban a escasos centímetros.

—¡No me mientas! ¡Fuiste tú la que me sedujiste, con tus continuas visitas, tus

llamadas, proponiéndome citas para animarme nada más divorciarme de Claudia! ¡Tú viniste a por mí, no al revés!

Con una firme sacudida, Eva logró desasirse del desagradable aprisionamiento de Jorge y se puso en pie, temerosa de su siguiente reacción. En sus años de huida había aprendido técnicas de defensa personal, pero nunca había tenido que hacer uso de ellas y temió haber olvidado cómo defenderse en caso de ataque. Aún así, le relajó haber sido capaz de escapar de sus fuertes brazos.

—Lo siento. Quizás me precipité, o creí sentir algo que no sentía en realidad. Pero ahora sé que éste no es mi sitio. Mejor acabar con esto antes de que nos hagamos más daño. Tenemos que pensar en Laura también.

—¡Ni se te ocurra nombrar a mi hija! —gritó Jorge.

Laura salió de su habitación al escuchar los gritos en la parte de abajo y llegó justo a tiempo para ver, desde la barandilla del piso superior, cómo su padre descargaba un enérgico puñetazo sobre el rostro de Eva, haciéndola precipitarse hacia el suelo. En su caída se golpeó en el labio con el borde de la mesa de cristal, provocándose un corte profundo en el labio, que sangraba profusamente. Laura, impresionada, chillaba desde el piso de arriba a su padre que se detuviera, sin atreverse a bajar. Adriana salió en aquel momento como una exhalación, bajó las escaleras de dos en dos e interpuso su voluminoso cuerpo entre la pareja, cubriendo a modo de escudo humano a Eva, que yacía hecha un ovillo en el suelo. La única preocupación de Eva era tratar de proteger su vientre bajo sus brazos entrelazados, por si el siguiente golpe fuera una patada en el estómago. Si aquel cabrón le había provocado algún daño a la diminuta vida que crecía en su interior, se lo haría pagar con creces. Era lo único en lo que podía pensar en esos momentos. Pero gracias a la aparición de la hija y la valiente mediación de Adriana, Jorge optó por alejarse tambaleándose de la escena. Se encerró en su despacho de la planta baja. Nadie fue tras él. Adriana acompañó a Eva a su dormitorio, donde le curó las heridas y le subió una infusión que le ayudara a dormir. En plena madrugada, tras asegurarse de que todas dormían, Jorge se coló en la habitación de matrimonio, deslizándose junto a Eva bajo las sábanas. Ésta se despertó dando un respingo.

—No me tengas miedo, por favor... No podría soportar que me tuvieras miedo. Perdóname, te lo ruego —le suplicó Jorge entre lágrimas, deshecho por la gravedad de sus actos—. No volverá a ocurrir, nunca, nunca, jamás... Por favor, tienes que creerme... —dijo, antes de desmoronarse por completo.

—Esta noche estaba decidida a proponerte una separación de prueba —mintió Eva—, pero lo que ha pasado es imperdonable. Por supuesto que no volverás a ponerme la mano encima. Quiero el divorcio, y es definitivo —dijo concluyente, sentada en la esquina opuesta de la cama.

Jorge sacudió la cabeza negativamente.

—No, Eva, no... Lo siento, pero no me voy a rendir tan fácilmente. No te voy a conceder el divorcio así como así. Esta noche me he equivocado, pero debemos esforzarnos por limar nuestras diferencias y seguir adelante. Te vas a esforzar —esto sonó como una orden—. Y yo también lo haré. Siento muchísimo lo de hoy. No volverá a pasar —dijo, antes de salir de la cama y abandonar el dormitorio. Eva corrió a cerrar la puerta por dentro con pestillo, consciente del error que había cometido al no asegurarse de hacerlo antes de acostarse. Y, mientras trataba infructuosamente de conciliar de nuevo el sueño, resolvió que nadie más que Claudia podía ayudarla a poner fin a aquella relación imposible.

Claudia continuaba en silencio. Sus ojos habían perdido el brillo y su mirada se perdió en algún punto inconcreto de la pared de la sala. Le costaba muchísimo visualizar a Jorge ejerciendo la violencia contra otra persona. Pero Eva no tenía ningún motivo para mentir.

—Mi hija me lo habría contado, ¿no crees? —respondió tras unos segundos.

—Pues no, no creo. Porque está aterrorizada. No te imaginas la tensión que hay en esa casa.

Claudia exhaló un suspiro cargado de cansancio. Hacía años que se encontraba psicológicamente agotada por la tensión. Criar a su hijo sola, sin dinero, sin posibilidad ninguna de encontrar un trabajo, había resultado ser mucho más duro de lo que habría podido anticipar. Había vendido todos sus objetos de valor. El coche, sus vestidos, sus joyas. Hasta el ordenador. Todo lo que le pertenecía y había podido rescatar del divorcio, lo había ido malvendiendo para ir tirando, convencida de que en algún momento lograría reemprender su carrera profesional o, al menos, encontrar un empleo no demasiado denigrante con el que poder contribuir a los gastos que generaba en casa de su hermana. Comenzaba a sentir verdadera claustrofobia viviendo allí. Era evidente que a Marcos, desde el primer día, no le había hecho maldita la gracia que se instalara en su hogar tras el divorcio. Para colmo, el Alzheimer de su madre había empeorado hasta tal punto que ya no reconocía a nadie. Se mostraba rebelde y desafiante. Preguntaba a diario por su marido y su hija pequeña, María, por Pablo, incapaz de recordar que habían muerto años atrás. Era desgarrador. La vida se había tornado en una lucha continua, agotadora, y la mayoría de los días a Claudia le suponía un esfuerzo titánico levantarse de la cama por las mañanas.

Como adivinando el hilo de sus pensamientos, Eva aprovechó el silencio de Claudia para exponer el verdadero motivo de su visita.

—¿Te acuerdas del pacto que hicimos en el avión? —preguntó, sin rodeos.

Claudia la miró fijamente a los ojos por primera vez.

—¿Qué pacto? Yo no hice ningún pacto contigo, Eva. Esto no es un libro de Patricia Highsmith, ni una película de Hitchcock. ¡Esto es la vida real! ¡MI vida!

—Reconoce que la muerte de Mónica te benefició —expuso Eva con frialdad.

—No me vengas con eso de nuevo, pirada de mierda... ¡Yo no te pedí que la mataras!

Eva prosiguió su discurso sin alterarse lo más mínimo ante los gritos de Claudia.

—Recuerda que todavía tengo las fotos y tu móvil, las pruebas que te incriminan en su muerte. Ya lo sabes, es mi as en la manga. Las cosas están así: si no quieres que vaya con ellas a la policía, tienes que cumplir tu parte.

Claudia la miró incrédula, sin responder.

—Tienes que matar a Jorge.

El brillo volvió a los ojos de Claudia. Solo que esta vez, en forma de resplandor horrorizado.

—¡No! ¡Por supuesto que no! —gritó, levantándose de la silla como un resorte—. ¡Fuera de mi casa! —dijo, señalando la puerta—. ¡Lárgate de aquí ahora mismo!

—La situación es insostenible —continuó exponiendo Eva, impasible—. Le he pedido el divorcio, pero se niega en redondo. Y yo no puedo marcharme sin más. Temo que me siga, que intente encontrarme. Lo único que quiero es desaparecer y alejarme para siempre de vosotros. No quiero dejar asuntos pendientes cuando me vaya.

Eva se guardó muy mucho de confesarle a Claudia que su verdadera motivación era que estaba esperando un hijo. Tampoco había comunicado a Laura ni a Adriana la noticia del embarazo. Nadie, ni siquiera Daniel, tenía conocimiento del tema. Quizás hubiera podido postergar la decisión un par de meses más, planear otra forma de huir de su complicada vida en Madrid sin dejar ningún cabo suelto. Pero la noche anterior —

cuando Jorge, borracho, la había agredido brutalmente tras su pequeña charla—, supo que no debía arriesgarse ni un día más. No solo estaba en juego su integridad física, sino la vida de su bebé. Y si bien le había puesto la mano encima una vez, tenía claro que no habría una segunda. Pero no debía teñirse las manos de sangre por Jorge. Como su esposa, sabía que la considerarían la principal sospechosa. Así que decidió convencer a Claudia tocando su tecla más sensible.

—No quiero dejar a Laura sola en esa casa, con él. Es una bomba de relojería. Temo que ni siquiera Adriana sea capaz de protegerla.

Al escuchar el nombre de su hija, Claudia volvió a sentarse. Su mirada aterrada se clavó de nuevo en la de Eva.

—Piénsalo bien —dijo Eva bajando el tono de voz y aproximando su cuerpo al de Claudia, como dos amigas haciéndose confidencias—. Lo que te estoy proponiendo es una solución definitiva para las dos. Si lo haces, desapareceré para siempre de tu vida. Tienes mi palabra, éste será el final. No me volverás a ver, ni a tener noticias de mí. Y no solo eso. Si Jorge muere, como su viuda renunciaré a todo en favor de Laura. Hablaré ante cualquier juez para que recuperes la custodia. Pagaré lo que haga falta para garantizarlo. Volverás a tu casa, tu antiguo hogar, con tus dos hijos y la cuenta corriente rebosando de dinero. Como te puedes imaginar, no “doné” tus ahorros a ninguna ONG. Tan solo lo cambié de cuenta. Te lo devolveré intacto, más todo el patrimonio que le deje Jorge a vuestra hija, que es mucho, como muy bien sabes... No tendrás que preocuparte por nada durante el resto de tu vida. Y, lo más importante, desapareceré para siempre.

—Estás loca —musitó Claudia—. No puedo hacer lo que me pides. Aunque no lo creas, yo no soy como tú. No soy una asesina. Y además...

—Sé lo que vas a decir. Además... aún le amas. Considéralo, entonces, mi venganza final.

Eva se levantó de la silla con movimientos lentos y dirigió su magullado cuerpo hasta la puerta. Claudia la siguió.

—No tengo tiempo de seguir charlando. Verás, Claudia, esto no es una petición. Vas a hacerlo. Y rápido. Tienes una semana. Haz que parezca un accidente, móntatelo como quieras. Yo me voy a llevar a Laura de viaje unos días, así tendré una coartada sólida. Ni se te pase por la cabeza intentar incriminarme.

Eva abrió la puerta y salió del piso. Antes de desaparecer escaleras abajo, esbozó su última amenaza:

—Si no has cumplido antes del próximo lunes, enviaré las pruebas del asesinato de Mónica a mi amiga Alicia, la policía, ¿te acuerdas de ella? También la detective Rodríguez, en Nueva York, recibirá una copia de todo. La escuché hablando con sus colegas, ¿sabes? Me parece que en su momento no se quedó satisfecha del todo con el argumento del “suicidio” —mintió, consciente del desasosiego que provocarían sus palabras en Claudia—. La presionaron para cerrar el caso rápidamente. Acaban de ascenderla a sargento. Estoy segura de que estará encantada de reabrirlo y de prestar toda su colaboración en el caso.

03

Aquella noche Claudia fue incapaz de conciliar el sueño. Eva había traspasado todos los límites imaginables. ¿Matar a Jorge? Jamás. Contempló a su hijo, con el que compartía la cama. Dormía plácidamente abrazado a un mono de peluche. Le recordaba tanto a Laura... Y también a su ex marido. Era la viva imagen de su padre. Éste se había negado a verle, ni una sola vez, por más que Claudia se lo había suplicado. También se negó a hacerse las pruebas de paternidad.

—A no ser que lo ordene un juez, no pienso someterme a semejante humillación —le había dicho la última vez que sacó el tema a colación—. Demándame si quieres.

Obviamente, la situación económica de Claudia no era la más idónea para embarcarse en un proceso judicial, con todos los gastos que ello conlleva. Por el momento, no podía hacer nada al respecto.

Dio mil vueltas en la cama, intentando analizar sus opciones. Lo más sensato, se dijo, sería acudir a Jorge y contarle directamente lo que Eva andaba tramando. Explicarle que la estaba extorsionando para que acabara con su vida. ¿Cómo reaccionaría él? Probablemente, razonó, se reiría en su cara. Claudia apreciaba claramente, cada vez que se veían o hablaban por teléfono, que el amor que un día sintió por ella se había transformado en un absoluto desprecio. Aquello le afectaba casi más que cualquier otra cosa. Él ya no quería saber nada de ella. Le desagradaba tenerla cerca. Cuando contestaba a sus llamadas lo hacía con un evidente tono de desgana, intentando reducir la conversación al mínimo necesario. Siempre que era posible, prefería zanjar las cuestiones relativas a su hija mediante un correo electrónico o un mensaje de texto. Concluyó, tras darle muchas vueltas al tema, que contarle la verdad no era una opción. Incluso puede que la denunciara directamente por amenazas de muerte, que pidiera una orden de alejamiento de Laura, quién sabe...

Por otro lado, el cariño que aún sentía por Jorge estaba teñido por una amarga sensación de abandono que no se le despegaba del alma. Si su amor hubiera sido tan fuerte como él siempre decía, como ella pensaba... ¿cómo es que no había sido capaz de resistir las pruebas a las que se había visto sometida la pareja? Reconocía que su aventura con James había sido un capricho estúpido. Si pudiera viajar hacia atrás en el tiempo, sin duda habría reprimido el ridículo impulso de poner en peligro su matrimonio tan solo por satisfacer su propio ego. Pero ¿de verdad aquello era TAN imperdonable? Ciertamente, a Claudia tampoco le habría hecho ninguna gracia descubrir que su marido le era infiel, pero pasado un tiempo, ¿no habrían podido sobreponerse al bache y retomar su relación como tantas y tantas otras parejas?

Aunque Claudia sabía de sobra que su pequeño *affair* no había sido la gota que colmó el vaso de la paciencia de Jorge. La noche que discutieron y se encerró en su despacho, amenazando a Laura con un cuchillo... aquello sí que fue un punto de no retorno. Tenía grabada a fuego en su memoria la mirada en los ojos de Jorge cuando finalmente liberó a la niña. Una mezcla de odio y desconcierto. Un “ya no te conozco, aléjate de mí” que no necesitaba de palabras en voz alta. Aquel había sido el instante preciso en que Claudia había muerto ante los ojos de Jorge. Y por muchos circunloquios que ella quisiera darle, ése era un hecho imposible de cambiar.

Con las primeras luces del amanecer, Claudia se levantó de la cama, con cuidado para no despertar al pequeño. Se vistió sigilosamente y se preparó un café en la cocina. Paula apareció apenas unos segundos después, sobresaltándola.

—¿Qué haces levantada? Es muy temprano, vuelve a la cama —le dijo.

—No he pegado ojo en toda la noche. No tuvimos ocasión de hablar... Dime, ¿qué quería ayer Eva, por qué vino a verte? —preguntó Paula susurrando, tratando de no despertar a su marido ni al niño—. Parecía que hubiera sufrido una agresión... Dime la verdad, ¿tienes algo que ver con ello?

—No —rió Claudia—. Llevaba mucho tiempo sin verla. No sé quién se lo hizo. Ella no me lo dijo y yo no le pregunté —mintió con frialdad.

—Entonces, ¿qué quería?

—Firmar una tregua. Ofrecerme la promesa de un final a toda esta espiral de despropósitos en que se han convertido nuestras vidas. Me pidió perdón —mintió de nuevo.

Paula la miró con desconfianza.

—¿Y tú la crees? —preguntó.

Claudia hizo una larga pausa, rumiando para sí sus pensamientos.

—Sí —contestó, tratando de transmitir plena seguridad en su respuesta—. Creo que está tan cansada y desgastada como yo de todo este absurdo juego. No me extrañaría que en algún momento nos sorprenda con la noticia de que se divorcia de Jorge.

—¿Eso te ha dicho?

—No con esas palabras. Pero tengo claro que solo se casó con él para hacerme daño. Y ahora se ha cansado de interpretar su papel.

Sintió un atisbo de culpabilidad por engañar de aquella manera a su hermana, pero era imprescindible no involucrarla también a ella en la locura que debía afrontar tras la visita de Eva. No quería que nada la salpicara.

—Ojalá... —dijo Paula, esbozando una sonrisa—. Ojalá desapareciera para siempre de nuestras vidas.

—Paula, voy a salir a dar una vuelta. ¿Te importa ocuparte de Jorge? Volveré a la hora de comer.

—Claro, no te preocupes. Haz lo que tengas que hacer.

Claudia deambuló sin rumbo fijo por las calles de Madrid. No hacía demasiado frío para la época del año, y el aire fresco en la cara le ayudaba a despejarse. Caminaba con las manos enfundadas en los bolsillos de su viejo abrigo color camel. Aquel que había preparado con mimo para su fatídico viaje a Nueva York años atrás, cuando Mónica apareció muerta en el Plaza y su vida se fue para siempre a la mierda...

¿Para siempre?, meditó. Le gustase o no, Eva había comenzado toda aquella pesadilla, y era ella asimismo quien le estaba ofreciendo la única posibilidad de ponerle fin. Eliminar a Jorge sería el último precio que debía pagar. Una vez descartada por inviable la posibilidad de sincerarse con él y buscar un plan conjunto contra Eva, comprendió que había llegado el momento de sopesar otras opciones. Sin darse cuenta, sus pasos la habían llevado hasta las mismas puertas del Museo Thyssen-Bornemisza, en el Paseo del Prado. Se acordó de la agradable cafetería acristalada que ofrecía un descanso a los agotados pies de sus visitantes, nada más cruzar la verja de hierro, a mano derecha, y decidió entrar a tomar un café. No había mucha gente. Probablemente el museo acababa de abrir sus puertas aquella anodina mañana de enero, y la afluencia de público todavía era muy escasa. Se quitó el abrigo y se sentó junto a uno de los grandes ventanales, contemplando entretenida el ir y venir de turistas y grupos de estudiantes, que fueron alegrando con su parloteo el ambiente del pequeño jardincito que se extendía a la entrada. Removió el café mientras intentaba trazar un plan, procurando distanciarse emocionalmente de su misión. "Es el último sacrificio. Si hago esto, mi vida volverá a ser casi, casi, la de antes", se dijo. "Además, Jorge ya no me quiere. Me desprecia. Ni

siquiera ha tenido la decencia de reconocer a su hijo. Me ha tratado como a una puta". El hilo de pensamientos de Claudia se fue cargando de rencor y reproches, e hizo todo lo posible por aferrarse con fuerza a esa sensación de odio. Debía desprenderse de todo atisbo de sentimentalismo. Los buenos recuerdos debían permanecer enterrados, ahora no le hacían ningún favor. Era la única manera de reunir el aplomo suficiente para imaginar posibles maneras de matar a su ex marido y hacerlo con la frialdad de un asesino a sueldo. Una lágrima, que cayó inesperadamente sobre la espuma de su café, la sacó de su ensimismamiento de manera tan abrupta que estuvo a punto de volcar la taza y todo su contenido. Se secó rápidamente las mejillas, abortando cualquier indicio de debilidad. El problema es que, tras más de tres horas sentada allí, no conseguía encontrar una forma sencilla, rápida y limpia de acabar con él. Si hubiera tenido dinero, podría haberse aventurado a contratar a un sicario que hiciera el trabajo por ella. Pero, honestamente, incluso si hubiera podido pagarlo no habría sabido ni por dónde empezar a buscar. Tampoco disponía de ningún arma de fuego. Ella no tenía la suficiente fuerza física como para agredirle y acabar con su vida, ni siquiera con un arma blanca, ni se veía capaz de llevar a cabo una acción tan brutal. Por otro lado, el tiempo le apremiaba. Decidió que tenía que hacerlo lo antes posible, el sábado a más tardar. Ya era casi medio día. Pidió un gin-tonic para entonarse un poco. Tras terminarlo, pidió otro, que se bebió de dos tragos. Con el calorillo del alcohol recorriéndole el cuerpo y aligerándole la mente, pagó, se puso el abrigo y, guiada por un impulso repentino, decidió dar una vuelta por el interior del museo. Se detuvo un buen rato frente al Mata Mua, de Gauguin, la gran joya de la colección. Contempló la paz de las dos mujeres en primer plano que, bajo una palmera, descansaban plácidamente sobre la hierba, vestidas con unas sencillas túnicas blancas. "Mata Mua" significa "Érase una vez". Le pareció una señal. Muy pronto el pasado quedaría atrás, como una historia lejana. Sería como cerrar la tapa de un libro de miedo, justo después de leer las últimas líneas. Tampoco pedía demasiado. Tan solo un techo bajo el que criar a sus dos hijos en paz, sin preocupaciones, disfrutando de ellos tendida sobre la hierba del jardín. Además, se lo merecía, concluyó. Ya había sufrido bastante. Había pagado con creces por todo el daño que había ocasionado en el pasado. Y si el precio que debía pagar para alcanzar la libertad pasaba por quitarse a Jorge de en medio... entonces, que así fuera. "Es él o yo", se dijo mientras cruzaba la puerta de salida del museo y se perdía entre el trajín de los viandantes.

04

Al día siguiente, llamó a Jorge por teléfono. Como de costumbre, éste sopesó la posibilidad de dejar sonar los incontables tonos que precedían al salto del contestador automático. En el último momento, decidió atender la llamada.

—Jorge, tenemos que vernos urgentemente —la voz de Claudia sonaba angustiada—. Estoy muy agobiada económicamente, y he pensado ir al caserío a por algunas de mis cosas. Voy a vender el estudio de Degas.

Jorge montó en cólera. Aquel cuadro —un esbozo a lápiz de una de las típicas bailarinas de Degas—, había sido un regalo por su décimo aniversario. Sabía que su mujer se moría por ampliar su modesta colección de obras de arte, y encontró la posibilidad de adquirir aquel pequeño (pero valiosísimo) esbozo de su pintor preferido en una subasta en Christie's. Claudia había llorado de emoción al recibirlo. Al principio estuvo colgado en el salón de su casa de Madrid, pero al cabo de un tiempo fue reemplazado por un inmenso lienzo de una artista muy *trendy* amiga de la familia. Fue Jorge quien propuso llevarlo a la casa de Jaizkibel, para aportar un toque de sofisticación al sencillo salón. Claudia coincidió en lo bien que luciría allí, e incluso instalaron un sistema especial de seguridad para protegerlo de cualquier intento de robo. Pensándolo bien, le extrañaba que no se lo hubiera reclamado aún. La verdad es que se había olvidado por completo del cuadro, a raíz de las últimas complicaciones surgidas en su vida.

—Ya iré yo a por él y te lo traigo —respondió Jorge, secamente.

—No. Lo necesito YA. Tengo llaves. Quiero echar un vistazo y recuperar todo aquello que me pertenezca. Hace tiempo que tenemos pendiente el reparto de lo que queda en esa casa, solo te aviso para que lo sepas — contestó Claudia.

Jorge desplegó una mueca de fastidio. No tenía ningunas ganas de verla, pero la idea de darle permiso para deambular a sus anchas por el caserío le agradaba menos aún. No se fiaba de ella. Prefería estar presente y asegurarse de que no se llevara nada que no le perteneciera. Además, así evitaría que la visita se prolongara más de lo estrictamente necesario. Recordó entonces que Eva se había llevado a Laura unos días de viaje. Podía ir y volver en coche sin dar explicaciones a nadie.

—De acuerdo. Te recojo el viernes por la mañana. Vamos en mi coche. En cuanto acabes, te dejo en la estación de tren de Donosti. Aprovecharé para pasar allí el fin de

semana. SOLO.

El cuadro cabía perfectamente en una maleta de mano, razonó para sí. No necesitaba más que envolverlo con cuidado para trasladarlo sin que corriera el peligro de sufrir ningún desperfecto. Claudia podía regresar a Madrid en el tren de la noche. Pero prefería ser él quien la llevara hasta allí y estar presente en el caserío desde el principio al fin de la visita. Ya había intentado engañarle endosándole el hijo de otro. Cuando se trataba de Claudia, había aprendido que no podía bajar la guardia. Aprovecharía para cambiar la clave de la alarma, pasear, dibujar... Le vendría bien relajarse y disfrutar de un fin de semana en el campo.

—Ok — fue lo único que contestó Claudia.

Sabía que mordería el anzuelo. Su plan era encontrar la manera de deshacerse de Jorge en el caserío. Aún no sabía cómo, pero pensó que allí sería más fácil simular un accidente. Nadie más sabía que ella estaría allí con él. No le resultaría difícil ir y venir en el día sin ser vista. Ahora solo tenía que pensar en los detalles. Lo más sencillo, dada su nueva querencia por el alcohol, sería introducir alguna droga en su bebida y fingir una sobredosis accidental, o bien un suicidio. Era la opción más discreta y menos violenta, pero en seguida se dio cuenta de que no resultaba muy original ya que, si en algún momento el caso de Mónica saltaba a la luz, las similitudes entre ambos modus operandi podían jugar en su contra. Así que debía pensar en otra manera de hacerlo. Quizás dar un paseo por uno de los bosques cercanos y atacarle de improviso con una piedra... Aunque no sabía si su fuerza sería suficiente como para acabar con él de un golpe seco. Aparte, quedarían sus huellas, sería complicado borrar su rastro por completo. En la bodega del caserío había un armario con herramientas. A lo mejor podía volver por la noche, cuando estuviera durmiendo, tomar de allí un objeto pesado o punzante y presentarlo todo como un robo que ha acabado mal. Los días pasaban, el tiempo apremiaba, y Claudia no lograba dar con el plan perfecto. ¡Si al menos hubiera tenido algo más de tiempo para prepararlo!

Los nervios se iban a apoderando de ella, de tal modo que llegó el viernes y aún no tenía la más remota idea de cómo ejecutaría su misión. No tenía un arma, ni nadie que pudiera ayudarla... No le quedaba más opción que dejarse guiar por su instinto de supervivencia y aprovechar cualquier ocasión que se presentara.

Jorge había propuesto recogerla en el portal de su casa, pero ella se negó. No quería que ningún vecino pudiera reconocerla subiendo al coche con él. Alegó que tenía que acudir a una consulta médica a primera hora, y quedó con él a la salida del Gregorio Marañón, en la esquina entre Doctor Esquerdo y la calle Ibiza. Jorge apareció puntual, Claudia ya esperaba en la calle hacía un par de minutos. Le sorprendió verle aparecer en el Lexus, un llamativo coche deportivo de dos plazas que solía utilizar exclusivamente para moverse por la ciudad, nunca para trayectos tan largos. Comprendió al momento

que había escogido el coche donde menos espacio había para transportar equipaje, por si la cosa se torcía y le tocaba traerla de vuelta a Madrid. El muy cretino...

Claudia subió al coche y Jorge arrancó con un acelerón, sin esbozar siquiera un "buenos días". A pesar de ser temprano, Claudia identificó el suave aliento a alcohol que emanaba de cada respiración de Jorge.

—¿Has bebido? —preguntó.

—No es asunto tuyo —respondió él, cortante.

—Si vas a conducir, sí que es asunto mío.

—He tomado un carajillo, no seas histérica —zanjó Jorge.

La mayor parte del trayecto transcurrió en silencio. Claudia agradeció la inesperada atmósfera de calma. Estaba convencida de que el viaje transcurriría entre una gran tensión y algún que otro grito. Se recostó en el respaldo del lujoso asiento y disfrutó viendo los cambios de color en el paisaje. El coche volaba por la carretera, semidesierta a aquella hora del día, mientras atravesaban Castilla con sus extensos campos en tonos marrones y ocre, repartidos hasta donde se perdía la vista como una laboriosa colcha de *patchwork*. Tras cruzar los túneles que atravesaban las primeras montañas, el terreno se fue tiñendo gradualmente de distintas tonalidades de verde. Al principio, tímidamente, para ir estallando en un manto exuberante de hierba y escarpadas laderas arboladas, conforme se adentraban en el País Vasco. Los recuerdos de tiempos pasados inundaron sin remedio la mente de ambos, cuyo lenguaje corporal se fue mostrando más relajado conforme se acercaban a Hondarribia. El coche tomó al fin el intrincado camino de tierra que conducía hasta la entrada del caserío. Tras aparcar, Jorge y Claudia salieron del vehículo y, en un gesto familiar, estiraron los brazos y las piernas e inspiraron al tiempo una enorme bocanada de aire. La sincronización les hizo reír. Se miraron a los ojos, cada uno a un lado del coche. Quizás el amor que hubo entre ellos no se había desvanecido del todo.

05

Claudia no se explica cómo pudo suceder. Todo fue muy rápido, natural y espontáneo. Como guiados por la fuerza de la costumbre, se tomaron de la mano y recorrieron en silencio el camino empedrado que separaba la zona de aparcamiento de la puerta de entrada. Jorge abrió la puerta y desconectó la alarma. Cual dos marionetas guiadas por un hilo invisible, sin intercambiar más que una breve sonrisa de complicidad, subieron juntos hasta el dormitorio principal. Una vez allí, se desvistieron y comenzaron a besarse. Lentamente, saboreando el momento. Sin prisas. Hicieron el amor con ternura, mirándose a los ojos, acariciando los cuerpos que tanto tiempo llevaban sin tocarse. Al terminar, Jorge se quedó dormido, abrazado a ella. Claudia cayó en un ligero sopor, del que despertó sobresaltada a los pocos minutos. La niebla comenzó a despejarse de su mente, para invadirle el alma. Le pareció contemplarse desde fuera, horrorizada. ¿Qué demonios estaba haciendo allí, en la cama, con su ex marido? ¡Aquello era exactamente lo opuesto a lo que había venido a hacer! Trató de serenarse y encontrar algo parecido a la templanza. De acuerdo, había sido la última vez, el polvo de despedida que nunca tuvieron. Así es como debía enfocarlo. Pero no debía engañarse. Aquello no tenía nada que ver con el amor. Tan solo con unas emociones que se habían desbordado al reencontrarse con aquel escenario en el que habían compartido tantos días y noches felices. Nada más. Ahora había llegado el momento de buscar la manera de acabar para siempre con la pesadilla y recuperar su vida. Tenía que hacerlo, por mucho que le costara. Era la única forma de librarse tanto de Eva como de su perenne amenaza de ir a la cárcel por el asesinato de Mónica. Intentó levantarse de la cama con sigilo, pero Jorge se despertó al sentir su cuerpo deslizándose por las sábanas.

—Vaya, me he dormido... ¿Dónde vas? —preguntó, frotándose los ojos con la yema de los dedos.

—Voy a darme una ducha —improvisó ella—. Duerme un rato más, si quieres.

—No, voy a ver si me espabilo un poco.

Claudia entró en el baño temblando. Abrió el grifo y se metió bajo el chorro de agua caliente, tratando de aclarar sus ideas. Entonces se derrumbó. Las lágrimas se confundían con el agua que rodaba por su rostro, y el hipo la ahogaba mientras trataba de reprimir el ataque de pánico. ¿Pero cómo iba a ser capaz de acometer semejante

atrocidad? Imposible. Sencillamente, imposible. Antes de cubrirse con la toalla ya había decidido que no. Que no iba a tragar con aquel diabólico chantaje de Eva. Resolvió que ya se enfrentaría a ella cuando volviera a Madrid. Encontraría la manera de razonar con ella otra solución, le ayudaría a conseguir el divorcio y a ser libre. Después de lo que acababa de suceder entre ellos, ¿quién sabe? A lo mejor hasta se abriría la puerta a una posibilidad de reconciliación con su ex marido.

Reconfortada con estos pensamientos, terminó de secarse y se vistió. Jorge ya no estaba en la habitación. Le escuchó caminar por el piso de abajo y descendió las escaleras en su busca. Le encontró sentado en un sofá en el salón, con un vaso de bourbon en una mano y el cuadro de Degas en la otra. Lo había descolgado de la pared tras desactivar el mecanismo de alarma y lo contemplaba plácidamente, mientras daba largos tragos a su bebida. Se giró hacia Claudia al sentir su presencia en la sala.

—Toma, aquí lo tienes. Lo acabo de bajar —dijo, tendiéndole el cuadro con una expresión neutra en el rostro.

Un escalofrío recorrió la espalda de Claudia. Parecía como si el encuentro íntimo que había tenido lugar entre ellos hacía tan solo unos minutos se hubiera producido únicamente en su imaginación. Jorge volvía a mostrarse tan frío y distante como durante el trayecto en coche.

—Voy a servirte otra copa —dijo, apurando el último sorbo—. ¿Quieres algo?

—Eh... No, gracias —contestó Claudia, aturdida.

Jorge dejó el cuadro sobre el sofá y se acercó al mueble bar a servirse otro trago. Ni una sonrisa. Ni un beso tierno reconociendo tácitamente una posibilidad de acercamiento... Nada. Claudia se sentó en el sofá y tomó el cuadro entre sus manos. Luego le miró, preocupada.

—Jorge, ¿no es un poco temprano para beber? —preguntó.

—Nunca es demasiado pronto ni demasiado tarde —contestó él, guiñándole el ojo con chulería.

Definitivamente, aquel no era el Jorge con el que se casó. La cruda realidad le golpeó de nuevo, como un puñetazo seco en el estómago. Especialmente la certeza de saber que, en gran medida, ella había sido responsable del drástico cambio de personalidad de su ex marido. Con sus exigencias, su falta de tacto y su egoísmo, había matado lenta pero concienzudamente al dulce Jorge del que se enamoró. Sí, ella le había destruido. Le había convertido en un hombre amargado y resentido, y él estaba

terminando de rematar la faena empapándose el hígado en alcohol.

Claudia se levantó y se acercó a la ventana. No podía mirarle. Las nubes negras que les habían venido acompañando desde Madrid comenzaron a descargar una lluvia fina, al principio, que minuto a minuto se fue haciendo más intensa. Abrió un poco la ventana y respiró el embriagador aroma a hierba mojada. Los sentidos se le estaban nublando. No había tomado nada más que un café rápido antes de salir de casa, y comenzó a sentirse débil.

—¿Hay algo de comer? —preguntó.

—No sé —dijo Jorge, apurando de un trago lo que le quedaba en el vaso—. Voy a ver si hay algo en la despensa.

Al poco rato, volvió al salón con una pieza de lomo sin empezar y una bolsa de pan tostado. Lo dejó todo sobre la mesa del comedor, junto con un par de platos y un afilado cuchillo para cortar el embutido en rodajas. Después hizo otro viaje al mueble bar para rellenarse el vaso por tercera vez. Claudia analizó la escena como quien observa las piezas esparcidas de un puzzle: Jorge, de espaldas a ella, con ambas manos ocupadas mientras se servía más bourbon. Ella, a medio camino entre Jorge y la mesa. Y encima de ésta, un cuchillo afilado con una hoja de cinco centímetros. Su cerebro le dictaba los pasos: "Rápido, coge el cuchillo y clávaselo por la espalda. ¡Acaba de una vez con todos tus problemas!". De hecho, se visualizó haciéndolo. En su cabeza, pudo sentir el tacto del mango de madera, el rápido giro de su cuerpo, el impacto de la hoja atravesando la piel y hundiéndose en uno de sus pulmones. Pero el cuerpo no le respondió. Fue incapaz de seguir las instrucciones que con tanta frialdad dictaminaba su mente. Sus pies permanecían pegados al suelo como dos bloques de hormigón, y sus brazos caían inertes a ambos lados del cuerpo, como una estatua de mármol. Jorge se giró de nuevo hacia ella —totalmente ajeno a sus peligrosas intenciones— y comprendió que había perdido una oportunidad de oro. Se sentaron a la mesa y durante un rato comieron en silencio las rodajas de lomo ibérico que Jorge iba desgranando, hasta dejar la pieza a la mitad. Una vez hubieron saciado el apetito se quedaron en silencio, con la mirada perdida en el infinito, y sin saber muy bien qué hacer. Claudia rompió el incómodo momento de tensión.

—Voy a coger un par de cosas del dormitorio. Un reloj de pulsera que guardo en mi mesilla y unos pendientes, ¿te parece bien?

—De acuerdo. Coge lo que necesites y te acerco a la estación —contestó él, aliviado de que la visita estuviera llegando a su fin.

Una vez hubo recogido sus cosas, metió el cuadro y sus objetos personales en una pequeña maleta de cabina que sacó del armario ropero de la entrada.

—Podemos irnos ya —dijo Claudia.

Antes de que Jorge tuviera tiempo de reaccionar, cogió las llaves del coche.

—Conduzco yo —impuso—. Has bebido demasiado. Luego te acompaño a tomar un café en Donosti. No vas a coger el coche hasta que estés despejado del todo.

Jorge no opuso resistencia. Fuera llovía a cántaros. Antes de salir cogieron un enorme paraguas que descansaba siempre junto a la puerta de entrada, y corrieron juntos hacia el coche. Claudia ajustó a su gusto el asiento del conductor y los espejos retrovisores y se cruzó el cinturón de seguridad.

—Jorge, ponte el cinturón —dijo, con la misma familiaridad de siempre. No había vez que Jorge fuera de copiloto que no tuviera que recordárselo. Su ex marido lo abrochó a regañadientes, farfullando "si vamos aquí al lado...". Arrastraba las palabras y manejaba el cuerpo con torpeza. Los efectos del alcohol estaban en su punto álgido en aquel momento.

Un instante antes de arrancar, el móvil de Claudia comenzó a vibrar dentro del bolso, que había dejado en el minúsculo compartimento trasero. Tuvo que hacer contorsionismo para alcanzarlo y sacar el teléfono a tiempo. Habló brevemente con su hermana, sin dar muchos detalles.

—Sí, vale. Hasta luego, Paula.

Con un movimiento mecánico, le dio el teléfono a Jorge nada más colgar y arrancó el coche, sin prestar atención a aquel gesto tan familiar.

Jorge se quedó inmóvil, mirando fijamente el fondo de pantalla iluminado en el móvil de Claudia, mientras ésta, ajena a todo, enfilaba ya con el coche por el camino de tierra que conducía a la carretera principal. Había que recorrer unos siete u ocho kilómetros por lo que no era más que una pista forestal rodeada de un frondoso bosque a ambos lados. Cuando llovía mucho el largo tramo se convertía en un lodazal, razón por la cual Claudia aceleró el ritmo para llegar cuanto antes a la carretera asfaltada.

—¿Es éste? —preguntó Jorge, mirando fijamente la fotografía de un niño sonriente que, desde la pantalla del teléfono de Claudia, saludaba mirando a cámara.

Claudia sintió un escalofrío en la nuca al ver por el rabillo del ojo a lo que se refería.

—Sí —contestó, aclarándose la garganta, comprimida por la emoción—. Es él. Es Jorge —hizo una larga pausa antes de continuar la frase—. Ése es nuestro hijo.

La mirada de Jorge se enturbió hasta cubrirse por un húmedo velo que a punto estuvo de desbordarse en lágrimas. Claudia trató de examinar su reacción con un rápido giro de cabeza, pero la lluvia arreciaba y no podía despegar la vista del camino más de un segundo. El llanto no llegó a brotar. Logró contener lo que no eran lágrimas de emoción, sino de rabia. Una rabia intensa, reprimida que, en cuestión de segundos, se descontroló llenando con sus gritos el pequeño habitáculo del Lexus.

—¡Éste niño NO ES MI HIJO! —estalló, con un grito tan vehemente que hizo temblar a Claudia en el asiento—. ¡Estoy HARTO de este chantaje emocional! ¡Laura, Eva, hasta Adriana está empeñada en que le acepte como si fuera mío!

—¡Jorge, tranquilízate! ¡Has bebido mucho y estás muy nervioso! No creo que sea el mejor momento de hablar del tema —dijo Claudia alzando también la voz, abrumada por tan violenta reacción.

—¡TE ODIO, CLAUDIA! ¿Me oyes? ¡Me has destrozado la vida! ¿Cómo pudiste? ¿Cómo fuiste capaz de engañarme?

Ahora sí que Jorge dio rienda suelta a un llanto histérico, que sacudía todo su cuerpo con violentos espasmos. Claudia nunca le había visto en ese estado.

—Jorge... —trató de calmarle—. Lo de James fue un error imperdonable, lo sé... No espero que me perdones, soy consciente de que es mucho pedir, pero tu hijo no tiene la culpa de nada... ¿Es que nunca le vas a dar la oportunidad de conocerte...?

—¡No me hables! ¡No eres más que una puta! ¡Una zorra más detrás de mi dinero y mi éxito, desde el primer momento! Igual que Eva, sois las dos iguales, tal para cual... Pero cómo pude ser tan gilipollas...

El tono de voz de Jorge se fue diluyendo, convirtiéndose en un murmullo más para sí mismo que para Claudia, al tiempo que el gesto en el rostro de ésta se fue transformando. La angustia inicial se fue transformando en un rictus serio, ofendido. Más que ofendido. Que Jorge la comparara con Eva era algo que le había revuelto el

estómago.

—¡Me equivoqué! ¡Cometí un error con James, lo he admitido y te he pedido perdón por ello un millón de veces! —contestó, desquiciada—. ¿Pero no crees que he pagado ya con creces el daño que hice a mi familia? ¿Es que nunca vas a dejar de castigarme?

Jorge se volvió hacia ella, girando el cuerpo por completo. Se acercó de tal modo a su rostro que Claudia temió que fuera a agredirla físicamente.

—Nunca voy a dejar de castigarte, claro de no. Porque no puedo perdonar. ¡NO PUEDO! Solo descansaré tranquilo el día que te mueras— dijo Jorge, embriagando el ambiente del coche con su repugnante aliento a alcohol.

Claudia sintió una náusea, a medio camino entre el asco y el miedo. La lluvia azotaba el coche con fuerza y nublaba la visión frontal, vertiendo una cortina de agua cada vez más espesa. Los limpiaparabrisas, que barrían el cristal delantero a toda velocidad, apenas daban abasto para retirar lo que parecían auténticos cubos de lluvia. El resplandor de un rayo iluminó súbitamente una amplia zona frente al coche, mostrando por un instante, con toda nitidez, un buen trecho del camino, embarrado y lleno de charcos, así como las hileras de majestuosos árboles que se erguían a ambos lados. Sus largas ramas se movían con tanta violencia, azotadas por el viento, que asemejaban fantasmagóricos brazos tratando de alcanzar al vehículo. Apenas dos segundos después, el sonido de un trueno bramó sobre sus cabezas, retumbando dentro del habitáculo del coche. Jorge continuaba con su retahíla de insultos y reproches, cada vez más enajenado, pero Claudia ya no le escuchaba. Apenas lograba distinguir el camino con claridad. Ambos sentidos quedaron obnubilados por la cólera, y un terrorífico impulso se apoderó de ella. No tuvo tiempo de pensarlo dos veces. En un gesto rápido extendió la mano derecha y, con un sencillo clic, desabrochó el cinturón de seguridad de Jorge. La gruesa tira de tela negra salió disparada a gran velocidad, golpeándole con la pieza metálica en la cara. A él solo le dio tiempo, en aquella fracción de segundo, de esbozar un gesto de desconcierto mientras su mente le adelantaba lo que estaba a punto de suceder. Claudia dio un brusco volantazo y el deportivo, tras recorrer apenas unos metros, acabó chocando frontalmente contra uno de los imponentes árboles que delimitaban el sendero. El impacto fue brutal. Casi todo el golpe repercutió sobre el lado de Jorge quien, a falta de la retención del cinturón de seguridad, salió despedido por el cristal delantero un par de décimas de segundo antes de que el airbag pudiera hacer nada por retener su cuerpo. Su cráneo se empotró contra el grueso tronco del árbol, partiéndole el cuello al instante. Murió en el acto. Claudia, sin embargo, se benefició de la eficaz protección del airbag del conductor y, aunque quedó inconsciente un par de minutos, salió del accidente prácticamente ilesa. Al volver en sí, la crudeza de la magnitud de sus actos le sacudió con violencia. Aquello no era un

sueño. Ni siquiera una pesadilla. Lo había hecho. Había asesinado a su ex marido. Acababa de quitarle la vida al padre de sus hijos. Al único hombre que había amado. Las manos le temblaban sin control. Tanto, que le costó varios minutos encontrar su teléfono móvil, tanteando a ciegas en el suelo del coche. Al fin, pudo realizar la llamada de auxilio a los servicios de emergencia. Mientras esperaba la llegada de la ambulancia y de la policía, Claudia se mantuvo inmóvil, tratando de no mirar el cuerpo de Jorge que yacía a escasos centímetros del suyo, atravesado en el parabrisas y cubriendo de sangre el salpicadero de cuero blanco.

Así, sin haberlo planeado, fue como Claudia logró ejecutar su crimen perfecto. El coche quedó siniestro total. Las condiciones meteorológicas y del terreno, unidas al dramático testimonio de Claudia —que explicó entre lágrimas que Jorge se había negado en redondo, como de costumbre, a ponerse el cinturón de seguridad— la exculparon de aquel fatal accidente. No recayó sobre ella sospecha alguna. Más bien al contrario. Tanto los sanitarios que la atendieron en primera instancia en el lugar del accidente, como la doctora que le dio el alta del Hospital Universitario Donostia, le recomendaron encarecidamente asistir a alguna sesión de terapia para trabajar el duelo, que en accidentes como éste suele estar muy ligado a la culpa. Un latigazo cervical y un par de aparatosos moratones en el rostro la devolvieron a Madrid con un collarín y un par de puntos en la frente, teatralmente inmersa en el papel de la ex mujer y madre desconsolada que se enfrenta a la dolorosa tarea de comunicar a su hija adolescente la pérdida de su padre. Y lo desempeñó a la perfección. No se permitió a sí misma regodearse en el dolor de la pérdida. Decidió enfrentarse a ella con pragmatismo, centrándose exclusivamente en todos los beneficios que aquel acto iba a proporcionar a su maltrecha existencia. El fin de todos sus problemas.

Eva, por su parte, también ofreció una interpretación memorable. La noticia les "sorprendió" a Laura y a ella el domingo por la tarde, nada más entrar por la puerta de su casa, procedentes de su divertida escapada a París. Solo que para Eva no fue ninguna sorpresa, claro. Aunque no las tenía todas consigo, cruzó los dedos para que, finalmente, Claudia encontrara la manera de deshacerse de Jorge. Más le valía. Durante todo el viaje, y también a lo largo de las semanas y meses anteriores, Eva se había encargado de, con mucho tiento, predisponer positivamente a Laura ante una hipotética reconciliación con su madre. La niña se había dejado manipular con facilidad. Al fin y al cabo, una madre es una madre.

Su instinto de niña le dijo inmediatamente que algo no iba bien. En primer lugar, su madre estaba esperándolas allí, en el salón de la casa que apenas pisaba y, para mayor sorpresa, lo hacía en compañía del pequeño Jorge. Su hermano no había puesto un pie jamás en casa de su padre. Éste se negaba en rotundo incluso a escuchar su nombre, por lo que Laura nunca hablaba de él en su presencia. Un angustioso presentimiento rugió como el eco sordo de un trueno dentro del pecho de Laura.

—¡Mamá! ¿Qué haces aquí? —preguntó mientras corría a abrazarla. Dudó un momento antes de formular la siguiente pregunta—. ¿...Y papá?

Eva, fingiendo una intensa inquietud, corrió tras ella. Adriana, por una vez, no

estaba enterada de los planes de Eva. La noticia del fallecimiento de Jorge —al que adoraba— había caído sobre ella, que no las había acompañado en su viaje a París, como un jarro de agua fría. Apenas hacía unas horas que se había enterado, cuando Claudia y el pequeño Jorge se habían presentado en la casa y ella le había comunicado la terrible noticia.

Jorge era aún muy chiquitín para entender lo que pasaba, aunque era perfectamente capaz de captar el estado de abatimiento general que flotaba en el ambiente. Al ver a su madre echarse a llorar, comenzó también a hacer pucheros. Adriana lo cogió en brazos y se lo llevó con ella a la cocina.

—Por Dios, Claudia, dinos de una vez... ¿¡Qué ha pasado!?! —dijo Eva, sentándose junto a ella y la niña en el sofá.

Claudia obvió a Eva y se centró en mirar a su hija a los ojos.

—Cariño —dijo tras lograr serenarse un poco—. Me temo que tengo malas noticias.

Adriana escuchó desde la cocina el llanto y los gritos desgarrados de Laura, mientras sostenía a Jorge entre sus brazos. Las lágrimas rodaban por su rostro, sinceras y sentidas. Lo lamentaba de veras por Laura, la niña de sus ojos, que tan unida había estado siempre a su padre. También por el pequeño Jorge, a quien el tiempo ya no ofrecería la posibilidad de una reconciliación con él. Pero también por ella misma. Le echaría de menos. Al mismo tiempo, la sensación de hallarse implicada en un asunto muy turbio le rondaba por la cabeza como un murciélago volando en círculos en la oscuridad. La situación era cualquier cosa menos inocente. Había sido cómplice del juego que Eva le había propuesto, y nunca se había cuestionado las repercusiones éticas de sus actos. Lo hizo sin pensar, a cambio de dinero, a cambio de una vida más cómoda y desahogada, del regalo envenenado que suponía hacer realidad el sueño de traer a su familia a España. No tenía forma humana de conocer cuál había sido el verdadero alcance de las acciones a las que había contribuido instalando micrófonos, facilitando información y ayudando a la que, a la postre, se había acabado convirtiendo en la nueva esposa de su jefe. Ese día tuvo claro que su participación en las intrigas de Eva habían puesto en riesgo a todos los miembros de la familia para la que trabajaba, a un nivel mucho más peligroso del que había sido capaz de intuir. O quizás, seguramente, había preferido engañarse a sí misma y mirar hacia otro lado. Puede que éstas fueran las consecuencias. Eva y Claudia se encontraban ahora consolando a la pequeña, que se derrumbaba en el sofá aferrada a ambas mujeres, una a cada lado. Adriana contempló la escena semioculta tras la puerta entreabierta de la cocina, y tuvo el siniestro palpito de que la muerte de Jorge no había sido exactamente "accidental".

Los restos de Jorge fueron incinerados y entre todos decidieron que escogerían un día luminoso –en primavera o verano– para enterrar sus restos en el jardín de Jaizkibel. Mientras tanto, reposarían en una discreta urna en un rincón del salón, aunque su presencia allí pesaba más que una escultura de hierro forjado. Un par de semanas más tarde, tal y como acordaron, Eva declaró durante la lectura del testamento que renunciaba a toda su herencia en favor de Laura. Estuvo de acuerdo en que Claudia pudiera disfrutar de todas las propiedades en usufructo, y que se convirtiera en la administradora oficial de sus bienes hasta que la niña alcanzara la mayoría de edad. Entre las dos, trataron de hacer la transición lo más llevadera posible para Laura. Paula fue quien peor llevó el hecho de que su hermana y su sobrino volvieran a instalarse de nuevo en su antigua casa, dejándola sola con su madre y con Marcos, con quien la relación iba de mal en peor. El pequeño Jorge, por su parte, con su inocente despreocupación y su alegría desbordante, contribuyó a traer algo de alegría a la casa.

Eva completó su mudanza el mismo día que Claudia y su hijo se instalaron definitivamente en la casa. Laura, que se había encariñado enormemente con ella, se despidió de Eva entre lágrimas, haciéndole prometer que seguirían en contacto. Eva la abrazó, hizo todas las promesas pertinentes –aún a sabiendas de que no las iba a cumplir–, y se esforzó por ocultar lo profundo que aquella niña había calado en su corazón. Ojalá nunca llegara a saber la verdad. Ojalá Claudia fuera capaz de protegerla de toda la mierda de este mundo. Ojalá demostrara ser una buena madre para ella.

Se despidió brevemente de Adriana, con la distancia que se presupone entre una señora y una empleada de hogar, y se dispuso a seguir en su moto al furgón de mudanzas que había contratado para transportar sus escasas pertenencias. Se había cuidado mucho de no proporcionar una dirección fija a Laura, a pesar de su insistencia. Argumentó que aún tenía que decidir a qué ciudad le resultaría más conveniente trasladarse para continuar al frente de sus negocios, y que se lo haría saber tan pronto como estuviera instalada en su nuevo hogar. Otra promesa que no podría cumplir.

La familia acompañó a Eva hasta la puerta de salida a la calle, donde tenía aparcada la moto. Adriana comprendió que las dos mujeres deseaban tener una última charla a solas, por lo que instó a los niños a entrar de nuevo en la casa, con la excusa de que había llegado la hora de merendar. Los niños se despidieron con más besos y abrazos y corrieron obedientes hacia el interior del chalet. Desde el umbral de la puerta, Adriana hizo un gesto de adiós con la mano a Eva. Tras unos segundos en las que ambas mantuvieron una mirada de serena complicidad, la mujer desapareció con los niños, cerrando la puerta tras de sí. Claudia no advirtió ningún rasgo especial en aquel gesto. Siguió a Eva hasta la acera. Quería verificar con sus propios ojos cómo su mayor pesadilla se convertía, al alejarse en la distancia, en un punto insignificante, hasta

desaparecer del todo.

—¿Estamos ya en paz? —preguntó Claudia, instantes antes de que Eva se subiera a la moto.

—¿En paz? —repitió Eva, en tono sarcástico. Se acercó a ella con movimientos lentos, cansados—. ¿En paz?

Claudia la miró con aire desafiante. Había sido capaz de matar por proteger lo que más quería: sus hijos. La raya que había traspasado había vuelto a despertar su faceta más dura y salvaje. Al fin, ya no le tenía miedo a Eva. Parecían de nuevo dos niñas a punto de iniciar una pelea en el patio del colegio.

—Tú y yo no estaremos nunca en paz —prosiguió—. Lo que me hiciste, lo que me hizo tu familia, no tiene reparación posible. Siempre estaré rota. Pero nuestra guerra termina aquí y ahora. No volverás a por mí, porque sabes que aún tengo las pruebas que pueden destrozarte la vida. Así que confío en tu buen criterio. Si no me das motivos, yo tampoco volveré a por ti. Hoy soy un poco más feliz porque he logrado mi objetivo. He conseguido que seas consciente, desde hoy y para siempre, cada hora de cada día hasta el momento de tu muerte, de todo el sufrimiento que has provocado. Tenía que hacer lo que fuera para que nunca lo olvides. Y, lo más importante para mí, has vuelto a demostrar, una vez más, el pedazo de mierda que eres como ser humano. Egoísta hasta el final, has sido capaz de matar al amor de tu vida con tal de salvarte tú. Ni loca habrías aceptado ir a la cárcel para salvar la vida de Jorge, ¿a que no? En fin, me alegro de que lo hicieras, de que llegaras hasta el límite. Así pasarás el resto de tu vida comida por los remordimientos. De eso estoy segura. Nunca te arrepentiste de torturarme. Fue una diversión para ti. Ahora, cada vez que Laura llore porque echa de menos a su padre, sabrás que la culpa es tuya y solo tuya. Que tú acabaste con su vida. Por lo que hiciste, tu pequeño Jorge nunca llegará a conocer a su padre. Tú, su madre, le arrebataste por completo cualquier posibilidad de acercamiento en el futuro. Y, conociendo a Jorge, sabes que al final habría acabado cediendo. Así que sí. Todo acaba aquí pero... ¿en paz? No te equivoques... Tú y yo nunca estaremos en paz.

Claudia no contestó. Eva se puso el casco, arrancó su moto y, con un acelerón ensordecedor, se esfumó a toda velocidad.

Eva siguió al furgón hasta una especie de nave industrial en Alcorcón que albergaba un millar de trasteros. Había contratado un espacio para dejar allí sus escasas pertenencias sin dejar rastro. Una vez que los de la mudanza se hubieron marchado, Eva seleccionó una maleta pequeña con ropa. La sacó y aparcó la moto dentro del trastero. Le dio pena deshacerse de ella, pero no tenía tiempo ni ganas de buscar un comprador y hacer todo el papeleo. Cerró el cubículo y llamó a un taxi desde el móvil. Sabía que no volvería nunca a recoger aquellas cosas. A excepción de la moto, no había nada de valor. Con el paso de los años, si nadie las reclamaba, supuso que las donarían, las sacarían a subasta o, simplemente, se desharían de ellas. El caso es que Eva ya no estaría allí para ocuparse del tema, y que cualquier esfuerzo por parte de la empresa para contactar con ella sería en balde.

Cuando se puso manos a la obra para finiquitar el tramo final de su plan —a los pocos días de averiguar que estaba embarazada—, comenzó a atar discretamente todos los posibles cabos sueltos para desaparecer de Madrid sin dejar huella. En primer lugar, había "vendido" a Alicia por una cantidad irrisoria el piso de su tío, la única propiedad que aún la ataba a la ciudad. Se había despedido de ella con un fuerte abrazo y la promesa de retomar el contacto en cuanto decidiera dónde se iba a establecer. Por precaución, y también para proteger a su amiga, no le había contado nada de su vida en Alaska, ni de Daniel, ni de su embarazo. Seguirían en contacto a través del teléfono móvil clandestino de Eva y la dirección de correo electrónico que hasta entonces compartía solo con Adriana.

Por otro lado, antes de marcharse le había asegurado a Adriana que continuaría recibiendo la paga mensual que habían estipulado. Asimismo, mantendría el alquiler de la casa de su madre y seguiría cubriendo todos los gastos escolares de su hijo. No tendría que preocuparse por nada, siempre que fuera discreta y no revelara a nadie aquel "contrato" entre ellas. También le pidió que siguiera custodiando el móvil con las pruebas del asesinato de Mónica. Obviamente, Adriana no tenía ni la más remota idea de lo que éste contenía en su interior. Eva había sido tajante al respecto:

—Por tu propia seguridad, te aconsejo que nunca sucumbas a la tentación de averiguar lo que hay ahí dentro.

Adriana tampoco llegó a ver nunca el contenido del sobre con las fotos. Únicamente tenía que cumplir con una instrucción muy clara:

—Si me ocurre algo —le había dicho Eva la última vez que hablaron a solas—, si te enteras de que he sufrido un ataque o he sido víctima de una muerte violenta, tan solo hazle llegar el móvil a Alicia. Ya sabes cómo ponerte en contacto con ella. Y, si ocurriera algo fuera de lo normal, algo de vital importancia que creas que necesite saber, puedes localizarme en el móvil de siempre, por mail, o mediante el apartado de correos que te facilité, ¿de acuerdo?

El abatimiento de Adriana tras la muerte de Jorge era innegable. Eva lamentó que tuviera que pasar por aquel duro trance, pero se dijo que la mujer había salido más que beneficiada de toda aquella operación. Confiaba en que, a partir de ese momento, las cosas en casa de Claudia también resultarían más sencillas para ella.

El taxi llegó por fin. Eva cogió su maleta y un bolso pequeño y le indicó al conductor que la llevara al aeropuerto. Hacía más de un mes que no veía a Daniel, desde la escapada que había hecho en plenas fiestas navideñas y que de tan mal humor había puesto a Jorge. Había sido durante aquellas tres semanas en Shelter Bay cuando se había quedado embarazada pero, aunque se las apañaba para hablar con él varias veces al día, no había querido darle la noticia a su marido hasta estar completamente segura de que regresaba a casa para quedarse. Durante el trayecto al aeropuerto, confirmó en su teléfono que su vuelo a Chicago salía a la hora programada. Una vez instalada en un discreto rincón de la sala VIP de la terminal 4, sacó un objeto del bolso. Era la prueba positiva de embarazo, que había guardado como un tesoro. Calculó que se encontraba más o menos de unas siete semanas. No había ido al médico aún para confirmarlo, quería vivir ese momento, su primera ecografía, al lado de Daniel, de vuelta en su hogar. Se hizo un selfie sonriente, con el predictor en la mano. Exhaló un profundo suspiro de felicidad, y una enorme sonrisa de anticipación se dibujó en su rostro antes de enviárselo a su marido vía *whatsapp*. Los dos o tres minutos que tardó en confirmar que Daniel había visto la foto se le hicieron eternos. A los pocos segundos, el teléfono comenzó a sonar. Le pareció que hasta el tono de llamada denotaba una inmensa felicidad.

—¡Mi amor! —oyó gritar a Dan, visiblemente emocionado, al otro lado del teléfono—. ¿Es cierto? ¿No me estás gastando una broma?

—No, mi vida —dijo Eva, al borde de las lágrimas—. Hace un par de semanas que lo sé, pero no he querido decirte nada hasta poder darte otra gran sorpresa.

—¿Qué es, Amanda? ¿Qué ocurre? —preguntó, con una mezcla de nervios y ansiedad.

—¡Que vuelvo a casa, mi amor! He terminado con todas las tareas pendientes. Se acabaron los viajes. Vuelvo a casa para quedarme.

Daniel se echó a llorar. Durante unos cuantos minutos, solo se escuchaba al hombre dando rienda suelta a su alegría entre profundos sollozos. Eva tampoco era capaz de pronunciar una sola palabra. Tenía un nudo en la garganta. Por primera vez en su vida, era un nudo de absoluta felicidad.

—¿Cuándo llegas? —balbuceó Daniel, como pudo.

—Estoy terminando unos detalles aquí, en Chicago —mintió Eva—. Salgo dentro de unas horas. Te llamaré desde el aeropuerto cuando vaya a tomar el vuelo a Alaska, ¿de acuerdo?

—De acuerdo, mi amor —contestó Dan, que iba recuperándose lentamente de la impresión causada por ambas noticias—. Te quiero.

—Yo también te quiero. Nos vemos muy pronto.

Samuel llegó al mundo a mediados de septiembre, tras un parto rápido, cálido y muy emotivo, en su propia casa. Daniel estaba aterrorizado ante la posibilidad de que algo saliera mal y tuvieran que salir pitando al hospital más cercano, pero Amanda se había mostrado muy cómoda en todo momento ante la perspectiva de dar a luz en su hogar, atendida por una matrona y una *doula*. Durante el transcurso de su embarazo tuvo tiempo de acostumbrarse de nuevo a su antigua vida, a no escuchar el nombre de "Eva" (ni el de Claudia, ni ningún otro que le recordara sus años *horribilis* en España). La primera vez que sostuvo a su hijo en sus brazos, comprendió el instinto animal que había llevado a Claudia a proteger a los suyos como una leona. Lo entendió al momento. Mientras amamantaba a su hijo por primera vez, se hizo a sí misma la promesa de no volver jamás la vista atrás.

Cuando algún recuerdo, un fognazo lejano, le asaltaba la mente a traición, simplemente se deshacía de él, observando cómo se desvanecía, sin otorgarle peso ni valor. Era una técnica que había aprendido en clases de meditación, a las que ahora era asidua. Así, sin dejar apenas que los acontecimientos del pasado la rozaran, se convirtió, al fin, en una mujer nueva. Probablemente –se decía–, en la mujer que siempre estuvo destinada a ser.

Transcurrieron algo más de dos de años en medio de una calma absoluta. Samuel andaba –más bien corría– por toda la casa, parlotando en Spanglish, y observándolo todo con los ojos abiertos de par en par. Su curiosidad era inmensa, y no tenía miedo a nada. Una mañana, un gran oso grizzly despistado se paseó por delante del ventanal del salón, y Samuel corrió hacia la puerta. Amanda no sabe cómo fue capaz de abrirla, solo que llegó justo a tiempo de coger al niño en volandas y meterlo de nuevo en la casa, antes de que el oso advirtiera la presencia del pequeño, cuyo único objetivo era acercarse al monumental animal y acariciar su peludo lomo. Por la noche, Dan rió a carcajadas ante el relato de la angustiada Amanda, que aún no se había recuperado del susto. Pero, en general, la vida transcurría sin grandes sobresaltos. La pareja continuaba con su gratificante trabajo en la escuela de música. Era fácil para ellos compaginarlo con el cuidado de Samuel, quien también disfrutaba pasando largas horas entre instrumentos, ensayos y actuaciones.

Una mañana cualquiera de octubre, Amanda decidió acercarse a la oficina de correos de Anchorage, cuyo apartado de correos mantenía aún activo, más por precaución que por una verdadera necesidad. Eso, y el móvil que aún conservaba oculto en el altillo del armario, eran prácticamente sus dos únicas vías de comunicación con España. Tan solo de cuando en cuando recibía una carta o una postal de Alicia a quien, le había explicado Eva al regresar a Alaska, prefería no comunicarle su ubicación exacta, por mera discreción. Alicia entendió que era una manera inteligente de protegerse, y lo aceptó sin reparos.

A Samuel le encantaba montar en el ferry, así que le abrigó bien y disfrutaron del trayecto de ida, tomándose fotos con el móvil y saludando a las gaviotas y cormoranes que planeaban sobre sus cabezas. En el muelle cogieron un autobús –a Samuel le entusiasmaba por igual cualquier medio de transporte–, y cuando se bajaron dieron un corto paseo hasta la oficina de correos. Amanda no esperaba encontrar nada, por eso le sorprendió hallar en el interior del cajetín 214 un pequeño paquete, un sobre algo más grueso de lo habitual. En el anverso tan solo constaban los datos escuetos del apartado de correos, sin un nombre en concreto, como era habitual. En el remitente, tan solo un nombre, sin apellidos ni dirección: Adriana.

El corazón se saltó un latido. Luego, comenzó a palparle con tanta fuerza en el pecho que tuvo que sentarse durante un par de minutos en uno de los bancos de la oficina, hasta que logró recuperar la calma. Hacía mucho tiempo que no pensaba en aquel nombre. El contenido de ese sobre podía ser una nueva bomba de relojería a punto de dinamitar su placentera vida. Se quedó un buen rato allí, quieta, con el paquete en el regazo, sin atreverse a tocarlo, hasta que el pequeño Samuel –cansado de esperar– la sacó de su ensimismamiento.

—Mami... ¿chocolate? —preguntó, señalando hacia el pequeño café ubicado en la acera de enfrente.

—Claro, mi amor —respondió Amanda—. Vamos a tomar un chocolate caliente.

Una vez sentada junto al ventanal del café, se aseguró de que Samuel estuviera bien entretenido con su taza de chocolate y un par de cochecitos de juguete que hacía rodar por la mesa. No tenía sentido alargar el momento. La carta había llegado hacía ya un par de semanas, así que lo mejor era abrirla y descubrir de una vez por todas por qué Adriana había sentido la necesidad de ponerse en contacto con ella. Abrió el sobre con sumo cuidado por uno de los extremos y palpó con tacto en su interior. En seguida comprendió de qué se trataba. Extrajo de él dos objetos. Uno era una carta escrita del puño y letra de Adriana. Conocía bien su caligrafía. Reconoció el otro objeto antes siquiera de sacarlo del sobre. Envuelto cuidadosamente en un plástico, encontró el móvil que tantos años había custodiado para ella. Adjuntaba asimismo el cargador original, el que ella misma le había dado. No tuvo ni que encenderlo para darse cuenta

de que era el teléfono que le había robado a Claudia en el avión, el que contenía las únicas pruebas del asesinato de Mónica: las fotos que ella misma había hecho aquella noche. El estómago se le revolvió, pero fue capaz de contener el arrebato de correr al baño a vomitar. Tras unas cuantas respiraciones profundas, guardó el móvil en su bolso. Comprobando que su hijo continuaba distraído, se dispuso a leer la carta de Adriana:

"Querida señora Eva,

Le escribo para contarle que, hace unos meses, tomé la decisión de aceptar un nuevo empleo que me ha llevado a mudarme a otra ciudad. No puedo menos que agradecerle de todo corazón la generosa ayuda que me ha brindado durante todos estos años. Sin usted, no habría podido hacer realidad mi sueño de reunir de nuevo a mi familia. Mi madre y mi hijo se encuentran bien, y yo también. Pero la vida en casa de la señora Claudia me resultaba cada vez más angustiosa. La señora y yo llegamos a una situación insostenible. Demasiada tensión. Aún llora la muerte del señor Jorge, yo creo que nunca llegará a superarlo. Los niños están bien. Laura la echa a usted de menos, pero ya está hecha una adolescente, y cada vez pasa menos tiempo en casa y más con sus amigas. Jorge tiene ya cuatro años y está muy guapo, es un niño muy despierto. Pero la señora no está bien. Todo son gritos, y malas formas. Yo ya no podía soportarlo más. Han sido muchos años a su servicio, siempre hubo momentos difíciles, pero los últimos meses han resultado particularmente duros para mí.

Durante estos años, gracias a su generosa ayuda, he conseguido ahorrar bastante dinero, y quería comunicarle (sin faltarle nunca al respeto) que, a partir de ahora, deseo renunciar a su ayuda mensual. Creo que es lo más justo. En mi nuevo trabajo gano suficiente como para mantenernos y, como le comentaba anteriormente, gracias a usted he podido ahorrar mucho. Tanto, que mi hijo acaba de comenzar sus estudios superiores. Le han admitido en una universidad muy buena, quiere ser arquitecto. Estoy muy orgullosa de él, y no puedo dejar de expresarle nuestro agradecimiento. Sin usted, nada de esto habría sido posible.

Por otro lado –estoy segura de que usted me comprenderá– me gustaría devolverle el objeto que me pidió que le guardara. Siguiendo sus indicaciones, nunca he sentido la curiosidad de conocer su contenido. Para ser sincera, me daba un poco de miedo. Así que se lo devuelvo en perfectas condiciones, para que usted obre con él de la manera que considere más conveniente.

Una vez más, reciba usted mi infinito agradecimiento, acompañado de mis mejores deseos.

Con afecto,

Adriana”.

Amanda releyó la carta varias veces, pasando el dedo sobre la escritura a mano de Adriana. Aquella mujer le había ayudado mucho, poniéndose en grave riesgo, sin saberlo. También a ella le pareció justo liberarla de aquella carga. Se alegró del paso que había dado, y le deseó mentalmente una vida feliz junto a su familia. Ahora comprendía muy bien el profundo significado de esas palabras.

Rompió la carta y el sobre en varios pedazos y los arrojó a una papelera conforme Samuel y ella se disponían a tomar el ferry de vuelta a casa. A mitad de trayecto, sintió un impulso irrefrenable. Adriana, con su carta, había puesto el verdadero punto y final al único hilo que le unía ya con Claudia. Pero aún debía hacer algo para acabar de romper por completo con su turbulento pasado. Disimuladamente, procurando no llamar la atención de los escasos viajeros que se arriesgaban a afrontar el azote del viento en la cubierta del barco, se acercó a la barandilla y arrojó el móvil por la borda. El objeto se hundió rápidamente, arrastrando con él al fondo del mar su secreto más oscuro. Amanda respiró aliviada. "Ahora sí que se acabó", pensó.

No tenía ni idea de lo equivocada que estaba.

Tan solo un par de semanas más tarde, Amanda acudió con Samuel a hacer la compra semanal a la tienda de comestibles de Michael y Cristine. Salió cargada de bolsas, vigilando con mil ojos que Samuel no cruzara la calle de improviso corriendo detrás de una pelota, un animalillo o cualquier distracción que apareciera ante sus ojos. Por precaución, lo primero que hizo fue acomodarle en su sillita, en el asiento trasero, y abrocharle el cinturón. Después metió las bolsas en el maletero y se sentó en el asiento del conductor. Ya había arrancado el motor cuando vio que, desde el interior de la tienda, Cristine le hacía señas desde su puesto, tras la caja registradora. Amanda se había dejado una bolsa olvidada sobre el mostrador. Fastidiada por el despiste, apagó de nuevo el motor y sacó la llave. Dudó un instante si coger el bolso y sacar al niño, pero ya estaba sentado y abrochado, no tardaría ni treinta segundos en volver. Así que salió corriendo y entró de nuevo en la tienda. Jura que no tardó más de dos minutos. Lo justo para recoger la bolsa y darle las gracias a Cristine por avisarla. Intercambiaron cuatro palabras sobre lo despistada que había sido, y que su hijo no le perdonaría si llegaban a casa sin sus cereales favoritos. Se acordó entonces de que se había olvidado de coger un bote de champú, por lo que se acercó al estante, seleccionó directamente la marca que compraba habitualmente y lo pagó en la caja. Tres, cuatro minutos, a lo sumo. Volvió a salir de la tienda apresuradamente, pero sin correr. Metió la bolsa en el maletero y volvió a situarse de nuevo en su asiento. Se ajustó el cinturón e introdujo de nuevo la llave en el contacto, mientras alzaba la vista al espejo retrovisor y decía en voz alta:

—Qué despiste tiene mami hoy, casi me olvido de tus...

Amanda dejó la frase sin terminar. El espejo retrovisor no le devolvió la imagen de su hijo, por lo que giró todo el cuerpo para comprobar con sus propios ojos si se trataba de un espejismo. Certificó horrorizada que Samuel no estaba sentado en su sillita, donde lo había dejado. El arnés protector estaba desabrochado, y la puerta trasera ligeramente abierta. Amanda saltó al exterior del coche a toda velocidad.

—¡Samuel! —gritó, al no verle tampoco junto al coche, ni en la acera de enfrente—. ¿Dónde estás, Samuel? —volvió a gritar, presa del pánico. Sintió un ligero alivio al comprobar que no había indicios que hubiera sufrido un atropello. A esas horas había poco tráfico en Oak Street, y los coches que pasaban ante ella lo hacían con total normalidad.

Amanda escrutinó la calle, mirando a derecha e izquierda. Los comercios y viviendas de ambas aceras lucían ya la decoración típica de *Halloween*, que se

celebraba en unos días. ¿Tal vez no le había abrochado bien y se había bajado del coche, atraído por los llamativos adornos de algún escaparate? No había demasiada gente en la calle. Ni rastro del niño. Entró de nuevo en la tienda, presa del pánico.

—¿Qué ocurre? —preguntó Cristine. Al ver su rostro desencajado corrió hacia ella, abandonando su puesto tras el mostrador. Amanda recorría histérica los pasillos del pequeño establecimiento, en el que no había más que una pareja de ancianos seleccionando algo de verdura.

—¡Samuel! —gritó de nuevo—. ¡No le encuentro, Cristine! ¡Creo que se ha bajado del coche!

Michael acudió desde la trastienda al escuchar los gritos, y los tres salieron de nuevo a la calle, repartiéndose en diferentes direcciones. Amanda entró en la escuela de música, que se encontraba en la misma calle, y Daniel se unió a ella en la búsqueda.

—¡Samuel! —gritaban los cuatro. Pronto otros vecinos, alertados, se fueron repartiendo por el pequeño pueblo, gritando el nombre del niño. Una patrulla de policía se detuvo al observar el alboroto y se pusieron también manos a la obra, tratando de localizar al pequeño. Pasada más de una hora, no había ni rastro de él. Amanda estaba en estado de *shock*. Su cuerpo temblaba sin control, y lloraba desesperadamente apoyada en el capó del coche, abrazada a su marido. Una policía se acercó entonces hasta ella y le pidió que le narrara con calma lo sucedido, paso a paso. Amanda repitió una vez más lo ocurrido. Se sentía terriblemente culpable por haber dejado a su hijo solo en el coche. Era la primera vez en su vida que lo hacía. ¿Cómo imaginar que se fuera a escapar?

—Quizás debemos comenzar a explorar otra teoría —adelantó con cautela la policía.

—¿A qué se refiere? —preguntó Daniel, asombrado.

Amanda alzó la vista. Tenía todo el maquillaje corrido, y dos ríos de tinta negra se deslizaban por sus mejillas hasta las comisuras de la boca. Comprendió.

—A que alguien se lo ha llevado —afirmó, con voz temblorosa.

10

Habían pasado varios días desde la desaparición de Samuel. A la policía y a Daniel no les había hecho la más mínima gracia la idea de ofrecer una recompensa por la muerte de Claudia.

—¡Esto no es el salvaje Oeste! ¿"Se busca vivo o muerto"? —le había gritado el Jefe Clarkson aquella misma mañana.

Pero Amanda no podía quedarse esperando otra llamada de Claudia. Permanecer encerrada en casa, pegada al teléfono, le estaba destrozando los nervios. Tenía que sentir que se ponía en marcha, que hacía todo lo que estaba en sus manos para encontrarle. Comenzó a planear su estrategia mientras se cambiaba de ropa y dejaba una nota a Daniel, pegada en la nevera:

"Lo siento, mi amor. No puedo quedarme de brazos cruzados. Voy a encontrar a nuestro hijo".

Amanda huyó de casa sin decir nada. Sacó del armario la mochila que tenía preparada desde hacía tiempo para una emergencia, y salió pitando en cuanto su marido abandonó la casa para dar una vuelta y airearse. Sabía que Daniel intentaría frenarla o, peor aún, acompañarla. El vídeo ofreciendo la recompensa había tenido una gran repercusión, tal y como ella había anticipado, pero no había aportado ninguna pista concreta por el momento. En parte, ahora se arrepentía. ¿Y si un pirado, armado hasta los dientes, daba con el escondite de Claudia y se liaba a tiros sin ton ni son? La policía y Dan estaban en lo cierto. Había puesto en grave peligro la vida de Samuel. Pero... ¿pedir perdón públicamente a Claudia? Ni muerta. Sabía que eso había enfurecido a Daniel, pero ahora no tenía tiempo para lidiar con dramas sentimentales. Tenía que pensar y actuar rápidamente.

Después de ofrecerle la paz, aquella zorra había reactivado la guerra.

Pues tendrían guerra.

Antes de subir al coche se detuvo un momento en el jardín, buscando en la zona trasera de la cabaña el rincón que sabía que tenía mayor cobertura. La policía, sin duda, captaría una llamada hecha con un teléfono prepago en los alrededores, pero les resultaría imposible de rastrear. Ya había hecho varias llamadas en los últimos días. A Alicia, por supuesto. Volvió a llamarla antes de partir y le explicó sus planes de huida. Estaba dispuesta a esquivar a la policía y llegar a Madrid por su cuenta. Iba a hacer todo lo que estuviera en sus manos, incluso si para ello tuviera que saltarse de nuevo la ley. La policía actuaba demasiado despacio, necesitaban órdenes de registro, tenían que coordinar equipos internacionales... todo era burocracia y, ciertamente, ellos no eran los padres de Samuel. Pero, para Eva, cada segundo que pasaba lejos de su hijo era como una gota de ácido corroyéndole el alma. Tan doloroso, que la espera se le hacía ya totalmente insoportable. Ni siquiera se iba a parar a pensar en las consecuencias de sus actos, estaba dispuesta a todo con tal de rescatar a su hijo cuando antes. Antes incluso de que contactara con ella por primera vez, su amiga –al igual que el resto del planeta– había visto el vídeo en el que Eva ofrecía la recompensa de veinticinco millones de dólares, y se había puesto a investigar por su cuenta. Al fin y al cabo era mucha pasta y, además, ella creía disponer de cierta ventaja, dado su pasado en común. Trató de localizar a Claudia Vidal en secreto, utilizando todos los medios a su alcance, pero no había ni rastro de ella. Se había desvanecido como el humo. Por eso estaba tan convencida desde el primer momento, al igual que Eva, de que era ella quien se había llevado a Samuel. Si no, ¿por qué habría desaparecido sin dejar huella? Cuando Eva le confirmó la llamada a su casa, reconociendo los hechos, ya no quedó la más mínima duda. Eva había grabado –a escondidas– la llamada con su propio móvil, y le había enviado el archivo de audio a Alicia –a espaldas de la policía que dirigía el caso en Alaska–. Su amiga investigó día y noche la más mínima pista sonora que pudiera extraer del audio. Pero no había conseguido averiguar nada que revelara su paradero.

Después de hablar con ella unos instantes, Amanda cogió el coche y, antes de que Daniel se percatara de su ausencia, voló por la carretera rumbo al aeropuerto más cercano, el de Anchorage. Sabía que era el primer lugar donde la buscarían en cuanto Dan diera la voz de alarma sobre su ausencia. Dejó el coche en el *parking* de la terminal, hábilmente aparcado en una esquina donde intuía que la pequeña cámara de seguridad ofrecía un ángulo muerto. Después metió su móvil "oficial" en la guantera. El GPS dirigiría a la policía hasta allí, pero para cuando lo encontraran ella ya estaría muy lejos, sin un localizador encima que delatara su posición exacta. Antes de salir del coche, se cambió de ropa. Se puso unos pantalones de color verde oscuro, una camiseta blanca y una cazadora de cuero negro que Daniel no había visto nunca. Ató su larga melena pelirroja en una cola de caballo que convirtió después en un moño, y lo ocultó bajo una peluca negra con flequillo y un corte bob a la altura de la barbilla. Por último, se puso sus viejas gafas de montura negra. Eran lo suficientemente grandes como para cubrirle bien la cara. Se miró en el espejo retrovisor. Estaba irreconocible. Antes de abandonar el coche, echó un vistazo al asiento de atrás. La sillita de Samuel continuaba allí. Una lágrima rodó por la mejilla de Amanda, mojándole la cazadora. Trató de reponerse rápidamente. "Ya voy a por ti, mi amor", murmuró, antes de salir del vehículo.

Sacó de la mochila su pasaporte español y alquiló un coche en la primera oficina que encontró, en la misma terminal. A nadie se le ocurriría investigar a una tal Eva Acosta, así que la pista de Amanda Scott se perdería en el *parking* del aeropuerto. La policía de Shelter Bay tardó varias horas en darse por vencida. A pesar de haber localizado el coche en el aparcamiento, ninguna cámara de seguridad había podido captar su salida, ni a dónde se dirigió después. La desaparición de Amanda se convirtió también en un misterio que trajo de cabeza tanto a los investigadores como a su marido, que no daba crédito al vuelco que había experimentado su vida en las últimas semanas. "¿Con quién me he casado?", se preguntaba por las noches, hasta quedarse dormido en la cama vacía de su hijo. Una duda insidiosa se le instaló en el alma. El amargo presentimiento de que la mujer que amaba no era quien decía ser y que, por culpa de algún error cometido en el pasado, su hijo le había sido arrebatado para siempre. Si eso era así, no sabía si sería capaz de perdonarla. Por las mentiras. Por haber puesto en peligro a un niño inocente. Y, sobre todo, por haberle abandonado ahora, cuando más la necesitaba.

Amanda tardó algo más de dos días en llegar a Canadá. Su destino se encontraba a casi cuarenta horas en coche desde Anchorage. Se detuvo a dormir unas horas en un motel en el que se registró con nombre falso, y continuó a base de café y grandes dosis de chocolate. Había ocultado en la mochila una gran cantidad de dinero en efectivo, así que no había una tarjeta de crédito que rastrear, ni una reserva de hotel, ni un pago en una gasolinera. Nada. Dejó el coche en el Aeropuerto Internacional de Vancouver, en una oficina de la misma compañía de alquiler, y cogió el primer avión a París. Desde allí, viajaría en tren nocturno a Madrid. Los controles de seguridad de la estación de Atocha eran mucho más fáciles de sortear que los del aeropuerto de Barajas, donde era más que probable que la policía estuviera pendiente de su llegada. Aunque –gracias a su identidad falsa– no tenía por qué haber ningún problema, cualquier precaución era poca.

Eva llegaba al fin a Madrid casi veinticuatro horas después de despegar en Vancouver. Estaba agotada, pero no había dejado tras de sí el más mínimo rastro a seguir. Alicia la esperaba en la estación y, únicamente con mostrar su placa un par de veces, logró sacar a su amiga sin pasar un solo control policial.

Al llegar al coche patrulla, se fundieron en un largo abrazo. Una vez más, se veían obligadas a luchar juntas contra la antigua compañera de colegio que se había aferrado a sus vidas como una lapa, convirtiendo sus días en una eterna pesadilla.

—Gracias por venir —dijo Eva, muy emocionada. Alicia se dio cuenta de que tenía ante ella a una mujer doblegada, rota. No era ya la misma persona que abandonó Madrid tres años antes, tras dar por finalizado su plan de venganza. Y eso que intuía que había mucha información que Eva le había ocultado para protegerla. Pero nunca se pondría a indagar. Le daba igual el alcance de sus actividades delictivas. Nunca podría traicionarla. Había matado personalmente a los cabrones que violaron a su amiga cuando era una adolescente. Era policía, sabía que nunca pagarían por ello. No se arrepentía de nada. Le agradaba que Eva siguiera confiando en ella ciegamente, como cuando eran niñas. De no haber sido por ella, por su valor —hace años— al chivarle a su madre que Alicia se estaba matando de hambre, probablemente ahora estaría a diez metros bajo tierra. Estaría en deuda con ella eternamente. Y, aunque nunca se atrevería a confesarlo, la amaría eternamente en silencio.

También Eva se dio cuenta de que su amiga había cambiado. Sintió un pequeño escalofrío al reparar en sus profundas ojeras, los mismos surcos negros que subrayaban sus ojos en su adolescencia. Había vuelto a perder peso. Aunque el uniforme policial le aportaba algo de envergadura, los pómulos afilados y las manos huesudas no dejaban lugar a dudas. Alicia volvía a luchar contra sus eternos problemas alimenticios. Se preguntó para sí misma si haberla implicado en los siniestros acontecimientos que rodeaban su existencia, despertando los fantasmas del pasado, no habría sido un grave error.

—¿Estás bien? —preguntó.

Alicia sabía perfectamente por dónde iba.

—Eso tendría que preguntártelo yo a ti, ¿no? —respondió, desviando el tema.

Eva comprendió que no era el mejor momento para iniciar una charla sobre la anorexia así que, sin perder más tiempo, le pidió que la llevara a su casa, la antigua residencia de su tío Luis.

—¿Aún lo tienes todo? —preguntó.

Alicia asintió con la cabeza.

Una vez en el piso, la policía acompañó a su amiga hasta una pequeña habitación, que en vida de sus tíos había hecho las veces de trastero. Allí, amontonados en un rincón estaban los monitores, ordenadores portátiles y demás dispositivos de escucha que Eva instaló en su momento, dispuestos sin orden ni concierto en cajas de cartón medio

abiertas, como si de un mercadillo de trastos viejos se tratara.

—Soy muy mala con la tecnología —se disculpó Alicia—. Anoche traté de volver a conectarlo todo, pero no tengo ni idea de cómo funciona.

—Vamos a llevarlo todo al salón —respondió Eva—. Tengo que conectarlo a la red.

Tras unas cuantas horas tratando de volver a poner el sistema en funcionamiento, conectando las pantallas a los ordenadores, extendiendo cables y tecleando sin descanso, Eva llegó a la conclusión de que los dispositivos de escucha y video vigilancia que había instalado en casa de Claudia habían sido desconectados, o habían sufrido algún desperfecto.

—De acuerdo —dijo Eva, dándose por vencida—. Vamos a pasarnos por casa de Claudia.

En media hora, el coche patrulla estaba aparcado en la puerta del chalet de la familia Loyola-Vidal, como seguía rezando el buzón de entrada, que sobresalía apenas entre el descuidado seto de arizónicas que rodeaba el jardín de la casa.

La vecina de enfrente salió apresuradamente al ver llegar el coche de policía.

—Buenos días agente, soy Valeria, vivo en el número 4 —dijo, señalando el número de metal dorado que, efectivamente, indicaba que el chalet de enfrente correspondía a dicha numeración. Al ver el uniforme, la mujer se dirigió directamente a Alicia, pero de cuando en cuando lanzaba una mirada inquisitiva a Eva, por el rabillo del ojo. Ésta, aunque iba perfectamente camuflada bajo su peluca negra y unas oscuras gafas de sol, temió por unos instantes ser descubierta. Al fin y al cabo, vivieron puerta con puerta durante el breve período en que estuvo casada con Jorge, aunque Eva se cuidó bastante de no intimar demasiado con ella. Desde el principio la caló como la típica vecina metomentodo. Se alejó unos metros de ellas, fingiendo hablar por teléfono, pero en realidad no perdía detalle de la conversación.

—¿Se sabe algo de Claudia? Mi marido y yo estamos en un sinvivir desde que emitieron ese vídeo por televisión. ¿Pero qué locura es esa? Al principio pensamos que era otra mujer, alguien que se le parecía, pero después los informativos dieron el nombre y, bueno... ¡Es que aún no nos lo creemos! ¿Claudia, involucrada en un secuestro? Tiene que haber sido un error...

La mujer parloteaba sin control por lo que, en un momento dado, Alicia se vio

obligada a interrumpirla.

—Disculpe Valeria, seguro que mis compañeros ya la han importunado bastante con sus preguntas, pero dígame... ¿Tiene usted constancia de si la señora Vidal ha regresado en algún momento a su domicilio? ¿La ha visto usted entrar o salir, o a algún miembro de su familia?

—No, nada. Hace meses que la casa está completamente vacía. Nos marchamos unos días fuera, de viaje, y cuando volvimos ya no estaban. Ni siquiera se despidieron. Teníamos bastante amistad, la verdad, pero me ha sido imposible localizar a Claudia. La llamé al móvil, pero al parecer el número ha sido dado de baja. Tampoco contesta a mis mails, me los devuelven todos. La verdad es que, desde que Jorge murió, la pobre no volvió a levantar cabeza... Aunque ya antes de eso, el episodio con la niña y el cuchillo nos puso los pelos de punta. Y el pequeño, que no se sabe bien quién es el padre... Es todo tan extraño... No sabemos qué pensar...

—Gracias por su ayuda, Valeria. Estamos haciendo todo lo posible por localizarla, nos preocupa el bienestar de los niños. Le voy a dejar mi tarjeta —dijo Alicia—. Por favor, llámeme si se pone en contacto con usted, o si tiene constancia de cualquier dato nuevo que pueda ayudar en la investigación.

—Por supuesto, claro que sí —respondió la vecina, antes de regresar a su casa.

Eva y Alicia se quedaron solas frente al portón de acceso al jardín. Eva sacó un pequeño mando a distancia de su mochila.

—No creo que funcione, pero por probar...

Pulsó el botón y, para el asombro de ambas, la doble puerta de hierro comenzó a abrirse desde el centro hacia ambos lados, como dándoles la bienvenida.

Optaron por dejar aparcado fuera el coche de policía y entraron a pie en el jardín, recorriendo con cautela el caminito de gravilla que comunicaba con la puerta principal de acceso al chalet. Eva probó suerte con su llave. Había guardado una copia al marcharse. Una medida más de seguridad. Como era de esperar, Claudia había cambiado la cerradura. Haciendo uso una vez más del mando a distancia, Eva probó a abrir con él la puerta del garaje. Por lo visto, no habían reparado en cambiar la frecuencia o hacerse con uno nuevo. El portón metálico se elevó sin problema y, una vez dentro, Alicia pudo forzar con discreción la puerta que daba acceso interior a la cocina. Tras recorrer todas las estancias de la casa, pudieron confirmar la versión de la vecina. Parecía que la

vivienda llevaba varios meses deshabitada. Las persianas estaban bajadas y en el ambiente se respiraba el olor característico de las estancias que no se han ventilado en mucho tiempo. El polvo había comenzado a cubrir los muebles y el suelo con una fina capa. El césped estaba descuidado, al igual que el resto del jardín, y se había empezado a formar un poco de verdín en la piscina.

Eva registró armarios, cajones y posibles escondites en busca de papeles o algún indicio que pudiera revelar el paradero de Claudia. Se habían llevado algo de ropa, no toda. "Lo necesario para huir sin cargar demasiado", pensó. También echó de menos un par de marcos de fotos del salón, y la urna con las cenizas de Jorge. Casi por casualidad, un pequeño destello brillante en el suelo le llamó la atención. Se acercó para comprobar qué era. Se trataba de uno de los pequeños micrófonos, con la apariencia de un discreto botón, que Eva había instalado años atrás. Estaba abandonado en una esquina del salón. Alarmada, volvió a recorrer las habitaciones una por una. No había ni rastro de las cámaras de vigilancia que Eva, con ayuda de Adriana, había camuflado en lugares estratégicos. Sin duda Claudia debía haber dado con ellas, porque el lugar exacto donde debían estar se encontraba agujereado o arañado con saña, como si hubieran sido arrancados con rabia. Eva temió entonces por Adriana. ¿Y si Claudia la había descubierto? Un escalofrío le recorrió el cuerpo. ¿Y si esa fuera la verdadera causa por la que había decidido devolverle el móvil con las pruebas del asesinato de Mónica? ¿Lo hizo extorsionada por Claudia, o simplemente las cosas se desmadraron y optó por deshacerse del maldito teléfono y poner tierra de por medio...? Sintió que le acechaba un ataque de pánico. Por favor, que no le hubiera ocurrido nada a Adriana y a su familia, rezó. Tenía que localizarla como fuera.

Tras comprobar que en aquella casa no había nada que arrojara luz sobre el paradero de su hijo, volvieron al coche patrulla sin saber muy bien a dónde encaminar sus pasos. Condujeron un rato sin rumbo, mientras pensaban en voz alta. Eva transmitió a su amiga sus sospechas.

—Tenemos que encontrar a Adriana. Tengo miedo de que le haya ocurrido algo — dijo Eva.

—Entonces vamos a la comisaría. Desde mi despacho podemos realizar una búsqueda más completa —contestó Alicia—. Pero antes haremos una visita sorpresa a su hermana. Claudia vivió con ella un tiempo, tras el divorcio. Yo misma la llevé allí la mañana siguiente de su detención. He intentado localizarla en el móvil, pero lo tiene siempre apagado. Seguro que sabe algo.

Alicia llamó al timbre. Acordaron que Eva permaneciera esperando en el coche. Temían que Paula se negara a abrir la puerta si la veía por la mirilla. Para su sorpresa, una mujer alta, elegantemente vestida, con el pelo recogido en un moño bajo, abrió la puerta.

—Buenos días, agente —dijo pausadamente, dirigiéndose a Alicia—. ¿Qué puedo hacer por usted?

—Estoy buscando a Paula Vidal —aclaró Alicia.

—¿Quién pregunta por Paula? —bramó una voz masculina desde el interior de la casa.

—Es una agente de policía, cariño... —contestó la mujer, dirigiendo la voz en aquella dirección.

A los pocos segundos, Marcos, el marido de Paula, aparecía en el descansillo junto a la mujer que había abierto la puerta.

—No te preocupes amor, ya me ocupo yo —dijo Marcos, besando a la mujer, que asintió sumisamente con la cabeza y desapareció por donde había venido.

—¿Qué quiere? —preguntó Marcos, interponiendo su cuerpo entre el umbral de la puerta y el descansillo de la vivienda, sin facilitarle el paso. Alicia permaneció de pie junto al felpudo de la entrada.

—Estoy buscando a Paula. En realidad necesito localizar a su hermana, Claudia. Usted no sabrá dónde está, ¿verdad? —inquirió Alicia, adoptando un profesional tono neutro.

—Ni lo sé ni me importa —contestó el hombre con desdén. Cada una de esas seis palabras arrastraba una evidente carga de rencor—. Hace un par de años que conocí a Carolina —explicó, señalando con un ligero gesto de cabeza al espacio por el que había desaparecido la mujer—, y le concedí a Paula la anulación. Llevaba años pidiéndomela, así que al final cedí... Carolina y yo nos casamos en seguida y no tengo ni idea de dónde estará mi ex esposa, y mucho menos mi ex cuñada, como se puede imaginar... No tenemos ningún contacto. Solo sé que Paula se llevó a su madre y se marchó al día siguiente de firmar los papeles. No he sabido nada más desde entonces.

—Muchas gracias por su colaboración —dijo Alicia, comprendiendo que allí no

había nada más que rascar —. Por favor, si se pone en contacto con usted, le ruego que me llame —se despidió Alicia, tendiéndole su tarjeta.

—¿Todo esto es por lo del vídeo? —preguntó Marcos—. La policía vino ya hace unos días y les dije lo mismo. Pensé que ya se habrían olvidado del tema. ¿No creerá usted en serio que la imbécil de mi cuñada es lo suficientemente inteligente como para planear una cosa así, no...?

—Usted llámame si se entera de algo, ¿de acuerdo? —dijo Alicia, bajando ya por las escaleras.

—De acuerdo —dijo Marcos, mientras cerraba la puerta—. Pero dudo mucho que vuelva a saber de ellas.

Tras el intento infructuoso de encontrar a Paula, las dos amigas se dirigieron a la comisaría. Eva había tratado localizar a Adriana en su antiguo número de móvil, pero éste le había devuelto el consabido mensaje de “el número marcado no existe”. Sentadas frente al ordenador en su pequeño despacho, comenzaron a investigar. Primero consultaron el listado de todas las personas fallecidas en torno a la fecha en que Eva había recibido el paquete de Adriana. Respiraron aliviadas al comprobar que ni ella, ni su madre ni su hijo constaban en él, ni tampoco como ingresados en ningún hospital en todo el país.

—¿Cómo se llamaba el hijo? —preguntó Alicia de pronto, dándole vueltas a un palpito.

—Edwin. Edwin Salazar —respondió Eva.

—¿Y qué te comentó Adriana? Que estaba estudiando algo...

—Que había comenzado a estudiar en la universidad. Estaba muy orgullosa, quería ser arquitecto.

Alicia tecleó rápidamente y, al cabo de unos segundos, su rostro se iluminó.

—¡*Voilà!* —dijo, Alicia, casi gritando—. Aquí lo tenemos. Está matriculado en la UIC, en Barcelona. ¡Debe ser allí donde viven ahora!

A Eva se le iluminó el rostro.

—Dame unos segundos y averiguo su dirección, el número de móvil y toda la información que pueda.

Al cabo de media hora Eva tenía en sus manos el nuevo número de teléfono de Adriana, apuntado en un post it amarillo. Estaba claro que algo había ocurrido. No era normal que se hubiera mudado tan lejos —Edwin podía haber continuado perfectamente sus estudios en Madrid—, ni que Adriana hubiera dado de baja su anterior número de móvil. Eva marcó el número con decisión, desde el teléfono fijo del despacho de Alicia. Tan solo tuvo que dejar pasar un par de tonos antes de escuchar de nuevo la voz cantarina de Adriana. Sonaba alegre, confiada.

—¿Sí, dígame?

—Hola Adriana... Soy Eva.

Se hizo un largo silencio al otro lado de la línea. Las dos mujeres casi podían ver el rostro de Adriana, transmutado al escuchar la voz de su antigua aliada.

—¿Señora Eva? —preguntó Adriana, incrédula. Tenía un nudo en la garganta. Se la oía sollozar. Quedamente, al principio. Un poco más angustiada, unos segundos después.

—Tranquila, Adriana. No te asustes. Está todo bien, no pasa nada.

—Ay, señora Eva... ¡No sabe el miedo que tengo! La señora Claudia se volvió loca, loca del todo...

De golpe, Adriana comenzó a desahogarse. Parecía que llevara mucho tiempo deseando librarse de aquella carga.

—Encontró las cámaras y los micrófonos —prosiguió—. No sé cómo lo hizo. Solo sé que comenzó a chillar, a renegar de usted a gritos por toda la casa. Los niños estaban asustadísimos, y yo también. Temí que me descubriera, así que decidí marcharme. Por eso le devolví a usted el teléfono. Me aterrorizaba que ella pudiera encontrarlo, ¡puso la casa patas arriba! Coincidió con la admisión de mi Edwin en la universidad. Yo no tenía previsto mudarme con él, pero me asusté tanto... Así que, con esa excusa, le di unos días de preaviso y me marché. Estaba tan histérica que ni siquiera trató de convencerme para que me quedara. ¡Lo siento muchísimo, señora Eva! Dejé solos a mis niños, con ella... ¡Tengo tantos remordimientos! Pero también tenía que pensar en mi familia, lo

comprende, ¿verdad?

—Claro que sí, Adriana, no te preocupes por nada. Tú no tienes la culpa. Has hecho lo que tenías que hacer, yo habría hecho lo mismo —contestó Eva, tratando de tranquilizarla.

—Una amiga mía vive aquí cerca, en Cornellá. Me ayudó a encontrar piso y un empleo. Con papeles es mucho más sencillo, claro... —el tono de voz de Adriana comenzó a relajarse, y su discurso se volvió algo menos agitado—. Después, hace unos días, vi el vídeo en internet. No podía creerlo... ¿Es cierto, señora Eva? ¿Cree de verdad que la señora Claudia se ha llevado a su pequeño? —preguntó Adriana, sin parar de llorar. Las lágrimas interrumpían su discurso cada pocos segundos, y tenía que esforzarse por tomar una honda bocanada de aire y continuar—. He tratado de contactar con Laura, pero no consigo localizarla. Antes tenía un móvil, pero creo que su madre se lo debe haber quitado. Ya ni siquiera da señal. No quiero ni imaginarme que sea cierto, pero también sospecho de ella... Sí, tal y como estaba cuando la dejé, creo que ella sería capaz de llevarse a su hijo.

—Piensa, Adriana... ¿Sabes dónde puede estar escondiéndose?

—Le he dado muchas vueltas... No se me ocurre nada, excepto... quizás...

—¿Sí?

—¿Han mirado en el caserío de Jaizkíbel?

Alicia y Eva partieron camino de Hondarribia muy temprano, antes de amanecer, en un coche de alquiler. Si realmente Claudia se ocultaba allí, no querían alertarla anunciando su presencia en un coche patrulla. Llegaron antes del mediodía y aparcaron el vehículo a unos doscientos metros del caserío, camuflado en un recodo del sendero que daba acceso a la finca. Alicia pasó más de media hora oteando el interior de la casa y sus alrededores con unos potentes prismáticos. No se apreciaba movimiento alguno. Tampoco había ningún coche a la vista, pero dedujeron que probablemente la casa contaría con un garaje cubierto, tal vez en la parte de atrás o en el lateral derecho, que quedara oculto por la perspectiva.

—¿De verdad nunca has estado aquí? —preguntó Alicia de nuevo, extrañada.

—Ya te he dicho que no —contestó Eva, malhumorada—. Yo aprovechaba las escapadas que hacía Jorge aquí con la niña para viajar y ocuparme de mis... negocios —prosiguió, negándose a proporcionarle a Alicia más detalles de los estrictamente necesarios.

—Vale, vale, no te pongas así. Es solo que nos habría venido bien contar con más información sobre el terreno, la disposición de la vivienda... Pero no importa. Vamos a entrar ahí y a registrar la casa de arriba a abajo. ¿Preparada?

Eva asintió con la cabeza. Alicia arrancó el coche y lo dejó aparcado junto a la entrada del caserío, justo donde acababa el camino y comenzaba el jardín. Éste no estaba vallado y se confundía con la ladera de la montaña, que comenzaba su ligera ascensión a unos doscientos metros detrás de la casa. Primero rodearon juntas el caserío. Por precaución, Alicia desfundó su arma, que había llevado consigo a pesar de ir de paisano. Con mucha cautela, dieron la vuelta a la edificación. Escudriñaron desde los amplios ventanales las dos estancias que componían la casa de invitados. Se trataba de un pequeño anexo al edificio principal. Todo en su interior parecía en orden, ni rastro de movimiento. Abrieron con cuidado el portón de madera de la caseta de herramientas, donde se apilaban todo tipo de utensilios de jardín y un enorme montón de leña, sin encontrar nada fuera de lo normal. La piscina estaba cubierta por una lona, que la protegía de las inclemencias del tiempo cuando no estaba en uso. Sobre ella se amontonaba una pequeña cantidad de hojas secas, pero el jardín en general parecía cuidado. En una esquina del terreno, bajo un majestuoso árbol que reinaba algo apartado del resto, vislumbraron dos discretas lápidas esculpidas en piedra. Se acercaron para observarlas de cerca. Como ya imaginaban, eran las tumbas del doctor Vidal y de su hijo Pablo. Un detalle les llamó poderosamente la atención. No había ni rastro de la tumba de

Jorge. Cuando murió, Claudia había expresado su firme propósito de enterrarle allí, en Jaizkíbel. La urna con las cenizas no estaba en la casa de Madrid, Eva lo había comprobado expresamente. Un amargo presentimiento de apoderó de ellas. Se miraron a los ojos abatidas, como leyéndose el pensamiento. Tal vez tampoco en esta ocasión habían dado con el escondite de Claudia... De repente, un potente grito a sus espaldas las arrancó bruscamente de sus deliberaciones:

—¡Alicia! ¡Suelta esa pistola ahora mismo!

Muy lentamente, Eva y su amiga se giraron para averiguar quién se hallaba tras ellas. Aferrada firmemente a una escopeta de caza, Paula las apuntaba con manos temblorosas.

—¡Tira la pistola! —le ordenó Paula de nuevo. Estaba tan nerviosa que parecía a punto de perder el equilibrio. Todo su cuerpo se cimbreaba, como agitado por un viento invisible, y tenía los ojos empañados de pura tensión.

Alicia no obedeció. Muy despacio, ambas mujeres giraron el cuerpo ciento ochenta grados, hasta situarse frente a frente con Paula, que se encontraba a una distancia de unos veinte o veinticinco metros de ellas.

—Hola, Paula. Tranquila —dijo Alicia, apuntándola a su vez con la pistola—. Por favor, baja el arma, y yo bajaré también la mía.

Mientras tanto, con movimientos pausados, Eva procedió a quitarse la peluca y las gafas de sol. Paula ahogó un grito de pavor al revelarse su verdadera identidad. Era evidente que, en un primer momento, la había tomado por otra agente de policía. Las tres permanecieron así unos minutos, sin atreverse a romper el silencio. Al fin, Paula se rindió a la tensión y, mirando fijamente a Eva, comenzó a bajar la escopeta.

—¿Cómo se te ocurrió grabar ese vídeo? —le reprochó. Lágrimas de odio y rencor se deslizaban ya libremente por sus mejillas—. ¿Sabes el infierno en que has convertido nuestras vidas?

Sin decir nada más, dio media vuelta y se encaminó hacia el interior del caserío. Alicia y Eva se quedaron clavadas en el sitio, sin saber cómo reaccionar. Paula, volviéndose hacia ellas, les hizo un gesto con la cabeza para que la siguieran.

Las tres mujeres entraron en el caserío. Paula dejó la escopeta apoyada en una esquina del recibidor y cerró la puerta tras ellas.

—No está cargada —dijo, mirando a Alicia. Ésta lo interpretó como un señal para

relajarse, y respondió al gesto enfundando su pistola en la parte trasera de su pantalón.

La puerta de entrada daba paso a un espacioso distribuidor en el que destacaba la imponente escalera de madera que conducía a las plantas superiores. Un enorme armario ropero con puertas de madera envejecida presidía el fondo del *hall*. A ambos lados de éste descansaban unos arcones antiguos con coloridos motivos pintados a mano. Una discreta puerta entreabierta junto a la escalera dejaba intuir un pequeño aseo. El espacio se repartía de forma diáfana, con dos amplias estancias a ambos lados del recibidor. Unos amplios arcos sin puertas marcaban los límites del salón, a la derecha, y el comedor con cocina americana, a la izquierda.

Como es habitual en el norte, las nubes que cubrían el cielo encapotado a primera hora de la mañana habían comenzado a retirarse, y la cálida luz del mediodía se filtraba por los amplios ventanales, inundando las estancias de inclinados rayos de sol.

Las dos mujeres siguieron a Paula hasta la cocina. Allí, sentada en una cómoda butaca, la madre de ésta permanecía sentada e inmóvil de cara al ventanal, con la mirada perdida más allá de los confines del jardín.

—Está completamente ida —explicó Paula—. Pero prefiero que charlemos aquí, si no os importa. A veces se levanta y se pone a vagabundear por la casa. No puedo perderla de vista mucho tiempo.

Les indicó que podían tomar asiento en los bancos de madera que bordeaban una larga mesa en el centro de la estancia. Eva escrutaba cada detalle de la habitación en busca del más mínimo indicio de la presencia de Claudia o de su hijo en el caserón.

—¿Qué haces en esta casa, Paula? —le preguntó Eva, sin rodeos.

—Cuando conseguí que Marcos me concediera la anulación me trasladé con mi madre al chalet de mi hermana, pero la convivencia se volvió muy complicada. Claudia no lograba recuperarse de la muerte de Jorge, y no ayudaba nada a sobrellevar el estado de mi madre. Aquello era un circo. Los niños andaban como locos, en especial Laura, que es la que más sufría los ataques de ira de su madre. Cuando no pude soportarlo más, me senté a hablar con mi hermana. Ella razonó y se dio cuenta de que no podíamos seguir así. Me ofreció venirme a vivir aquí con mi madre, y a mí me pareció una solución perfecta. Nos trasladamos hace unos meses. Ha sido muy generosa conmigo. Me dio bastante dinero de la herencia de Jorge, para poder quedarme aquí y cuidar de la casa y de nuestra madre sin preocuparnos de nada más.

Alicia y Eva escuchaban atentamente el relato, tratando de calibrar si podían fiarse de la historia que les estaba contando o si, por el contrario, aquello era una patraña que tuviera como único objeto proteger a su hermana.

—Todo iba bien para nosotras hasta que se te ocurrió la brillante idea de lanzar ese puñetero vídeo a diestro y siniestro —prosiguió Paula, clavando su mirada encendida sobre Eva—. ¿Tienes idea de la que has montado? La noche que el vídeo apareció en todos los telediarios del mundo Claudia me llamó histérica, llorando. Para despedirse. Me dijo que tenía que proteger a sus hijos como fuera. ¿Te imaginas el pánico de saber que medio planeta te está buscando para matarte? ¡Por una recompensa de veinticinco millones de dólares debe haber miles de personas dispuestas a asesinar a quien sea!

Eva sostuvo la mirada de Paula, desafiante. No le daba ninguna pena el terror de su enemiga. Y menos aún después de haber recibido la llamada telefónica diciendo que no le devolvería a su hijo en muchos, muchos años.

—Paula, ya está bien de juegos. Dime dónde está Claudia —dijo Eva, a punto de perder la paciencia—. Créeme. Es mejor que la encuentre yo a que lo haga cualquier otro.

—Eva tiene razón —intervino Alicia—. ¿Quieres pasarte la vida acechando con una escopeta a todo el que se acerque a tu jardín? A nosotras no nos ha costado averiguar dónde estabas. ¿No crees que alguien lo suficientemente motivado —y veinticinco millones de dólares son una poderosa motivación— dará contigo antes o después?

Paula temblaba, desplazando su mirada de una a otra.

—Por favor, tenéis que creerme. No sé dónde está. Solo llamó para despedirse y decirme que tenía que esconderse para proteger a sus hijos. No he vuelto a saber nada de ella desde aquella llamada. Pero estoy convencida de que no sería capaz de hacer algo así. Soy su hermana. La conozco. ¡Si ha huido es por puro instinto de supervivencia!

—Pues yo sí que he sabido de ella —contestó Eva, enérgicamente. A continuación, sacó una pequeña grabadora de su mochila y la dejó en mitad de la mesa. Sin mediar palabra, pulsó el botón de reproducción y la voz de Claudia inundó la habitación:

“Tienes razón. Esto ya no es un juego. Porque no tienes ni una sola oportunidad de ganar. Así que te diré cómo está la cosa: me voy a quedar con tu hijo un tiempo. No le encontrarás. No le verás crecer. Esta será mi venganza. Cuando sea mayor de edad

le contaré la verdad. TODA la verdad. No sé cómo reaccionará... Si quiere volver contigo, será libre para marcharse. Si prefiere quedarse con la mujer que le ha criado como a un hijo en lugar de correr a los brazos de la psicópata de su madre biológica... bien, ¿qué puedo hacer yo entonces? Mientras tanto, si quieres asegurarte de que el niño no sufra ni el más mínimo rasguño, mantente alejada de mí y de los míos. Si me entero de que te acercas aunque sea a un kilómetro de mí, nuestro trato se rompe. Y, créeme... eso es algo que no queremos ninguna de las dos”.

Eva detuvo la grabación. Lentamente, Paula levantó la vista y la posó sobre los ojos de Eva.

—No sé qué decir... —se cubrió el rostro con las manos—. No... no puedo creerlo, lo siento... Esto no puede estar pasando...

Paula se levantó de la mesa y se detuvo, de pie, junto a su madre. Parecía desolada, mientras su mirada y sus pensamientos se perdían también en la lejanía.

—¿Tienes algún inconveniente en que registremos la casa? —preguntó Alicia.

—Claro que no —contestó Paula—. Mirad todo lo que queráis. Ya os he dicho que no están aquí.

Alicia y Eva procedieron a registrar la vivienda. Empezaron por la planta baja, y de allí fueron subiendo hacia arriba. Si estaban ocultos en alguna habitación, no podrían bajar las escaleras sin que ellas les vieran. Recorrieron la planta de abajo sin encontrar nada fuera de lugar. No había nada que resultara sospechoso, ni demasiados lugares donde esconderse. Subieron a la primera planta, que constaba de tres amplias habitaciones, todas ellas con baño en suite. Abrieron todos los armarios, miraron debajo de las camas, dentro de las duchas, de los arcones... Nada. Por último, subieron a la última planta. Toda ella era una gran sala abuhardillada con amplios sofás, alfombras, y butacas donde leer y relajarse. Las paredes estaban recubiertas por estanterías repletas de libros y en una esquina, bajo una enorme claraboya, había un gran tablero de diseño donde, sin duda, trabajaba Jorge cuando se escapaba en busca de inspiración. Sobre él todavía descansaban un par de planos con esquemas a medio dibujar. Tardaron varias horas en inspeccionar hasta el último centímetro de cada estancia. Solo cuando hubieron registrado palmo a palmo cada rincón de la casa, Eva y Alicia decidieron darse por vencidas. Desoladas, se despidieron de Paula y, sin palabras, se encaminaron de nuevo al coche. Paula las observó alejarse desde el umbral de la puerta. Cuando apenas habían

recorrido una decena de metros, un destello brillante que emanaba de entre la hierba del jardín llamó la atención de Eva. Desde la distancia no podía concretar por qué aquella forma, que iba cobrando más claridad según se acercaba a ella, le resultaba tan familiar.

—¿Dónde vas? —preguntó Alicia, al ver que Eva se desviaba del camino.

Eva no contestó. Se agachó y recogió un objeto del suelo. Ni Alicia ni Paula podían adivinar desde donde estaban de qué se trataba. Eva se incorporó lentamente y, con la misma parsimonia, se acercó hasta donde estaba Alicia. Entonces, con un movimiento brusco, le arrebató la pistola que ésta había colocado en la parte trasera de su pantalón y salió corriendo a toda velocidad en dirección a Paula. Todo sucedió tan rápido que a ésta no le dio tiempo a cerrar la puerta para sortear a Eva, que se abalanzó sobre ella derribándola en el suelo del recibidor. Cuando Alicia —que tardó apenas unos segundos en alcanzarla— entró en el caserío, Eva ya tenía a Paula acorralada contra la pared. Con una mano sujetaba la pistola, cuyo cañón había introducido en la boca de la mujer. En la otra mano sostenía frente a ella, a la altura de sus ojos, el objeto que había recogido en el jardín. Se trataba de un cochecito metálico de juguete, idéntico al que aparecía en la foto de Samuel, la que mostró a la prensa y al mundo entero el día que ofreció la recompensa. Paula lloraba a lágrima viva y temblaba como una hoja, presa del pánico. Alicia comprobó desde la puerta que la mujer se había orinado encima. Un reguero de líquido se deslizaba por sus piernas, creando un pequeño charco ante sus pies. Eva ni se inmutó.

—Me vas a decir ahora mismo dónde está mi hijo, o te juro por Dios que te meto una bala en la cabeza —dijo con frialdad.

Alicia nunca la había visto así.

—Eva, por favor, baja esa pistola. No sabes manejarla. Vamos a calmarnos, ¿eh? —dijo Alicia, acercándose a ella muy despacio.

Eva estuvo a punto de lanzar una carcajada. Sin duda, aquel no era el mejor momento para explicarle a su amiga la cantidad de horas que había pasado afinando su puntería reventando latas en los bosques de Alaska, ni tampoco para hablarle del arma que ocultaba bajo el somier de su cama en Shelter Bay. Y, de todas formas, no hacía falta tener mucha formación para volarle a alguien la cabeza cuando apoyas el cañón del arma directamente sobre su rostro.

—No des un paso más. Espérame fuera. ¡No te necesito aquí ahora! —gritó Eva, cada vez más alterada.

—¡Piensa un poco! ¡Tal y como está no te va a poder decir nada, dale la oportunidad

de explicarse! —replicó Alicia, elevando también el tono de voz.

Eva sacó la pistola de la boca de Paula y se la puso bajo la barbilla, al tiempo que quitaba el seguro.

—Ahora puedes hablar. Dime de una puta vez... ¡¿DÓNDE ESTÁ SAMUEL?! ¡Este coche es suyo, lo llevaba en la mano el día que se lo llevaron!

—Eva, por favor, es un coche normal y corriente, ¡lo venden en tiendas de todo el mundo! ¡Debe ser de mi sobrino Jorge! Mi hermana estuvo aquí unos días con sus hijos cuando nos mudamos, nos ayudó a instalarnos a mi madre y a mí... ¡Seguro que hay más juguetes esparcidos por el jardín! Siempre que me pongo a arreglar las plantas sale alguno, ¡por el amor de Dios! —explicó Paula desesperada.

—¡NO TE CREO! ¡No creo ni una palabra de lo que nos has contado! ¡SAMUEEEL! ¡Samu, hijo mío!, ¿me escuchas? —comenzó a gritar Eva, a pleno pulmón. Pistola en mano, se dispuso a recorrer de nuevo el caserío palmo a palmo, gritando el nombre de su hijo en cada habitación, abriendo las ventanas de par en par. Salió de nuevo al jardín, seguida a corta distancia de Alicia, que trataba en vano de tranquilizarla. Levantó la lona de la piscina. No había nadie en su interior, como era de esperar. Se dirigió de nuevo a la casa de invitados y derribó la puerta de una patada.

—¡Samuel, estoy aquí! ¡Soy mamá! —continuaba gritando, completamente fuera de sí. Registró las estancias de la casita pero no encontró nada, ni un solo indicio de que alguien la hubiera ocupado recientemente. Gradualmente, el ataque de ira fue remitiendo en intensidad hasta que, rendida ante la evidencia de que en aquella finca no había ni el más mínimo rastro de su hijo, se apoyó contra uno de los gruesos muros exteriores del caserío y se dejó caer al suelo, como una muñeca de trapo, desmadejada. Alicia aprovechó aquel momento de laxitud para, con extrema delicadeza, arrebatarse el arma de la mano derecha, que yacía casi inerte a su costado. A continuación se sentó a su lado en el suelo, y la rodeó con sus brazos tratando de reconfortarla.

—Lo siento mucho, Eva. De verdad. Ojalá nuestro presentimiento nos hubiera devuelto el resultado que queríamos. Pero parece obvio que Claudia ha sabido esconderse muy bien. Nos va a costar encontrarles, pero no vamos a parar hasta conseguirlo. Te lo prometo, ¿de acuerdo? Le encontraremos.

Eva ni siquiera lloraba. Permanecía allí, incrédula, incapaz de aceptar que no tenía ninguna pista más que seguir. Habían agotado todas las posibles líneas a rastrear. Ya no sabía dónde más buscar. No tenían nada.

—Eva, tenemos que marcharnos. YA —urgió Alicia—. Si nos quedamos un segundo

más, estoy segura de que Paula acabará llamando a la Ertzaintza. Y tendría todos los motivos del mundo para hacerlo, estaríamos en un lío muy gordo. Venga, vamos al coche.

Eva tuvo que realizar un esfuerzo verdaderamente arduo para ponerse en pie. Le habían abandonado todas las fuerzas, y la sola idea de recorrer la distancia que la separaba del coche se le antojó una tarea imposible. Apoyándose en el hombro de Alicia como en una muleta, consiguió al fin llegar al vehículo y permitió que su amiga le ayudara a sentarse, le acomodara las piernas, la cabeza, y hasta le abrochó el cinturón de seguridad. Paula, que había cerrado a cal y canto el portón de entrada, las observaba desde la ventana del salón, semicamuflada tras una cortina. No fue capaz de moverse del sitio hasta muchos minutos después de que el coche se hubiera perdido por completo de vista.

Comenzaba a anochecer. Alicia y Eva estaban agotadas, física y emocionalmente. El aeropuerto de Hondarribia se encontraba a menos de diez kilómetros del caserío.

—Alicia, déjame en el aeropuerto, por favor. Me voy a casa. No puedo seguir en España ni un minuto más. Estoy a punto de perder la cordura.

—Espera, ¿te marchas? —preguntó ella, extrañada—. Vamos, quédate unos días. Seguro que entre las dos somos capaces de averiguar más cosas —trató de convencerla. En realidad le partía el corazón verla marchar así, tan hundida, sin haber podido averiguar absolutamente nada sobre el paradero de su hijo. No podía ni imaginar su dolor. Pero deseaba con toda su alma ser capaz de ayudarla.

—No puedo. Ya no tengo fuerzas. Por favor, deja que me vaya.

Alicia no añadió nada más. Acompañó a su amiga hasta la terminal y le ayudó a sacar el billete. El avión despegaba en una hora, y debía dirigirse cuanto antes a la puerta de embarque, así que se despidieron con un fuerte abrazo, cargado de abatimiento y desolación.

—Gracias por todo, Alicia. No solo por lo de estos días. Por todo. Sé que sabes muchas cosas de mí. De mi doble vida, de mi otra identidad. Gracias por ser tan discreta y no hacer preguntas. Eres una buena amiga. Ojalá algún día pueda hacer algo por ti.

—Ya lo hiciste. Siempre te estaré agradecida por cuidarme cuando yo era incapaz de cuidar de mí misma. Me salvaste la vida, ya lo sabes.

—Pues ahora no dejes de cuidarte, ¿vale? Estás muy delgada. No quiero ser pesada, pero me preocupo.

—Lo sé. Te lo prometo. Me cuidaré.

Volvieron a abrazarse. Eva cogió el móvil de Alicia, directamente del bolsillo de atrás de su pantalón vaquero. Abrió la app del bloc de notas y escribió algo en él.

—Puedes seguir llamándome al móvil que ya sabes. Ésta es mi dirección de email. Solo la conoce Adriana. Por si hay alguna emergencia y no logras localizarme, ¿de acuerdo? Te apunto también un apartado de correos, por si necesitas enviar algo. Siento no poder ser más concisa, pero debo proteger mi nueva vida.

Alicia asintió, comprensiva. No quiso confesarle que hacía ya tiempo que había averiguado exactamente dónde vivía, en Shelter Bay, Alaska, y que se las había ingeniado para saber que allí llevaba una vida apacible y discreta, lejos de la angustia de Madrid. Al fin y al cabo, era policía. El aviso por megafonía que anunciaba el embarque de los pasajeros para el vuelo a Madrid las obligó a separarse. Se dijeron adiós con la mano y, algo más tarde, con la mirada. Alicia permaneció en el aeropuerto hasta que vio el avión despegar y alejarse en la oscuridad del cielo guipuzcoano, extrañamente despejado y cubierto de estrellas aquella noche. Finalmente, abandonó la terminal y se metió en el coche. Hubiera podido viajar en avión, pero tendría que dar muchas explicaciones para embarcar la pistola no estando de servicio. Le resultaba más cómodo regresar en coche a Madrid. Buscó un hostel en el pueblo para pasar la noche. Nada más entrar en la sencilla habitación se sentó en el borde de la cama y, abriendo la ventana de par en par, encendió un cigarrillo para tratar de aliviar la tensión del día. No llegó a dar la primera calada. La desazón por la impotencia y la pérdida le golpearon en el estómago con la fuerza de un bate de béisbol. Por primera vez en mucho tiempo, se permitió a sí misma dejarse llevar por las emociones, en lugar de reprimirlas. Lloró desconsoladamente, sintiendo como propia la ansiedad por la separación que debió sufrir el pequeño Samuel, a quien no sabía si llegaría a conocer. También sintió como suyo el dolor de su mejor amiga, separada de su hijo, sin pistas, sin un miserable indicio al que agarrarse. Por último, lloró su propia pena, su soledad, su incapacidad para ayudar a Eva, la persona a la que más amaba en el mundo, en el momento en que más la necesitaba. Lloró por tener que ocultar sus sentimientos, porque sabía que no podían ser correspondidos. Lloró hasta que sus ojos, hinchados y doloridos, dejaron de producir lágrimas. Y entonces se puso a pensar en su siguiente paso.

Paula dio de cenar a su madre y, como cada noche, la ayudó a acostarse en su habitación del primer piso. Luego bajó de nuevo las escaleras, recogió los restos de la cena y dejó la cocina limpia y dispuesta para el día siguiente. Cuando hubo terminado, apagó todas las luces y dio una vuelta por el jardín. La visita de aquel día le había dejado los nervios destrozados. Confiaba en no volver a ver a aquellas dos mujeres nunca más. Entró de nuevo en el caserío, asegurándose de que el portón de entrada quedara firmemente cerrado. Volvió entonces a la cocina, con la única iluminación de la luna y las estrellas, que alumbraban la penumbra lo suficiente como para no tropezar. Se detuvo frente a un antiguo aparador de madera blanca con vitrinas de cristal, que dejaban ver el contenido en su interior; apenas una decena de platos y vasos dispuestos ordenadamente en sendas baldas, además de una jarra para el agua y un par de fuentes de servir. Paula emitió un hondo suspiro. Aún con el susto en el cuerpo, miró a su alrededor como queriendo asegurarse de que nadie la acechara en la oscuridad. Luego, con decisión, apoyó las dos manos sobre el lateral del mueble y lo desplazó un par de metros hacia la izquierda. Éste apenas hizo ruido alguno al deslizarse sobre dos raíles, cuidadosamente disimulados sobre el suelo de baldosas. Al mover el mueble quedó al descubierto una pequeña puerta de madera blanca, perfectamente mimetizada con el color de las paredes de la cocina. Paula sacó una llave del bolsillo lateral de su vestido y abrió la puerta. Ésta daba paso a una inclinada escalera cuyos últimos escalones se perdían en la oscuridad. Tanteando con la mano la pared a su derecha, accionó un interruptor que arrojó una tenue luz sobre la escalera. Paula descendió los peldaños a toda velocidad.

El antiguo sótano, reconvertido en bodega y sala de juegos, era la joya mejor guardada de la casa. Jorge la había diseñado con mimo con el propósito de utilizarla para reuniones de amigos, cenas, catas de vino, e incluso en una ocasión había celebrado allí con todo su equipo la consecución de un importante proyecto. Con la idea de poder organizar fiestas, poner música alta, etc, y no molestar con el ruido a la gente en los pisos superiores, la planta estaba completamente insonorizada. La estancia ocupaba –a nivel subterráneo– toda la extensión de la casa: unos doscientos metros cuadrados. Disponía de todo lo necesario para hacer vida en ella, incluyendo un baño completo, una pequeña cocina y una maravillosa chimenea de piedra. A tenor de los últimos acontecimientos, no había quedado más remedio que reestructurar el espacio.

En la esquina más alejada a la puerta se encendió una lamparilla. Se escucharon unos pasos y, al fin, una voz.

—Niños, ya podéis salir.

Paula fue encendiendo un par de lámparas más, hábilmente distribuidas por los rincones de la sala.

La primera en aparecer fue Laura. Aún aturdida por los efectos del éter, se incorporó sobre el colchón de su cama y consultó la hora en un reloj digital situado sobre su mesilla de noche. A pocos metros de ella, dos niños dormían profundamente en la parte de abajo de una bonita litera infantil. Jorge, el hijo menor de Claudia, descansaba ajeno a todo abrazado al pequeño Samuel, que sostenía en su mano derecha un cochecito de juguete casi idéntico al que Eva había encontrado en el jardín. Claudia, completamente espabilada, se apresuró en salir al encuentro de su hermana. Con su mano derecha aferraba una escopeta similar a la que había empuñado Paula aquella misma mañana.

—¿Estás segura de que se han marchado? —susurró.

—He dado una vuelta por el jardín. No he visto nada, no se oía ni un ruido. No creo que vuelvan, se han quedado satisfechas con el registro.

—Qué cerca ha estado... —dijo Claudia, exhalando un profundo suspiro. Las dos hermanas se abrazaron, aliviadas.

—Yo que vosotras no lo celebraríais tan rápido.

Las dos mujeres se giraron como impulsadas por un resorte hacia el punto del que provenían aquellas palabras, con los rostros desencajados de terror. La voz de Alicia, que las apuntaba con su pistola al pie de las escaleras, había resonado como un trueno en mitad de la noche. Laura emitió un grito de pánico que sobresaltó a los niños, despertándolos. Claudia reaccionó con rapidez, encañonando asimismo a Alicia con su arma. Se encontraba apenas a tres metros de ella.

La agente de policía trató de mantener la sangre fría mientras, de un rápido vistazo, trató de evaluar la situación y el espacio en el que se encontraban. Le quedó claro que el secuestro de Samuel no había sido fruto de un acto impulsivo, sino el resultado de un plan cuidadosamente trazado. Las hermanas parecían haber remodelado la distribución original de la bodega, transformándolo en un funcional “*loft*” dividido en diferentes ambientes. Al fondo del todo, contra la pared norte, un par de biombos dividían el espacio en tres habitáculos abiertos. El de la izquierda parecía ser el que hacía las veces de habitación de Laura. La misma constaba de una sencilla cama apoyada contra la esquina, una mesita de noche, un escritorio y algunas estanterías con libros y revistas. En la pared, clavado con chinchetas, Paula distinguió el póster de un famoso grupo musical de moda entre las adolescentes. Un biombo de inspiración japonesa se erigía

como tabique separador entre la “habitación” de Laura y la de los niños. Ésta estaba presidida por una enorme litera, concebida casi como un pequeño parque infantil. La cama superior estaba cubierta por una especie de cúpula de tela que simulaba un firmamento lleno de estrellas. Al echarse bajo ella, debía proporcionar a los chicos la impresión de estar tumbados a cielo abierto. Una escalerilla de madera facilitaba el acceso a la parte superior, mientras que para bajar de la cama de arriba habían instalado un tobogán que debía hacer las delicias de cualquier chiquillo. Una alfombra infantil – simulando el plano de una ciudad con sus calles, pasos de cebra y demás detalles– se extendía a los pies de la cama. El suelo estaba repleto de juguetes, especialmente coches, cuentos y animalillos de plástico. Por último, al otro lado de un segundo biombo –idéntico al primero– se encontraba la cama de Claudia. Su rincón era el más austero de todos, tan solo ocupado por una cama individual, una mesilla de noche con una lamparita y, en un puesto de honor, dentro de una sencilla vitrina, la urna con las cenizas de Jorge. Sobre su cama colgaba el pequeño cuadro de Degas.

El resto del antiguo sótano estaba elegantemente decorado, tal y como el arquitecto lo había concebido durante su restauración. La impresionante colección de botellas de vino aún descansaba a lo largo de todo un lateral de la sala, con las botellas perfectamente alineadas a lo largo de la pared. La vinoteca estaba alumbrada por una tenue luz de ambiente que proporcionaba a la sala una desconcertante atmósfera cosmopolita, como si se tratara en realidad de un moderno restaurante de diseño. En una esquina, Alicia pudo distinguir una pequeña cocina con todos los electrodomésticos necesarios para vivir con total independencia. Junto a ella habían colocado una mesa redonda con cuatro sillas. El espacio central lo seguía ocupando una gran mesa de billar, indudable vestigio de los tiempos en que Jorge padre aún vivía, y por el espacio restante se repartían varios sillones, una televisión de cincuenta pulgadas colgada en la pared y una enorme chimenea, que en aquellos momentos estaba apagada. Era evidente que se trataba del escondite perfecto. Insonorizado, sin ventanas al exterior... Quien no conociera aquel caserío al dedillo, jamás podría imaginar que una vivienda con todo tipo de comodidades alojaba a una familia completa bajo tierra. Si Alicia no hubiera decidido aquella noche dar una segunda vuelta, camuflada en la oscuridad de la noche, nunca habría visto desde la ventana exterior de la cocina cómo Paula deslizaba el aparador que parecía anclado a la pared y desaparecía escaleras abajo. En ese momento ya no tuvo la menor duda de que había encontrado el escondite de Claudia. Antes de forzar la puerta posterior de la despensa –que daba acceso directo al jardín– Paula había hecho una llamada al móvil de Eva. El teléfono le había devuelto un mensaje estándar: “el número al que llama se encuentra apagado o fuera de cobertura”. No tenía tiempo que perder así que, sin pensárselo dos veces, entró sigilosamente en la cocina y, con los brazos bien estirados y la pistola por delante, descendió las escaleras de la bodega apenas unos minutos después que Paula.

Sin darle tiempo a reaccionar, Paula corrió junto a los niños con la intención de

protegerlos.

—¡Aléjate de ellos! —gritó Alicia.

—¡Ayúdanos, por favor! —exclamó Laura, que había reconocido a la agente que intervino cuando su madre la había amenazado con un cuchillo, años atrás—. ¡Por favor, mi madre está loca, sácanos de aquí!

Los niños lloraban asustados mientras Paula los rodeaba con sus brazos y trataba inútilmente de calmarlos.

—¡Laura, cállate! —estalló Claudia, sin dejar de apuntar a Alicia.

—No quiero dispararte Claudia, no me obligues. Sé que la escopeta no está cargada.

Claudia apuntó hacia la izquierda de la sala, lejos de los niños, y apretó el gatillo sin titubear. La detonación retumbó como el estallido de una bomba. La bala creó un enorme agujero al traspasar el respaldo de un elegante sillón de orejas, donde había impactado. Con un rápido movimiento de muñeca, apuntó de nuevo al pecho de Alicia, que contemplaba la escena entre incrédula y aterrorizada.

—Puede que la estúpida de mi hermana no se atreva a manejar un arma cargada pero, como ves, a mí no me da miedo usarla. Salí muchas veces de caza con mi padre cuando era niña. Tengo muy buena puntería.

La tensión iba escalando por momentos.

—¿Y cuál es tu plan? ¿Mantener a los niños en esta cueva hasta que te aburras? ¿Hasta que te mueras? ¿Y si uno de ellos enferma, has pensado en eso?

—No tengo la menor intención de discutir contigo, Alicia. Si no quieres que te mate aquí mismo, delante de todos, haz el favor de dejar la pistola en el suelo y salir conmigo al jardín.

Alicia comprendió que Claudia era capaz de cumplir su amenaza sin pestañear. Decidió ganar tiempo. Lentamente, con movimientos pausados, se agachó y dejó la pistola sobre el último escalón. Con la misma aparente serenidad, comenzó a subir los escalones uno a uno, de espaldas, sin perder nunca el contacto visual. Al mismo tiempo, Claudia avanzó hacia ella sin dejar de apuntarla con la escopeta. Pasó por encima del escalón con la pistola.

—Cógela —le ordenó a su hermana, que se apresuró a obedecer.

Subieron las escaleras. Alicia estaba de pie en medio de la cocina, con el cañón del arma pegado a su pecho.

—Date la vuelta, vamos afuera —dijo Claudia, al tiempo que cerraba la puerta de acceso a la bodega.

Alicia hizo lo que le decía. Caminó lentamente en dirección a la puerta de la despensa, la misma que había forzado unos minutos antes para acceder a la casa. Cuando puso el primer pie en el jardín, la brisa fresca nocturna le trajo el delicioso olor de los prados y los bosques cercanos. Aspiró el aire con fuerza, tratando de encontrar las palabras precisas.

—Escúchame, Claudia —dijo, volviéndose hacia ella.

—Sigue andando —ordenó ésta, tajante.

Alicia se giró de nuevo y continuó avanzando hacia la parte trasera del jardín.

—Aún no es tarde para arreglarlo todo sin que nadie salga perjudicado. Entrégame a Samuel y te doy mi palabra de que no tendrás que preocuparte por la policía, ni por la prensa, ni seguir escondiéndote para proteger a tus hijos. Te lo garantizo. Ni a Eva, ni a mí, ni al padre de Samuel nos interesa que esta situación se prolongue más en el tiempo. Inventaremos una historia y convenceré a Eva para que te pida perdón públicamente. Todo se arreglará, te lo prometo.

Ante el silencio absoluto de Claudia, Alicia se detuvo en seco. Hizo un amago de girarse, quería dialogar cara a cara con ella, mirándole a los ojos. Pero no tuvo tiempo de hacerlo. Un disparo a bocajarro le atravesó la nuca. Su cuerpo se desplomó sobre la hierba como una muñeca de paja. No pudo sentir nada.

—¿Dónde coño has estado? —preguntó Daniel, furioso, cuando vio a Amanda entrar por la puerta.

—Siguiendo una pista inútil —contestó ella, derrumbándose abatida sobre el sofá.

La chimenea estaba encendida, pero no lograría entrar en calor aquella noche.

—La policía sospecha de ti. Y no les culpo. ¿Pero cómo se te ocurrió huir así? ¿No ves que podrían acusarte de...?

—¿De qué? —interrumpió Amanda—. ¿De haber intentado encontrar a mi hijo con todas mis fuerzas?

Daniel exhaló un suspiro de resignación.

—Esa no es la manera de hacer las cosas.

—¿Y tú tienes un manual sobre cómo actuar si secuestran a tu hijo? ¿Eh? ¡Contesta!

—¡No hace falta que te pongas tan agresiva conmigo!

—Di lo que piensas, venga... ¡Dilo de una vez! Es culpa mía que se llevaran a Samuel, ¿verdad? ¿Es eso lo que piensas...?

Dan agachó la cabeza.

—¡Pues tienes razón, es culpa mía! ¡Mía y solo mía!

Amanda salió corriendo de la habitación, seguida por su marido. Éste la alcanzó en el dormitorio y, antes de que ella pudiera cerrar la puerta, logró abrazarla con fuerza, intentando consolarla.

—No es culpa tuya, mi amor... Solo una persona sin escrúpulos haría algo así. No

hay nada en el mundo que justifique una maldad tan grande, salvo que esa persona esté desequilibrada.

Amanda ya no podía llorar. Se abrazó a su esposo unos instantes, antes de apartar su cuerpo del suyo.

—Lo cierto es que esa mujer no es peor que yo. Me merezco todo lo que me pase, créeme. Pero ni Samuel ni tú habéis hecho nada para padecer esta tortura. Y yo ya no sé qué puedo hacer...

—Tranquila, mi amor. Le encontraremos, ya lo verás.

—No —dijo ella, devastada—. Si Claudia no quiere, no le encontraremos jamás.

BAJO LA NIEVE

“El futuro no es lo que va a pasar, sino lo que vamos a hacer”.

Jorge Luis Borges.

01

Cinco años son unos 1.825 días. Día arriba, día abajo. Ése era más o menos el tiempo que había transcurrido desde que Eva, ahora nuevamente Amanda, regresó a Alaska. Cinco larguísimos años desde que, al despedirse de Alicia en el aeropuerto de Hondarribia, había abandonado toda esperanza de encontrar a Samuel por sí misma. El mundo era un lugar demasiado grande donde buscar. Poco después de su regreso había recibido una carta de Alicia en la que ésta, desolada, le pedía perdón por no haber sido capaz de ayudarla. Le comentaba también que había decidido abandonar la policía e iniciar una nueva vida. Después de aquella nota, nada. No había vuelto a tener noticias suyas. No podía culparla.

Poco podía intuir Amanda que aquella carta –al igual que la enviada a su superior en la policía, o la que recibió su madre– no había sido escrita por Alicia sino por Claudía, tan solo un par de semanas después de ejecutarla y enterrar su cuerpo en el jardín del caserío.

CUATRO AÑOS ANTES

Cuando Amanda reapareció, tras protagonizar la escapada que tuvo en jaque a la Policía Local y a media Interpol, la presión de la investigación recayó sobre ella durante un tiempo, pero fue capaz de aguantar el tirón sin dificultad. No soltó ni una palabra acerca de dónde había estado, ni con quién. Ni siquiera a Daniel, que estaba comenzando a perder la paciencia con tanto secretismo. El Jefe Clarkson amenazó con arrestarla bajo la acusación de obstrucción a la justicia pero, tal y como Amanda se encargó de puntualizar, en ningún momento recayó sobre ella una orden de no salir de la ciudad, del país o del planeta, si se le antojaba. No podían acusarla oficialmente de nada. No había prueba alguna que apuntara en su dirección. Por si acaso, ante el recelo del equipo de investigación, contrató un buen abogado –el mejor que pudo encontrar– y dejó que fuera él quien se las arreglara con los tecnicismos legales.

Lo que más torturaba a Amanda era que Claudia no hubiera vuelto a tratar de ponerse en contacto con ella. En su única comunicación, a las pocas semanas de llevarse a Samuel, le había hecho una oferta:

“Quiero que publiques inmediatamente otro vídeo disculpándote, diciendo que te equivocaste señalándome como la culpable de la desaparición de tu hijo. Di que la investigación ha dado serios indicios que apuntan en otra dirección. Me pedirás perdón en directo, mirando a cámara. Si lo haces, de vez en cuando te haré llegar una foto o un vídeo que demuestren que tu hijo está vivo. Si no, no volverás a tener noticias tuyas en mucho, mucho tiempo”.

Más que una oferta, Amanda lo había considerado un inequívoco chantaje para sacudirse de en medio la presión de los caza recompensas. No podía ceder en eso y aquella tozuda decisión constituía el mayor punto de desencuentro entre su marido y ella. Daniel se pasó meses instigándola, tratando en vano de razonar con ella para que accediera a publicar el dichoso vídeo de disculpa. Intentó convencerla de que el mundo ya tendría tiempo de someter a Claudia Vidal a escarnio público cuando la policía encontrara a su hijo y se confirmara que –tal y como Amanda había sostenido siempre– aquella mujer era, en efecto, la secuestradora de su hijo. Pero al menos de esa forma –tal y como lo veía Dan–, podrían tener noticias de su hijo de cuando en cuando. Simplemente una foto. Verle la carita. Saber que estaba bien. Que jugaba, que sonreía, que alguien le cuidaba. Ésa era su única obsesión como padre. Para Amanda, por el contrario, el hecho de no rectificar era el único arma de que disponía para tensar la cuerda: el miedo. Amanda estaba convencida de que, antes o después, Claudia se derrumbaría ante la presión de permanecer recluida donde quiera que se hubiera escondido con Samuel y con sus hijos. ¿Cómo sobrellevar la angustia de saber que algún loco armado y ávido de dinero daría con ella antes o después? Las disputas por esta cuestión –la única en la que la pareja tenía potestad para actuar– fueron creciendo en intensidad hasta convertirse en su único tema de conversación. Una mañana, coincidiendo con el primer aniversario de la desaparición de Samuel, la tormenta definitiva estalló entre ellos.

Amanda pasaba mucho tiempo en la cama. A veces, días enteros. Daniel, por el contrario, necesitaba estar activo para no volverse loco. Se había hecho cargo del peso de la dirección de la escuela de música prácticamente desde el principio y, a raíz de las frecuentes discusiones de la pareja, desde hacía ya varias semanas había habilitado en la

academia un cuartucho en desuso como habitación para él. Apenas había espacio para una cama individual y una mesita. Cuando las cosas se ponían muy tensas en casa, cogía las llaves de la moto y decía: “Me voy a dormir a la escuela”, antes de cerrar de un portazo.

Aquella mañana era uno de esos días. Tras marcharse muy enfadado de su hogar la noche anterior, Daniel se había encerrado en el cuartito, furioso como un león enjaulado. Al día siguiente haría justo un año desde el fatídico momento en que Samuel desapareció. Un montón de pensamientos que jamás se había atrevido a expresar en voz alta brotaron desde el fondo de su pecho, en mitad de la noche: “Yo nunca le habría dejado solo en el coche...” “¿Pero cómo pudo ser tan estúpida...?” “¿Por qué no me cuenta toda la verdad, por qué Amanda me oculta información...?” Y lo peor de todo, lo que más le consumía por dentro: “¿Por qué todavía no he hecho nada al respecto...?”

Así que lo hizo. Todo lo que necesitaba era un teléfono móvil y una conexión a internet. Después, bastaría con dejar que el milagro de las redes sociales obrara su magia.

El insistente zumbido del timbre de la puerta arrancó bruscamente a Amanda de su letargo poco antes de amanecer. Bajó las escaleras aún en pijama, y experimentó un ligero sobresalto al descubrir por la mirilla al Jefe de Policía Clarkson. La investigación estaba estancada, hacía más de tres meses que no hablaba con él, por lo que un atisbo de ilusión le dibujó una sonrisa nerviosa en el rostro.

—¿Qué hace aquí, Jefe? —preguntó—. ¿Alguna novedad sobre Samuel?

—No —respondió Clarkson, abriéndose paso hacia el salón—, pero confío en que tengamos alguna nueva pista muy pronto. Sinceramente —continuó—, no sabes cuánto me alegro de que al fin hayas entrado en razón.

Amanda le miró con extrañeza.

—¿A qué se refiere?

—Al vídeo, ¿a qué va a ser? —dijo el hombre, señalando la tablet que portaba bajo el brazo.

—Hmm... Me va a disculpar, pero me temo que no sé de qué me habla. ¿Es que Claudia Vidal se ha puesto en contacto con ustedes, es eso...? —respondió Amanda, atisbando un rayo de esperanza.

—No. Me refiero al vídeo de Daniel. ¿Es que no lo has visto?

Amanda negó con la cabeza, contrariada.

—Por favor, dígame que no es cierto... Dígame que mi marido no ha...

No le dio tiempo a terminar la frase. El policía confirmó lo que ya sospechaba, que la iniciativa había partido de Daniel sin consultar con su esposa. Le tendió a Amanda el dispositivo y pulsó el icono de “*play*” para mostrarle las imágenes. Estaba ansioso por conocer su reacción. En él se veía a Dan, sentado sobre el camastro de su lúgubre estancia, iluminado apenas por un flexo que debía estar colocado sobre el pequeño escritorio. El vídeo había sido grabado de noche, por lo que la calidad de imagen dejaba bastante que desear. No obstante, el rostro del padre del niño secuestrado se había difundido hasta la saciedad, tanto en televisión como en prensa y redes sociales, durante los últimos meses. Cualquier espectador reconocería inmediatamente aquellos ojos cansados, la barba y el pelo desaliñados y uno de sus típicos jerseys de lana. El bombardeo de imágenes sobre la familia había sido incesante. Daniel hablaba a cámara con la voz tan rota como el alma. Le costó un buen rato encontrar la serenidad para comenzar su mensaje, lo que hacía que los primeros segundos del vídeo resultaran particularmente angustiosos.

—Hola. Creo que muchos de ustedes sabrán quién soy, pero por si este mensaje llega a alguna persona que todavía no conozca mi historia, permítanme presentarme. Mi nombre es Daniel Sallow. Hoy hace exactamente un año desde que mi hijo Samuel fue secuestrado.

Daniel hizo una pausa para recomponerse. Cogió de la mesa una foto de su hijo y la sostuvo frente a la cámara, para que todo el mundo contemplara el rostro del niño mientras proseguía con su mensaje.

—Perdón —dijo, tras secarse una lágrima y respirar profundamente, tomando fuerzas para continuar—. Como decía, hoy se cumple el aniversario de su desaparición, y aún no tenemos ninguna pista que nos conduzca hasta él. Estamos desesperados.

Tras pronunciar estas palabras ya no fue capaz de reprimir el llanto y, tras un interminable minuto, continuó hablando entre lágrimas que ya no dejarían de deslizarse por su rostro hasta el final.

—Como saben, unas semanas después de su desaparición mi esposa lanzó un mensaje al mundo. En él acusaba a una mujer, Claudia Vidal, de ser la responsable del secuestro, y ofrecía una recompensa millonaria a quien acabara con su vida y nos

devolviera a Samuel sano y salvo. Pues bien, dado la evolución que ha seguido el caso me veo en la obligación moral de grabar esta declaración para aclarar que no hay absolutamente ningún indicio que apunte a que esa mujer sea la persona que se llevó y tiene retenido a Samuel. Por tanto, quiero pedirle perdón públicamente desde aquí, tanto a ella como a su familia. Claudia, lamento muchísimo todos los trastornos que hayamos podido causarte con tan precipitadas declaraciones y, por supuesto, desde este momento queda retirada la recompensa que se ofreció. La propuesta es inmoral, ilegal y, a todas luces, una locura.

Daniel hizo de nuevo una larga pausa antes de acabar el vídeo. A pesar de la llamada recibida hacía un año y de tener la absoluta certeza de que Claudia era la persona detrás del secuestro, pensó que esta nueva estrategia le daría un poco de aire y, tal vez, así se ablandaría y reconsideraría su postura, lejos de los focos de la policía y de la prensa y sin la presión de sentirse acosada a todas horas por sicarios asesinos.

—Ahora quisiera dirigirme a la persona o personas que tienen retenido a mi hijo. Por favor, se lo suplico... tráiganle de vuelta a casa. A Sam le gusta mucho la música, los coches de juguete y el helado de fresa. Es alérgico al paracetamol y a los frutos secos, esto es muy importante... Es muy bueno, no llora casi nunca, siempre se porta bien. Es un niño muy alegre y obediente. Por favor, cuiden de él... por favor, tráiganle pronto a casa... Si es cuestión de dinero, estoy seguro de que podremos llegar a un acuerdo sin que nadie salga herido. Yo no poseo veinticinco millones de dólares, pero tengo algo ahorrado, y estoy dispuesto a entregarles hasta el último penique que haya en mi cuenta corriente. Tan solo pónganse en contacto conmigo, con Amanda, mi esposa, o con la policía de Shelter Bay. Estoy seguro de que podemos encontrar una solución entre todos... Pero por favor, por favor... Dejen que Samuel regrese a casa. No podemos soportar la vida sin él...

El vídeo fundía abruptamente a negro tras las últimas palabras. Según le contó el Jefe Clarkson, llevaba rodando por las redes sociales desde que Daniel lo había publicado, a las tres de la madrugada. El hashtag #freeSamuel era trending topic de nuevo. Que el caso volviera a estar de actualidad era una buena noticia, sin duda. Pero Amanda estaba furiosa.

Las primeras unidades móviles comenzaron –en un goteo constante– a instalarse de nuevo frente a la casa del matrimonio Sallow. Algunos periodistas se apostaban ya frente a la pequeña valla de madera que limitaba el acceso al jardín. Según pasaban los minutos, el grupo se fue haciendo más numeroso. El Jefe Clarkson llamó por radio a la comisaría para pedir que un coche de refuerzo se acercara hasta allí, por temor a que la situación se descontrolara.

—No se preocupe, Jefe —intentó tranquilizarle Amanda—. No pienso salir de casa. Tengo comida y todo lo necesario. Daniel está en la escuela de música. No creo que tenga intención de pasarse por aquí.

—De todas formas, si no te importa, me quedaré un par de horas. Por precaución. Para asegurarme de que estás bien, ¿de acuerdo? Además, creo que esto podría dar pie a que Claudia se ponga de nuevo en contacto con vosotros, ¿no crees?

Amanda se encogió de hombros, sin saber qué contestar.

—Haga lo que quiera. Yo me vuelvo a la cama.

Sin darle tiempo a reaccionar, subió las escaleras y se encerró en su cuarto, echando el pestillo. El policía se quedó algo desconcertado, pero no tenía ninguna razón para pedirle a la mujer que se quedara aguardando con él en el salón. No había ninguna ley que le impidiera meterse en su habitación y cerrarla por dentro. Su instinto, no obstante, le dictó que aquella no era una buena señal. No terminaba de fiarse de Amanda, especialmente después de su elaborada desaparición hacía casi un año. Ni siquiera su marido sabía dónde había estado, o al menos eso decía. Parecía que aquella mujer fuera capaz de desplazarse como un fantasma, sin dejar el menor rastro. Esa habilidad no es propia de una persona que no tiene nada que esconder. Algo turbio se removía en el pasado de aquella madre, pero por más que investigaba sobre ella, cuando trataba de escarbar en su pasado la información se volvía difusa y poco precisa. No había mucho hilo del que tirar, ni personas a las que interrogar sobre su vida anterior, antes de establecerse en Shelter Bay. Por otro lado, como buen policía sabía que la privacidad y la presunción de inocencia debían prevalecer ante todas las cosas, y tampoco se sentía del todo cómodo hurgando en la vida de aquella mujer que, por lo demás, había sido siempre una ciudadana ejemplar para el pueblo. Resignado, se preparó una taza de café y se sentó en una cómoda butaca. Oculto tras una cortina, se dedicó a observar el ir y venir de los reporteros. "Qué trabajo tan ingrato", pensó para sí. Horas y horas bajo el inclemente tiempo de Alaska para conseguir, con suerte, una instantánea borrosa o un par de frases de boca de la familia. La calma duró algo menos de treinta minutos. Desde su posición contempló con cierta alarma la llegada de un coche patrulla que se aproximaba a la casa a toda velocidad, con las luces y las sirenas a pleno rendimiento. Corrió a abrir la puerta a la pareja de policías que descendió del coche, y les ayudó como pudo a abrirse paso entre el enjambre de fotógrafos que, revolucionados por la brusca ruptura de la monotonía, zumbaban como abejas alrededor de los recién llegados.

—¿Qué pasa? —preguntó Clarkson, alarmado, una vez los agentes se encontraron a salvo dentro de la casa—. ¿Ha ocurrido algo?

La agente más joven miró al Jefe con gesto preocupado.

—Tenemos nuevo vídeo.

—¿Otro? —exclamó el Jefe, mientras se apresuraba a consultar la tablet que había dejado sobre la encimera de la cocina. Tardó apenas unos segundos en verlo con sus propios ojos. A pesar del frío, las gotas de sudor rodaban por su frente como en pleno verano.

—Hola. Todos ustedes me conocen ya —decía Amanda mirando a cámara. Clarkson comprendió al instante por qué la mujer había corrido a encerrarse en su habitación tras mostrarle el vídeo de su marido. Ésta era su respuesta.

—Hace tan solo unas horas mi marido, llevado por la desesperación que, como pueden imaginarse, nos aflige desde hace un año, ha difundido un vídeo que, estoy segura, muchos de ustedes habrán visto ya. En ese vídeo, repito, presa de la angustia, mi marido ha cedido al chantaje al que Claudia Vidal ha querido someternos desde que lancé mi recompensa por su caza y captura. Sí, han escuchado bien. Sabemos CON TODA CERTEZA que Claudia Vidal es la autora material del secuestro. Lo sabemos porque nos llamó por teléfono tan solo unos días después de llevarse a nuestro hijo. Esa llamada, como comprenderán, no se hizo pública por motivos de seguridad, para no obstaculizar la investigación en curso. No obstante, hoy me veo obligada a reproducir un extracto de la misma para demostrarle a todo el mundo, más allá de la duda razonable, que no miento. La policía puede confirmar la veracidad del audio. Esto es solo una parte del mensaje de la mente retorcida que tiene secuestrado a nuestro hijo.

A continuación pulsó el botón de reproducción de su pequeña grabadora, sosteniéndola muy cerca del teléfono móvil con el que estaba grabando el vídeo. La voz de Claudia, alta y clara, invadió el dormitorio de Amanda:

"Si quieres asegurarte de que el niño no sufra ni el más mínimo rasguño, mantente alejada de mí y de los míos. Si me entero de que te acercas aunque sea a un kilómetro de mí, nuestro trato se rompe. Y, créeme... eso es algo que no queremos ninguna de las dos".

"Quiero que publiques inmediatamente otro vídeo disculpándote, diciendo que te equivocaste señalándome como la culpable de la desaparición de tu hijo, y que la investigación ha dado serios indicios que apuntan en otra dirección. Me pedirás perdón en directo, mirando a cámara. Si lo haces, de vez en cuando te haré llegar una

foto o un vídeo que demuestren que tu hijo está vivo. Si no, no volverás a tener noticias tuyas en mucho, mucho tiempo”.

Amanda pausó la reproducción de la llamada y continuó hablando a la cámara.

—Grabo este vídeo hoy, en la fecha en la que se cumple un año exacto desde que Claudia Vidal me arrebató lo que más quiero en el mundo, para que el planeta entero sepa qué clase de persona es. Por favor, estén atentos.

Al igual que había hecho un año atrás, Amanda mostró a quien estuviera observando aquellas imágenes las fotos de Claudia y de su hijo.

—Si ven a este niño, o a esta mujer, contacten con nosotros. Ah, y por cierto, la recompensa no solo sigue en pie, sino que he decidido doblar la cantidad. ¡Ofrezco CINCUENTA MILLONES DE DÓLARES a quien me devuelva a mi hijo con vida y me traiga una prueba irrefutable de la muerte de Claudia Vidal! —dijo, elevando el tono de voz—. Por si alguien lo pone en duda, tengo el dinero. Mi marido no conoce con detalle el total de mi patrimonio personal, pero les aseguro que dispongo de esa cantidad. No quiero que la detengan. No quiero que escape. Si no accede voluntariamente a devolverme a mi hijo, quiero verla muerta.

El mensaje terminaba con Amanda dirigiéndose directamente a la secuestradora:

—No obstante, Claudia, te ofrezco una tregua. Te doy la última oportunidad de devolverme a mi hijo y de zanjar este asunto sin que nadie sufra ningún daño. Dame a mi hijo, y retiraré la recompensa. Podrás escapar con tu familia, seré una tumba. Pero si dentro de siete días como máximo Samuel no está de vuelta en casa, la caza continúa.

El Jefe de Policía subió las escaleras a toda velocidad. Aporreó la puerta del dormitorio de Amanda con todas sus fuerzas.

—¡Amanda! ¡Sal de ahí ahora mismo! ¿Pero es que te has vuelto completamente loca?

Al otro lado de la puerta no se escuchaba ni un ruido. Amanda, hecha un ovillo bajo las mantas, hizo caso omiso a los gritos de Clarkson. Con una amarga sonrisa, pasó el resto del día siguiendo la pista de su mensaje en las redes. Al cabo de tres horas, el

vídeo alcanzó los diez millones de visualizaciones, y la cifra no dejó de crecer en las semanas siguientes.

La cara más amarga de todo el asunto fue que Daniel y ella ya no volvieron a reconciliarse. De hecho, apenas sí volvieron a verse o a hablarse. El vídeo, como era de esperar, no surtió ningún efecto. Samuel no aparecía. Todas las pistas que recibían conducían a estrambóticos personajes ávidos de un poco de popularidad. Claudia no volvió a enviar ninguna prueba de vida.

En sus días buenos –si es que alguno podía calificarse como tal– Amanda se imaginaba a su pequeño feliz, corriendo descalzo por alguna playa remota. Tal vez Claudia hubiera huido con los niños a un país cálido sin acuerdo de extradición y su hijo creciera ajeno a cualquier sufrimiento, sin acordarse de sus padres biológicos, ni de Alaska. Ojalá fuera así.

La mayoría de los días, no obstante, sufría espantosas pesadillas de las que se despertaba gritando, cubierta en sudor. En sus sueños, tan vívidos e intensos que le provocaban taquicardias, veía a Samuel encerrado en un oscuro zulo, sin apenas luz ni ventilación, condenado a crecer en un espacio minúsculo sin contacto con el exterior. Como un preso en el corredor de la muerte. Otras veces sus sueños eran aún más extremos y en ellos contemplaba desde lejos, sin poder hacer nada, cómo Claudia ejecutaba a su hijo de un disparo. Por más que corría y corría para salvarlo, nunca llegaba a tiempo. Se despertaba entonces de un espasmo, aterrada, llorando y sola en la cama. Ya ni siquiera tenía a Daniel a su lado. Había destruido todo lo que antes era hermoso. Y la pena y la culpa no le dejaban vivir.

Después del revuelo de los vídeos, el ambiente anduvo bastante agitado durante un par de meses.

Luego nada. Cuatro años más de nada. Con el paso del tiempo, la policía abandonó la búsqueda, aunque el caso nunca se cerró "oficialmente". La prensa fue perdiendo interés en el tema. Ya casi nadie hablaba de Samuel en voz alta. Linda y Cristine, sus mejores amigas, se turnaban para ir a verla. Le llevaban comida, trataban de convencerla para salir de casa. Pero siempre en vano.

Pensó muchas veces en el suicidio. Si supiera con certeza que su hijo estaba muerto, se dejaría ir sin dudarle. Pero la tenue esperanza de volver a verle algún día la mantenía con vida. No podía fallarle. Debía estar allí, esperándole, el día que regresara.

Así que, cinco años después, Amanda continuaba fiel a la promesa que se hizo de seguir respirando. De completar el tiempo de su condena y confiar. Confiar en la palabra de una mujer que había declarado que, a los dieciocho años, le dejaría marchar.

Cinco años son unos 1.825 días. Más de 1800 muescas en la pared junto a la cama de Laura, que había adoptado la costumbre de marcar así el paso del tiempo para no sentirse tan desorientada. 60 meses. Alrededor de 260 semanas. Para la hija mayor de Claudia, que había cumplido ya los veintiuno, el encierro en el caserío había supuesto una importante merma en su salud mental. Jorge Jr tenía ya nueve años. Samuel, siete. Los niños parecían llevar mejor el enclaustramiento. Especialmente Samuel, cuyos únicos recuerdos estaban ligados a los juegos y celebraciones entre las paredes del sótano donde crecía. Tras la “visita” sorpresa de Eva y Alicia que estuvo a punto de echarlo todo a perder, Claudia había prohibido tajantemente tanto a Laura como a los niños salir de la bodega, sin dar apenas explicaciones. Ni tan siquiera podían acceder a los pisos superiores de la casa, donde ante los ojos de cualquier vecino del pueblo solo habitaban Paula y su madre enferma. Hacía años que no salían al exterior. No habían vuelto a ver la luz del sol desde aquel fatídico día en que Claudia ejecutó a Alicia y la enterró en el jardín trasero.

Los niños no eran en absoluto conscientes de la situación real. Claudia y Paula les habían convencido de que, por el momento, no era seguro salir. Como si un peligro incierto, indeterminado, acechara en el exterior. Cada vez que alguno de ellos preguntaba cuándo podrían ir al colegio o salir afuera, recibían por toda respuesta un “pronto”.

Se les permitía ver la televisión, pero únicamente películas o series antiguas previamente supervisadas por Claudia. Así, sabían que en el mundo exterior había niños que asistían a clases, que practicaban deportes y se bañaban en la piscina, y un montón de cosas más que ellos no habían hecho nunca. Entre las dos hermanas se ocupaban de impartir a los niños clases diarias de lectura y escritura, matemáticas, geografía e historia y ciencias naturales. Para paliar en la medida de lo posible la sensación de aislamiento, las mujeres se esforzaban en organizar actividades continuas, con el fin de mantener a los niños ocupados e ilusionados. Realizaban campeonatos de juegos de mesa, celebraban los cumpleaños por todo lo alto, escuchaban música, bailaban, les enseñaban a cocinar... Todos los años montaban una gran fiesta en Navidad y en Nochevieja, y esperaban con ansia la llegada de Papá Noel y los Reyes Magos, colmando a los pequeños de regalos y caprichos. A Paula le encantaba acercarse en su coche a San Sebastián e ir trayendo poco a poco –sin levantar sospechas– todo lo que iban necesitando, ya fuera ropa, comida o juguetes.

Laura, no obstante, fue incapaz desde el principio de sobrellevar el encierro con serenidad. Con el tiempo fue desarrollando fuertes crisis de claustrofobia, que se manifestaban en episodios agresivos en los que perdía el control, golpeando todo cuanto encontraba a su paso. En una ocasión había destrozado la mesa de billar hasta reducirla a astillas. A su madre y su tía les había costado casi dos horas reducirla. Para lograrlo fue necesario adormecerla con una dosis suficiente de éter. Ésta era la droga más rápida y eficaz que habían encontrado para "manejar" a los niños. Resultaba relativamente fácil de conseguir, y mantenía a los niños completamente fuera de combate si tenían enfrentarse a una situación de peligro. A lo largo de aquellos años no había necesitado utilizarlo con los pequeños más que aquel día aciago en que Eva y Alicia se presentaron en la casa. Bueno, y el día que Claudia secuestró a Samuel, en Shelter Bay. Fue visto y no visto. Abrir la puerta de atrás del coche, aplicar un paño empapado en éter, y embarcar en el ferry tranquilamente con el niño en brazos, dormido y totalmente cubierto por una mantita.

Con Laura sí que habían tenido que usarlo en más de una ocasión, cuando se ponía a gritar, histérica, pidiendo auxilio, rogando que alguien la sacara de allí. Claudia le había explicado hasta la saciedad que la bodega estaba completamente insonorizada, que todo aquello era por su bien y que su seguridad era lo que más le importaba en el mundo. Pero en los últimos años, ante la evidencia de que cada vez resultaba más complicado controlar a Laura, había comenzado a sedarla introduciendo diariamente una cantidad controlada de antihistamínicos en su bebida. Esto la sumía en un estado aletargado, pero su angustia interior no hacía más que aumentar.

Avanzaba el mes de diciembre. Laura se despertó y supuso que era por la mañana, por el aroma a café recién hecho que emanaba de la pequeña cocina. La ausencia total de ventanas y luz solar hacía que a veces se desorientara, sobre todo si se quedaba dormida durante el día. Arañando la pintura con una horquilla, marcó una nueva muesca en la pared. Un día más de reclusión. Hacía tiempo que sospechaba que su madre la drogaba para mantenerla dócil, y aquella mañana decidió realizar la prueba de fuego. Tras sentarse a la mesa a desayunar "en familia", como cada día, Laura se metió en el cuarto de baño y vomitó todo lo que había tomado. El resto del día fingió dormir intermitentemente, como había estado haciendo de un tiempo a esa parte, pero lo cierto es que se sentía más espabilada. Era evidente, la droga estaba en el café que Claudia le preparaba cada mañana en su "taza especial". Dedujo que probablemente añadiera otra dosis por las noches, para garantizar que durmiera hasta el día siguiente de un tirón.

Laura sentía una angustia infinita por sus hermanos pequeños. Le acuciaba la necesidad de hacer algo por ellos. Tenía que liberarlos, escapar, huir con ellos como fuera. No podía soportar la idea de que los niños crecieran como prisioneros en aquella mazmorra. Por muchas comodidades, Play Stations y lujos que tuvieran, no dejaba de ser

una cárcel en formato familiar. Aquel pensamiento se había asentado en su cabeza hasta convertirse en una obsesión. Aunque al principio había tratado de agarrarse a las pequeñas muestras de humanidad de su madre, ya no podía confiar en sus promesas. Cada vez estaba más convencida de que había perdido todo contacto con la realidad y de que su plan era tenerlos recluidos allí de por vida. La certeza de que su madre había perdido la cordura le aterrorizaba, y mantenía una lucha feroz consigo misma para no dejarse arrastrar por su locura. ¿Qué clase de persona podía permitir que sus hijos crecieran encerrados bajo tierra? Y su tía Paula no estaba mucho mejor. Cuidar de los niños y de su madre se convirtió en su única misión en la vida. Sus deseos frustrados de maternidad se habían visto retorcidamente realizados gracias al plan de venganza de su hermana. Al hacerse mayor, Laura había ido analizando con horror el comportamiento de ambas mujeres y, si aquello era lo que quedaba de su familia, haría lo que fuera por alejarse de ella a la menor oportunidad.

Al cumplir la mayoría de edad, Laura había albergado la inocente esperanza de poder negociar con su madre las condiciones de su liberación. Le juró que, si la dejaba marchar, no revelaría a nadie su verdadera identidad. Que empezaría una vida anónima, lejos de allí. No la delataría. Por supuesto, era lo primero que tenía pensado hacer. Meterse en la primera comisaría que encontrara y explicar el horror que estaba teniendo lugar en aquel caserío. Pero intentó con todas sus fuerzas convencer a su madre de que no volvería a verla. Estaría dispuesta a acogerse a las condiciones que ella le impusiera en cuanto a visitas, comunicación, etc. Por toda respuesta, Claudia se la había llevado a un rincón apartado de la bodega, asegurándose de que los niños no las descubrieran. Para sorpresa de Laura, su madre sacó un teléfono móvil que tenía oculto en el doble fondo de un cajón de su mesilla de noche. La chica no tenía ni idea de lo que Claudia estaba a punto de mostrarle, ni tan siquiera de que estuviera en posesión de un teléfono. Se trataba de tres vídeos, que su madre reprodujo uno tras otro. En el primero, una mujer hacía una declaración ante las cámaras, franqueada por dos policías. Al principio no se fijó mucho en ella. Tenía un aspecto demacrado, profundas líneas negras bajo sus ojos, y una gran chaqueta de punto cubría su cuerpo por completo. A los pocos minutos mostraba dos fotografías, una en cada mano. Reconoció inmediatamente que se trataba de Samuel y de su propia madre, unos años más joven. Volvió a mirar a la mujer. Y entonces se dio cuenta. ¡Era Eva! ¡La segunda mujer de su padre! Horrorizada, comenzó a comprender. El pequeño no estaba al cuidado de su familia. Estaba secuestrado. A Laura se le escapaba la razón que podía haber llevado a su madre a perpetrar semejante locura. ¿Una recompensa económica? Nunca le había dado la sensación de que a su familia le faltara el dinero. Especialmente desde la muerte de su padre, momento en el que Claudia se había convertido en administradora de todos sus bienes. Eva había renunciado a todo en favor suyo. Así que la motivación tenía que ser estrictamente personal. A Laura no se le escapaba el sufrimiento que el segundo matrimonio de su padre le había causado a Claudia, pero aquello era una venganza absurda. ¿Qué sentido podía tener? Eva había desaparecido de sus vidas para siempre. Ni siquiera había vuelto a contactar con ella, a pesar de la promesa que le hizo antes de marcharse. ¿Qué podía haber sucedido tan terrible entre ellas...? Para empeorar aún más las cosas, en la

parte más sobrecogedora del vídeo ofrecía una recompensa de veinticinco millones de dólares a quien le devolviera a su hijo y, de paso, matara a la mujer de la foto. ¡Así que era por eso! ¡Esa era la razón por la que había recluso a toda la familia bajo tierra! Su madre no podía dejarse ver bajo ningún concepto. Cualquiera persona que la reconociera, sin duda, encontraría la manera de cobrar la millonaria gratificación. Matándola. Miró a su madre espantada. La realidad era aún peor que las teorías locas que había elaborado en su mente. Al primer vídeo siguieron dos más. En el segundo, el padre de Samuel, un hombre absolutamente abatido, le suplicaba al secuestrador o secuestradora que cuidara de su hijo y que tuviera la compasión de llevarlo de vuelta a su hogar. A Laura se le partió el alma. Hacía un llamamiento a la serenidad, revocando la oferta económica e implorando, simplemente, volver a reunirse con su pequeño. El tercer vídeo era escalofriante. Aún estaba intentando asimilar que Eva era la verdadera madre de Samuel. ¿Por qué había hecho Claudia algo tan extremo como arrebatarse a su hijo? En ningún caso se hablaba del pago de un rescate, ni de condiciones de negociación. Una vez más se hizo la misma pregunta. ¿Habría hecho todo aquello su madre por dinero, o había una motivación más oscura detrás de toda esa pesadilla? En el último vídeo, Eva – a quien su marido se había referido como “Amanda”– no solo desautorizaba a su esposo, sino que elevaba la cantidad ofrecida a cincuenta millones. Laura tuvo que cubrirse la boca con las dos manos para sofocar un grito.

Recordaba nítidamente el día que se trasladaron al caserío, con su tía y su abuela. Siempre pensó que se trataría de unas vacaciones largas. Creyó a pies juntillas la historia que le contaron. Que mamá necesitaba cambiar de aires. Tiempo y espacio para recuperarse de la muerte de papá. Que la tía necesitaba un nuevo hogar tras romper su matrimonio con Marcos. Que a la abuela y a ellos les vendría genial pasar una temporada en el campo, disfrutando del aire puro y de la montaña. Laura no puso ninguna objeción porque le encantaba aquella casa. Se sentía especial cuando, de pequeña, sus padres pasaban a recogerla de improviso un viernes por la tarde, a la salida del colegio, para pasar allí todo el fin de semana. Tenía recuerdos maravillosos de los veranos, cuando se reunía toda la familia y cocinaban, descorchaban botellas de sidra y la música sonaba en la bodega hasta altas horas de la madrugada. Nunca imaginó que aquella casa tan hermosa, el sueño de su padre, se acabaría convirtiendo en su prisión.

Recordaba también con total claridad lo extraño que se le antojó cuando su madre desapareció un par de semanas, apenas un mes después de instalarse allí. Su tía Paula alegó que tenía que resolver unos asuntos en Madrid, pero aquella historia no acabó de cuadrar en la mente de Laura cuando, de repente, Claudia reapareció una noche en el caserío con un niño pequeño dormido en sus brazos. Poco podía imaginar ella en aquel momento que ese acontecimiento marcaría el comienzo de un interminable infierno.

Los primeros días transcurrieron con normalidad. La versión que le contaron a su hermano y a ella era que Samuel era el hijo de una de sus mejores amigas. Ésta, al enfermar, le había pedido que cuidara del niño hasta que ella se encontrara de nuevo con fuerzas. Sin embargo, nunca más se había vuelto a mencionar a la madre de Samu. Es más, desde que el pequeño venció la timidez inicial y comenzó a decir sus primeras palabras, siempre llamó a Claudia "mamá", imitando el ejemplo de sus hermanos mayores. Por ello, tanto Jorge Jr como Laura ya consideraban a Samuel como su propio hermano. Pero ahora ella sabía la siniestra verdad.

Habían pasado más de tres años desde que su madre le enseñó los malditos vídeos. Aquella misma noche había comenzado a trazar su plan de fuga. También desde aquel día adoptó la costumbre de tumbarse todas las noches junto a Samuel en su cama, mientras su madre veía la tele en la otra punta de la bodega. En la penumbra, le acariciaba el pelo y le susurraba al oído que Claudia no era su verdadera madre. Le recordaba, un día tras otro, que su verdadera mamá se llamaba Amanda. Se inventó una historia: logró convencerle de que Samuel se había perdido cuando era un bebé, y que sabía a ciencia cierta que sus padres le estaba buscando desde entonces. Así que, mientras conseguían llegar desde un país muy, muy lejano, su familia y ella le cuidarían como a un hijo más. Cuando se mudaron al caserío desde Madrid, Laura tuvo la prudencia de meter en su maleta alguno de sus objetos personales más preciados. Entre ellos estaba su peluche Koko, que tanta seguridad le había dado durante su niñez. También guardó un pequeño álbum de fotos, repleto de recuerdos de su infancia, que mantenía escondido por miedo a que su madre se lo confiscara. Algunas noches, mientras todos dormían, se encerraba en el baño para repasar las fotografías. Así lograba mantener vivos en su memoria los rostros de su padre, de Adriana, de sus amigas del colegio... También había incluido algunas fotos en las que aparecía con Eva. Había una en la que ella salía muy guapa, durante un viaje a Disneylandia. Eva posaba frente al palacio de Cenicienta. Se la veía relajada y feliz. Una noche, se le ocurrió hacerle a Samuel un regalo muy personal. Agrandando un descosido, practicó un pequeño agujero en el cuello de Koko e introdujo en su interior la foto de Eva, enrollada en forma de canutillo. Al desplegarla, los ojos de Samuel brillaron de emoción.

—Ésta es tu verdadera mamá —le explicó Laura—. Y te quiere mucho. Pase lo que pase, no olvides nunca que para ella eres lo más importante del mundo, y que está haciendo todo lo que puede para venir a buscarte.

—¿Es un hada? —preguntó Samuel, contemplando a aquella mujer delante de un castillo de cuento.

—No, mi amor. No es un hada. Es una mamá normal y corriente. Como la mía. Las mamás a veces se equivocan, ¿sabes? Todos nos equivocamos algunas veces... Pero eso

no quiere decir que no nos quieran. Lo hacen lo mejor que pueden... Casi siempre... — contestó Laura, lanzando una furtiva mirada a Claudia que, como cada noche, trataba de conciliar el sueño atontándose frente al televisor.

También le explicó que aquello tenía que ser un secreto entre los dos. Le dijo que Claudia se pondría muy triste si se enteraba de que le había contado la verdad. Así que, hasta que su verdadera mamá pudiera venir a por él, podía llamar "mamá" a Claudia. Sería como una segunda madre para él. Consiguió que el niño, lejos de sentirse confundido, tuviera la sensación de ser alguien muy especial. Como un tesoro a quien sus verdaderos padres habían perdido y estaban intentando encontrar de nuevo. Tenía la suerte de tener dos familias, más que el resto de niños, pero debía prometer guardar el secreto. Hay que decir que, bien por miedo, bien por precaución, el pequeño Samuel cumplió su promesa a pies juntillas. Laura pronto se dio cuenta de que escapar de allí era más complicado que planear la fuga de Alcatraz. Por un lado, la única salida al exterior era la puerta al final de las empinadas escaleras que conducían al piso superior. Ésta permanecía cerrada con llave en todo momento. Se podía abrir tanto por dentro como por fuera. Una llave la llevaba su madre colgada al cuello. No se la quitaba ni para dormir, ni para darse una ducha. Nunca. La otra la custodiaba su tía Paula y, al igual que Claudia, jamás se desprendía de ella.

Había probado varios métodos de huida. Una vez, recién cumplidos los diecinueve años, al fin se armó de valor y fingió un dolor intenso en mitad de la noche. Logró convencer a su madre de que se trataba de un ataque de apendicitis agudo, y de que necesitaba que la trasladaran al hospital con urgencia. Claudia dudó unos segundos, pero en seguida —aterrada ante la posibilidad de que su hija pudiera sufrir complicaciones— subió las escaleras a toda velocidad en busca de Paula. Ésta se vistió rápidamente y se apresuró a acercar el coche hasta la misma puerta de la casa. Laura fingió con gran realismo que el dolor la doblaba por la mitad, mientras con ambas manos presionaba con fuerza la parte inferior izquierda del abdomen. Pasito a paso, fue subiendo las escaleras firmemente abrazada a su madre, quien no paraba de temblar. Cruzó la cocina simulando un malestar extremo, mientras contemplaba embelesada la belleza de la luz de la luna, entrando por los ventanales y cubriendo la sala de una preciosa luz plateada. Ya estaba cruzando el umbral de la puerta, a punto de subir al coche. El aire fresco de la noche le llenó los pulmones de oxígeno y los ojos de lágrimas. Apenas había posado un pie sobre la mullida manta de hierba, cuando sintió la mano firme de su madre, que la enganchó por la muñeca con fuerza, obligándola a entrar de nuevo en la casa con un movimiento brusco. Cerró violentamente la puerta y dijo:

—El apéndice está en el lado derecho.

Sus ojos estaban inyectados en sangre. Los de su hija, cubiertos de lágrimas. Sin mediar palabra, Claudia le sacudió un violento bofetón. Los recuerdos de un gesto similar, casi diez años atrás, volvieron a la memoria de ambas. Como accionada por un

resorte, Laura le devolvió la bofetada. Fue un gesto cargado de dolor, impotencia y rabia. Permanecieron un rato de pie, desafiantes, sosteniéndose la mirada. Finalmente, pasados unos segundos, la joven rompió la tensión claudicando y entrando de nuevo en la casa.

—¿Qué pasa? ¿No nos vamos? —preguntó Paula que, cansada de esperar en el coche, había regresado para averiguar el motivo del retraso.

—Era un truco. Vuelve a la cama —contestó Claudia, cubriéndose con la mano la mejilla dolorida.

Paula miró a su sobrina con ojos incrédulos. Como quien regaña a una niña pequeña por coger una rabieta en el parque.

—Desagradecida —fue todo lo que acertó a decir, antes de quitarse el abrigo y regresar arrastrando los pies a su habitación, en el piso de arriba.

Después de aquel escape fallido, Laura supo que debía dejar pasar un tiempo prudencial antes de volverlo a intentar. Su madre la vigilaba ahora como un halcón. Incluso le obligaba a dejar abierta la puerta del baño cada vez que tenía que usarlo o darse una ducha. Todo era de lo más humillante, y la situación no hacía más que alimentar el odio de Laura hacia ella. Transcurrieron casi seis meses antes de su segundo intento de fuga, y esta vez casi no lo planeó. La chica había caído en una profunda depresión. Llevaba cuatro días sin comer, ni apenas beber nada. Su madre la amenazó con obligarle a alimentarse a través de una vía, pero ella ni siquiera parpadeó. Pasó todo ese tiempo tumbada en su cama en posición fetal, con la cara vuelta hacia la pared llena de muescas, contando y volviendo a recontar los días de su cautiverio. Una noche, mareada por la falta de sueño y de alimentos, se levantó de la cama tras tomar la decisión más dramática de su vida. Saldría de la casa aquella misma noche. Viva o muerta. Ya le daba igual. La única luz que iluminaba la estancia era una pequeña lamparita al lado de la cama de Samuel, que permanecía encendida toda la noche. Tambaleándose en la semioscuridad, se acercó a la cocina. Sin titubear, sacó un cuchillo afilado del cajón y se dirigió a la cama de su madre. Por un instante, contempló la posibilidad de rebanarle el cuello. De un solo tajo, profundo, podría acabar con su vida. Valoró la posibilidad. Al cabo de unos segundos allí, inmóvil a los pies de la cama, empuñando el cuchillo en su mano derecha, desvió la mirada hacia la urna que contenía las cenizas de su padre. Una lágrima se deslizó por su mejilla derecha. Solo una. Con movimientos lentos, tratando de no despertarla, se decidió por tumbarse al lado de su madre. Le sobrecogió un pensamiento: no tenía ningún recuerdo de haber dormido con ella. Jamás. De pequeña, tan solo había compartido su cama con Adriana. Era ella quien se recostaba a su lado cuando se despertaba llorando en mitad de la noche, asustada por

una pesadilla. Se tumbaba junto a ella y le acariciaba el pelo dulcemente mientras repetía en voz baja: "ya pasó, mi niña, ya pasó...". También era Adriana quien pasaba la noche en una cama plegable junto a la suya cuando enfermaba, cuando le subía la fiebre o la tos no le dejaba pegar ojo. Ella era su consuelo, la fuente de ternura. La mujer cuyo abrazo buscaba cuando necesitaba apoyo. Pensaba en ella a menudo. ¿Dónde estaría? Seguramente no tendría ni idea de todo aquello. Imposible. Aunque hubiera visto los vídeos de Eva, ¿cómo iba a dar crédito a semejante atrocidad? De haber sospechado algo habría acudido a la policía, ¿no? Habría hecho cualquier cosa por protegerla, de eso estaba completamente segura. Posó su cabeza en la almohada con suma delicadeza, procurando no despertar a su madre. Acto seguido, se auto infligió dos profundos cortes en los antebrazos y dejó el cuchillo con cuidado sobre la mesilla. En un gesto que incluso a ella le resultó extraño, se abrazó al cuerpo de su madre. En la oscuridad, imaginó la sangre que brotaba de sus venas seccionadas, empapando las sábanas y el camisón de Claudia. Le invadió una profunda sensación de paz. El sueño le fue venciendo dulcemente. Cabían solo dos posibilidades: que su madre la descubriera antes de que fuera demasiado tarde y no le quedara más remedio que llevarla al hospital —desde donde seguro que resultaría más fácil fugarse—, o que la encontrara a la mañana siguiente, ya sin vida. En ese caso descansaría eternamente en el jardín, lejos para siempre de aquel maldito sótano. Se reuniría con su padre, su tío Pablo y su abuelo, donde quiera que estuvieran. Y rezaría desde allí para que sus hermanos pudieran liberarse algún día. Pero ya no sería su lucha, ni su responsabilidad. En cualquier caso, descansaría al fin.

Desafortunadamente, esta vez el plan de Laura tampoco daría los frutos esperados. Tan solo unos minutos después de caer profundamente dormida, un grito escalofriante las despertó a su madre y a ella como una profunda sacudida. Laura, algo aturdida, tardó en comprender lo que estaba pasando. Samuel, que contemplaba la escena desde los pies de la cama, lloraba y chillaba histérico. Había tenido una pesadilla y, como en ocasiones anteriores, buscaba a su hermana en busca de consuelo. Jorge llegó junto a él tan solo unos segundos más tarde. Claudia saltó de la cama para intentar consolarle y fue en ese instante, al salir de entre las sábanas, cuando sintió el tacto del líquido brillante y viscoso que le impregnaba la ropa y la piel. Laura, adormilada, se revolvió ligeramente entre las sábanas. La madre encendió la luz de su mesilla de noche y la dantesca escena se reveló en todo su esplendor.

—¡Niños, volved a vuestras camas! —bramó Claudia.

Los pequeños obedecieron, corriendo a refugiarse juntos en la litera de abajo, la de Jorge.

La mujer rasgó con el cuchillo dos largas tiras de la sábana y envolvió los brazos de su hija con ellas, apretando firmemente y tratando de detener la hemorragia. Calculó con alivio que, a juzgar por la cantidad de sangre derramada, probablemente solo llevaba

unos minutos con las heridas abiertas. La dejó tumbada sobre la cama y corrió a avisar a su hermana. Ésta apareció inmediatamente con un botiquín y, tras arrastrar entre las dos a la chica hasta el baño para limpiar las heridas lo mejor posible, procedió a coser los cortes con el material adecuado. Ya tenían previsto que los niños podrían sufrir algún tipo de heridas que requiriesen puntos de sutura, y ambas habían aprendido previamente cómo practicarlos.

Laura había fracasado, una vez más, en su intento de fuga. A partir de aquel día, la relación con su madre se volvió aún más fría. No se dirigían la palabra para nada. Hubo más fiestas, más cumpleaños, más Navidades. Laura no se sentaba a comer con ella a la mesa, ni se acercaba a Claudia más de lo estrictamente necesario. Tampoco se relacionaba con su tía. Tan solo disfrutaba de la compañía de sus hermanos, que trataban por todos los medios de animarla y hacerla reír, aunque parecían haber desarrollado un sexto sentido para darle su espacio cuando sentían que lo necesitaba. Laura lloraba todos los días. Lloraba por ella, por todos aquellos años perdidos, por estar desperdiciando su juventud entre cuatro paredes. Pero lloraba sobre todo por sus niños. Eran aún tan pequeños... Todavía estaban a tiempo de recuperarse y llevar una vida más o menos normal. Samuel, en especial, le obsesionaba. Si lograban salir de allí, ella cuidaría de su hermano Jorge. Siempre, hasta que él dejara de necesitarla. Pero Samuel tenía unos padres que, con toda seguridad, pensaban en él cada día, y se acostaban llorando cada noche. Igual que ella. Podía sentir su angustia. La aflicción de Eva y su marido se le clavaba en la boca del estómago y le oprimía el pecho. Cada vez que le escuchaba llamar "mamá" a Claudia le daban ganas de gritar. Así que se hizo una nueva promesa. Nunca dejaría de intentar escapar. Aunque tuviera que quemar la casa con todos dentro para alertar a los bomberos. Aunque tuviera que... Una terrible idea se estaba instalando en su mente con la insistencia de una gota malaya, pese a que tratara de alejarla con todas sus fuerzas. Pero no había manera. Una y otra vez, regresaba a ella como un pensamiento recurrente. Le asaltaba en sueños. Le golpeaba con fuerza mientras veía una película. Aquel runrún ya le tanteó la noche en que se cortó las venas, pero la abandonó casi al instante. Debía prepararse psicológicamente para enfrentarse a la posibilidad de hacerlo realidad, y sentía que aún no estaba preparada. Porque tenía la certeza de que, una vez tomada la decisión, no fallaría. No fracasaría una vez más. Al mismo tiempo, se devanaba los sesos planeando otras alternativas, pero siempre aparecía algún escollo insalvable que, o bien ponía en peligro las vidas de los niños, o bien hacía que la operación dependiera en exceso del factor suerte como para tener las suficientes garantías de completarla con éxito.

La solución llegó de manera totalmente inesperada, una tarde a mediados de diciembre. Ya había pasado más de un año –casi dos– desde su intento de suicidio.

Laura continuaba deprimida, aunque algo más despierta, e infinitamente más motivada. Le daba vueltas a la cabeza noche y día, atenta a cualquier grieta en el comportamiento de su madre, alerta ante cualquier despiste o distracción. Y al fin, por una vez, la suerte se puso de su parte.

Claudia llevaba un par de días rompiendo su férrea disciplina de no subir a los pisos superiores del caserío, salvo en caso de estricta necesidad. Durante las semanas anteriores se había visto aquejada de un terrible dolor de espalda, y su hermana le había sugerido que subiera por las tardes a darse un baño caliente en alguna de las habitaciones superiores. Después de mucho insistir, por fin accedió. Llevaba ya dos tardes dejando a sus tres hijos encerrados en la bodega mientras ella subía, una vez se había puesto el sol, a darse un relajante baño de espuma. Tal como había anticipado su hermana, aquello parecía calmarle. Tras advertirles que se portaran bien, dejaba a los niños sentados en el salón viendo sus dibujos animados favoritos y a Laura, que se mostraba más serena desde hacía ya un tiempo, leyendo un libro recostada en la cama. Cerraba la puerta por fuera y Laura podía sentir desde abajo el ruido del aparador, bloqueando de nuevo la puerta. Comprendió que tenía una oportunidad de oro. Era la primera vez, en cinco años, que podía disfrutar de unos minutos sin supervisión materna. Las dos tardes anteriores Claudia había tardado cerca de una hora en regresar al sótano. Si no sucedía nada fuera de lo normal, contaba con ese tiempo para intentar poner en marcha su nuevo plan. Por precaución, por si su madre olvidaba algo y aparecía de nuevo, dejó pasar diez minutos de seguridad. Una vez transcurrido ese tiempo, se aseguró de que los niños estaban ensimismados con la tele y se aproximó sigilosamente al dormitorio de su madre. Procurando templar los nervios, abrió con sigilo el cajón de la mesilla de noche. Metió la mano y tanteó el doble fondo, tal como la había visto hacer una vez, el día que le mostró los dichosos vídeos. Comprobó aliviada, con las manos aún temblorosas –tenía los nervios a flor de piel–, que el teléfono móvil continuaba allí. Era un teléfono antiguo, de los de prepago. Pulsó el botón de encendido, y la pantalla le devolvió un escueto mensaje: “Introduzca su contraseña”. Mierda. Por alguna razón, sabía que había un número limitado de intentos, tres, así que no debía fallar. Tenía que jugársela. Introdujo el día y mes de nacimiento de su madre. Error. Dudó entonces entre la fecha de la boda de sus padres, la de su propio nacimiento, y el cumpleaños de Jorge Jr. Solo disponía de un intento más. Si probaba una tercera vez y fallaba, el móvil se bloquearía y su madre descubriría que alguien había intentado manipularlo. Si fallaba el segundo, sabía que pasadas veinticuatro horas podría volver a intentarlo. Pero no sabía si disponía de ese tiempo. ¿Y si al día siguiente Claudia decidía que ya no necesitaba su baño de espuma? El tiempo jugaba en su contra, tenía que probar. Sin pensarlo dos veces, un impulso le llevo a introducir su fecha de cumpleaños. Cerró los ojos con fuerza, y cuando los abrió de nuevo... ¡Bingo! El teléfono se desbloqueó.

Laura sintió que le temblaba todo el cuerpo. Sin que sus hermanos le vieran, se encerró con el teléfono en el cuarto de baño. Sentada sobre el váter, abrió el grifo de la ducha para que el ruido del agua sofocara su propia voz. Tenía un veinte por ciento de batería y dos rayitas de cobertura. Por primera vez en muchos años, rezó: “por favor,

Señor, que funcione...” Por unos instantes dudó a quien llamar. Su primer impulso fue, lógicamente, avisar a la policía. Dar todos los detalles posibles sobre el secuestro de Samuel, su localización, etc. Pero tenía mucho miedo. Su tía era perfectamente capaz de convencer a los agentes –si es que llegaban a presentarse allí– de que alguien les había gastado una broma de mal gusto. Lo raro sería que se lanzaran a registrar la casa y que bajaran al sótano a rescatarles. Probablemente para hacer eso necesitarían la orden de registro de un juez. Y eso tardaría un tiempo. Antes de que tuvieran tiempo de regresar a por ellos su madre les habría sacado de allí como fuera, drogados en mitad de la noche si hacía falta. Eso, en el caso de que la creyeran, claro. No podía desperdiciar su única oportunidad de contactar con el exterior de aquella manera.

Pensó en Eva. Durante un breve pero intenso período de tiempo había desempeñado en su vida el papel de una segunda madre. Siempre la trató con cariño. Una vez más, se preguntó qué demonios habría pasado entre Claudia y ella. ¿Tal vez alguna cuenta pendiente del pasado, cuando fueron compañeras en el colegio? Buscó su nombre en la lista de contactos. Allí estaba, obviamente. Estuvo a punto de apretar el botón de llamada, pero se contuvo y meditó por unos instantes las posibles consecuencias. Por un lado, sabía por los vídeos que ahora residía en otro país. Eso significaba que tardaría bastante en llegar al caserío, y el tiempo era un lujo con el que no podía contar. Aparte, Eva estaba demasiado implicada emocionalmente en el asunto y no sabía cómo iba a reaccionar. Tal vez se presentara allí con la Ertzaintza, la situación se desmadrara, y quién sabe cómo acabaría aquello... Por otro lado, estaba segura de que si su madre o su tía la vieran aparecer por allí, la negociación –si es que la había– acabaría como el rosario de la aurora. No estaba dispuesta a poner en peligro la vida de los niños, así que descartó la opción. Tenía que pensar deprisa. Volvió al principio del listado y allí, en la letra "A", encontró la respuesta. ¿Cómo no lo había pensado antes? Sin duda, era su mejor baza en aquel momento. Sin perder más tiempo, Laura pulsó el nombre y, cruzando los dedos índice y corazón de su mano izquierda, contuvo la respiración durante los tres primeros tonos de llamada, que se le hicieron eternos. Al cuarto, el característico clic que revelaba la presencia de alguien al otro lado de la línea sonó como un cerrojo que se desliza para abrir una puerta. Sonó a esperanza. A libertad. Esa fue la imagen que el inconsciente de Laura dibujó en lo más profundo de su mente. Al fin, alguien en el exterior iba a saber lo que estaba sucediendo en aquel lugar aislado del mundo. Cerró los ojos para deleitarse con aquella voz dulce y suave.

—¿Sí? —preguntó la voz.

Laura tomó aire antes de responder. Trató de decir algo, pero de su garganta no brotó sonido alguno.

—¿Hola? —se escuchó de nuevo.

Laura carraspeó y, por fin, fue capaz de comenzar a hablar.

—Adriana, ¿eres tú? Soy Laura. Laura Loyola —precisó, por miedo a que su antigua cuidadora no reconociera su voz al instante.

Al otro lado de la línea se hizo un profundo silencio. Como salido de ninguna parte, un recuerdo fugaz se apoderó de la joven. Cuando era pequeña, su curiosidad infantil le había llevado a preguntarle a Adriana:

—¿Por qué tu piel es tan oscura?

—Porque nací una noche de luna nueva. Por eso mi piel es negra. Negra como la noche —respondió ella.

Laura sabía que aquella no era la explicación científica, pero le pareció una respuesta maravillosamente poética. Desde entonces Laura ama la noche. Es cuando su madre duerme, y todo está en paz. Es como tener a Adriana a su lado. Así es la noche.

Al cabo de unos segundos, un llanto entrecortado, entre emocionado y nervioso, llenó poco a poco el vacío.

—¡Laura! ¡Mi niña! Por Dios, ¿dónde estás, m'hijita?

—Escúchame Adriana, por favor. No sé si tendré otra oportunidad de llamarte.

—¡Ay, mi niña! ¡He rezado tanto por ti, todos los días! Pero ¿cómo tienes mi número? ¿Cuál es este teléfono desde el que me llamas?

—No tengo ni idea, Adriana, no puedo hablar mucho... Supongo que mi madre te ha seguido la pista, yo qué sé... Ha hecho tantas cosas que no creerías... Por favor, escúchame... Necesito tu ayuda.

Laura entreabrió la puerta del baño, asegurándose de que los niños no podían escucharla y de que su madre no había regresado todavía. Luego cerró la puerta de nuevo. Estaba más tranquila. Decidida. Así que lo dijo. Sin dudar.

—¿Quieres ganar cincuenta millones de dólares?

03

Cuando Adriana colgó el teléfono todavía no se había recuperado de la impresión de volver a escuchar la voz de Laura, después de tantos años.

El pulso se le aceleró por la emoción, pero al mismo tiempo sintió que algo se quebraba en su interior. Ya no era la voz de una niña, sino la de una joven que ha envejecido prematuramente. Repasó mentalmente toda la conversación, las instrucciones que Laura le había dado. Había sido muy concisa, y no quería olvidar ningún detalle. Casi podía escuchar de nuevo su voz. Arrastraba las palabras con un tono grave, endurecido por la soledad y el rencor. ¡Así que ella había dado en el clavo...! Unos años antes, cuando recibió la llamada de Eva, les indicó que el único lugar donde se le ocurría que pudiera haberse ocultado Claudia era el caserío de Hondarribia. Fue una corazonada. No obstante, al no volver a saber nada de ella ni haber escuchado ninguna otra noticia en los medios de comunicación, supuso que estaba equivocada. Al difundirse los dos últimos vídeos, grabados por Daniel Sallow y por Eva —quien aparentemente había cambiado su nombre por el de “Amanda”—, dio por hecho que ya les habían buscado allí, sin resultados.

Permaneció unos instantes frente al portal del sencillo edificio de viviendas de Esplugas de Llobregat donde residía con su madre y su hijo desde que dejó Madrid. No se decidía a meter las llaves en la cerradura. Se concedió un par de minutos más para asimilar todo lo que iba a pasar. Laura estaba viva. Encerrada en el sótano del caserío junto con su madre y los niños. Allí era donde tenían retenido a Samuel, el pequeño al que andaba buscando medio mundo. Se le erizó la piel al darse cuenta de la magnitud de la información que poseía. Ella era la única persona fuera de aquella casa que sabía lo que estaba ocurriendo en su interior. Y había una recompensa de cincuenta millones de dólares de por medio. Demasiados motivos para no quedarse de brazos cruzados.

Al fin, se puso en marcha y entró en la casa. Su madre estaba sentada en el sofá, esperándola. Solían ver juntas de un concurso televisivo por las tardes, justo a aquella hora, cuando Adriana regresaba del trabajo. Su hijo estudiaba en su habitación. Adriana comprendió que no tenía tiempo que perder, y fue improvisando las palabras sobre la marcha.

—Hola mamá. Me ha surgido un imprevisto, me tengo que marchar unos días a Madrid —dijo a toda velocidad, mientras se dirigía a su habitación y metía algunas cosas en una ligera bolsa de viaje.

—¿Ahora mismo? —preguntó su madre, siguiéndola hasta su cuarto.

Adriana se detuvo a pensar un segundo. Consultó algo en su móvil. Había un tren directo desde Barcelona a San Sebastián que salía a las 7.30 de la mañana y llegaba a las 13.30 a su destino.

—No, saldré mañana temprano. No te apures, mamá —explicó, viendo a su madre algo angustiada—. Es mi amiga Michaela. Me necesita unos días. Volveré lo antes posible.

—Ay, Michaela y sus líos... —suspiró la madre, volviendo con aire despreocupado al salón—. ¿Y el trabajo?

—No te preocupes. Me cubre mi compañera Tania. Me debe una.

—Más de una, diría yo —contestó la madre, sonriente, mientras se sentaba de nuevo frente a la tele y subía un poco el volumen.

Adriana se encerró en su cuarto. Estaba demasiado acelerada. Se sentó en el borde de la cama con el teléfono en la mano, intentando decidir los siguientes pasos. Para empezar, compró el billete de tren a través de una aplicación del móvil. Una cosa hecha. A continuación, acordó mediante mensajes de *whatsapp* con Tania que ésta la cubriría durante los próximos dos o tres días. Sin problema. Adriana nunca ponía objeciones para sustituirla, y su amiga se mostró encantada de poder devolverle el favor. Guardó lo imprescindible en la bolsa y, una vez estuvo más calmada, buscó entre los contactos de su agenda el teléfono que, por precaución, había decidido conservar todos aquellos años. No era una llamada fácil de hacer, pero sí la más emocionante de toda su vida.

04

Amanda se despertó sobresaltada por el sonido del móvil. Aún medio amodorrada por el efecto de los somníferos —a los que se había vuelto adicta—, trató de identificar el nombre que se dibujó en la pantalla. La conmoción le hizo espabilarse de golpe. Con los ojos abiertos de par en par, tardó solo unas décimas de segundo en decidirse a contestar. Aquella, tantos años después, no tenía pinta de ser una simple llamada de cortesía.

—¿Adriana? —preguntó, inquieta. La última vez que había hablado con ella había sido cinco años antes, cuando su sugerencia les había llevado a Alicia y a ella a registrar, infructuosamente, el caserío de la familia Loyola.

—¿Señora Eva? Me dio este número la última vez que hablamos, ¿recuerda? ¿Debo llamarla Amanda? Vi los últimos vídeos en internet y... —Adriana hablaba atropelladamente, a toda velocidad.

—Tranquilízate Adriana, por favor, hablas muy deprisa —le interrumpió Eva, entre alarmada y confusa—. Sí, soy yo. Llámame Eva, por favor...

—Señora Eva... No sé muy bien cómo darle esta noticia...

Al otro lado de la línea se hizo una pausa tan larga y dramática que a Eva estuvo a punto de darle un ataque cardíaco.

—¿Qué es Adriana, por Dios? ¿Qué ocurre...?

—Sé dónde está su hijo. Tengo veinticuatro horas para ir a buscarle. Está en el caserío, como sospeché desde el principio.

Eva se sentó en la cama de un respingo.

—¿Es... es una broma...? Eso que dices no tiene sentido... —a Eva le daba vueltas la cabeza, como si acabara de subirse en un tiiovivo que girase excesivamente rápido—. Estuve allí con Alicia hace cinco años y no había ni rastro de Claudia ni de Samuel. Allí solo viven su hermana Paula y la madre. Registramos la casa de arriba a abajo, habitación por habitación, la casa de invitados, la piscina...

—¿La bodega también...?

¿La bodega? Al escuchar esas dos palabras, Eva sintió que el pulso se le detenía y que la sangre dejaba de fluctuar por sus venas.

—¿Qué...? ¿Qué bodega...? —preguntó Eva, vacilante—. No había... ninguna... bodega.

Adriana emitió un profundo suspiro.

—Sí, señora Eva. He estado allí muchas veces. Hay una bodega en la parte inferior de la casa, a nivel subterráneo. Es prácticamente una vivienda independiente. Tiene un baño, una cocina, sofás y todo tipo de lujos. Podría acomodar a una familia tranquilamente. Los Loyola solían celebrar allí cenas, fiestas... Es perfecta porque está... completamente insonorizada.

A Eva le temblaba tanto el pulso que se le escurrió el teléfono de entre las manos y se le cayó sobre la cama. Lo recuperó de inmediato.

—¿Pero cómo... cómo lo has sabido? Quiero decir... ¿cómo sabes que están ahí?

—Acabo de recibir una llamada. Era Laura—. Adriana, rota por la tensión, comenzó a llorar desconsoladamente, liberando todo el estrés acumulado en las últimas horas—. Mi niña...

Eva tuvo que subir el volumen de su teléfono, la voz entrecortada de Adriana se había convertido en un susurro.

—Ha aprovechado un descuido de su madre para pedir ayuda. Lleva años intentando escapar, liberar a los niños. Y yo soy su última oportunidad. Así que voy hacia allá. Salgo mañana a primera hora.

Eva saltó de la cama. Sacó una mochila vieja del armario y metió un par de prendas dentro mientras se vestía y seguía hablando con Adriana.

—Yo salgo ahora mismo. Tardaré unas veinticuatro horas, como mucho.

—Señora Eva, la he llamado porque no puedo decirle a mi familia a dónde voy. No puedo soportar la idea de que esos niños lleven tanto tiempo encerrados. No me perdonaré nunca no haber ido hasta allí yo misma, en persona... Probablemente llegaré antes que usted y quería que lo supiera por si... —Adriana respiró profundamente—. Por si me ocurriera algo.

—¡Adriana, por favor, no vayas sola, espérame! ¡Recógeme en el aeropuerto de Hondarribia e iremos juntas a la casa! —gritó Eva, desesperada. Antes casi de terminar la frase, se dio cuenta de que Adriana había colgado el teléfono. Se apresuró a pulsar el botón de rellamada. Un mensaje robótico le comunicó que el teléfono se encontraba apagado o fuera de cobertura.

—¡Joder! —exclamó. No le había dado tiempo a advertirle de que Paula estaba armada. Intuía que posiblemente Claudia también lo estuviera, y lo más probable era que esta vez ambas escopetas estuvieran cargadas. Tras dos intentos más de llamada, le mandó un mensaje de texto para prevenirla del peligro, y le rogó una vez más que se reuniera con ella en el aeropuerto. Le enviaría los detalles de su llegada tan pronto como los tuviera. Entonces, un escalofrío le recorrió la espalda. Adriana la había avisado “por si le pasaba algo”. De repente, lo vio claro. Por eso había interrumpido tan bruscamente la comunicación. Quería llegar primero, pero también asegurarse de que Eva se pusiera en camino hacia allá. Porque iba a por todas. A por la recompensa.

Eva miró por la ventana. Se encontraban en pleno mes de diciembre y, aunque había nevado relativamente poco para esa época del año, un cielo blanco y plomizo amenazaba con descargar una buena cantidad de nieve a lo largo del día. Cogió sus pasaportes, sus teléfonos y se calzó las botas. Corrió escaleras abajo, sin reparar en apagar luces ni cerrar armarios. Lo último que hizo antes de montarse en el coche fue reservar un billete de avión. La ruta más rápida y directa suponía despegar en algo menos de cuatro horas del Aeropuerto Internacional de Anchorage, con destino al de St. Paul, en Minneapolis. Allí, tras una ajustada escala de treinta minutos, embarcaría rumbo al JFK de Nueva York. Apenas una hora después, un vuelo de ocho horas la dejaría en Madrid, desde donde cogería un último avión a San Sebastián, donde aterrizaría alrededor de una hora después. En total, unas veinticuatro horas de viaje. Al montarse en el 4x4 dio gracias por primera vez en su vida por ese monstruoso todoterreno que Daniel se había empeñado en comprar. A ella le parecía inmanejable, pero tuvo que ceder ante la evidencia de que resultaba, con diferencia, el vehículo más seguro que había conducido jamás por aquellas tierras. Tras conectar el móvil al bluetooth del coche emprendió el camino hacia Anchorage. Había recorrido aquella ruta en muchas ocasiones. Primero tuvo que embarcar con el automóvil en el ferry que la llevaría a tierra firme. Una vez fuera del barco, podía plantarse en el aeropuerto en menos de dos horas. Durante el trayecto intentó localizar a Adriana en varias ocasiones, sin resultado. Dudó un segundo antes de decidirse a llamar a Alicia. Habían pasado ya cinco años, y ninguna de las dos había tratado de ponerse en contacto con la otra. Analizándolo fríamente, no tenía mucho sentido haber guardado tanta distancia, después de lo mucho que se habían ayudado en el pasado. Pero Eva se había propuesto no arrastrar a su amiga a ninguna otra situación peligrosa. Lo último que supo de ella fue

por una carta en la que le explicaba que se iba a tomar un tiempo para desconectar. No sabía decir por qué, pero siempre se la había imaginado rumbo a algún destino exótico como Costa Rica, Cuba o Panamá. Consciente de que era improbable que lograra localizarla, probó suerte de todos modos llamando a su antiguo número de móvil, el único que figuraba en su agenda. La voz del operador le informó de que el número al que había llamado ya no existía. No le extrañó demasiado. Si se había mudado a otro país, sin duda ahora tendría otro número. Y quién sabe si también otra identidad, y otra vida, como ella. Al fin y al cabo, era lo más prudente. Sus manos estaban manchadas de sangre por el asesinato de Pablo y de Nacho en aquel prostíbulo y, aunque las probabilidades de que alguna prueba apuntara en su dirección eran remotas, cualquier precaución era poca. No le habría parecido un mal plan que decidiera alejarse de aquella historia tan turbia. Bien por ella. Aún así, cuando todo acabara, cuando tuviera a su pequeño de nuevo en sus brazos, de vuelta en casa, intentaría localizarla por todos los medios a su alcance. Le gustaría darle las gracias de nuevo por lo que había hecho por ella. No todo el mundo tiene una amiga capaz de arriesgar su vida por ti. Alguna vez se le había pasado por la cabeza la idea de que, tal vez, Alicia sintiera algo más profundo por ella. No estaba segura del todo. En cualquier caso, ella nunca le dijo nada al respecto.

Estaba comenzando a nevar cada vez más copiosamente, por lo que Eva se alegró al vislumbrar al fin el cartel que anunciaba que el aeropuerto ya estaba cerca. Realizó una última llamada de teléfono por el manos libres. La voz masculina al otro lado de la línea le hizo sonreír.

—Hans, soy Eva. Necesito pedirte un par de favores. Es muy urgente. Te pagaré bien.

—Por supuesto. Dime lo que necesitas.

El avión aterrizó en el aeropuerto de San Sebastián, ubicado en el municipio de Hondarribia –también conocido como Fuenterrabía– a las seis de la tarde. Eva, sentada en los primeros asientos, se abalanzó escalerillas abajo tan pronto como el auxiliar de vuelo abrió la puerta y les indicó que podían descender de la aeronave. En menos de cinco minutos salió por la puerta de la terminal donde, poniéndose de puntillas y cabeceando para ver sobre la gente que aguardaba frente al cartel de "Llegadas", no le costó encontrar a un hombre –alto, delgado y con unas discretas gafas de sol– que portaba en sus manos un cartel en el que se leía "Miss Schober". Eva esbozó una sonrisa. Le pareció un guiño muy tierno que Hans hubiera recordado el nombre del café donde solían reunirse en Zúrich y lo hubiera usado como alias para entregarle aquello que le había encargado tan solo unas horas antes. Eva se acercó al desconocido, le estrechó la mano y éste, tras comprobar mediante una foto que portaba en su teléfono móvil que aquella mujer era, en efecto, la misma que Hans le había indicado, le hizo entrega de un sobre. Sin mediar ni una palabra, dio media vuelta y desapareció. Eva abrió el sobre. Extrajo de su interior las llaves de un coche y una nota. En ella se detallaba el modelo y color del vehículo –un Land Rover verde oscuro–, y la plaza del *parking* del aeropuerto donde podía recogerlo. Debajo, un sencillo mensaje: "*Suerte, Hans*".

Decidida, Eva salió de la terminal y se dirigió a la explanada donde se encontraba el aparcamiento. También allí comenzaba a nevar, como cuando salió de Shelter Bay. Antes de llegar a dar dos pasos, sintió una mano que se posaba suavemente en su hombro, sobresaltándola por un instante. El susto se tornó un segundo después en una inmensa sonrisa de felicidad al comprobar que la persona que acababa de interrumpir su camino era –gracias a todos los dioses– ni más ni menos que Adriana. Las dos mujeres se abrazaron y permanecieron así largo rato, sin hablar, incapaces de contener la emoción. Transcurridos unos minutos, Eva simplemente dijo:

—Gracias por esperarme.

Adriana asintió con la cabeza. Ella también se alegraba de no haber hecho ninguna locura por su cuenta. Confiaba en que, entre las dos, encontraran la manera de poner fin a aquella pesadilla y liberar a los niños sin un rasguño.

El coche no era de alquiler. No tenía ni idea de dónde lo había sacado Hans, pero

estaba claro que su red de contactos funcionaba de manera impecable. Eva recordaba bien el camino de acceso al caserío, a pesar de que solo hubiera estado allí en una ocasión, con Alicia. El sol acababa de ocultarse tras el horizonte. El resplandor de las nubes y la nieve empapaban todavía la atmósfera de una tenue luz rosada.

—Debemos esperar hasta que sea completamente de noche —explicó Adriana—. Laura me ha dado unas instrucciones muy concretas. Alrededor de las siete, la señora Claudia les deja solos en la bodega durante más o menos una hora. Recemos porque hoy decida también subir a darse un baño. Si no, puede que todo se complique.

—Sea como sea, Adriana, hoy vamos a sacar de ahí a los niños —le aseguró Eva con absoluta determinación.

Decidieron detener el coche momentáneamente en un recodo del camino, a unos trescientos metros de la casa, semioculto entre unos árboles. Eva se bajó del coche con un movimiento rápido, como si lo tuviera todo estudiado, y abrió el maletero. Adriana, intrigada, la siguió. Lo que vio allí le cortó la respiración. Eva estaba abriendo una caja metálica de tamaño medio. De su interior extrajo una pistola y un silenciador, que acopló rápidamente a la parte delantera del cañón. Seguidamente, sacó unas cuantas balas de una pequeña caja de cartón y procedió a cargar el arma. Una vez hecho esto, lo introdujo en la parte trasera de su pantalón, y le tendió a Adriana un chaleco antibalas, al tiempo que ella se colocaba uno idéntico.

—Póntelo debajo del abrigo. Que no lo vean desde lejos o se alertarán.

Adriana hizo lo que le decía sin rechistar. Por lo que pudo comprobar, alguien se había ocupado también de guardar en el maletero unos prismáticos, unas mantas, algo de ropa infantil de abrigo, unas botellas de agua y comida. Eva tomó una pequeña bolsa de viaje azul oscura que yacía en la parte más alejada y le mostró el contenido a Adriana.

—Aquí hay un pasaporte para ti y otro para Samuel, y dos billetes de avión a Canadá. Directos desde Madrid, sin escalas. Si tienes que usarlos llegado el momento, me encargaré de que mi marido o alguien de confianza os recoja allí. No te preocupes por Laura y Jorge. Estarán a salvo en el país, pero Samuel tiene que salir, tiene que regresar con su padre como sea, ¿me entiendes?

Adriana asintió, algo aturdida aún, pero decidida a ayudar a Eva.

—¿Pero cómo ha conseguido...?

—Tengo buenos amigos. Compréndelo, no podía embarcar todo esto en un avión. No te preocupes ahora por eso.

Eva cogió los prismáticos y, camuflada tras el coche, escudriñó los movimientos dentro y fuera del caserío.

La noche cayó al fin sobre ellas y, sin encender los faros, acercaron el coche a la casa un poco más. Desde hacía más de media hora había comenzado a nevar con intensidad. Las luces del exterior de la casa y del jardín se iluminaron, todas a la vez. Adriana, asustada, se apresuró a esconderse detrás de un árbol. Eva la tranquilizó explicándole que probablemente estuvieran programadas para encenderse a una hora determinada. Se encontraban lo suficientemente lejos como para que resultara imposible detectar su presencia desde el interior de la casa. En unos minutos, el jardín y los campos que rodeaban el caserío se habían teñido de un fino manto blanco, que se iba engrosando por minutos. Las copas de los árboles se cubrieron también de nieve, así como el tejado, el camino y todo cuanto les rodeaba fuera del automóvil. Eva consultó el reloj. Las ocho menos cuarto. Las dos mujeres comenzaban a acusar la tensión, pero sabían que debían esperar a que Laura cumpliera los pasos que había establecido para llevar a cabo su plan. Protegidas por la oscuridad del camino, decidieron acercarse un poco más, lo máximo que les fuera posible sin ser vistas. Justo cuando detuvieron el coche, esta vez a escasos cincuenta metros de la entrada, ocurrió algo maravilloso.

La imponente puerta de madera tallada que daba acceso al caserío se abrió de par en par, y Samuel y Jorge la cruzaron corriendo, con los ojos abiertos como platos y la alegría propia de los alumnos que, al sonar el timbre que anuncia el recreo, salen en estampida al patio del colegio. Maravillados por la belleza del paisaje y de la nieve que continuaba cayendo, comenzaron a jugar, a correr y a gritar como si no hubieran visto algo así en su vida. Probablemente así fuera. Si los niños tenían algún recuerdo de la nieve, sin duda los años de encierro habrían borrado de su mente las sensaciones físicas de estar al aire libre. El oxígeno entrando en los pulmones. Puro, helado, embriagador. El color blanco inmaculado de la nieve. Su tacto húmedo. Las manos y las mejillas sonrosadas. Las risas de pura felicidad. La madre de Claudia, con un sencillo vestido de lana y el pelo canoso cayéndole suelto sobre los hombros, había salido al jardín junto a ellos y sonreía feliz mientras elevaba los brazos al cielo, como si el viento los meciera y moviera lentamente su cuerpo a un lado y a otro.

"En ocasiones todavía bailo bajo la nieve" pensó Eva emocionada, recordando la secuencia final de *"Eduardo Manostijeras"*. Observaba la escena petrificada desde el asiento del coche, sin atreverse casi a respirar. Su hijo, su pequeño Samuel, jugaba y reía a tan solo unos metros de ella, abrazado a un oso de peluche al que lanzaba por el aire, volviendo a recogerlo para abrazarlo y lanzarlo de nuevo. Tenía miedo de moverse. Pánico, más bien. Temía que, si lo hacía, despertara de repente de aquel sueño. No quería que la felicidad infinita que la embargaba en ese momento la abandonara nunca. Nunca. Fue Adriana quien, sin poder reprimir por más tiempo el impulso, abrió la puerta del coche y corrió hacia los pequeños. Eva solo tardó unas décimas de segundo en

imitarla. Al llegar a la altura de Samuel, éste se volvió hacia ella y se detuvo en seco. Se frotó los ojos, como tratando de convencerse de que la persona que tenía ante sí era real, y no un producto de su imaginación. Eva, lentamente, tratando de no asustarle, se arrodilló ante él, poniendo su rostro a su altura. Muy despacio, extendió la mano y le acarició el pelo. Una única lágrima rodó por su mejilla, dejando un surco sobre la nieve.

—¿Mamá? —dijo Sam, tímidamente—. ¿Eres tú, mami? ¡Has venido a buscarme! ¡Me has encontrado!

El niño saltó en los brazos de su madre, y ambos cayeron abrazados sobre el suelo, incapaces de soltarse. Eva no podía creer lo que estaba pasando. Estaba absolutamente convencida de que, después de cinco años, su hijo sería incapaz de recordar el rostro de su madre. ¡Era tan pequeño cuando se lo llevaron! Apenas había comenzado a hablar pero, por algún milagro, parecía recordarla y alegrarse de volver a rodearla con sus brazos. El pequeño la abrazaba tan fuerte que Eva temió que la estuviera confundiendo con otra persona. No sabía qué pensar. Pasados unos minutos, Samuel se desprendió abruptamente de su abrazo y se apresuró a recoger su oso de peluche, que yacía a unos metros de ellos. Sin mediar palabra, metió el dedo en una especie de costura del muñeco y, con mucha habilidad, extrajo de él un pequeño papel enrollado como un pergamino. Se lo tendió a Eva. Ésta lo desenrolló y sintió que le faltaba el aliento. Recordaba perfectamente aquella foto. Se la había tomado Laura durante el último viaje que hicieron juntas. El viaje durante el cual Claudia se había “deshecho” de Jorge. Un ligero mareo amenazó con hacerla perder el equilibrio, pero se recuperó rápidamente. Comprendió que, si Samuel había sido capaz de mantener vivo su recuerdo durante todos aquellos años había sido, sin duda, gracias a la acción de Laura. Laura, que se encontraba tan presa como su propio hijo. Laura, quien había pagado el mayor precio de todos. Y la única lo suficientemente valiente como para poner su vida en riesgo por salvar a los pequeños.

Un escalofrío recorrió la espalda de Eva. Adriana se acercó a ella con Jorge de la mano, y ambas se miraron con la misma pregunta reflejada en sus ojos.

—¿Dónde está Laura? —dijo Adriana mirando a su alrededor y adoptando una mueca de preocupación.

Samuel y Jorge se encogieron de hombros.

Justo en aquel instante, los faros de un coche que avanzaba hacia ellas —en dirección al caserío— las deslumbró, obligándolas a cubrirse los ojos con el antebrazo. El vehículo había salido de repente de la oscuridad del camino cubierto de nieve, como de la nada. ¿Las habrían seguido, quizás?

—¡Mete a los niños en el coche y cierra las puertas! —ordenó Eva, al tiempo que desenfundaba su pistola y la mantenía oculta a su espalda. Adriana se apresuró a encerrarse con Jorge y Samuel en la parte trasera del Land Rover, obligándoles a mantener la cabeza agachada sobre su regazo. Se acomodó entre ellos tratando de abarcarlos con los brazos extendidos, protegiéndoles con su propio cuerpo, a la vez que les instaba a no hacer ningún ruido. Los niños, desconcertados, obedecieron al instante, sollozando en silencio.

El coche que acababa de llegar se detuvo y apagó las luces. Paula salió de su interior como una exhalación, tratando de asimilar la escena que estaba teniendo lugar ante sus ojos. Al llegar a la altura de Eva, ésta la apuntó con la pistola. Paula se detuvo en seco, levantando las manos en el aire.

—¿Eva, qué está pasando aquí? —preguntó, temblando de miedo—. ¿Has dejado tú salir a mi madre al jardín?

Todavía tratando de ubicarse, echó un vistazo al todoterreno aparcado junto al suyo. Comprobó horrorizada que Adriana estaba sentada en la parte de atrás con los dos niños. Su mirada fue del coche a Eva, y de Eva nuevamente al coche, sin saber cómo reaccionar. Sin pensarlo dos veces, echó a correr hacia el caserío. Eva apuntó con cuidado y apretó el gatillo. Gracias al silenciador, el disparo fue prácticamente inaudible. Adriana comprobó que la bala había impactado en una de las piernas de Paula, haciéndole caer. Por suerte, los niños no habían visto ni escuchado nada. Eva corría ahora hacia Paula, que yacía en el suelo. Una mancha roja de sangre comenzaba a extenderse sobre el manto de nieve. A pesar de la herida, Paula consiguió ponerse en pie e intentó acercarse cojeando hasta donde se encontraba su madre quien, ajena a todo, continuaba balanceándose con los ojos cerrados y los brazos al viento. Eva reaccionó a la velocidad del rayo. Un segundo disparo le atravesó la otra pierna. Paula se precipitó de nuevo, lanzando un aullido de dolor. Tras asegurarse de que la mujer ya no constituía una amenaza para ella, Eva corrió sujetando firmemente la pistola frente a ella, los brazos rígidos y extendidos, hacia el interior de la casa. Unos tres o cuatro metros antes de llegar a la puerta de entrada, el eco profundo y atronador de un disparo hizo que se detuviera en seco. Paula, tendida en el suelo, elevó una mirada despavorida hacia el lugar de donde procedía el estruendo. Eva respiró hondo. Cuando logró reunir el valor suficiente, desapareció en el interior del caserío.

06

Media hora antes, Laura aguardaba –agazapada tras el hueco de la escalera– a que su madre regresara de su baño diario. Llevaba más de veinticuatro horas sin dormir, repasando una y otra vez en su mente los pasos de su plan de fuga, y rezando porque Adriana hubiera podido cumplir con su parte. Lo cierto es que no tenía modo alguno de confirmar si su antigua cuidadora habría tenido la oportunidad de llegar a tiempo. Todo lo que tenía que hacer era esperar en un coche en marcha a que ella dejara salir a los niños. Unos minutos más tarde, le había dicho, ella también lograría escapar del caserío y huirían todos juntos lejos de allí.

—Si no he salido en quince minutos —le había pedido—, marchaos sin mí.

Esta vez iba a por todas. Como las últimas tardes, Claudia había subido a una de las habitaciones del primer piso para disfrutar de un baño caliente. Laura nunca se había alegrado tanto de que el pequeño cuarto de aseo de la bodega contara tan solo con un plato de ducha. Tras subir las escaleras, cerró la puerta con llave y volvió a mover el mueble que bloqueaba la puerta de acceso al sótano. El momento ideal para atacarla era cuando volviera a bajar, confiada y con la guardia baja tras su momento de relax.

Laura planteó un juego a los niños.

—Mamá os quiere dar una sorpresa —les dijo, una vez Claudia había abandonado la estancia—. Tenéis que prometerme estar muy quietos y callados en el baño durante unos minutos, mientras le ayudo a prepararlo todo, ¿vale? Pase lo que pase, oigáis lo que que oigáis, vosotros no salgáis hasta que yo vaya a buscaros, ¿de acuerdo? ¡Esto es MUY importante!

Los niños escuchaban atentamente y aplaudían, emocionados ante la perspectiva de un nuevo juego.

—Luego, cuando os avise, tenéis que subir las escaleras a toda velocidad y salir corriendo al jardín, ¡ya veréis qué sorpresa tan chula hay fuera!

—¿En serio, Laura? —preguntó Jorge, alucinado—. ¿Vamos a salir fuera? ¿Hoy?

—Sí, mi amor —contestó ella, tratando de reprimir la emoción—. Por fin vamos a salir. ¡Pero tenéis que hacer todo lo que os diga para que no se estropee la sorpresa!

—¡BIIIIIIENNNNN! —gritaron los dos al unísono, brincando de alegría.

—¡Shhhhh...! —continuó Laura, llevándose el dedo índice a los labios, pidiéndoles que guardaran silencio.

Los niños asintieron, encantados con el juego. Corrieron a esconderse en el cuarto de baño y prometieron no salir hasta que su hermana fuera a buscarles. Entre tanto, Laura se ocupó de organizar todo lo que necesitaba para llevar su plan a buen término. En primer lugar, reptó bajo la cama de su madre. Allí, pegada con cinta americana bajo el somier de láminas, encontró la escopeta que había descubierto la tarde anterior, cuando aprovechó la ausencia de su madre para registrar la bodega palmo a palmo. Ni que decir tiene que Laura jamás había manejado un arma. Tal como había visto en las películas, probó a desplazar hacia abajo la culata para comprobar si estaba cargada. Funcionó. Comprobó que dos enormes cartuchos rellenaban los dos huecos destinados para ellos. Volvió a colocar la escopeta en su posición inicial. Giró levemente una pequeña palanca que parecía un seguro y la dejó apoyada junto a una viga de madera, bajo el hueco de la escalera. Seguidamente abrió el armario de su madre. Se trataba de un gran ropero empotrado que llegaba hasta el techo. Se subió a una silla y tanteó con la mano en el altillo hasta encontrar lo que buscaba. Con mucho cuidado, bajó una caja de lata que mostraba la imagen de unas pastas de té impresa en la tapa. La abrió y sacó de su interior el pequeño bote de éter que tan bien conocía, un pañuelo y una mascarilla como la que usan los médicos en los hospitales. La tarde anterior la había reconocido como la misma que había usado su madre para dormirla en más de una ocasión. Ahora le tocaría a ella comprobar los efectos del anestésico en su propia piel. Eran las siete y media. El corazón le latía con tanta fuerza que temía que el repiqueteo de sus latidos se escuchara desde fuera de su cuerpo. Una vez que dejó todo preparado, se acercó al cuarto de baño para comprobar que los niños estuvieran tranquilos.

—Chicos, ya no queda nada. Recordad, cuando venga a buscaros, quiero que corráis hacia la puerta. Subid las escaleras y salid al jardín, ¿de acuerdo? Y esperadme fuera hasta que yo salga.

Los pequeños asintieron de nuevo y Laura cerró la puerta del baño. No quería que los niños presenciaran lo que estaba a punto de suceder.

Laura tomó una profunda bocanada de aire y se parapetó en su escondite, bajo las escaleras. Una vez allí, se puso la mascarilla sobre la nariz y la boca y empapó el pañuelo blanco con una pequeña cantidad de líquido. El inconfundible sonido del mueble deslizándose en el piso de arriba le hizo dar un respingo apenas unos segundos después. Claudia tanteó la pared para acceder al interruptor que iluminaba aquel tramo de escaleras. Lo pulsó un par de veces, pero la luz no se encendió. Laura se había ocupado de aflojar la bombilla unos minutos antes.

—Vaya —murmuró, fastidiada.

Laura contuvo la respiración mientras contaba uno a uno los pasos de su madre, que descendía con cautela por los escalones. Uno. Dos. Tres. Cuatro... Al llegar al séptimo escalón, Laura introdujo el palo de la escoba entre los barrotes de madera que sujetaban el pasamanos. Claudia ni siquiera tuvo tiempo de reaccionar. Tropezó y cayó aparatosamente al suelo, quedando tendida sobre los últimos cinco o seis peldaños que le quedaban por bajar. Se había golpeado en la cabeza. Un hilillo de sangre comenzó a resbalar desde la sien, manchando su mejilla. Laura corrió y, aprovechando el momento de aturdimiento, se abalanzó sobre su madre, que había quedado tendida boca abajo. Sentada a horcajadas sobre su espalda, Laura la agarró por el pelo y la forzó enérgicamente a echar la cabeza hacia atrás. Cuando la tuvo así dispuesta, le cubrió la nariz y la boca con el paño empapado en éter. Claudia forcejeó con todas sus fuerzas, pero el efecto sorpresa y el aturdimiento tras el golpe jugaron el favor de Laura. No tardó ni medio minuto en caer, totalmente inconsciente. Sin perder un segundo, Laura arrastró el cuerpo inmóvil de su madre hasta ocultarlo bajo el hueco de la escalera. Siguiendo paso por paso cada uno de los puntos de su plan, cogió la escopeta con una mano, mientras que con la otra se hizo con la llave que colgaba del cuello de su madre. Luego subió las escaleras a toda velocidad, abrió la puerta y deslizó el aparador que la custodiaba. Cruzó la cocina y comprobó que el portón del caserío no estaba cerrado con llave. Para facilitar la huida a los niños, lo dejó abierto de par en par. Lo que vio en ese momento le dejó sin aliento. Una increíble nevada había teñido el jardín de un espectacular manto blanco. Los chicos iban a alucinar. A lo lejos, vio un coche aparcado. El corazón le dio un vuelco. ¡Adriana lo había conseguido! Sin soltar la escopeta, corrió a buscar a los pequeños.

—¡Rápido, ahora, salid!

Los niños atravesaron la bodega a la carrera y salieron al jardín sin dificultad. La abuela, que les había visto pasar ante el salón sin siquiera reparar en ella, se levantó curiosa del sillón donde Paula la había sentado, frente al televisor.

Mientras tanto, Laura permanecía agachada junto a su madre —esperando a que ésta despertara— asiendo el arma con firmeza, sin dejar de apuntarla. Al cabo de unos minutos, Claudia comenzó a espabilarse. Laura se alegró de no haberla dejado demasiado grogui. Las pupilas de Claudia se dilataron de golpe al contemplar a su hija frente a ella, amenazándola con su propia arma. Tardó un buen rato en procesar lo que estaba ocurriendo. Lo último que recordaba era haber tropezado con algo al bajar las escaleras.

—No te muevas —le ordenó su hija.

—Laura, cariño, ¿qué estás haciendo? Baja eso, no quiero que te hagas daño.

Claudia sabía perfectamente lo que estaba ocurriendo. Le alarmó no ver ni escuchar a Samuel ni a Jorge por ninguna parte.

—¿Dónde están los niños, Laura? ¿Les has hecho daño? —preguntó, tratando de ganar tiempo. Sabía muy bien que su hija quería a los chicos con locura y que sería incapaz de herirles. Comprendió al instante que se trataba de una nueva estratagema ideada por la chica para escapar, pero esta vez se asustó de verdad. Se había golpeado la cabeza al caer y se encontraba débil y mareada. Al ver la caja de latón tirada en el suelo, a pocos metros de ella, se dio cuenta de que era la acción de éter lo que le estaba dificultando recuperar del todo la consciencia.

—Se acabó, mamá. Los niños están fuera. A salvo.

—Laura, ¿qué es lo que has hecho...? ¿No ves que nuestras vidas corren peligro? ¡Nos matarán a todos si salimos de aquí!

—¡Nadie va a matarnos! Estás loca... ¿Pero cómo has podido hacernos algo así? ¡A tus propios hijos! ¿Y cómo has podido separar a Samuel de su familia? ¿Es que no tienes corazón...?

— ¿Corazón? No sabes de lo que hablas, hija... No tienes ni idea. ¿De verdad quieres saber por qué me llevé a Samuel?

Claudia hizo intención de acercarse unos centímetros a su hija.

—¡Ni se te ocurra moverte!

Laura sostenía la escopeta agarrada con fuerza, con el dedo dispuesto en el gatillo.

—Un movimiento en falso y te juro por Dios que disparo —añadió.

—Está bien. Te diré por qué. Hace siete años, Eva me chantajeó. Me dijo que, o acababa con la vida de tu padre —que por aquel entonces era su marido— o nunca volvería a ver a mi familia reunida. Él se negaba a concederle el divorcio y, por lo visto, era violento con ella. Me prometió que, si le mataba, renunciaría a toda su herencia en tu favor y allanaría el camino para que volvieras a confiar en mí. Me

devolvería la casa, a mi hija, mi vida... Todo volvería a ser como antes. Yo estaba hundida, arruinada, y con un niño pequeño al que mantener... Así que lo hice.

El rostro de Laura se volvió de piedra. Todo su cuerpo, sacudido por el horror, se quedó rígido como una estatua de hierro.

—No fue un accidente de coche. Yo lo provoqué. Tu padre tuvo la oportunidad de redimirse, de reconocer a Jorge como su hijo, pero no quiso. Me trató como a una...

Laura la escuchaba con los ojos empañados, tratando de dilucidar si lo que su madre le estaba contando contenía un ápice de realidad o no era más que otra escenita dramática para ablandar su corazón y salir ilesa de aquella.

—No pretendo que me creas, pero es la verdad. Al principio pensé, “de acuerdo, podré superarlo”. Al fin y al cabo ya estábamos separados cuando murió. Pero cada vez que pensaba en él... —Claudia comenzó a llorar desconsoladamente—. Me resultaba insoportable. Por un lado, no podía con la culpa. Si no fuera por mí, tu padre aún estaría vivo y, quién sabe... a lo mejor habríamos logrado reconciliarnos. A lo mejor ahora Jorge y tú tendríais un padre al que acudir. Pero según fueron pasando los meses me di cuenta de que la culpa no era en absoluto mía. Había sido manipulada por Eva, una vez más. Todo formaba parte de su plan de venganza...

—¿De qué hablas, mamá? ¿Qué plan de venganza...? ¡Estás paranoica!

—Hace muchos años, cuando estudiábamos juntas, me porté muy mal con ella. Le hice mucho, mucho daño. Y, años después, ella decidió vengarse de mí a lo grande. Y vaya si lo hizo. Se vengó con creces. Se cebó. Destrozó nuestra familia. Por eso no podía dejar que se saliera con la suya... Tenía que pagar por lo que me obligó a hacer. No podía quedarme de brazos cruzados tras la muerte de tu padre. Esta vez no. Sabía que yo aún le amaba. Eva me obligó a renunciar al hombre de mi vida. Por eso yo fui y le quité lo que más quería en el mundo. Para vengarme de ella.

—¿Entonces... es cierto? ¿Tú... asesinaste a papá...? —preguntó Laura, con la voz entrecortada.

Claudia asintió, con la cabeza agachada. No se atrevía a mirar a su hija a los ojos.

—Pero debes comprender que... —intentó justificar.

Un disparo interrumpió la frase a la mitad. Laura estuvo a punto de perder el equilibrio y caer de espaldas sobre el suelo, sorprendida por el retroceso del arma, que también se elevó ligeramente hacia arriba tras la detonación. A pesar de haber apuntado

al pecho, había acertado a su madre en el hombro izquierdo. Apenas un rasguño, pero sangraba profusamente por la herida. Las dos se quedaron allí, inmóviles, mirándose a los ojos. Laura no tuvo tiempo de pensar qué hacer a continuación. Los pasos rápidos de una persona que se aproximaba por el piso de arriba y comenzaba a descender los peldaños la puso de nuevo alerta. Apuntó con la escopeta al final de la escalera, convencida de que sería su tía Paula, que a esa hora solía regresar de sus compras en San Sebastián. No le gustaba frecuentar las tiendas del pueblo, ya que no quería llamar la atención de los vecinos, ni verse obligada a trabar amistad con ellos. Por eso solía acercarse a última hora de la tarde al Súper Amara del barrio del Antiguo, donde podía aparcar el coche cómodamente y pasar desapercibida. Pero la sorpresa de madre e hija fue mayúscula al descubrir que quien acababa de hacer acto de aparición en la bodega, parapetada tras una ligera pistola con silenciador, era ni más ni menos que Eva Acosta.

—¿Qué...? —musitó Claudia.

—¿Cómo...? —preguntó Laura.

—Adriana —contestó Eva, respondiendo a ambas preguntas—. Laura, por favor, baja el arma —dijo con voz suave, tratando de disuadirla. Como gesto de buena fe, con movimientos muy lentos, Eva guardó su pistola en la parte trasera del pantalón, entre la espalda y el vaquero. A continuación, dando pasos muy pequeños, se fue acercando a Laura quien, muy despacio, fue bajando la escopeta y acercándose asimismo a Eva. Una vez estuvieron lo suficientemente cerca, Eva cogió el arma con suavidad, y apuntó con ella a Claudia quien, aún medio recostada bajo el hueco de la escalera, no se había movido ni un milímetro.

—Ahora quiero que salgas ahí fuera y te limpies muy bien las manos en la nieve. Que no quede ni rastro de pólvora. Tú no has disparado, ¿entendido? —ordenó Eva, tratando de convencerla clavando en ella su mirada penetrante y autoritaria. Luego se dirigió directamente a Claudia, con una expresión severa en el rostro—. Los hijos no deben pagar por los pecados de los padres.

Laura asintió y se dispuso a abandonar el sótano, aún conmocionada. Al pasar a pocos milímetros de Eva, ésta le susurró en el oído: "Me encargaré de que Adriana y tú recibáis los cincuenta millones". Laura no pudo reprimir una mirada de despedida en dirección a su madre. Rota, salió corriendo escaleras arriba, sin poder reprimir el llanto.

Eva acercó una silla y se sentó justo delante de Claudia, que parecía haber perdido por completo las fuerzas y la motivación para luchar contra ella. A pesar de todo, sus

labios perfilaron una diabólica sonrisa, mientras trataba de evaluar la gravedad de la herida de bala.

—Dame un motivo para que no te mate —dijo Eva, que no había dejado de apuntarla ni un momento con la escopeta—. Aún queda un cartucho, y mi puntería es mucho mejor que la de tu hija. Dame una sola razón para no volarte la cabeza aquí mismo.

Claudia soltó una carcajada nerviosa.

—Pues supongo que, hoy por hoy, mi motivación para seguir con vida es la misma que la tuya para no pudrirte en la cárcel por asesinato... Nuestros hijos. Me imagino que, si has logrado llegar hasta aquí y rescatar a Samuel, querrás recuperar el tiempo perdido... ¿Verdad? No creo que puedas verle crecer desde una celda.

Eva no reaccionó. Pero tampoco parecía del todo convencida por la petición de clemencia de Claudia. Sin duda, porque no había suplicado por su vida. Tan solo había recurrido una vez más al chantaje emocional para salvar el pellejo. No había ni un atisbo de remordimiento en sus ojos. Continuaba siendo la misma niña cruel y retorcida de siempre.

—Tengo una duda que me atormenta... —soltó Eva, consciente de que no tenía nada que perder—. ¿Cómo me localizaste en Alaska?

—Me encantaría dejarte con la duda —contestó Claudia, provocativa—. Sé que no vas a matarme, porque eso sería perder a Samuel para siempre. Pero creo que hay algo que debes saber. Así que te lo voy a contar. Tienes derecho a saber lo que ocurrió.

La sonrisa burlona en el rostro de Claudia hizo que a Eva le recorriera una vez más un escalofrío por la espalda.

—¿Qué es? ¿Qué debo saber?

—Pues que tu amiga... Alicia... volvió al caserío aquella noche. Hace cinco años.

Al oír el nombre de su amiga Eva se puso en pie, como impulsada por un resorte.

—¿Cómo que volvió...?

—Sí. La muy incauta se presentó aquí de madrugada. Debió quedarse con la mosca detrás de la oreja, y volvió para vigilarnos un poco más. Debo reconocer que, como ves,

su instinto no le engañaba. Sorprendió a mi hermana *in fraganti* cuando bajaba a la bodega a asegurarse de que estábamos bien. Compréndelo. No podía dejarla marchar. Mi escopeta sí que estaba cargada. Siempre lo estuvo.

—¡Hija de puta! —gritó Eva, al tiempo que apretaba el gatillo. No lo pensó. No tenía intención de matarla. Pero el arrebató de ira fue tan violento que el dedo se deslizó prácticamente solo y el cartucho impactó a Claudia en el estómago. Ésta se quedó mirándola atónita, como si siguiera convencida de que Eva no tendría el valor suficiente para dispararla. En ese preciso instante, el sonido atronador de una sirena de policía inundó la habitación. Unos segundos más tarde se escuchó otra sirena, y otra. Dos agentes descendieron las escaleras y, apuntando a Eva, le ordenaron que arrojara el arma al suelo, cosa que ella hizo sin oponer resistencia.

Mientras uno de los policías le obligaba a tumbarse sobre el suelo y le esposaba las manos a la espalda, Eva recordó la despedida de Alicia en el aeropuerto de Hondarribia. Había cogido el móvil de su amiga y había apuntado en él su dirección de email y el apartado de correos en Anchorage. Con esa información en la mano, a Claudia no debió resultarle muy complicado encontrarla. El agente que la tenía inmovilizada contra el suelo procedió a registrarla. Al llegar a su cintura, palpó el arma que llevaba oculta en el pantalón y se la requisó. Le leyó sus derechos y le informó de que estaba detenida. Entre tanto, el otro policía pedía ayuda médica por un walkie-talkie. Los paramédicos bajaron al instante y procedieron a atender a Claudia quien, aunque herida de gravedad, no había perdido la consciencia en ningún momento. Tras estabilizarla, la pusieron sobre una camilla y procedieron a sacarla de la bodega. Seguidamente, el agente que la había esposado custodió a Eva hasta el exterior del caserío.

La imagen que se encontró al salir distaba mucho de la que había dejado al entrar. La abuela, cubierta con una manta isotérmica plateada, era atendida por una joven junto a una de las dos ambulancias que se encontraban aparcadas en mitad del jardín. Las luces giratorias rojas y amarillas teñían de colores toda la escena, haciendo desaparecer el anterior encanto de la nieve virgen. Laura estaba sentada junto a su abuela, hablando con un paramédico que intentaba calmar su ataque de ansiedad colocando una máscara de oxígeno sobre su boca. Paula descansaba tendida sobre una camilla plegable, mientras un enfermero se aseguraba de que se habían realizado las primeras curas de urgencia y comprobaba sus constantes vitales. Desde el portón vio cómo metían a Claudia en la segunda ambulancia, que arrancó y se alejó de allí a toda velocidad, haciendo uso de sus luces y de las estridentes señales acústicas. Algo más allá, junto a un coche de policía, pudo atisbar al fin a Adriana. Ésta abrazaba a los dos niños, también envueltos en mantas, cobijando a cada uno de ellos bajo sus brazos, como una gallina intentando dar calor a sus polluelos. Sostenía un teléfono móvil en su mano derecha. Al verla salir esposada, seguida de uno de los policías, Adriana le lanzó una mirada suplicante. "Perdón", parecía querer decir con los ojos.

Con un ligero movimiento de cabeza, Eva le hizo entender, sin palabras, que no debía preocuparse por nada. Había hecho bien en avisar a la Ertzaintza y pedir ayuda. La situación se había vuelto demasiado peligrosa, e hizo lo que tenía que hacer para proteger a los niños y evitar una escalada de violencia mayor. No había nada que perdonar. Si acaso, mucho que agradecer.

Al parecer, Adriana había logrado contar a los policías –a grandes rasgos– que Eva era la mujer que había grabado los famosos vídeos que habían dado la vuelta al mundo, denunciando el secuestro de su hijo. Varios de los policías presentes reconocieron entonces a las dos mujeres. Tanto a la madre que ofrecía una descabellada recompensa, como a la que aparecía señalada en la foto como la supuesta secuestradora.

—Tendremos tiempo de aclararlo todo en comisaría —dijo el agente, indicando a Eva que debía acompañarle al coche policial.

—Por favor, acabo de reunirme con mi hijo después de cinco años. ¿Sería tan amable de quitarme las esposas? ¿Solo un par de minutos? Quiero tranquilizarle y despedirme de él.

El policía dudó un momento. Una mujer que parecía tener un rango superior, asintió con la cabeza.

—Solo unos minutos —accedió.

Eva se acercó a Samuel, que se abrazó a ella con fuerza.

—Mami, ¿qué está pasando...? —preguntó, asustado.

—No te preocupes, mi amor. Lo importante es que ya te he encontrado. ¿Y sabes qué? Que muy pronto papá vendrá también y te llevará de vuelta a casa. Es una cabaña de madera preciosa donde siempre hay mucha nieve, y un lago, y un gran oso pardo que viene a vernos de vez en cuando...

Samuel rió a carcajadas.

—Ahora tengo que irme con estos señores para explicarles algunas cosas acerca de las aventuras que he pasado para encontrarte, y para que me ayuden a llamar a papá y que venga cuanto antes a buscarte, ¿de acuerdo?

—¡De acuerdo, mami! —contestó el niño, feliz.

—Quédate con Adriana. Ella es una de mis mejores amigas, me ha ayudado a llegar hasta aquí. Te va a cuidar muy bien hasta que yo vuelva, ¿vale?

—Vale.

Madre e hijo se fundieron en un fuerte abrazo. Eva envidió la ingenuidad de su pequeño, que sin duda estaba convencido de que volvería a sentir en muy poco tiempo los brazos de su madre, rodeándole. Mientras el policía volvía a esposarla y le ayudaba a entrar en la parte trasera del coche patrulla, ella sabía que habría de esperar una larga temporada para volver a abrazarle de nuevo.

La vida en prisión no es tan dura como Eva se la había imaginado, pero ciertamente no es lo mismo que un *resort* en el Caribe. Después de un par de meses ha encontrado un par de compañeras en las que confiar y con las que pasar el rato, y también tiene muy claro con quién es mejor no buscarse problemas. A su favor juega el punto de haberse convertido en una pequeña celebridad gracias a sus vídeos y, en especial, al mediático juicio que tuvo lugar tras su detención.

Tumbada en la cama de su celda, unos minutos antes de que las puertas se cierren – señalando la hora de dormir– Eva repasa mentalmente los últimos años de su vida.

¿Ha merecido la pena? Quién sabe... Por ahora, lo único que tiene claro es que no habría podido hacer las cosas de otra manera. No habría sido capaz de reprimir sus deseos de venganza, así que –se dice–, mejor no darle más vueltas. Está contenta con el desarrollo del juicio. Su abogado había actuado con gran habilidad y destreza y, considerando la ristra de delitos que se le imputaban –falsificación de documentos, bigamia, fraude fiscal o doble intento de homicidio, por citar unos cuantos–, la condena tampoco había sido tan elevada. Nueve años y seis meses. Con buena conducta, tal vez pueda salir antes.

Hoy el día ha sido bueno, piensa para sí. Una vez a la semana habilitan para ella un ordenador en una salita del centro penitenciario, y desde allí habla por Skype con Daniel y Samuel. El corazón se le hincha en el pecho cada vez que contempla la imagen de su marido y su hijo, juntos al fin. Hoy Dan no ha podido reprimir las lágrimas. "Pase lo que pase", le ha dicho, "te agradezco desde el fondo de mi alma todo lo que has hecho para traer a Sam de vuelta a casa. No sé si yo habría sido tan valiente... Te estaré esperando cuando salgas. Volveremos a ser una familia, te lo prometo".

Para Eva no hay nada más importante en el mundo que esa promesa. Revive la escena una y otra vez en su mente. Tal vez dentro de unos años logre encontrar algo parecido a la serenidad.

Está contenta también por haber sido capaz de ayudar a Adriana. Le consiguió un fantástico abogado y todos los cargos contra ella fueron retirados. Por alguna razón, le viene también a la cabeza su última conversación con Hans, mientras conducía el coche por las carreteras nevadas de Alaska –horas antes de llegar al caserío–, el día del

rescate. Aparte de pedirle el vehículo, el arma con silenciador y todo el material que le fue entregado en el aeropuerto de San Sebastián, Eva se había asegurado aquel día de que todas sus finanzas quedaran en orden:

—Veinticinco millones para Laura y otros veinticinco para Adriana. Otros cien a repartir entre Daniel y Samuel, por si a mí me ocurriera algo. Y los cinco que quedan para ti —había ordenado Eva antes de despedirse de él.

—No Eva, eso no es necesario... es demasiado —musitó Hans al otro lado de la línea.

—Shhh... —ordenó—. Hazlo con discreción. No quiero que tengan problemas legales. Y tus cinco millones... considéralos un adelanto. Por si vuelvo a necesitar tus servicios en el futuro —bromeó—. Es más que probable que me tengas que buscar un buen abogado.

—Tendrás al mejor. Mucha suerte, amiga —se despidió Hans antes de colgar.

Durante el juicio, Eva no había puesto objeciones a ninguno de los cargos que se le imputaban. Confió ciegamente en el letrado enviado por Hans, quien agotó todos los vericuetos legales para reducir su condena final al mínimo posible. Había colaborado con la justicia y aceptó la sentencia con entereza. Eso sí, se encargó de que Claudia pagara también por sus infames delitos. Casi no podía creer que la muy arpía hubiera sobrevivido a aquel disparo a bocajarro en el vientre. Pero lo hizo. Se recuperó, y tanto ella como su hermana fueron sometidas a un juicio casi tan viral como el suyo. Eva no ha querido seguir las noticias. Cada vez que ve una foto o escucha el nombre de Claudia Vidal se pone físicamente enferma. Gracias a la colaboración de Eva y a las declaraciones de su hija Laura, Claudia fue juzgada tanto por el secuestro de Samuel como por el asesinato de Alicia, cuyos restos aparecieron enterrados en el jardín del caserío. Los programas de televisión habían exprimido a fondo el filón del caso, emitiendo sin descanso horas y horas de imágenes de la bodega, detallando los horrores del encierro y ventilando tantos trapos sucios como pudieron encontrar sobre el pasado de la familia Vidal. Pero, sobre todo, los periodistas carroñeros del país se lamentaban por no haber sido capaces de dar con la ubicación de Laura y Jorge Loyola Vidal —los hijos de la secuestradora y asesina—, una vez finalizado el proceso judicial. Cualquier cadena de televisión, nacional o extranjera, habría pagado millones por una entrevista en exclusiva con la chica.

Cuando alguien trata de sonsacarle en el patio de la prisión, Eva calla y sonríe. Porque, por supuesto, Eva sabe dónde están. De ninguna manera iba a dejarlos a merced de aquel circo. Por eso, de manera temporal (y quién sabe si la situación acabe volviéndose permanente), Eva ha convencido a Daniel para que se ocupe de ellos, para que les ayude a encontrar un punto de partida estable para su nueva vida. Igual que

hicieron ellos dos, años atrás. En cuanto ha sido legalmente posible abandonar España, los dos hermanos han viajado a Shelter Bay y viven juntos en un pequeño apartamento alquilado en Oak Street, cerca de Samuel, que no puede ser más feliz de seguir teniendo a sus “hermanos” a su lado. Laura le echa una mano a Daniel con los niños y trabaja unas horas al día como administrativa en la academia. Quiere acabar sus estudios y, tal vez, ir a la universidad. Han hecho buenas migas y, según le ha contado hoy Daniel, parece que hay un nuevo profesor en la escuela con el que ha salido un par de veces. “Quizá el futuro para ellos no esté jodido del todo” piensa Eva, esperanzada.

Paula también se ha recuperado rápidamente de sus heridas, aunque acusa una ostensible cojera en la pierna derecha. Eva ha oído hoy de pasada a una celadora comentar que le han caído cuatro años por su complicidad en el secuestro. El caso de Claudia ha quedado visto para sentencia, y en unos días se conocerá el veredicto. Hay un presentimiento general de que le caerá la condena máxima, que en este país son veinte años. Eva le dedica su último pensamiento del día antes de quedarse dormida. “Qué ironía. Al final te pudrirás en la cárcel. Tu mayor temor”.

Una semana más tarde, Eva se despierta en su celda con el sonido que indica el comienzo de la jornada en el centro penitenciario. Está descansada y tranquila.

Se cumplen tres meses exactos de su ingreso en prisión. Se siente relajada, especialmente desde que hace un par de días pusieron en libertad a su compañera de celda. No es que fuera una mujer agresiva o peligrosa, pero apreciaba la intimidad que le otorgaba poder disfrutar de un espacio para ella sola. Sabía que ese privilegio duraría poco, pero en la cárcel una aprende a apreciar las pequeñas cosas como si fuesen verdaderamente grandes. Después de ducharse y desayunar, Eva se dirige a los talleres. Uno de jardinería y otro de escritura. Debe reconocer que los disfruta. Llenan sus horas y la mantienen ocupada. Le ayudan a no pensar demasiado. Después de comer sale un rato al patio. Hoy no tiene ganas de hacer ejercicio. Comienza a hacer demasiado calor y casi todas las presas prefieren sentarse a charlar a la sombra, en las gradas de hormigón. Eva se da cuenta de que se han formado un par de pequeños corrillos. La miran y cuchichean. Por un momento se inquieta, pero se relaja de nuevo al ver que las internas, al poco rato, retoman sus conversaciones y risas habituales. Decide no darle mayor importancia. No se le escapan las enormes similitudes entre ese patio, tosco e impersonal, y el supuestamente acogedor patio del colegio. Ambos representan pequeños microcosmos. Un peculiar ecosistema entretejido por las relaciones, intrigas, alianzas y rencillas propias de las personas que se ven obligadas a convivir durante mucho tiempo en un espacio asfixiante y lleno de reglas. En este nuevo encierro también hay aulas, un comedor, biblioteca, gimnasio, e incluso una capilla. A Eva se le escapa una pequeña carcajada al pensarlo, pero la reprime rápidamente. Tampoco es plan de que empiecen a tomarla por una de esas locas que hablan solas y se ríen sin motivos,

aunque cada vez se acerque más a ese perfil de mujer.

Por la tarde pasa un par de horas en la biblioteca, leyendo. De nuevo, un par de mujeres pasan por su lado y la miran fijamente, sin decir nada. Parece que una de ellas esté a punto de abrir la boca, pero la otra le da un codazo y prosiguen su camino, sin detenerse. Una sensación de angustia comienza a apoderarse de Eva, que ya no sabe si se está volviendo paranoica, o si realmente hay algo inquietante flotando en el ambiente. Se le han quitado las ganas de cenar. Se sienta en el comedor como todos los días, pero apenas prueba un bocado del correoso pescado empanado. En cuanto puede se levanta y se dirige a su celda, a prepararse para dormir. No se sabe por qué, pero quiere que el día finalice cuanto antes. Una extraña sensación de desasosiego le bulle por dentro y no ve la hora de sentirse protegida tras los barrotes de su celda. Después de lavarse los dientes y terminar con sus últimas rutinas diarias, Eva se dirige al fin a su cuarto. Cuando está todavía a unos seis o siete metros de la puerta, ve unos pies junto a la cama de su antigua compañera. "Mierda", piensa. "Se acabó la soledad". Eva se resigna a renunciar al efímero lujo de la privacidad, pero lo que ve al cruzar el umbral de la celda es algo que no podía haber anticipado ni en sus peores pesadillas.

De pie, junto a uno de los guardias más veteranos del módulo, se encuentra Claudia Vidal. Vestida con el pantalón y la camisa que constituyen el austero uniforme de las presas, escucha atentamente las indicaciones del funcionario sin reparar todavía en que Eva, que aún trata de digerir la información que tiene ante sus ojos, observa la escena inmóvil desde el corredor.

—Díez, esto tiene que ser un error —dice al fin Eva, dirigiéndose al celador.

La expresión en su rostro es la viva imagen del pánico. Claudia, por contra, esboza una sonrisa maliciosa al advertir su presencia.

Varios grupillos de internas observan la situación, tratando de no perder detalle. Díez, no obstante, parece no tener ni idea de qué va la película.

—A ver... Celda 211. Claudia Vidal y Eva Acosta. Sois vosotras, ¿verdad?

Ambas asienten con la cabeza.

—Pues ya está. Ésta es la única cama libre, no hay ningún error. Hala, adentro —concluye Díez, apurando a Eva para que se meta en la celda.

—¿Y el resto qué miráis? Venga, ¡todas a dormir! —dice dirigiéndose a las mujeres,

sin comprender qué mosca le ha picado a todo el mundo esta noche. Su tono no es autoritario. Más bien el de un monitor cansado, en los días finales de un campamento de verano. Está claro que el hombre no está muy al tanto de la televisión ni de los periódicos. Le quedan dos semanas para jubilarse y hace tiempo que su actitud es más la de un padre bonachón que la de un guardia castigador. Es amable, trata a las presas con respeto, y las mujeres le tienen cariño por ello. Así que no está pendiente de los líos internos entre ellas. Bastante tiene con evitar que se enzarcen unas con otras por un rollo de papel higiénico.

El zumbido indicando el cierre inminente de las puertas obliga a Eva a entrar rápidamente en su celda. Las dos mujeres mantienen un pulso con la mirada, entre desafiante y aterrorizado. Ninguna es capaz de pronunciar una sola palabra. Las luces se apagan y solo el brillo de la luna, que entra por la ventana enrejada, ilumina la estancia. Ambas continúan en pie, frente a frente, inmóviles como dos estatuas de mármol. Como en una partida de ajedrez en la que aún no se ha movido el primer peón. Al fin, Eva da un paso atrás y se recuesta sobre su camastro. Relajando un poco la tensión corporal, Claudia hace lo propio en el suyo. Las dos caras de un mismo espejo, mimetizando su reflejo.

—Esto no es casual, ¿verdad? —pregunta Eva, sin dirigirle la mirada.

—Los presos pueden elegir el centro donde cumplir condena, ¿no lo sabías? —contesta Claudia, con sorna.

La noche cae sobre el centro penitenciario, y al cabo de unos minutos no se oye ni un murmullo. Tan solo las respiraciones agitadas y el ritmo galopante de ambos corazones parecen retumbar sobre las paredes de la angosta celda. Mirando al techo con idéntica pose, la espalda sobre el colchón y las manos cruzadas sobre el vientre, con los puños tensos como el acero, Eva y Claudia se disponen a afrontar su primera noche juntas. Sin posibilidad de escape.

AGRADECIMIENTOS

Quiero agradecer a la Liga Nacional de Fútbol las interminables tardes de domingo en que mis chicos enlazaban un partido con otro, regalándome un espacio/tiempo de incalculable valor para encerrarme en mi cuarto y escribir.

Bromas aparte, mi más sincero agradecimiento a todos y todas los escritores y escritoras que, desde mi infancia hasta ahora, me animaron a abrir las páginas de un nuevo libro nada más terminar el anterior. A Patricia Highsmith y Agatha Christie. A J.K. Rowling y Margaret Atwood. A Lucía Etxebarria, Isabel Allende, Elvira Lindo, Almudena Grandes, Rosa Montero, Luz Gabás, María Dueñas, Elísabet Benavent, Dolores Redondo, Eva García Sáenz de Urturi, Carmen Mola (seas quien seas, me tienes cautivada) y, en general, a todas las mujeres que me han hecho vibrar de emoción con sus historias, cada una con su estilo y voz propias. Gracias también a ellos: Juan Gómez-Jurado, Javier Castillo, Carlos Ruiz Zafón, Pierre Lemaitre, Joël Dicker, Ken Follet, J.D. Salinger, George Orwell, David Trueba, Daniel Sánchez Arévalo y un largo etc...

Gracias por todas las historias, las cotidianas y las ajenas. Las que me acercan a mundos distantes repletos de intriga y las que me invitan a sentarme a tomar unas cañas y reír o llorar relajadamente con personajes cercanos. Gracias mil a quienes estimularon mi imaginación durante mi adolescencia, y a los que me han hecho comprender, ahora que soy adulta, que nunca se es lo suficientemente "mayor" como para realizar el sueño de lanzarse a escribir una novela, incluso aunque no sepamos si alguien llegará a leerla. Solo por el placer de contar una historia.

Muchas gracias a Abril Camino, cuyo blog encontré por casualidad, y cuyos consejos prácticos a la hora de escribir una novela (cómo puntuar correctamente, cómo registrar el manuscrito y un largo etcétera de consejos útiles) me han sido de una ayuda inestimable (<https://www.abrilcamino.com/>)

Gracias también a todos y todas los directores y directoras de cine, a los/las guionistas que han dedicado su vida y han puesto toda su pasión en crear historias que me han acompañado y con las que he crecido. Ante todo, soy una cinéfila empedernida. A los poetas de todos los lenguajes: la fotografía, la música, el montaje... A quienes arriesgan y crean historias diferentes y nunca dejan de soñar. Entre mis favoritos: Isabel Coixet, Icíar Bollaín, Alejandro Amenábar, Julio Medem, Rodrigo Sorogoyen, Billy Wilder, Woody Allen, Alfred Hitchcock, Quentin Tarantino, Sofia Coppola, Steven Soderbergh...

Gracias a los amigos y amigas con quienes he compartido interminables horas de debate sobre libros y pelis. (Perdonadme por ganar siempre al "*Scene it*") Las mejores tardes de domingo que recuerdo son con vosotros, los "bichines". Gracias por acoger con tanto amor a esta ratita de filmoteca.

A Bruce Springsteen y a George Clooney.

Ellos saben por qué...

Será mejor que no lo cuentes

CLAUDIA

01

02

03

04

05

06

07

08

EVA

01

02

03

04

TODOS SOMOS LO QUE FUIMOS EN EL PATIO DEL COLEGIO

01

02

03

04

05

06

EN CUALQUIER OTRO LUGAR

01

02

03

04

05

06

07

08

09

10

11

12

13

DONDE SE ALOJA EL MIEDO

01

02

03

04

05

06

07

08

MÁS ALLÁ DE TODOS LOS MARES

01

02

03

04

05

06

07

08

09

10

11

12

LA PROMESA DE UN FINAL

01

02

03

04

05

06

07

08

09

10

11

12

BAJO LANIEVE

01

02

03

04

05

06

07

AGRADECIMIENTOS